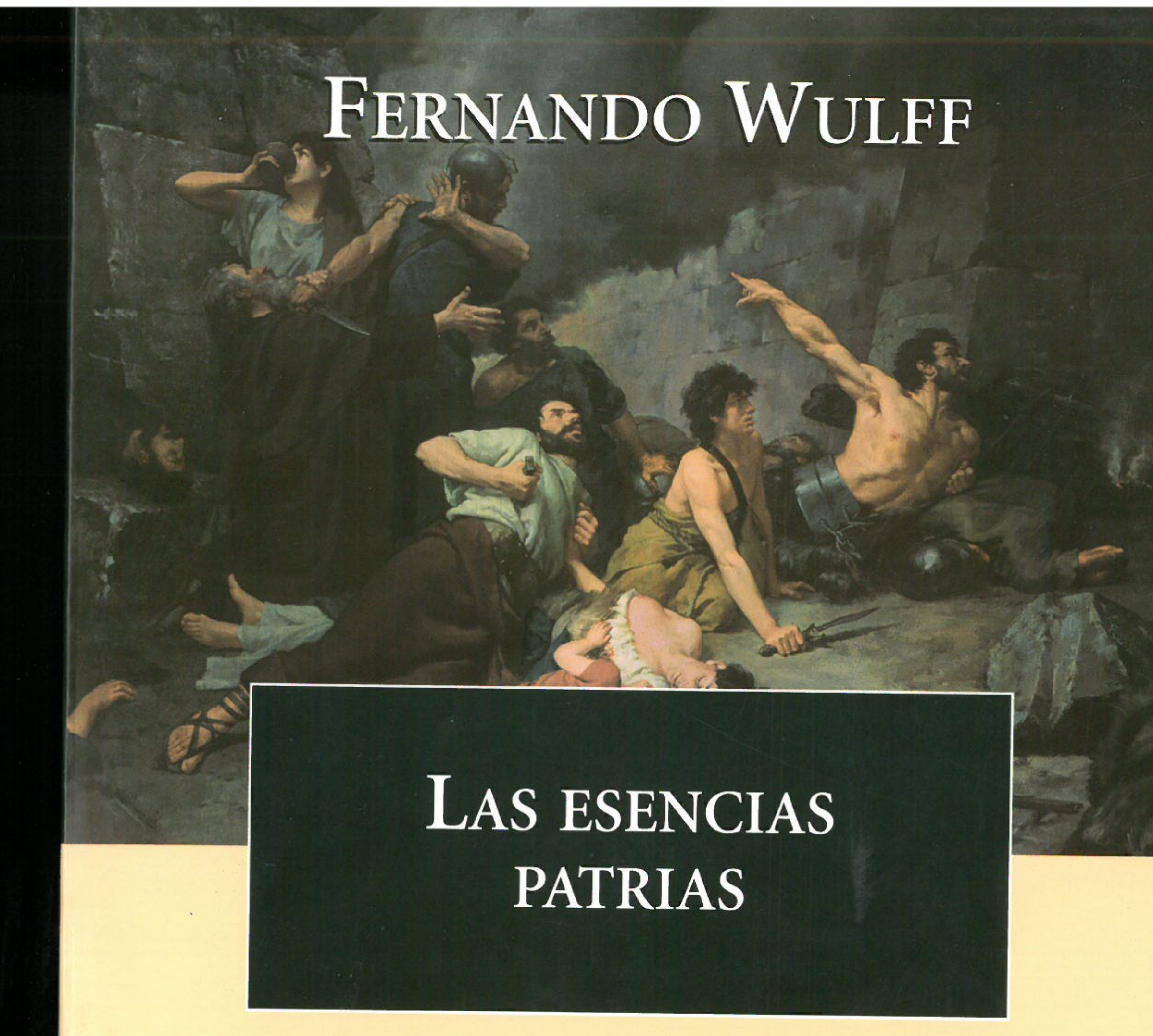
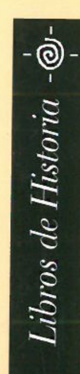
FERNANDO WULFF



LAS ESENCIAS PATRIAS

HISTORIOGRAFÍA E HISTORIA ANTIGUA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD ESPAÑOLA (SIGLOS XVI-XX)



Crítica



Libros de Historia
Últimos títulos publicados:

Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser
HISTORIA DE LAS MUJERES:
UNA HISTORIA PROPIA,
volumen 1

Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser
HISTORIA DE LAS MUJERES:
UNA HISTORIA PROPIA,
volumen 2

Pierluigi Giocca
LA ECONOMÍA MUNDIAL
EN EL SIGLO XX

Eric J. Hobsbawm
REVOLUCIONARIOS

John Lynch
CARLOS V Y SU TIEMPO

Vera Zamagni
HISTORIA ECONÓMICA DE LA EUROPA
CONTEMPORÁNEA
De la Revolución industrial a la integración
europea

Pierre Bonnassie, Pierre Guichard
y Marie-Claude Gerbet
LAS ESPAÑAS MEDIEVALES

E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha
y R. Mantran
HISTORIA DE BIZANCIO

John Lynch
AMÉRICA LATINA, ENTRE COLONIA
Y NACIÓN

Henri Bresc, Pierre Guichard y Robert Mantran
EUROPA Y EL ISLAM EN LA EDAD MEDIA

Josep Fontana
LA HISTORIA DE LOS HOMBRES

Las esencias patrias

Libros de Historia

FERNANDO WULFF

LAS ESENCIAS PATRIAS

HISTORIOGRAFÍA E HISTORIA ANTIGUA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD ESPAÑOLA (SIGLOS XVI-XX)

CRÍTICA
BARCELONA

Cubierta: Joan Batallé
Ilustración de la cubierta: Alejo Vera y Estaca, «Los últimos días de Numancia» (1880-1881)
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.

CRÍTICA, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
http://www.ed-critica.es
e-mail: editorial@ed-critica.es
ISBN: 84-8432-418-4
Depósito legal: M. 262-2003
Impreso en España
2003. — BROSMAC, Calle C, 31, Polígono Industrial Arroyomolinos, 1, Móstoles (Madrid)

INTRODUCCIÓN

Quizá sea una buena manera de empezar este libro contar una breve anécdota. Nos encontramos en los años sesenta y en un aula donde un niño se levanta para contestar a una pregunta del profesor. Se trataba de saber qué había hecho que los romanos hubieran podido conquistar a los españoles más de dos mil años antes. La respuesta que el niño acertó era sencilla: porque estaban desunidos. El niño, y muy probablemente el profesor, no sabía que esa respuesta tenía casi tanta antigüedad como los hechos a los que se refería y que tras diversos avatares había vuelto a ser replanteada a finales del siglo XV *y en el* XVI *e integrada en una visión del pasado peninsular que se convertiría en canónica y que iría a parar a los textos, las ideas y los sentimientos que se manejaban en la educación y en muchos otros territorios del franquismo.*

Es casi previsible que a continuación señale que ese niño era yo (o el yo que era yo entonces) pero libraré al lector de otro componente previsible más: a partir de ahí no nació un interés que, más o menos latente, acabaría llegando a este libro.

A su realización han venido a parar otras muchas cosas, incluyendo el hecho de ser a la vez historiador y de dedicarme al mundo antiguo. Participo plenamente del convencimiento de que, sin abandonar otros muchos campos, una de las tareas más esenciales de los historiadores en estos momentos y durante muchos años es la de pensar las pertenencias y las identidades colectivas, la de someterlas a una reflexión crítica que permita poner en cuestión lo que se nos da por evidente. Me parece también claro que si cada vez más historiadores y otros estudiosos de la sociedad y de la cultura nos dedicamos a ello no es casualidad. El auge de los nacionalismos nos sitúa ante una realidad que a muchos ha sorprendido ver renacer, y más de una forma tan dramática. Nuestra preocupación no hace sino continuar la de muchas otras personas en el mundo que observan esto y cómo se repiten mecanismos y modelos de articulación de los grupos humanos que dan lugar a que se produzcan y se reproduzcan fenómenos tan inquietantes. La necesidad de plantear nuevas formas de agrupación colectiva basadas en otros principios exige analizar las reflexiones y prácticas que han cimentado las hasta ahora existentes. Parece razonable que como gentes a las que la sociedad encomienda la tarea de pensar el pasado, nos hagamos eco de todo esto y dediquemos nuestro esfuerzo a ofrecerle instrumentos de análisis.

No conviene frivolizar ni el alcance ni las dificultades de la tarea. El nacionalismo como cuerpo de pensamiento y, en particular, como práctica, aunque se constituye plenamente en el siglo XIX, no hace sino articular modelos de pensamiento y, sobre todo, sentimientos colectivos de una enorme hondura. El hecho de que lo haga con una intensidad y una capacidad de penetración únicas, dados los nuevos medios con que cuenta —desde instituciones estatales especializadas (los mismos organismos que albergan y forman a los historiadores) a medios de desplazamiento y comunicación sin precedentes— no quita que esté construyendo su realidad sobre un material mucho más viejo.

Para aclarar esto de forma gráfica puede que sea útil volver en cierta forma del revés la anécdota inicial para contar cómo intento explicarles a mis alumnos esta cuestión. Suelo aprovechar una expresión muy utilizada por la Conferencia Episcopal católica española, la de «persona humana». No soy el primero en señalar sus muchas potencialidades, entre las que destaca el poder construir dos expresiones dudosas pero, sin duda, menos redundantes: la de «persona divina» y la de «persona animal».

Pues bien, si hay algo que ha caracterizado a las personas humanas incluso antes de serlo, es decir, cuando aún pertenecían a la supuesta categoría de personas animales, es su pertenencia a un grupo. Es un lugar común señalar que no hay un ser humano que pueda serlo sin verse sumergido en una cultura que le dé la palabra. Tampoco antes era la cosa de otra manera. Los sentimientos de pertenencia al grupo son de una profundidad prehistórica, cargada de emotividad y un núcleo autoidentitario esencial, alentado con frecuencia, además, por la propia vivencia de los otros como enemigos potenciales o reales.

Quizá nada defina mejor a un grupo que la ya manida frase de que no es otra cosa que un conjunto de gente dispuesta a matar a los miembros de otros, una definición tan bien representada por los hutus agrupados bajo un nombre cuya traducción parece ser «los que matan juntos» o, por ejemplo, por las letras de buena parte de los himnos nacionales. Conviene advertir que este tipo de violencia no sólo pone en funcionamiento aquellos elementos propios de las personas animales: en las sociedades de personas humanas se ha partido de esa base pero se ha llegado mucho más lejos y en muchas más direcciones, tanto en técnicas como en argumentos. El problema no es que haya una tradición —por decirlo así— de violencia colectiva derivada de nuestra fase de personas animales, el problema es que las sociedades de personas humanas también se han constituido y definido en gran manera alrededor de la agresión manipulando y redirigiendo componentes muy anteriores y que, además, todo ello está en nosotros. Ése es el legado que maneja el nacionalismo y las construcciones identitarias que Malouf ha bautizado como «identidades asesinas»; el nacionalismo implica nuevas formas de jugar con un viejo, peligroso y ambiguo legado, el del uso de lo que yo propongo llamar «relaciones de pertenencia».

Dada la omnipresencia y antigüedad de todo esto cabe preguntarse si se puede no caer en el pesimismo. Pero también si cabe otra cosa que poner todo esto en cuestión. Tal como la dominación masculina ha sido puesta en duda de manera sistemática en la teoría y en la práctica y enfrentándose a teorías, prácticas y sentimientos de hondura no menor, aquí hay una posibilidad que explotar. En gran medida a lo que estamos aprendiendo en el campo del género es a dejar de pertenecer al grupo de los hombres o de las mujeres para construir otras formas de identidades genéricas y para ello hace falta no olvidar la doble dimensión colectiva e individual, y el profundo anclaje de sentimientos y de pensamientos en las prácticas de milenios. Y la historia y otros saberes humanísticos han tenido y tienen un papel esencial a la hora de criticar falsas creencias como lo «natural» de las divisiones de género, de la misma manera que un día tuvieron implícita o explícitamente la de afirmarlas.

No es tan distinta la tarea a realizar en este campo. Se trata de ofrecer instrumentos para conseguirlo, sin necesidad de poner en el horizonte, o de partir del presupuesto de la posibilidad de sociedades angélicas formadas por personas divinas. Es de esperar que de una manera u otra acaben por ser utilizados.

Lo que presentamos aquí es una reflexión sobre cómo se ha ido definiendo en la historiografía española la idea de España desde que podemos llamarla con propiedad «española», esto es, cuando se produce la unificación del reino de Castilla y de la Corona de Aragón con los Reyes Católicos, seguida poco después de la inclusión de Navarra. No creo que haya muchas dudas sobre las especiales conexiones entre las casas reales y los súbditos de ambos reinos y de los restantes peninsulares ni de su manifestación en la cultura y las ideas durante los siglos anteriores, pero lo que no puede ponerse en cuestión es que ahora quepa ya hablar de España como tal. Y es entonces cuando se construye ese modelo interpretativo del pasado peninsular del que hablábamos y en el que la Antigüedad cumple, no por casualidad, un papel fundamental.

Trataremos de seguir sus adaptaciones hasta nuestros días, adaptaciones que se producen sobre todo en cuatro momentos. El primero es en el siglo XVIII, cuando se recompone desde la perspectiva ilustrada. El segundo es el siglo XIX, momento en el que fue adaptado a las nuevas necesidades del Estado burgués, ya típicamente nacionalistas, en formulaciones liberales o reaccionarias. El tercero incluye las construcciones del cambio de siglo en adelante, cuando se le unieron elaboraciones históricas opuestas procedentes de los nuevos nacionalismos peninsulares y cuando la profesionalización de los historiadores puso al servicio de estas concepciones nuevas perspectivas especializadas. Por último, estudiamos su uso por el franquismo, que utiliza especialmente las perspectivas nacional-católicas de finales de la fase anterior, seguido de lo que podríamos considerar como la desaparición de la historia antigua del juego y, en gran medida, el final del propio modelo.

Un planteamiento así se enfrenta a un lugar común y a un error, calificables ambos como mínimo de extraños; para ver esto, basta leer algunos títulos de libros recientes y hojear los encabezamientos de sus capítulos. La idea de España y de los españoles como una comunidad —lo que no significa ni aquí ni en ningún lugar del mundo necesariamente homogénea— no se inventa en el siglo XIX, no digamos ya a finales del siglo XIX. El que se pueda plantear así deriva de varias circunstancias, por ejemplo, de la pobreza general de estudios sobre la historiografía peninsular, en este sentido una víctima más de las carencias de tra-

bajos sobre la cultura española en general que ya denunciaba Abellán hace años. Carecemos, por ejemplo, de una historia de la historiografía española y lo más cercano que existe es la obra, más erudita que profunda, de B. Sánchez Alonso, de hace más de medio siglo, y que no llega a incluir el siglo XIX. *Y no tenemos nada comparable para éste —con todo, el mejor representado— ni para el siglo* XX.

También incide en esta dirección el que la excepción a esto sean los historiadores contemporaneístas, no siempre propensos a volver su mirada sobre fases anteriores ni, cuando lo hacen, a tener en cuenta los aportes realizados desde otros ángulos. Un tercer elemento es más universal y nace de llevar el justificado rechazo a hablar de nacionalismo antes del siglo XIX *hasta el extremo de no ver cuánto deben las construcciones europeas de este siglo a épocas anteriores y, en particular, a la Edad Moderna.*

Quizá el error sorprenda un poco más. Inquieta ver que se puedan escribir obras sobre el desarrollo de la identidad española sin considerar prácticamente el papel de la historiografía en el proceso o dedicándole la misma atención que, por ejemplo, a las artes plásticas. Es dudoso que quepa construir una identidad en sociedades de una cierta complejidad sin que se articulen historiográficamente imágenes del pasado. En la cultura occidental, al menos desde el siglo XVI *y tras el papel del humanismo y de la imprenta, es imposible. Se puede dudar del alcance de la escritura y, con ella, de la historiografía en sociedades iletradas pero no de su capacidad de formar élites; conviene volver a los estudios sobre el nacionalismo para recordar como B. Anderson y otros han probado que son las élites las que inventan las naciones —aunque se pueda admitir que no lo hacen sobre la nada— y aplicar esto, con la prudencia que se quiera, a los periodos anteriores y sus creaciones identitarias. Y la duda sobre la fase previa al siglo* XIX *se hace más difícil de mantener a partir de entonces, no sólo por la expansión de la escritura sino por la de otros muchos instrumentos de proyección de imágenes del pasado, desde la enseñanza en la escuela hasta los periódicos o los museos.*

Es la mencionada escasez de trabajos sobre la historiografía española la que puede contribuir a responder a la pregunta de por qué se centra éste en las perspectivas sobre el Mundo Antiguo peninsular. No me parece que nos encontremos en condiciones de hacer otro tipo de aportes, independientemente del hecho de las limitaciones de quien esto escribe; además, si es cierta la hipótesis que queremos probar aquí, la de su integración como parte esencial de una interpretación consistente y de gran permanencia del conjunto de la historia de España, la cuestión es más clara.

Nos vamos a centrar, en la mayor parte de lo que sigue —hasta finales del siglo XIX*—, fundamentalmente en las historias de España; es a partir de entonces cuando presentaremos estudios más especializados, frutos de cambios en la condición de los historiadores y sus disciplinas —más profesionalizados y participando de los nuevos planteamientos europeos en la Prehistoria o la arqueología— pero en absoluto ajenos a esas mismas concepciones nacionalistas.*

Esta última referencia a Europa nos da un buen pie para incidir en otro aspecto crucial. Resulta innecesario señalar que las cuestiones que vamos a ir siguiendo aquí son parte de un conjunto de procesos comunes a nuestro continente, con las especificidades que, por otra parte, son de esperar en todas y cada una de sus zonas, tanto en lo referente a la historia como a la historiografía. Y no se puede realmente entender ninguna de las dos incidiendo sólo en los países hegemónicos o en los historiadores innovadores en cada época.

Como siempre, el enfoque que se elija depende de los objetivos que se busquen. Si no se pretende registrar y analizar a los historiadores que se supone avanzan en dirección a lo que nosotros entendemos que es una historia más veraz o científica, sino relacionar las imágenes del pasado que se construyen en cada país y su evolución a lo largo del tiempo, entonces la cuestión es otra. Para definir qué va ocurriendo en este sentido en el conjunto de Europa, no marcar la normalidad, por decirlo así, en las excepciones y medir a los restantes por su distancia a ellos, entonces hay que analizar, sin complejos, las diferentes imágenes historiográficas de la identidad de los diferentes países; en caso contrario nos condenamos a no entender la cultura europea en su conjunto y las imágenes actuales que las heredan. Sin hacerlo así, es difícil pensar cómo se puede construir una identidad europea no exclusivista y, por qué no, ayudar a sintetizar una nueva manera de entender España.

Conviene también hacer dos advertencias. La primera es que la historiografía española no se puede ceñir a las historias generales, que es lo que, hasta el siglo XX, *tratamos fundamentalmente aquí. Ni las obras sobre acontecimientos contemporáneos, tan ricas, por ejemplo, en el siglo* XIX, *ni, por poner otro, la historiografía de Indias pueden ser reducidas a ellas. Tampoco se pretende realizar un estudio de las maneras de entender y vivir (o de no vivir) la pertenencia a la comunidad o a la nación española, aunque tampoco se dejará de tener en cuenta la conexión en ambas direcciones.*

En lo que sigue he preferido hacer hablar a los textos originales y reflejar con ellos los aspectos más importantes de sus autores. Es seguramente criticable —aunque también tranquilizador— que no me haya sentido obligado a demostrar con citas exhaustivas mi eventual conocimiento de la bibliografía sobre la evolución de España y de la cultura española en este casi medio milenio; el lector interesado encontrará más en el conjunto de publicaciones que sobre el tema vengo realizando con algunos colaboradores desde hace una decena de años, publicaciones recogidas en la bibliografía. Por otra parte, en más o menos justa correspondencia, tampoco citaré éstas más que excepcionalmente. El uso de la cita literal permite, además, al autor el consuelo de que, en el peor de los casos, ofrece al lector por lo menos una útil antología de textos.

Benajarafe, junio de 2002

1. LA NUEVA ESPAÑA

Una entrada dramática

Comencemos en los años ochenta del siglo XVI y en un teatro. Allí se representa la *Numancia* de Miguel de Cervantes.[1]

Sobre el escenario España, bien caracterizada como tal, se queja al Duero de la derrota y destrucción de su ciudad, Numancia, por los romanos. Entre tanta tragedia ella, «la sola y desdichada España», impreca al «alto, sereno y espacioso cielo» (pp. 361-372):

> Bástete ya que un tiempo me tuviste
> todos mis flacos miembros abrasados,
> y al sol por mis entrañas descubriste
> al reino oscuro de los condenados,
> y a mil tiranos mis riquezas diste;
> a fenicios y griegos entregados
> mis reinos fueron, porque tú has querido
> o porque mi maldad lo ha merecido.
> ¿Será posible que contino sea
> esclava de naciones extranjeras,
> y que un pequeño tiempo yo no vea
> de libertad tendidas mis banderas?

España aparece, entonces, corporeizada, personalizada; su imagen de madre que llora por sus hijos y por sí misma, una en el tiempo de antes y en el de ahora, va unida a una execración de quienes vinieron a ella con pérfidas intenciones: las muchas riquezas que escondían sus entrañas habían atraído a extranjeros, tiranos que la habían esclavizado. Los romanos, se entiende, son uno más de entre ellos y van a llevar adelante otra de las tragedias a las que se había visto sometida.

Y ella misma señala a las causas de tanta desgracia (pp. 372-384):

1. Utilizamos la edición de R. Marrast, Madrid, 1984. Sobre esto, aparte de los artículos de Wulff en la bibliografía véase monográficamente M. Álvarez Martí-Aguilar, «Modelos historiográficos e imágenes de la Antigüedad: el cerco de Numancia de Miguel de Cervantes y la historiografía sobre la España antigua en el siglo XVI», *Hispania Antiqua*, 21, 1997, pp. 545-570.

Con justísimo título se emplea
en mí el rigor de tantas penas fieras,
pues mis famosos hijos y valientes
andan entre sí mismos diferentes.
Jamás en su provecho concertaron
los divididos ánimos furiosos,
antes entonces más los apartaron
cuando se vieron más menesterosos.
Y ansí con sus discordias convidaron
los bárbaros de pecho codicioso
venir a entregarse en mis riquezas,
usando en mí y en ellos mil cruezas.

Sus hijos, los españoles, son gentes famosas y valientes, pero provocan ellos mismos las invasiones: divididos, desunidos siempre y especialmente cuanto más necesitaban la unión frente al bárbaro, el extranjero, que llega, permiten el expolio de sus riquezas y que la crueldad y codicia ajena se cebe sobre ellos.

No sé si cabe una manera más clara o más plástica de representar el modelo de historia de España que se corporeiza en la época, en su doble componente esencialista (los españoles que existen desde los orígenes de los tiempos y que son también los españoles de la época a los que se dirige la obra) e invasionista (su historia la define también la serie de gentes que llegan atraídan por sus riquezas y la invaden para dominarla y hacerla suya), el modelo que estaba en la base de la pregunta que respondía aquel niño a finales de los años sesenta del siglo XX. A ver el origen de todo esto y sus virtualidades dedicaremos lo que sigue.

Pero antes puede ser útil reforzar por un momento su presencia y continuidad en los años intermedios aprovechando el rastro de Numancia y saltando hasta el año 1945; entonces Luis Pericot, un prehistoriador catalán muy conocido, discípulo del más famoso de los prehistoriadores españoles del siglo XX, Bosch Gimpera, pero, al contrario que él, no exiliado tras la guerra civil sino muy beneficiado por el régimen franquista, prologa la edición española de la *Historia de Numancia* del alemán A. Schulten[2] y cuenta:

> Numancia es, tal vez más aún que Viriato o que los Cántabros, el símbolo de nuestra independencia frente al absorbente poder de Roma y, aun reconociendo cuánto debemos a ésta, el recuerdo de su gesta no puede borrarse del corazón de los españoles, que tienen en el heroísmo de hace dos mil años un espejo de todas las virtudes raciales. El que al lado de estas virtudes aparezcan también los viejos defectos de desunión e imprevisora pereza, no hace sino intensificar la comunión entre antiguos y modernos y dar a la vieja historia un matiz más real y por ende más humano.

No es necesario recalcar las obvias continuidades.

El propio Schulten, a quien nos referiremos después otra vez, afirmaba unas páginas más adelante (pp. 6-7):

2. L. Pericot, Prólogo a A. Schulten, *Historia de Numancia*, Barcelona, 1945, pp. VII-VIII (original alemán, 1933).

> En esa serie de pueblos valerosos ocupan honroso lugar los habitantes de las montañas españolas, cuya guerra de independencia contra Roma se prolongó durante 150 años, en tanto que la resistencia de los galos duró sólo diez... las tribus hispánicas de la montaña han estado continuamente en lucha siempre renovada frente a Roma, mientras que los habitantes de las ricas costas de Levante o de Andalucía prefirieron pronto la paz... Este amor a la independencia ha persistido en la Península hasta la época actual. Es gloria eterna de España el que, casi sin ejército y sin gobierno, fue la primera en abatir la tiranía napoleónica dando con ello un ejemplo a Europa entera. Como los numantinos y los saguntinos 2.000 años antes, así en 1809 resistieron los defensores de Zaragoza y Gerona casi hasta el último hombre y, al igual que en la Antigüedad, también las mujeres tomaron parte en el combate.

También volveremos a hablar después de todo esto, pero permítasenos llamar la atención ahora sobre el contraste entre los habitantes de las costas del Levante y Andalucía y los del interior, así como sobre la guerra de la Independencia y su conexión con la serie de invasiones y resistencias.

Pero para evitar una imagen demasiado franquista de esta permanencia puede ser útil situarnos en un ambiente bien distinto: en el Madrid asediado por los militares rebelados contra la República, apenas ocho años antes. Rafael Alberti había hecho una adaptación de la *Numancia* cervantina que se había representado «a poco más de dos mil metros de los cañones facciosos y bajo la continua amenaza de los aviones italianos y alemanes»;[3] en la obra habla la Fama: «¡Otra vez! Despertad porque han llegado/los mismos invasores del pasado./Mas como soy la Fama, pueblo hispano,/yo prometo grabarte en mi memoria,/si el fascismo alemán o italiano/halla en tus pies la tumba de su historia» (p. 71). Un último rasgo de continuidad nos lo ofrece el mismo Alberti cuando recuerda cómo la obra de Cervantes se habría representado también en la Zaragoza asediada en 1809 por las tropas de Napoleón, y las pasiones despertadas pocos años después en su representación en Madrid por el actor liberal Isidoro Maiquez, en un mundo fernandino que, recordemos, acabará cayendo para ser repuesto de nuevo en toda su brutalidad por la invasión extranjera de los Cien Mil Hijos de san Luis enviados por la Santa Alianza (pp. 7, 79-80).

El siglo XVI se explica

Es tiempo, en todo caso, de volver al siglo XVI y para hacerlo sin aislar los procesos españoles de los restantes europeos podemos mirar atrás con ayuda de un historiador y político francés muy influyente en la Europa de ese momento al que aludía Alberti de las primeras décadas del XIX, Guizot, quien hace notar[4] cómo en el siglo XVI se habría manifestado el plan de la Providencia en la centralización de los pueblos y los gobiernos de Europa y cómo éste se había reali-

3. R. Alberti, *Numancia*, Madrid, 1975, p. 7.
4. F. Guizot, *Historia de la civilización en Europa (desde la caída del Imperio romano hasta la Revolución francesa)*, Madrid, 1972, pp. 247 y ss.

zado mediante el desarrollo de la inteligencia, la libertad de los hombres y los cambios progresivos en los sistemas políticos. Así, por ejemplo, en Francia habría surgido la nación, el espíritu y el patriotismo francés, cuando se habían unido las guerras patrióticas contra los ingleses, la incorporación de territorios y la regularidad y permanencia del poder, ahora dotado de nuevas dimensiones en el campo de la fuerza militar, los impuestos y la justicia; y en España se darían procesos comparables.

Con toda la proyección que se quiera de sus modelos nacionalistas decimonónicos, en cierta medida Guizot tenía razón. Lo que cuenta cabe extenderlo a diferentes espacios europeos en los que se constituyen entidades políticas y concentraciones de poder sin precedentes desde muchos siglos antes, entidades que tendrán una continuidad también única, que pondrán en funcionamiento aparatos estatales y formas organizativas adaptadas a estas exigencias y que se hallarán con frecuencia en guerra y conflicto en el exterior y en la necesidad de ganar y mantener su hegemonía frente a otros poderes en el interior.

Todo esto va unido a tres elementos claves: burocracias y empleos posibilitados por los nuevos poderes monárquicos y estatales, nuevas exigencias definitorias y culturales bajo la sombra de la cultura humanística dominante en un mundo más abierto que nunca a los contactos y la comunicación y, por último, la revolución cultural que supone el paso por primera vez en la historia humana de la transmisión cultural escrita basada en la escritura manual a la reproducción mecánica que posibilita la imprenta.

No sorprende que una parte importante de las construcciones culturales generadas a la sombra de tales circunstancias históricas asuman también una forma exaltante y competitiva, otro precedente nada casual de las legitimaciones nacionalistas del siglo XIX, a las que, con razón, se ha acusado de haber fomentado activa o pasivamente la agresión entre los diferentes países.

Para ver cómo se va definiendo todo esto en España conviene recordar los hechos esenciales que se producen ya en las décadas que oscilan entre los siglos XV y XVI. También aquí se produce una unificación de amplios territorios bajo un poder monárquico. La unión de los dos reinos más importantes, el de Castilla y de Aragón bajo los Reyes Católicos, que mantienen sus estructuras anteriores, supone el enterramiento definitivo de hostilidades y su unificación bajo un nombre y un poder común. El descubrimiento y conquista de América añadirá para Castilla en dirección a Occidente territorios ultramarinos, que se unen a las tradicionales posesiones de la Corona de Aragón en el Mediterráneo central, lo que implicará riquezas y, ciertamente, hostilidades.

A lo anterior se añade otro crecimiento territorial más cargado aún de significación: la conquista por parte del reino castellano-leonés del último reducto musulmán en la Península, Granada, un hecho que es vivido, y no sólo en el reino que la protagoniza, como un éxito colectivo. No se ve sólo como una reducción del riesgo de que se produjera un ataque del enemigo turco desde el sur, sino como la culminación de un proceso de extinción del dominio de quienes un día habían conquistado la Península e introducido una religión enemiga de la católica; desde esta perspectiva, se entiende como un éxito para la cristiandad y como

una restauración de un estado de cosas anterior bien conservado en la memoria por una gran cantidad de circunstancias adicionales. Todos los reinos peninsulares debían sus fronteras a la conquista de territorios musulmanes que, además, antes o después eran legitimadas en esas claves, si es que eran necesarias otras explicaciones diferentes de la pura derrota del infiel.

La trascendencia del recuerdo de la Hispania unificada de la época goda y muy en particular de personajes clave en la cultura medieval como Isidoro de Sevilla jugaba también un papel importante en todo Occidente,[5] incluyendo por supuesto al papado y su corte, reforzado en la Península por otros muchos factores como su papel en los repartos de los territorios de las diócesis católicas, un tema siempre cargado de implicaciones (y de peleas) relacionadas con la historia. La ya vieja concepción de la reconquista como restauración de un orden anterior, como la propia idea de España o la de la existencia de una relación especial entre sus habitantes —que aparecen con frecuencia como españoles en los documentos— cristianos frente a los musulmanes y frente al exterior afecta también, por más que, por otra parte, no necesariamente implicara la conveniencia o la necesidad de una unidad política.

Conviene insistir en un doble aspecto del juego: los musulmanes concebidos como unos invasores inasimilables y la utilización propagandística de su derrota final por una pareja de reyes que efectivamente une lo más sustancial de la Península con un casamiento que, por otra parte, no hace otra cosa que continuar los muchos lazos de parentesco anteriores entre los reyes de los diferentes reinos hispanos. Todo esto tenía necesariamente que ir a parar a la nueva visión del pasado que exigen los tiempos, y más considerando que, en particular pero en absoluto exclusivamente, en el caso castellano-leonés se produce en un ambiente político interno en el que muchos ven como una bendición divina el final de las guerras civiles con la conquista del poder por una reina, Isabel, cuyos derechos dinásticos, por otra parte, eran bien frágiles. Su unión posterior con Fernando unida a la derrota musulmana no podía menos que producir perspectivas casi mesiánicas.

Los cambios que van introduciendo en sus respectivos reinos se proyectan en nuevos modelos administrativos y burocráticos y, en definitiva, en una concepción y práctica del poder más compleja y sofisticada. En las concepciones de la época, como en la de tantas otras, no había empacho en asociar positivamente poder, política exterior y gloria militar. No es casual que Fernando fuera un ejemplo para Maquiavelo. La tradicional implicación de su reino en el Mediterráneo central e Italia no podía menos que ser continuada por un estadista de sus ambiciones y talentos y esto implicaba también la multiplicación de recursos para la administración y la guerra, y la continuidad de los conflictos y, en particular, de las rivalidades con el reino de Francia.

La conquista de América y las campañas en el norte de África marcan líneas similares para el reino de Isabel, aunque estaban menos ligadas a conflictos con

5. Véase el libro (y el título) de J. Fontaine, Ch. Pellistrandi, eds., *L'Europe héritière de l'Espagne Wisigothique*, Madrid, 1992.

naciones europeas, una vez delimitado el problema con un Portugal que, al igual que los otros reinos hispánicos, había continuado su expansión en el exterior una vez cimentados sus ámbitos de expansión en la Reconquista. En todo caso, y en este panorama, tampoco la imagen a proyectar podía dejar de estar cargada de tintes guerreros hacia el pasado y el futuro.

No es necesario señalar cómo todo esto se multiplica cuando sobreviene una consecuencia en gran medida imprevisible y no deseable de la política de alianzas matrimoniales de los Reyes: el ascenso al trono de España del Habsburgo Carlos V de Alemania con todas las consecuencias bien conocidas de uso de los recursos hispanos y, en particular, de los de la Corona de Castilla, para su política exterior, que añade a las tradicionales líneas de intervención de la corona aragonesa en Italia y a la consiguiente enemistad con Francia, las implicaciones centro-europeas de su dinastía y los propios conflictos religiosos. La guerra es, como en toda Europa, el escenario al fondo de todo.

Se puede dudar de que el Imperio «español» que él preside fuera español pero no de que su política y la de sus descendientes cambió para siempre el destino de una España mayoritariamente unificada que podía muy bien haber tenido cualquier otro. Sea como fuere, la fulgurante aparición de España en la política europea reforzaba la necesidad de esas estructuras de poder de las que venimos hablando y de nuevas imágenes del pasado que explicaran y ensalzaran la posición alcanzada. No hablamos sólo de propaganda, sino de construir una idea de España como colectividad susceptible de dar un sentido de pertenencia general y, en particular, a esos nuevos grupos burocráticos o guerreros dispersos por los espacios dominados en los que representarán y proyectarán el poder real, y a la creciente cantidad de personas capaces de acceder como autores o como espectadores al disfrute y comprensión de la escritura, el teatro, otras producciones artísticas, los emblemas, los monumentos o las fiestas públicas.

En este ámbito de cosas está claro que la imprenta suponía un cambio radical cuyas implicaciones no podemos siquiera esbozar aquí y que hay que unir a otros tan importantes como la formalización y reivindicación de las lenguas vernáculas frente a un latín que, aunque no se abandona en absoluto, no puede competir con su capacidad de penetración. Tenemos libros más baratos, infinitamente más fáciles de reproducir, de transportar, de llevar hasta los lugares más recónditos, de leer (y de aprender a leer), más difíciles de destruir en su totalidad, capaces, por tanto, de difundir concepciones y valores en un intercambio de ideas que genera sencillamente no sólo una nueva forma cultural sino, a la larga, una nueva cultura; el hecho, además, de la existencia de tantas formas de censura como países, de las enemistades por razones de poder y/o ideológicas y religiosas, con la posibilidad añadida de albergar a disidentes de los demás, multiplicaba, como es lógico, sus virtualidades. Las nuevas potencialidades a la hora de generar, homogeneizar y difundir —y enfrentar— imágenes del propio colectivo y de los demás se hacen patentes, tal como ha puesto de relieve Benedict Anderson.

Todo ello se produce en un mundo presidido por los conceptos renacentistas y humanistas, lo que implica también exigencias y perspectivas adicionales. Sin duda, no hay uno sino muchos humanismos. Podemos apuntar como contraste al

que reivindicaría el Mundo Antiguo en oposición a lo medieval y la proyección de las libertades de pensamiento y políticas griegas o, en cierta forma, de la Roma republicana sobre el espacio político de algunas ciudades renacentistas italianas del siglo XV; en esta concepción, la barbarie medieval se identificaría con el catolicismo, o con las formas oficiales de éste, que sería lo mismo, y se propondrían nuevas formas de escritura y plásticas como recuperación de un espíritu de libertad y racionalidad perdidos que se proyectaría en reivindicaciones políticas acordes con ellas.

En uno de sus extremos opuestos nos encontraríamos al propio papado, que, entre otras cosas, podría utilizar las formas artísticas clasicistas en el contexto del refuerzo de su hegemonía religiosa, del prestigio del poder temporal del papa o, por qué no, de los valores de Roma en el rentable campo de los peregrinos, turistas y curiosos, pero que miraba con horror inquisitorial la más mínima cosa que pudiera proyectar sombra sobre cualquiera de estos aspectos, incluyendo la asociación entre el catolicismo y la cultura medieval o de clasicismo y republicanismo romano; luego volveremos a la profunda ambigüedad de la Iglesia católica respecto al legado clásico.

En otro más podemos situar a monarquías como la española o la francesa que tampoco podían ser ni eran antimedievales, no digamos ya republicanas o partidarias del libre pensamiento.[6] Entre otras cosas, en un mundo ideológico donde resulta clave la idea de la necesidad de la Reconquista frente a los musulmanes y su culminación al recuperarse la vieja unidad perdida, no cabía algo así.

De hecho, la necesidad de hacer un buen uso de aquellas formas artísticas, de escritura y, en gran medida, de pensamiento en las nuevas claves eran exigencias de la época que no podían dejar de ser utilizadas y que podían tener gran utilidad en términos de prestigio y propaganda en el ámbito de las nuevas necesidades, además de ser el marco obligado para la formación de las elites y los burócratas. Por sintetizarlo en una frase: se podía seleccionar qué importar de la mercancía humanística pero no se podía dejar de traficar con ella.

La conveniencia de formas historiográficas adaptadas a todo esto no era en absoluto una necesidad sólo interior sino que entraba dentro de los factores de prestigio y competencia externa, algo muy claro ya en el propio siglo XV, antes del casamiento de los Reyes Católicos, cuando Castilla aparece con más fuerza en la política europea y cuando se continúa la implicación de Aragón en Italia, pero que se dispara después.

Con frecuencia se olvida que el Renacimiento es un fenómeno de reivindicación de la Antigüedad clásica que, por muy europeo que acabe siendo, tiene su origen precisamente en el lugar donde se siente la vieja herencia y su continuidad como propia, una Italia frente a la que la Grecia otomana no podía obviamente competir. El contraste entre las viejas glorias romanas y su fragmentación y fragilidad política cara a las potencias de la época que se la disputaban se proyectará allí de manera constante y durante siglos en la reivindicación de la propia su-

6. J. A. Maravall, *Estudios de historia del pensamiento español*, Madrid, 1984, vol. II, pp. 123 y ss., 195 y ss.

perioridad espiritual y la barbarie ajena en el presente, herederas ambas de sus respectivos orígenes: Roma y, por ejemplo, los bárbaros francos o visigodos.

Este tipo de polémicas resultan mucho más importantes de lo que parece, aunque se vieran frenadas por el propio hecho de que Italia exportará humanistas dispuestos a construir todas las genealogías o historias que pudieran necesitar quien demostrara el buen gusto de contratarles. En una sociedad donde lo monárquico y lo nobiliario sitúan en un lugar central el problema de la genealogía y los orígenes, éstos tenían que ser objeto de escritura, de propaganda y de competencia, lo mismo que, de forma más evidente, la proyección de las versiones propias de los acontecimientos contemporáneos en los que se participa. Y en ello intervienen también el conjunto de los reinos europeos de cierta importancia.

Más tarde profundizaremos en esto, pero es evidente que si se hace necesaria una genealogía de las nuevas entidades políticas europeas, si el humanismo y esas competencias contribuyen con otros factores a impedir que la mirada se detuviese en la época posterior a la caída del Imperio romano y si, además, la herencia grecorromana quedaba como patrimonio esencial de los estados italianos, la mirada tenía que ir más atrás o, si acaso, más adelante, y no podía permitirse la mera adscripción a una Roma que, por decirlo así, ya tenía dueño.

La falta de una historia propia en las perspectivas adecuadas era en sí un factor de demérito, algo que podía ser reprochado por los oponentes o sentido como una carencia por los propios miembros de los diferentes Estados. No sorprende, por ejemplo, que en España se reproduzca frente a los eruditos italianos una vieja polémica que había enfrentado a romanos y griegos, donde los primeros, reivindicando su poder sin precedentes y minusvalorando las exaltaciones historiográficas del pasado heleno, habían lamentado la falta de historiadores que contaran las propias glorias, aunque esta carencia se pudiera justificar con la dedicación exclusiva a tales tareas, más nobles que la escritura. Ahora serán los italianos los que reciban la parte negativa de un argumento inventado por sus supuestos antepasados los romanos. Las propias Cortes de Aragón y de Castilla apuntarán a esa carencia y propondrán remedios en el siglo XVI.

Insistimos en todo esto como fenómeno general. Ed. Fueter, por ejemplo, en su clásica *Historia de la historiografía moderna*[7] hacía notar estos componentes incidiendo en cómo los gobernantes europeos querían evitar que sus súbditos adquiriesen su formación histórica exclusivamente en obras italianas y en el componente de competencia y polémica frente a su hegemonía

Puede ser otro índice significativo de tales perspectivas y una buena manera de acabar este apartado, el que uno de los historiadores que emprenden la tarea de remediar el problema, Ambrosio de Morales, cuente cómo los embajadores italianos que asistían al casamiento de Felipe II en 1560 reprochaban la falta de una historia presentable de España: frente a la ignorancia o la mala fe del extranjero, se impone escribirla, para acabar con el oprobio y ganar en honra.[8]

7. Ed. Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, Buenos Aires, 1953, pp. 155-157.

8. A. de Morales, *La Coronica General de España que continuava..., natural de Cordova, Coronista del Rey Catholico nuestro señor don Philipe segundo deste nombre, y cathedratico de Rethorica en la Universidad de Alcalá de Henares. Prossiguiendo adelante de los cinco libros, que el Maestro Florián de Ocampo Coronista del Emperador don Carlos V. dexó escritos*. Alcalá de Henares, 1574. Se cita por *Las Glorias nacionales. Grande historia universal de todos los Reinos, provincias, islas y colonias de la monarquía española, desde los tiempos primitivos hasta el año de 1852*, Barcelona, 1852, a cargo de el doctor Manuel Ortiz de la Vega (= Patxot y Ferrer), vol. I, p. 290.

UNA HISTORIA DE ESPAÑA

No sorprende que nos encontremos en el siglo XVI una cantidad apreciable de historias de España, llevadas hasta el final o no. Yo diría, además, que sólo se puede comparar este esfuerzo con el que se produce a mediados del XIX para cubrir las necesidades del nuevo mundo burgués, lo que, como venimos viendo, no es evidentemente una casualidad. Sus autores proceden de diferentes lugares: Garibay es guipuzcoano, Beuter valenciano, Ocampo zamorano, Ambrosio de Morales cordobés... y en su mayor parte son clérigos y cronistas oficiales. Es curioso, sin embargo, que la obra que culmina todo este esfuerzo en el cambio de siglo, la *Historia de España* del jesuita talaverano Juan de Mariana no sea una crónica oficial sino el fruto de un esfuerzo individual.

Es más que significativo que esta obra se convierta en la historia de España por excelencia hasta mediados del siglo XIX en que aparece la historia liberal, unitaria y moderada de Modesto Lafuente, poniéndose al día a lo largo del tiempo a base de los añadidos de autores sucesivos; incluso después sigue teniendo un papel nada desdeñable.

Es cierto que en el tiempo intermedio hay muy pocas que se culminen, lo que sin duda contribuye a su perduración, pero, más allá de esto, es claro que hay que recurrir a otras explicaciones. Una de ellas es, sin duda, la que se refiere a sus propios méritos y sus habilidades a la hora de articular las obras de sus predecesores y sus propias investigaciones en un conjunto que responde plenamente a las necesidades de las que venimos hablando.

Pero su continuidad y, en especial, el que Modesto Lafuente y otros mantengan los componentes más nucleares del modelo y siga siendo válido exige explicaciones algo más ambiciosas, a referir no sólo a continuidades hispanas sino también a su capacidad de jugar a fondo con claves más universales y pregnantes de definición de los grupos, a su capacidad, si se quiere, de conectar con aquellos núcleos de la pertenencia que las personas humanas venimos construyendo desde que éramos personas animales; claro que ahora, como vemos, el instrumental, empezando por la imprenta, y el ámbito de juego son muy diferentes a los de sociedades previas.

Un autor clave en la destrucción de los falsarios historiográficos que trufan la historiografía hispana desde el siglo XVI en adelante, Godoy Alcántara,[9] nos mostrará en 1868 otra vez las conexiones hondas entre lo que ahora escribe Mariana y su propio siglo señalando cómo el propio hecho de que incluyera este tipo de invenciones, transigiendo con las ideas recibidas contribuye a hacer de su historia:

9. J. Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, 1868, p. 256.

la historia más nacional que tenga ninguna literatura... verdadera no en el sentido de exacta sino en el de reproducción fiel de los sentimientos, de las pasiones, de las creencias, de los instintos, de los amores y de los odios que marcan enérgicamente en la historia del mundo la individualidad de nuestra nación, todo ello esmaltado en un estilo encantador que le asegura duración eterna, como a las momias egipcias las fajas embalsamadas que las envuelven.

Godoy Alcántara, que sabía mejor que nadie cuánto había incluido de fabuloso Mariana en su historia, por más que casi se presentara como obligado a ello, que conoce, además, las críticas en esta dirección de autores de los tres siglos precedentes, no puede menos que leerlo también casi como reproductor de lo que él entiende como los más profundos sentimientos de la nación española, en una mirada cargada también de identificación. Después de cuatro generaciones de gentes que se pueden calificar a sí mismas como súbditos de los reyes de España, después de las muchas obras que reflexionan sobre esto o lo dan por hecho, él pudo condensar las elaboraciones anteriores y aportar las propias en una lectura del pasado de una enorme efectividad.

Dentro de las gentes a quienes condensa son claves dos historiadores oficiales. El primero es Florián de Ocampo, que lo será de Carlos I, un hombre culto, discípulo de Nebrija, tan deseoso de enriquecer las glorias de España con su tarea que no dudará en incluir todo tipo de invenciones y falsarios, inventándose adicionalmente algunas más; aún así, o quizá por ello, su obra será uno de los libros que el emperador lleve consigo cuando se retire a Yuste. El otro, Ambrosio de Morales, de Felipe II, es de un talante bien distinto, miembro de una generación de sólidos humanistas como el aragonés Antonio Agustín, uno de los padres fundadores de la numismática europea, o el cronista de Aragón Jerónimo Zurita, comentador de textos clásicos además de historiador de su reino.

También es muy distinto, evidentemente, Felipe II de su padre, y no es necesario recalcar lo complejo del proyecto cultural que desarrolla y que se ve en ámbitos tan diversos como las cartografías y representaciones de ciudades, las relaciones de Indias, las encuestas geográficas en las que se incluyen informaciones sobre recursos de todo tipo pero también sobre restos de la Antigüedad o la centralización de los archivos públicos... Morales es parte de este humanismo mucho más depurado (aunque también más constreñido), y como historiador es parte también de este proyecto, al gozar de un cargo que el propio rey redefine y que le lleva, por ejemplo, a viajar al norte de la Península a la búsqueda de nuevos documentos o del verdadero lugar de la batalla de Covadonga.

Son tan distintos que Morales se refiere con cierto gracejo a su predecesor, al que no deja de respetar y al que considera su amigo, diciendo que había querido ver un cuerpo entero a partir de una sola uña o cuando mucho de un dedo (vol. I, p. 290), lo que está en clara oposición con sus propios planteamientos metodológicos. Y cuando continúa la crónica de aquél, que no llega más que hasta la segunda guerra púnica, casi se disculpa por ello. El propio Mariana se guardará muy bien al recogerlo de advertir que copia muchas más cosas de las que cree. Pero, a pesar de todas estas diferencias, hay una continuidad evidente en el pensamiento de los dos.

En los gloriosos orígenes

Ocampo[10] se propone inicialmente hacer una historia de España desde sus orígenes en adelante. Por supuesto, estos orígenes se fechan a partir de cronologías bíblicas y el final debería haber sido su propia época. El conjunto lo divide en tres partes (vol. I, pp. 10-11): la primera habría de recoger «todas las hazañas e sucesiones de nuestra gente, cuantas han podido saberse desde su fundacion y cimiento», junto con «la venida de muchas naciones extrañas», un periodo de casi dos mil doscientos años hasta el momento de la muerte de Cristo y cuando la mayor parte de España acaba cayendo en manos de los romanos. La segunda parte llegaría desde este momento hasta la llegada de los «alárabes y moros africanos», unos setecientos años caracterizados por la cristianización y la llegada de cuatro naciones de «gentes alemanas», siendo la última la de los godos. Y la tercera abarcaría ochocientos años de una lucha contra aquéllos que se define como la mayor contienda del mundo y que termina con su derrota y expulsión por los reyes Fernando e Isabel. Se ve claramente cómo los marcos temporales vienen señalados por los sucesivos invasores, hasta el cambio que suponen los Reyes Católicos.

En otro momento este aspecto se refuerza con una visión de la historia de España, esto es, de los españoles, en la que se les corporeiza tanto que se identifica su propia historia con un crecimiento orgánico (p. 12): habrían pasado desde una infancia en la que eran inocentes y simples, descuidados y sin capacidad de prever a cambiar con los romanos, e ir evolucionando entonces y en adelante de manera que pasarían por otra fase de mocedad pero todavía bajo la obediencia y administración de otras gentes que les sirven como ayos y llegar a una tercera de mancebía, madurez, guerra y expansión exterior.

La historia es un aprendizaje, entonces, que pasa desde la ingenuidad inicial y el control de los poderes externos hasta una madurez que se identifica con la independencia y la guerra externa, el aprendizaje de un ser vivo que crece como un organismo y como una persona.

Es lástima que Ocampo no consiga llevar su historia más allá de la presencia de los Escipiones en la Península durante la segunda guerra púnica en las décadas finales del siglo III a. C, pero sus planteamientos quedan suficientemente claros en lo que efectivamente pudo culminar; nos interesa aquí en particular no tanto su construcción de los invasores como su construcción de los invadidos, aunque ambas confluyan a partir de la caracterización de los españoles que antes hemos visto proyectada en la *Numancia* de Cervantes.

Su definición de éstos como una entidad, como una personalidad histórica milenaria, tiene un origen bien preciso, esa llegada de Tubal, nieto de Noé, «y sus compañeros», de los cuales, como nos dice explícitamente, descendemos todos

10. Florián de Ocampo, *Los cinco libros primeros de la Coronica general de España que recopilaua el maestro Florian de Ocampo, coronista del Rey nuestro señor, por mandado de su Magestad, en Zamora*, Medina del Campo, 1553. Se cita por *Las glorias nacionales. Grande historia universal de todos los Reinos, provincias, islas y colonias de la monarquía española, desde los tiempos primitivos hasta el año de 1852*, Barcelona, 1852, editada por Manuel Ortiz de la Vega (= Patxot y Ferrer), vol. I.

los verdaderamente naturales de España (p. 13). Lo que defiende, entonces, es que hay un origen prístino de los españoles y su continuidad esencial a lo largo del tiempo sin que los invasores consigan cambiarlo sustancialmente, si acaso contribuyendo, muy a su pesar, a su madurez y nunca alterando su realidad esencial. No es difícil ver detrás de esta exigencia del guión de la permanencia incólume de lo español también la negación del impacto de la peor y última de las invasiones, la musulmana. Volveremos luego a ello.

La pregunta sobre cómo se las arregla Ocampo para rellenar tantos volúmenes sobre la historia prerromana de la Península tiene una respuesta fácil: con todo tipo de fuentes e incluso añadiendo, llegado el caso, las que él inventa a otras ya inventadas. No deja de ser un paralelo divertido el que el relleno de las carnes cocinadas se llame también farsa. Lo que hace humanista a un falsario (y al revés) no es que se invente una historia sino que se invente una fuente en la que aparece la historia. A su disposición está la tradición bíblica, la historiografía grecorromana, la mitografía antigua con su afán de ordenar genealogías de héroes e incluso de dar orden a los mitos, frecuentemente contradictorios, referidos a alguno de ellos, las historiografías judía y cristiana de este periodo, con su necesidad de referir la historia del mundo y de los pueblos a las genealogías bíblicas o sus referencias a otras religiones, las elaboraciones de la época visigoda y en particular de san Isidoro, las medievales, las construcciones de la historiografía castellana, en particular, del siglo XV, las reflexiones (y etimologías) de su maestro Antonio de Nebrija, historiador real, y otros más.

El principio es característico. Había habido ya antes y habrá en adelante encendidas polémicas sobre a dónde habría llegado Tubal, polémicas nacidas de las diferentes manifestaciones del orgullo local que, por cierto, también multiplicará la imprenta. Él sabe también que Estrabón, en los comienzos de la era cristiana, en la parte de su geografía dedicada a Hispania había hablado de la enorme riqueza de la zona del Guadalquivir y cómo sus habitantes más característicos, los turdetanos, eran los más cultos de todos los hispanos y tenían leyes de seis mil años de antigüedad. No es el primero que conecta ambos elementos pero él lo hace muy bien: Tubal habría llegado a la Bética, la tierra más fértil del mundo, y traería ciencias y sabiduría, lo que cuadraba muy bien, nos dice, con la fama posterior de los béticos como músicos maravillosos, geómetras y peritos en la sabiduría moral de donde procede la gobernación, y su fecha de llegada se podía hacer coincidir con esos seis mil años que, contados como años de cuatro meses, se acercan a los dos mil años de la llegada de Tubal (pp. 26 y ss., pp. 33 y ss.).

Todo esto implica antigüedad y, por supuesto, competencias europeas; por ejemplo, nos hace notar cómo la llegada del fenicio Cadmo a Grecia —una vieja leyenda que ya en la Antigüedad se había intentado ubicar cronológicamente— se habría producido ochocientos años después, con lo que España y Andalucía precederían en cultura a la misma Grecia. Otras polémicas anticlásicas se dejarán ver después.

El relleno entre este momento inicial y la época en la que las fuentes grecorromanas hablan de los fenicios y de Tartessos requiere nuevos esfuerzos, así, la utilización de textos de la Antigüedad que buscaban dar armonía temporal a los relatos míticos. Una parte sustancial de ellos presentaban incluso la ventaja de haberlos evemerizado, esto es, de haberlos considerado como elaboraciones exageradas sobre historias reales de humanos extraordinarios a los que la posteridad habría divinizado por ello; destacan aquí, por ejemplo, los intentos de Diodoro Sículo y otros de dar coherencia a las muchas historias de Heracles distinguiendo diversos Heracles/Hércules de diferentes procedencias, a veces generando una especie de deconstrucción de procesos previos de sincretismo por los que los griegos habían absorbido en el suyo al Melkart fenicio, por ejemplo.

Claro que el conjunto supera a sus fuentes; así nos aparece el rey Osiris, egipcio, también llamado Dionisio, que viene a acabar con el tirano Gerión, un personaje que se habría aprovechado de la inocencia prístina de los españoles para hacerse con el poder. Más tarde, vendría el Hércules egipcio quien vengaría la muerte de su padre Osiris a manos de Tifón, su hermano, aliado a los tres hijos de Gerión, matándolos. No es necesario profundizar entre tanto invasor y tanta *vendetta*, baste señalar la idea de España como lugar donde se dirimen hegemonías mediterráneas y el papel destacado de un Hércules que no es el griego.

Además de este uso, muy de su época, de los viejos mitos recogidos en las fuentes grecorromanas, es característica su aceptación plena del falsario y dominico italiano Juan Annio de Viterbo (o más exactamente Giovanni Nanni di Viterbo), quien de forma nada desinteresada había construido una lista de reyes de España de Tubal en adelante a partir, en gran medida, de obras como la supuesta *Crónica de Beroso* que, como corresponde, él mismo inventó;[11] Ocampo, como apuntábamos, añadirá, además, alguna fuente aportada personalmente por él.

Conviene apuntar, llegados aquí, que nada de esto es extraño y que no sólo en otros muchos lugares se utilizará a Annio, sino que reinos como Francia e Inglaterra, como corresponde, tendrán otros falsarios más exclusivos. Y es buen momento éste para dejar claro que este tipo de exaltaciones colectivas buscan en toda Europa competir no sólo con los italianos sino con cualquier otra entidad colectiva que pudiera pretender la excelencia honorífica. Ya hemos apuntado cómo uno de los papeles esenciales de los humanistas italianos desperdigados por las cortes europeas desde España hasta Polonia era intervenir en este juego con todo el peso de sus más o menos supuestos saberes.

Y el propio Viterbo no es nada ajeno a intereses anticlasicistas, como el hecho de reducir la preeminencia de la historia clásica grecorromana incluyéndola en un marco judeocristiano presidido por el Génesis, a la vez que toca con su obra al pasado de todos los pueblos occidentales a partir de la descendencia de Noé; una de sus consecuencias, por ejemplo, es la potenciación de la «celtomanía» en el contexto de la afirmación de la superioridad francesa en el pasado, de lo que

11. Para estas invenciones y otras sigue siendo fundamental el libro citado de Godoy Alcántara y también J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*, Barcelona, 1991, en particular pp. 49 y ss.

Dubois llama «la mystique nationale».[12] El propio Dubois[13] hace notar cómo esto tiene sentido en un marco que nos es bien conocido: el surgimiento de los nuevos Estados que representan las nuevas reglas del juego en un mundo donde los dos modelos unitarios anteriores, el papado y el imperio, se ven substituidos por ellos, y donde el mito galo ofrece, como mito de origen y recurso emocional, enraizamiento, parentesco y unidad hacia el interior, diferenciación cara al exterior y, eventualmente, justificaciones para el dominio del otro.

La monarquía española en Ocampo queda marcada como la forma característica de gobierno y dotada de una vetustez sublime en un contexto en el que con cierta frecuencia se jugará con el dominio mediterráneo. Y en medio de todo esto caben otras muchas cosas, como catástrofes naturales, la llegada de pueblos o la muy característica de héroes fundadores, donde recoge todo tipo de aplicaciones locales de leyendas de fundación —como aquella en la que Tuy aparecía como fundada por el héroe homérico Diomedes Tidida— así como salidas de los españoles al exterior, como la que, basándose tangencialmente en otras fuentes grecorromanas, los haría ni más ni menos que fundadores de Roma y antecesores de etruscos y frigios. Ni Grecia ni Roma, entonces, por delante de España. Además, como señaló Cirot, este tipo de planteamientos, que hacen provenir de españoles a diferentes pueblos o recibir su influencia civilizadora (a veces siguiendo a fuentes clásicas como Pausanias y Solino que afirmaban que Norax había colonizado Cerdeña desde Hispania), parecían defender más que la preeminencia por la antigüedad, una especie de derecho de metrópoli quizá inspirado en la experiencia americana.[14]

El final de la lista de reyes se produce con dos personajes que aparecían aplicados a Hispania por un autor antiguo, Justino, quien recogía a su vez a otro anterior, Trogo Pompeyo: los reyes Gárgoris y Habis, incluidos en una interesante historia en la que este último queda presentado como un héroe cultural y fundador típico; la muerte de este último —para el que utilizamos la forma correcta de Habis a pesar del uso, que comparten Ocampo y su época, del genitivo Habidis (o Abidis)—, fechada en el 1071 a.C., marca el momento de fraccionamiento de la monarquía, momento que aprovecha también Ocampo para expresar dudas, justificar las fuentes usadas y advertir de que conforme se acercara a época más recientes en su crónica, iría aumentando la seguridad de lo relatado (vol. I, p. 73).

En todo caso, a continuación se produciría una enorme sequía (vol. I, pp. 73 y ss.), también basada en Justino, que habría trastocado el orden anterior y que, al acabarse, habría ido seguida de la llegada de diversos pueblos como los galos celtas (o franceses, como se apresura en aclarar) y de la vuelta de los españoles que se habrían marchado por su causa, como los iberos. Conviene señalar, por cierto,

12. G. G. Dubois, *Celtes et Gaulois au XVIe siècle. Le développement littéraire d'un mythe nationaliste*, París, 1972, pp. 24 y ss., pp. 41 y ss.

13. G. G. Dubois ««Nos ancêtres les Gaulois». Le développpement d'un mythe, des origines nationales au 16e siècle», en P. Vialleneix y J. Erhard, eds., *Nos ancêtres les Gaulois*, Actes du Colloque International de Clermont-Ferrand, Clermont-Ferrand, 1982, pp. 20 y ss.

14. G. Cirot, *Les histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556). Études sur l'historiographie espagnole par...*, Burdeos, 1905, p. 120.

que si los germanos son alemanes y los celtas franceses, la actitud ante estos colectivos, en particular hacia estos últimos y su presencia en la Península estará presidida por la ambigüedad de su origen. Los iberos, en cambio, sí son españoles sin más, incluso se apunta que algunos consideran que su nombre era el que se usaba para definirlos antes del propio término de españoles (vol. I, p. 77). La unión de unos y otros llevaría a la formación de los celtíberos en zonas específicas, sin que eso suponga que deje de haber celtas y, por supuesto, iberos sin mezclar.

Hay que hacer notar que las elaboraciones que siguen sobre fenicios, griegos, tartésicos, púnicos y los comienzos de la aparición de Roma van a tener una mayor trascendencia en los siglos que siguen, por la mediación de Mariana, y que su tratamiento se basa mucho más en fuentes antiguas relativamente fiables, que él conoce bien, incluyendo en alguna ocasión también inscripciones. Pero también que el uso de fuentes más fiables va unido a un refuerzo radical de la imagen esencial del modelo de fondo.

La simplicidad e ingenuidad de los españoles contrastaría con la astucia, perfidia y avidez de unos fenicios que llegan en el año 822 a. C. y que son los primeros de aquellos tiranos que Cervantes nos presentaba arrebatando la riqueza mineral de las entrañas de la quejosa España y que usarán el disimulo, el brillo de sus templos y ceremonias y la violencia para dominarlos (pp. 83 y ss., 103 y ss.). La idea de su antigüedad en la Península y su enriquecimiento con las minas hispanas y otros recursos se encontraba documentada en fuentes grecorromanas de fiar, así como el papel esencial en ello de Andalucía y, en particular, de la Cádiz fenicia.

Todo esto, además, tiene otra consecuencia adicional; ya el valenciano Luis Vives en sus comentarios a san Agustín había comentado, siguiendo una referencia de éste, cómo la alta moralidad de aquellos primeros españoles iba unida al monoteísmo; los politeístas fenicios, y los griegos mismos, podían ser presentados desde estas perspectivas como corruptores de aquellas virtudes casi patriarcales. Los griegos, de los que se acepta llegadas previas y posteriores a los fenicios, aparecen en contraste con una caracterización más positiva, pero tampoco entregada.

De nuevo las fuentes griegas, con Herodoto por delante, permitían a continuación incluir a Argantonio como rey de Tartessos, presentado como un rey elegido en el año 622 a. C. y que se las arreglaría en su largo reinado para frenar a los fenicios, conectando, además, con los griegos para compensar su poder (pp. 103 y ss.). A su muerte se reproducirían los intentos fenicios de tiranizar (p. 110) a los andaluces (y españoles) en un proceso que daría lugar a la llegada de los cartagineses en apoyo suyo. Otro personaje, por cierto, que nos aparece en estas coyunturas, Terón, es útil para ver este tipo de caracterizaciones de unos antepasados que son «nuestros», al presentársenos como un «español catalán» y capitán de Cataluña (pp. 94 y ss.).

Son los cartagineses los que representarían el primer gran intento de dominación militar, pintada como la menos ambigua de todas las que siguen hasta, por supuesto, la época musulmana, gentes capaces incluso de traicionar a los gaditanos en cuya ayuda habrían llegado.[15] Ya previamente habrían intentado dominar-

15. Como veremos, la imagen negativa de los cartagineses en la historiografía española es casi

la desde sus ciudades en las islas Baleares, aunque no lo habrían conseguido al oponérseles Sagunto desde la zona levantina (p. 103).

Son comerciantes pero también gentes que buscan permanentemente dominar España, sin mayores caracterizaciones positivas; no sorprende que una comparación con las conquistas españolas en las Indias les deje en clara desventaja. La información de que habían conquistado una parte importante de Hispania en el siglo III a. C entre la primera y la segunda guerra púnica lleva a poder defender que no tuvieron éxito en el siglo V a. C. y a justificarlo con un valor militar hispano que se recalca en diversos momentos y con sus actividades en otros frentes; pero incluso en uno de los ejemplos más prominentes de esto último, sus guerras sicilianas con los griegos, asoman los españoles con su caracterización prístina de guerreros indomables, por otra parte también basada en fuentes grecorromanas, que hablan del papel de los mercenarios peninsulares (véase pp. 148 y ss., por ejemplo).

Fuera de lo bélico se les ensalza también en otros campos, como cuando se afirma que el viaje del cartaginés Hannón que se recoge en su famoso *Periplo* (p. 135) pudo hacerlo porque los andaluces turdetanos le habrían enseñado la ruta oportuna. Pero es el aspecto guerrero el que se destaca, tanto el de éstos, clave para que pudieran por fin permitirse los cartagineses la conquista de una parte de España al ponerse de su lado después de la primera guerra púnica, como el de los «españoles catalanes» que habrían frenado a Amílcar Barca, aunque no tanto como para que no pudiera fundar Barcelona (p. 196). Las rebeliones en Andalucía y otros sitios, o la gloria de Sagunto, entendida como española aunque de fundación griega, (pp. 213 y ss.) priman sobre todo. Una excepción, que tendrá también mucha continuidad, será la exaltación de Aníbal, conectado de diversas maneras con España, y no sólo por los mercenarios españoles que se lleva consigo y gracias a los cuales habría mantenido en jaque a los romanos en Italia durante muchos años; algo de polémica antirromana hay también en este juego.

Respecto a los romanos, Ocampo nos los presenta en una primera fase, aquélla en la que jugarían ante los escarmentados españoles el papel de amigos que pretenderían liberarles de la dominación cartaginesa. Refuerza en todo caso la imagen de la división española entre los dos bandos, su no unidad y, de nuevo, su valor militar sin tacha; y no deja de apuntar que en el futuro se vería qué cosas buenas y qué cosas malas se trajeron consigo.

Es bien visible el tránsito de una dominación más suave, la fenicia, a la mayor crudeza de los cartagineses, de la ingenuidad al amargo aprendizaje de las dominaciones, la exaltación de lo guerrero y la execración de la división de quienes son en realidad uno y que permiten, no actuando en consecuencia e incluso uniéndose al enemigo, ese dominio extranjero.

Si hubiéramos de resumir todo esto, podríamos decir que el conjunto, desde Tubal en adelante, construye la imagen de una identidad en el tiempo cargada de virtudes, gloriosa, sin dependencia directa del mundo grecorromano, sin paran-

una constante; véase E. Ferrer Albelda, *La españa cartaginesa. Claves historiográficas para la historia de España*, Sevilla, 1996.

gón en la Antigüedad y —lo que es clave en términos de prestigio y de los valores que sustentan el tejido señorial y que se proyectan sobre estas construcciones de identidad colectiva— amenazada desde un exterior ávido y agresivo.

Ocampo es en gran medida el cronista de un nacimiento que se ve celebrado en el propio éxito de su obra, un cronista que no deja de inventar para su reconstrucción en ninguna de las épocas que trata. A Morales le tocaba una tarea más compleja, la de elaborar una visión acorde con tales orígenes y caracterizaciones en cuatro momentos clave: Roma, el papel de los visigodos y otros bárbaros, la invasión musulmana, unida a la historia de una lucha contra ellos que daría el entramado de los ochocientos años que siguen hasta la culminación y recuperación de España con los Reyes Católicos, y la fase posterior presidida por el imperialismo de los Habsburgo.

Invasores e invadidos: los romanos

Es una tarea que también le vino demasiado grande y que no completó pero que, por lo menos, llevó hasta el año 1037, con lo que aportó importantes reflexiones sobre épocas cruciales y sensibles y, en particular, definió las que aquí nos interesan.

Cabe señalar para empezar su preocupación por las fuentes en las que basarse y que le lleva por lo general a ser muy minucioso y no sólo con las fuentes literarias, que tiende a explicitar continuamente, sino a la hora de valorar otras; así, por ejemplo, no sólo usa inscripciones, sino que distingue las que él mismo ha podido ver, las que han visto gentes de fiar y las otras, o se preocupa por conocer los restos de la Antigüedad y las localizaciones donde ocurren los hechos más famosos. Un buen índice de todo esto es que una a su crónica otro trabajo, sus famosas *Antigüedades de las ciudades de España*,[16] en la que, siguiendo pero superando en mucho la geografía antigua que Ocampo había introducido en la suya, incluye los elementos epigráficos, arqueológicos, numismáticos y las fuentes literarias que legitiman las identificaciones de ciudades y espacios antiguos que, afirma, son «lo primero y muy principal que todos desearán de esta coronica» (vol. I, p. 3). Ya volveremos al porqué de este interés, a lo específicamente hispano de lo que es ya en Europa una afición muy extendida, ayudada, además, por el auge del coleccionismo.

Pero, como también hemos apuntado, su construcción no varía sustancialmente. Preside el conjunto la reivindicación de la interpretación esencialista e invasionista que lleva de forma natural a la idea de la culminación de la historia de España con la unidad de los Reyes Católicos. Ya sabemos que esta asociación implicaba que España no iba a ser invadida por nadie en adelante y que, a la vez, le tocaba ahora a ella expandirse por el exterior. La pregunta sobre por qué había

16. Ambrosio de Morales, *Antigüedades de las ciudades de España Que van nombradas en la Coronica, con la averiguacion de sus sitios, y nombres antiguos. Que escreuia... natural de Cordoua, Coronista del Rey Catholico nuestro señor don Philipe segundo deste nombre, y cathedratico de Thetorica en la Vniuersidad de Alcala de Henares. Con un discurso general, donde se enseña todo lo que a estas aueriguaciones pertenece, para bien hazerlas y entender las antiguedades...*, Alcalá de Henares, 1575.

sufrido tantas invasiones ya había sido crucial para Nebrija, también con el corolario de que la restitución de España dejaba ahora las cosas en una situación muy distinta,[17] algo muy significativo en quien hace una gramática del castellano en gran medida para equipararlo al latín, sentando así un precedente importante para el conjunto de las lenguas europeas. No es casual que quien defiende la salida al exterior tras tantas invasiones, justifique también la conquista de Navarra por Fernando el Católico entre otras cosas como una vía para evitarlas en el futuro.

No extraña que en este juego los romanos aparezcan como unos invasores más, aunque con matices, mientras que puede que extrañe que los visigodos aparezcan poco menos que como unos no-invasores pero con matices, en todo caso como la excepción más notable entre todos ellos.

Puede ser útil volver a Cervantes para ver esto y cómo la Italia, escenario privilegiado de las guerras europeas desde finales del siglo XV, permite juegos adicionales de simetría invertida y venganzas póstumas. Recordemos que habíamos dejado a la llorosa España quejándose del destino de sus hijos. Es tiempo de escuchar cómo la consuela el Duero (pp. 465-472, 489-492):

y puesto que el feroz romano tiende
el paso agora por tu fértil suelo,
que te oprime allí, y allí te ofende
con arrogante y ambicioso celo,
tiempo vendrá, según que ansí lo entiende
el saber que a Proteo ha dado el cielo
que estos romanos sean oprimidos
por los que agora tienen abatidos...
y también vendrá tiempo en que se mire
estar blandiendo el español cuchillo
sobre el cuello romano, y que respire
sólo por la bondad de su caudillo...

Todo esto alude al Saco de Roma de Carlos V en 1527 y a las campañas del duque de Alba en 1566, que quedan así profetizadas y justificadas, a partir de esa identificación esencialista de «romanos» y «españoles» en la Antigüedad con los italianos y españoles de su presente. También la Guerra se suma a los que predicen un futuro bien distinto (pp. 1.990-1.999):

Que yo, que soy la poderosa Guerra...
sé bien que en todo el orbe de la tierra
seré llevada del valor hispano
en la dulce ocasión que estén reinando
un Carlos, y un Filipo y un Fernando...

No extraña que esto se acompañe con la exaltación bélica de Felipe II en especial, y del corolario de la satisfacción de una España que vencerá naciones ex-

17. B. Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto*, Madrid, 1947, 2.ª ed., vol. I, p. 374.

tranjeras, teñirá sus espadas en su sangre, será envidiada por el mundo y, además, logrará que se vuelva España al viejo estado cuando zurza el «girón lusitano», el reino de Portugal, al reino de Castilla de cuyo vestido se había rasgado tiempo ha (pp. 505 y ss., pp. 516-517).

Convenientemente la Fama culmina la obra asegurando la pervivencia de la memoria de una Numancia que será índice glorioso del valor que los españoles desplegarán en el futuro (pp. 2.417 y ss.), con lo que se convierte, entonces, en el ejemplo por excelencia de la desunión y las opresiones del pasado frente a la unión y conquistas del presente. En un contexto tan ensalzante, en medio de tales conexiones, es claro que el mundo romano no podía ser contemplado precisamente con pasión. Otras muchas razones inciden en ello.

El tremendo impacto en Roma de esa guerra y del final de la ciudad en el 133 a. C. dio lugar a muchas referencias historiográficas, reforzadas por la presencia de un personaje romano, Escipión Emiliano, y de un magnífico historiador griego, Polibio, y de las biografías dedicadas al general romano y a su estirpe; conviene recordar que el terror y la insatisfacción que suponen las derrotas romanas en Numancia previas a su llegada suponen, entre otras cosas, un choque suficientemente fuerte como para alentar los proyectos reformistas de su pariente Tiberio Graco y que Escipión no dejará de enfrentarse a su obra para acabar muriendo en relación con ello, lo que resalta mucho más el tema numantino al estar en la base de la misma crisis republicana y de la gloria y muerte del hijo de tan famosa estirpe. Y no es sino una más de las innumerables referencias a las guerras romanas en Hispania.

Esto nos ofrece un buen pie para señalar que la propia historia de Roma en la Península y las fuentes que la narraban, es decir, el primer punto de partida de un humanista, ofrecerían algo más que algunos argumentos para apuntalar y reforzar el modelo inicial: casi lo habían dejado construido.

Sin que fuera necesario perder la conciencia de las muchas diferencias entre las diversas zonas, poblaciones o provincias peninsulares, se acaba por concebir Hispania (Iberia en las fuentes griegas) como una unidad que cabe comparar con otras unidades también muy complejas y de mayor antigüedad como Italia o Grecia, lo mismo que a los hispanos (iberos en las fuentes griegas) con los itálicos o con los griegos.

El que las dos provincias en las que se la divide durante los dos primeros siglos sean denominadas Hispania y diferenciadas tan sólo por dos términos —Citerior y Ulterior— que sencillamente marcaban las distancias respecto a Roma, es un índice de esa concepción unitaria que incidirá también con el tiempo en el sentido de pertenencia, que se entenderá por supuesto de forma no exclusiva y que nos aflora en, por ejemplo, autores que se definen a sí mismos como hispanos. Hispania, como tantos otros espacios e identidades en el imperio (y otros dentro de Hispania) es construida por Roma. Así que los autores romanos o griegos pueden pensarla globalmente y compararla con otras.

Desde esta perspectiva, fenómenos como el de Numancia hacen que Hispania (y con ella los hispanos) aparezca explícitamente resaltada por su capacidad militar y de inusitada resistencia; recordemos que fue conquistada a lo largo de

dos siglos, comenzando en la segunda guerra púnica y terminando con el sometimiento de astures y cántabros por los ejércitos de Augusto pocos años antes del nacimiento de Cristo. Cualquiera podía recordar que los reinos helenísticos, con todo su poder, o la misma Grecia, habían sido conquistados o sometidos contra todas las previsiones en apenas unas décadas y algunas batallas a comienzos del siglo II a. C. o, más tarde, que cabía decir lo mismo de la Galia en el siglo I a. C.

Los dos siglos de Hispania la hacían destacar, y más dada la enorme cantidad de acontecimientos bélicos resaltables, personajes como Viriato, ciudades como Numancia, romanos famosos que habían combatido contra los hispanos, al estilo de Catón el Censor, el mismo Escipión o el padre de los Graco, o contra otros romanos con la ayuda de hispanos en las guerras civiles, empezando por Sertorio. El que uno de los más hábiles propagandistas de la Antigüedad, Augusto, se presente como culminador de la conquista y de la paz frente a los feroces habitantes de la cornisa cantábrica lo refuerza aún más.

No extraña entonces que se produzca una exaltación en claves bélicas y tampoco que se busque una explicación y que ésta se encuentre en la que se había aplicado para la conquista romana de Grecia, en medio, por cierto, de unas polémicas entre los respectivos méritos de los presentes y pasados de unos y otros que nunca dejarán de estar presentes a lo largo de la historia romana posterior: los griegos estaban divididos y, en consecuencia, fueron conquistados. Así pues, las propias fuentes grecorromanas de la conquista ofrecían los argumentos más sólidos para defender la unidad esencial de los españoles, su caracterización positiva en términos de belicosidad y la negativa en términos de su debilitadora fragmentación. Incluso el que la división de los griegos fuera presentada como una culpa que les hacía indignos de su libertad, lo que conllevaba el castigo de su dominación, también será un factor presente en las elaboraciones españolas del siglo XVI en adelante.

Puede ser útil señalar aquí que los famosos dos siglos no pueden ser interpretados literalmente en este sentido. Si los romanos no conquistan Hispania antes es en gran medida porque tampoco les interesa; la relación entre el esfuerzo y los resultados tangibles del éxito era demasiado desigual, en particular una vez sometidos los lugares realmente rentables y fértiles, el sur, la costa mediterránea y el valle del Ebro, y comparada con la que suponen otras zonas como el Oriente helenístico. Ni la conquista avanza porque haya un plan o proyecto romano, ni deja de avanzar porque los hispanos lo trunquen con su resistencia. Pero no hablamos de verdades históricas sino de construcciones historiográficas.

Corresponderá a Morales dar coherencia a todo esto y, además, articular los aspectos referidos a la conquista durante la República romana con otro lado que no lo es del todo: los aspectos no bélicos y, en particular, después, la Hispania sometida a los emperadores.

Es significativo que en su tratamiento del periodo republicano se dedique casi exclusivamente a la conquista. Como cabría prever, reproduce la imagen de los cartagineses opresores y de unos romanos que se presentarían como aliados pero que no lo eran (vol. I, pp. 305 y ss.). La ingenuidad española lleva a unírseles, lo que permite su triunfo y conduce a que se quiten la careta y empiecen ya directamente a someterlos, para lo que utilizarán a otros españoles de nuevo (vol. I, pp. 356 y ss.). Los dos contrincantes se enfrentan finalmente en medio de una cruda descripción de los romanos y sus infamias en los términos más duros: vasallos, tributo, yugo, servidumbre, tiranía, injusticia, pena, infamia, deshonra, miserable y sujeta España, y en medio también de la exaltación de los resistentes, como Viriato, y de las ciudades y pueblos heroicos, como Numancia con la que, cómo no, «Llega ya aquí la historia de España a lo más alto de gloria y fama que en este tiempo pudo subir» (vol. I, p. 405). Indíbil y Mandonio aparecen como reyes que quieren aprovechar la situación para dominar la Península, pero también como gentes que se lamentan en público de la servidumbre de España a los romanos y que quieren restituir la libertad de que gozaba antes de los cartagineses (vol. I, p. 353).

Hablamos de un discurso que, siguiendo a los historiadores romanos mismos como Tito Livio, pero desde otro lado en el que Livio es un enemigo más, utiliza la más insidiosa de las personas gramaticales, la primera del plural: «las batallas que les vencimos, los capitanes que les matamos, las ignominias con que algunas veces se nos rindieron y los desaforos y agravios, que otras nos hicieron...» (vol. I, p. 291). «Y así de aquí adelante ninguna cosa se contará en esta coronica, que no sea mandarnos los romanos, guerrear con nosotros para hacernos sus vasallos, llevarnos crueles tributos, enriquecer con nuestros tesoros, y poner cada día el yugo mas pesado, para que fuese más entera la sujección». (vol. I, p. 356). Esa hostilidad se extiende, por supuesto, a quienes contaron todo aquello, los historiadores clásicos: «sino es que los historiadores romanos callan sus culpas, atentos a sólo cargárnoslas a nosotros todas» (vol. I, p. 394), a lo que dicen, por tanto, y a lo que callan. Los lamentos por la división de los españoles son, como corresponde, otro elemento esencial, sin la cual no hubiera habido derrota porque, asegura, «nunca jamás los romanos supieron hacer guerra en España sin españoles» (vol. I, p. 439).

Se entiende también que las resistencias se primen por encima de las aceptaciones del poder romano; no sorprende que las zonas del sur y Levante, que fuentes como Estrabón, al que cita, diferencian netamente de las del interior y norte por su riqueza e integración en la vida romana ya en época republicana, queden desdibujadas frente a las demás. Volveremos luego a ello.

El periodo imperial es más complejo, entre otras cosas por la pérdida del elemento esencial de la guerra como núcleo de explicación y por la falta de fuentes escritas referidas a la Península. Pero el problema va más allá y empieza por la evidente incomodidad que nos muestra cuando siente que casi ha de disculparse por tener que hablar de una historia que no es una historia de España sino de quienes la dominan, imperio y emperadores (vol. I, p. 489; vol. II, p. 47). Sobre el esquema cronológico que aportan los gobiernos de éstos, incluye informaciones sueltas y variopintas, desde legislativas a administrativas, acontecimientos, monumentos, inscripciones e incluso referencias a la vida económica procedentes de Plinio y otros autores.

En una parte de estas cuestiones cabe también hablar de glorias específicas; la importante pléyade de literatos y emperadores procedentes de la Península se presentan, como corresponde al confluir con las perspectivas humanísticas, con

orgullo, calificándoseles por supuesto como españoles. Junto con los Séneca aparece Trajano, por ejemplo, que se presenta como gloria de España, destacada por el hecho de que hubiera (hubiéramos, podría haber dicho) dado a Roma tres emperadores y de ellos dos hubieran sido los mejores (vol. I, pp. 511 y ss., 542). Pero esto, como la aceptación de lo romano por sus zonas de procedencia, en particular la Bética, no podía menos que ser concebido con ambigüedad, una ambigüedad que evidentemente no se encuentra al tratar el cristianismo y sus mártires y concilios.

Como es lógico, estos mártires hispanos y la participación de notables clérigos hispanos en la historia eclesial ocupan un lugar esencial. Aquí, sus límites críticos son más difusos, aunque no dejen de existir. La duda sobre una parte de las construcciones ensalzantes de las viejas glorias de la iglesia hispana no alcanza, por ejemplo, a la llegada de Santiago a la Península (vol. I, pp. 495 y ss.) ni a una vieja leyenda, la del voto de Clavijo que obligaba a un impuesto que beneficiaba a la catedral de la ciudad, lo que tiene que ver también con sus propias implicaciones intelectuales y crematísticas en el tema.[18]

Donde se hace definitivamente visible el distanciamiento con Roma en esta fase es en la interpretación de la caída del poder imperial en la Península. Salvo la aparición de Teodosio, como emperador español y rígidamente católico, y por tanto ensalzadísimo, y de su familia, española por provenir de él, (vol. I, pp. 646 y ss.; vol. II, pp. 12 y ss.) no hay dolor por la pérdida de un imperio. Es el momento de distinguir los «españoles antiguos», los «naturales españoles» de los romanos y de dar la bienvenida a unos godos que se contrastan con las brutales destrucciones de los otros bárbaros, a los que acaban sometiendo, que terminan con la opresión romana y a los que se presenta en su primera entrada en Hispania como gentes que llegan para ser señores de ella y que continuarían reinando aun a través de los reyes de su tiempo (vol. II, pp. 25, 27, 45 y ss.).

Recordemos que por entonces ya los hispanos eran romanos de pleno derecho desde dos siglos antes, que las gentes peninsulares habían vivido entre cuatro y seis siglos bajo un poder que abarcaba, y mezclaba desde otros tantos siglos, a las gentes desde el Mediterráneo hasta el Rin y el Danubio. Pero para él el final de Roma en la Península es casi una expulsión y, sin duda, una purificación.

Podríamos decir que todo esto no es sino una consecuencia predecible de un modelo esencialista que exige la pervivencia incólume de la vieja identidad. Es así, sin duda, pero es posible ver también aquí la proyección de algunas cosas más.

En gran medida la rigidez del modelo, aparte de las necesidades generales del guión, deriva de la formulación de éste a la sombra de la invasión por excelencia, la musulmana, y de las implicaciones de sus lecturas y vivencias colectivas. La conquista musulmana y lo que supone no tiene igual en la historia de Europa occidental, con ocho siglos que podían ser interpretados como de lucha permanente frente a un invasor que desde la perspectiva católica es un enemigo religioso inasimilable. Así como en Francia podemos encontrar en estos siglos y en los que siguen continuas interpretaciones y reinterpretaciones de la oposición de galos-

18. Véase O. Rey Castelao, *La historiografía del voto de Santiago*, Santiago de Compostela, 1985, pp. 40 y ss.

celtas y francos (o de galo-romanos y francos) y en Inglaterra de sajones y normandos, por ejemplo, la diferente perspectiva religiosa y cultural, los dos mundos tan diversos que representaban —el África y Oriente musulmanes, el Occidente cristiano— dificultaban una mirada similar.

El mundo obsesionado por la pureza de sangre que precede y sigue a la toma de Granada incide en la rigidez de la no contaminación, de la pervivencia incólume de lo anterior, en cada fase histórica leída en la clave invasionista/esencialista, lo que será más claro aún en la transición verdaderamente importante para el mundo hispano, que no es la romana sino precisamente la caída del mundo hispanogodo en manos musulmanas. La necesidad de salvar la idea de esa continuidad de las esencias y las purezas para permitir encapsular en un paréntesis de radical aislamiento la «anomalía» de los siglos musulmanes, eliminada ideológicamente a partir de considerarla suprimida tras la derrota de 1492, puede estar también detrás del juego intelectual por el que se hacen desaparecer otros muchos siglos de presencia, fusión y participación en el mundo romano o sus equivalentes en las fases anteriores. Y el periodo posterior refuerza estos elementos.

Todo esto contribuye a explicar que el final de Roma pueda llevar a una pequeña lamentación por la pérdida de letras, pintura y escultura (vol. II, p. 12), toda un reconocimiento de los imprescindibles valores humanísticos, pero que prime la valoración positiva de la desaparición de unos señores malos, corruptos y corruptores y su sustitución por una situación mejor con otros bien distintos.

Esta doble valoración tiene una larga historia en el pensamiento hispano y europeo, que se sustenta en las diversas reconstrucciones del pasado que había ido elaborando la tradición eclesial desde el propio Imperio romano en adelante; recordemos el dominio de las perspectivas católicas en la memoria europea y que Morales, Ocampo y Mariana son todos religiosos, aunque es dudoso que de no serlo hubieran podido o querido sustraerse a todo ello. Una es la del Imperio romano, otra, íntimamente relacionada, es la de los reinos bárbaros, con una de las invenciones identitarias más interesantes y significativas de la historia de Occidente, un más que digno precedente de las renacentistas que vamos ejemplificando con el caso español.

La construcción cristiana de la caída del Imperio romano de Occidente no es nada ingenua. El primer gran objetivo de su historiografía será ocultar lo evidente: que el imperio que decae y finalmente se hunde estaba gobernado por emperadores cristianos y en el que el cristianismo es prácticamente una religión obligatoria que persigue a las restantes formas religiosas y que debe su éxito a la hora de adquirir seguidores en gran parte a este componente y no a conversiones por la vía del convencimiento y la pureza espirituales o el ejemplo de los mártires.

En los años que basculan alrededor del cambio de los siglos IV-V d. C. se es tan consciente de ello que se acusa desde las perspectivas tradicionales romanas de las desgracias que sacuden al imperio a la preeminencia cristiana y a la supresión de los viejos cultos públicos, incluyendo en las acusaciones la más que dramática toma de Roma por los godos. Y es en esta polémica, no por casualidad, donde san Agustín pone un primer elemento de distanciamiento, marcando cómo,

por muy cristiano que fuera el imperio, la ciudad de Dios no podía estar en un mundo habitado por el hombre, en definitiva pecaminoso, distanciamiento que, evidentemente, no implica en absoluto una renuncia al poder temporal, sino una exención de responsabilidades en toda regla.

Es esta cuestión —mucho más que el catálogo de desgracias con las que su discípulo el hispano Orosio construye una historia en la que quiere probar que siempre había habido desgracias, sin necesidad de esperar a que los cristianos tomaran el poder— la que pondrá las bases de un nuevo distanciamiento, no menos hábil. El lento declive y caída del imperio y, finalmente la constitución de los nuevos reinos bárbaros, permiten ir poniendo distancias adicionales: su final se debería a esa maldad humana, bien demostrada en la decadencia provocada por los múltiples vicios de un paganismo que nunca habría dejado de infectar a la sociedad romana, muy a pesar de la benéfica influencia cristiana. El castigo divino habría acabado, vía unos bárbaros concebidos como purificadores, con tanta corrupción. Conviene resaltar cómo se proyecta aquí un modelo judeo-cristiano de culpas colectivas que exigen castigo y purificación, pero también que en el momento en el que desaparezca Roma y los romanos como sujeto haría falta un pueblo al que ver purificado y ensalzado.

Esta maniobra exculpatoria culmina el lavado de manos ejemplificando la perfidia en la época anterior: una vez magnificadas las persecuciones de mártires, remitidas a su ejemplo las conversiones y no al carácter oficial del cristianismo, y conectada la maldad que les da origen con los rasgos de suma degradación representados por la literatura pagana, el circo o la libertad de la mujer, el final se convierte en una merecida culminación en la que los cristianos aparecerían poco menos que como gentes que no pueden evitar una tragedia anunciada, representados, por ejemplo, por el último gran emperador, el español Teodosio.

El otro lado del juego lo suponen, por supuesto, esos reinos bárbaros y, en Hispania, los visigodos.

Invasores pero menos: los visigodos

Es aquí donde se advierten otras virtualidades de la proyección de ese modelo judeo-cristiano. Las condiciones culturales de la época, el creciente monopolio de los recursos letrados por la Iglesia, la pertenencia de sus dirigentes a los grupos dominantes de las provincias y, en todo caso, la profunda imbricación de intereses de la estructura eclesial con ellos hace que a la larga o a la corta se produzca su asociación con los nuevos dirigentes germanos —en especial tras su conversión al catolicismo oficial romano—, lo que reafirma la idea de que sus pueblos y ellos pasen a ser concebidos como el otro lado de la corrupción romana, los salvadores más o menos enviados por Dios para acabar con tanta sevicia.

Una concepción así sitúa las condiciones para establecer una relación simbiótica con las nuevas monarquías y aristocracias germánicas, necesitadas también con intensidad creciente de claves legitimadoras y de apoyos sociales que les permitieran basar su dominio sobre las poblaciones sometidas en algo más que la fuerza bruta o en su reivindicación nominal del imperio.

Será la Iglesia la que genere la nueva construcción identitaria de la que hablamos; para hacerlo se recurre a algo que es sustancialmente una construcción romana, en nuestro caso la identidad de Hispania, que se proyectará adicionalmente hacia el pasado. Conviene tener presente que estas identidades provinciales nos aparecen como algo más que meros elementos administrativos, hablamos de una manera u otra de identidades colectivas asumidas por al menos parte de la población, sin ninguna necesidad de entenderlas como exclusivas. Es lógico, sin embargo, que las insatisfacciones frente a un imperio cada vez más opresivo e ineficaz reforzaran este tipo de lazos. Es tan absurdo negar estas realidades y sentimientos de pertenencia como afirmar que necesariamente habían de dar lugar en el futuro a los Estados modernos.

Sea como fuere, es sobre este material sobre el que los sectores eclesiales, ligados por lo demás a las aristocracias tardorromanas, tejen para los nuevos señores su legitimación: una España o una Galia concebidas como previas a los romanos pasarían a verse libres de unos opresores corruptos e injustos.

No todas las potencialidades del juego se desarrollan ahora, pero bastaba rescatar los ejemplos de oposición a la conquista romana para proyectar una imagen de venganza o recordar el valor de los hispanos para suscitar la emulación de tales «antepasados». Ahora sí que empiezan a ponerse las bases para constituir un buen sujeto potencial para un modelo judeo-cristiano de culpas, castigos y renovaciones en toda regla. Tal como el pueblo de Israel podía ser castigado por Dios por su iniquidad, entregado en manos de los enemigos y luego rescatado por la intervención de algún enviado suyo, así los hispanos o los galos, tras muchos años de purgar por sus pecados y de corromperse con los vicios de Roma, podrían recibir la salvación con la ayuda de los germanos... Por primera vez se construye, entonces, una interpretación cristiana y asumible del pasado de los colectivos europeos.

Conviene recordar que los reinos recién creados y sus herederos inmediatos tenderán a ser un punto de referencia esencial y de prestigio en un futuro que en la mayor parte de los casos será mucho menos brillante en términos de poder y que el mismo papel, con todavía menos sombras, corresponde en la cultura medieval a las grandes personalidades eclesiásticas y literarias de los reinos bárbaros, gentes como el hispanorromano Isidoro de Sevilla o Gregorio de Tours que pondrán las bases de estas construcciones, y que serán referentes esenciales en el futuro. La existencia de una España unida y cristiana antes de los musulmanes era un aspecto claro del recuerdo europeo, no sólo español, y cimentaba la idea de las luchas por defenderse y dominar a los musulmanes, aunque eso no significara en absoluto la necesidad de reconstruir una unidad política. No sorprende ni su pervivencia ni que cuando este último planteamiento sí se ponga en juego, revista un papel todavía más decisivo.

Es desde esta perspectiva desde la que el nuevo Estado de los Reyes Católicos puede considerarse heredero y continuador de aquellas viejas circunstancias. Fernando de Aragón podrá decir dos años antes de morir en primera persona lo que Nebrija había apuntado señalando que España había sido restituida: «Ha mas de setecientos anos que nunqua la corona de España estuvo tan acrecentada ni tan

grande como agora, assi en Poniente como en Levante, y todo, despues de Dios, por mi obra y trabajo».[19] Los visigodos son en este sentido el precedente necesario de una unión de España que se hace aparecer como re-unión, que, como veíamos, Cervantes veía de verdad completada con la de Portugal en sus tiempos, y es su recuerdo la base a partir de la cual se puede hablar de la recuperación de una unidad y de una potencia a la que se puede aspirar y con la que Fernando puede equiparar su tarea.

Es en el contexto de esta invención y de la realidad, compleja y disputada pero realidad, del dominio visigodo de la Península donde hay que explicar su carácter excepcional en la serie de los invasores que aflora en Morales: ellos no sólo habrían vengado a los viejos españoles sino que habrían generado por primera vez la unidad política de España, su monarquía y, finalmente, su unidad religiosa en el catolicismo y eran, por tanto, el precedente por excelencia.

El propio Cervantes recogerá otra clave más del juego, que ya hemos visto en Morales, cuando haga al Duero profetizar no sólo la llegada vengadora de los godos (pp. 473-480), sino que los futuros reyes de España «católicos serán llamados todos / sucesión digna de los fuertes godos» (pp. 503-504). A lo largo de la Edad Media, tras la conquista musulmana, hay muchas maneras de mirar el periodo visigodo en los diferentes espacios peninsulares, lo mismo que hay usos de su legislación o de su recuerdo —incluso de falsificaciones de su recuerdo— a la hora de delimitar las jurisdicciones eclesiásticas, también a su vez «restauradas» (y debatidas) conforme se reconquista.

Destaca, por ejemplo, el nombre de godos y *Gothia* (además del de Hispania e *hispani*) en la Alta Edad Media entre la documentación franca referida a sus dominios en la Península, en particular en la parte norte de lo que algún día sería Cataluña, e incluso para las personas de procedencia hispana instaladas en el sur de la Galia; hasta finales del siglo X la escasa producción cultural de la propia Cataluña no muestra una imagen de sí diferente de la del mundo franco y sorprende que cuando se empieza a diferenciar, lo que aflora es una recuperación de la conciencia gótica con testimonios múltiples y espectaculares de goticismo como elemento esencial de la identidad regional, incluso con el uso de la autodenominación de Gothia y de godos. Y tampoco desaparece en absoluto después, lo mismo que en el reino de Aragón en general.[20]

Pero el uso del goticismo como argumento político es particularmente intenso en León para luego ser heredado por Castilla. Sus reyes nos aparecen en la historiografía como descendientes de los monarcas visigodos en tres momentos distintos: en el periodo de su invención en algún momento del siglo IX, en las elaboraciones del siglo XIII alrededor de Fernando III y Alfonso X, cuando se construyen con toda coherencia en Castilla y se difunden y, de nuevo, pero con solución de continuidad,

19. J. M. Doussinague, *El testamento político de Fernando el Católico*, Madrid, doc. 7, p. 212, cit. por R. B. Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, 1970, p. 296.

20. J. A. Maravall, *El concepto de España en la Edad Media*, 1964 (2.ª ed), 112 y ss., 125 y ss., 328 y ss.; M. Zimmermann, «Le souvenir de Rome en Catalogne de IX au XII siècle», M. Sot, ed., *La mémoire de l'Antiquité dans l'Antiquité tardive et le haut Moyen Âge*, París-Nanterre, 2000, pp. 149-159.

en la historiografía del siglo XV, una reivindicación que tiene su correlato en una pretensión similar de grupos nobiliarios de descender de nobles godos.

En el siglo XV fue cuando esa pretendida herencia se unió claramente a la pretensión hegemónica castellana en la Península. Es significativo que sus orígenes se puedan ver en dos clérigos que elaboran sus reflexiones en gran medida en ámbitos exteriores a ésta y para la defensa de una Castilla cada vez más presente en la economía y en la política europeas y que en ellos tengamos también el origen de buena parte de los componentes que hemos venido estudiando.[21]

El primero es el judío converso Alfonso García de Santa María, obispo de Burgos, que resucita las valencias de los orígenes visigóticos de los monarcas hispanos. El segundo es Ruy Sánchez de Arévalo, autor de la primera historia de España impresa (1470?), la *Compendiosa historia hispanica*. Retoma a su predecesor y refuerza esta idea de la continuidad visigoda de los monarcas, la une a la de la pervivencia de las poblaciones hispanas y a la exaltación de una Castilla destinada a continuar en África la guerra contra el infiel; su posición antirromana deriva, entre otras cosas, también de su participación en actitudes y medidas papales que se enfrentan a los humanismos no tolerables.

Esta pretensión de la preeminencia por la vía de la descendencia visigótica de sus reyes, que afectaba también a la rama Trastámara gobernante en Aragón, va a parar al nuevo reino que hereda también, con su unidad, la reclamación de una preeminencia sin par, equivalente, por lo demás, a la que defiende cualquier otro europeo. Es esta exaltación la que vemos, ya unificados los reinos, en una línea muy clasicista, en Joan Margarit y Pau, obispo de Gerona, o, en distinta línea, en el cronista real de Aragón Patricio de Vagad, Nebrija y tantos otros.

El conjunto de elementos que apoyan una lectura positiva de los visigodos no era, entonces, una cuestión fácilmente prescindible y ni siquiera era crucial para rechazarla su uso por los reyes castellanos entre el conjunto de argumentos que se intercambiaban entre reyes y reinos peninsulares y no peninsulares a propósito de sus méritos respectivos.

Incluso la interpretación de su final con la invasión musulmana venía también marcada por una tradición europea que había hecho de la «pérdida de España» un elemento esencial, imposible de no integrar en unas claves judeo-cristianas que ahora se podían permitir también ser completas: los visigodos cometerían el viejo pecado político de la división, unido a una corrupción que se podía leer, por ejemplo, en las prohibiciones y castigos incluidos en sus actas conciliares, y que haría que Dios los castigara y purificara mandando a los musulmanes, a lo que seguiría la larga penitencia de los siglos de lucha contra ellos desde los territorios septentrionales.

Es una purificación, en todo caso, cargada de tintes dramáticos, mantenidos en siglos de guerras reales o imaginarias contra un enemigo que durante siglos supuso un peligro mortal y que habría robado la vieja heredad, un enemigo que

21. Seguimos aquí a R. B. Tate, 1970, pp. 59 y ss., 92 y ss., 106 y ss.; véase también D. Catalán, «La invención de España en su historiografía: de objeto a sujeto de la historia», Ensayo introductorio a R. Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, Madrid, 1982, 2.ª ed., pp. 38 y ss.

había arrebatado, además, a la Iglesia su predominio. La «caída de España» es lo terrible, no las invasiones bárbaras. Puede ser un índice interesante de esta permanencia de valores asociados a ello, el que, como ya apuntaba Godoy Alcántara (1868, pp. 8 y ss.), en un periodo de crisis y de temores cargados de resonancias proféticas como es el de finales del siglo XVI se produzca la revisión de la angustiosa temática de la caída de España por excelencia: por entonces un morisco granadino, intérprete oficial de árabe, M. de Luna se inventará una vieja crónica para replantearla.[22] En España no es, por tanto, la caída de Roma la que estimula la reflexión en los momentos vividos colectivamente como difíciles.

Ahora sí que hay destrucción, miseria y tiempos terribles con unos invasores a los que Morales puede calificar sin más como malditos (vol. II, 190, 196). En este contexto, adquiere aquí un lugar nuclear la definición de los núcleos de resistencia, los representantes de la continuidad de la esencia y, en primer lugar, del que venía siendo aceptado tradicionalmente como el más antiguo y el más honorífico: el de Asturias, el que es, además, visto como el germen de los reinos de Asturias, León y, finalmente, Castilla.

Uno de los aspectos esenciales aquí es la delimitación de quiénes son sus auténticos protagonistas. Dado que la asociación de don Pelayo con la casa Real goda se convierte en un elemento fundamental de las pretensiones de continuidad dinástica, y que los nobles blasonaban de un origen similar, el problema es definir quién forma el núcleo poblacional de esa resistencia, es decir, siguiendo a Ocampo y al modelo tradicional, el momento en el que se define otra vez de quiénes descendemos los auténticamente naturales del país. Había tres grupos donde elegir: visigodos, viejos españoles (astures, por ejemplo) y lo que podríamos llamar hispanorromanos. Con toda coherencia la elección recae primordialmente en los dos primeros, dejando a un lado corruptos y romanos: la pureza del momento fundacional no podía permitirse otra cosa. Lo que sí es necesario es que queden cristianos en las montañas de Asturias y otros lugares del norte, en particular clérigos como el arzobispo de Toledo, convenientemente armados de reliquias, tesoros y libros, y godos como el propio «infante» don Pelayo (Morales, vol. II, pp. 189 y ss., 196).

Todo esto se encuentra presidido por el modelo de culpa/castigo pero por algo más: los españoles, que se habrían mostrado corruptos y reblandecidos bajo el poder de Roma hasta el punto de no oponerse como deberían a los visigodos y que se vuelven a corromper y reblandecer mayoritariamente conforme éstos lo hacen también, hasta el punto de dejarse otra vez conquistar por los musulmanes sin una defensa consecuente, habrán de renovar ahora sus viejas virtudes con ayuda de la nueva guerra. Y para ello qué mejor que, con los visigodos necesarios para proveer de un rey y de una parte de los antepasados de nobles e hidalgos, los protagonistas o coprotagonistas fueran los viejos españoles del norte, los resistentes por excelencia a los romanos, los incontaminados.

Un tema más delicado y que admite más matices es el de la nobleza misma; conviene recordar las obsesiones de la época y sus nobles (y quienes quieren serlo), por un lado, y el que Morales y otros historiadores no sólo se desenvuelven

22. M. de Luna, *Verdadera historia del rey D. Rodrigo*, Granada, 1592.

en medio de ellos, sino que a veces trabajan para ellos como genealogistas. Los marcos del juego quedan claros cuando asegura que queda alguna nobleza en la zona sometida, pero sobre todo en las zonas rebeladas, y que proceden de los tres grupos de pobladores: godos, romanos y «hombres naturales de la tierra de muy antiguo», una observación que se entiende mejor cuando concluye que, entonces, no habría que esperar para autorizar un linaje a demostrarle origen francés o alemán (vol. II, pp. 196-197). Por cierto que un buen ejemplo de origen romano, que él no menciona pero que resulta muy instructivo, es la pretensión de los Pacheco de descender de un *Paciecus* que cita Plutarco como el rico hacendado de Málaga que ayuda a Craso en la segunda década del siglo I a. C.

Lo que preside ahora el tema, en todo caso, es la exaltación de la nueva era de recuperación del dolor de la pérdida de España, cuando el propio Morales nos cuenta su emoción y satisfacción por poder tratar cómo Dios *nos* guía para restaurar España con Pelayo al frente, empezando con el milagro de Covadonga (vol. II, pp. 206 y ss.). Y es también la ocasión de mirar atrás y adelante, señalando cómo es en el norte —con alguna excepción como las Alpujarras—, de los Pirineos a Galicia, donde se concreta el milagro, un ámbito en el que Asturias es el lugar más destacado (vol. II, p. 196): «Y por la misma razón que se dijo haber sido esta provincia la postrera de España que romanos conquistaron por el mucho trabajo que había de haber en ganarla, y el poco fruto que se había de seguir después de ganadas: por eso mismo los moros no se empacharon ahora en sujetarlas». No se ocultará a nadie que, desde esta mirada, se ha encontrado un norte.

Las geografías de esta historia: el modelo y el espacio

Aquel pueblo original puede recuperarse ahora en larga penitencia de su error y corrupción y aprestarse a reconquistar la unidad católica, territorial y monárquica que necesitaba y las prístinas virtudes de los auténticos hispanos. Frente a los musulmanes, enemigos declarados de la religión, se forman en las abruptas montañas del norte diversos grupos de resistentes que iniciarían esa lenta tarea de recuperación del territorio. La culminación del proceso se produciría tras siglos de lucha y la protagonizaría también, con la toma de Granada, el reino que hereda al que inicia el proceso de Reconquista.

Todo esto define una auténtica esencia hispana bélica y refractaria a unas influencias extranjeras casi por definición dibujadas como nefastas, desde los fenicios hasta los romanos, por no hablar de los musulmanes. Esta imagen de la pureza y sencillez original frente a la contaminación y la infamia del exterior no sólo carece absolutamente de ingenuidad en el contexto obsesionado por la pureza de sangre de su época —no se necesita ni mencionar su carencia de solidez histórica— sino que sitúa una auténtica geografía histórica de lo contaminado y de lo no contaminado, de la pureza original.

No hay ni que decir que esencia y geografía, xenofobia y desconfianza son inseparables de una época de inquisiciones, pureza de sangre, Trento, lucha contra la libertad de pensamiento y el protestantismo o del cierre de Felipe II a la infección ideológica procedente del exterior.

Para esta construcción hay también un cimiento clásico. De nuevo Estrabón ofrece una clave interpretativa que va a ser usada en un sentido bien diferente al que él pretendía darle y que nos acompañará hasta el final del libro. El geógrafo griego es un exquisito portavoz de la imagen del papel de Roma que pretendía proyectar Augusto; para él significa contacto, comercio, intercambios, civilización. En Hispania él distingue dos espacios: el primero es el sur y Levante, fértiles y ricos, sometidos antes por Roma y muy pronto incluidos en las dinámicas comerciales y de todo tipo del mundo romano, donde brilla particularmente la Bética, y el segundo, las zonas más al interior y norte, representadas a su vez óptimamente por los pueblos del Cantábrico, los más aislados, bárbaros y, como sabemos, los últimos conquistados por Roma. En Estrabón, al contrario que en otros autores, en particular romanos, no hay prácticamente ambigüedad en la representación de la oposición entre barbarie y civilización: lo positivo es lo segundo, no lo primero, el valor guerrero es secundario respecto a los factores que trae el imperio.

Como se puede entender, este planteamiento será leído exactamente al revés desde el modelo hispánico, tan bien representado por la frase de Schulten que ya conocemos y en la que contrastaba a «las tribus hispánicas de la montaña» con «los habitantes de las ricas costas de Levante o de Andalucía».

La coherencia geográfica e histórica de la pureza y de la contaminación es clara: las ricas zonas del sur y Levante, donde habían arribado los fenicios, griegos y cartagineses, habrían sido contaminadas, habrían perdido su pureza original con tanta molicie y politeísmo, con lo que pudieron ser conquistadas por los romanos con facilidad. Las del centro y norte no, en cambio, con lo que se manifestarían como auténticos españoles defendiéndose durante siglos y, por supuesto, no perdiendo después sus auténticas esencias. Incluso en época visigoda, aunque con ambigüedad, las guerras del norte probarían esa continuidad; en todo caso, sería su orgulloso aislamiento el que les permitiría no verse sumergidos en la decadencia goda.

Pero, y esta vez sin ambigüedad ninguna, sería con la conquista musulmana cuando se volvería a ver la realidad: la fácil conquista del sur contrastaría con la resistencia del norte, de los viejos pueblos no contaminados. Gracias a ella se verían libres de su nefasta influencia y contaminación y gracias a la Reconquista irían limpiando de degradación a España. La «reconquista» reproduce, por tanto, y a la contra, en una venganza póstuma, la vieja geografía de la infamia (en el sentido más literal): el norte iría reconquistando y purificando un sur y Levante que, de nuevo, son contemplados desde este modelo como los lugares donde no brilla la limpieza de sangre y de orígenes, los lugares con una historia menor, exentos de las auténticas glorias. Andalucía, y en particular Granada, y los reinos de Valencia y Murcia serían los últimos en ser liberados, los mantenedores por excelencia de la última corrupción extranjera. Si no hay honra en lo musulmán ni en lo judío, ni en las contaminaciones extranjeras, el honor por excelencia se concentra en las geografías septentrionales.

Por supuesto que todo esto no es más que una construcción sin bases históricas, pero, de nuevo, ése no es el problema. En el contexto de la obsesión por la pureza de sangre, donde ésta, además, tiene consecuencias prácticas inmediatas, como el acceso o no a cargos públicos en un Estado en expansión, de la obsesión por la nobleza, de las competencias honoríficas entre reinos, zonas y ciudades, y en un ámbito donde la imprenta permite multiplicar las publicaciones locales, todo esto tiene una repercusión nada desdeñable.

Puede merecer la pena ejemplificar esto con dos ámbitos que se pueden entender como los extremos del modelo hispano: las zonas de hablas vascas, por un lado, Andalucía, por otro. Las primeras, parte del trilingüe reino de Navarra o de las Vascongadas, no son más que una parte de las beneficiadas en el modelo, pero en ellas su trascendencia es nuclear.

Una de las razones más primordiales es que se podía entender que la presencia de estas lenguas no latinas garantizaría la pervivencia del pueblo anterior a los romanos, es decir, se daría por hecho la continuidad de sus hablantes allí desde los orígenes de los tiempos y de los presentes hablantes del vasco con los viejos indígenas. Está dentro de la lógica del juego que se reivindique la llegada de Tubal a la zona —una más de las muchas reivindicaciones del tema— y que éste la habría traído consigo.

También se explicaría esta persistencia con una aplicación extrema del paradigma general: nunca los romanos la habrían conquistado. Una reivindicación adicional afirmaría que sería la lengua original de los españoles, defendida junto con su tierra frente a todo invasor; dicho de otra manera: la lengua probaría el carácter de españoles por excelencia de unos indígenas, tan hispánicamente resistentes que ni siquiera se habrían dejado arrebatar la suya propia. En un paso más allá, la idea de la antigüedad de la lengua y su reivindicación como la lengua primitiva de la Península, llevaría a la identificación de hablantes del vasco e iberos, siendo estos últimos, además, los españoles por excelencia dada la asociación de galos-celtas con los franceses del presente —es lo que se conoce como la perspectiva «vasco-iberista»—. Es cierto que Ocampo y Morales niegan esta conexión y que Mariana cree que es improbable, entre otras cosas porque saben que las fuentes antiguas hablaban de que había diferentes lenguas en la Península, con lo que el nexo principal quedaba roto.

Conviene recordar aquí la sensibilización general de la época respecto a las lenguas y en particular a la concebida como propia, y su aplicación en España en forma de exaltación del castellano en general y respecto al latín en particular, visible también en Morales.[23] Toda esta construcción puede ser y es debatida pero, no lo olvidemos, es claramente identificable con el modelo hispánico y está incluido dentro de él como una aplicación local más del mismo —se discutieran o no algunas de sus afirmaciones más obviamente falsas— como se advierte en su presencia destacada en las historias de España, si bien es una aplicación que, sin que deje de dar en ocasiones muestras de goticismo, tenderá a lo largo de los siglos a reforzar el papel de los auténticos indígenas hispanos en el modelo general, lo mismo que en el caso asturiano y santanderino, por ejemplo. Es claro que junto con esto va la tendencia a la negativa, tan falsa en términos históricos como

23. J. L. Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid, 1993, vol. II, pp. 190 y ss., 196.

la anterior, a aceptar la realidad de las dominaciones, contactos e intercambios con cualquiera de los invasores (romanos, germanos, visigodos, musulmanes, merovingios y carolingios...) o sencillamente vecinos.

Lo significativo del tema es cómo aquí orgullos locales y modelo general se construyen exclusivamente alrededor de un factor, el de la lengua, sin otro tipo de bases históricas. Era bien sabida entonces la absoluta imposibilidad de la existencia de un territorio no conquistado por Roma, dentro de las fronteras del imperio —y menos en una zona de fácil acceso como la Depresión Vasca— así como los problemas a la hora de encontrar fuentes antiguas que lo apoyaran. Apuntaremos después también cómo tampoco hay razones sólidas para suponer que los vascones hablaran mayoritariamente una lengua vasca.

Dos datos adicionales pueden ser suficientes: no hay ni una sola fuente que diga que las poblaciones vasconas, habitantes de una zona de la futura Navarra, ofrecieran resistencia a los romanos en el siglo II a. C., al contrario que prácticamente todas las poblaciones vecinas iberas y celtíberas. Esto y su probable asociación con Pompeyo frente a Sertorio (muy apoyado por estas últimas), en las guerras civiles romanas de los años setenta del siglo I a. C., llevan a pensar en un carácter colaboracionista frente a la resistencia antirromana de otros grupos. Y ni los vascones, ni los grupos habitantes de las futuras Vascongadas —que ni siquiera aparecen como vascones en las fuentes antiguas y que no hay ni había ninguna razón sólida para considerar de habla vasca, ni siquiera parcialmente— se dibujan como enemigos cuando Roma somete a astures y cántabros.

Claro que, frente a esto, se encontrará una solución: los cántabros serían en realidad los habitantes de las provincias vascongadas —lo que hoy conocemos como el principio «vascocantabrista». Por supuesto que esto traería a su vez respuestas de gentes, no siempre santanderinos,[24] que lo negaban, entre otras cosas argumentando con razón la falta de base en las fuentes de tal pretensión.

Más tarde, hablando de Sabino Arana, haremos alguna referencia más a lo que hoy sabemos de todo esto; lo que me importa señalar aquí es cómo con lo que se podía entonces saber se tergiversa la información para ajustarla a un modelo nada ingenuo.

Porque en esta construcción hay otro factor de gran trascendencia y que conecta este tema con otro que ya hemos apuntado: el de los desarrollos burocráticos de la época ligados al nuevo Estado y, en particular, al imperio de los Habsburgo. J. Juaristi[25] ha señalado cómo en el siglo XVI, y en el contexto de las prácticas represivas ligadas a la pureza de sangre y a la reivindicación de la «hidalguía», se producen todo un conjunto de maniobras teóricas y prácticas por las que «vizcaínos», como se conoce globalmente a quienes proceden de las provincias vascongadas, reivindican su condición de hidalgos para tratar de monopolizarlos y expulsar de esos cargos a gentes de procedencias menos inmaculadas, muy en particular a quienes forman uno de los núcleos fundamentales de los letrados reales, las gentes de familias judeo-conversas como las de Alfonso García de Santa María o Santa Teresa. Recordemos que se concede la hidalguía universal a los habitantes de diferentes zonas del norte.

24. Véanse los trabajos de M. Suárez Cortina, como «La elaboración del discurso histórico en Cantabria» en el interesante J. A. García de Cortázar, ed., *La memoria histórica de Cantabria*, Santander, 1996, pp. 227-231.

25. J. Juaristi, *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*, Madrid, 1992.

En el terrible mundo inquisitorial de la época esto no es un juego y está cargado de implicaciones de todo tipo. Hablamos, de nuevo, de execraciones, esta vez unidas a persecuciones y denuncias de los otros frente a la propia exaltación. Es aquí donde se sitúan esas elaboraciones sobre la condición de los territorios vascongados, elaboraciones que defienden su privilegiado carácter archihispánico, que se suman a esos juegos de competencias internas en términos de honras y preeminencias y que tendrán como una de sus consecuencias el mantenimiento de actitudes y actuaciones de defensa de su inventada «pureza» frente a la contaminación, no sólo en claves honoríficas sino cara a mantener su carácter de vivero indiscutible de aspirantes a los cargos públicos españoles e imperiales.

Insisto que hablamos de uno de los lugares privilegiados en este sentido, en absoluto del único, y que refuerza todo esto con el hecho de la lengua y la aceptación general de su carácter puro e incontaminado gracias, aparte de a estos y a otros evidentes elementos prácticos del asunto (como los de tipo impositivo), a una intensa incidencia de las prédicas católicas.

Recordemos la aparición de vizcaínos en el Quijote,[26] gentes con cargos que van a las Indias, meros sirvientes celosos de una hidalguía que, entre otras cosas, les permite acompañarlas hacia allí, e incluso el secretario de un noble. Un ejemplo paradigmático de muchas de estas cosas nos lo ofrece uno de los historiadores que hemos citado y al que Julio Caro Baroja[27] dedicó una notable «biografía antropológica», Esteban de Garibay y Zamalloa; fue autor de diversas obras, entre otras, *Los cuarenta libros del compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España*, que edita en Amberes en 1571 por su cuenta —aunque luego se reedita en Barcelona—, de una obra genealógica para Felipe II, de 1596, ya en posiciones más oficiales, y de otra más general, aparte de trabajos para corporaciones religiosas y hasta provincias enteras.

Nacido en Mondragón, es un hombre de muchas curiosidades que desarrolla desde joven visitando monasterios y viendo documentación movido del «desseo, de aprovechar y servir a la república d'España, militando a costa de my patrimonio, sin ayuda de ningún Principe d'el mundo»;[28] en sus obras, además de las informaciones más tradicionales hace ver esas curiosidades en observaciones de gran interés, muchas de ellas referidas a Guipúzcoa y las Vascongadas en general, referidas, entre otras, al papel de las ferrerías, la náutica, las etimologías vascas o a su historia. Así, por ejemplo, sabe que Alfonso X, además de haber sido

26. Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Vicente Gaos, ed., Madrid, 1987, vol. I, pp. 176 y ss.; vol. II, p. 646.

27. J. Caro Baroja, *Los vascos y la historia a través de Garibay. Ensayo de biografía antropológica*, San Sebastián, 1972, 2.ª ed.

28. 1571, vol. I, p. 493, citado por Caro, 1972, p. 205.

un rey amante de las ciencias, funda Mondragón y otras muchas villas de la zona, y conoce el papel de una monarquía castellana que las habría protegido frente a los señores de las zonas donde se implantan, pero de la que espera también que respete los fueros con los que allí, como en otros muchos lugares, se habían constituido las villas y las mercedes y normas posteriores, en particular en el terreno fiscal.[29]

El interés, en cierta manera de familia, por las sangrientas luchas internas de los banderizos o grupos aristocráticos guiados por los «parientes mayores» en las Vascongadas va unido a la profunda satisfacción por su final con los Reyes Católicos, quienes para él también «fueron evidentemente embiados del omnipotente Dios», generadores de una nueva era allí y en el conjunto de los reinos, gracias a la sabia legislación que imponen «alumbrados d'el Spiritu Santo», la nueva organización, la potenciación del conocimiento y otros muchos factores.[30]

Como muy bien señala Caro, él representa el tránsito de un mundo de linajes y bandos en lucha a otro de burguesía burocrática en los siglos XV y XVI.[31] Son las gentes vascongadas empleadas en la administración de Felipe II, escribanos, abogados, secretarios, militares, y tantos otros, que mantienen su doble vinculación sin contradicciones, sus lazos personales fuera y sus conexiones con las zonas de origen, por ejemplo revertiendo sus ingresos en sus casas solariegas: así él mismo nos hace notar con satisfacción cómo en las villas guipuzcoanas se venían cambiando las edificaciones de madera por otras de piedra y cuenta que moderniza la fachada de su propia casa natal y hace traer para ello vidrieras de Francia.[32] Tras diversos cargos y ocupaciones fuera y dentro de la corte en las que tuvo mucho que ver la red vascongada, incluyendo defensas jurídicas de derechos en conflicto en base a documentación histórica o la de Guipúzcoa, será cronista real, aunque se le empleará sobre todo como genealogista para defender los derechos hereditarios de Felipe II en Europa y, en especial, cara a la corona francesa.

Como también apunta Caro, de forma característica, se sentía muy español, muy católico, muy monárquico y a la par ardiente defensor de las leyes de su país natal y de las tierras vascas vecinas.[33] Es significativo, por ejemplo, cómo cuenta en sus *Memorias*[34] que antes de iniciar una carrera burocrática más estable y después de haber editado por su cuenta su *Compendio* en Amberes, vuelve en medio de diversas aventuras por Francia y manifiesta su satisfacción al cruzar el Bidasoa: «De que me vi en el suelo de España, alabé a Dios y volví los ojos a Francia diziendo que nunca su divina Magestad permitiese que yo tornase a atravesar tierras de tantas herejías y maldades sin justicia»;[35] tampoco le duelen prendas en alabar al reino de Castilla —al que, por otra parte pertenecían

29. Caro, 1972, pp. 51 y ss.
30. 1571, vol. II, p. 1.258, citado por Caro, 1972, pp. 57, 269.
31. 1972, pp. 57 y ss., 68.
32. 1972, pp. 67, 86.
33. 1972, p. 85.
34. Editadas como *Memorias de Garibay*, en *Memorial histórico español*, 17, 1854, pp. 1-626.
35. 1854, pp. 322-323, citado por Caro, 1972, p. 99.

las Vascongadas—[36] o celebrar la potenciación del castellano frente al latín desde Alfonso X el Sabio.

Su defensa de la tradicional visión heroica de los españoles, antiguos y modernos, y de las construcciones de Ocampo, va unida a ubicar a Tubal, y en particular a su hijo Ibero, en las montañas de una Cantabria identificada con las Vascongadas, con lo que defenderá, claro está, la identidad del ibero y el vasco y de los respectivos pueblos; de la misma manera, hipertrofia la (falsa) identificación entre vascos y cántabros, de la que también, más moderadamente, participaban Ocampo y Morales (pero no gentes como Zurita, el cronista aragonés).[37] El que Tubal[38] hubiera poblado España desde las Vascongadas, extendiendo así el vascongado o cántabro, lo asocia con la feroz resistencia al Imperio romano —que nunca habría impuesto allí sus leyes— y a los godos, y, claro está, con una reconquista iniciada en Cantabria, Asturias y parte de los Pirineos; todo ello refuerza la idea de que «estas provincias Septentrionales de España han sido siempre escudo de todas las tribulaciones y adversidades suyas» (1628, vol. I, p. 322). En un paso más allá, se suma a quienes apuntan que el propio Pelayo podría no haber sido godo y que no habría más honra en ser descendiente de godos extranjeros que «de los mesmos Españoles, descendientes de Tubal, progenitor de los verdaderos Españoles» (1628, vol. I, p. 325), haciendo notar que los nombres de los reyes de Oviedo y León tampoco eran godos, como no lo eran los navarros. La reivindicación de los orígenes indígenas de la nobleza y la hidalguía se proyecta frente a los orígenes góticos aquí, es decir, en el interior de las dos (supuestas) procedencias privilegiadas, como hemos visto que también se proyectaba en Morales desde ellas y la romana en dirección a los franceses o alemanes. Conviene apuntar que este juego no es meramente geográfico: también en las Vascongadas podía defenderse un origen gótico de la nobleza frente al conjunto de la población, se aceptase o no su condición de descendientes de los primitivos pobladores.[39] Y todas ellas podían oponerse a las verdaderamente execradas y, en particular, a la competencia judeoconversa.

No sorprende tampoco, por último, que sin manifestar una posición claramente anticonversa —que, aparte de otras consideraciones, no hubiera sido nada prudente en su posición y en un lugar como la capital Toledo— se manifieste partidario de que no hubiera casamientos mixtos con ellos: «según la philosophia vulgar, ande cada oveja con su pareja».[40]

Garibay es, como vemos, un buen representante de estos momentos de invención y consolidación identitarias, con su conjunción de tubalismo, vasco-iberismo, vasco cantabrismo e hidalguía universal; en un ámbito similar de cosas se sitúa la consideración de los fueros, cuyos orígenes históricos son bien precisos, como frutos de un pacto primordial, y que, con todo lo anterior, constituyen,

36. 1571, vol. I, p. 493 citado por Caro, 1972, p. 204.
37. Caro, 1972, pp. 173 y ss., 182, 185 y ss.
38. *Compendio*, L. VIII, cap. 49, pp. 31-36 de la reed. de 1628, Sebastián de Cormellas, Barcelona.
39. Véase J. Juaristi, *El bosque originario*, Madrid, 2000, pp. 202 y ss.
40. Caro, 1972, pp. 313 y ss.; la cita en p. 316, n. 53.

como han señalado autores como Aranzadi,[41] no la renovación o la toma de conciencia de una identidad colectiva sino los componentes básicos de su invención y consolidación. Mikel Azurmendi ha calificado gráficamente este proceso como el de «inventar un artificio mitopoético tan inesperado como vigoroso» y ha apuntado cómo implicaba grandes potenciales xenófobos que el tiempo se encargaría de actualizar.[42]

Es evidente también su participación plena y privilegiada de los modelos globales hispanos, no por casualidad asentados también en la misma segunda mitad del siglo XVI en la que Azurmendi lo ubica, y tan visible en el hecho de que las construcciones históricas con las que juegan sean impensables fuera del marco de la interpretación de la historia de España que se consolida en ese momento concreto.

En el otro lado del juego, las zonas levantinas y meridionales no pueden ofrecer honras similares. Sus elites en particular pueden vanagloriarse de sus propios orígenes septentrionales, pero esto no se puede aplicar como timbre de gloria ni a su masa de población ni, en particular, a los espacios en sí, a las geografías. Los nuevos marcos políticos y territoriales, que tenderán cada vez menos a depender de los poderes individuales y más a ser sistematizados en claves clasificables y controlables por los poderes públicos, fiscales y no fiscales y la extensión de la escritura y de la imprenta y su aplicación a las nuevas representaciones del espacio que sintetizan las cartografías, contribuyen a reforzar una nueva mirada a esos espacios y geografías y contribuyen también a algo tan inmediato como las identificaciones con ellos. Los sucesivos momentos de tensión con los moriscos reactualizan todo esto en los lugares afectados, en el reino de Granada, pero también en el Levante, más allá de lo que supone el clima general.

Es aquí donde se pueden entender fenómenos tan interesantes como las reivindicaciones de lo romano, del fruto de una de esas épocas de corrupción, en esos ámbitos que no pueden vanagloriarse de su pertenencia a los resistentes y puros por excelencia. Claro que la mayor abundancia de restos en el sur y Levante da en parte cuenta de la trascendencia del fenómeno, pero no es una explicación suficiente.

Es cierto que hay dos elementos más generales que contribuyen a su valoración; el primero es la propaganda austríaca y el enlace de su imperio con el romano, tan visible en los palacios de Carlos V, por ejemplo, o en el imperio menos disputado, el americano.[43] El segundo es ese factor paneuropeo de la exaltación de lo clásico, tan visible en la multiplicación en toda Europa no sólo del estilo renacentista o de humanistas, sino de coleccionistas, epigrafistas, numísmatas, anticuarios y curiosos de todo tipo, o de ese tipo de debates y competencias que afloran en la reivindicación de Trajano, Teodosio o Séneca en un Morales que tanta importancia da a sus *Antigüedades*. Y es igualmente general el

41. J. Aranzadi, *Milenarismo vasco. Edad de Oro, etnia y nativismo*, Madrid, 2000, 2.ª ed., pp. 373 y ss., 386 y ss., 436 y ss. y resumen en pp. 578 y ss.

42. M. Azurmendi, *Y se limpie aquella tierra. Limpieza étnica y de sangre en el País Vasco (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, 2000, pp. 18, 80 y ss.

43. Donde las referencias de todo tipo tampoco esconden la ambigüedad, véase J. González, *La idea de Roma en la historiografía indiana (1492-1550)*, Madrid, 1981; véanse, p. ej, las conclusiones y el útil índice analítico.

placer del coleccionismo y de la curiosidad, del descubrimiento, de las relaciones epistolares en las laxas e informales sociedades de eruditos y anticuarios que no dejan de servir de vehículo y acicate a todo esto.

Pero aquí la cuestión es algo especial. Por tomar un extremo opuesto del caso de los vizcaínos, se puede ver en el andaluz cómo en la Sevilla del siglo XVI se tapan con fachadas de piedra renacentistas las entradas de edificios de tradición constructiva mudéjar[44] y en un lugar como el Arco de los Gigantes de la fortaleza musulmana de Antequera se exhiben por primera vez públicamente inscripciones romanas, aparte de otras muchas apariciones en las *Antigüedades* de Morales en iglesias, muros, calles, puertas urbanas o casas. Y destaca la abundancia, relaciones y continuidad durante siglos de estudiosos y coleccionistas, única en España,[45] y que tampoco puede ser interpretada fuera de este contexto, como no lo es el hecho de que un fenómeno parecido se dé en Levante y Aragón.

Se entenderá ahora mejor la frase de Morales respecto a sus *Antigüedades* según la cual son «lo primero y principal que todos desearán de esta coronica»: es curiosidad, sin duda, pero es más que curiosidad. Y la aplicación de criterios que den apoyo a lo que se asegura en un momento dado con ayuda de estas fuentes —haber visto personalmente las inscripciones de las que se habla, por ejemplo— es clave en un contexto donde prima la pura exaltación de la gloria local, sin crítica y sobre la base de falsos cronicones y otras fuentes falseadas, incluidas, claro está, inscripciones.

De nuevo la poesía puede darnos la más clara de las visiones de este mundo. El *Elogio de Gonzalo de Argote y de Molina a la historia de las antigüedades de España*[46] nos ilumina; tras invitar a España a que levante su frente y se alegre con verse renacida gracias a un ingenio inmortal, apunta a cómo los daños y destrucciones «de vandalos y godos generosos» y de los envidiosos y «fieros africanos», no habían sido curados del todo por los Reyes Católicos que habían vuelto las cosas (nótese bien) a sus propias leyes y a sus propios reyes. La España rescatada aún era incapaz de reconocerse tras tanto estrago.

Viendote en traje extraño y miserable.
Con horror espantable
Tus pueblos destruydos
Sin dellos quedar nombre,
Y de otros el renombre
Apenas con los sitios conocidos.
Y siendo antes ladina,
Hablavas aljamia peregrina

44. V. Lleó, *Nueva Roma. Mitología y humanismo en el Renacimiento sevillano*, Sevilla, 1979.

45. Véase para todo esto dos trabajos colectivos: J. Beltrán, F. Gascó, eds., *La Antigüedad como argumento. Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*, Sevilla, 1993; F. Gascó, J. Beltrán, eds., *La Antigüedad como argumento II. Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*, Sevilla, 1995.

46. Se encuentra en el comienzo de la edición de las *Antigüedades* de Ambrosio de Morales. Hay una reproducción facsímil muy asequible en la magnífica colección de facsímiles de las Librerías París-Valencia, Valencia, 1996 (aunque adscrita por error a F. de Ocampo).

Ésa habría sido la tarea de Morales, más eminente que las glorias de la guerra: librarla del olvido como un Prometeo que la vuelve a su forma primera y le da *luz, vida, lengua, y ser divino*... Sus ciudades destruidas, llenas de ruinas clásicas, son ahora levantadas y reciben su nombre verdadero:

Dexa el ropaje Mauro
Y el cativo quebranto,
pues eres ya señora triumphante
Por el sagrado lauro,
Y vistete del manto
De purpura real y roçagante...

Morales le devuelve a su cuerpo la forma original, la forma propia, tras lo cual España puede ser incitada a quitarse las ropas moras y ponerse el manto púrpura de la realeza, ya purificada y conocedora de su auténtica esencia, por dos veces restaurada.

Roma da, como se ve, la garantía de un origen no musulmán y un nombre no infame. Sirve, sin duda, pero no tanto en sí como en clave de limpieza: permite lavar los últimos restos de los ochocientos años de guerra que culminarían así la expulsión del último invasor. En ese mundo obsesionado por una imposible pureza de sangre, con la búsqueda de lo romano (romano y español, claro) no sólo se limpia a España, se limpian los territorios, las ciudades y los pueblos, compitiendo entre sí en un duelo incansable, bien aderezado por esa otra obsesión típicamente feudalizante, la de la Antigüedad. Nada es comparable, en todo caso, a la auténtica esencia incontaminada de lo hispano, al espacio limpio por naturaleza que se dibuja en especial para el norte peninsular.

Con todo, hablamos de un reparto de papeles dentro de un modelo de exaltación general de lo hispano en el que las verdaderas víctimas son otras. Puede merecer la pena terminar este apartado recordando otro intento de construir un nuevo pasado de algunos de estos otros. Recordemos que el reino de Granada cae en manos cristianas dos siglos y medio después que los de Sevilla y Valencia. No extraña que sea allí donde un grupo de moriscos busque añadir más restos falsos del pasado a los ya existentes; sus famosos plomos planteaban otro pasado posible para el islamismo y el cristianismo. Si lo más central de su pretensión fracasa, como lo hace, la intervención entusiasta de las autoridades eclesiásticas y de las gentes del común, que lleva a la propia invención del Sacromonte, nos hablan del enfebrecimiento que reina en estos campos en un mundo atormentado y de cómo se buscan orígenes gloriosos en la tierra que más tiempo había soportado la vergüenza por excelencia, la dominación y mezcla con el infiel. Su «hallazgo» en pleno desmantelamiento de una de las torres de la mezquita mayor para construir una nave más de la catedral[47] es todo un símbolo de un juego que termina por perderse.

47. M. J. Hagerty, *Los libros plúmbeos del Sacromonte*, Madrid, 1980, p. 17.

Mariana y una historia para educar a un rey (y a una nación)

Volviendo a nuestro tema principal, parece necesario referirse algo más centralmente a la propia obra de Mariana;[48] quizá una de las razones más frívolas (o justas, según se mire) para hacerlo sería lo impropio de acabar este capítulo sin desvanecer la posible sensación de que Mariana es un mero recopilador de sus antecesores. Por mucho que dependa de Morales y, aunque tomando más distancia, de Ocampo, es innegable la presencia de componentes propios y decisivos fruto de sus intereses y preocupaciones y, por qué no decirlo, de su comprensible urgencia por acabar el proyecto, pero, sobre todo, de los nuevos tiempos que vive y en los que las perspectivas, no sólo las suyas, se van volviendo distintas.

Conviene advertir que nuestro interés no se queda en juzgarlo en términos de su metodología histórica, su uso o no de los falsos cronicones, por ejemplo, sino entender cuáles son las claves de su pensamiento que se proyectan en su producción histórica; recordemos que hablamos de la obra más trascendente de la historiografía española, lo que explica adicionalmente que le dediquemos una atención especial aquí y que ampliemos un poco más la perspectiva para intentar entenderla en su globalidad. No está de más apuntar aquí algo que ampliaremos después con mayor precisión: que ni siquiera podemos dar por finalizada su lectura y su papel cuando a mediados del siglo XIX se produzcan lecturas laicas, o razonablemente laicas, del modelo de fondo como las que supone la obra de Modesto Lafuente.

Es evidente que hay una continuidad clara con sus predecesores que se ve ya en el mismo esquema general que prevé, que empieza con Tubal, nieto de Noé, «el primer hombre que vino a España», quien «poseyó y gobernó a España con imperio templado y justo», el fundador de «la gente española y su valeroso imperio» (vol. I, p. 1) y que pretendía acabar con la conquista de Granada, como había escrito en el prefacio de la edición latina (vol. II, p. 240).

Ésta se celebra, como corresponde, (vol. II, p. 211) por sus éxitos militares, pero entiende también que el que no se hubiese hecho antes había sido vergonzoso para «nuestra nación». La flaqueza de unos reyes divididos lo habría posibilitado, pero lo que permite el cambio de rumbo es algo más que la mera unidad:

> Así fue la voluntad de Dios que castigó con este daño los pecados de nuestra nación. Quien tiene el cielo ofendido ¿qué maravilla que su trabajo e intentos salgan vanos? Y al contrario todo sucede prósperamente cuando tenemos a Dios y a los santos aplacados. Así se vio en este tiempo. Ordenado que se hubo el santo oficio de la Inquisición en España y luego que los magistrados cobraron la debida fuerza y autoridad, sin la cual a la sazón estaban para castigar los insultos, robos y muertes, al momento resplandeció una nueva luz, y con el favor divino las fuerzas de nuestra nación fueron bastantes para desarraigar y abatir el poder de los moros.

48. Juan de Mariana, *Historia general de España*, Toledo, 1601 (aquí ed. facsímil de la de Madrid de 1854, con un discurso preliminar de F. Pí y Margall en *Obras del P. Juan de Mariana*, en la Biblioteca de Autores Españoles BAE, vols. XXX, XXXI, Madrid, 1950).

Como se ve, la nación se purifica ya antes de la caída de Granada y eso posibilita esa recuperación de las desgracias provocadas por sus pecados, y la culminación de una reconquista que produce alegría en toda la cristiandad; hasta el Papa, nos cuenta, sale en Roma en solemne procesión a la Iglesia de Santiago de los Españoles donde «alabó el predicador y engrandeció, como era justo, a los reyes y toda la nación de España, sus proezas, su valor y sus victorias notables» (vol. II, p. 240).

La impostación alrededor del pecado y el castigo divino es la clave más esencial de la diferencia con Ocampo y Morales, y a ella volveremos inmediatamente; pero antes hay que resaltar otra: no es sólo que cumpla con el plan que pretendía, es que, además, llega más lejos. La nueva posición de España como potencia europea le incita incluso a la de continuarla más allá hasta la muerte del personaje clave de todo esto, el rey Fernando («conquistador y único fundador del bien y la felicidad de aquella ciudad y de todo aquel reino de Granada», vol. II, p. 377), para poder describir cómo España gracias a los Reyes Católicos derrama sus glorias por el mundo, y es que «en pocos años acontecieron las cosas más grandes y dignas de memoria que jamás los españoles acometieron y acabaron; ni aun sé yo que ninguna otra nación en el mundo en tan breve espacio pasase tan adelante ni ensanchase tanto los términos de su imperio», (vol. II, pp. 240-241, la cita de p. 241). E incluso añade un apéndice por años que cubre, muy escuetamente, es cierto, de 1515 a 1621 (vol. II, pp. 378-411).

Para entender mejor las claves de su enfoque merece la pena seguir su plan desde el principio. Es lógico que, desde estas perspectivas, no pudiera privarse de incluir las exaltaciones de los primeros momentos de la España que sigue a Tubal y los reyes míticos posteriores, aunque es también cierto que pone en duda muchas cosas y se resiste a incluir otras: así, afirma que no se sabe dónde concretamente llegó Tubal, y lo frágil de concluir que se le pudiera considerar, en razón a los nombres, fundador de Se-Tubal o de Tafalla..., niega las falsificaciones atribuidas a Beroso, reclama la necesidad de utilizar fuentes fiables, en particular las grecorromanas, o niega también la fundación de Roma por españoles (vol. I, pp. 7, 12).

Predeciblemente, muestra también la consabida posición negativa ante las insidias y traiciones de los fenicios y cartagineses, con la exaltación de Argantonio en estos contextos, y la nada justificada del príncipe turdetano Baucio Capeto, un personaje citado de pasada y quizá inventado por el poeta épico romano Silio Itálico, y su valiente oposición (vol. I, pp. 18 y ss.). Tampoco podían faltar los españoles que tras la segunda guerra púnica se habrían dado cuenta de los riesgos de su pasado apoyo a los romanos frente a los cartagineses y el temor de los romanos cuando se dan cuenta a su vez de que ya no estaban los naturales divididos «sino toda la nación unida con intento de recobrar la antigua gloria de las armas y la libertad que solían tener» (vol. I, p. 56). La admiración ante valor bélico era también obligada, en particular la referida a la «La ciudad de Numancia, temblor que fue, y espanto del pueblo romano, gloria y honra de España» (vol. I, p. 59) o a un Viriato que «pereció por engaño y maldad de los suyos el libertador se puede decir casi de España» (vol. I, p. 65). Y lo era también su culminación, tras periodos de paz, florecimiento y reposo que también resalta, en las guerras contra los cántabros —protagonizadas por unos cántabros que por supuesto identifica con los vizcaínos (o vascongados) y cuyo vigor exalta entre las diversas naciones de España también para su propia época— asturianos y gallegos (vol. I, pp. 71 y ss., 84).

La historia del imperio y de España se desarrolla, también previsiblemente, entre las de los emperadores y los hechos tocantes a la Península y el avance del cristianismo y sus mártires, (vol. I, pp. 87 y ss.). Su caída se diferencia, como corresponde, netamente de la de los españoles que, tras desgracias y masacres, se encuentran mejor en la nueva situación en la que los pueblos bárbaros se la reparten: «Los españoles tenían por mejor esta nueva servidumbre que el imperio de los romanos y su severidad» (vol. I, p. 118).

La toma de partido por los visigodos y sus reyes también es evidente y se manifiesta sin ambigüedad cuando se produce su conversión al catolicismo con Recaredo, la primera vez, nos dice, que los miembros de una España hasta ese momento dividida por las diferencias de religión «se hobiesen unido entre sí y como hermanado en un cuerpo, y juntado en un aprisco y una majada, que es la iglesia, sus ovejas descarriadas» (vol. I, p. 149).

Pero es aquí donde se percibe el cambio más esencial de que hablábamos. Es ahora cuando se pueden proyectar con claridad sus preocupaciones, que se proyectan en el problema nuclear de la caída de España, de las razones por las que Dios permitió su derrota a manos de los musulmanes definidos como una «canalla», sobre los caminos de esa recuperación que habría de culminar, como inicialmente su obra, en la caída de Granada:

> Cayó pues el reino y gente de los godos, no sin providencia y consejo del cielo, como a mí me parece, para que después de tal castigo, de las cenizas y la sepultura de aquella gente naciese y se levantase una nueva y santa España, de mayores fuerzas y señorío que antes era; refugio en este tiempo, amparo y columna de la religión católica, que compuesta de todas sus partes y como de sus miembros termina su muy ancho imperio, y le extiende, como hoy lo vemos, hasta los últimos fines de levante y de poniente;

y es que, nos cuenta, Felipe II, cuando se escribía la primitiva redacción latina de esta obra, había unido Portugal y los demás estados del reino, «con que esta anchísima provincia de España reducida después de tanto tiempo debajo un sceptro [cetro] y señorío, comienza a poner muy mayor espanto que solía a los malos y a los enemigos de Cristo» (vol. I, p. 188).

Pero todo esto no está nada presidido por el optimismo, a pesar de las apariencias: en la caída de los visigodos, en la debilidad de los reinos que señalábamos antes y que habría impedido la culminación de la conquista, en la observación sobre cómo la Inquisición y otras medidas permitieron culminarla, late una misma preocupación: la que se refiere al futuro de la nueva y refulgente potencia imperial, al peligro de que se viniera abajo como el propio poder visigodo y tantos otros imperios del mundo. Su problema se refiere al rey, al reino y a lo que él llama la nación.

El que Mariana no sea un cronista oficial no lo convierte precisamente en un marginal. Aparte de la fama que le gana su obra, es un personaje muy bien relacionado, aunque también controvertido. Como índice de ello, su *Historia* está di-

rigida al rey Felipe III, y en esta dedicatoria deja bien claros sus objetivos: después de afirmar que nadie le dice la verdad a los reyes, se refiere a su libro *Del rey y de la institución real*[49] y afirma que «Lo que en él se trata especulativamente, los preceptos, avisos y las reglas de la vida real, aquí se ven puestos en práctica y con sus vivos colores esmaltados» (vol. I, p. LII).

Es una historia para educar a un rey, entonces, pero no a cualquier rey. Y tampoco el tratado al que se refiere es cualquier tratado, como demuestra, por ejemplo, que acabe quemado por el verdugo en una plaza pública de París poco después de aparecer. Su eje está en un debate que conoce muy bien y que es parte esencial de las reflexiones políticas de la época, el de las bases y los límites del poder Real. Mariana, que sabe muy bien que hay sociedades republicanas, opta por la monarquía, pero no por cualquier monarquía:

> A mi modo de ver, puesto que el poder real, si es legítimo, ha sido creado por consentimiento de los ciudadanos y solo por este medio pudieron ser colocados los primeros hombres en la cumbre de los negocios públicos, ha de ser limitado desde el principio por leyes y estatutos, a fin de que no se exceda en perjuicio de sus súbditos y degenere al fin en tiranía. (vol. II, p. 485)

Dado que la autoridad del pueblo, en última instancia, es mayor que la del rey y es la que le otorga su poder, éste, sin que pierda sus prerrogativas en los ámbitos que le son propios, está obligado a contenerse dentro de unos determinados límites, para los que son necesarias instituciones representativas formadas por gentes elegidas de la nobleza, el clero y el pueblo, que impidan que desprecie las leyes que se le impusieron por condición o la religión, que trastorne la república, se apodere de las riquezas de todos con impuestos abusivos o tenga comportamientos soberbios e impropios. Los representantes escogidos del pueblo son, pues, claves en el sistema (vol. II, 481 y ss., 486).

Un rey que actúa en sentido contrario, que deviene, así, tirano, si no se enmienda y continúa, tras ser advertido, en su deriva hacia la tiranía, puede y debe ser depuesto si hay una opinión y una decisión colectiva en este sentido, o puede y debe ser matado de la manera que fuera necesaria, tal como había ocurrido cuando el francés Enrique III lo había sido por un monje al querer dejar el reino a su cuñado —el futuro Enrique IV—, un enemigo de la religión y de la patria (vol. II, pp. 479-480). No está de más señalar que estas interesantes reflexiones, que hay que entender en medio de los debates sobre la monarquía y su legitimidad externa e interna que suponen gentes como Suárez o Victoria, tienen ahora un punto de partida muy específico relacionado con un tema tan crucial como el de la opción religiosa de los gobernantes europeos y la de sus países respectivos; la independización del poder político en este sentido se vería como un factor deslegitimizador esencial de una relación que no puede ser un cheque en blanco al poder a la manera de san Pablo, sino un pacto cuyo control queda también en manos de la otra parte y, en particular, de la Iglesia.

49. Juan de Mariana, *Del rey y de la institución real*, también en BAE, vol. XXXI, pp. 463-576.

Conviene advertir que la citada referencia a Francia —que es la que le cuesta que el verdugo queme su libro en París y no pocas dificultades en España— no es precisamente un índice de que nuestro autor ponga ejemplos externos para evitarse peligros; él mismo se apunta partidario de moderar otras dos monarquías, la papal frente a un concilio general (vol. II, p. 487) y, con más claridad aún, la del general de la Compañía de Jesús, sobre cuyos problemas escribe en su *Discurso de las cosas de la Compañía*. También aquí, como en otros campos, tendrá que sufrir las consecuencias.[50]

Pero Mariana no es sólo consecuente a la hora de aunar en un mismo criterio estas tres monarquías, sino en sus críticas y alabanzas. Sorprende quizá que la primera gran historia de España sea realizada por alguien que pone en un mismo lado de la balanza a los espartanos y a los aragoneses «severos y resueltos para defender sus libertades, y sobre todo convencidos de que a pequeñas concesiones es debida casi siempre la disminución y pérdida de nuestros derechos naturales», que alaba el papel del Justicia Mayor «el cual, armado de leyes y de autoridad, y sobre todo, del amor del pueblo, había de tener, como tuvo, hasta hace poco circunscrito dentro de ciertos límites el poder arbitrario de los reyes», un hombre dispuesto a reunirlos «para defender la libertad y asegurar la existencia de sus leyes». En estas naciones, nos cuenta, para que puedan darse estos controles, domina el principio de que la autoridad de la república es mayor que la del rey, un principio que vale para todas las demás también, aunque no lo practiquen (vol. II, p. 485).

Y es algo que recoge también, en una demostración más de la veracidad de la conexión entre este tratado y su historia, en la presentación de las partes de España casi en el inicio de ésta (vol. I, p. 5):

> Tienen los de Aragón y usan de leyes y fueros muy diferentes de los demás pueblos de España, los más a propósito de conservar la libertad contra el demasiado poder de los reyes, para que con la lozanía no degenere y se mude en tiranía, por tener entendido, como es la verdad, que de pequeños principios se suele perder el derecho de la libertad.

Todo esto entronca con el problema principal: los riesgos para el imperio, que aparecen asociados con la deriva en sentido contrario de la misma Castilla. Él se lamenta de la pérdida de los mecanismos de control del poder del rey que habían previsto «nuestros antepasados», en unas cortes formadas por gentes elegidas de la aristocracia, procuradores de los pueblos y prelados de plena jurisdicción, al contrario que en Aragón (vol. II, p. 487). El haber suprimido a nobles y obispos de ellas se habría hecho para eliminar este control, con el resultado del descontento del pueblo; y es que:

> Es preciso pensar en la tempestad mientras dura aún la bonanza, no sea que por falta de precaución nos arrastre la borrasca, y derribadas todas las garantías de la república, giman las provincias, sobrevengan de día en día como en tropel muchas ca-

50. Juan de Mariana, *Discurso de las cosas de la Compañía*, también en BAE, vol. XXXI, p. 605; G. Cirot, *Mariana Historien*, Burdeos, 1905, pp. 96 y ss.

lamidades, deje de corresponder el éxito, tanto en la guerra como en la paz, a la grandeza del imperio y nos veamos por fin envueltos en un sin número de males. (vol. II, pp. 487-488)

De nuevo, y con idéntica claridad, se manifiestan estas quejas en su *Tratado y discurso sobre la moneda de vellon que al presente se labra en Castilla, y de algunos desórdenes y abusos*[51] en el que se reprocha otra vez la falta de efectividad de las Cortes de Castilla en ese momento y los daños provocados por unas políticas monetarias dañinas y de cuya legitimidad se duda. El afecto del pueblo está en juego, dirá explícitamente (vol. II, pp. 488-489).

Pero más importante que este problema es la corrupción moral, especialmente sensible al tratarse del imperio de un pueblo que liga su destino al del catolicismo, y que centra su reflexión en su *Tratado contra los juegos públicos*.[52] En su sección final, titulada significativamente *El estado de las cosas de España* (vol. II, pp. 458 y ss.), junto a los aspectos positivos, que no niega, señala que ni la envidia ajena, ni «la avaricia de los que gobiernan» el imperio, ni «la aspereza de las costumbres de los nuestros y de su arrogancia», ni la posibilidad de que se produzca un alzamiento general «para sacudir el yugo, que ellos tienen por tiranía más pesada que la misma muerte» (vol. II, p. 459), son tan preocupantes como los peligros de la paz que, como en el caso de todos los imperios antiguos, puede conducir a un vicio y dejación que lleva consigo el debilitamiento y el castigo de Dios. El desastre de la propia Armada Invencible sería una demostración de las dos cosas (vol. II, p. 460). No está de más señalar que esto se repite en el apéndice citado de su *Historia*: (vol. II, p. 405, para el año 1588) «y con este desastre castigó Dios muchos y muy graves pecados de nuestra gente».

La corrupción, los lujos, las riquezas, los espectáculos impúdicos se permitirían sin control, mientras que habría una falta total de cuidado en que las gentes se ejercitaran en la guerra, así como de armas y fortalezas, aspecto éste que tiene una resonancia histórica inmediata y que ya hemos visto apuntada antes: «No me parece era diferente el estado de las cosas, cuando toda España fue vencida y subjetada por los moros», (vol. II, pp. 461-462; cita de p. 461). La imagen final es desoladora: una España rodeada por todas partes de enemigos: moros, herejes y el turco, se deja llevar por la degradación y el descuido. Todo ello cuadra mal con el lugar «donde está el albergo y la santidad de la religión católica» y explicaría los fracasos militares recientes. De no cambiarse todo esto, afirma, vendrán desgracias mayores; de que las cosas vayan de otra manera, termina, «no tenemos del todo perdida la esperanza» (vol. II, p. 462). Así pues, si Dios y los santos no están aplacados (como decía en la cita de su *Historia* en vol. II, p. 211 que recogíamos al inicio de este apartado), se olvida la guerra y la estructura de control de la monarquía se quiebra, los peligros son inminentes.

51. Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellon que al presente se labra en Castilla, y de algunos desórdenes y abusos*, también en BAE, vol. XXXI, pp. 577-593.
52. Juan de Mariana, *Tratado contra los juegos públicos*, también en BAE, vol. XXXI, pp. 413-462.

La problemática política de fondo se ha de remitir a debates contemporáneos teológicos y no teológicos y también al pensamiento grecorromano sobre el poder y el imperio, pero remite más directamente a cuestiones bien presentes en el mundo próximo-oriental y en su reelaboración en el mundo hebreo; la explicación de la derrota o sometimiento de un pueblo elegido, sólo puede hacerse por los pecados de sus reyes, tal como se hace en los libros sobre los reyes hebreos, o del pueblo, tal como se proyecta en las invenciones de la historia de los judíos tras la huida de Egipto.

Es claro también que este tipo de construcciones son en gran medida la proyección hacia lo público y la vivencia de la identidad colectiva de los mecanismos básicos de norma, pecado, culpa y castigo que articulan la relación entre el fiel y el sacerdote que lo absuelve para posibilitarle su llegada a la vida eterna tras la muerte; esta presencia nuclear en las conciencias individuales explica en gran medida su repetición y eficacia en lo colectivo al sumarse también a otros aspectos, como los «etológicos» que nos veníamos refiriendo. Las desgracias que afectan a la comunidad se entienden así fácilmente como manifestaciones de la irritación divina. Por supuesto que esto era general; un buen ejemplo es la propia referencia de Mariana en el apéndice de su *Historia* a cómo en Francia en el año 1587: «Hacíanse grandes procesiones para aplacar la ira del cielo» (vol. II, p. 404).

Es evidente que la definición del propio colectivo como el representante de la catolicidad, casi otro pueblo elegido, recalca estos aspectos hasta la saciedad y refuerza sus argumentos, incluidos sus argumentos más coercitivos. No en vano defenderá que no debe haber en una sola nación muchas religiones precisamente en nombre de la paz interior necesaria, reivindicando aquí el papel del emperador español Teodosio que tanto hiciera en el Imperio romano por implantar el cristianismo (vol. II, pp. 570 y ss.).

Se entiende que desde esta perspectiva su obra no se dirija sólo a un rey, sino al conjunto de los españoles. Y, como éstas son sus preocupaciones y él mismo asegura que su *Historia* es la puesta en práctica de los avisos y preceptos de su tratado, es lógico que estos factores marquen buena parte de las distancias con sus predecesores. La mirada al pasado y al futuro se realiza desde los peligros que acechan a un pueblo cuya entrega al catolicismo y al imperialismo austriaco no pone en duda

Claro que esto se produce de muchas maneras, no siempre inmediatamente previsibles. Casi en el inicio de su *Historia* el apartado titulado «De las costumbres de los españoles antiguamente» (vol. I, pp. 6-7) nos muestra a los españoles primitivos junto a sus caracterizaciones bien conocidas de gentes guerreras, sobrias y hospitalarias como de costumbres groseras, con ingenios más de fieras que de hombres, falta de interés por las ciencias, afición a las religiones falsas y los cultos a dioses e incluso matiza su caracterización guerrera asegurando que eran más valientes que astutos y sagaces.

Es evidente que Mariana no es un partidario ferviente del primitivismo, ni siquiera del primitivismo español, lo que apunta, entre otras cosas, a matices importantes, más que sobre el papel de los invasores, al de algunos de ellos, en particular, los romanos y, por supuesto, los godos. Pero los españoles siguen siendo

el sujeto del juego y la ambigüedad implícita se hace explícita inmediatamente, recuperando la imagen de los extranjeros como pervertidores de las virtudes propias pero ya en el presente. Es ahora cuando introduce las reflexiones sobre las virtudes de «nuestra nación» que remiten, incluso literalmente, al *Tratado contra los juegos públicos* que acabamos de ver. Es notable el cambio que han sufrido los españoles en sus últimos tiempos y su acrecentamiento de virtudes y vicios, afirma, con el aumento del saber y la justicia, aunque

> en lo que más se señalan es en la constancia de la religión y creencia antigua, con tanto mayor gloria, que en las naciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteran con opiniones nuevas y extravagantes. Dentro de España florece el consejo, fuera las armas; sosegadas las guerras domésticas, y echados los moros de España, han peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increíble. (vol. I, p. 7)

Y, de nuevo, se exaltan sus cuerpos sufridores y grandes hazañas, pero también los peligros de unos lujos y deleites que se personifican en los otros, que los habrían provocado,

> por donde, como dando vuelta fortuna desde el lugar más alto do estaba, parece a los prudentes y avisados que, mal pecado, nos amenazan graves daños y desventuras, principalmente por el grande odio que nos tienen las demás naciones; cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios, pero ocasionado en parte de la aspereza de las condiciones de los nuestros, de la severidad y arrogancia de algunos de los que mandan y gobiernan.

La corrupción de los españoles, y no sólo por culpa de los extranjeros, es un lado del juego; y la reflexión sobre el propio imperio, su gobierno y las relaciones con sus súbditos es otro. Nos interesa este segundo aspecto ahora, pero no está de más señalar que es más que característico que esta gran obra fundacional de la historiografía española no nos presente en absoluto una imagen autosatisfecha y benévola de los españoles: defectos y peligros, no una imagen inmaculada de perfección, son una parte esencial de su imagen ya desde su inicio.

En este contexto, su tratamiento del otro lado del mundo romano, el componente pacificador y educador, adquiere matices importantes; al fin y al cabo, y aún valorando las rebeliones y resistencias, Roma era también un imperio. Esto afecta incluso al periodo republicano, en el que destaca los momentos de paz y el florecimiento de España entre guerras (vol. I, pp. 71, 84), alaba especialmente los buenos comportamientos de dirigentes romanos como Catón el Viejo —algo que le hará sujeto de críticas en el futuro, como veremos—, e incluso introduce matices no desdeñables respecto a algunos héroes de las luchas antirromanas.

Pero, como hemos apuntado, era lógico que con sus claves de partida, se hiciese especialmente sensible el periodo visigótico, tan cargado de resonancias sobre unidades finalmente católicas, reyes representativos de los buenos y malos ejemplos, una Iglesia que es esencial en el reino, y la caída de España que ahora ha de ofrecer ejemplo y escarmiento. Y no sólo está todo esto, sino incluso, casi, él mis-

mo en un san Isidoro de Sevilla profético quien «al tiempo de su muerte más en particular protestó a aquella nación que si se apartaban de los divinos mandamientos y doctrina a ellos enseñada serían castigados de todas maneras, derribados de la cumbre en que estaban y oprimidos con muy grandes trabajos» (vol. I, p. 159).

La proyección sobre los reyes godos de todo esto se ve nítidamente en la multiplicación del contraste entre Wamba (vol. I, pp. 166 y ss.), buen guerrero y legislador, benévolo con el derrotado, respetuoso de Dios y de los obispos y concilios y buen legislador y Witiza, prototipo del mal rey (vol. I, p. 177): entregado a aduladores y deshonestidades, habría sido cruel, amigo de concubinas, permitido el casamiento de los eclesiásticos y la libertad de los judíos, desarmado España y abatido sus fortalezas, e incluso habría negado la obediencia al papa (vol. I, p. 177). El doble modelo bíblico se despliega ahora: pueblo y rey pecan, con lo que se abate sobre ellos la ira de Dios.

Es el momento de seguir multiplicando las conexiones entre aquel pasado y la realidad presente y la temida: la inminente caída de España se habría precipitado con los conflictos civiles, los vicios, el lujo, el afeminamiento y la corrupción que habrían afectado a grandes y pequeños, de modo que, olvidados el poder, disciplina y fuerza militar con que habían conseguido su superioridad, ahora la abundancia y deleites habrían hecho perder el imperio y el señorío (vol. I, p. 178); todo ello se demostrará en la batalla contra la «canalla» sarracena, y su indignante combinación de bravucones «cobardes a maravilla» (vol. I, p. 181) y de traidores. El resultado final, la invasión y sus miserias, era el predecible castigo de Dios por tanto desprecio a la religión, aunque los núcleos septentrionales se mantenían «confiados más en la aspereza de los lugares y por no acudir contra ellos los moros que en fuerzas o ánimo que tuviesen para hacer resistencia» (vol. I, p. 188).

Era claro que tenía que ser presentado don Pelayo como una antítesis de todo esto, un hombre de sangre real del que descenderá la realeza de España, pero, sobre todo, el otro lado de Witiza, bien visible cuando se nos presenta aprovechando que éste le persigue para irse de romería a Jerusalén, dato reforzado con un argumento de mucho interés sobre las derivas populares de los goticismos: «En confirmacion desto por largo tiempo mostraban en Arratia, pueblo de Vizcaya, los bordones de D. Pelayo y su compañero, de que usaron en aquella larga peregrinacion» (vol. I, p. 177-178), o se le muestra presto a acoger en su ducado de Cantabria obispos y reliquias (vol. I, p. 183).

Por supuesto que, de nuevo, tienden a desaparecer del juego romanos y romanizados: «las reliquias de los godos que escaparon de aquel miserable naufragio de España, y reducidos a las Asturias, Galicia y Vizcaya...» esperan recobrar su antigua libertad (I, 189). Pelayo y los visigodos tienen el papel clave junto con unos asturianos en posición más secundaria aquí, mientras que en los Pirineos en los pequeños señoríos que, nos dice, se levantan siguiendo su ejemplo sobre las ruinas del gran edificio gótico para reparar la libertad de la patria, la presencia de los viejos moradores es más evidente, en especial en el reino de Sobrarbe o quizás Navarra para el que es elegido Garci Jiménez que «si bien no era de la sangre de los godos, lo que se entiende por el nombre que parece mas de españoles que

de godos, pero sin duda fue muy noble, de grande y antiguo solar y linaje, señor de Amescua y Abarsusa» (vol. I, pp. 219-220). En otro lugar, se refiere a Navarra (vol. I, p. 5), identificando con los vascones a los navarros (no a los «vizcaínos», que identifica con los cántabros) y recalca la misma idea, ahora con un matiz que también nos recuerda aspectos comentados sobre las geografías del modelo, ya que afirma que es una provincia «estrecha de términos y no muy llena de gente», pero que la ha situado «entre las principales partes de España porque los vascones, antiguos moradores della, fueron de tanto valor, que por sí, sin ayuda de los demás españoles, ganaron de moros muy a los principios aquellas tierras y con nombre y corona real las poseyeron y conservaron hasta la edad y memoria de nuestros padres constantemente».

Mariana, como se ve, construye también con los materiales del modelo, con los esquemas esencialistas e invasionistas, pero sus intereses se sitúan en un tiempo a la vez más decididamente imperial y menos cargado de optimismo, un tiempo que apunta a la ruina que él prevé, en cierta forma en una época más barroca. En este sentido, toda su reflexión, en particular su incidencia en las claves morales de la derrota del imperialismo de los Austrias, estaba destinada también al éxito, casi tanto como el del conjunto de su *Historia*. La sombra del imperio perdido acompañará en la historiografía y la conciencia colectiva en adelante; buena parte de sus claves también. Las claves de culpa y castigo quedan del todo perfiladas y prestas para un uso posterior que no vacilará en aplicarlo a esta época y a las que siguen.

Glorias barrocas

Si es significativo este éxito de la historia de Mariana, lo es más que no haya otro intento de una historia de España comparable en todo el siglo XVII y parte del siglo XVIII y que lo que sí nos encontremos sean continuaciones de su obra en forma de puestas al día es otro índice de su capacidad de dar respuesta a exigencias muy complejas y de las continuidades. El que los nuevos tiempos no pidan otras historias es significativo. Y cuando se hagan o se intenten hacer por fin nuevas historias, el modelo que él sintetiza seguirá siendo uno de sus núcleos esenciales.[53]

Antes de apuntar qué es lo que sí se hace en España entretanto, conviene de nuevo evitar una imagen excesivamente casticista: el siglo XVII es un mal siglo para la historiografía en el conjunto de la cultura europea. Hablamos de un período en gran medida regresivo en el que las guerras, los conflictos religiosos, de la represión de los disidentes religiosos y políticos, los debates de preeminencia y honoríficos y otros muchos factores producen efectos muy complejos y a veces muy contradictorios en el terreno cultural.

53. La construcción y continuidad de este modelo desde el siglo XVI hasta el XX ha sido la piedra angular de nuestros trabajos y de los de algunos colaboradores desde 1992 —véase, por ejemplo, Álvarez Martí-Aguilar y Cruz Andreotti—. Últimamente ha incidido desde la perspectiva más amplia de las identidades colectivas, y en publicaciones muy sugestivas, J. Álvarez Junco, «Identidad heredada y construcción nacional. Algunas propuestas sobre el caso español, del Antiguo Régimen a la Revolución Liberal», *Historia y política. Ideas, procesos y movimientos*, 2, 1999, pp. 123-146 y *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, 2001. Es lástima, sin embargo, una cierta carencia de perspectiva historiográfica que le lleva, entre otras cosas, a no percibir la continuidad de los modelos de fondo, con lo que se adscribe demasiado al siglo XIX y demasiado poco al siglo XVI; véase cap. 3, n. 21.

En España se acabará sufriendo las consecuencias del cierre de Felipe II, Trento, la Inquisición y las ruinosas aventuras imperiales europeas que afectan en particular a un reino de Castilla privado de control, tal como apuntara Mariana, sobre sus recursos y puro instrumento de los designios imperiales de los Habsburgo, lo que implica la pérdida de sus tradicionales sectores mercantiles y una esclerotización social en la que priman los componentes señoriales ligados a privilegios, exenciones o cargos.

Hablamos de un mundo de retaguardia imperial, inquisitorial, donde los sentimientos de pertenencia colectiva a la religión y al reino en peligro llevan a que se vivan victorias y éxitos con exaltación y angustia, para culminar en una derrota en gran medida anunciada y precedida por la rebelión catalana contra la pretensión del conde duque de Olivares de igualarla en su puesta al servicio de los intereses del rey a Castilla y por la definitiva separación de Portugal (y Brasil).

El presente incita menos a grandes reflexiones sobre el pasado que a miradas sobre los acontecimientos presentes y a un arbitrismo dedicado a la búsqueda de soluciones. Lo que llama la atención en este sentido es la riqueza de perspectivas y de polémicas que no se dejan reducir fácilmente; un buen ejemplo de esto es el *Juicio interior y secreto de la monarquía* del obispo de Puebla de los Ángeles Juan de Palafox y Mendoza en el que poco después del momento crucial de 1640 propone al rey, entre otras cosas, todo lo contrario de lo que le había propuesto el conde duque: respetar y reforzar las instituciones políticas y lenguas propias de los reinos —cuyas peculiaridades considera de origen divino— y usar sus energías autónomamente en todos los terrenos, incluyendo el militar; esto se inscribe dentro de una reflexión sobre el destino de una monarquía-imperio que, sorprendentemente, habría durado en su hegemonía indiscutible apenas unos decenios, mucho menos que las de asirios, persas, romanos, griegos o francos, y ello a pesar de no basarse como la mayor parte de ellas en la ambición, la fuerza, la tiranía, la superstición o la violencia, sino en el derecho, la religión, la justicia, el cristianismo y la prudencia.[54] El tema de la sucesión de los imperios universales es nuclear aquí, como lo es el de la pregunta por un designio divino que permite la ruina de un imperio así —un tema que tanto recuerda a Mariana—, pero este y otros elementos enmarcan la realidad concreta, los problemas a resolver.

Tampoco este debate es meramente español, si bien es evidente que desde el exterior las claves interpretativas se visten pronto de la crítica nacida de una publicística que había venido afilando sus cuchillos desde los tiempos de la perdida hegemonía y que utilizará claves y medios mucho más sofisticados que los que se le pueden oponer desde la propia España, lo que no dejará de incidir en la autopercepción hispana.[55]

54. Véase el texto en J. M. Jover, «Sobre los conceptos de monarquía y nación en el pensamiento político español del siglo XVII», *Cuadernos de historia de España*, 13, 1950, pp. 138-150 y el comentario de Jover en pp. 101 y ss.; para lo planteado aquí véase en especial pp. 142-143, 145 y ss.

55. Véase J. Álvarez Junco, 2001, pp. 97 y ss.

En ese mundo presidido, como apuntaba Maravall, por las formas de vida alucinadas de las clases dirigentes, lo que cabe es la exaltación grandilocuente de lo imaginario en lo referido a España o a cada localidad española, no otro tipo de elaboraciones en profundidad sobre el pasado, no digamos ya una nueva historia. Es algo más que anecdótica la pretensión de una orden de religiosos cristianos de haber sido fundados en una fecha anterior al nacimiento de Cristo. Es un tiempo de renovación de falsarios, como el padre Higuera, de búsqueda de orígenes premusulmanes en clave, especialmente, de los mártires de que habría de dotarse cada ciudad y cada localidad, convertidas todas en Cristianópolis, en la representación y vivencia en el espacio y en los rituales colectivos de una catolicidad sin sutilezas. La corte de Carlos II muestra a las claras la imposible respuesta ante una derrota que es mucho más que la bélica.

Todo esto, insistimos, de una manera u otra es general en Europa, aunque incida particularmente aquí lo que Luis Gil calificaba como una opresión intelectual, un clima de inseguridad y de recelos presidido por «la institucionalización de la denuncia y el sacro horror inspirado por el sigilo de los métodos del Santo Oficio».[56] Un mundo así no pide ni para sus élites políticas ni intelectuales una nueva visión del pasado. La cobertura de sus necesidades es esa mirada donde unas realidades cada vez más difíciles de integrar se esconden en falsas glorias apoyadas por todos aquellos que quieran o puedan identificarse con ellas.

Es significativo que la línea de oposición a todo esto se muestre más que en nuevas propuestas interpretativas en la crítica a las malas fuentes. Annio de Viterbo y sus seguidores eran calificados como una piara de cerdos con tiña y sarna ya a comienzos del siglo XVI por uno de los colaboradores de la obra *Hispania Illustrata* dirigida por un antiguo colaborador de Antonio Agustín, por ejemplo.[57]

Pero será en las últimas décadas del siglo XVI cuando se desarrolle una corriente crítica que continuará después; confluyen en ella las tendencias generales de una parte de la historiografía católica a purificar las fuentes de la historia sacra —representada por los bolandistas y maurinos franceses— limpiando el santoral de santos inventados y las propias dinámicas hispanas, cuando se vayan difundiendo, alentados por algún personaje significado de la Casa Real, los *novatores*, gentes que propugnan un cambio frente a lo que se define como decadencia española respecto a Europa, un cambio que se plantea en clave de nuevas ciencias naturales, nuevas formas de enseñanza y de una historia distinta.[58] No está de más señalar, por otra parte, que la pérdida de la contestada hegemonía imperial europea de los Austrias es sencillamente eso, pero no la de una potencia que sigue manteniendo el imperio más extenso y rico del mundo, que una de sus consecuencias es la mirada al remedio de los males internos de España y que es en este

56. Luis Gil Fernández, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, 1981, p. 478.

57. Ludovico Nonii, *Descripción de España* en A. Schott, *Hispania Illustrata*, vol. IV, Francfurt, 1603-1605.

58. Véase J. Cepeda, «La historiografía», en Menéndez Pidal, ed., *Historia de España*, vol. XXVI, 1, pp. 633 y ss.

contexto donde se inscriben las reacciones más racionales ante ellos representadas óptimamente por los *novatores*.

Por citar dos, mencionaré al fundador de la bibliografía española y uno de los bibliógrafos europeos más interesantes, Nicolás Antonio, y al marqués de Mondéjar, al que merecería la pena referirse aunque sólo fuera por la inefable definición del diccionario Espasa: «A pesar de haber vivido en la opulencia fue hombre muy aficionado al estudio» (vol. 28, 1, p. 804).

Es un índice muy característico de las resistencias y de su continuidad el que sus obras más punzantes sobre las elaboraciones de historia de España, que afectaban incluso a Mariana, hubieran de esperar a que las publicara el valenciano Gregorio Mayans i Siscar en la década de 1640, en algún caso, como el de la *Censura de historias fabulosas* (originalmente *Defensa de la historia de España frente al P. Higuera*)[59] del primero, con enormes dificultades. Tales dificultades en España se compensaban seguramente con sus lazos y correspondencia con los mejores investigadores y críticos europeos de historia sacra y profana, que van desarrollando técnicas de autentificación, lectura, conservación y edición de manuscritos.

Es también significativo que aunque se mencione con frecuencia la necesidad de una nueva historia de España a lo largo del siglo XVIII, y aunque la importancia de la historia se juzgue indudable, sólo se den dos intentos de envergadura, los dos, aunque interesantes en grado sumo, no culminados y del último tercio del siglo. Claro que para ello han tenido que cambiar muchas cosas.

59. Nicolás Antonio, *Censura de historias fabulosas*, Gregorio Mayans i Siscar, Valencia, 1742.

2. UN MUNDO ILUSTRADO

Críticos y editores

Los dos intentos de historia de España de los hermanos Rafael y Pedro Rodríguez Mohedano y de Juan Francisco de Masdeu marcan un cambio indudable y en el que merece la pena centrarse. Pero antes de hacerlo puede ser útil profundizar algo más en dos cuestiones; en este apartado trataremos la primera de ellas, la existencia de una serie de planteamientos previos que van cambiando el panorama anterior en una parte de la historiografía. En gran medida la clave seguía siendo la actitud ante esa historiografía alucinada y sus fuentes fantásticas.

Algunos autores van imponiendo en sus trabajos un uso cada vez mayor de las fuentes consideradas como fidedignas y una reflexión sobre ellas, sin que, por otra parte, se afecte al modelo general. El siglo XVIII comienza significativamente con Juan de Ferreras,[1] discípulo de Mondéjar, sacerdote, por supuesto, y personaje de importancia en la cultura oficial de su época, que hace, y con toda intención, una *Synopsis histórica-chronológica de España*, una cronología comentada presidida por la preocupación por la inexistencia de una historia de España fiable y porque el uso de tantas fábulas y falsas glorias provocara lamentos de españoles e irrisión de extranjeros; es curioso que se vea obligado también a señalar que él y los restantes refutadores de falsas glorias no son precisamente los enemigos de la nación. Su tarea de limpieza se ve nítida en su eliminación de casi toda la historia anterior a los fenicios.

Pero se pueden entender sus límites también hablando de uno de los pocos elementos respetados en ese periodo previo: a Tubal (vol. I, pp. 55 y ss.), considerado como el poblador más probable, ni lo presenta dejando hijos suyos como reyes, ni entiende que se conserve mucho tiempo la religión verdadera que traería, ni acepta que se sepa a dónde llegó. El otro lado del juego nos lo muestra su intervención en la polémica sobre el medio y el camino que utilizaría; en una prueba de notable ingenio sugiere el único no apuntado todavía: ni tierra, ni mar, sino aire, puesto que Dios pudo muy bien haber dispersado así a los sucesores de Noé. Los límites de su juego son, entonces, mucho más visibles en temas delicados como los religiosos.

1. Juan de Ferreras, *Synopsis histórica-chronológica de España*, 16 vols., Madrid, 1700-1727.

Aún así lo que destaca es la crisis (llamada «crisis ferrérica») que desata entre los que siguen la otra tradición, la mayoritaria. En ella se observa cómo la «crítica», el uso de buenas fuentes y de una reflexión sobre su fiabilidad, es una clave diferenciadora que conecta la racionalidad unida a ella con la puesta en duda de todos los intereses creados alrededor de las falsificaciones y, por tanto, a todo un conjunto de poderes fácticos, religiosos, nobiliarios o ciudadanos, que en la continuación y defensa de las alucinaciones historiográficas muestran su oposición a un pensamiento más abierto, más libre, más conectado con las corrientes de cambio que se abren paso, a veces con mayores dificultades, en otros espacios europeos; y ello aunque esas nuevas corrientes apunten en realidad a posibilidades de cambio desde el poder monárquico.[2]

Conviene hacer, de nuevo, una llamada de atención sobre las conexiones entre la situación europea en muchos campos y la española. A Ferreras se le traduce al francés en 1742, por ejemplo. Pero, además, en 1728 se edita otra cronología: *The Chronologies of Ancient Kingdoms Amended*[3] ni más ni menos que de Newton, que abarca desde los orígenes de los tiempos hasta Alejandro Magno que, por supuesto, se inicia en el Diluvio Universal. Newton dedica muchos esfuerzos a estos temas, y tanto este tipo de publicaciones suyas como otras de las que más conocemos hoy son bien conocidas en España y utilizadas en la cultura española del siglo XVIII, como lo es la obra de Descartes, por ejemplo.

Un ejemplo de este uso es el malagueño Luis José Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores, que lo aplicará a la cronología española en sus *Anales de la Nación Española*, de 1759,[4] un hombre muy de su época, que se mueve cerca de los ámbitos más altos de la cultura oficial en el tiempo de Fernando VI, y que es uno de los encargados de realizar viajes por España para asegurar fuentes sólidas cara a las necesidades de una nueva historia, lo que lleva a cabo hasta que cae en desgracia ante el rey. Merece la pena resaltar tres cosas: su diferenciación de la historia de España en tres fases: la desconocida, la fabulosa y la histórica, que contribuye a delimitar mucho más el juego de las especulaciones, la continuidad en el interés por los fenicios (y los egipcios) ya mostrado por Newton, y tan típico de la preocupación del siglo XVIII por los caminos que sigue el saber (y las ciencias ocultas) en su desplazamiento, y, por último, su búsqueda de las fuentes fiables que le lleva, por ejemplo, a estudiar no sólo inscripciones, sino, en especial, los alfabetos de las monedas hispanas no romanas.

El interés por inscripciones y monedas es muy de la época, como lo son las recopilaciones de fuentes de todo tipo. Pero no debemos olvidar que los modelos barrocos de las falsas glorias continúan, bien representados por Vicente Huerta y

2. Para todo esto es esclarecedor G. Stiffoni, *Verità della storia e ragioni del potere nella Spagna del primo Settecento*, Milán, 1989, pp. 311 y ss.

3. Isaac Newton, *The Chronologies of Ancient Kingdoms Amended*, en S. Horsley, ed., *Isaaci Newtoni Opera quae Extant Omnia*, Londres, 1779-1787 (originalmente 1728).

4. Luis José Velázquez de Velasco, *Anales de la Nacion Española desde el tiempo mas remoto hasta la entrada de los Romanos: sacados únicamente de los escritores originales, y monumentos contemporaneos...*, Málaga, 1759. Sobre él véase M. Álvarez Martí-Aguilar, *La antigüedad en la historiografía española del siglo XVIII: el marqués de Valdeflores*, Málaga, 1996.

Vega y su *Historia de la España primitiva. Historia de sus reyes y monarcas desde su población hasta Cristo* de 1738; es significativo de lo complejo de este mundo el que las Academias de la Lengua y de la Historia, teóricamente representantes del otro lado del juego, apoyen su publicación frente al dictamen de Gregorio Mayans y Siscar, e incluso impidan editar éste, algo en lo que sin duda tuvo mucho que ver la condición de Huerta y Vega de miembro de la segunda.

También es clave el agustino E. Flórez, capaz de hacer otra obra clave sobre monedas antiguas hispanas o, desde la Real Academia, su espectacular *España sagrada* a partir de mediados de siglo,[5] en la que recoge fuentes eclesiales y no eclesiales de una España organizada por diócesis que remitirían a las viejas divisiones romanas, o, por último, de asentar un golpe científicamente definitivo al mito vasco-cantabrista. Pues bien, el mismo personaje es también capaz de quemar documentos antiguos que no le parecen convenientes para las glorias eclesiásticas de España.[6]

Por último, una buena manera de acabar este apartado es referirnos al citado Gregorio Mayans i Siscar, un representante esclarecido de las corrientes críticas y en particular de la importantísima ilustración del reino de Valencia; ya hemos apuntado su papel como editor de autores del siglo XVI en los que opone su estilo (y su método) a las degeneraciones barrocas, cabe señalar también su carácter de erudito y bibliófilo, preocupado por la renovación de la cultura española, sin salirse, por supuesto, de la ortodoxia católica, y que reivindica ya todo un canon de su literatura.

Con todo, cronologías comentadas y documentaciones sólidas no son aún otra historia. Pero su necesidad se hará sentir finalmente y tomará todo esto como punto de partida. Señalarlos aquí nos sirve para no considerar aisladamente a los autores que vamos a ver y, también, para ver el contraste con ellos y en qué sentido hablamos ahora de una nueva historia y, también, de una adaptación del modelo multisecular de interpretación de España.

Condiciones de iluminación

Un segundo elemento que conviene introducir antes de centrarnos en nuestras dos historias es una breve reflexión sobre la Ilustración y lo que significa. Porque estamos hablando del resultado de todo un cambio en la conciencia europea que repercute en su forma de pensarlas y de escribirlas. No es necesario decir que hay, y había, múltiples interpretaciones de lo que cabía entender por «Ilustración». Una de sus vertientes más evidentes es la que culmina en las reflexiones de Kant, en las que laten Rousseau, Newton y tantos otros, según la cual, por decirlo en un título del subapartado de una de sus obras: «Se puede considerar la historia de la especie humana en su conjunto como la ejecución de un secreto plan de la Natu-

5. E. Flórez, *España sagrada. Teatro geográfico histórico de la Iglesia de España. Origen, divisiones y límites de todas sus provincias...*, 29 vols., Madrid, 1747-1775.

6. F. Sánchez-Blanco Parody, *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Madrid, 1991, p. 141.

raleza, para la realización de una constitución estatal interiormente perfecta y, CON ESTE FIN, también exteriormente, como el único estado en que aquélla puede desenvolver plenamente todas las disposiciones de la humanidad» un plan de la Naturaleza, la providencia o Dios en el que la libertad individual y colectiva culminaría en un Estado mundial y en el que el progreso hacia la perfección se concibe como el destino de la especie. Es plenamente consistente con ello el que celebre las noticias de la Revolución francesa de 1789 como una manifestación de todo esto y de su posibilidad.[7]

La Ilustración así planteada se identifica, entonces, con las libertades colectivas e individuales en las que culmina una razón destinada a construir una realidad progresivamente más justa. Es difícil no comentar el prodigio que supone este posicionamiento y sus desarrollos prácticos en términos, por qué no, de evolución de la especie y de la cultura europea; Cornelius Castoriadis[8] ha apuntado con razón a lo extraño que resulta la aparición de la democracia y de sus presupuestos en el mundo europeo, una excepcionalidad que en sociedades complejas (aunque recordemos que no hay sociedades que no sean complejas ni, como decía Gramsci, un hombre que no sea un intelectual) casi sólo tiene parangón en nuestra propia cultura y en el mundo clásico ateniense. Ni siquiera recordar que Kant se ve obligado a matizar sus planteamientos en notas tranquilizadoras ensombrece sus palabras, no digamos ya su interés por otras prácticas políticas de esa libertad que se han ido desarrollando en su tiempo y de las que ha sido testigo, como la construcción de un Estado y de una colectividad en Estados Unidos de Norteamérica sin súbditos de reyes, aunque sí con esclavos de ciudadanos.

Pero es claro también que este enfoque no es el único posible, ni siquiera los que estarían en su base, como la reivindicación de la libertad de pensamiento y de culto; si se aceptara como tal, de nuevo, la mayor parte de Europa quedaría excluida de los procesos ilustrados, incluyendo a la inmensa mayor parte de la Alemania de Kant, convertida, una vez más, en una carencia, en un «aún no» que contrastaría con Francia (o quizá, mejor, París, y dependiendo del momento) o Inglaterra. De nuevo se daría la curiosa circunstancia de que lo normal, que siempre es lo estadísticamente mayoritario, quedaría convertido en lo excepcional.

No se trata de entrar en un debate terminológico, sino de reconocer que en la mayor parte de Europa cabe encontrar a gentes que creen en esta ilustración y más conforme avanza el siglo, pero, sobre todo, una mayoría de lugares donde hay otra, unida a una monarquía cuyo poder absoluto y despotismo no sólo no se ven como contrarios a ella, sino como una condición para poder cambiar las realidades

7. E. Kant, *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*, en la recopilación titulada, *Filosofía de la historia*, México-Madrid-Buenos Aires, 1984, p. 57; véanse también las restantes obras incluidas en esta recopilación, como su *Qué es la Ilustración* (pp. 25 y ss.) y, en particular para la Revolución francesa, *Si el género humano se halla en progreso constante hacia mejor*, pp. 95-122 (originalmente la segunda parte de su *La disputa de las Facultades* —Der *Streit der Fakultäten in drei Abschnitten*— titulada *Der Streit der philosophischen Fakultät mit der juristischen* en I. Kant, *Werke*, vol. VI, *Schriften zur Anthropologie Geschichtsphilosophie und Pädagogik*, Darmstad, 1983, pp. 261-393).

8. Véanse sus recopilaciones de artículos en C. Castoriadis, *El ascenso de la insignificancia*, Madrid, 1998; *Figuras de lo pensable*, Madrid, 1999.

económicas y culturales frente a unas resistencias que, al menos en su componente activo, en absoluto se identifican con los grupos socialmente inferiores.

Es también casi un lugar común que el paisaje de fondo de la vida europea en este momento siguen siendo los Estados y su hostilidad potencial o real asociada a las búsquedas de hegemonía y que los cambios que se propugnan tienen mucho que ver con el aumento de sus ingresos para una política exterior exitosamente agresiva y, no hay que olvidarlo, de los avances científicos tecnológicos bélicos correspondientes. La novedad es la conjunción de sus nuevas formas unitarias de organización, de unas prácticas y teorías de desarrollo económico que buscan potenciar los sistemas mercantiles y de producción fabril privados (y públicos) y, a la vez, de un concepto de que ese avance ha de ser en gran medida colectivo, de que es necesario desplegar mecanismos para iluminar a las gentes, ilustrarlas, cultivarlas en una dirección que se entiende que es única, y que es la de *la* civilidad y *el* progreso.

Lo que ocurre es que se producen cambios que dan lugar a la presencia de realidades diferentes, así, la evolución económica genera nuevos grupos burgueses y proletarios; pero, sobre todo, que, una vez disparada la funesta manía de pensar, ésta no se frena, y más conforme el pensamiento sobre la sociedad, la cultura y la economía se vaya dirigiendo hacia el poder y la política. La incidencia en estos aspectos de los lugares más diferenciados en lo económico y en la libertad y profundidad de pensamiento es crucial, o de ejemplos como el de Estados Unidos, lo mismo que la existencia de una tradición grecorromana sentida como propia que podía ser utilizada por el despotismo pero también desde reflexiones sobre la democracia o la libertad.

El juego se alterará conforme más gentes se sumen a las exigencias de cambios en el primer sentido ilustrado, el kantiano, sin encontrar respuestas adecuadas desde el poder, y, en particular, a partir del estallido de esta contradicción en Francia y del impacto de su Revolución de 1789 en todas las posiciones políticas, desde quienes reaccionan como el propio Kant, a quienes llevan advirtiendo que era un error apoyar desde la monarquía cambios en la sociedad, o a los propios déspotas ilustrados que pueden volver atrás en sus políticas ante las nuevas realidades. Pero, como veremos, ése sí que es ya otro mundo.

Sin salirnos de éste, lo que destaca en la España de la Ilustración es lo que destaca en la mayor parte de Europa desde Rusia a Portugal: su pertenencia al mundo del Despotismo Ilustrado del que hablamos. En los reinados de Fernando VI y Carlos III se convierte definitivamente un proyecto ilustrado en el que se unen la exigencia de potenciar el progreso económico, un estado mejor organizado y una cultura diferente, con medidas administrativas y políticas concretas.

Es evidente la importancia de la cultura y la educación en este proyecto, como no podía ser menos en una concepción según la cual había de proyectarse desde el poder un pensamiento y un espíritu acorde con las nuevas necesidades. Es el tiempo de la creación de las academias con el objetivo de dirigir y controlar las creaciones futuras, la Biblioteca Real o la Casa de Geografía, o de encuestas geográficas y también de intentos, fracasados, de cambio de unas universidades en manos de intereses clericales y señoriales que no los permiten, de la creación

de instituciones educativas —escuelas de ingenieros militares o de artillería, por ejemplo— para cubrir al menos las necesidades más inmediatas del Estado en este campo y de la potenciación de políticas oficiales desde las camarillas de los validos.

Con ello va también una revalorización de lo clásico como modelo de buen gusto y buen orden, tan bien representada en el campo arqueológico por las excavaciones que había financiado Carlos III en Herculano antes de ser rey y por la política de recogida de informaciones sobre restos y documentos antiguos que se observa en la inclusión de preguntas sobre ellos en encuestas o en los viajes oficiales, como el de Valdeflores; por la recompensa a trabajos meritorios en este campo, en su consideración positiva en el currículum de los aspirantes a cargos públicos o en la búsqueda de inspiración clásica para una literatura didáctica, racional, llena de «buen gusto» y nada barroca en lo formal.

Probablemente la representación más plástica de todo esto se vea en la potenciación de un arte que busca olvidar el caos formal y sensorial del barroco para dejar sitio a las limpias formas del Neoclasicismo, fácilmente visibles y explicables. Es significativo también porque muestra la implicación de cuestiones que giran alrededor de las artes: aparece esto asociado también al intento de replantear la vida religiosa en términos más rigoristas, menos pomposos y, a la vez, más controlables por un poder real que busca afirmar permanentemente su poder sobre una Iglesia católica poderosísima y riquísima y que, por ello, suscita su resistencia. Es clara, por ejemplo, la asociación directa entre los viajes oficiales a la búsqueda de fuentes y monumentos y este «regalismo».[9]

Hemos señalado la resistencia de sectores tradicionales y el componente oficial de estos intentos de cambio. Pero sería un error exagerar sus conflictos de fondo —ninguno tiene como objetivo la otra ilustración— como se muestra en la persecución de la heterodoxia, aunque la mirada de ambos fuera distinta respecto a qué comenzaba a ser heterodoxo.

Otro error es imaginar a la monarquía en un empeño solitario y la Ilustración como una mera producción suya: no hay que despreciar la novedad histórica que supone la articulación de gentes alrededor del proyecto ilustrado en todos los rincones de España, gracias a instituciones como las Sociedades Económicas de Amigos del País o las diversas academias. No hablamos aún del papel nuclear de los ateneos, círculos literarios y similares en los que se articula la opinión pública y la sociedad civil del siglo XIX, pero sí de un fuerte movimiento asociativo que es potenciado y valorado por el poder y que resulta un camino de penetración y solidificación de ideas colectivas, de cambios tecnológicos, de proyección educativa y, a veces, incluso de promoción.

Tampoco los nuevos periódicos y publicaciones tienen que ser como los del siglo XIX para cumplir un papel difusor y cohesionador de primer orden. Clérigos, funcionarios, profesionales liberales, miembros de la pequeña nobleza o comer-

9. G. Mora, *Historias de Mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII*, Madrid, 1998, pp. 33, 41 y ss.; véase también su tratamiento del conjunto de los problemas ligados a la arqueología.

ciantes forman sus núcleos, muchas veces activos y entusiastas, cargados de intereses culturales de todo tipo y capaces de escribir y discutir sobre historia local, epigrafías, las técnicas de cultivo, la sanidad urbana o la teoría de los corpúsculos, aparte, claro está, de otros más prácticos en la administración o en los honores públicos. La imprenta apoya todo esto pero también un uso extenso de copias manuscritas que circulan y se intercambian y, muy especialmente, todo un conjunto de redes de correspondencia que conectan personas, grupos e instituciones.

El que la ilustración kantiana exigiera otra historia acorde con la nueva visión del mundo que implica es evidente; el que también se haga necesaria desde esta otra no lo es menos, y sí es más significativo a la hora de entender un cambio, si no más profundo, sí mucho más extenso. Esta necesidad es general en Europa y, aunque parezca chocante, es mucho más importante para tomar el pulso de la época que una mera referencia a lo que consideraba el clásico de la historiografía, Fueter, que era su principal interés, el estudio de los pioneros y de los pensadores originales.

Ya no es suficiente una mera historia política, militar, genealógica y heroica: han de intervenir los factores en los que se quiere ver el movimiento de la realidad, una nueva historia en la que aparezcan las claves de civilización, progreso, transmisiones del saber, ilustración y buen gusto, en la que leer en el pasado las propias realidades y las propias inquietudes, que sirviera de instrumento de apoyo y de convencimiento. Todo ello, pues, va más allá del mero programa político de los borbones españoles e incluye a todas esas gentes que acabamos de citar cuya identidad colectiva debe mucho a estos valores y que son los sostenedores de un proyecto razonablemente extendido de cambio.[10]

Se requiere también hacerlo de una manera consistente con su autoimagen, unir el razonamiento con un estilo apropiado, estructurar el discurso de acuerdo con las nuevas claves, alejarse del desorden y del mal gusto y basarse en fuentes fiables, todo ello dentro de una visión global en la que el buen gusto, el pensamiento racional, el despliegue del conocimiento y el avance económico se consideran parte de la misma cosa, opuesta al mundo contrario: al del atraso y la irracionalidad. Si se entiende que la realidad es fruto del pensamiento, con más razón esta racionalidad se habría de ver también en sus expresiones más inmediatas: el arte y la cultura, que, además, al cumplir un papel didáctico incidirían en el conjunto más amplio de los espectadores o lectores.

Así se comprende bien que las necesidades vayan también mucho más allá de recoger los aportes de las generaciones críticas anteriores: exigen una nueva historia. Claro que en este sentido cabe preguntarse qué uso podían hacer de los aportes de las precedentes, y en particular de aquella generación renacentista, de la que no reniegan y cuyo estilo se puede poner como ejemplo, que en gran medida habían ido a parar a la historia por excelencia, la historia del padre Mariana. ¿Cabía el modelo esencialista e invasionista de la historia de España en un esquema ilustrado? El lector —que puede, si lo prefiere, hacerse la pregunta an-

10. Una síntesis aún muy válida de todo esto la ofrece J. A. Maravall, «Mentalidad burguesa e idea de la historia», en *Revista de Occidente*, 107, 1972, pp. 250-286.

terior al revés— podría pensar que el principal problema era el de cómo conectar un modelo ilustrado cosmopolita con un esquema anterior en gran medida xenófobo, quizá incluso que se presentaría una contradicción insalvable entre ambos.

La idea de que la Ilustración y su historiografía eran cosmopolitas y que ésta no se centra en los Estados europeos es un error, quizá fruto de esa mirada exclusiva a los pensadores más originales, una mirada que, si se profundiza, también sería inexacta en la mayor parte de los casos. Voltaire, por poner un ejemplo, escribe en 1740 a D'Argenson sobre la necesidad de una historia no de los reyes y reinas sino de «nos lois, nos coutumes, notre esprit».[11] Está claro que si hay un «nuestro», hay otros que son «suyos»: él le da tal importancia a las peculiaridades de los diferentes pueblos y cree tanto en un carácter propio de cada uno, que Fueter[12] lo considera el factor explicativo más frecuente en su obra.

Apuntemos ahora algo bien conocido: si el Renacimiento presenta una clara caracterización italiana, la Ilustración es identificada con frecuencia con lo francés y su hegemonía cultural en el siglo XVIII, lo que no deja de tener consecuencias de todo tipo, incluyendo, claro está, las más adversas de las reacciones, junto con otras de total fascinación. La caracterización de la cultura y la civilización como una y su difusión desde centros que la atesorarían tiene mucho que ver con una determinada imagen de clasicismo y con la creciente satisfacción europea en sus comparaciones —incluyendo las que se hacen a golpe de cañón— con otras culturas, pero a la vez con la más que satisfecha autoimagen francesa de esa hegemonía, ligada también a su exportación de personal cualificado a unas cortes y palacios europeos donde hablar (y leer, escribir, bailar...) en francés era imprescindible. Esto no significa una hegemonía intelectual sin rivales —Newton es uno de los ejemplos del lugar de la Gran Bretaña en este campo— pero sí en los campos más visibles como los del vestido o la moda.

La idea de un carácter colectivo se concreta en la de un gusto colectivo, «nacional» aplicado al arte, por ejemplo, contrastado con el de otros pueblos y que habría que definir para ver sus variaciones a lo largo del tiempo a la manera de las variaciones de un mismo color, tal como lo definiría, por ejemplo, el conde de Caylus hablando del mundo antiguo y sus restos. La conexión entre éstos y el espíritu francés que interesaba a Voltaire seguir a lo largo del tiempo es evidente: hay una imagen fija de las esencias definitorias de los pueblos, ahora y cada vez más «naciones», en un proceso que en gran medida multiplicará el siglo siguiente.

No es excepcional que la mirada al pasado tienda a partir de la creencia en esencias nacionales en gran medida inmutables, permanentes, donde se habría de encontrar y seguir (o sea, inventar y justificar) desde sus orígenes la que se define como propia. Como ha señalado Momigliano, cuando los anticuarios europeos buscan lo que hay bajo lo romano para encontrarse a italianos, celtas, germanos o iberos no es con afán evocador sino para hallar las raíces ciertas y

11. Citado por W. Kraus, «La vision historique et la historiographie dans la première moitié du XVIII siècle», en *L'Histoire au dix-huitième siécle*, Aix-en-Provence, 1980, p. 335.
12. Ed. Fueter,1953, vol. II, pp. 17, 35.

diferenciadoras de lo que entienden es su pasado, su propia identidad y pertenencia.[13]

Desde estas perspectivas, también la Ilustración (en buena parte de sus acepciones) parte de una base esencialista. Y en el marco general de los conflictos y competencias intereuropeos tiende a resultar autoexaltante, competitiva y agresiva, empezando, naturalmente, por Francia y por las reacciones en su contra.[14]

Una de sus primeras claves es la pregunta de si una determinada nación habría mostrado a lo largo de la historia actitud para el progreso y el buen gusto, para aceptarlos y producirlos, lo que conllevaría su definición en un sentido u otro. Otra es la de la preeminencia, lo que lleva la mirada a los orígenes de la propia identidad colectiva, cargada ahora de nuevos significados, al implicar no sólo anterioridad sino el prestigio ligado al protagonismo en su difusión. Con ello, si toda la historia es un campo de batalla, el pasado remoto y fundacional lo es más, y las ideas de progreso y civilización, de las vías y las maneras del contacto y la difusión cultural, se convierten paradójicamente en munición.

Hablamos de un debate intereuropeo, de un fuego cruzado. Pero es cierto que hay papeles distintos en el juego; ya hemos apuntado algo en el capítulo anterior; el de España, que no es, por lo demás, el central ni mucho menos, está condicionado por la diferencia en su situación social y económica respecto a los países hegemónicos en este campo en Europa, multiplicada por el contraste con la situación previa de hegemonía europea de los Habsburgo y por el hecho de que aquella hegemonía había dado lugar a una «leyenda negra» potenciada desde los reinos enemigos, donde se juntaban los aspectos anticatólicos, la crítica a la intransigencia estatal, o las imágenes de avidez económica, ambición y crueldad ilimitadas; lo que habría sido —en términos de García Cárcel— «Los costes de la hegemonía española» se convierte ahora en un debate cargado de implicaciones.[15]

Todo esto es reinterpretado bajo las nuevas claves: puede concebirse la situación española como la demostración de su incapacidad esencial para el progreso y la civilización; a la vez, España se convierte en un lugar excelente para demostrar cómo la intransigencia católica, o la de un catolicismo inquisitorial explicaba su postración, al eliminar con su fanatismo a grupos activos como los moriscos y los judíos, o impedir el pensamiento libre. En ello interviene seguramente también el que nos encontremos en esta época los inicios de la invención de Oriente y, por tanto, de Occidente, en particular las reflexiones sobre las sociedades despóticas orientales, y la primera llegada a la Península de viajeros europeos cargados de éstas y de las anteriores miradas. Esta imagen antiilustrada es especialmente clara en lugares cuyos antepasados habían disputado con los Austrias la hegemonía europea, como las monarquías francesa e inglesa, o por su supervivencia y su religión

13. A. Momigliano, «XVIIIth Century prelude to Mr. Gibbon», en *Sesto Contributo alla Storia degli Studi Classici*, Roma, 1980, vol. I, p. 257.
14. P. Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, 1991, pp. 389 y ss.
15. R. García Cárcel, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, 1992, pp. 23, 139 y ss. Para este momento véase también A. Mestre Sanchís, «La imagen de España en el siglo XVIII: apologistas, críticos y detractores», en H. Juretscke, ed., *Posibilidades y límites de una historiografía nacional*, Madrid, 1984, pp. 225-245.

como los holandeses, y que disfrutaban de una condición presente bien distinta.

Claro que todo esto implicaba respuestas hispanas que marcaban también los caminos de la construcción de la identidad y del patriotismo españoles en la época. La defensa frente a lo que se entiende como agresiones extranjeras da lugar a airadas reacciones y no sorprende nada que hayan de ser en gran medida historiográficas: se hace más necesaria ahora una nueva historia en la que se integre también una explicación de ese atraso relativo, que se desmarque del esencialismo negativo, que anime a los cambios, y que, además, explique en términos comprensibles la derrota imperial, sin afectar en exceso a la ortodoxia católica.

Hay un elemento adicional que se ha señalado con frecuencia como clave por sus repercusiones hasta hoy y al que quizá merezca la pena dedicarle un espacio. La conciencia y recuerdo de ese imperio europeo todopoderoso que se pierde contrasta con una realidad que se vive como inferior y como negativa, a veces de una manera excesiva y pesimista, al no poderse comparar en situación de igualdad con la de las potencias contemporáneas. La historia actual muestra la enorme dificultad con que las dos potencias europeas que cimentan su hegemonía en el siglo XVIII, Gran Bretaña y Francia, han ido intentando aceptar la pérdida de su condición de tales, agravado en este último caso con un proceso similar en el campo cultural y de la lengua. Casos como el de la construcción de la nueva Grecia en el siglo XIX (pero a partir de dinámicas del XVIII) o de la Italia previa a la unificación, son, en otro orden de cosas, también paradigmáticos del complejo papel de las «glorias» desbordantes del pasado a la hora de articularlas en el presente.

Integrar el pasado glorioso y una posteridad entendida como inferior es enormemente complejo tanto en los individuos (hay todo un síndrome de las campeonas olímpicas de quince años o de los deportistas más en general) como en los colectivos, tal como ha desarrollado Lowenthal,[16] en particular si estos son «nacionales» o «prenacionales». En el caso español, se observan ya entonces índices claros de esta dificultad, expresados, por ejemplo, en una valoración pesimista de la propia situación y del impacto de los cambios, fruto en gran medida de la comparación no con la realidad generalizada sino con los países más avanzados, una tendencia negativa y, a veces paralizadora, que no deja de sorprender a viajeros europeos. Esta imagen debía ser combatida también.

Queda claro, entonces, que la necesidad de realizar una historia de España era un proyecto y una exigencia colectivas, un acto de defensa y de afirmación de las generaciones ilustradas españolas, un acto reforzado, además, por el auge creciente, y general en Europa, de la idea y de los sentimientos de nación y patria.

A este proceso no son ajenos ni las nuevas estructuras estatales y funcionariales, ni todos esos nuevos componentes que suponen las formas de asociacionismo, publicaciones y apoyo estatal a las nuevas perspectivas que hemos planteado antes. La racionalidad absolutista, que planteaba cada vez más la necesidad de la uniformidad del territorio, de la administración y de los derechos de todo tipo para una práctica más racional de una «gobernación» dirigida al beneficio de

16. D. Lowenthal, *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, 1985; véase, por ejemplo, pp. 63-69, 74 y ss.

los súbditos, posibilita una imagen de éstos (desde el poder, pero también desde ellos mismos) como un colectivo relativamente uniforme, unido por su pertenencia a ese grupo, identificado con la nación y el esfuerzo necesario para su prosperidad; es lógico que quienes se sienten parte de estas nuevas dinámicas vivan su condición y pertenencia como opuesta a la de quienes se oponen a estos procesos desde otros intereses y pertenencias heredadas del pasado, como el mundo señorial, los privilegios eclesiásticos o los territoriales que impedirían una sabia actuación del rey ilustrado.[17]

Igualmente, la idea de la pertenencia española, que iba unida a la asunción de una historia y a la reivindicación de lo español en las nuevas claves contra unas desvalorizaciones externas que se toman muy en serio, se veía reforzada por las nuevas dinámicas de interrelación en todos los campos y por los cambios (y no cambios) en la realidad del país.

Resulta muy significativo de muchas de estas cosas un comentario del *Emilio* de Rousseau ya en 1762, sobre el que ha llamado la atención Juan Marichal, en el que asegura, aludiendo a su amigo Manuel de Altuma, que no conoce a otros que viajen como los españoles, que estudian en silencio el gobierno, las costumbres... y a la vuelta informan de aquello que podría ser útil para su país.[18] Otra imagen de España y de los españoles en el exterior, la de la actividad preocupada de gentes que hasta viajando buscan encontrar claves para mejorarla y se las comunican entre sí.

Las formas en las que en este mundo se articulan y redefinen los arcanos sentimientos-relaciones de pertenencia e identidad colectiva, de los que venimos hablando desde comienzos del libro, son estos nuevos conceptos de nación y colectividad, que se extienden por toda la geografía española, como mínimo entre las elites. No olvidemos que, tras la victoria de la dinastía francesa de los Borbones en la guerra de Sucesión a la Corona de España que ensangrienta Europa, se recompensa a las zonas que eligieron su bando en las Vascongadas y Navarra con el mantenimiento de elementos de gobierno del periodo anterior, mientras que se acaba con una parte importante de las correspondientes a la Corona Aragonesa con el famoso decreto de Nueva Planta.

Nada impide el auge económico de ambas zonas a lo largo del siglo, posibilitado por la ruptura de barreras económicas y de privilegios, incluidos los ajenos, ni, por mucho dolor que causaran estas medidas o la potenciación del castellano como lengua oficial, el desarrollo en estos y otros muchos lugares del sentimiento patriótico; se ha hecho notar, por ejemplo, la especial incidencia de escritores procedentes de los espacios citados a la hora de forjar este nacionalismo o prenacionalismo español.[19] Ni la continuidad ni la discontinuidad afecta-

17. Véase para todo esto muy en especial J. Fernández Sebastián, «España, monarquía y nación. Cuatro concepciones de la comunidad política española entre el Antiguo Régimen y la revolución liberal», *Studia historica, Historia Contemporánea*, Monográfico *Estudios sobre nacionalismo español*, 12, 1994, pp. 45 y ss.; J. Varela, «Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español», en *Studia historica, Historia Contemporánea*, Monográfico *Estudios sobre nacionalismo español*, 12, 1994, pp. 31-43.

18. J. Marichal, *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política,* 1995, p. 17.

19. J. Varela, 1994, p. 38, n. 26; F. Fernández Sebastián, 1994, p. 57.

ron a la hora de acabar sumándose entusiásticamente a la nueva elaboración de la identidad hispana.

La historia no es más que una parte de las producciones culturales que toman como eje la reivindicación de España, que van articulando en los nuevos términos la mirada al presente y al pasado desde esas claves de búsqueda y definición de lo español,[20] pero es muy significativa; como señala Abellán, se puede hablar de una mentalidad historicista de gran penetración en la minoría dirigente, que acabará por crear una conciencia histórica inseparable de su papel en la transformación de la sociedad.[21] Hacer una historia ilustrada de España significaba dar coherencia en el tiempo y, como también hemos planteado, dárselo a quienes se sienten partícipes de todo esto y quieren ver su imagen colectiva proyectada en el pasado; además de una defensa y de una afirmación, en sí misma se convertiría en la demostración de la capacidad de la nación para interpretarse a sí misma en las claves de cultura y civilización pertinentes, un acto de madurez ante Europa.

A ello se aplican las dos obras que trataremos a continuación. Ninguna de ellas está hecha, significativamente, desde una universidad ni desde las academias ni desde puestos oficiales y siguen con la tradición de ser productos de clérigos.

Historias ilustradas: los hermanos Mohedano

Tampoco ninguna culmina: la *Historia literaria de España* de los cordobeses Pedro y Rafael Rodríguez Mohedano se edita en doce volúmenes desde 1766 a 1791 y llega hasta el alto Imperio romano;[22] la *Historia crítica de España y de la cultura española* del catalán J. F. Masdeu, editada de 1783 a 1805,[23] a pesar también de su considerable tamaño no alcanza más que hasta el año 1085. Las dos se plantean articular la historia de España, y el viejo modelo de interpretación, con las nuevas necesidades y lo hacen, aunque de manera distinta. Las dos han de recalificar la esencia hispana y replantear el papel de los que llegan y de los invasores, al fin y al cabo destinados, al menos en parte, a ser quienes traerían conocimientos y saberes. Masdeu parte para su tratamiento de la Antigüedad y en su planteamiento general de la obra de sus predecesores, a los que admira, y cita, pero el matiz que imprime, mucho más, diríamos, tradicional y xenófobo, es muy significativo.

También lo es que unos autores como los Mohedano, hasta tal punto críticos y rigurosos que manifiestan su interés original en empezar su historia con Augusto, dediquen tanto espacio a la fase anterior, algo que tiene mucho que ver con el papel de la Antigüedad en las claves de las preeminencias (y las esencias) que venimos apuntando, y más en el ámbito de un mundo neoclásico. A pesar de su limitación temporal muestran su visión global de la historia de España en diversos lugares y, en particular, en el prólogo de su obra que es todo un precioso programa de historia ilustrada y comprometida con su tiempo.

No debe engañarnos el título: se trata de una historia «literaria» en el sentido ilustrado, que lo es de la cultura, las ciencias y conocimientos, la agricultura, el comercio, las instituciones, la navegación y el arte de la guerra, aunque incluya también tomos más «literarios» dedicados a Séneca, por ejemplo, en un planteamiento en el que se quiere encontrar la historia del progreso del espíritu humano tal como se refleja en la literatura (vol. I, p. XVI) y en la perspectiva de probar que «La Nación no es perezosa ni inepta para las ciencias» (*Apología*, p. 2). La verdad de la historia muestra la posibilidad y la conveniencia de unos cambios que ya están siendo visibles y que, a su juicio, deberían continuar, incluyendo, por ejemplo, a la Universidad misma. No sorprende que se reclame la necesidad de una historia donde se estudien costumbres, leyes y conductas, los sucesos internos y civiles que explican las guerras y las batallas, y no éstas (vol. I, p. LXXXII y ss.)

Ninguna «falsa gloria» tradicional quedaba sin tocar (vol. I, pp. 23 y ss.). La propia existencia de un personaje llamado Tubal (o Tharsis) se desecha, aunque no la llegada de poblaciones, por tierra, después del Diluvio Universal. Ninguno de los reyes míticos sobrevive; incluso los más respetados, Gárgoris y Habis, no serían concebidos como reales, sino historias que traducirían otra cosa (vol. II, pp. 2, 81). Y esa cosa es uno de los grandes aportes de los hermanos Mohedano a toda una revisión, finalmente gloriosa, de la historia de España y del Occidente: los fenicios. Antes de ellos ni siquiera se podría admitir la existencia de agricultura, la base de toda civilización, aunque los Mohedano la crean probable y también que los españoles hubieran llegado a formar pequeñas monarquías no absolutas. Por supuesto, tampoco cabría creer en héroes ni en una monarquía en España hasta los godos (vol. I, p. 79); todo lo demás serían sólo «vanidades mitológicas de los griegos» (vol. I, pp. 62 y ss., 70 y ss.), si acaso a interpretar para extraerles información, y siempre teniendo en cuenta que «es ocioso buscar concordia a las fábulas, y consecuencia a los sueños» (vol. I, pp. 83, 98).

Las fuentes clásicas apoyaban su abundante y antigua presencia en las costas peninsulares y podían citarlas sin ambages para explayarse en sus muchas colonias, en su dominio de la navegación, el comercio, agricultura, astronomía, actividades industriales, escritura y otros factores, particularmente en Andalucía (vol. I, pp. 115 y ss., 168 y ss., por ejemplo). La lógica ilustrada de la luz que viene de Oriente se aplica en toda su pureza. Incluso una inscripción citada por Procopio de Cesarea, les permitía fechar su llegada a mediados del segundo milenio, con una intensidad que haría pequeño el viaje casi aislado de Cadmo que habría llevado parecidas iluminaciones a Grecia, y con una preeminencia temporal apabullante sobre los viajes griegos que la habrían trasmitido a su vez a Italia (vol. I, pp. 125 y ss., 154-155; vol. II, pp. 1, 125).

Todo esto implicaba ni más ni menos que la defensa de la preeminencia cul-

20. Véase su amplitud —a pesar de su propia opinión global— en Álvarez Junco, 2001, pp. 79 y ss., 103 y ss., 197 y ss., 221-222, 228 y ss., 249, 275-276.

21. J. L. Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, Barcelona, 1993, 2.ª ed., vol. IV, p. 364.

22. Rafael y Pedro Rodríguez Mohedano, *Historia literaria de España, desde su primera población hasta nuestros días...* 12 vols., Madrid, 1766-1791. Es parte de la obra también su *Apología del tomo V...*, Madrid, 1779.

23. J. F. Masdeu, *Historia crítica de la cultura española*, 20 vols. (los dos primeros volúmenes editados en Italia en 1781 y 1786), Madrid, 1783-1805.

tural española (y andaluza) en el conjunto europeo (vol. I, p. 94). Es constante la referencia a una Andalucía y a unos antiguos andaluces cuyo mérito habría que reconocer porque, en caso contrario, por miedo de parecer apasionados se haría un agravio a la patria (vol. I, p. 154).

La presencia fenicia, en forma de colonias que entran en el Guadalquivir y de comerciantes, no se presenta en general como violenta, aunque sí en ocasiones (vol. I, pp. 143-144, 158-159), pero siempre presidida por su afán de lucro; supondría también enseñanza y, en gran medida, mezcla con unos indígenas que mostrarían sus grandes capacidades para aprender, aun a costa de ciertas pérdidas en otros rasgos originales, como su sencillez e ingenuidad. Desde allí se expandería su influencia civilizadora por las costas atlánticas hasta las Islas Británicas (así la marina inglesa se desarrollaría entonces verosímilmente, nos cuentan, «por influencia de los Gaditanos y demás Españoles Tartessios», vol. II, pp. 2, 286 y ss.), en la Península por tierra hacia el interior y por la costa mediterránea y por ambas vías a Francia.

No es necesario insistir en que el tema de Francia no es banal. Los mismos criterios que sirven para despreciar el pasado prefenicio hispano, aplicados aquí muestran la fragilidad de los intentos franceses de reafirmar su hegemonía presente en el pasado, representados, en un ejemplo muy significativo, por los benedictinos de Ste. Maur y su *Histoire Littéraire de la France* (pp. 1.733 y ss.) a base de celtismos y druidismos (vol. I, pp. 64 y ss.). Desde el sur habrían recibido los celtas hispanos, tan bárbaros e incultos como todos, una cultura que se trasladaría luego a Francia misma; la llegada de poblaciones celtas desde Francia no habría podido implicar un ascenso de nivel de civilización: de allí llegarían gentes bárbaras, mientras España habría mandado cultura y civilización (vol. I, pp. 185 y ss.; vol. II, pp. 2, 47 y ss.).

Incluso, apoyados en Valerio Máximo, pueden defender la superioridad de los celtíberos sobre los celtas franceses (vol. II, pp. 1, 91), tras dejar claro que ni en España ni en Occidente todas las poblaciones eran celtas, en especial en el sur y en el norte. Con todo, se valora el que contribuyeran a formar una sola nación con los españoles previos, siendo su aporte principal el aumento de la población; queda más clara la cosa cuando recalcan «la habilidad y destreza de nuestros Naturales, que con la dulzura de su trato pudieron suavizar a unas gentes» que en otros lugares habrían seguido dando muestras de ferocidad y dureza durante siglos (vol. III, p. 5). Los celtíberos, la unión de unos y otros, serían el resultado.

En esta misma dirección, la desconfianza hacia las fuentes griegas, mitológicas y de otro tipo, calificadas como exageradas y mentirosas, permite minimizar los supuestos impactos previos a la época de la fundación de Marsella (y, por tanto, de Ampurias) por los griegos focenses; una vez situada, entonces, la primera colonización (aunque no el primer viaje) alrededor del 600, la influencia griega queda subordinada en el tiempo y la intensidad (vol. II, pp. 1, 121 y ss., 158 y ss.). Con una frase acerada: «Los antiguos Griegos deben mucho a nuestros historiadores» (vol. II, pp. 1, 122) anuncian la demolición de los mitos fundacionales de centenares de poblaciones españolas. Por supuesto que en esto hay, además, otra clave antifrancesa; incluso recalcan cómo los conflictos entre los griegos de Marsella y sus vecinos célticos hubieron de ser suprimidos siglos después y por los romanos, mientras que la recepción hispana a los colonizadores habría demostrado una actitud bien diferente ante el saber y el conocimiento (vol. II, pp. 1, 172-179, 201 y ss.). Su influencia por la vía del comercio y de su deseo de ganancia se reconoce desde Cataluña hasta Málaga, si bien ya antes debían haberse desarrollado la agricultura, las fortificaciones defensivas, las leyes, sin necesidad de que ellos aparecieran (vol. II, pp. 1, 180 y ss.).

Puede merecer la pena hacer un paréntesis histórico en lo historiográfico: hoy en día se comprueba la preeminencia de las fundaciones fenicias en la Península, como mínimo desde el siglo VIII a. C. y sabemos de colonias desde la actual provincia de Alicante hasta la desembocadura del Tajo. Y se acepta la fecha señalada para la fundación de Marsella. Pero es claro que esto no es lo importante: con independencia de que acertaran o no, los Mohedano pudieron construir con los datos que tenían una imagen acorde con la de las fuentes más sólidas de la Antigüedad y llena de virtualidades.

La influencia fenicia se entiende, entonces, que es superior y muy profunda, debido a sus colonias, extendidas, como nos dicen, verosímilmente hasta el Reino de Valencia, y a sus actividades, pero muy especialmente a la aceptación de sus enseñanzas, incluyendo las escrituras que se perciben en las monedas, por unos españoles ávidos de aprender (vol. II, pp. 1, 198). Es sólo sobre esto sobre lo que actúa la influencia griega, en «las provincias de la Corona de Aragón y aún en la Andalucía», o sea, en los pueblos más cultos, civilizados, dados al comercio y navegación y más cercanos a sus colonias, aunque no, luego volveremos a ello, sobre los pueblos septentrionales más feroces de costumbres y alejados de ellas (vol. II, pp. 1, 195). En el otro extremo, excepto en Cádiz, más puramente fenicia, en Andalucía la mezcla con los fenicios y una aplicación intensa de lo aprendido habría producido una sociedad muy culta, navegante, fabril, avanzada (vol. II, pp. 2, 270 y ss.).

El avance llevaría en el Levante y aquí mismo a la formación de dos monarquías, la de Theron —un rey citado por Macrobio— , en relación con la influencia griega, y la de Argantonio en Tartessos (vol. II, pp. 2, 205 y ss.), de las que derivarían las posteriores de la zona. En estos contextos, se reproducen las perspectivas anteriores sobre los enfrentamientos y conflictos de la zona; así, se recalca la oposición entre los fenicios y los cartagineses, por un lado, y los focenses (y marselleses) por otro. Argantonio nos aparece como un rey ilustrado y las noticias de Herodoto sobre sus relaciones con éstos se justifican en este sentido: los acoge por humanidad, y previendo la rentabilidad de una población tan hacendosa y su valor frente a la ambición fenicia, en un proceso de enfrentamientos en el que quizá habría intervenido de su lado Theron, si no interviene después. No sería un rey absoluto sino uno de los monarcas de la zona que habría acogido bajo su protección a las ciudades principales de Tartessos, formadas por esos habitantes mezclados desde siglos antes con los colonizadores (vol. II, 1, pp. 205-206; vol. II, 2, pp. 270 y ss.).

Por esa época vendrían los cartagineses en ayuda de Cádiz y se iniciaría una nueva fase, la de las luchas por las dominaciones y del heroico papel de los españoles en uno u otro bando (vol. II, 1, pp. 213 y ss.; vol. II, 2, pp. 267 y ss.). Como

señalan en otra frase precisa. «Los cartagineses sucesores de su industria y deseo de riquezas, añadieron las armas al artificio» (vol. II, 2, p. 7), frase que también nos viene bien para recalcar que, aún sin unir las armas al artificio, la valoración de lo fenicio es ambigua, dentro del juego más general respecto al balance entre lo que se habrían traído y llevado los extranjeros que vienen a la Península.

Pero el otro lado del juego es válido también para los cartagineses, aun considerando sus ambiciones y guerras; se duda, con Campomanes y los autores de la Historia Universal inglesa, de la imagen negativa trasmitida por sus enemigos (vol. II, 1, pp. 213 y ss., 229, 265) y afirman que, aparte de la influencia de los aspectos bélicos, su incidencia, al ser una nación muy culta y bien organizada, resultaría positiva sobre unos pueblos, en particular en Andalucía, pero también en Murcia, Valencia y las Baleares, con un nivel tan alto de civilización; y valoran a Cartago como la primera fuente de la literatura española, parte de la propia genealogía, posesión y herencia, destacando el papel de Aníbal otra vez (vol. II, 1, pp. 218 y ss., 271, 292 y ss.).

Los Mohedano, entonces, hacen apología explícita de esta fuente no clásica de instrucción y saber, lo que no impide el rechazo de su avaricia y afán de dominación, ni el consabido lamento por la desunión de los españoles en su lucha contra ellos o la exaltación de su amor por la libertad (vol. II, 1, pp. 279, 285, 307; vol. III, p. 130).

Mucho más importante aún es la valoración de Roma concebida como una nación que cuando conquista aún no está degradada, y que más tarde, al absorber a Grecia, sería una sociedad culta, con un florecimiento notable en época de Augusto (vol. III, pp. 9 y ss., 31 y ss., 128, 134). Por supuesto que esto tampoco quita las páginas dedicadas a la conquista ni las consabidas observaciones sobre la ingenuidad española al tomar partido por quienes se presentan como liberadores de la opresión cartaginesa, ni la incidencia en la falta de unión, el valor y la heroicidad en el contexto de los célebres doscientos años (vol. III, pp. 131 y ss., 319 y ss.), ni la desconfianza generada por la perspectiva cristiana incluso en esos primeros siglos menos degradados (vol. III, pp. 23 y ss.). El hecho de que la obra termine en el alto imperio impide ver cómo confluiría todo esto con la delicada cuestión del final de Roma y su decadencia.

Con todo, sorprende ver cómo se articula aquí el juego, en una perspectivas de enorme trascendencia posterior: España recibe mucho de Roma, dado, además, que la ocupa entera y durante mucho tiempo, hasta el punto de que ahí sí que se encontraría la auténtica fuente de la literatura española, rindiéndose más que a las armas a su elevada civilización, que absorbe hasta tal punto que ya no luchan los españoles en armas sino en cultura, trasladando su natural ardor de las armas a las letras y compitiendo con sus maestros y vencedores (vol. I, p. LXXV; vol. III, pp. 6-8, 129, 142 y ss.). Como se ve, las luchas patrióticas a través de la cultura no habrían necesitado esperar a los Mohedano. Esta idea del combate en letras, reforzada por la del papel de los emperadores hispanos, nos mostraría a los españoles conquistados enseñando ahora el buen camino a Roma.

Pero el tema es mucho más sensible de lo que parece y conviene advertir al lector del delicado juego que hay bajo su apariencia, quizá, inocua. Pocos años antes, Tiraboschi, autor de una historia de la literatura italiana, había formulado

injustas acusaciones contra los españoles, afirmando su innata tendencia a la corrupción que se habría probado doblemente: siendo no sólo los corruptores de las letras en el alto Imperio romano, sino los inventores del Barroco. Nadie, y menos nuestros autores, podía dejar de enfrentarse a tales infundios: aquellos viejos compatriotas, españoles y andaluces, habrían sido todo lo contrario: los que aportaron gentes que en la política y las artes buscaron inútilmente parar la corrupción con sus cualidades casi innatas, de la misma forma que el barroco había sido un producto italiano importado en España y no al revés (pp. VI-VII, XIV y ss.).

La propia situación de España en este terreno refuerza sus conclusiones; los Mohedano recalcan las fuentes grecorromanas y su apreciación del estado brillantísimo de la economía del Levante y de una Bética que suscitara en el Alto Imperio la admiración de Estrabón y de Plinio, entre otros. Los estudios de los eruditos andaluces sobre esto, incluso su perspectiva regeneracionista, se hacen explícitos aquí, y las llamadas a que los andaluces y Andalucía imitasen a sus antepasados se extienden al resto del país. Se despliegan fuentes de todo tipo, incluyendo viejas y nuevas inscripciones, junto con estudios económicos en gran medida sorprendentes por su profundidad, así en un tomo IV dedicado, aparte de a los miembros de la conocida familia gaditana de los Balbo, a marina, navegación, comercio, mercancías, agricultura... La combinación del texto normal y de «Ilustraciones», esto es, apéndices, en los sucesivos volúmenes permite el desarrollo de temas como «Disertación sobre el comercio, navegaciones, y marina de los antiguos españoles», y la inclusión de puestas al día con descubrimientos recientes. Si Roma se lleva la libertad, por tanto, pero da mucho, España devuelve aún más.

Lo que se deja ver en los breves apuntes sobre los siglos y las culturas que siguen es la reivindicación de los elementos positivos y su conjunción con explicaciones históricas sobre el porqué de los momentos menos brillantes. Así, la reflexión sobre los visigodos, en la medida en que la permiten ver las escasas notas de la introducción, resulta también significativa porque juega con claves más ilustradas y menos ligadas a la imagen tradicional: el atraso y empobrecimiento que suponen como bárbaros que son queda, sin embargo, limitado al ser civilizados e instruidos por unos españoles que los hacen españoles a ellos (vol. I, p. LXXVI), un tema también crucial en el futuro.

Incluso el mundo musulmán, que no puede ser, como se entenderá, reivindicado con plenitud, se integra: también se harían cultos aquí y acabarían desarrollando la cultura más elevada de Europa, con un importante papel transmisor de saberes antiguos y modernos (vol. I, pp. LXXVI-LXXVII). Se acepta el impacto en sentido contrario de las guerras, aunque se recalquen aspectos como lo positiva que resulta la conquista cristiana del valle del Guadalquivir. Y era obligado exaltar la unidad final y un siglo XVI consecuentemente espléndido (vol. I, pp. LXXVII-LXXVIII), el lógico resultado tras el final de las dominaciones extranjeras, pero también apuntar a los problemas de los dos siglos posteriores.

Ya sabemos que es clave ese aspecto de historizar los «malos momentos», incluso cuando se hace, y no siempre es así, para defender la continuidad de la esencia hispana positiva. En una actitud muy propia de los ilustrados españoles,

muy bien representada por Feijoo (o Jovellanos), las hegemonías, los ascensos y las decadencias se presentan como fruto de las condiciones históricas; ellos se niegan a aceptar incluso los determinismos geográficos (vol. I, pp. 3 y ss.). Recuerdan significativamente que los mismos griegos habían sido bárbaros antes (vol. I, p. 7) de ser el gran modelo, el ejemplo, y cualquiera podía recordar su situación presente bajo el poder turco. Esto relativiza la pérdida de la hegemonía española, dejando abierta la posibilidad de su recuperación, lo mismo que relativiza la francesa. No hay ambigüedad a la hora de reconocerla, pero queda claro el otro lado del juego cuando se invita a que no se sea ridículo en la imitación, como algunos, o se invita a leer los libros de «esa nación sabia de un siglo a esta parte» (vol. I, pp. III, LVI y ss., 167) y a buscar, si no, «modelos propios, naturales y de casa» (vol. I, p. LVII), en un tipo de planteamiento que guarda conexión con la actitud ambigua de Feijoo ante el tema de la hegemonía francesa.[24]

No es necesario insistir en cómo los Mohedano implican una renovación del planteamiento tradicional, una adaptación cargada de saber, ingenio e iluminismo. Pero no por ello quedan en olvido elementos tradicionales referidos, sobre todo, a la definición de la esencia hispana, a veces en conflicto con sus propios aportes; la importancia de los aspectos bélicos y guerreros era irrenunciable, aparte de por razones de orden más general, por otras ligadas al concepto de España donde la guerra contra el musulmán marca una pauta necesariamente combinada con las referencias a la desunión previa y a los Reyes Católicos.

Ellos hacen explícitas sus dudas sobre los caracteres colectivos —y los climas— como determinantes del amor al progreso y la civilización, y defienden, como vamos viendo, los condicionantes históricos, pero, a la vez, reivindican que «la experiencia de muchos siglos nos muestra que el carácter natural de los españoles es el más propio para todas las ciencias» (vol. I, p. 9), junto con otras caracterizaciones positivas planteadas casi a la manera de hipótesis (vol. I, pp. 15 y ss.), como los propios valores bélicos, que exaltan en la antigüedad apuntando a la desunión como un factor debilitador (vol. II, pp. 1, 317 y ss.); pero esto va unido a la otra perspectiva, que les permite seguir dudando de que quepa hablar de un temperamento igual no ya en una nación, sino en sus mismas provincias, e incluir en esta reflexión, por supuesto, a una España cuya variedad conocen.

También son muy conscientes de los dos mundos que dibujan las fuentes grecorromanas sobre la Península, y de la preferencia que había mostrado la historiografía hispana por las zonas que se ajustan más al componente bélico del modelo. El difícil equilibrio entre unos y otros se busca pero no deja de chirriar en ocasiones desde la otra perspectiva de la época sobre la cultura como pervertidora de la sencillez natural y primitiva, pasada por supuesto por el viejo modelo: los pueblos aislados de los focos de civilización orientales también lo estarían de la corrupción correspondiente (vol. I, p. 101). Y hemos apuntado cómo la llegada de los extranjeros está presidida por la imagen de la riqueza española y su avidez o envidia por ella (vol. III, pp. 3-4). Así, aunque no defiendan el famoso mono-

24. Luis Sánchez Agesta, *El pensamiento político del despotismo ilustrado*, Sevilla, 1979, pp. 41-42.

teísmo primitivo, lo plantean como conjetura citando, con cierto distanciamiento, las famosas reflexiones de J. Luis Vives comentando a san Agustín en las que hablaba de un mundo de simplicidad original, buenas costumbres, con un sistema político de magistrados anuales y virtud general, roto por la llegada de los extranjeros que descubren las minas y con los cuales habrían entrado «la codicia, las disensiones y las guerras» (vol. I, pp. 102-103). Y afirman la inexistencia de pruebas de politeísmo (vol. I, p. 100), a la vez que defienden que los fenicios lo habrían traído junto con la cultura y lo califican de corrupto, putrefacto o absurdo, aunque minimizando su impacto al señalar que afectaría pero siendo adaptado en una forma menos infame.

El otro lado de sus brillantes aportes habría sido, entonces, la corrupción de costumbres y el aprendizaje de la ambición, el disimulo y el engaño, en un impacto que se dibuja como todo lo contrario del de los españoles en América y que se resalta al dejar clara la ingenuidad española ante unas gentes así (vol. I, pp. 28, 140-141, 159 y ss., 165 y ss.).

La influencia griega positiva tiene también su otro lado, aunque se minimiza otra vez afirmando la «naturaleza poco supersticiosa de los españoles» (vol. II, pp. 1, 184 y ss., 187, 195), lo mismo que se entiende difícil el acomodo entre la franqueza española y la astucia cartaginesa que haría probable que la pérdida de simplicidad de los españoles de la zona que dominan no debiera ser muy grande (vol. II, pp. 1, 332). Amigos de los balances, nuestros clérigos señalan, ya más globalmente y refiriéndose al impacto de fenicios, celtas, griegos, cartagineses y romanos, que es una enseñanza costosa la que produce yugo y cultura pero hace perder riqueza y libertad (vol. III, p. 3). Recordemos también que su aceptación plena de lo romano va unida a una especie de conquista cultural española, de guerra espiritual.

Es útil tener presente estos dos aspectos para después: el juego del contraste entre lo que dan y quitan los invasores y su inclusión en un concepto donde el aprendizaje o la madurez del sujeto esencial, los españoles, pasa de ser más orgánico a la manera del crecimiento de Ocampo a verse ahora en términos de conocimiento y saber, para, más adelante, en las vertientes liberales decimonónicas, primar el concepto de un aprendizaje ligado a los valores representativos y constitucionales.

Pero cabe minimizarlo más en las zonas más sensibles. En el centro y norte se recalca continuamente la falta de influencias en estos sentidos negativos, dada la distancia y su no conquista hasta Roma (así, vol. II, p. 1, 185 y ss., 331-3); así, frases como «la preservó verosimilmente de inficionarse en la peste de la superstición Griega» (vol. II, 1, p. 187) son nítidas. Esas zonas menos afectadas, nos cuenta, siguen con sus viejas costumbres y no muestran adelantamiento y sí poca civilidad (vol. I, p. 181; vol. III, pp. 140 y ss.) a la vez que menos idolatría y perversión. Su defensa frente al mismo Estrabón les lleva a afirmar que sí serían bárbaros desde la perspectiva de la cultura pero que muchas de sus costumbres podían estar más en armonía con «la ley natural» que las de esas naciones que presumían tanto de sabiduría (vol. II, pp. 2, 289). Son el extremo opuesto del Levante y, sobre todo, de Andalucía (vol. III, p. 142). No por ello se ignora el posterior impacto romano, si bien éste se concibe según el ritmo de esa enseñanza

previa; y se afirma que los últimos resistentes, más frugales que bárbaros, pese a las interesadas fuentes antiguas, una vez pacificados demostraron tras Augusto su buena disposición para el progreso (vol. III, pp. 302 y ss.). La vela a la Ilustración va al lado de la que ponen a su caracterización en términos tan cargados de valores positivos y emocionales como independencia, generosidad de ánimo, frugalidad, defensa contra el yugo extranjero...

Por otra parte, el delicado tema del valor militar de los habitantes de las zonas avanzadas debe ser enfrentado; así, cuando nos afirma que los de la Bética «no parecen muy recomendables por su valor y ciencia militar» (vol. III, pp. 331 y ss.) comparados con los demás españoles, aclaran inmediatamente que no es porque no tengan ambos, sino porque su nivel cultural y amor a la sociedad les haría más dóciles al yugo y disciplinas romanas. Y defienden con diversos ejemplos cómo antes e incluso contra Roma habían optado por comportamientos bien distintos.

Un equilibrio, como se ve, interesante, pero donde nunca pueden dejar de valorarse a quienes habían mantenido más tiempo sus viejas esencias, a los más incontaminados. Aún así es el aporte que más tiene en cuenta a las zonas del sur y Levante, por su carácter ilustrado y emprendedor, y que más valora los efectos en ilustración y progreso de los grupos procedentes del exterior, en un ejemplo que, como es frecuente en su tiempo, y en especial en ambas zonas, está cargado de referencias al presente a mejorar y al futuro; así, al final de un apartado titulado «De la pesca y adobo de los Atunes» (vol. III, p. 435), escriben: «Hoy parece está en bastante decadencia la pesca de atunes. No hai duda que nuestros mares son igualmente fertiles que nuestras tierras, y a menos costa podían producirnos inmensas riquezas, si imitásemos la industria de nuestros antiguos en la agricultura, la pesca, la marina y comercio de todos los frutos».

Y conviene recalcarlo porque en es en gran medida excepcional no sólo en comparación con Masdeu, sino en los tiempos que les preceden y les siguen. También lo es otro aspecto que comparte con el autor catalán: tenemos aquí las mejores recopilaciones de fuentes literarias y epigráficas que habían sido hechas nunca antes y se aplican en estudios de todo tipo, incluyendo los económicos. Todo ello se inscribe en el gran aporte de esta historia: sobre el viejo modelo hispano se superpone un esquema ilustrado donde se dan cita una concepción positiva de la esencia hispana y una valoración de los invasores sucesivos en claves de sus aportes para el aprendizaje colectivo.

J. F. Masdeu

Masdeu tiene una historia y una personalidad bien diferentes a la de los reposados hermanos Mohedano, aunque gustosamente reconoce una deuda con ellos que, por lo demás, es bien visible. Es un jesuita catalán expulsado de España con sus hermanos de orden cuando se disuelve la Compañía en 1773 y que reside a continuación en Italia, formando parte de este interesante grupo que estudió muy bien Batllori, aunque volverá más tarde.[25] Esto le hace sentirse en primera línea de insultos; su respuesta ante las observaciones despectivas de estudiosos italianos y franceses sobre la cultura española es particularmente encendida y patriótica y, por supuesto, no reñida con su condición de catalán que está bien presente en su trabajo:[26] su obra, la *Historia crítica de España y de la cultura española* se escribe como una monumental defensa y una reivindicación que se sintetiza en el título, auténticamente parlante, de su tomo I (Madrid, 1783): *Discurso histórico-filosófico sobre el clima de España, el genio y el ingenio de los españoles para la industria y la literatura, su carácter político y moral. Dirigido a los literatos italianos; desconocen o desprecian las cosas de España.*

25. M. Batllori, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, 1966.

Basta leer su introducción para ver sus objetivos y su comunidad de perspectivas con los Mohedano: la reivindicación de la historicidad de las hegemonías, del carácter hispano como amigo de la cultura y el progreso, la preeminencia cultural sobre Europa gracias a los fenicios, su riqueza proverbial y su absorción y desarrollo de todo tipo de avances, su aprovechamiento de las condiciones nuevas bajo Roma, el cierto oscurecimiento con los bárbaros, pero, aún así, su culturización en España, el papel de árabes y hebreos españoles en la transmisión de saberes a una Europa ignorante y en las artes, manufacturas y agricultura, el de la cultura cristiana española medieval —incluyendo, por ejemplo, la poesía en catalán asociada a la provenzal y cuyo origen se ve en la poesía árabe hispana—, el auge desde el siglo XV, el descubrimiento de América, la navegación y el comercio, e incluso la recuperación después de la única sombra en todo el relato: un siglo XVII decadente.

Por supuesto que era imposible que Masdeu no dejara clara su postura ya desde la misma introducción sobre el tema crucial de las razones de esta excepción, que era, como sabemos, un problema insoslayable para su perspectiva ilustrada y patriótica; habría que buscarlas en las circunstancias históricas frente a los análisis de gentes que por la envidia de su gloria pasada habrían tomado aquella situación en vez de como excepción, como la norma de la realidad española y del carácter de sus habitantes. Es interesante también su explicación en la que se mezcla la despoblación por lo que supone América, la expulsión de casi un millón de judíos y moriscos —un tema ya clásico en las perspectivas externas y externas del problema—[27] el papel comercial de Flandes, las «circunstancias infelices» de algunos de los descendientes de Carlos V asociadas a guerra y pobreza... todas razones definibles y precisas (vol. I, pp. 167 y ss.) y que nos remiten también a los debates y críticas internos sobre la política de los Austrias. Esto no quita que dedique páginas enteras a reivindicar el carácter español y a definirlo muy positivamente.

Lo dicho sobre los Mohedano nos puede evitar la tarea de extendernos mucho aquí; puede ser interesante, con todo, recalcar la diferencia de espíritu entre las dos obras, una diferencia que va más allá de sus temáticas relativamente dife-

26. Véase R. Mantelli, *The Political, Religious and Historiographical Ideas of J.F. Masdeu S. J. 1744-1817*, Nueva-York-Londres, 1987, en especial pp. 432 y ss.

27. Que pone de relieve A. Galán en lo referente al mundo anglosajón en *Una visión de la «decadencia española». La historiografía anglosajona sobre mudéjares y moriscos (siglos XVIII-XX)*, Málaga, 1991.

renciadas. Masdeu es mucho más apasionado y a la vez que lleva hasta su extremo los intereses de la historia ilustrada en términos de ámbitos, perspectivas y fuentes —hay tomos enteros dedicados a inscripciones, instituciones o economía de época romana, por ejemplo— adopta una posición más tradicional en lo tocante al esencialismo hispano y a su caracterización bélica y septentrional y en la consideración de los pueblos que llegan y, en particular, de Roma.

Podemos poner un ejemplo que se refiere a algo que hemos apuntado cuando hablamos de Mariana y las críticas a lo que se entiende como excesiva contemporización con Roma; en otro prólogo, esta vez al IV (pp. VII y ss.) señala cómo éste (al que considera inferior a Morales) «respetó tanto el honor de la antigua Roma, que muchas veces sacrificó a este ídolo fantástico no solo la propia nación sino también la verdad». Y aún sigue: «Es un defecto común de los escritores españoles esta veneración a los antiguos Romanos, si es digno de este título el prejuicio de la educación, que acarrea no poco detrimento a la historia y a la verdad». Para él Mariana se pone de parte de una Roma que aporta bien poco a una nación española que habría ido desarrollando sus potencialidades desde mucho antes, e incluso desde mucho antes de que griegos y romanos fueran gentes cultas.

Los muchos volúmenes de su obra y los decenios que le dedica para, finalmente, dejarla sin acabar y en el siglo XI, se explican en gran medida por su participación en polémicas con vivos y muertos; la combinación de texto normal e ilustraciones es mortal de necesidad, al sentirse obligado a utilizar éstas para rebatir a sus críticos, perderse en todo tipo de disquisiciones —así, apoyando la idea de que los fenicios habrían llegado a América—, o reivindicar a los españoles que habían criticado las «lagunas inmundas» que eran las obras de Viterbo y a los epigrafistas españoles frente a la ignorancia o mala voluntad de los recopiladores extranjeros; se divierte, por ejemplo, haciendo notar cómo el famoso Mattei había situado la conocida inscripción de Alcántara en Alicante.

Y no es que el texto continuo esté libre de polémicas y de todo tipo de observaciones que, con frecuencia, lindan con las execraciones, empezando por la crítica a unas fuentes grecorromanas que conoce a la perfección pero a las que no deja de reprochar lo que mienten, ocultan, desprecian o ignoran o a una mitología a la que considera literalmente monstruosa, necia, vana, jactanciosa y absurda, un fruto más de «la vanidad antigua de los griegos impostores» (vol. II, pp. 1 y ss., 179 y ss., 184 y ss.).

No se conforma con cambiar la dirección de las pretensiones francesas de preeminencia cultural soslayando el druidismo con la argumentación irreprochable de los fenicios, sino que defiende, aunque más tarde suavizará su postura, los orígenes de los celtas en España, quizá procedentes, a su juicio, de los tubalitas como los iberos lo podrían haber sido de los tarsianos; de hecho sus desplazamientos, así como los que provocarían en los mismos iberos, se conectan con las viejas perspectivas de Ocampo respecto a Roma y las nuevas sobre los migraciones célticas (vol. II, pp. 71 y ss., 106 y ss., 121 y ss.). Con displicencia hace notar lo lógico de que no se les dispute generalmente a los franceses la paternidad de los celtas, quizá porque es pequeña gloria reivindicar a un pueblo más famoso por su número y extensión que por su cultura y civilidad (vol. II, p. 106), y tam-

poco deja de recoger la tesis de los Mohedano (y en parte de Valerio Máximo) sobre la superioridad de los celtíberos sobre los celto-galos (vol. II, pp. 157 y ss.).

Como ningún otro, convierte la reivindicación de los fenicios en un arma de combate y de afirmación de la cultura española y de su preeminencia: el pueblo de los hombres más cultos y memorables de la Antigüedad, situados en cultura y antigüedad por encima de los mismos egipcios, se encuentran desde el siglo XV a. C. con los españoles levantinos y, sobre todo, de las zonas alrededor del Guadalquivir, deseosos de aprender y que se hacen cultos, comerciantes, agricultores, navegantes, mineros y artesanos formando una cultura mixta y riquísima. Una vez alcanzado este nivel de civilización, quienes lleguen después casi se habrían limitado a beneficiarse de una manera o de otra de tales condiciones.

Frente a tales avances de la nación española tampoco son mucho unos griegos que son meros y tardíos discípulos de la «escuela fenicia» y del aprendizaje del Oriente y cuya presencia en Ampurias es saludada con la observación de que fue un error dejarles instalarse allí, porque una nación no debe permitir a un pueblo extranjero que se instale en su territorio, no importa bajo qué condiciones, ya que no pondrá límites a su ambición y avaricia (vol. III, pp. 96 y ss.). Su aparición posterior en las tensiones con los cartagineses y en los contextos de Argantonio y Tartessos no está tampoco libre de sospechas: también ellos quieren dominar el país (vol. III, pp.108 y ss.). La tradición anticlásica se proyecta aquí con especial intensidad. Tampoco podía faltar la reivindicación del papel hispano en la hegemonía cartaginesa y en la enseñanza del propio Aníbal, incluyendo, y, con más énfasis, la absorción púnica de las esferas de navegación y comercio tartesias e hispanofenicias.

Conviene apuntar, con todo, que la crítica a las ambiciones de los invasores va unida también a la reivindicación de su carácter hispano una vez se instalan en la Península: términos como éste de hispanofenicios o el de hispanogriegos vehiculizan la absorción de las glorias y méritos de estas gentes, sin que desaparezca, claro está, la ambigüedad.

El caso romano lleva las cuestiones bastantes puntos más allá de donde las dejaran los Mohedano, cuya guía, como sabemos, desaparece en la época imperial. El balance entre la conquista y sus infamias (romanas, por supuesto), la explotación, crueldad y avaricia de los gobernadores, la heroica y honrosa, aunque desunida, resistencia hispana y las bondades de su aportación queda definitivamente descompensado sin que la pacificación de Augusto contribuya a arreglar la cosa. Tampoco, podríamos decir, los italianos del pasado habrían tenido tanta trascendencia en la Península como se pretendía, dado el nivel previo de sus zonas meridionales y levantinas.

Se entenderá que no es que ignore a la Hispania romana, muy al contrario: siguiendo la senda de los Mohedano, nadie como él y hasta bien avanzado el siglo XX fue capaz de estudiarla tanto y desde tantos aspectos; hay volúmenes enteros dedicados a recoger y comentar inscripciones y monedas, a hablar de historia de la religión, gobierno, confines de provincias, capitales, topografía, colonias, espectáculos, minas, manufacturas, producción agrícola, armas, comercio, naves, aspectos religiosos, comercio español en Roma, arquitectura, escultura o emperadores y literatos hispanos. Pero todas ellas son, por decirlo así, glorias españolas

y no romanas, frutos conseguidos no gracias a Roma sino a pesar de esa entidad que es dominadora, aunque racionalice la forma de explotación, y haga clasificaciones dentro de los súbditos que, en definitiva, esconderían la servidumbre.

La aversión de los romanos a cualquier tipo de industria acabaría triunfando en las postrimerías del imperio, afectando entonces ya mortalmente a unos españoles que habrían sido la nación más gloriosa del Imperio romano (vol. VIII, pp. 146-147, 278), que dan, por ejemplo, unos literatos magníficos y los mejores emperadores, y que no pueden evitar del todo la decadencia romana en sus respectivos campos, fruto quizás ineludible de su propia condición.

Se entiende que el final de Roma siga siendo presentado como una liberación, y más cuando se muestra la incompetencia del Imperio ante las invasiones, lo que va unido a una valoración positiva de la época visigoda en términos culturales (hispanos, por supuesto) y en los más tradicionales de unidad política y religiosa, cultura, legislación, control real de la Iglesia y demás elementos que ya conocemos (XI). Pero el contexto marca una diferencia interpretativa clara.

Si para la Ilustración es clave el analizar las causas de los auges y ascensos de las sociedades en «avance», progreso y, por supuesto, poder, también lo es el análisis «filosófico y crítico» de su contrapartida, esas decadencias y caídas de las que la muestra más representativa en época moderna habría sido el imperio de los Habsburgo y en la Antigüedad la de Roma. La impronta racionalista y clasicista había relanzado la reflexión sobre ese momento crucial y, como en gran medida en el caso hispano, se habían proyectado allí posiciones antitiránicas y, en particular, anticatólicas, en las que, por otra parte, no siempre estaba ausente el propio caso hispano. La renovación del tema, tal como se ve en Gibbon en especial pero también en Montesquieu, era inevitable, como lo era que asumiese formas muy hostiles a la fase posterior desde unas perspectivas clasicistas nada exentas tampoco de componentes antifeudales. Conviene apuntarlo aquí, aunque sea con esta peligrosa brevedad, porque se entienden mejor las nuevas valencias de las viejas posiciones que reasumen Masdeu y otros historiadores católicos, y porque casi se inaugura el XIX con una significativa vuelta a las viejas formulaciones cristianas y antirromanas que ya conocemos, aunque fuera con los nuevos ropajes del romanticismo reaccionario de Chateaubriand. No nos podemos entretener aquí en cómo nuestro abate se enfrenta a todo ello en una Ilustración de título parlante: «Contra Montesquieu, Gibbon, y otros Modernos. Se averiguan las causas originales de la caída del Imperio romano» (vol. X, pp. 227 y ss., 236) y en la que defiende previsiblemente que las causas reales de la caída del Imperio eran otras muy distintas al debilitamiento producido por el cristianismo o la tiranía, en particular la falta de unidad religiosa, de aplicación y cultura y de buenas costumbres.

Puede sorprender su énfasis en la defensa de la cultura de los «españoles árabes y judíos» como la más brillante de la Europa de su tiempo y de su expansión por ella; pero no olvidemos que no sólo ensalza también a los reinos cristianos contemporáneos, sino que deja claro que es otra más de las manifestaciones del carácter hispano, y que, por supuesto, los aspectos bélicos y hostiles priman cara al interior, aunque no lo hagan cara a las comparaciones con las sociedades europeas contemporáneas. Pero esa nueva españolización de lo musulmán para hacerlo tolerable muestra dónde está la verdadera dimensión de sus intereses, presididos por palabras como abatimiento de nuestra nación, catástrofe, o la referencia a Pelayo, restaurador de su libertad. Son los focos de resistencia cristianos en todos sus ámbitos, incluyendo el desarrollo de sus lenguas, el núcleo de su interés y el eje de sus ideas sobre una historia que culmina en los Reyes Católicos.

Todo lo cual da un buen pie para entender otro aspecto de sus cambios de énfasis respecto a los Mohedano que es esencial. La minusvaloración de los impactos externos tras los fenicios, su reivindicación de los españoles y sus potencialidades en los campos que preocupan a un ilustrado y el aumento de lo que podríamos definir como los matices xenófobos, van acompañados de un énfasis mayor y de una exaltación en gran medida muy tradicional de esos otros españoles resistentes que acaban aflorando en la Reconquista. Es coherente con esta línea, y con su tendencia a lavar el honor nacional, que, por ejemplo, ponga en duda los abismos de degradación moral en la época de los visigodos, que, como sabemos, la tradición historiográfica había concentrado en Witiza, y que centre la cuestión en las luchas internas, lo que haría más fácil de entender la participación de los españoles con Pelayo y después en la restauración de España y su libertad (vol. XII, pp. 3 y ss., 55 y ss.).

De la misma forma que Masdeu pasa de la valoración general de las gentes externas en claves de su componente positivo con matices a otro negativo con matices, también vence ahora en su balanza la valoración de la simplicidad y virtudes originales hispanas, incluyendo las bélicas y morales, frente a la contaminación de esas culturas superiores en las que la arrogancia de los filósofos habría llevado a la superstición y la idolatría, como en los tiempos presentes, nos dice, habría conducido a la impiedad (vol. II, pp. 92-93).

Y, tal como ya conocemos, esto implica también una desvalorización, ahora más llena de contradicciones que nunca, de las sociedades contaminadas del Levante y, en especial, del Sur, donde más se pierden los «usos españoles antiguos» y, por tanto, donde más prima esa perversión extranjera y la falta de resistencia militar, que llega más allá también de los Mohedano incluso donde los tienen más presentes. Así, por ejemplo, destaca en Andalucía el mayor nivel de cultura, lujos y vicio «que mal se compadecen con un ánimo guerrero», aunque quepa el quizá de que su nivel cultural les haría más cautos (vol. IV, p. 194), o contrasta los naturales dulces y humanos de Tartesia frente al valeroso y feroz pueblo de los celtas, hispanos, por supuesto (vol. III, p. 109). Aparte de los contactos, pueden influir también otros factores, así, por ejemplo, apunta la relación entre el carácter más suave de los habitantes de Murcia y Valencia y el aire que respiran para explicar su aceptación de la hegemonía cartaginesa y del no menos amable Aníbal (vol. III, p. 128).

En otro lugar nos cuenta cómo la dulzura natural de los valencianos —en contraste con el valor de los catalanes— puede ser una de las explicaciones de la fundación de colonias griegas allí (vol. III, p. 96); se trata de explicar por qué no hay colonias griegas entre la zona de Ampurias y las colonias griegas que algunas fuentes (en las que hoy tendemos a no creer) sitúan en la zona valenciana, aunque sólo desde el impacto del modelo de interpretación general se puede lle-

gar a entender el olvido en medio de estas consideraciones de la indudable existencia de la misma Ampurias y en Rosas en pleno ámbito del valor catalán.

Así, se podría trazar sobre la historia de los españoles la deriva de su valor: presente desde siempre, sólo la falta de unidad habría permitido su conquista —con el claro paradigma de Numancia—; de su cierto adormecimiento con Roma lo habrían despertado los visigodos —aunque las luchas contra ellos en el norte habrían mostrado que allí al menos estaban insomnes— para salir a la luz contra los moros y llegar hasta el presente.

En todo caso, lo evidente es que a un modelo más, diríamos, xenofóbico, se corresponde un idéntico énfasis en dirección a la perspectiva más tradicional del modelo hispano en el campo de esa geografía de la gloria y de la infamia, y dominio correspondiente del modelo septentrional o centro-septentrional de interpretación de la historia de España. La vuelta al modelo tradicional no es nada casual, por cierto, y tampoco es mera coincidencia que apunte ya en este sentido a lo que nos encontraremos en el siglo siguiente.

Y es que si es verdad que todos estos posicionamientos tienen que ver con la personalidad y muchas vicisitudes de nuestro fogoso abate, sería ingenuo reducirlos a esto. Él representa la formulación más conocida, completa y compleja del enfoque ilustrado, una articulación nada banal del viejo modelo con estas perspectivas, pero también los cambios cada vez más intensos de una época crucial que acabarán con éste y su necesidad para ir exigiendo y proponiendo otros bien distintos. Es un buen puente para continuar en esta dirección.

Hacia otra época

Sería ingenuo pretender sintetizar aquí y en un párrafo el último cuarto del siglo XVIII, pero sí conviene apuntar cuatro factores, muy relacionados entre sí y presididos siempre por un mundo donde sigue primando la hostilidad entre los países europeos. El primero es la progresiva tensión entre quienes son consecuentes con la pretensión de una racionalidad que supera a la que pretende el despotismo ilustrado al poner sobre la mesa el problema del poder y la democracia, e impacientarse con sus resultados concretos también en el ámbito social y económico. El segundo es el impacto, tan relacionado con éste, de la revolución americana y, en particular, de la Francesa —tanto el que supone Kant hacia delante o el de los que aprovechan para asustarse o asustar ante todo tipo de cambios desde el propio despotismo, por ejemplo—. El tercero es el rechazo progresivo a la imitación de lo francés y al clasicismo entendidos como el paradigma cultural por excelencia, una imitación que tan difícil se hace después de la Revolución; esto está muy relacionado también con el cuarto aspecto, la preocupación por la propia identidad colectiva en todos los campos, y no sólo en los culturales, asociada a la idea de nación, algo que lleva a la reinvención de lo propio y de lo popular y a la reflexión sobre las propias tradiciones políticas y legislativas.

Hablamos de tendencias muy generales que permiten entender mejor el giro que supone nuestro autor, que es uno más de las muchas gentes preocupadas en elaborar una idea de España desde una perspectiva que ya se define como nacional y española, de aquellos grupos y personas que forman las sociedades y academias de las que hablábamos antes y muchos más; tampoco es una excepción, como sabemos, el hecho de que sea catalán.

Y es también aquí donde hay que entender factores tan diversos como las críticas de Burke (o en cierta forma del español Hervás y Panduro) a la Revolución francesa como antihistórica y enemiga de una evolución más pausada que tenía que haber seguido la línea de la tradición nacional francesa, las nuevas elaboraciones alemanas sobre la lengua, el derecho y el pueblo; o que las necesidades de interpretación histórica orillen cada vez más la preocupación por los aspectos socieconómicos, en pro de otros, como los institucionales, más ligados al poder y a la organización social, y que lo hagan buscando claves de historia y tradiciones nacionales. Con todo ello se anuncia, más que otro enfoque, otra época.

Puede merecer la pena citar aquí a tres personajes claves para ver la concreción de todo esto, y en particular del último punto, en unos años en los que cambian España y Europa. Del primero, nos limitaremos sólo a citar un título suficientemente ilustrativo porque es también una incitación: se trata de Jovellanos y de su discurso de entrada en la Real Academia de la Historia en 1780 titulado *La necesidad de unir al estudio de la historia el de la legislación*. El segundo es un jurista J. P. Forner —autor de un famoso y polémico *Discurso sobre la tortura*, entre otras cosas— que propone entre 1788 y 1792 una nueva historia de España unida a la reinstauración del cargo de cronista del reino, con la nada inocente intención, por cierto, de que se le concediera su disfrute.

Lo que nos interesa aquí es apuntar cómo en su *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España*[28] argumenta la necesidad de una historia distinta, que explique la realidad actual y ayude a cambiarla, todo ello sin abandonar la perspectiva monárquica y absolutista. Esto supone que lo que interesa es la historia de la nación y, por tanto, sobre todo el periodo cuando ésta es independiente después del dominio romano y cabe la posibilidad de una historia propia, y no una parte de la historia romana —un tema ya presente en Morales, al que cita (pp. 63 y ss., 67-68, 143)—, y los periodos más recientes, aquéllos en los que se ponen las bases de esa realidad o, en sus términos, «cuando se echaron las semillas de lo que hoy somos» (p. 108). Lo que implica que la Antigüedad deja de ser la piedra de toque, para pasar a serlo la España goda y la Edad Media, cuando, argumenta Forner, los problemas claves del feudalismo, de los señoríos, de la sensible relación de la Iglesia católica con el poder real, y tantos otros surgirían para perdurar y seguir estando presentes en su propia época en la situación del país, leyes civiles y eclesiásticas, economía, ciencias, leyes, usos, opiniones... (pp. 144 y ss.). Los años de monarquía austriaca, que se plantean con fuertes críticas, exigirían una investigación en el mismo sentido, para explicar elementos retardatarios o definir errores como la aplicación de una política equivocada y no mercantil en América.

28. Madrid, 1816 y 1843. Utilizamos la ed. de F. López, Barcelona, 1973. Sobre él véase la Introducción de esta autora a su edición y en especial su *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII siècle*, Burdeos, 1976 con los comentarios de pp. 519 y ss. sobre esta obra.

La llamada a usar la historia para relativizar las realidades presentes no se dirige ahora, entonces, a quitar la apariencia de inamovible del «atraso» español como en los Mohedano y Masdeu, sino a hacer ver cómo el nacimiento y origen de todos esos restos se había dado en un momento histórico preciso, que no eran ya necesarios ni lo fueron entonces (pp. 148-149). Se trata de buscar, por tanto, algo muy distinto (p. 152):

> ¿dónde tiene España una historia que retrate al vivo el estado político de sus reinos en sus diversas épocas? ¿En cuál de ellas se puede aprender la constitución nacional, las varias alteraciones que ésta ha padecido, la serie de sus progresos, y las distintas formas que han ido tomando los institutos públicos con la concurrencia de causas y motivos, casuales o estudiados, que los han alterado o modificado?

O como dice en otro lugar: (p 144, n. 67): «Las leyes son el apoyo, el cimiento y el fundamento principal del Estado; sin ellas no hay sociedad política ni soberanía; por consiguiente deberían ser el objeto principal de la historia», un lugar donde aparece, por cierto, una queja muy significativa y muy de la época contra la «monstruosa complicación de nuestro derecho con el romano».

No necesita, creo, mayor comentario esta conclusión: lo político e institucional, e incluso lo constitucional, entendidos en términos históricos, son las claves del juego, acompañando al abandono de un mundo antiguo que no era suficientemente propio ni reciente y que, por tanto, no podía ayudar en esa búsqueda. El averiguar cuál era la auténtica constitución española era el problema, un problema histórico y nacional que llevaba aparejada la pérdida de importancia de la Antigüedad y del estudio de los procesos de interrelación cultural o del progreso de las «sociedades civiles» en términos de economía, saberes y prosperidad, por más que no dejaran todavía de estar presentes. Todo esto marca no sólo este momento de cambio sino el conjunto del siglo que se avecina, en un contexto europeo en el que se vería multiplicado por las circunstancias históricas, esas mismas circunstancias que contribuirían a dejar de lado el proyecto de Forner.

Pero nada deja más claro este mundo de tránsito que nuestro tercer personaje, su historia personal y la historiografía que produce, que marca el final definitivo de las perspectivas ilustradas y lo hace desde posiciones diametralmente opuestas a las de un Forner que se mueve aún en las perspectivas antifeudales y regalistas del despotismo ilustrado que basarán las políticas de Carlos IV y de Godoy.

Se trata de un clérigo asturiano, Martínez Marina, miembro destacado y luego director de la Academia de la Historia. Pero este típico historiador ilustrado fue dirigiendo sus intereses en estas nuevas líneas para soltar definitivamente amarras en el año 1808; es una de las vertientes de la compleja reelaboración en el cambio de siglo de la Ilustración en el sentido kantiano entre sectores partidarios del cambio que no ven contradicción entre éste y su fe católica.[29]

Hay que tener presente para entenderlo tres hechos: la degeneración de la Re-

29. A. Mestre, *Mayans y la España de la Ilustración*, Madrid, 1990, pp. 187 y ss.

volución francesa en la dictadura napoleónica y el consiguiente imperialismo, el lamentable reinado del borbón Carlos IV desde 1788, el comportamiento vergonzoso suyo, de la familia real y en particular del heredero Fernando ante Napoleón y la rebelión popular de 1808 que abre el proceso que, en plena guerra, daría lugar a la Constitución de Cádiz. Es en este mismo año y en pleno levantamiento, en el momento en el que los franceses se habían retirado momentáneamente hacia el Norte, cuando Martínez Marina manda a Jovellanos, el mismo que había pedido una historia ligada al estudio de la legislación tres décadas antes, un escrito para orientar las perspectivas de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino en la que tiene un importante papel.

De él saldrá su obra, publicada en 1813, y traducida dos veces al francés en 1822 y 1824, *Teoría de la Cortes o Grandes Juntas Nacionales de los Reinos de León y Castilla. Monumento de su constitución política y de la soberanía del pueblo.* El título es suficientemente preciso y en gran medida escandaloso. Su *Discurso sobre el origen de la Monarquía y sobre la naturaleza del Gobierno Español* de 1813 será después incluido aquí y formula nítidamente su pensamiento.[30]

Aquí defiende una historia que fundamentara una legislación adecuada al carácter y genio nacional, que controlara al poder real, que defendiera la libertad y la dignidad del pueblo español y ayudara a generar un sistema político opuesto al absolutismo, la tiranía, el despotismo, un modelo de monarquía constitucional, en suma. Sería el mismo Dios quien habría hecho al ser humano libre y con todas las condiciones, incluida la libertad, para su perfeccionamiento: «De Dios nació la verdad, el orden, la justicia y la libertad, madre de virtudes, estímulo de industria y de aplicación, fuente de riquezas, germen de luces y sabiduría, plantel de grandes hombres, principio de la gloria, prosperidad y eterna duración de los imperios» (p. 115). Y como la soberanía está en el pueblo y «el pacto social no es obra de la filosofía ni invención del ingenio humano, es tan antiguo como el mundo» y «la sociedad civil es efecto de un convenio, estriba en un contrato...» (p. 141), ni el absolutismo es natural ni el poder de los reyes puede ser independiente de un convenio que depende en última instancia del mismo pueblo.

La historia del mundo en sus mismos orígenes probaría esto, aunque más tarde pudieran haber cambiado las cosas en determinados momentos y lugares; bien clara queda la cuestión en un párrafo encendido:

> Los pueblos imbéciles y estúpidos que no tuvieron la suficiente energía para conservar su dignidad y defender sus prerrogativas ni para tomar medidas de precaución contra las demasías de los Reyes, ni para oponerse en tiempo oportuno a sus empresas tiránicas, perdieron la libertad civil y política, se familiarizaron con la opresión hasta amar sus cadenas, dexaron de ser naciones. (p. 159)

Y la historia puede y debe seguir estos procesos, siempre sobre la base de lo innegable de unos derechos colectivos que, si no se tienen, es porque fueron arre-

30. Para ediciones actuales de las dos obras véanse la de Madrid, 1979, Pérez Prendes, ed., y Madrid, 1957, Maravall, ed., respectivamente. Sobre él, la información básica en J. Alberti, *Martínez Marina, derecho y política*, Oviedo, 1980.

batados. Su proyecto implica la búsqueda en los diferentes periodos de las formas políticas pertinentes para demostrar cómo lo tradicional español habría sido precisamente el reconocimiento práctico de la soberanía popular, cómo lo acorde con el genio nacional era un régimen de libertad civil y política.

Su visión de España mezcla el viejo modelo con las nuevas claves, en una síntesis breve y lúcida: los pueblos hispanos de la Antigüedad (pp. 161 y ss.), eran doblemente libres, políticamente y en términos de independencia; la serie de reyes míticos es negada también aquí por evidentes y adicionales razones ideológicas. Por su desunión, y tras dura resistencia bajo el poder de los invasores, caen en sus manos y especialmente en las de unos romanos que acaban corrompidos, entre otras cosas por la riqueza y el despotismo de sus emperadores. La pérdida de las dos formas de libertad define a una Roma tiránica en la que, como en el conjunto de Europa, se proyecta la temible imagen del imperialismo napoleónico. Otro título parlante de un libro anónimo y de combate de la época publicado en Valencia en 1809 deja esto claro: *Los romanos en la Grecia. Obra muy singular... por la conexión... de los sucesos que en ello se refieren de aquellos antiguos opresores del género humano, comparado con los designios ambiciosos y falsa palabra de que se ha valido el emperador Napoleón para con los príncipes de Europa, y principalmente en la España.*

La caída de Roma es, por supuesto, positiva y conlleva una exaltación de los visigodos en nuevas claves: gracias a ellos nace la monarquía española, «nuevas leyes, nuevas instituciones, nueva jurisprudencia, nuevas costumbres, nueva forma de Gobierno, nueva Constitución». Es un momento esencial de la «historia nacional», donde «averiguar la naturaleza del gobierno español y de sus leyes fundamentales y el origen de las costumbres patrias»; allí es donde estarían las semillas de la ordenación de los futuros reinos (p. 169). Interpreta los concilios visigóticos en esta dirección, sobre la base de la participación de laicos y su intervención en asuntos no eclesiásticos. De todo ello serían herederas las cortes de los reinos hispanos, en las que se podía seguir estos elementos hasta los Reyes Católicos, valorados positivamente. Sólo con la dinastía extranjera de los Austrias se habría iniciado un proceso de destrucción de las formas tradicionales de España que, no en vano, habría ido unido a su decadencia. Lo que espera, entonces, es el renacer de los rasgos propios, no su invención, concretados en un orden político nuevo acorde con ellos.

Basta recordar lo visto para sorprenderse ante un cambio tan radical, y por cómo se ha abierto camino aquí todo el conjunto de valores que antes calificábamos como nucleares en términos de evolución de la especie y que sitúan los derechos colectivos y la racionalidad social unida a ellos en el centro del juego social. Es el conjunto de los ciudadanos el que está destinado a controlar su presente y su futuro, la identidad colectiva se fundamenta en la igualdad y en su participación política para dirigir sus propios destinos. Y en las Cortes de Cádiz se apuntará todo esto y cómo todos los privilegios, incluyendo los territoriales, habrían de desaparecer para dar lugar a la nueva realidad de un mundo de iguales.

Con todas la diferencias de enfoque con Forner, es común la exigencia de una mirada centrada en las leyes y la organización política, lo que nos habla de un cambio global en las concepciones de una época, aunque Martínez Marina represente en muchos aspectos un paso más allá, al implicar también nuevas perspectivas políticas e historiográficas que, aunque sean sólo meramente apuntadas, resultan no menos espectaculares y preludian la mirada de todo un siglo.

No está de más recordar que la Constitución de Cádiz de 1812 implicó una impresionante novedad en el conjunto de Europa por su posición respecto a la soberanía popular y otros muchos aspectos; en su prólogo defendía que recogía las leyes fundamentales de Aragón, Navarra y Castilla y que en tiempo de los godos ya España era una nación libre e independiente, y habría empezado una libertad que la dinastía extranjera de los Austrias suprimió y se asociaba esa pérdida de las tradicionales libertades españolas con la decadencia de España en la Edad Moderna. Y también el manifiesto reaccionario y absolutista de los persas de 1814 defendía la existencia de una constitución española antigua, tradicional, no escrita, en la que el rey, naturalmente absoluto y paternal, habría gobernado con ayuda de unas cortes estamentales.[31] Un personaje interesante, del que luego hablaremos, recordará a comienzo de la década de 1840 cómo la Junta Central había encargado en 1810 a A. Capmany que escribiese «sobre nuestras antiguas formas parlamentarias», de lo que resultó el libro *Práctica de celebrar Cortes en Aragón, Cataluña y Valencia*; y que las cortes y la constitución liberal de 1821 renovaron los «antiguos recuerdos de la libertad nacional, y los autores de la constitución se esforzaron en probar que las garantías políticas otorgadas por ésta no eran sino la reproducción de las que antes había gozado el país».[32]

En tales contextos el ámbito ilustrado desaparece, tanto en los intereses como en el tratamiento de los componentes nucleares de la propia definición de los españoles y los «no españoles» en el pasado; hasta los supuestamente tradicionalistas habrán de utilizar la historia para justificar sus posiciones, sus «renovaciones» del pasado, algo que dista mucho de poder ser calificado como tradicional; una vez que se plantea que hay una esencia nacional política a descubrir en la historia, cabe verla en la racionalidad de lo democrático, pero también en otras claves, por ejemplo en otras tradiciones «representativas» del Antiguo Régimen, incluidas sus divisiones territoriales, o en el puro absolutismo.

No se le escapará al avisado lector que el esquema interpretativo que apunta Martínez Marina con toda su novedad no sólo no es incompatible con el modelo historiográfico español sino que lo presupone y en gran medida multiplica: el esencialismo y el invasionismo quedan reforzados, incluyendo la excepción visigoda. También esto será otro rasgo que se continuará con el nuevo siglo. Pero es tiempo de dejarle hablar por sí mismo.

31. Abellán, 1993, pp. 5, 682-684.

32. F. Gonzalo Morón, *Curso de historia de la civilización de España, lecciones pronunciadas en el Liceo de Valencia y en el Ateneo de Madrid en los cursos de 1840-1841 por el profesor de historia en ambos establecimientos literarios...*, 6 vols., Madrid, 1841-1846.

3. HISTORIAS LIBERALES

En los orígenes de las cosas

Es imposible siquiera pretender definir las claves del siglo que supone, como ha señalado Hobsbawm, el triunfo de dos de las más grandes revoluciones en la historia del mundo: la industrial y la democrática. La ruptura progresiva con las viejas formas económicas implica mucho más que una entrada cada vez mayor de gentes en las nuevas categorías de asalariados y que el dominio de los procesos industriales y mercantiles. Un buen índice de ello es la propia alteración de la actitud anterior ante el tiempo y el cambio; como se ha señalado, las sociedades previas tendían a situar la utopía, sea ésta el paraíso terrenal o la sociedad perfecta, en un pasado a partir del cual todo o casi todo era degeneración, mientras que ahora se situaba en el futuro, en el progreso, en la evolución positiva de la humanidad.

Y esto iba ligado, y justificaba, la alteración en pocas generaciones del domicilio, la formas de vida y de relación y los tiempos vitales de millones de personas. No sorprende que en ese contexto se viviera la necesidad de construir claves de convivencia, de solidaridad y de identidad diferentes y que se multiplicaran sus búsquedas, y sus utilizaciones —entre otras las que van a proyectarse desde los nacionalismos y los Estados, otros dos productos distinguidos de la época— que intentaron llenar los vacíos y desplazar o controlar las construcciones peligrosas, incluyendo pronto las que implicaba el movimiento obrero, tanto en las formas concretas de solidaridad y defensa que desarrolló, como en los proyectos de cambio social que alentaba.

Sin ser demasiado mecánicos es evidente que la Revolución industrial implicó también una reordenación de las clases y grupos sociales, de sus relaciones mutuas y, a la vez, de los marcos del poder y de la organización política y social, que dejó abierto el camino a nuevas posibilidades con las que confluyeron las exigencias de libertad y de libertades que ya se apuntaban en el siglo anterior. Lo que se multiplicó fue el principio de la libertad de las sociedades, de la capacidad de los grupos humanos de racionalizarse y de organizarse, algo inseparable de la reivindicación de las libertades individuales. El tránsito entre la justificación divina del poder real y la idea de la soberanía popular se multiplicó aunque, desde luego, de forma nada fácil. No sorprende la omnipresencia de los debates y los

enfrentamientos que enmarcaron las resistencias y las luchas por la hegemonía, los choques con los sectores absolutistas, la presión de las Iglesias (y en particular de la católica en el sur de Europa) en favor del mantenimiento de su control y contra las libertades colectivas e individuales, el lugar de la monarquía y su articulación con la soberanía popular, los diferentes enfoques sobre la organización de los Estados, la participación política, las mejoras económicas y sociales a partir de esta participación y los propios conflictos entre propietarios y trabajadores.

Es desde esta perspectiva desde la que cabe entender que la historia que se escribe ahora responda mucho más a los cambios que van unidos a esta revolución de la libertad —y a la nación y al Estado— que a la industrial: la historia socioeconómica es minoritaria frente a la política y militar. Como en el caso de las artes plásticas y de la arquitectura, las nuevas posibilidades existentes no se aplicarán hasta finales de siglo o incluso hasta el siguiente, lo que tiene mucho que ver con conceptos y organizaciones académicas que responden a su vez a marcos concretos de poder político y hegemonía social. Los debates y las reflexiones sobre la organización del poder y el Estado, con sus instituciones, legislaciones y constituciones, se proyectan en forma de miradas al pasado cargadas de significado, que tienden a seguir buscando con nuevas claves definiciones de la colectividad, la auténtica personalidad —institucional o caracteriológica— que justificaría las posiciones políticas. La historia del propio Estado o nación como proceso o incluso progreso conecta pasado y presente de forma inextricable y exige proyectos historiográficos ligados a los políticos. En ese contexto de grupos en pugna era congruente que se concentrase en qué habían hecho sus protagonistas por el bien de la nación y no tanto en la pura historia política como en las luchas políticas y en las formas en que se habrían concretado.[1]

El otro rasgo que define a la historiografía del siglo XIX, su componente militar, podría también chocar a un observador ingenuo que, al mirar el impacto de la expansión de estas formas económicas, esperara que las nuevas posibilidades de comunicación y la homogeneización creciente de la vida europea hubieran dado lugar a una realidad bien distinta. En la práctica, dos realidades que inventó o multiplicó el siglo, el nuevo Estado y la nación, se formulan en claves bélicas y de agresividad, intereuropea sobre todo, algo a lo que no es ajeno el ambiente con el que nace, marcado por el imperialismo napoleónico y seguido por la alianza de las fuerzas más reaccionarias de Europa, ni la propia tradición de enfrentamientos de los países europeos o sus intereses divergentes. Y pronto la lección se aplicará al exterior gracias al imperialismo. También aquí el conocimiento ofreció más armas que las de la propia guerra: el saber —incluido el saber arqueológico, filológico, antropológico u orientalístico— justificaba la dominación de los otros, como justificaba un orden social presidido por la expectativa de un mundo alumbrado por el progreso.

El concepto de nación resultaba esencial aquí: el conjunto de factores que ve-

1. J. Aróstegui, «Estudio preliminar» a A. Pirala y Criado, la *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista, T. I: Desde la regencia de Urgel hasta la dimisión de Zumalacárregui* [1853?], Madrid, 1984, p. XXV.

nimos analizando y otros más potenciaban la idea de la preexistencia de una identidad colectiva, con un pasado y un futuro precisos, asociada ahora a la idea de soberanía popular o, al menos, a una personalidad global que sus dirigentes (o quienes creían o querían serlo) representarían como nadie, exclusiva, no compatible con otras, habitante de un marco geográfico con fronteras delimitadas que le era propio y «natural» (o que estaba destinado a que lo fuera), llamada a una independencia política que permitiría su expresión auténtica; generalmente se unía a esto la idea de su asociación con una lengua específica que expresaría una personalidad que ninguna otra lengua compartiría, y la de unas tradiciones propias que tendían a buscarse en un mundo rural concebido, de nuevo contra toda evidencia, como su reserva incontaminada, y en los momentos o producciones artísticas del pasado de los antepasados que se seleccionan, inventan o reinterpretan.

Estas definiciones —que son autodefiniciones— tan simples, restrictivas y exclusivistas de las sociedades humanas fueron las que presidieron también la consolidación de una disciplina histórica que, paradójicamente, desarrolló elementos de gran potencialidad a la hora de conocer el pasado y el presente de la humanidad. En otra paradoja, los mismos trenes, carreteras, barcos de vapor, imprentas maquinizadas, periódicos... que comunicaron al mundo de una manera sin precedentes, fueron también los vehículos con los que se buscó proyectar el modelo nacionalista sobre el propio territorio, un territorio que se abría a todo esto, a la circulación homogeneizadora de los miembros de las nuevas burocracias estatales y a un tránsito o comercio liberado en su interior de las limitaciones procedentes de época anteriores, reproducidas y multiplicadas ahora cara al exterior.

Visto desde la perspectiva de ese otro gran momento constructor de identidades colectivas en Europa, el siglo XVI, las posible sorpresas son menores; lo que se construía ahora eran elaboraciones más complejas, más centradas en los colectivos que en los reyes, en la asunción colectiva de una identidad, en los proyectos más o menos democráticos a desarrollar, pero desde núcleos muy similares que seguían apuntando a esas invariantes hondas de definición de los grupos y de las pertenencias.

Y se abrían también unas posibilidades de construcción y de difusión mucho más variadas y penetrantes, bien visibles en esos medios que acabamos de señalar, y en el propio hecho de la multiplicación de gentes que los podían producir: los clérigos cedieron el paso a laicos, gentes pertenecientes al Estado o no, que podían inventarse con este cuerpo teórico nacionalista una identidad colectiva sin precedentes o con precedentes más o menos difuminados. El papel del Estado y de sus funcionarios como constructor de identidades ha sido recalcado por B. Anderson quien ha probado cómo las burocracias y sus ámbitos de circulación son esenciales a la hora de inventar o reforzar estos nuevos modelos nacionales, de la misma forma que la expectativa de constituirlas y formar parte exclusiva de ellas —con ayuda, por ejemplo, de un idioma diferenciador— puede serlo en su invención.

La multiplicación de este papel es sorprendente, aunque ciertamente dependía, entre otros, de unas posibilidades recaudatorias que, a su vez, dependían de

los niveles de industrialización que cada país iba alcanzando; del Estado se esperaba cada vez más que fuera más allá de los aspectos más inmediatos de mantenimiento de los poderes concretos que corporeizaba o representaba, o de los bélicos y, en mayor o menos grado, representativos; aunque no sin oposición, se esperaba que organizara las comunicaciones, la sanidad, el sistema impositivo, la justicia, o, y esto es esencial para nosotros, la educación y las instituciones dedicadas al saber, dentro de los esfuerzos en pro del progreso de la nación. Aunque el sistema educativo público, como ocurre en España y en otro muchos lugares, no llegara a todas partes ni a todos los grupos sociales, sí se proyectaban valores patrióticos y modelos de interpretación del pasado de gran penetración. Educar era ya ahora formar gentes con determinados niveles de conocimiento pero, en especial, patriotas imbuidos de los valores nacionales y dispuestos a ofrecer sus vidas en el altar de la Patria. La historia era fundamental aquí, como lo era, en mayor o menor medida, su uso en conmemoraciones, monumentos, museos, fiestas cívicas de guardar, nombres de calles, himnos o banderas.

Pero la historia distaba mucho de ser una cuestión meramente remitible al poder. La idea, básicamente cierta, de que el presente sólo se conoce desde el estudio del pasado se generalizó; su conocimiento, unido al desarrollo de técnicas específicas, se concibe como uno más de los saberes que alumbra el nuevo siglo, la ciencia necesaria para entender las sociedades y sus cambios, además de ser usada en debates políticos, literatura, teatro, prensa, pintura o en el propio lenguaje culto. Era lógico que el avance de las posibilidades de racionalidad colectiva fuera unido al uso de la historia como mecanismo de utilización pero también de comprensión del pasado; en un ámbito dominado por la idea del conocimiento y de la ciencia como legitimadores de la sociedad y del Estado, se presentaba como la aproximación científica equivalente a la de las ciencias naturales. Y ya hemos visto cómo era un factor esencial de identidad colectiva y de autointerpretación en una época en la que se hace imprescindible absorber el cambio en claves tolerables.

Fue, entonces, un factor esencial en la construcción de una opinión pública burguesa y de una sociedad civil que experimentaron todo tipo de cambios en las dobles claves de la modernidad y de lo nacional; sin exageración se ha podido considerar «la base de la conciencia del hombre romántico».[2] No sorprende, pues, que fuera desde ésta, y a veces desde las instituciones de sociabilidad de los grupos burgueses, profesionales y burocráticos sobre todo, como los ateneos o liceos,[3] más que desde instituciones del poder como las universidades, donde se construyera una historia nacional y patriótica y que no sea necesario esperar a la profesionalización de los historiadores, producida en la mayor parte de Europa —con apenas la excepción de algunos Estados alemanes— a finales de siglo, para que se escribieran historias patrias y patrióticas. Resaltemos que el Estado y

2. M. Moreno Alonso, *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, 1979, p. 179; véase también pp. 60 y ss., 73 y ss., 123 y ss., 177 y ss., 193 y ss., 239 y ss.

3. Esto lo ha resaltado en diferentes trabajos de F. Villacorta, p. ej., *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Madrid, 1980.

la sociedad civil reinventaron no sólo la historia que los situaba en el tiempo, sino también la no historia: la idea de la continuidad de las esencias, de la identidad colectiva en el tiempo, que se concretaría también en la mirada a lo rural como lo prístino y en la invención de las tradiciones; incluso los rituales del Estado —procesiones cívicas, desfiles militares, coronaciones reales, protocolos, conmemoraciones...— corporeizan en la inmovilidad, solemnidad y repetición de los gestos su permanencia y poder.[4]

Veíamos en Martínez Marina una de las concreciones de todo esto en un modelo evolutivo general en el que, por otra parte, se observaba la pérdida de papel de la Antigüedad —recordemos el papel de los visigodos y sus concilios— y el auge del mundo medieval, algo a lo que contribuye el que la crítica a la Ilustración negara su pretensión clasicista, unificadora y francesa, y el que se identificase a Roma con Napoleón. No sorprende que los papeles a cubrir por la Antigüedad fueran ahora y en adelante distintos, tampoco que en estos contextos bélicos y antiimperialistas primaran sin matices las viejas exaltaciones de los aspectos más guerreros de las gentes elegidas como antepasadas y que sólo a partir de la segunda parte del siglo asistamos a una visión diferente, presidida en gran medida por una revalorización de Roma.

Reconstruyendo la historia de España. Antes de Lafuente

También sólo a mediados de siglo se escribió una historia de España en las nuevas claves, capaz de substituir a la de Mariana, la de Modesto Lafuente. Su historia, liberal y moderada, marca una época en la que se llegaron a perfilar también en claves nacionalistas otros muchos campos como la historia de la literatura. Fue el fruto de una fase de monarquía constitucional, aunque con derecho de voto restringido, y de una perspectiva que se definía como el producto de un equilibrio necesario entre el principio de soberanía popular y la monarquía absoluta, las sedimentaciones de la historia y los nuevos tiempos.

Todo ello se inscribe en el panorama que se abrió a partir de la muerte de Fernando VII en 1833, presidido por la deriva constitucional que ha de seguir la regente María Cristina para asegurar la continuidad de la futura Isabel II ante la ocupación por el otro candidato, su tío Carlos, del espacio del absolutismo y la ultraortodoxia católica. La expulsión de ésta en 1868 marca el triunfo, fugaz pero triunfo, de las posiciones democráticas y anticentralistas que culminan en la I República y que se habían venido alimentando en estos años.

Recordemos también que para entender el periodo anterior, que tanto afecta ahora, hay que tener presente a Martínez Marina y la Constitución de Cádiz pero también a Fernando VII y la Santa Alianza; los dos momentos en los que se mostró la naturaleza del rey deseado y sus apoyos, su traición a las esperanzas puestas en él al final de la invasión napoleónica y su toma por segunda vez del poder absoluto tras el trienio revolucionario con ayuda de la Santa Alianza y de los Cien

4. El término, y algunas excelentes aplicaciones de él, en E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983 (hay trad. cat. y trad. cast.).

Mil Hijos de san Luis, estuvieron presididos por muertes y exilios que afectan en particular a lo mejor y más formado de las elites intelectuales españolas. Sólo desde 1833 se van a poder reiniciar los procesos anteriores, aunque ahora sobre reglas y claves en gran medida distintas.

Es significativo que el freno a los valores representados por quienes intentaron cambiar España en ese trienio de 1820 a 1823 sólo pudiera echarse con ayuda de una invasión extranjera fruto de una coyuntura europea fuertemente conservadora. Y sorprende que fuera imposible el triunfo de una opción que se define como auténticamente tradicional y española sin esa invasión extranjera que la apoyara y permitiera la masacre de los compatriotas.

Hubo otra «invasión», sin embargo, que recibió un tratamiento bien distinto y que resulta nuclear para lo que hablamos y para la conformación de la identidad española en las claves de los nuevos conceptos nacionalistas. La explosión antifrancesa de 1808 fue popular en buena parte, y presidida por la idea de España, en una demostración difícil de negar de que los siglos anteriores, y quizá en particular el siglo XVIII, habían hecho mucho por cimentar un sentimiento común de pertenencia. Por encima del hecho palpable de las muchas perspectivas ideológicas en juego —piénsese en el papel mismo de la Iglesia católica, por un lado, y de las Cortes de Cádiz, por otro— e incluso de las ambigüedades que implica la actitud de Fernando VII, es evidente este movimiento colectivo y su progresiva formulación en claves identitarias nacionalistas.[5]

Merece la pena resaltar que la inmediata conexión de Roma con Napoleón no era la única cosa que ponía en juego a la antigüedad en todo esto; también está el otro lado de la mirada al invasor, la necesaria imagen identificativa con el invadido, al «nosotros» de antes y de ahora. Ya sabemos que Rafael Alberti hizo en el Madrid asediado de 1937 una adaptación de la *Numancia* de Cervantes y que rememora en su publicación cómo se había representado también en la Zaragoza asediada en 1809 por las tropas de Napoleón. La asociación de las ciudades mártires, Zaragoza y Gerona en especial, con Numancia y Sagunto se entiende mejor en la interrelación del viejo modelo, bien conocido, con las nuevas situaciones, una interrelación que alimenta la guerra de la Independencia, al incidir en la imagen subyacente del valor ilimitado y heroico de los españoles y darle una proyección hacia el pasado aparentemente innegable, que reforzaba la construcción identitaria multisecular. La invasión napoleónica quedaba situada también en la serie de las viejas invasiones y la resistencia española en la de las resistencias y rebeliones contra ellas: el modelo y la realidad se alimentaban mutuamente.

La guerra quedaba así convertida en un mito fundacional, en el que, además, la imagen de un pueblo que recurría a sus fuerzas ancestrales y a una primitiva e inmediata rebelión contra los invasores extranjeros que querían privarle de su identidad, contribuía a crear los conceptos nacionalistas y románticos, y no sólo en España. Fichte, uno de los ideólogos más conocidos del nacionalismo y en particular del alemán, herido en lo más hondo por una dominación francesa que reproducía en lo político su vieja y sentida dominación cultural, tenía como libro

5. Véase Álvarez Junco, 2001, pp. 119 y ss., 343 y ss.

de cabecera a la *Numancia* y a los españoles como ejemplo. Otro germano del que hablaremos y al que ya hemos citado también, Adolf Schulten, recordará en su *Historia de Numancia,*[6] en la que exaltaba también las milenarias y heroicas defensas de las ciudades españolas, el éxito de la tragedia y del tema en la dramaturgia de la época.

Todo esto no es más que un índice de cómo la resistencia antinapoleónica en Europa tendrá a España como su modelo en lo bélico y en la corporeización de la existencia de unas esencias ocultas en los pueblos que renacerían, incluso a pesar de dirigentes como el mendaz Fernando VII, en las circunstancias oportunas. El viejo modelo hispánico que se proyecta en la *Numancia* resultaba operativo como quizá ningún otro en Europa, precisamente por la rigidez que supone de oposición y negación de siglos de dominación y por su capacidad de reactualizarse ante nuevas circunstancias, todo lo cual cuadraba bien con las necesidades de afirmación de los nacionalismos emergentes.

En todo caso, reducidas las perspectivas de los horizontes de la Constitución de Cádiz, la tendencia dominante, aunque contestada, de la agitada época isabelina sería la de un constitucionalismo sin grandes vuelos, un moderantismo centralizador con limitación censitaria del derecho de voto; la herencia patriótica, en cambio, se recibió con mayor plenitud, aunque no sin matices.

También ahora se desarrollaron dos de los factores que hemos señalado: es el momento en el que se potencia la industrialización y, más en particular, en el que se va construyendo un aparato de Estado en las nuevas claves, en el que se inició también la toma del continente de la historia en la enseñanza, legislación patrimonial, museos, ahora públicos y otros. El conocimiento iba unido explícitamente a la difusión de un saber y una cultura que se identifican con el proyecto nacional. La necesidad de hacerse cargo de los bienes desamortizados, artísticos y documentales, fue también un factor esencial que llevó a la fundación de la Escuela Superior Diplomática, a petición de la Real Academia de la Historia, para formar profesionales que pudieran hacerse cargo de archivos, bibliotecas y museos del Estado; la Escuela incluirá, además, una cierta formación en arqueología.[7]

Ésta misma empieza a jugar un papel de una cierta importancia, tanto en lo referente a personajes que se dedican a ella como a instituciones, museos y, en menor medida, excavaciones;[8] el propio nombre representa todo un componente de modernidad y de apertura a las reflexiones europeas que han ido dejando atrás el puro coleccionismo y lo que se dominaba antes el «anticuariado» para plan-

6. A. Schulten, 1945*a*, pp. 6-7, 262.

7. Véanse los diferentes trabajos de I. Peiró y G. Pasamar citados en la bibliografía y más adelante y, en particular *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea),* Madrid, 1996, pp. 35 y ss.

8. Una excelente información en dos encuentros: J. Arce, R. Olmos, eds., *Historiografía de la arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991; G. Mora, M. Díaz-Andreu, eds., 1997, *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga, 1997; en este último véase, por ejemplo, A. Rivière Gómez, «Arqueólogos y arqueología en el proceso de construcción del Estado-nacional español (1834-1868)», pp. 133-139.

tearse nuevas maneras de mirar los objetos arqueológicos, de clasificarlos en tipologías y de ubicarlos en un tiempo que la geología y la paleontología irían agrandando.[9]

Y el sistema educativo público se unió a ello generando un «código disciplinar» en el campo de la historia desde sus principios de elitismo, nacionalismo y memorismo, donde se interrelacionaban la enseñanza y sus técnicas, la formación y organización del profesorado y los manuales; ese elitismo iba claramente ligado a importantes limitaciones presupuestarias e ideológicas, además de a las provenientes de la hostilidad de la Iglesia católica en la escolarización general y pública, un problema que incide a la hora de entender el verdadero alcance de la nacionalización por esta vía.[10] Pero, repetimos, tanto o más esencial que esto fue la multiplicación de la mirada desde la historia, su conversión, más aún que en el siglo XVIII, en el núcleo de la visión del mundo de los nuevos grupos que podríamos calificar, en sentido lato, como burgueses.

Harán falta casi veinte años para que las nuevas perspectivas y necesidades se concreten en la historia completa de Lafuente. Sin embargo, puede ser útil apuntar como introducción a uno de los intentos anteriores que sirve para ejemplificar buena parte de las cuestiones señaladas. Se trata de una obra inacabada que ya hemos citado, fruto de las lecciones en el Liceo de Valencia y en el Ateneo de Madrid de Fermín Gonzalo Morón, entonces un brillante joven de 25 años, miembro del partido conservador (o moderado, como el mismo señala).

Ya en el prólogo al volumen primero apunta a la exigencia de una nueva historia de España y al lamentable atraso de los estudios históricos que achaca a las discordias políticas desde 1808 y la necesidad, y la dificultad, de hacerlo con el plan vasto y nuevo que propone; él considera sus propios planteamientos sobre la historia como científicos, presididos por «un pensamiento social, de reorganización, y de reforma prudente...», eso sí, opuesto, entre otras cosas, al despliegue de los instintos funestos de las masas (Prólogo I, p. 4). Y es que «los progresos en la legislación y administración... son obra del trabajo constante de los hombres y de los siglos y de los esfuerzos intelectuales por comprender la naturaleza humana en su abstraccion y en su desarrollo historico», con lo que no se civiliza a los pueblos por decreto, como creerían algunos que se consideran aptos para gobernar por haber leído la *República* de Platón o alguna teoría francesa... (vol. I, p. 57).

Es en la unión, bajo una monarquía constitucional, de conocimiento, progreso y administración donde estaría la clave del futuro; en los inicios del volumen tercero precisa un poco más todo esto, al afirmar cómo en un mundo lleno del desasosiego de los individuos, la inestabilidad y veleidad de los gobiernos, los instintos funestos en las masas, y, lo que sería peor, la indiferencia y mortal escepticismo en las teorías y en los principios, se erguiría el movimiento intelectual

9. A. Schnapp, *The Discovery of the Past. The Origins of Archeology*, Londres, 1997, pp. 275 y ss.

10. Véase el proceso en R. Cuesta Fernández, *Sociogénesis de una disciplina escolar: la historia*, Barcelona, 1997, con el tránsito sobre los modelos anteriores; M. Moreno Alonso, 1979, pp. 239 y ss.; y en especial C. P. Boyd, *Historia Patria. Politics, History, and National Identity in Spain, 1875-1975*, Princeton, 1997, pp. 4 y ss., 50 y ss., 74-75.

europeo por la historia para oponerse a un absolutismo sin futuro y a las veleidades democráticas y a las filosofías críticas que conducirían a la ruina de las naciones. Es bien visible la creciente preocupación que define el siglo por unas masas a las que se define críticamente.

Pero la mezcla de los componentes que venimos analizando para el conjunto del siglo XIX es nítida en nuestro autor y no merece la pena aburrir al lector glosando lo evidente. Más comentable es, en todo caso, que sus principios históricos deban tanto a otro personaje, historiador, político y conocedor de primera mano, y con mucho más cinismo que él, de la corrupción unida —y quizá inherente— a la constitución del nuevo Estado burgués, el famoso Guizot, personaje más que clave en la monarquía de Luis Felipe, quien en una obra que también hemos citado antes, su *Historia de la civilización en Europa (desde la caída del Imperio romano hasta la Revolución francesa)*,[11] había planteado un esquema de evolución del mundo que centra primero en Europa para después concentrar en lo que entiende es su núcleo, naturalmente Francia (pp. 19, 21, 46).

Su idea de que el avance de Europa en los últimos quince siglos de progresión continua se habría debido a la diversidad de sus elementos, a la imposibilidad de la dominación de un principio de organización político-social, a que no se había estabilizado el dominio total de la monarquía absoluta, la democracia, la aristocracia o cualquier otro, parte de la idea de un plan de la Providencia realizado mediante el desarrollo de la inteligencia, la libertad de los hombres y los cambios progresivos en los sistemas políticos; la historia desvelaría, entre otras cosas, su culminación al unirse libertad y autoridad en una monarquía constitucional.

No es de extrañar que este planteamiento resultara clave para F. Gonzalo Morón, como lo será en otro grado para Lafuente después, al ofrecer argumentaciones para la justificación de la monarquía constitucional frente al absolutismo y en pro de las perspectivas conservadoras y cristianas frente a las posiciones democráticas que proponían el principio de soberanía popular sin cortapisas y un sufragio masculino universal no limitado por razones censitarias. En él, como en otros historiadores franceses de la época, escritores y políticos, se concentra esa doble oposición a la monarquía absoluta y a las reivindicaciones democráticas y de los movimientos populares; esto se perfila con nitidez en un proceso intelectual y vital en el que la preocupación preferente por la búsqueda de soluciones a la primera va cediendo cada vez más el sitio al temor a las segundas y a actividades políticas consecuentes con ello.[12]

De Morón cabe recalcar en primer lugar la confluencia de la exigencia de fuentes fiables para hacer una historia científica y de sus claves de constitucionalismo y libertad, aunque señale sus limitaciones y fracasos en las fases en las que se teoriza su aparición sin control. También que se pueda proponer una historia de España en la que se afirme las grandes diferencias entre las provincias a pesar de «Felipe II y Felipe V, y los remiendos y desacertadas medidas de las épocas cons-

11. Madrid, 1972 (1.ª ed. París, 1828; 1.ª trad. española, 1839).

12. J. Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982, pp. 107 y ss.

titucionales», y de reivindicar los reinos independientes de Castilla, especialmente una Corona de Aragón cuya Edad Media se ensalza (vol. I, pp. 48-49, 230-231). Resalta una visión de la Antigüedad en claves heroicas que alaba a los indígenas del norte, sin contaminar, puros y verdaderos españoles, siempre resistentes, gentes que en ocho siglos recobrarían la nacionalidad y mostrarían la victoria del espíritu sobre la materia, de Occidente sobre Oriente y cuyos descendientes acabarían edificando castillos en África y conquistando América.[13] Y los ensalza frente a la sociedad romana o romano-goda envilecida por los vicios y fruto de todas las fusiones anteriores (pp. 2-3, 181, 183, 270). A ellos se unirían después godos huidos para fundar la nacionalidad española, pero siempre sin olvidar el predominio del «tipo indígena o puro español» (pp. 3, 184).

Una vez asentado esto, lo que destaca, aparte de un tratamiento de Roma en el que valora el municipio romano visto en el contexto de la tradición representativa hispana, o la cierta unidad que consigue, es su interés, como en Guizot, por la época posterior. En ambos autores resulta crucial la recogida de la crítica a la valoración ilustrada de su caída, realizada ahora no sólo desde la idea del nacimiento de las naciones sino desde una revalorización de los cristianos y de los bárbaros que había iniciado el literato y dirigente de la Santa Alianza, Chateubriand; representarían ambos a su juicio nuevas concepciones de la libertad y del ser humano que habrían puesto las bases de la civilización moderna; los primeros serían gentes más libres, puras y democráticas, mientras que los segundos habrían aportado también la libertad, caridad, fraternidad y el concepto de dignidad humana que habría predicado el evangelio. De ahí su superioridad frente a Roma y frente a los mahometanos (vol. I, pp. 160 y ss., 201 y ss.; vol. II, pp. 46 y ss., 55 y ss.). En realidad todo esto no es sino un *aggiornamento* del viejo modelo cristiano, que lo integra en una imagen cargada de tintes positivos y «progresivos». Como corresponde, el reino visigodo que fundamenta tal periodo ha de brillar con luz propia, siendo, entre otras cosas, considerado como «una monarquía electiva y gobernada por leyes sabias y justas» (vol. II, p. 277), por más que se degradara al hacerlo también sus dos cimientos, los valores militares y las virtudes del clero (vol. II, p. 269).

Todo es, como se ve, muy característico. Pero nada como una referencia en su obra que es, no lo olvidemos, un conjunto de celebradas conferencias en el Liceo de Valencia y el Ateneo de Madrid y que nos muestran por sí mismas el papel de la historia en la configuración de la opinión pública burguesa en sus instituciones asociativas por excelencia. Y es que incluye de cuando en cuando los aplausos con que en ocasiones le premia ese público burgués, y en una de ellas incluye una nota, tras indicar que fueron «Fuertes y prolongados»:

> No es una miserable idea de vanidad personal, la que ha decidido al profesor a marcar la aprobación que han tenido sus doctrinas o sus sentimientos. Habiéndose propuesto en esta enseñanza un fin a la vez científico y político, cree de su deber y sobremanera útil, el manifestar la aprobacion que han hallado sus principios, para que de este modo pueda apreciarse bien, hasta donde ciertas doctrinas tienen eco ante la opinion pública ilustrada. (vol. I, p. 171)

13. Vol. I, pp. 31-32, 277; vol. II, pp. 276 y ss.; vol. III, pp. 7, 13-14, 183-185.

Pocos años después los aplausos de la opinión pública ilustrada se concretarán en el éxito editorial de una obra que oscurecerá su intento y otros de la época: la *Historia de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días* de Modesto Lafuente y Zamalloa.[14] Lafuente representa en gran medida la culminación de este conjunto de esfuerzos, de un momento sólo comparable en este sentido a lo que implican las historias del siglo XVI, y seguido, no muy de cerca, por el que produce las del siglo XVIII.

La importancia en el contexto de la construcción de la identidad nacionalista de las historias generales de la época no debe ser subestimada ni en términos de conocimiento ni en los de construcción de identidad: historias generales, expediciones militares al exterior, y la idea de la unidad ibérica —iberismo— como proyecto futuro han sido señalados como elementos fundamentales en esta dirección.[15] Es parte esencial de la autoimagen nacionalista, del conjunto de los valores e ideas que se proyectan para construir la nueva identidad nacionalista que permiten que las elites que detentan el poder político generen en nombre de la nación española las nuevas realidades, desde los aparatos de Estado, incluyendo el sistema escolar y parte del cultural o la entrada en el mercado de las tierras de manos muertas y las propiedades colectivas, hasta el nuevo concepto de ciudadano y de ciudadanía como pertenencia por encima de cualquier otra.[16] Pero conviene también no olvidar su relación con aquella pertenencia que veíamos se había ido desarrollando en el siglo XVIII no ya sólo como española sino, además, vinculada a la idea de una colectividad cuyos dirigentes tendrían la obligación de conducirla hacia el progreso.

Es muy difícil también exagerar la importancia de su *Historia*, la primera que viene en gran medida a substituir a la de Mariana, la que cubre por excelencia las nuevas necesidades tal como lo hacen las de Cantú en Italia y H. Martin en Francia, la que casi permite definir a quienes le preceden —por más que se base y mucho en ellos— como antecedentes y bautizar sin demasiada exageración una época.[17]

Es más que curioso que también él nos cuente en su prólogo que se hubiera sentido impulsado a escribirla, entre otras cosas, dolido por las críticas extranjeras a la falta en España de una historia nacional en las nuevas claves, hallando

14. Madrid, 1850-1867; usamos aquí la edición de 1869.

15. J. M. Jover Zamora, «Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874», en H. Juretschke, ed., *Posibilidades y límites de una historiografía nacional. Actas del Simposio*, Madrid,1984, pp. 358 y ss.

16. J. S. Pérez Garzón, «La creación de la historia de España», en J. S. Pérez Garzón y otros, *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder*, Barcelona, 2000, p. 68.

17. Véase Jover, 1984; P. Cirujano Martín, T. Elorriaga Planes, J. S. Pérez Garzón, *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid,1985, pp. 78 y ss.; J. L. Abellán 1992, pp. 5, 716 y ss. En el volumen XXVIII de la obra se encuentra una cierta biografía a cargo del «distinguido hablista D. Antonio Ferrer del Río».

a los ingenios y talentos que pudieran haberla escrito «casi a todos engolfados en los debates y cuestiones, y hasta en las rencillas de la política palpitante» (vol. I, pp. VI y ss.) y reconociendo como único precedente culminado a Mariana.

La época de Lafuente

El palentino Modesto Lafuente y Zamalloa, periodista y, más tarde, historiador y político, tenía muchas cosas en su favor para conseguirlo, entre otras una buena formación, una perspectiva liberal moderada, su conciencia de los límites de la documentación conocida de los archivos hasta el momento y su deseo de aprovechar los accesibles, además de un estilo adecuado, explícitamente alejado de las pesadas estructuras de las historias del siglo XVIII y bien entrenado en los más de diecisiete volúmenes que había publicado de su exitoso periódico satírico *Fray Gerundio*. Lafuente, por cierto, no deja de utilizar al personaje para reivindicar su parentesco con otro Zamalloa historiador, Garibay:[18] «Mi paternidad saludó reverentemente a la patria [Mont-Dragón de D. Alonso X, Mondragón] del famoso historiador de España D. Esteban de Garibay y Zamalloa, que según las crónicas de familia y la cronología de los apellidos debió ser uno de mis progenitores maternos...».

Su modelo interpretativo es del todo característico y merece la pena dedicarle una atención especial. Sigue estando presidido por un providencialismo atenuado, de un plan divino en el que los pueblos serían la clave (vol. I, p. 4). La humanidad avanzaría en el progreso, razón y tolerancia política gracias a ese plan que el historiador ha de presentarle «en fin, como la palabra sucesiva con que Dios está perpetuamente hablando a los hombres» (vol. I, pp. V-VI). Busca construir una historia nacional de España que no existía, que hablara de los cambios en la forma del Estado, que explicara cómo se había formado la nación española, las causas de las invasiones, lo que quedaría o desaparecería con los diferentes pueblos que la habían dominado, lo que produciría sus engrandecimientos y decadencias, los cambios en religión, costumbres, legislación, literatura... y que fuera más allá de los hechos y de la descripción para dar paso al razonamiento y a un juicio crítico que abarcara a todos los grupos sociales, no sólo a los reyes. Sus objetivos se definen más cuando describe por qué ya no sirve la historia de Mariana señalando, entre otras cosas, sus carencias a la hora del necesario estudio de las leyes del progreso, de los caminos de la unidad nacional, de «la marcha de la civilización y de la organización política y social de España» (vol. I, pp. V y ss., XV y ss., XVIII).

No sorprende, dado esto, que enfrentado a tal tarea Lafuente parta del modelo multisecular, un modelo donde ahora el esencialismo se tiñe de nacionalismo. Se trata, como se ve, de buscar el papel de los españoles en la historia, sobre la base de su identidad en el tiempo, y de estudiar qué les aportan los sucesivos invasores, de ver los procesos de unidad nacional y de la evolución

18. Modesto Lafuente y Zamalloa, *Viajes de fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda, y orillas del Rin*, vol. I, p. 25.

política, todo en el contexto de conocer el funcionamiento de las «leyes del progreso». La continuidad con las construcciones del siglo XVI resulta indudable, pero conviene señalar que ahora las exigencias de definición del programa nacionalista exigen componentes adicionales y que la unidad con Isabel I, como su mantenimiento después, o el factor unitario del estado burgués, se presentan como las consecuencias necesarias de una personalidad y entidad específica, como la única alternativa posible.

El principio básico es el de la unidad de carácter de los españoles en las líneas tradicionales, aunque aceptando la presencia de iberos, de celtas y de celtíberos, entendidos éstos como mezcla de los dos anteriores, y apuntando el posible predominio de los iberos; conoce Lafuente, entre otros, los trabajos pioneros de Humboldt al respecto. Ni estas diferencias ni la diversidad geográfica impedirían esa unidad esencial que algún día culminaría cuando se unieran los españoles en una gran familia, bajo un mismo Estado, cetro y religión; en el futuro, nos cuenta, esa unidad de fondo con fraccionamiento daría lugar a una unidad con diversidad (vol. I, pp. 10-11, 20). La caracterización en su *Discurso preliminar* de los españoles como valerosos, bravos, orgullosos, individualistas e indisciplinados en exceso, peligrosamente divididos, sobrios y frugales aunque, en consecuencia, poco amigos del trabajo, va unida al aprendizaje al que los (nos, hubiera podido decir) habría sometido la historia, la providencia, en su designio de buscar la perfección de la humanidad. Las dudas sobre Tubal y Tarsis como personajes reales no llegan, entonces, a la puesta en cuestión del sujeto esencial del juego.

Sobre esta estructura esencialista e invasionista le corresponde a Lafuente superponer el modelo que quiere su época, el de una evolución institucional que culminaría, como en F. Gonzalo, en la época de Isabel II, cuando se habrían fundido monarquía e intervención popular, unidad de la fe y tolerancia religiosa, pureza cristiana y libertades políticas y civiles, lo que se era y lo que se habría aprendido (vol. I, pp. 14-15).

El mantenimiento de la esencia, la concepción personalista de la nación, el progreso, el invasionismo releído en claves de acumulación de conocimientos colectivos, todo ello se estructura en la perspectiva culminatoria de su monarquía constitucional. Y dado que la evolución institucional y la «independencia» se iniciarían en la monarquía visigoda, la fase anterior queda también en lo sustancial definida por una reconstrucción nacionalista del viejo modelo donde prima lo esencialista y lo heroico por encima de otros factores y, desde luego, por encima de los que habían centrado el interés de los ilustrados.

El impacto de los pueblos que llegan, en conjunto, tiende a ser considerado negativamente. Para valorar su efecto retoma la idea tradicional de que debilitan sus componentes bélicos congénitos, de manera que afirma explícitamente que antes de Roma las costumbres de los primeros pobladores de España se mostrarían en las gentes del interior y no en las del Mediodía y Levante, al estar éstos afectados por esos pueblos «cultos» y, por tanto, menos belicosos; tampoco sorprende que les reproche otra vez su candidez al haberlos dejado asentarse con tal resultado final (vol. I, p. 397). Ni griegos ni fenicios, de los que admite que traen elementos civilizatorios positivos, son vistos sin recelo y, de nuevo, se circunscribe

su influencia a las zonas donde no siguen las gentes independientes y libres (vol. I, pp. 17, 304 y ss., 309-310, 316, 320, 396-398, 407-408). Su actividad hará que los pueblos que se desarrollan a partir de su llegada acaben conociendo el valor de sus riquezas y se enfrenten al excesivo ascendiente e incluso abusos de ambos, lo que daría lugar a conflictos (vol. I, pp. 397-398) y, en el caso fenicio a la llegada de los cartagineses.

Éstos siguen recibiendo la peor de las suertes en el reparto de papeles entre los invasores antiguos (vol. I, pp. 18, 20-21, 320, 401 y ss.). Por supuesto que se exaltan las luchas de los tartesios y célticos contra Amílcar como primer ejemplo de la futura y constante lucha española por la independencia durante más de veinte siglos o Sagunto, primer ejemplo de la indudable fiereza del pueblo español, cuyo grito por la independencia llega a Zaragoza y su heroica defensa uniendo, de paso, a Aníbal y a Napoleón (vol. I, pp. 16, 19, 331 y ss., 342-343).

El exacerbarse de lo bélico se repite, claro está, con Roma desde Indíbil y Mandonio en adelante pasando por Viriato, Numancia, y llegando a las luchas de astures y cántabros en una guerra que habría durado doscientos años; la explotación económica, avaricia, corrupción y brutalidad romanas se dibujan con detenimiento, así como el contraste entre los altivos, nobles y leales españoles que valiente pero aisladamente luchan por su libertad y los más civilizados pero también más brutales y feroces romanos que lo habían fiado todo a la fuerza. La falta de unidad de los españoles les habría condenado. Los últimos resistentes, cántabros y otros pueblos del norte, habrían sido también los últimos que conservaban la vieja rudeza, lengua y costumbres, y quienes representaban en su pureza la raza indígena (vol. II, p. 89).

Los aspectos positivos de la valoración de Roma se ciñen, como es tradicional, a la época que inaugura Augusto, cuando éste acaba con la corrupción republicana y la *pax romana* se entiende que vence sobre la guerra romana; con todo, la llegada de éste se señala también apuntando al precio de la civilización que llega: dos siglos de guerra, sangre y horrores y la pérdida de su independencia y de su libertad. Entre ellos se incluyen conceptos tradicionales y otros apuntados por sus predecesores. Así, a los aportes de cultura, comercio, paz y civilización sigue la insistencia en la unidad y las leyes comunes, aunque sin independencia ni libertades civiles (vol. I, p. 29; vol. II, p. 63, 287-288). Emperadores y literatos españoles son ensalzados también como corresponde en claves de glorias nacionales de España y de pago, abochornante, nos dice, si se compara a los emperadores españoles con los rapaces pretores y avaros gobernadores que había enviado Roma (vol. I, p. 31; vol., II, pp. 278 y ss.).

Un papel especial cumple, en la perspectiva del progreso institucional, el que España recibiera el municipio romano, que se aclimataría aquí y que sería germen y principio restaurador de la libertad futura, esa España semilatina a la que Roma habría templado dándole leyes y libertades comunales (vol. I, pp. 13-14, 31-32). El fundamental aporte que supone el municipio habría tenido una continuidad (contra la opinión de F. Gonzalo Morón) con los visigodos (vol. II, pp. 395-396), y se conecta a partir de éstos con las tradicionales libertades españolas y los fueros. En definitiva, la organización municipal romana estaría presente en el proceso evolutivo multisecular español que culminaría con la monarquía isabelina. Nada de esto es suficiente, con todo, como para que no se lamente en un tono resignado de que España no hubiera aprovechado la decadencia imperial para conquistar la independencia perdida y, con ello, reprochar que se hubiera hecho tan romana (vol. II, pp. 145-146).

Y es que esto no es más que una parte del juego, como cabe esperar. Al recibir tanto de Roma habría recibido también los defectos de una sociedad dibujada como puramente dominadora y finalmente del todo despótica, cuya decadencia se asocia a la corrupción, disolución e inmoralidad (que incluye la alusión específica en este campo a las mujeres: vol. II, pp. 163 y ss.), a la religión politeísta, la esclavitud, la falta de clase media, la clase donde, afirma, suele residir la ilustración y la virtud (vol. II, pp. 167-168), y a unas exigencias abusivas económicas y militares del Estado de los romanos, gentes muy diferentes de los emprendedores españoles, que al despreciar el comercio y la industria, se condenaban a basar su economía en una riqueza ficticia y a ser un pueblo meramente consumidor (vol. II, pp. 260 y ss.).

Todo ello cambiará para el imperio y para España, gracias al plan de Dios, con el cristianismo, que se habría desplegado providencialmente y que representaría la antítesis de todo esto, ya que los bárbaros habrían permitido, como no podía ser menos y como ya sabemos que era obligado pensar desde sus posiciones ideológicas, el despliegue del desconocido principio de la libertad individual, clave en el progreso de las sociedades futuras, y el final de tanta degradación (vol. I, pp. 32 y ss., 39; vol. II, pp. 252-253, 288, 377-378).

De la misma manera, no extraña que si se ven adquisiciones positivas en la experiencia romana, se encuentren más en el reino visigodo y que se asista con satisfacción a lo que se dibuja en varias ocasiones como el derribo de un edificio y la construcción de otro nuevo, un proceso que significaría la regeneración social para España y los restantes países de Europa, el camino por el que se habría salido de la descomposición social para continuar el de perfección y progreso que la Providencia habría destinado al hombre, un camino iluminado ahora plenamente por el cristianismo.

Sería ahora cuando España habría comenzado una vida más propia, como emancipada después de siglos de tutela (vol. II, pp. 288), preludiada por la propia actitud de los españoles ante su invasión, conscientes de ser un pueblo dominado por los romanos, y adhiriéndose a los invasores que les tratan mejor (vol. I, pp. 45; vol. II, p. 304). Puede ser innecesario recordar cómo esta continuidad y la diferenciación explícita entre Roma y los españoles permite, de nuevo, jugar con la idea de la continuidad de la esencia, y cómo se reproduce también la distinción entre el imperio y la iglesia, muy a pesar de su profunda comunión e interdependencia.

A los visigodos, llenos de virtudes y sobriedad, los menos bárbaros de los bárbaros, se debería no sólo la destrucción de Roma con su esclavismo, tiranía e inmoralidades y la de los otros bárbaros, sino la auténtica fundación de la nación, la monarquía, la unidad nacional y la independencia, la fusión final entre unos y otros, la unidad religiosa, unos códigos comunes y un espíritu legislativo que estarían en la base de las libertades y fueros medievales y los mismos concilios que,

sin ser lo que pretendía Martínez Marina, tal como habría probado Sempere y Guarinos, habrían supuesto el germen de la representación nacional (vol. I, 13-14, 49 y ss., 64; vol. II, 370 y ss., 493 y ss., 523-525). Claro que en ello tiene mucho que ver también el que se les presente como gentes conquistadas por la civilización mucho más avanzada de sus conquistados, que aportarían éstos y otros elementos a la fusión (vol. I, pp. 45, 50-51).

Pero a pesar de todo, defectos como la mezcla de lo político y de lo religioso, la falta de verdadera unidad mostrada en la necesaria condición de visigodo del rey, el regicidio, la electividad de la monarquía, la teocracia y la molicie que aniquilaría las virtudes militares, entre otros, acabarían dejando el campo abierto para unos invasores distintos, por supuesto los peores de todos, que supondrían un retroceso en la marcha progresiva de la humanidad, que sólo largos siglos de lucha se podría superar (vol. I, pp. 51 y ss.; vol. II, 464 y ss., 488 y ss., 525); ahora más que nunca el fraccionamiento que traería la invasión musulmana se convierte en una anomalía, un retroceso frente a lo ya logrado, una catástrofe que torna impaciente la mirada hasta que se borre con los Reyes Católicos.

El proceso que lleva hasta allí habría comenzado al nacer el pensamiento de recobrar la nacionalidad perdida en el nuevo pueblo de verdad unificado de españoles, romano-hispanos, astures y godos, entre las gentes cristianas que se fusionarían en las montañas de Asturias en la lucha por la patria y por la fe; bajo don Pelayo, un caudillo de sangre goda y española, habrían conseguido la gloriosa y providencial victoria de Covadonga, momento que apuntaría ya hacia la España independiente que iniciaría la reconstrucción de la nacionalidad y que tendría una de sus culminaciones en el final del proceso de reconquista con los Reyes Católicos y otra en el dominio por sus descendientes de dos mundos (vol. I, 61 y ss.; vol III, 58 y ss., 66). Este planteamiento, como se ve, se aleja del indigenismo de F. Gonzalo Morón, pero no demasiado: sigue al fondo la idea de la comunidad caracteriológica, idea que se proyectaría incluso en las diferencias; así, nos cuenta cómo los focos de refugio y oposición frente al sarraceno, que se entiende se rebelaron siguiendo la llamada ancestral a la independencia y la resistencia, también persistieron como focos aislados que alejaban la recuperación final por la misma razón ya que «el genio ibero» los habría reunido «con el mismo amor a la independencia y con la misma rivalidad de localidad» (vol. III, p. 67). La desunión era una parte bien conocida de la herencia.

En el surgimiento y evolución de los reinos peninsulares sigue con estas dinámicas interpretativas, así, por ejemplo, se hace notar cómo los catalanes no iban a sufrir mucho tiempo su sometimiento a los francos y cómo aprovecharían la ocasión para hacer de la Marca Franco-Hispana un estado español y condado independiente y cómo los otros dos estados cristianos —Asturias y Navarra— siguen su vida por separado durante mucho tiempo «que es uno de los caracteres que constituyen el fondo y la fisonomía histórica de nuestra nación» (vol. III, p. 234). En ese contexto cabía también reivindicar admirativamente, aunque desde perspectivas bien distintas a las de Mariana, las libertades de los aragoneses, ese «pueblo hidrópico de la libertad» (pp. 6, 344).

De nuevo, una valoración muy positiva de ciertos aspectos de los musulmanes, particularmente los de tipo cultural ya puestos de relieve por los ilustrados (vol. I, p. 14; vol. IV, pp. 22 y ss., por ejemplo), y su tratamiento derivado de los trabajos contemporáneos en este campo, está muy lejos de oscurecer su papel presidido por la guerra que culminaría en la unidad y en su derrota; la dificultad de dirigir una mirada al mundo musulmán español en clave de búsquedas de componentes institucionales a incluir en la cadena de la evolución de los gobiernos representativos —algo que cabe decir también de las ciudades fenicias o de la dominación púnica— favorecía una interpretación en claves despóticas poco favorables, bien resaltadas en ese momento por las perspectivas imperialistas europeas y sus versiones españolas en el norte de África.

La reconstrucción de la nacionalidad se haría necesariamente por la vía del enfrentamiento militar contra el invasor, por el sonido permanente de «un mismo grito de independencia», en un proceso de luchas de ocho siglos que culminaría con la victoria de la idea cristiana en ese reinado de los Reyes Católicos, «el más glorioso que ha tenido España». Incluso el descubrimiento de América aparece prácticamente como la recompensa de la Providencia por tanta lucha y esfuerzo (pp. 9, 421). Unidad, regeneración y nuevas perspectivas en el mundo serían el resultado de tanta gloria y de su esclarecido reinado (pp. 6 y ss., 10, por ejemplo).

El problema viene, naturalmente, después, como nos señala el título de un epígrafe: «La dominación de la casa de Austria» (vol. XII), que hace de los Habsburgos otra dominación más; su historia es la historia de cómo vilipendiaron y destrozaron el legado magnífico y recién construido que recibieron en tribunales, cortes, paz, prosperidad y leyes de una nación grande, independiente y poderosa, con una especial atención a las pérdidas de las libertades desde los Comuneros de Castilla en adelante, el despotismo, la eliminación del pensamiento libre, el desangre económico, los excesos inquisitoriales o el cierre al exterior, en particular de Felipe II en adelante.

El mundo antiguo, como se ve, se integra en el modelo general, sin que se vea gravemente tocado, a excepción de la tardoantigüedad, por los encendidos debates que afectan a estas épocas posteriores, algunos de los cuales apuntaremos después casi a título de ejemplo. Pero no conviene perder de vista la importancia de su adaptación a las nuevas necesidades y su papel.

A pesar de la pretensión de realizar una historia más global, la mirada de Lafuente y su época se centra en lo político, lo institucional y legislativo y lo bélico; al perderse de vista gran parte de los intereses económicos, sociales o culturales de los malogrados intentos ilustrados, se refuerza también su vuelta a los rasgos más duros del modelo, más xenófobos, si se quiere; ciertamente se valoran los aportes de los pueblos llegados a la Península de los fenicios en adelante, en la línea del ya conocido balance de lo que traen a cambio y de lo que se llevan, pero no es menos cierto que al medirse «lo que traen» en términos de aportes «constitucionales» o de libertad, se restringen también las valoraciones positivas y priman los otros factores. Es interesante ver cómo ¿paradójicamente? la exploración del pasado en busca de los precedentes y los procesos de nacimiento y desarrollo de los nuevos componentes nacionalistas de la identidad colectiva, centrados en las instituciones representativas que la habrían articulado a lo largo del

tiempo, se proyecta en fórmulas más exclusivistas, más potencialmente xenófobicas, de mirar al pasado. Y en gran medida en el reforzamiento de la geografía tradicional de la gloria y de la infamia.

La falta de puesta en duda suficiente de las «glorias nacionales» de tipo religioso que le reprochará un personaje del que luego hablaremos, Morayta, nos remite también a los límites ideológicos del exseminarista Lafuente a la hora de interpretar la historia de España; no sorprende que como representante en las Cortes constituyentes de 1854 defendiera la libertad de conciencia pero no la libertad de cultos —lo que significa, claro, el monopolio del católico— que habría atentado contra la unidad religiosa, a la vez que abominaba de la Inquisición.[19] El límite personal lo pone el «distinguido hablista» citado cuando afirma que hizo su historia «con el mismo criterio liberal en todo lo no concerniente a la absoluta unidad religiosa» (p. CLIX).

El providencialismo está en esta y otras perspectivas suyas, ciertamente, pero hay un factor de tipo más general que incide aquí: el hecho de que el momento fundacional o, al menos, de recuperación y formación de la nación se siga situando en una invasión religiosa inasimilable, en esa idea de la España cristiana invadida y a recuperar desde los núcleos cristianos septentrionales, un factor que, como veremos, tampoco dejará de afectar al crítico Morayta. Así pues, la historia por excelencia del siglo XIX, la que más contribuye a conformar la idea del pasado y de la nación en el siglo, por lo menos hasta la de Rafael Altamira a comienzos del siguiente, no es una historia laica que plantee una perspectiva sin Dios, aunque sea fácil de diferenciar de otros enfoques directamente reaccionarios.

Jover[20] ha señalado también que tampoco es una historia progresiva en el sentido político, sino culminatoria: en Isabel II y su constitucionalismo se concentra la evolución de España, algo a relacionar con el carácter «retrospectivo» del nacionalismo español de los moderados de la época, carentes de grandes proyectos de futuro. Ni siquiera hay un proyecto político que apunte a un más allá que supere la constitución timocrática de tan limitada representación de la época. Aunque esto quizá no es tan extraño: las constituciones entonces y ahora tienden a ser consideradas como poco o nada perfeccionables (como la democracia misma), mientras que el avance social se proyectaría en el progreso económico y social. No queda en absoluto eliminada la idea de progreso, pero queda bien separada del progreso político y de la profundización en las formas de representación. Y los momentos gloriosos, las luchas por la independencia, por ejemplo, son interclasistas; no hay el equivalente a una Revolución francesa que celebrar, mitos nuevos que generar.

Llegados a este punto, no parece que sea necesario insistir en uno de los hilos conductores de este libro: en la evidente continuidad con el viejo modelo, ahora ampliado desde los Reyes Católicos hasta el presente, por más que, como hemos apuntado en otros momentos, se puedan encontrar en trabajos contemporaneístas la idea de que el papel de los mismos Reyes Católicos en la interpretación general de España sea un invento de la época (o incluso de Lafuente) cuando es, como sabemos, un factor constituyente. Hechos como la fertilidad de España, el esencialismo en la definición de los españoles y de sus virtudes, la llegada de extranjeros por esta riqueza, las heroicas defensas, la fatal desunión y otros que hemos visto, como la decisiva degradación de los godos y sus terribles consecuencias llevan, ya como mínimo tres siglos en funcionamiento.[21]

Que el esquema interpretativo generado en el contexto de la creación del Estado moderno en España siga siendo utilizado para la legitimación del nuevo Estado decimonónico no es el fruto de la supuesta inmadurez del liberalismo español o de su carácter reaccionario; no podemos entrar aquí en comparaciones europeas que mostrarían la debilidad de este argumento. Quizá un primer planteamiento útil sería reducir otra vez la cuestión a sus componentes más inmediatos y ver cuáles son las verdaderas necesidades básicas de definición de los Estados europeos en este siglo, nuevos o viejos, reaccionarios o liberales, y bien pudiera ser que no fueran tan distintas esencialmente a las de otras entidades estatales humanas a lo largo del tiempo, incluyendo aquellas que se habían formado en su mismo suelo en épocas pasadas: definir una esencia propia por oposición a otras (o a las otras) y entenderlas, además, como amenaza a la propia identidad.

Si es así, esas historias nacionales decimonónicas que, como se ha señalado muchas veces, parecen tener como objetivo primordial alimentar la sorda hostilidad entre los países, pueden conectar perfectamente con las tradiciones interpretativas anteriores, tal como ocurre en España, que respondían a la misma música de fondo, aunque con instrumentos distintos. Es posible también que esta relativa simplicidad de las construcciones identitarias explique la tendencia, que veremos, a lo largo de este siglo y el siguiente a dar vueltas alrededor de estas claves sin salir de ellas. Y con la presencia explícita o no de Dios, los conceptos de culpa y castigo colectivos unidos a pecados más, digamos, profanos (o profanizables, si se me permite la expresión) como la falta de unidad posibilitan juegos adicionales en esta dirección.

Es evidente también que la continuidad del modelo es una continuidad en la tradición del pensamiento español; si había podido recibir la superposición del modelo ilustrado y la inclusión en él, con mayor precisión y autonomía que en el periodo anterior, del sujeto colectivo de los españoles, podía recibir ahora, con la mediación de quienes habían sido ilustrados y luego liberales, las nuevas perspectivas y edificar la historia y la identidad colectiva que requerían los nuevos tiempos.

Una vez asentado esto, conviene seguir un poco más allá las construcciones nacionalistas de la época en éste y otros campos del saber para ilustrar el componente globalizador de su mirada al pasado y la definición de la esencia nacional, así como para evitar una imagen excesivamente uniforme de este proceso y de sus resultados.

19. Ferrer del Río en vol. XXVIII, pp. LVII y ss.

20. J. M. Jover, 1984, pp. 364, 370; «Prólogo», en Menéndez Pidal, ed., *Historia de España*. XXXIV, *La era isabelina y el sexenio democrático*, Madrid, pp. LXXXIX y ss.

21. Véase J. Álvarez Junco, 2001, pp. 201 y ss.; véase también pp. 38, 417-418.

Plenitudes nacionalistas

La *Historia crítica de la literatura española* del sevillano José Amador de los Ríos de los primeros años sesenta[22] que llega hasta el Renacimiento, es muy ilustrativa de cómo se construye la identidad nacional en otros campos y del papel de la Antigüedad en el juego. Su objetivo es en gran medida definir la literatura española, que identifica sustancialmente con la castellana, así, exaltando las producciones artísticas medievales del romancero como experiencia genuina de una civilización amasada en la sangre y en el polvo de cien batallas y la tradición auténtica que seguiría en la línea propia, frente a las imitaciones de lo latino e italiano en el Renacimiento; se vería también en el teatro de Lope y de Cervantes, que habrían roto en la práctica con el yugo de los exóticos preceptos de las escuelas de su época (vol. I, pp. VII y ss., XIV), uno más de los yugos que, como el neoclasicismo, habrían impedido el florecimiento y valoración de esas verdaderas tradiciones españolas.

La reivindicación de lo medieval y lo tradicional es, como es obvio, muy de la época, y había sido, además, clave en las miradas a la cultura española desde muy diferentes puntos de vista, incluyendo a los estudiosos alemanes de las literaturas románicas. En este sentido, no puede menos que citar a F. Schlegel y su *Historia de la literatura antigua y moderna* (vol. I, p. II, n. 1) «Bajo el aspecto del mérito de la nacionalidad alcanza la literatura española el primer puesto; quizás pueda concederse el segundo a la inglesa». El hermano de éste, A. W. Schlegel también había definido cinco grandes literaturas nacionales europeas, dos clásicas, Francia e Italia, y tres románticas, Alemania, Inglaterra y, por supuesto, España, lo que implicaba la continuación de una mirada admirativa e inevitablemente definitoria y esencialista a la tradición literaria hispana y su identidad propia, su *Volkgeist*.[23] Es bueno recordar que quien fuera casi el fundador de la historia de Roma y el personaje clave de la historiografía sobre la antigüedad, Th. Mommsen, también había buscado rasgos del carácter español —entre otros, claro— en la historia de época romana.

Es evidente que de lo que se trata es de construir una idea de la literatura española a lo largo del tiempo, una idea, por supuesto inventada, de la proyección en ella del carácter español. Es ahí donde hay que entender la versión en este campo de los «yugos» que, en sus diferentes variantes, tanto nos han acompañado, y quizá extenuado, a lo largo de lo que llevamos escrito.

Como no podía ser menos, esta búsqueda de rasgos específicos se proyecta también en la antigüedad, desde los antiguos españoles iberos y sus componentes característicos en adelante. Lo que nos interesa resaltar aquí es la manera en la que se habría dejado ver ese carácter español incluso en los momentos de opresión, y a pesar de ellos, una manera que reelabora elementos ya sugeridos por sus

22. 7 vols., Madrid, 1861-1865.
23. J. M. Jover Zamora, G. Gómez-Ferrer, «Razón y sensibilidad», en J. M. Jover Zamora, G. Gómez-Ferrer y J. P. Fusi Aizpurúa, *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX y XX)*, Madrid, 2001, pp. 88-89.

precedentes ilustrados. Podemos verlo en dos aspectos distintos: Roma y los visigodos.

Por más que se valore en cierta forma positivamente la participación española en la derrota de las razas de Oriente que supone su victoria sobre Cartago, y que se apunte con ello al papel de la península Ibérica en tales tareas en el futuro, Roma es considerada de la forma más tradicional. Lo significativo, sin embargo, es la concepción de la permanencia de los rasgos propios por encima (o, mejor, por debajo) de la dominación, lo que se planteará en una reestructuración y reelaboración de los planteamientos anteriores, en particular de los ilustrados, que ya conocemos, sobre los «literatos españoles». En el imperio se podría ver cómo las nuevas condiciones permitirían, por una parte, la absorción de la cultura latina por esos iberos, pero, por otra, el aflorar por primera vez de los rasgos propios de los españoles y de su nacionalidad literaria: toda una serie de autores mostrarían ahora en su obra, a pesar de las diferencias determinadas por los diferentes paisajes y geografías hispanos, su independencia, altivez, sencillez, virilidad, amor a la libertad y energía naturales. Esto implica la pervivencia de tales rasgos en sus provincias de origen, y en particular en la Bética, por muy influida que pareciera estar por Roma.

No sólo se produce esta reivindicación de lo propio en lo que, desde otras perspectivas podía leerse como contaminado, sino que se proyecta aquí algo mucho más fieramente polémico: España es la avanzada de unas provincias romanas que acaban tomándose su venganza o revancha igualando y sometiendo a Roma e Italia, y provocando su ruina; así, literatos y retores aparecen como mandados por España para imponer leyes a los opresores, «su fogosidad e independencia», resaltando los rasgos de «nuestra nacionalidad literaria»: el rechazo a «todo yugo» y el amor por «el vivo recuerdo de su libertad perdida» (vol. I, pp. 192-193). La derrota de Roma a manos de las provincias, esa igualdad final con ellas que precede a su destrucción en la que no cabía olvidar a los emperadores «españoles», se expresa y anuncia, entonces, aquí. El nacionalismo se cura así de la «herida patriótica» de los invasores derrotándoles a pesar de todo. Veremos más tarde cómo todo esto aparece, con implicaciones no muy distintas, en un personaje de la importancia de Menéndez Pidal.

Pero la exaltación hispana y su continuidad no acaba ahí y llega también incluso a los inalcanzables godos. Por más que vistos como enviados de la Providencia en los términos que conocemos, prima su imagen de meros tiranos bárbaros de los que no cabe esperar «unidad social, ni el engrandecimiento de la nación, ni ser tampoco duradera la prosperidad con tan inhumanos señores, porque jamás ha producido la iniquidad duradera grandeza» (vol. I, pp. 287 y ss., 295, 437 y ss.). Por suerte, la raza hispanorromana —obsérvese el cambio de sujeto— acaba triunfando gracias a su superioridad cultural e inteligencia, aunque su dominio, sustancialmente a través de un clero que impone la intolerancia y se pervierte con el poder que adquiere, termina enervando a unos y otros, provocando la decadencia de los visigodos y de la iglesia misma, con las consecuencias que ya conocemos (vol. I, pp. 319 y ss., 330 y ss., 379 y ss., 425 y ss., 437). La renacida raza hispano-latina y la primitiva raza española serían las claves de la

oposición antimusulmana, no unos visigodos tan desdibujados, que llega a dudar, siguiendo a Dozy, del carácter de tal de Pelayo, (véase vol. I, pp. 468-470; vol. II, pp. 3-4, 20-25). En la nueva sociedad, acabada la opresión exterior, habría renacido un pueblo libre y una nueva sociedad política en la que se habrían hermanado todos los intereses y concertado «las libertades públicas con la suprema autoridad de los reyes» (vol. IV, p. 20); el precedente, por decirlo así, constitucionalista ha avanzado en el tiempo...

Que esta negación de los visigodos no es una perspectiva aislada lo prueba que a ella, con una cierta variante, se sume Menéndez Pelayo,[24] sin duda el intelectual conservador más influyente (y quizá más brillante) de la historia de la España contemporánea, quien defenderá no muchos años después y desde posiciones católicas ultraortodoxas estas dos cuestiones: el carácter español de la Edad de Plata romana y una imagen negativa de los visigodos, de la «escoria goda» (vol. I, pp. 527 y ss., 531; vol. II, p. 394), además del papel de astures, cántabros, vascones y las gentes de la Marca Hispánica. Y otro autor interesante, fuertemente católico y también poco amigo de las escorias godas, el publicista mallorquín-barcelonés F. Patxot (más conocido por su pseudónimo Ortiz de la Vega) a quien ya conocemos al haber sido el editor de los volúmenes de *Las glorias nacionales* en los que hemos seguido a Ocampo y Morales, en sus *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente*[25] sigue en esta misma línea, aunque desde unas posiciones más indigenistas; los godos serían uno más de los invasores que la nacionalidad ibera, también denominada Iberia o el pueblo ibero, habría recibido, incluyendo a los Austrias y a Luis XIV y la continuidad ibérica se vería en los resistentes antimusulmanes del Norte, renovadores del antiguo espíritu aletargado de las tribus y no meros continuadores de su monarquía. Incluso el muy religioso Patxot no duda en afirmar que esta guerra no es sólo religiosa sino el fruto del deber, de la resistencia ancestral de esa nacionalidad ibérica.

Se observa fácilmente cuánto tienen en común y cómo todos entran dentro del modelo multisecular sin mayores complicaciones: de hecho, el antigoticismo permite una mirada con menos ambigüedades, se vea como se vea la romanización. Estas variaciones, si acaso, nos muestran la flexibilidad con la que se pueden construir elaboraciones nacionalistas en esta época tan creativa; también cómo obras como la de J. Amador de los Ríos, por muchos matices que se puedan encontrar, conforman un modelo nacionalista español proyectando sobre el campo de lo literario e incluso de las tradiciones populares que representaba óptimamente el romancero una mirada identificativa que se corresponde con el propio proyecto de Lafuente. Al ámbito de la literatura aplicada a la Antigüedad que hemos seguido como índice en él se añadirán otros, tanto en lo referente a las interpretaciones de las producciones literarias y artísticas y las creaciones de cáno-

24. M. Menéndez Pelayo, *Antología general*, Madrid, 1956, 2 vols., ed. J. M. Sánchez de Muniain.

25. F. Patxot, *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, Madrid-Barcelona, 1857; véase el prólogo al vol. III; pp. 34-35, 65, 93-94, 134, 138 y ss.; y también los restantes prólogos a los volúmenes.

nes nacionales como en las mismas producciones.[26] Y se continuarán en la fase posterior, excelentemente representada por la *Aproximación a la pintura española* de M. B. Cossío de 1884 y su comienzo.

> Pertenecen a la pintura española todas aquellas obras que lleven impreso el sello nacional, que muestren los rasgos distintivos y peculiares del genio del país... que tengan, en suma, carácter. Por esto, la condición indispensable para dar carta de naturaleza de pintor español no es la de haber nacido o pintado en España, sino la de mostrar en sus producciones el carácter patrio.[27]

Pero conviene volver a la historia y conviene advertir que no todo el arco político está representada en las historias, y ni siquiera en los intentos de historia, que se publican. Para encontrarnos una obra que pudiéramos considerar como republicana hay que esperar a la de Morayta a finales de siglo. Lo que sí tenemos, y por eso merece la pena comentarla aquí, es una carlista y tradicionalista, la del empresario catalán V. Gebhardt y Coll; comentándola evitamos el eventual error de no diferenciar entre los modelos nacionalistas constitucionalistas y los que no participan de este rasgo, y el riesgo de perder de vista una corriente que continúa aflorando y adaptándose después en la segunda parte del siglo y que será en última instancia la que por la vía del nacional-catolicismo triunfe durante el franquismo.

La obra de Gebhardt no es un intento nuevo, sino que sigue, entre otros, la senda abierta por la *Historia constitucional de la monarquía española desde la invasión de los bárbaros hasta la muerte de Fernando VII, 411-1835* del francés conde Du Hamel que aparece en Francia en 1845,[28] cuya perspectiva reaccionaria y feudal defiende que lo auténticamente español es una monarquía con fórmulas representativas estamentales y señoriales. Es útil mencionarla aquí para evitar una imagen demasiado aislada o excepcional del integrismo carlista español. Su *Historia general de España y de sus Indias* es al pensamiento reaccionario español, lo que supone Lafuente para el liberal moderado.[29]

Dedicarle un poco de atención aquí permite observar uno de los otros lados del juego, y uno tan importante como para desarrollar varias guerras civiles en el siglo. Recordemos que el carlismo acababa de ser vencido en su segundo intento (1847-1860); para él, el derrotado pretendiente don Carlos habría representado «la causa que abrigara en su seno los antiguos principios de la sociedad española» (vol. VI, pp. II, 1.010), principios que se oponían a un régimen parlamentario que critica, y que culmina una nefasta tendencia, por supuesto, anti-española, a la representación igualitaria y no corporativa ni elitista, a la uniformidad de los te-

26. Véase el documentado capítulo tratamiento de estas cuestiones en J. Álvarez Junco, 2000, pp. 227-279.

27. J. B. Cossío, *Aproximación a la pintura española*, Madrid, 1985, p. 33.

28. Victor du Hamel, *Historia constitucional de la monarquía española desde la invasión de los bárbaros hasta la muerte de Fernando VII, 411-1835*, Madrid, 1845-1846.

29. 7 vols., Madrid, Barcelona, La Habana, 1863-1864; P. Cirujano *et al.*, 1964, 1985, pp. 11, 84, 97-98, 123, 155 y ss.

rritorios y a no conceder el papel directivo a la fe católica. Pertenece al fuerte movimiento reaccionario de la Cataluña y Barcelona decimonónica que representa Balmes, por ejemplo.

Es característica su defensa de lo feudal medieval (vol. IV, pp. 452 y ss., 486-487) y el choque radical con la crítica liberal a la política de los Austrias, que él celebra junto con su lucha contra la «gangrenosa úlcera herética»; gracias a ellos España se libra por el momento de ese germen de muerte en Europa en el que se mezclan la «ideas gentilicias», el protestantismo, el amor a lo griego y lo romano y las artes clásicas, el favor con el que se mira a la degradante época de los césares, esos «gentilicios-protestantes» que tendían a instalar la igualdad y el despotismo cesáreo y el posterior «fatal principio del divorcio entre la unidad en la fe y la libertad política»; este aislamiento, además, la habría librado también de guerras y convulsiones internas (vol. V, pp. 697-698). Es el otro lado de la perspectiva liberal, pero no tan otro lado que no sea decididamente patriótico y español.

Desde esta perspectiva es evidente que también tenía que ser muy distinta su mirada a la de las perspectivas historiográficas liberales en lo referente al siglo XVIII, partiendo de la base de que el principio básico de lo español habría sido lo corporativo y feudal, con el papel directivo de la Iglesia y la nobleza, y, por tanto incidiendo en la crítica a la Ilustración, al absolutismo de la estirpe francesa de los Borbones, de la que se admite apenas los avances materiales que habrían conseguido (vol. I, pp. V-VI), y a la desaparición de las instituciones de los viejos reinos.[30] Es en gran medida el origen de una debacle que tendría la contrapartida de la guerra de la independencia, cuyo papel en las perspectivas liberales ya conocemos, y que se presenta como una renovación, otra guerra de religión, un combate español, que sigue esa tradición de defensa del catolicismo del siglo XVI contra las ideas anticristianas, que querrían llevar a España a un estado social ya pasado, a descender del cristianismo al paganismo, a ese mundo representado por la Revolución francesa que, citando a Balmes, habría instalado a Mario y Sila en París (vol. VI, pp. I, 324, 465).

Está claro también que su actitud ante el Estado constitucional tenía que estar bien alejada de la satisfacción culminatoria que conocemos: la propia monarquía liberal no sería sino una organización política frágil dominada por una oligarquía cortesana que lanzaría desde las tapias de Madrid tempestades de vasos de agua sobre las provincias, que desarrollaría la colosal figura del moderno déspota que es el Estado que pulveriza la sociedad, o ataca la propiedad corporativa (vol. VI, pp. II, 1.011 y ss., 1.214-1.215). En otro lugar, en plena defensa del feudalismo, incide en todo esto, mostrando cómo la soberanía absoluta del Estado amenaza con absorber la libertad y la dignidad, y cómo la servil apoteosis de la ciencia y del poderío de las masas acabará extinguiendo la energía personal y las fuerzas individuales, al tiempo que destruirá las altivas susceptibilidades del alma y el genio de la vida pública... (vol. IV, pp. 455). No hay ni que decir que, al fondo, está también la inquietud de la Iglesia católica ante su pérdida de con-

30. Para los planteamientos sobre «Foralismo y resistencia ideológica feudal» véase P. Cirujano *et al.*, 1985, pp. 125 y ss.

trol social, las desamortizaciones y el relativo avance de la educación pública. Por otra parte, al fuego del rechazo de un estado burgués así dibujado, se añade la leña de una crítica a la alternativa unitaria con la que se conforma.

Una vez derrotado, como veíamos, el carlismo, o sea, los antiguos principios españoles, la esperanza descansa, asegura, en el partido neocatólico que aún mantendría las antiguas esencias hispanas frente a lo extranjero. Es esencial recalcar aquí cómo la historia desde el siglo XVIII es presentada como un puro ataque, y las guerras carlistas, precedidas por la de la Independencia, como las alternativas, fracasadas o insuficientes, del auténtico espíritu español. Es obvio que a Gebhardt y los suyos lo que les queda es esperar el éxito del partido citado o, por qué no, otra guerra para eliminar tantos factores impropios y volver las cosas a su sitio, a una monarquía con representación corporativa que se situaría entre el absolutismo y las veleidades democráticas de cualquier tipo.

¿Qué supone esto para su tratamiento de la Antigüedad? Ya hace tiempo que se probó que el pensamiento reaccionario español no es en absoluto original.[31] Gebhardt lleva en nuestro campo esto un poco más allá: aunque reconoce (vol. I, p. VI) que sigue la guía de la historia de España del francés C. Romey —cuyo libro *Chateubriand Prophète* había traducido en 1849— en realidad lo que hace es plagiarlo; su *Historia de España desde el tiempo primitivo hasta el presente*,[32] también inacabada, había sido uno de los primeros intentos de aplicar a la historia peninsular el modelo que puede representar Guizot.

Pero la peculiar «intertextualidad» de nuestro plagiario le hace, además de esto, censor. Así, por ejemplo, eliminará cualquier referencia que le inquiete de tipo religioso o patriótico; como él entiende que «las soluciones católicas son las únicas que nosotros admitimos, las únicas que creemos verdaderas» (vol. I, p. II) no tiene inconveniente en volver a defender la tradición —así la venida de Santiago— aunque no haya pruebas. En otros casos nos podemos encontrar a Gebhardt copiando tranquilamente (vol. I, p. 202-203 de Romey; vol. I, pp. 295-296 de Gebhardt) hasta que se sobresalta ante frases como: «Cristo fue para el imperio un verdadero revolucionario» o cuando se critica el carácter intransigente del catolicismo hispano desde los primeros tiempos; su opción aquí es o suprimirlas, como en este caso, o aceptarlas pero matizándolas, así cuando Romey dice, por ejemplo, «El verdadero espiritu del cristianismo fue una doctrina de libertad e igualdad universal» (vol. I, p. 203), él transcribe: «divina doctrina de amor, de libertad, y de igualdad de las almas» (vol. I, p. 296), para que no haya confusiones.

De cuando en cuando sus cambios se hacen un poco más intensos, mostrando así qué elementos le resultan más sensibles. Recalcaremos sólo unos pocos factores. Respecto a Roma, es significativo que reivindique sus éxitos económicos como producto de su componente timocrático y no democrático o que asocie

31. J. Herrero, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*. Madrid, 1988; M. V. López-Cordón Cortezo, «La mentalidad conservadora durante la Restauración», en J. L. García Delgado, *La España de la Restauración, Política, Economía, Legislación y Cultura, I Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España dirigido por M. Tuñón de Lara*, Madrid, 1985, pp. 71-109.
32. Barcelona, 4 vols., 1839-1845.

su final con claves críticas al Estado liberal; el moderno déspota que veíamos que era para él el Estado se desdobla ahora: el emperador es un déspota que alimentó el crecimiento desmesurado del Estado, un despliegue burocrático con la creación de «una red de empleados», una «máquina administrativa» masiva (vol. I, p. 303), que al ir unido a la búsqueda de recursos para mantener a raya a los bárbaros, y satisfacer al populacho y al ejército, habría llevado a la destrucción de los ricos de las ciudades (sobre todo vol. I, pp. 297 y ss., 303 y ss.).

Claro que la decadencia de las viejas clases dirigentes de las ciudades se compensaría con un reforzamiento de la Iglesia católica que, a través del dominio de sus obispos en ellas, habría constituido un auténtico «régimen municipal eclesiástico» (vol. I, p. 311). Y el mundo visigodo, prólogo de la Edad Media, se valora otra vez con una lectura en las claves de identificación que cabe esperar: a través de las instituciones visigodas se defiende la intolerancia religiosa (vol. II, p. 165), el régimen feudal (vol. II, p. 23), la legitimación divina del poder y de su componente absoluto (vol. II, pp. 125-127), la intervención de la Iglesia católica por la vía de los concilios en el Estado pero su independencia respecto a él (vol. II, pp. 131-133, 176 y ss.). Los godos son la clave de esa Edad Media que tanto valora precisamente por el dominio de todos estos factores, en la antítesis de los esquemas de Martínez Marina; y así, España (vol. I, pp. 325-326) en medio de todas las desgracias y protegida por Dios «se convierte por fin en nación, y en nación poderosa y grande» y el poder del clero habría ido felizmente unido a un cristianismo que llegaría desde el gobierno hasta los pequeños detalles de la vida doméstica, impregnando todas las ideas y sentimientos, en un proceso continuado felizmente hasta el lamentable atentado que habría supuesto la Revolución francesa (vol. II, pp. 207, 307).

El tránsito a la Edad Media se construye desde una visión consecuente de la invasión sarracena que «pone en cuestión por algún tiempo las conquistas realizadas por la nacionalidad española» (vol. I, p. IV; vol. II, pp. 246-247). Y el proceso de lucha y renovación unido a la derrota del infiel se conecta fácilmente con la siguiente tarea providencial que ya hemos visto antes: seguir luchando contra infieles en el exterior y en el interior, el repliegue tras la derrota del siglo XVII, la nueva exaltación con la Guerra de la Independencia y la lucha carlista en pro de los auténticos y vetustos principios de la sociedad española.

Su historia se construye, como se ve, a partir del modelo tradicional, quizá incluso con más fidelidad, permitiendo una sucesión de misiones providenciales y de eventuales culpas-castigos-redenciones que van más allá de las posibles lecturas laicas o semilaicas de estos procesos en claves exclusivas de unidad/desunión, posibilitando una lectura victimista del presente como resultado de una invasión de siglo y medio, invasión a eliminar como se habían eliminado otras de ocho siglos. Las potencialidades de Mariana son bien visibles. Esta vuelta adicionalmente rígida a una identificación entre España y el catolicismo cargada de hostilidad frente al extranjero o el que disiente conlleva también la capacidad de excluir de la pertenencia del grupo a quien, al no identificarse con ese principio básico identitario, se convierte en extranjero y presentado como hostil y a hostigar.

Con Gebhardt tenemos ya definida la perspectiva histórica del pensamiento español integrista y nacionalista. También, como vemos, a estas concepciones llegan las necesidades generales de articular una imagen de la historia de España acorde con su visión del mundo, capaz de competir con las de sus oponentes ideológicos, políticos y, cada vez que pueden, militares. Nos muestra que se puede hacer una historia en la que la soberanía popular no juegue un papel central, pero sí esa esencia nacional que interpretan quienes verdaderamente la conocen, en este caso quienes saben que las sociedades son cosa de Dios y no de los hombres (no digamos ya de las mujeres), y cuál habría sido la misión que la Providencia habría encomendado a España en la historia del mundo, y que no se dejan guiar por la absurda y bárbara idea de que quepa un orden humano independiente de las verdades católicas (vol. II, 126; vol. VI, pp. 2, 1.013).

Maravall sintetizaba en una sola frase este juego, en su prólogo al libro interesantísimo del portugués J. P. de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibera* de finales de siglo: «el patriotismo, de origen liberal reformista y democrático, es expropiado y explotado por el pensamiento de la derecha, sobre todo después de la Restauración».[33] Gebhardt nos muestra, entonces, un paso clave en el periodo previo a ésta, no por casualidad siguiendo a una derrota; luego veremos cómo procesos claves desde similares integrismos católicos vienen también presididos por la siguiente.

Otras observaciones muy significativas suyas nos pueden servir también de prólogo para el siguiente capítulo. En medio de una imagen catastrófica de la situación europea, España, a pesar del papel devorador del Estado y de su oligarquía cortesana, se mantendría «extraña todavía por fortuna a los terribles problemas que la existencia de las masas proletarias plantea en otras naciones» mientras que el país «se ha dedicado a ganar más riqueza material» (vol. VI, pp. 2, 1.012-1.014). Pero sufría, como el resto de Europa, enormes cambios en el orden social y, como casi toda ella, la inestabilidad de las instituciones, la fragilidad de su organización política, un contraste entre sus recursos y «la agitación impotente de los hombres y de los partidos», una confusión y duda moral ante la que el único puerto de refugio es el catolicismo (vol. VI, pp. 2, 1.215); él entiende que, a pesar de todo, se mantendría un «dualismo» extremo entre esas elites cortesanas y sus gobernados, un pueblo, una nación española, que vería «como áncora salvadora, como los únicos [principios] sobre los cuales podrían fundarse las instituciones que habían de gobernarle» a la religión católica y la monarquía (vol. VI, pp. 2, 1.010-1.013).

Este supuesto dualismo daría por hecho que los errores y limitaciones del Estado liberal a la hora de resultar verdaderamente efectivo y de ganarse con sus servicios al conjunto de la población, que eran muchos y que estaban en parte provocados por las propias limitaciones que imponía la Iglesia católica, se enfrentaban a un colectivo entregado a esa causa del catolicismo y absolutismo integristas, en vez de a una sociedad donde primaban componentes más inmediatos ligados a la supervivencia y, por qué no, a la desconfianza hacia ambas partes del

33. J. A. Maravall, Prólogo a J. P. de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibera*, Madrid, 1972, p. 18.

juego. Por otra parte, los preocupantes movimientos sociales de que nos habla nuestro autor, la derrota militar carlista y los propios estallidos de anticlericalismo mostraban e irían mostrando cada vez más a Gebhardt y los suyos el creciente enfrentamiento de esa creencia con la realidad, a pesar del hecho indudable de que la estructura eclesial siguiera siendo, en especial en determinadas zonas, un componente movilizador primordial.

A finales de la década de 1860 todo un conjunto de factores, entre los que se cuenta la propia personalidad aturullada de la reina y su adscripción cada vez mayor a posiciones reaccionarias, llevan a su expulsión y a la de su dinastía, a nuevas perspectivas en las que triunfa el concepto de soberanía popular sin cortapisas, a la vez que surgen los movimientos en los que se empiezan a hacer visibles los terribles problemas que plantearían las masas proletarias y algunos más, además de las líneas anticentralistas ahogadas en la fase anterior.

Tras el complejo y fecundo Sexenio y el correspondiente golpe militar, Cánovas instaurará un orden político más afín a ese espíritu católico que para Gebhardt habría hecho grande a España. Conforme ese orden político vaya abriéndose, con precauciones, y bien salvaguardado de peligros por un caciquismo institucionalizado, a su derecha y a su izquierda, no sin ayuda de la sorprendente capacidad de agrupación que da el miedo a las clases populares, estos sectores integristas, fraccionados, volverán a actuar con las armas, con la política y con las ideas.

Dedicaremos nuestra atención en los dos siguientes capítulos a los efectos en la historiografía y en la imagen de la Antigüedad de este periodo de cambios de todo tipo del último tercio del siglo; pero conviene advertir que es en esta época que acabamos de ver cuando se han dejado compuestos, sobre la vieja partitura del modelo multisecular, gran parte de las piezas que formarán el repertorio que, con mayor o menor afinación, creatividad o riqueza instrumental se interpretarán en adelante, y tanto en este siglo como en el siguiente.

Y una última advertencia que remite a otra ya realizada en la Introducción: cuando hemos hablado de historias nacionales y vemos su despliegue desde perspectivas muy distintas en términos de ámbitos de definición o de posicionamientos políticos —aunque no, repetimos, desde todos— no hablamos de las percepciones masivas, de cuánto de este discurso nacionalista (y de qué manera) es integrado por el conjunto de la población, un ámbito esencial del que la historiografía no es sino una parte y en el que tampoco el poder político tiene la última palabra a pesar de sus posibilidades, no siempre exitosas, de generar símbolos e identificaciones colectivas. Lo que queda por hacer en este campo es mucho, si no casi todo, dada, además, la enorme variedad de factores a tener en cuenta, desde la prensa a la multiplicación de espacios de espectáculo (y de públicos) por los que circularán coplas, cantares y representaciones colectivas de todo tipo.[34]

34. Es fundamental aquí, señalando en gran medida un camino por recorrer, C. Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mito, nación*, Madrid, 1999.

4. INQUIETUDES FINISECULARES

Cambios, miedos, expectativas. Una breve introducción europea

Las tres últimas décadas del siglo XIX suponen el exacerbamiento de buena parte de las tendencias que apuntamos en la introducción al capítulo anterior y también cambios radicales en el campo cultural, en las ideas del mundo y en la propia historiografía. El proteccionismo económico, la potenciación de la industria interna, el desarrollo de nuevos aparatos de Estado, la competencia y la diplomacia agresivas, se unen a los imperialismos y colonialismos y a la pura política de la fuerza en el dominio del mundo. Las unidades alemana e italiana resultan factores clave, acompañadas como están, además, por un ansia de expansión militar que lo refuerza.

España, perdida alrededor de medio siglo antes la inmensa mayor parte de su viejo imperio, no está en condiciones de desarrollar una actividad imperialista sólida, un factor esencial en un momento en el que el prestigio se mide en términos de capacidad de dominio, con la consiguiente frustración. Pero no es necesario recalcar que no es nada ajena a la política europea; hay un momento crucial en la historia de Europa en el que tendrá mucho que ver y que nos servirán para introducir el capítulo.

Es el problema de qué dinastía habría de gobernar en España una vez expulsados los borbones, el que provoca la guerra franco-prusiana en 1870. Y es en plena derrota francesa cuando al año siguiente se constituye en París la Comuna, con una organización democrática y un proyecto federalista inspirados por el movimiento obrero y las perspectivas libertarias y socialistas, que sufre una represión brutal.

Además de la constitución de la tormentosa III República, supuso también todo esto, aparte de la sorprendente criminalización de los *communards*, el ascenso del temor al movimiento obrero y la posibilidad de programas comunes entre diferentes perspectivas políticas antes enfrentadas que ahora redescubren una buena razón para unirse: su miedo a éste, a la democracia radical y a las perspectivas que apuntan desde ahí a nuevas formas de sociedad y de solidaridades.

Luego volveremos a Francia, pero conviene ahora aludir a dos procesos más que se disparan en este momento; el primero es la unidad alemana, una unidad conseguida por la guerra externa y por Prusia que preludia la exaltación naciona-

lista, el impulso industrializador y una competencia imperialista y armamentística típica de la época y que encontraba su contraparte en una Francia herida por la derrota y el revanchismo. Será en particular a partir de la década de 1880 cuando al Imperio por excelencia, el Británico, se le unan las pretensiones de éstas y otras potencias en una espiral de ocupación y reparto del mundo en cuya propaganda y teorización se juega con la superioridad occidental y su deber como adalid del progreso humano y con las argumentaciones sobre la necesidad de imperio para el desarrollo económico; destaca en particular la idea casi darwinista de la urgencia de participar en los procesos coloniales para la propia supervivencia, para no encontrarse fuera de un reparto que decidiría quién o quiénes serían las potencias del mundo por venir.[1]

La derrota de Francia supondrá, además, el debilitamiento del protectorado francés sobre el papado, lo que posibilita la culminación de la unidad italiana con la ocupación del Estado Pontificio y la declaración de la capitalidad de Italia en Roma; esto significó mucho más que la reducción del poder temporal de Pío IX al Vaticano, supuso también la multiplicación de su línea integrista antidemocrática y antiliberal, y del sentimiento de despojamiento de sus derechos sobre la sociedad que ya venía inspirando al catolicismo oficial conforme perdía el control directo de las sociedades europeas que pertenecían a su tradición; hasta el pontificado de León XIII, y en particular en la década de 1890, no se fue produciendo un cambio en esta actitud que venía exigido, empezando por Francia, por la necesidad de brindar el apoyo, para evitar males mayores, a sectores más cercanos políticamente e intervenir en las nuevas políticas sociales cara al movimiento obrero.

A su vez, las repercusiones inmediatas de todo esto en España son evidentes: el Sexenio Democrático que se inicia en 1868 hispano se sitúa a trasmano de la tendencia europea y enfrentado como nunca a un catolicismo afectado por las nuevas medidas y a la libertad reinante, que recibe como una nueva afrenta esa pérdida del poder temporal del papa y una parte del cual volverá a tomar las armas en los dos episodios de la última guerra carlista.

Pero hay otra consecuencia un poco más indirecta que afecta a la historiografía y que conviene contrastar con el caso francés. Los difíciles años de la III República van a tener un resultado indiscutible: la reafirmación de un patriotismo que va a necesitar ser reelaborado, y que lo será, entre otras muchas cosas, con la extensión de una educación primaria y, naturalmente, estatal cargada de todo esto, con la edificación de nuevas teorías y multiplicación de los recursos que buscaban poner en juego la ciencias y saberes nuevos o heredados, en gran medida emulando las estructuras universitarias alemanas.

Esto se realiza en una doble dimensión. Se trataba de evitar, por un lado, las formulaciones peligrosas de las nacientes ciencias humanísticas y sociales que habían desarrollado una idea plenamente laica del cambio social y que habían confluido en diferentes planteamientos que podemos calificar globalmente como

1. Véase para todo esto J. J. Carreras Ares, «El colonialismo de fin de siglo», en *Razón de historia. Estudios de historiografía*, Madrid, 2000, pp. 159-192.

progresistas y como evolucionistas, aunque con frecuencia también con rasgos eurocéntricos y convencidos de la superioridad evolutiva (o racial) europea. Hablamos de los fundamentos de la sociología, de la antropología, del darwinismo, de los cambios que implica la aparición de la Prehistoria, incluso de una historia entendida en términos de progreso material y tecnológico, como en cierta forma en el mismo Marx. Este último caso no es banal: era evidente la asociación entre este tipo de planteamientos y los proyectos que buscaban formar otro tipo de sociedades cuyos dientes se habían visto o creído ver en la Comuna.

Por otro, se trataba de fomentar el desarrollo del prestigio nacional en el campo del conocimiento y de poner a disposición del Estado los nuevos saberes que permitieran de verdad cumplir con el sueño del control social. En gran medida había que renacionalizar el país y renacionalizar y definir las ciencias que ayudaran en eso y en el progreso material.

Lo que ocurre en el campo de la historia es muy significativo: la profesionalización. Francia fue derrotada por una Alemania que nunca había sido pionera en ninguna de las dos revoluciones del siglo, pero sí en la profesionalización de los historiadores, unida a un desarrollo de las técnicas de trabajo del documento escrito, a la creación de revistas y colecciones especializadas y a una enseñanza de la historia en la universidad basada en el seminario y el contacto directo con las fuentes. Ahora se trataba de imitarla, y, a la vez, de evitar el tipo de historia declamativa y retórica que podía representar Guizot pero sobre todo las citadas peligrosas «especulaciones» evolutivas y progresivas y reservarla para los especialistas. Lo que se defiende es una historia nacional que se pretende rigurosa, basada en las universidades sobre todo, ligada a las fuentes originales y no dejada en las manos irresponsables de los no profesionales, que remedara a la germana incluso a la hora de producir efectos similares de patriotismo y entrega.

Aunque quepan perspectivas más ambiciosas, nada más rentable que asimilar la falsa idea de que el historiador se limita a dejar hablar a las fuentes, en una equivalencia entre ellas y la observación o el experimento como base (por lo demás, también falsa) de las ciencias naturales, negar la posibilidad de generalizaciones, afirmar lo único e irreductible de cada cultura y momento, y centrarse en los documentos del Estado y, por tanto, en sus dinámicas políticas, institucionales y militares. En este programa confluían los nuevos «positivistas» franceses, los historicistas alemanes y muchos otros.

Esto no significa que no hubiera otros intentos más ambiciosos, por ejemplo de visiones económicas y sociales, tal como en Alemania plantea M. Weber; pero serán, aunque muy fructíferas, minoritarias y tendieron a verse en toda Europa arrinconadas en las agitadas, belicosas y patrióticas primeras décadas del siglo siguiente. Es algo más que curioso que hasta después de la segunda guerra mundial no triunfaran estas nuevas perspectivas historiográficas, mientras que el impresionismo ahora y los cambios que imprimen en el siglo XX las vanguardias artísticas y arquitectónicas abrirían caminos insospechados de libertad en sus viejas tradiciones académicas y continuarían desarrollándose impactos intelectuales como el que supone Freud.

Sería un error interpretar, en todo caso, la cierta aversión a la teoría que esto

implica, como una cerrazón absoluta en el campo de la historia. Muy al contrario, ahora en toda Europa se sedimentan toda una serie de campos y de cambios en las miradas al mundo de la Antigüedad y al periodo previo. Uno de ellos es la revalorización de lo romano como precedente del imperialismo europeo, que supera la vieja hostilidad que lo asociaba a lo napoleónico e ilustrado, y que lo sitúa como memoria compartida de los europeos que mostraría su diferencia y superioridad respecto a las otras culturas y sus antepasados respectivos o como referente en unidades nacionales, procesos políticos, modelos jurídicos y tantos otros factores. Otro es el contraste entre la imagen de una cultura griega exaltada y purificada de orígenes «orientales»[2] y la impresionante multiplicación de descubrimientos, ligados a los desarrollos imperialistas, en Oriente Próximo y Egipto que implican, por ejemplo, la inmensa apertura de su perspectiva temporal y cultural, la actualización de los problemas sobre cómo se habría transmitido la «civilización» con modelos difusionistas que lo explicarían a partir de su desplazamiento desde centros creadores más o menos sucesivos y de los que Europa sería el último, o la puesta en duda de las cronologías bíblicas y las consiguientes resistencias.

Esto, lo mismo que las consecuencias del darwinismo, la paleontología, la antropología y la propia Prehistoria, son cuestiones de un interés enorme y que no se dejan reducir, como es fácil de entender, a la cerrazón de determinados sectores cristianos como la Iglesia católica, aunque no se debe olvidar su papel a la hora de impedir su difusión y el avance del conocimiento. Este último campo en particular es un ámbito de saber nuevo, proyectado también hacia atrás en el tiempo en dimensiones no sospechadas antes, y que exige nuevos instrumentos, nuevas maneras de recoger, valorar, clasificar e interpretar los objetos procedentes del pasado, de ubicarlos en el tiempo, de documentar las excavaciones y las estratigrafías.[3]

Pero se han de construir mucho más que «instrumentos», hay que construir teorías y conceptos sobre temas tan claves como definir qué es una sociedad o una cultura, qué relación se establece con «otras», anteriores o contemporáneas y sus mecanismos de cambio y evolución; se hagan conscientemente o se den por hecho, lo claro es que se proyectan las perspectivas de la época. Y era inevitable que en estos nuevos caminos de conocimiento se filtrasen los modelos eurocéntricos y, muy en particular, las perspectivas nacionalistas, al aplicarse directamente al relato del propio pasado, a unas «raíces» de los países y de las naciones cuyo rastreo se hacía imprescindible, en un proceso que aparecía, además, adornado con las características de lo moderno y lo científico. Así, se proyectaban en modelos de superioridad e inferioridad en clave evolutiva o en otros que exacerbaban su imagen de auténticos cuerpos vivientes (y murientes), destinados a una

2. Véase el provocador libro sobre la «invención» de Grecia de M. Bernal, *Atenea negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, vol. I. *La invención de la Antigua Grecia, 1785-1985*, Barcelona, 1993, en especial cap. VI y ss., IX.

3. A. Schnapp, 1997, 321 y ss.; E. Gran-Aymerich, *El nacimiento de la arqueología moderna, 1798-1945*, Zaragoza, 2001, pp. 386 y ss., 635 y ss.

vida y un trayecto desde el nacimiento hasta la muerte pasando por la madurez, proceso en el que no contaría el contacto externo excepto en términos dramáticos de extinción propia o sometimiento del otro. Todo ello, además, se proyectó, y más que antes, en la financiación de determinadas excavaciones de interés, en la exhibición de sus restos en los museos nacionales o, incluso, en la preparación de los yacimientos para su exhibición pública.

Y tampoco sorprende que en la filología y la lingüística se desarrollen ramas y perspectivas muy acordes con todo esto; el siglo que ve el mayor avance en el conocimiento de las lenguas y de sus relaciones de toda la historia de la humanidad, asiste a la difusión de la falsa idea de las lenguas como modelos excluyentes de visión de la realidad, profundizando así en su condición de instrumento nuclear en el arsenal de las construcciones y prácticas nacionalistas de todo tipo. La imagen rígida de las lenguas y su evolución llevaba a entender, por ejemplo, que si las indoeuropeas se podían postular como las propias de la racionalidad y la base del éxito occidental y se podían conectar con las ideas raciales elevadas ahora también a la categoría de «científicas», cabría, siguiendo la lógica correspondiente, no sólo interpretar la superioridad racial y lingüística de los occidentales sobre los demás, sino distinguir en un momento dado dentro de estos; así, el auge inglés, estadounidense y alemán de finales de siglo, y la derrota de Francia, unida en la década de 1890 a la italiana de Adowa o el 98 español, llevará a considerar a las «razas latinas», en irremediable decadencia frente a la supremacía racial y militar de las germánicas.[4]

Es claro que este modelo —como los equivalentes en las lenguas— empiezan a dar cuerpo «científico» a ideas que responden a esquemas nacionalistas rígidos pero también a una concepción de la identidad colectiva como realidad amenazada y amenazante que tiene mucho que ver no sólo con este tiempo, sino con los propios sentimientos de pertenencia que afloran, por ejemplo, en el modelo hispano multisecular. Las etnogénesis, las construcciones de identidades colectivas diferentes a lo largo del tiempo quedan así negadas, de nuevo todo un ejemplo fascinante de las perspectivas restrictivas que aplican las perspectivas nacionalistas precisamente en el siglo que más contactos interculturales, cambios e invenciones identitarias había experimentado en la historia del mundo.

Por supuesto que los planteamientos que acabamos se reseñar no son exclusivos ni carecen de críticas en la época. Pero son importantes para entender las cruciales derivas de los nuevos saberes que abren la mirada al pasado de los occidentales. En medio de los cambios de la época que hemos visto surgen, pues, nuevas maneras de abordar el pasado y a sus épocas más remotas. Y en España todo esto se experimenta también.

4. A. Fouillée, *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*, Madrid, 1903 (originalmente *Esquisse psychologique des peuples européens*), véase J. Caro Baroja, «El mito del "carácter nacional" y su formación con respecto a España», en *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Madrid, 1970, pp. 104-105, 108.

En España: dos momentos

El Sexenio de 1868 a 1873 marcó un cambio radical desde muchos puntos de vista. Muy a pesar de los problemas internos y de su final por el golpe de Estado militar que trajo la Restauración, supuso mucho más que el triunfo de las perspectivas democráticas y de los conceptos de soberanía popular y de libertades que se corporeizaron en la monarquía de Amadeo I y en la I República. Un contemporáneo, el canario Baltasar Champsaur Sicilia lo describe gráficamente: «La llamada revolución de Septiembre había abierto muchos ventanales y respirábamos un aire de libertad y de vida regocijada que hacía pensar en algo así como un pueblo dueño de sí mismo... Se discutía en todas partes... Era como un despertar después de una larga somnolencia».[5]

Se trata del surgimiento de un marco social y político abierto y del nacimiento y potenciación de iniciativas intelectuales de mayor heterodoxia que se verán multiplicados por la ley de libertad de educación y otros cambios administrativos y organizativos (como la creación de sociedades científicas), en medio de un mundo fertilizado, entre otros, por los receptores de las nuevas perspectivas «peligrosas» de las que acabamos de hablar: krausistas, fourieristas, darwinianos, positivistas, federalistas de Pi i Margall, socialistas y anarquistas. Es probable que fuera la inmediatez de la lucha política e ideológica la que explicara la inexistencia de historias de España donde confluyera todo esto.

La Restauración canovista cambió muchas cosas y muy en particular las pretensiones de una soberanía popular sin cortapisas que habían quedado instauradas en la constitución de 1869. La capacidad de Cánovas para llevar el régimen desde una estructura dictatorial y una ideología integrista iniciales hasta ir ampliando los mecanismos políticos e incluir a buena parte de los políticos del Sexenio es muestra de las habilidades del malagueño, pero también de una deriva general al conservadurismo en la que tuvieron mucho que ver los aires cargados de temor a las clases populares que acabamos de ver en el caso francés y las propias experiencias de los conflictos cantonales. No sorprende que abunden las referencias en sus escritos a la Internacional y sus peligros, a la necesidad de controlar al proletariado (con la caridad, la ilustración o la fuerza, llegará a decir), o que aceptara la idea de la necesidad de generar un verdadero partido alrededor de la defensa de la propiedad. Las disputas alrededor del sufragio universal masculino mostraban explícitamente el miedo a que las urnas trajeran consecuencias funestas como el comunismo. La corrupción del modelo caciquil canovista no es una consecuencia colateral del sistema político sino su misma esencia: el control por los pudientes de un instrumento de poder que podía volverse en contra sin las debidas precauciones; cuando se renunció al control de las votaciones a partir de la limitación censitaria de los votantes y se concedió finalmente, estaba garantizada la manipulación de las reglas del juego.

Un fenómeno parecido ocurre en el otro sentido político, el de un catolicismo

5. Citado por Th. F. Glick, *Darwin en España*, Barcelona, 1982, p. 14.

integrista que, tras la derrota de los carlistas, buscó con todas sus fuerzas limitar los cambios liberalizadores y que, en todo caso, se articuló en el sistema aglutinándose alrededor de las ideas del nacional-catolicismo; estos sectores se beneficiaban, igual que la Iglesia católica, no sólo de su bienestar económico sino de los privilegios que les concedía el sistema, sin por ello, también como la Iglesia católica, dejar de considerar con recelo y como un insulto o una persecución la simple difusión de las concepciones y posiciones laicas. Se podría hablar incluso de un retroceso ahora en la ya difícil convivencia de catolicismo y liberalismo que glosaba Cuenca Toribio «Los hitos transformadores de la sociedad decimonónica se consideraron como un ultraje de minorías desarraigadas a los postulados que alimentaron la historia nacional, cuyo desquiciamiento se superaría el día en que los resortes del poder volvieran a manos incontaminadas de los errores modernos».[6] También aquí se notaría el papel de las respectivas políticas desarrolladas en los treinta años de papado de Pío IX (1846-1878) y de León XIII, incluyendo las tendencias adaptativas que supone este último, aunque no deba exagerarse.

Todo esto generó un panorama muy complejo; la débil institucionalización de las ramas del saber, y en particular de la Universidad, no permitió grandes resultados en los organismos públicos organizados a tal efecto. Cánovas no se propone un proceso innovador de la radicalidad del francés. Un desarrollo educativo amplio era considerado desde los poderes reales probablemente innecesario y, sin duda, peligroso por muchas razones, entre otras por la enemistad de la Iglesia y de su propio sistema privado, que crecía en los niveles elitistas convenientes; esto, de nuevo, no podía dejar de tener influencia en un amplio conjunto de ámbitos, desde su escasa contribución a la nacionalización en sí a la no menos escasa aportación a proyectar la imagen del Estado como proveedor de servicios públicos. Por otra parte, la constitución de un conjunto de instituciones del saber paralelas a las francesas y para alcanzar los objetivos que éstas buscaban, quedaba excluida también seguramente por la propia peligrosidad que conllevaba un ámbito como la Universidad del que habían salido, aparte de otras razones más obvias, como la dedicación de los presupuestos a cosas más inmediatamente rentables.[7]

Cánovas, un historiador y un hombre culto además de político, sabía de los peligros y posibilidades de los nuevos y viejos saberes, pero también de la necesidad de contar con ellos y darles un lugar que permitiera controlarlos. El campo de la historia resultaba, además, nuclear: había que justificar el nuevo régimen y situarlo en la cadena de la historia española, había que reconstruir una imagen del

6. J. M. Cuenca Toribio, *Iglesia y burguesía en la España liberal*, Madrid, 1979, p. 231; es significativo el título del primer capítulo de sus *Estudios sobre la Iglesia española del XIX*, Madrid, 1973: «El catolicismo liberal español: las razones de una ausencia». Aprovecho para agradecer encarecidamente al Prof. Cuenca Toribio su guía en este terreno y otras muchas observaciones sobre el contenido de este libro.

7. E. Gran-Aymerich, 2001, p. 276. Señala cómo en Francia se multiplica por tres el presupuesto del final del II Imperio dedicado a la enseñanza superior, con más de 350 cátedras dedicadas a las nuevas ciencias y saberes.

pasado que permitiese defender su «restauración» en el régimen vigente, había que cerrar el juego a las interpretaciones peligrosas. En todo esto, que sólo en cierta forma remedaba el caso francés, tampoco su juego se centró en la Universidad, sino en generar un sistema con cabeza en la Real Academia de la Historia, con un cierto papel de la Escuela Superior Diplomática a efectos más técnicos, que se conectaba con todo el país a partir de correspondientes o de otras entidades subordinadas, y que buscaba monopolizar y controlar publicaciones —con el papel destacado del Boletín de la Real Academia de la Historia— y actividades; es más que significativo que en esto se subordinaran e integraran entidades como los ateneos que habían cumplido a lo largo del siglo XIX funciones bien distintas, como sabemos. Con ello constituyó una red de intereses que se extiende por todas partes e integró, junto a la intelectualidad más afín, a una parte de la surgida en el periodo anterior, en una clara reproducción de su modelo político general, y en particular de lo que tenía de caciquil, en el marco de su conservadurismo ecléctico. Y además de buscar redefinir (y limitar) el concepto de historia y de la de España, buscará intervenir en su misma dirección en el campo del patrimonio nacional y su exaltación museística, siempre dentro de la misma tónica general.[8]

Hay que advertir que en este campo, como en el general de la cultura y la ciencia, no todo es negativo, ni siquiera en el interior de la estructura oficial, y que esta época «canovista» no se deja reducir al canovismo mismo. Sigue habiendo gentes procedentes del mundo fertilizado durante el Sexenio, que trabajaban con otras claves, a la vez que se situaban en una posición marcadamente crítica, siendo los más conocidos los que integran la Institución Libre de Enseñanza desde 1876. Con o sin apoyo oficial se reforzó la penetración de los nuevos saberes de que hablábamos (sociología, antropología, evolucionismo, darwinismo, Prehistoria...). En el campo de la historia, incluso en posiciones más o menos oficiales o cercanas al canovismo, no se carece en determinados ámbitos de personajes y obras válidas; y en el de la Antigüedad no hay que despreciar en este sentido las producciones de gentes que sobrepasan con creces las pautas de la tradición anticuaria y erudita, especialistas en derecho romano público como Rodríguez de Berlanga, numísmatas como Antonio Delgado, estudiosos de las vías romanas y otros campos como A. Fernández Guerra, o, en la medievalística, de la historia del derecho como Eduardo Hinojosa.

Pero basta observar el impacto en España de profesionales y no profesionales europeos como E. Hübner, encargado de la recogida de sus inscripciones para el *Corpus Inscriptionum Latinarum*, arqueólogos más o menos aficionados como Bonsor o los hermanos Siret o, algo más tarde, P. Paris, para vislumbrar los límites del juego. El propio Hübner hará un balance nada favorecedor de la situación de su campo en España. Las demoledoras recensiones sobre obras españolas y so-

8. Véase en particular I. Peiró, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración,* Zaragoza, 1995, pp. 59 y ss., 77 y ss.; I. Peiró y G. Pasamar, 1996, pp. 78 y ss. para el proceso general; de los mismos autores, *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, 1987, cap. 1: «Los inicios de la profesionalización historiográfica en España (regeneracionismo y positivismo)».

bre la situación de su historiografía de un hispanista francés, Morel Fatio, en la *Revue Historique*, son concluyentes; viene bien, por cierto, esta última referencia a publicaciones extranjeras para recordar que la profesionalización de la historia en Europa producirá también especialistas y revistas dedicadas total o parcialmente a España, en particular en una Francia que también aquí da la batalla frente a Alemania, con lo que los referentes externos son aún más claros.

La insatisfacción respecto al estado de las ciencias y de la educación se asocia pronto a la que produce la España de la Restauración. Sin necesidad de negar el avance del desarrollo industrial era evidente el desfase con otros países europeos y con las potencialidades internas, lo que se entendía con razón que tenía mucho que ver con el régimen y sus limitaciones. La Institución Libre de Enseñanza defendía una de las líneas de conexión de todo esto: la falta obvia de desarrollo de los saberes y de un sistema educativo que condenaba a la mayor parte de la población al analfabetismo, se veían como claves esenciales de ese atraso económico, de la miseria y de la propia existencia de la corrupción y el caciquismo.

En historia, un buen representante de todo esto es Rafael Altamira, muy ligado a la Institución Libre de Enseñanza, que ya desde finales de la década de 1880 toca con sus críticas como historiador a los planes de estudio, a lo insatisfactorio de la historia factual, a la falta de formación histórica de los archiveros, a los manuales caducos y a los sistemas de enseñanza de la historia; se significa viajando al exterior, propugnando revistas especializadas, haciendo recensiones para publicaciones españolas y extranjeras, asistiendo a los congresos internacionales de historia, publicando sus reflexiones metodológicas, e incluso enfrentándose a la tarea de escribir una nueva historia de España en una perspectiva regeneracionista que el 1898 multiplicará. Como nunca en la historia de España se presentan las carencias históricas como carencias en la imagen y valoración de ella y de los españoles ligadas a los males de la nación.[9] Sus obras y sus críticas muestran como nadie que incluso una profesionalización en los términos que se extienden progresivamente por Europa no estaba al alcance del limitado vuelo de las iniciativas canovistas.

En gran medida Altamira es un punto de llegada, que anuncia los cambios que en el mismo año 1900 impulsó la ley García Alix iniciadora, por fin, de una profesionalización real de los historiadores basada en la Universidad. Miraremos el complejo panorama de estos años anteriores a partir de cuatro ejemplos. El primero nos muestra lo más innovador de las propuestas de Cánovas: su pretensión de conseguir una historia colectiva de España hecha por especialistas y, por tanto, muy en la línea profesionalizadora que va dominando en Europa, siempre en el contexto de las posibilidades abiertas por sus perspectivas. Añadiremos después dos ejemplos de perspectivas muy distintas política y científicamente, dos historias de España situadas en posiciones diametralmente opuestas, la del complejo evolucionismo del republicano y masón Morayta y Sagrario, abierto a las nuevas perspectivas del siglo, y la de Merry y Colón, ejemplo del integrismo ca-

9. R. Altamira y Crevea, *La enseñanza de la historia*, Madrid, 1891; 1895, 2.ª ed. (hay reed. de R. Asín Vergara, Madrid, 1997); *Cuestiones modernas de historia*, Madrid, 1904.

tólico, regresivo y cerrado a las innovaciones como ninguno de los otros tres. Y antes trataremos por primera vez un trabajo especializado, una perspectiva de Joaquín Costa que supone toda una visión de la antigüedad hispana llena de proyecciones de los intereses socioeconómicos, protohistóricos y antropológicos contemporáneos.

Historia antigua e historia de España: tres ejemplos

El proyecto canovista

Era razonable que Cánovas intentase aprovechar la estructura historiográfica que había montado alrededor de una academia de la que él, por otra parte, llegó a ser presidente, para dar una muestra de la profesionalización que propugnaba. Era lógico también que intentase patrocinar una nueva historia de España. Está muy de acuerdo con el espíritu de la época y con el reconocimiento de la necesidad de una especialización creciente para abarcarla en su totalidad, el que patrocinara una obra colectiva realizada por gentes que se caracterizaban por ser especialistas con un lugar elevado en el escalafón de su sistema y, no hay ni que decirlo, muy cercanas a sus posiciones ideológicas e incluso amigos suyos.[10] El resultado es una obra que se entiende supone una aproximación bien documentada y que aplica las nuevas técnicas, con inclusión de geología y protohistoria, todo, pues, un avance en la línea de las nuevas perspectivas. Gooch,[11] que consideraba la publicación por la Real Academia de la Historia en la Restauración de volúmenes sobre documentos con la frase: «Ninguna de las naciones menores puede enorgullecerse de poseer una obra tan completa ni de haberla iniciado tan pronto», afirmaba con aprobación también que «La *Historia* de la Academia es, sin duda, el más importante esfuerzo de la historiografía española».

Hay otro lado, sin embargo, a tener en cuenta para una valoración suficiente; y es que se trata de una obra casi metafóricamente representativa de los tiempos: no se acaba (de los veintiocho estudios sólo se terminan ocho), de una parte sustancial sólo se editan algunos cuadernillos, a veces prácticamente inencontrables, y es una yuxtaposición de aportes individuales, en ocasiones en la misma sección, que están dedicados fundamentalmente a la historia política. Es irónica su «restauración» de la vieja tradición de historias hispanas sin acabar...

En nuestro campo se edita el volumen de J. Vilanova y J. de D. de la Rada y Delgado, *Geología y protohistoria ibéricas*, algunas partes del de F. Fernández y González, *Pobladores históricos de la península Ibérica*, y, completo, el de A. Fernández Guerra, E. de Hinojosa, y J. de D. de la Rada y Delgado, *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*.[12] Queda fuera, como se ve, el grueso del mundo antiguo peninsular.

Podríamos ser injustos con el conjunto y limitarnos a una referencia al libro de Fernández y González, sin acabar, pero sobre todo un ejemplo de algunas de las producciones finiseculares en este campo, caracterizadas por una acumulación masiva y embarullada de referencias arqueológicas, análisis de cráneos, fuentes grecorromanas, especulaciones lingüísticas e hipótesis de todo tipo sobre pueblos, personajes míticos y hasta territorios míticos como la Atlántida. El conjunto está presidido por las llegadas y partidas de la Península —en dirección a Italia, las Islas Británicas...— de gentes como los cempsios, etíopes hiperbóreos, hespérides y macrobios, persas, cusitas, dravidianos, elamitas, medos, presemitas y otros muchos desde el Extremo Oriente, los Urales, el Caspio, Egipto, Asia Menor... Los iberos, llegados desde Asia en varios momentos, habrían construido un imperio que ocuparía parte de África del Norte, España y la Galia, que se correspondería con las informaciones sobre la Atlántida de Platón, que habría terminado, tras su derrota al intentar dominar el Mediterráneo oriental, a manos de los antiguos atenienses (pp. 139 y ss., 166, 197), a lo que sigue una descripción casi tan profusa del imperio de las amazonas que le vendría a suceder...

Pero las otras dos obras son mucho más significativas, así, por ejemplo, se puede observar cómo en la *Geología y protohistoria ibéricas*, se abre camino, sin negar las perspectivas bíblicas interpretadas de manera no literal, a perspectivas más ajustadas a los nuevos saberes. El propio Cánovas había manifestado explícitamente su satisfacción por despedir para siempre a los Tubales en nombre de un catolicismo que se pretende compatible, aunque fuera hasta cierto punto, con la modernidad representada por la Prehistoria. El político malagueño había contestado en 1889 al discurso de entrada en la Real Academia de la Historia del geólogo y catedrático de Paleontología de la Universidad de Madrid Juan Vilanova y Piera, coautor de este volumen[13] asegurando que los descubrimientos en el campo de la geología y de la paleontología no chocaban con la Biblia, que debería ser interpretada, de acuerdo con la autoridad de gentes como el dominico Ceferino González y Díaz Tuñón arzobispo de Sevilla, de manera no literal, y celebrando su inclusión en un modelo cristiano de interpretación del pasado. Salvada la idea de la unidad del género humano, pueden incluirse cambios geológicos, paleontología y antropología física, lo mismo que citar a los personajes claves de estos campos y de la Prehistoria como Boucher de Perthes o Thomsen y seguir la pauta cronológica a partir de las Edades de la Piedra y los

10. I. Peiró, 1995, pp. 153-169; véase C. Seco, «Las ideologías políticas», en J. M. Jover, ed., Menéndez Pidal, ed., *Historia de España*, 39, 1, Madrid, 1993, pp. 319 y ss.; en conjunto sobre su relación con la historia véase E. Yllán Calderón, «Historia y nación en Cánovas», en Menéndez Pidal, ed., *Estudios Históricos. Hom. a los prof. J. M. Jover Zamora y Vicente Palacio Atard*, Madrid, 1990, vol. I, pp. 137-150.

11. G. P. Gooch, 1942, p. 443.

12. J. Vilanova y Piera, J. de D. de la Rada y Delgado, *Geología y protohistoria ibéricas*, T. I. de A. Cánovas, ed., *Historia general de España de la RAH*, Madrid, 1890; F. Fernández y González, *Pobladores históricos de la península Ibérica* (incompleta), Madrid; A. Fernández Guerra, E. de Hinojosa, J. de D. de la Rada y Delgado, *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*, Madrid, 1890.

13. J. Vilanova y Piera, *Historia de nuestro planeta: protohistoria*, discurso leído en la RAH el 29 de junio de 1889, Madrid, 1889; A. Cánovas del Castillo, *Geología y protohistoria ibéricas*, discurso de contestación al ingreso de don Juan Vilanova y Piera en la RAH, 29 de junio de 1889, Madrid.

Metales que este último introduce en el juego, además de caracterizaciones de las organizaciones gentilicias de Morgan o Bachofen, por poner otro ejemplo (vol. I, p. 73 y ss., 296 y ss.). No es un resultado brillante pero sí que abre nuevos caminos, en particular para esa convivencia del catolicismo con la ciencia que empieza a fomentarse incluso desde el papado.

Lo que prueba todo esto es que la Prehistoria tenía que ser incluida, si bien matizada como decíamos, en la presentación de la historia de España, en primer lugar para tener una cierta homologación «científica» cara al interior y el exterior. Era evidente que la mirada desde la Prehistoria era necesariamente europea y los estudiosos extranjeros manifestaban su interés con trabajos dedicados a España y contactos cada vez más frecuentes, como acabamos de apuntar; algunos de ellos, además, venían a realizar trabajos en lugares concretos —ingenieros en la multitud de nuevas minas que se abrieron en la época, por ejemplo— y su presencia y trabajos se imbricaban más fácilmente con los estudiosos locales. Era un tema de prestigio nacional ser capaces de ofrecer perspectivas propias —lo mismo que excavaciones o museos donde exhibir las piezas— y no estar aislados de un proceso que llevaba implícito los sellos de la modernidad y la cientificidad. Y se trataba también de competir en la batalla de las ideas con quienes realmente habían potenciado y potenciaban la Prehistoria, gentes no confesionales o directamente ateas.

En tercer lugar, se trataba de entrar en el terreno delicado de definir «las razas aborígenes de la península Ibérica» y, con ello, en el problema de los orígenes y la historia del conjunto y de cada una de sus zonas; aquí, el interés social y político se ligaban a la curiosidad y la búsqueda del pasado, prehistórico o no, de muchas maneras, por ejemplo a través de las sociedades de excursionistas, arqueológicas, antropológicas, de ciencias, de folklore y otras instituciones de sociabilidad que tenían un gran potencial de difusión en revistas y boletines y de apoyo de perspectivas regionalistas primero y nacionalistas más tarde; congresos internacionales y hallazgos —como la cueva de Altamira de 1879— resultaron fundamentales a la hora de multiplicar todo esto, aunque siempre dentro de los límites apuntados y que sólo se dejarán atrás en el cambio de siglo.[14]

Pero es más interesante referirnos algo más extensamente al último de los tres libros, entre otras cosas porque es el mejor y corporeíza ese uso exhaustivo de fuentes y técnicas especializadas, incluyendo fuentes literarias inéditas, arqueología, epigrafías y monedas, lo que le hace acreedor de una de las valoraciones críticas más positivas de toda la obra entonces y ahora. Pero, como señalaba Carreras,[15] el dominio de las fuentes que proponen los nuevos positivismos finiseculares no es sinónimo precisamente de neutralidad ideológica y cientificidad; el conocimiento exhaustivo de las fuentes es una condición para un conocimiento riguroso, pero sólo eso.

14. Para todo esto véase Peiró, 1995, pp. 95-98, 151-152. G. Pasamar e I. Peiró, «El nacimiento en España de la arqueología y la Prehistoria (academicismo y profesionalización, 1856-1936)», en *Kalathos. Revista del Seminario de Arqueología y Etnología Turolenses* 9-10, 1989-1990, 9-30; «Los orígenes de la profesionalización historiográfica española sobre Prehistoria y Antigüedad (tradiciones decimonónicas e influencias europeas)», en J. Arce, R. Olmos, eds., 1991, pp. 73-77; I. Peiró, 1995, *passim*. Véase también M. Ayarzagüena, *La arqueología prehistórica y protohistórica española en el s. XIX*, Madrid, 1992 (Tesis en microficha) y los artículos en J. Arce y R. Olmos, eds., 1991, y G. Mora y M. Díaz Andreu, eds., 1997, por ejemplo del mismo Ayarzagüena, «Historiografía española referida a la Edad de Piedra desde 1868 hasta 1880», 1991, pp. 69-72 y «La Sociedad Antropológica Española (SAE) y el nacimiento de la ciencia prehistórica en España», 1997, pp. 295-301.

Es una obra[16] en la que se observa la valoración de los visigodos en términos de unificación de la patria española, se exalta el papel en este sentido de la Iglesia y su «salvación de la civilización española», se define el Fuero Juzgo como codificación nacional, se valora a los reyes que promueven «la unidad nacional» como Recaredo, se definen con ambigüedad las expulsiones de judíos, hay una actitud comprensiva ante el tratamiento de asuntos laicos en los concilios (vol. I, pp. 414, 425, 431) o se valora positivamente el poder eclesiástico que incide sobre el civil desde la perspectiva de que «no podía menos de ser altamente favorable a la causa de la moderna civilización que la herejía de Arrio tendía a retrasar» (vol. I, p. 435). A esto sigue la exaltación del «triunfo de la verdadera fe, purificada por la persecución y el martirio» (vol. II, p. 259), la exaltación también del clero en los siglos de lucha continua que siguen a la purificación de la invasión árabe (vol. II, pp. 328-329) o la oposición entre el papel unificador de *«la gran Isabel la Católica»* y los regionalistas que podrían acabar con España «facilitando como facilitaron la dominación romana, con sus pequeñas nacionalidades, el triunfo de otras naciones grandes y poderosas» (vol. II, p. 257). Todo un conjunto nada aséptico, pues, de viejos componentes apenas puestos al día para lo más imprescindible, muy acordes con las posiciones de Cánovas, unitaristas y partidarias de la cosoberanía de la monarquía y la nación.

Es significativa la propia deriva ideológica de Cánovas historiador, que sigue Yllán; en varios momentos distintos (y sobre todo en 1854, 1869, 1888) trata el tema central de la monarquía austríaca y, con él, de la decadencia hispana. Su punto de partida típicamente liberal y de la época, muy crítico con la dinastía extranjera de los Austrias o la Inquisición va a cambiar a lo largo del tiempo para adoptar una actitud mucho más comprensiva que alcanza incluso al conde duque de Olivares. Es clave su afirmación de que si los Austrias menores lo eran efectivamente, no serían ellos su causa única, sino que lo habrían sido todas las clases sociales y, nótese bien, un pueblo español que perfila con los peores rasgos ya desde Cisneros, con el corolario de que «Dios da a cada nación a la larga lo que merece en el mundo» algo a relacionar con su concepción cargada de desconfianza y miedo hacia el pueblo español y las clases populares de su propia época, quienes habrían de ser prácticamente salvados de sí mismos para ser llevados, con todas las corrupciones electorales necesarias, por el camino de su auténtica «constitución interna».

El dominio de un modelo pesimista sobre el propio pueblo español (no ya sólo sobre las clases populares) en un personaje tan clave como Cánovas es sig-

15. J. J. Carreras Ares, Presentación a I. Peiró Martín, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, 1995, pp. 7-10.

16. Para un resumen suficientemente significativo véase I. Peiró, 1995, pp. 159-160.

nificativo; resalta la carencia de cualquier perspectiva ambiciosa como se observa en su participación en el debate de la época sobre la nación del que luego comentaremos otras posiciones.[17] Maravall en el prólogo citado a la *Historia* de Oliveira Martins señala cómo en sus reflexiones sobre España como nación se limita a una perspectiva pasiva, casi de una mera coexistencia pacífica y mercantilista bajo el paraguas del proteccionismo.[18] Frente a la imposibilidad de participar en el imperialismo agresivo del momento, lo que propone es acumular prosperidad para el futuro, de acuerdo con el principio de que «es para mí la nación una vasta sociedad agrícola y mercantil, y hasta una sociedad cooperativa» (p. 111).

La realidad objetiva (y de origen divino, pp. 107, 124) de las naciones y su propia historia las situaba en un lugar alejado de las veleidades de la voluntad popular, más cerca, en cambio, de la de quienes podían y debían dirigirlas de acuerdo con todo ello, y alrededor de una monarquía constitucional que se presenta como indiscutible.[19] La falta de confianza en el pueblo en general es el otro lado de lo que verdaderamente existiría: la realidad de un organismo, la nación, que iría más allá de la inmediatez de un voto, que se expresaría en su proceso histórico y que se articularía a lo largo del tiempo en poderes concretos: la monarquía y las cortes.

La conexión entre las entidades de Cuba apellidadas patrióticas que Cánovas utilizó y que apoyaron con medios materiales y esfuerzos la llegada de la Restauración; los muchos dineros que circulaban entonces y luego por su sistema político caciquil desde la zona productora, del cincuenta por 100 del azúcar mundial y el patetismo del final del imperio allí constituyen toda una piedra de toque para iluminar parte de los componentes prácticos que están al fondo de un juego en el que el gran escamoteado es precisamente el pueblo del que tanto duda pero al que se condujo —y solo a él— allí a la matanza. Cánovas representa en muchos sentidos su época y las aporías de las fuerzas políticas y sociales que articula; quienes no dedican suficientes medios ni esfuerzos para la educación del pueblo, ni siquiera para «nacionalizarlo», son también incapaces, desde un pesimismo y desconfianza que ya está muy lejos de la seguridad de Gebhardt en contar con ellos, de generar mitos y perspectivas nacionalistas atrayentes para unas masas que vivirán el «drama» de 1898, para desesperación de muchos, con grandes dosis de indiferencia.

Joaquín Costa

En una dimensión bien distinta se encuentran otras dos perspectivas. La primera es la de Joaquín Costa. Es bien sabido que no hablamos de un estudioso típico, sino de un hombre muy comprometido con las búsquedas fuera del

17. A. Cánovas del Castillo, *Discurso sobre la nación, Ateneo de Madrid 6 de noviembre de 1882*, Madrid, 1997, con Introducción de A. de Blas.
18. J. A. Maravall, 1972, p. 8.
19. Como ya señaló hace tiempo L. Díez del Corral, *El liberalismo doctrinario*, Madrid, 1984, 4.ª ed. (1.ª ed., 1945), pp. 635 y ss.

canovismo del cambio económico y político de España, un estudioso cuyos intentos, además, de acceder a una cátedra de Universidad le fueron impedidos en buena medida por ello, con lo que tampoco puede culminar sus reflexiones. Con todo, éstas significan nuevos enfoques e intereses, apoyados, además, en fuentes clásicas y en un conocimiento notable de la bibliografía española y extranjera, por más que se le pueda reprochar la excesiva ligereza de hipótesis o sus perspectivas filológicas no suficientemente ajustadas a las nuevas líneas germanas.

Lo más resaltable es su interés por los aspectos sociales y económicos de la Antigüedad hispana, un interés que se corresponde con lo mejor de las tendencias europeas del momento y que, además, estaba cargado de actualidad porque entendía que a lo largo de la historia de España se habrían mantenido parte de los viejos rasgos originales, marcados significativamente por una forma específica de explotación, para incluso desembocar en su mantenimiento como «supervivencias» en el mundo campesino posterior, lo que, a su vez posibilitaría y casi obligaría a realizar estudios etnográficos. Por supuesto que este interés no es nada ajeno a sus perspectivas sobre el presente y a un regeneracionismo en el que la cuestión de la tierra resulta esencial en muchos sentidos.

La mirada a lo prerromano era evidentemente esencial. Él, que conoce bien el mundo céltico hispano, parte del principio de la dominancia de lo «ibero» en la Península, como era frecuente entonces y en adelante. W. von Humboldt en 1821[20] había defendido con argumentos filológicos sólidos su doble componente celta e ibero, aunque identificando erróneamente ibero y vasco, negando también aquí la exclusividad céltica del sur de Europa que querían sobre todo autores franceses, a la vez que la ascendencia gala de los celtas hispanos. Estos debates, como el de la preeminencia de la onda invasora vascona o ibera entre quienes no aceptaban la identificación de ambas,[21] marcaron estos años, así como los que suscitaba la renovación de los furores galos por gentes como el muy notable celtista francés Arbois de Jubainville, defensor de la idea de una raza de guerreros que formarían un imperio sobre unos iberos reblandecidos por la presencia fenicia (nótese el viejo modelo hispano).

Costa defiende en la memoria de una de las oposiciones de Universidad que le suspenden[22] la dominancia ibera y luego la formación de la «nacionalidad ibero-romana», y más tarde de otra «ibero-latino-gótica» con dominio de los elementos ibero-romanos. Más importante incluso que esta capacidad de pensar de una manera así de abierta las construcciones identitarias hispanas, es cómo defi-

20. W. von Humboldt, *Los primitivos habitantes de España. Investigaciones con ayuda de la lengua vasca*, Madrid, 1990 (Berlín, 1821, 1.ª trad., 1879).
21. Véase, por ejemplo, M. Rodríguez de Berlanga, «Hispaniae anterromanae syntagma», *Los bronces de Lascuta, Bonanza y Aljustrel*, Málaga,1881 frente a Fidel Fita y Colomé, *El gerundense y la España primitiva*, Madrid, 1879; A. M. Fabié, *Estudio crítico de «Los bronces de Lascuta, Bonanza y Aljustrel»*, Madrid, 1887 y, para el debate, F. Wulff, «Las estructuras sociales ibéricas: notas historiográficas desde otro cambio de siglo», en *Mainake*, (en prensa).
22. J. Costa, *Oposiciones a la cátedra de historia de España de la Universidad de Madrid. Programa y método de enseñanza*, Zaragoza, 1996 (con un prólogo de I. Peiró), p. 95.

ne la estructura económico-social de estos iberos en sus *Estudios ibéricos*[23] donde plantea un plan de trabajo, desgraciadamente no culminado, pero que, aún así, es un modelo para su época, de proyecto de investigación en el que se utilizan y relacionan todo tipo de fuentes y evidencias. Se plantea el estudio de la «La servidumbre entre los iberos», o «servidumbre ibérica» privada y pública, existente antes pero constatada desde el siglo II a. C. y persistente, siempre según él, aún en la época medieval. Incluye la idea de rastrear sus orígenes, las luchas de clase que habría provocado, relacionarla con otros «grados intermedios de dependencia» en el mundo antiguo como los hilotas espartanos e investigar su encuentro con la esclavitud y el colonato romanos. Cree que la pobreza de los iberos se habría debido a que era un mundo ganadero con gran diferenciación social, en el que unos pocos someterían a la mayoría en este tipo de dominación. Los romanos aprovecharían esta tensión social para ofrecer la solución de tierras y agricultura a fin de asentarlos, pero nada impediría que la vida local y estas instituciones nacionales de los iberos continuaran a lo largo del imperio.

Incluso viendo lo equivocado del presupuesto, su utilización de modelos antropológicos —irlandeses, bereberes...— y de evidencia epigráfica nos sitúan en medio de los más interesantes debates de la época sobre organizaciones indígenas. En realidad la base fundamental del edificio era una famosa inscripción de comienzos del siglo II a. C. que se limita a señalar la liberación por el general romano L. Emilio Paulo de los esclavos de los habitantes de la ciudad de Hasta que residían en la *Turris Lascutana*. Costa acepta con Mommsen y otros que se trataba de sistemas de dependencia como el de los hilotas espartanos (pp. LXXV y ss.) y lo proyecta sobre el conjunto del mundo ibérico. Conviene advertir que la inscripción puede ser interpretada como perteneciente al ámbito púnico y no al ibérico, y que, aun siéndolo, nada indica que pudiera extenderse más allá de esa zona y época, además de ser dudosa la asociación misma con sistemas de dependencia de este tipo.

Pero lo que interesa es esa mirada socioeconómica que fragmenta, entre otras cosas, la imagen homogénea y más o menos feliz de los antepasados imaginarios sólo amenazados por las maldades ajenas, proyectando sobre ellos análisis nuevos que permiten al propio Costa apuntar a esas diferencias sociales para entender, entre otras cosas, a personajes antes objeto de pura exaltación patriótica y guerrera. Un ejemplo nada secundario de esto es la interpretación de Viriato y del bandolerismo lusitano como una manifestación más de las tensiones estructurales en el sistema. Es significativo en este sentido también cómo integra en su modelo interpretativo incluso a Tartessos en el otro trabajo incluido en el libro que venimos comentando, su *Litoral ibérico del Mediterráneo en el siglo VI-V antes de Jesucristo*; es una obra no comparable a la anterior, pero en la que defiende que unas elites bastardas, mezcladas, en las que se integrarían fenicios y helenos,

23. J. Costa, *Estudios ibéricos (La servidumbre entre los iberos. Litoral ibérico del Mediterráneo en el siglo VI-V antes de Jesucristo)*, Madrid, 1891-1895 (la primera numerada en romanos al comienzo del volumen, pp. I-LXXXII; véase el índice antes en pp. 3-15; la segunda en números arábigos, pp. 1 y ss.).

acabarían controlando desde Cádiz, convertida en la capital del reino, a los verdaderos tartesios que seguirían en el campo, tanto los potentados, la nobleza rural tradicional, como la masa de siervos (pp. 93 y ss.), gentes cuya rebelión daría lugar a la conquista cartaginesa. Como se ve, hasta Tartessos pasa de la posible glorificación a ser incluido entre los aspectos poco igualitarios con los que imagina la estructura social hispana.

Los nuevos componente socioeconómicos aplicados a la Antigüedad, estimulados por su preocupación por el presente, le permitían nuevas ópticas muy alejadas del eclecticismo conservador canovista, ópticas que si no ofrecen una alternativa global, sí representaban otra forma abierta y nada satisfecha de aquilatar la historia de España.

M. Morayta y Sagrario

A quien sí le corresponde llevar adelante una de las versiones posibles de esta tarea es a M. Morayta y Sagrario y su *Historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*.[24] En ella podemos ver la aparición de una parte de las novedades historiográficas del último tercio del siglo de que hablábamos antes y, en particular, las referidas a la Prehistoria y la Antigüedad. Esto es coherente con el propio personaje, representante de las líneas que se abren camino desde la década de 1860 y que desbordan el marco de la Restauración. Como gran parte de lo mejor del pensamiento de la época, nuestro autor es hijo del riquísimo periodo anterior; vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, participante en las Cortes de la Gloriosa, político republicano, masón, abogado, periodista y catedrático de Historia Universal de la universidad madrileña desde 1874.

Merece la pena citar aquí tres trabajos suyos que nos lo definen un poco más, a él y a su época. El primero es un libro en pleno Sexenio sobre los sucesos contemporáneos de la Comuna de París que habían dado lugar en el Congreso del que era diputado a debates sobre el problema, la legalización de la Internacional y sobre si entregar a Francia a los *communards* huidos.[25] Su posición crítica se dirige a la Comuna, al socialismo y a la Internacional, a los que considera utópicos y peligrosos, pero también al régimen corrupto de Napoleón III y a la inoperancia de los sectores burgueses. Lo que defiende es una república federal y democrática en la que se atienda a las necesidades materiales del proletariado, acabando con su miseria, y en la que se le eduque en la libertad y democracia integrándole para evitar la repetición de sucesos como los ocurridos en París. El segundo es su *Cronología de Egipto*,[26] un discurso de inauguración del curso universitario de la

24. M. Morayta y Sagrario, *Historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, 9 vols., Madrid, 1886-98.

25. M. Morayta y Sagrario, *La commune de París*, Madrid 1872. Véase E. Yllán Calderón, *Cánovas del Castillo. Entre la historia y la política*, Madrid 1985, pp. 97 y ss.

26. M. Morayta y Sagrario, *La libertad de la ciencia y el ultramontanismo, o sea el discurso de Don Miguel Morayta juzgado por ultramontanos y liberales*, Madrid 1884; *La libertad de cátedra. Sucesos universitarios de Santa Isabel*, Madrid, 1911.

Universidad de Madrid en 1884 que dio lugar a un enorme escándalo por poner en duda las cronologías bíblicas y el diluvio universal, siguiendo entre otros a M. Sales y Ferré, y a la defensa y consecución de la libertad de cátedra por un potente movimiento estudiantil.[27]

Y el tercero es una conferencia impartida por él en el Centro Instructivo del Obrero de Madrid, «Las clases trabajadoras en la Antigüedad»[28] que dedica a tres sociedades, la china, la egipcia y la romana imperial y que es índice de muchas cuestiones que hemos apuntado: la necesaria amplitud de perspectivas que exigen los modelos evolucionistas (y eurocentristas) con los que juega y que desbordan el marco español, del interés por las clases trabajadoras que comparte, por ejemplo, con Costa o del propio interés por llevar la historia —y una cierta ilustración masónica— a los grupos sociales inferiores. Incluso la consideración del duro estatus de los trabajadores en sociedades como éstas —teocrática, absolutista, «asiática»— le lleva a plantear cómo los innegables sufrimientos de las clases trabajadoras deben verse desde esta perspectiva: el progreso existe pero es lento y no revolucionario.

Es desde aquí desde donde hay que entender su historia de España, una obra enormemente significativa, pero sin gran trascendencia posterior: a pesar de su interés y de la difusión alcanzada en su época no ha tenido una gran fortuna crítica. El tiempo que viene no es el de los modelos evolucionistas y con una fuerte carga ideológico-crítica explícita donde prime el concepto de progreso —no digamos ya si aparecen de vez en cuando casi invocado el dios masónico—, sino el de las orientaciones más neutras (a veces sólo aparentemente) que representa la profesionalización; el futuro de las nuevas historias de España es el de la historia que representa Altamira. Tampoco le beneficiará su estilo retórico forense ni la complejidad de una estructura que incluye todo tipo de «ilustraciones» que complican la sencillez estilística y formal que se esperará de una obra necesariamente destinada a la educación general.

Para empezar resaltaremos cuatro rasgos esenciales que definen un trabajo como el suyo que muestra una capacidad de innovación prácticamente única en las formulaciones nacionalistas españolas, presidido como está por su deseo de hacer una historia de la multitud, no de las minorías, de las ideas que la mueven, del conjunto de la realidad social, de los países y Estados, del progreso que lo impulsaría todo (vol. I, pp. 11-15, 521). Hablamos por primera vez de una historia hecha por un no católico, aunque no por un ateo sino por un masón y, consecuentemente, teísta, que introduce, sin matices confesionales, todas las ciencias nuevas de las últimas décadas del siglo XIX tocantes al ámbito de la Prehistoria y la protohistoria, esto es, geología, antropología física, arqueología, filología o lingüística histórica, lo mismo que los restantes saberes auxiliares después —epigrafía, numismática...—. Leyendo y discutiendo, además, a los autores de su época, la totalidad, por ejemplo, de los que hemos citado anteriormente. Igualmente incluye con nitidez y sin ambigüedades los marcos cronológicos próximo-orientales a la hora de estudiar a las sociedades mediterráneas de los fenicios en adelante.

27. M. Sales y Ferré, *El hombre primitivo y las tradiciones orientales*, Sevilla, 1881; *Compendio de historia universal. Edad prehistórica y periodo oriental*, 2 vols., Sevilla, Madrid, 1883-1885.

28. Se publica primero en la revista *El Eco del Fomento*, se incluye como «Ilustración» en el Tomo I de su Historia; reeditada y comentada en F. Wulff, «En los orígenes de la historia social en España», «Las clases trabajadoras en la Antigüedad» de M. Morayta (1886), en *Baetica*, 22, 2000, pp. 333-357.

Por último, se trata de alguien que aplica un modelo progresista y evolucionista consecuente en el que son casi anecdóticas las excepciones a una imagen positiva de la evolución hispana; desde esta perspectiva, incluso las tragedias son para bien. Esto supone el mayor cambio en la aplicación del modelo multisecular hasta el momento en el siglo XIX, a la hora de valorar a los pueblos que llegan a la Península, invasores o no, en unos términos positivos que, sin excluir la satisfacción por resistencias y belicosidades, ponen el énfasis en el aprendizaje y los aportes que suponen en el progreso, recordando las propias perspectivas ilustradas.

Su esquema evolucionista, con la inclusión de los homínidos previos al hombre contemporáneo, supone la necesidad de articular los datos sobre los homínidos descubiertos hasta entonces, sumarle las llegadas de poblaciones prerromanas (entendidas todas como pueblos que invaden en olas sucesivas) y explicar su distribución espacial.

No tiene, por supuesto, ninguna dificultad en admitir su multiplicidad y dispersión. Vascos, iberos, celtas y celtíberos —entendidos éstos todavía como la mezcla de los dos anteriores— aparecen repartidos por la geografía peninsular después de sucesivas arribadas; los primeros habrían acabado con el estado de salvajismo y los siguientes —que compartirían la misma raza— con el de barbarie (vol. I, pp. 45 y ss., 65 y ss.). Los celtas estarían al norte y noroeste, los vascones alrededor de Navarra, los celtíberos en el centro, y los iberos en especial pero no exclusivamente en el este y sureste, todos con diferentes grupos, en distintos niveles evolutivos, separados entre sí y sin formar una nación (vol. I, pp. 56 y ss., 67 y ss.). Y no sólo no formaban una nación y eran muy diferentes y en diferentes estadios, sino que no habrían tenido una religión primitiva y sana, ni una monarquía sino una organización patriarcal, con jefes sólo en tiempos de guerra, aunque sí se les define a todos como valientes e independientes, tal como corresponde a quienes se consideran «nuestros progenitores» (vol. I, pp. 57, 73-74). Consecuente con las perspectivas en clave de progreso, su mirada beneficia a los iberos y, por ende, a los turdetanos de Andalucía, cuyas riquezas, viejas leyes y civilización glosa especialmente.

Pero, además, la llegada de pueblos tras los fenicios la ve también desde esa perspectiva —tan dependiente de los esquemas imperialistas europeos—: el avance, la civilización exige el contacto con pueblos más avanzados con lo que no debe ser interpretado como castigo o vergüenza, al ser la única manera de poder contribuir al progreso universal y evitar el estancamiento (vol. I, pp. 74, 481-482). Por muchos defectos que tuvieran, todos son necesarios:

> ¡Ah, los cimientos del humano progreso se amasaron siempre con sangre, y la redención solo llega en medio de mares de lágrimas!... D. Modesto Lafuente, como tantos historiadores, muestra profundo enfado contra fenicios, cartagineses y romanos,

cual si hubiesen venido a privar a los primitivos españoles de una independencia nacional, que sirvieran de algo a los mismos que la disfrutaban. (vol. I, p. 74 y n. 2)

Su parcialidad en pro de los griegos y romanos, no excluye a púnicos ni fenicios: «Por eso, y a pesar de las repugnantes condiciones de su carácter, y aun cuando siguió en sus procederes caminos poco honrosos, prestó indudables servicios al progreso universal» (vol. I, p. 166). Incluso su concepción teísta le lleva a reforzar su valoración del progreso religioso que supondrían, de nuevo todo un golpe a la concepción tradicional de la perversión de las virtudes originales.

Roma resulta en este sentido más paradigmática aún, concebida como una potencia que busca conscientemente romanizar, positiva en particular mientras era una república, nos dice, esto es, un sistema político de progreso, al menos mientras es democrática (vol. I, pp. 125 y ss., 518). Es el imperio el que se ve definido con los viejos rasgos de despotismo oriental, servilismo y decadencia.

Sorprende su defensa de la romanización, considerada como un objetivo buscado por Roma; la municipalización en particular es saludada también por implantar estructuras republicanas, aunque no democráticas, que permitirían incluso, junto con la virilidad nativa, el mantenimiento durante más tiempo que en Roma de un progreso y bienestar que allí mataría el despotismo de los emperadores, unido a la degradación moral, la mayor extensión del esclavismo, la explotación de los colonos y de los grupos inferiores y otros factores (vol. I, pp. 469-470, 483 y ss., 520 y ss.). Consecuentemente, al estudio de los municipios dedica un espacio importante —lo mismo que a los estatus romanos de sometimiento—, sin dejar de reprochar a Lafuente su parquedad al respecto. Con Roma, nos dice, España vivió su mayoría de edad, una auténtica redención, y aunque no quedara constituida como unidad, sí que sería ya un todo que avanzaba en múltiples campos: cultura, economía, comercio, política, derecho... y se observa con satisfacción la fuerte romanización de prácticamente toda la Península (vol. I, 270, 481-496). Todo ello va unido a un tratamiento muy puesto al día del mundo romano peninsular.

Por supuesto que esto no implica que no se exalten guerras y movimientos de independencia como alzamientos nacionales, no se lamente la desunión y el fraccionamiento de la triste España, se execre a los degenerados gobernadores romanos o la participación de los hispanos en su propio sometimiento (vol. I, pp. 119, 141-142, 146, 154-156). Cuando advierte, con razón, que los romanos tardan doscientos años en conquistar Hispania porque dedican su atención a otras cosas, y no por el valor intrínseco de sus habitantes, no puede menos que apuntarse que no debe padecer el amor patrio, porque, aún así, es un caso único (vol. I, p. 214). También recoge la idea de Amador de los Ríos de que los literatos hispanos se caracterizaban por el amor a la libertad y el odio a todo yugo, dentro de una valoración general de los aportes peninsulares a Roma (vol. I, pp. 280 y ss.). Más tarde hablaremos, una vez más, de la contradicción entre la valoración del contacto y la de la pureza que prepara para las guerras presentes y futuras (vol. I, p. 180, por ejemplo).

Con todo, quizá la novedad más espectacular sea su valoración del cristianismo. Aparte de las críticas a las viejas glorias hispano-cristianas, así la venida de Santiago o la antigüedad y productividad literaria del cristianismo hispano, lo que destaca extraordinariamente es la consideración del Antiguo Testamento como un producto histórico y humano del cristianismo como parte de los movimientos judíos, y, muy en especial, de Cristo como un hombre que (vol. I, pp. 371 y ss., 424-429) sería uno de los grandes renovadores religiosos, cargado de ideas valiosas y esencial en la evolución hacia una religión más pura y verdadera, sin sacerdotes ni templo...(vol. I, pp. 381 y ss., 417 y ss., 423), o sea, hacia el dios masónico. Otra cosa distinta es la imagen de la Iglesia católica, que llevaría una religión simple y positiva a una estructura dominada por los obispos con una auténtica organización aristocrática y un clero profesional (vol. I, pp. 391-392). Puede sorprender otro componente algo rechinante: que se considere positivamente que se convierta en religión oficial (vol. I, pp. 396 y ss.), lo que se entiende en esa perspectiva de considerarlo parte de la línea del progreso (sin olvidar la reconquista), aunque sea esencial su durísima crítica a la intolerancia del cristianismo posterior que asocia a la propia caída del Imperio.

La presencia de J. Amador de los Ríos es también evidente en una de las visiones más negativas de los visigodos que cabe encontrar, a los que reconoce apenas el mérito tradicional de eliminar a la corrupta Roma y de ser gentes originalmente sanas y valerosas, además de su papel en el amanecer de las nacionalidades europeas. Acaban vencidos finalmente por la superioridad cultural de la sociedad y civilización hispano-latina o hispano-romana y degenerados ellos mismos y una abusiva y dominante Iglesia católica que desatiende y explota a los hispano-romanos o hispano-latinos, la parte más numerosa e inteligente de la nación, y contribuye con todo ello, y con los concilios, a la miseria y explotación generales.[29] Hasta la unidad religiosa se mira ahora desde el otro lado: Recaredo al imponer el catolicismo acaba con la libertad religiosa e inicia toda un serie de nefastas intransigencias a lo largo de la historia de España que si no la destruyeron fue «por la virilidad inconcebible de la raza hispana» (vol. I, pp. 565-566); como en Roma, intransigencia católica y despotismo teocrático habrían llevado a la ruina final.[30]

Su final se celebra consecuentemente y resulta especialmente provocadora su recogida de las elaboraciones del siglo XIX sobre el Islam español y sus glorias y progresos culturales y de todo tipo, la reivindicación de los mahometanos como pueblo joven y viril frente a los gastados y decadentes visigodos, del componente positivo de esta religión y la defensa de su carácter tolerante durante los primeros siglos (vol. I, pp. 644, 737 y ss., 783 y ss., 786).

Pero es también aquí donde se advierten ya con nitidez los límites de su pensamiento que hemos venido apuntando, cuando se produce un choque más radical entre los esquemas nacionalistas y las miradas en clave de progreso: no puede prescindir de la visión tradicional sobre el origen de España en las luchas cristianas, consideradas como necesarias y como parte del casi obligado proceso que culminaría, y para bien, con los Reyes Católicos; la «causa nacional» está en juego. Es ahora cuando se vuelven a retomar los hilos de las sucesivas resistencias frente a los invasores, que señalábamos iban dejándose a lo largo del relato

29. Vol. I, pp. 403 y ss., 494-496, 544, 569 y ss., 591 y ss., 599 y ss., 619-620, 636.
30. Vol. I, pp. 565 y ss., 591 y ss., 599 y ss., 619-620, 636, 786.

sin que quedaran libres de contradicción, para confluirlo en la interpretación de la resistencia antimusulmana desde el norte.

No extrañan demasiado en este contexto las ciertas contradicciones que veíamos en la caracterización de las resistencias al mundo romano y la celebración de la cultura hispanorromana, manifiesta cuando recoja la vieja lamentación sobre cómo la cultura latina había enervado a España; es lógico que celebre no sólo la victoria cultural contra los visigodos, sino también las luchas abiertas contra ellos, en las claves antiguas de la recuperación y demostración del carácter español independiente y altivo, incluyendo aquí los movimientos de los «bacaudas» del norte peninsular, las luchas de cántabros y vascones o las rebeliones de Córdoba y otras ciudades, interpretadas ahora como muestras del mantenimiento del espíritu de independencia de estas pequeñas repúblicas organizadas a la romana, incluso llegando a asociar la derrota de Córdoba por Leovigildo con la de los comuneros por Carlos V (vol. I, pp. 531 y ss., 636). Como en Mariana y la tradición hispana, las dos decadencias se conectan y se miran desde la transición más significativa para el modelo interpretativo general.

En relación con esto, puede desmitificar Covadonga, pero no su efecto en la «causa nacional», puede recoger las valoraciones positivas de la cultura islámica del siglo XIX, pero ha de defender la persistencia de los perennes astures, que iniciarían, en una realidad purificada de corrupciones, todo una resistencia en cuya descripción no podían faltar ni el pueblo español de siempre, ni la asociación con Sagunto y Gerona (vol. I, pp. 797-798, 800, 817-818). Incluso las exaltaciones de la tolerancia y otras glorias islámicas en la Península tienen otro lado: su capacidad de absorción y de relajar el espíritu cristiano con el consiguiente riesgo para la debida separación de razas y religiones, clave para una Reconquista imprescindible (vol. I, pp. 669, 786, 915 y ss., 924 y ss.).

La culminación del conjunto de conquistas de los reinos hispanos con Isabel y Fernando es el final del proceso cuando monarquía, municipalidades y cortes se enfrenten al feudalismo eclesiástico y seglar. Pero incluso aquí un rasgo divergente sobre la perspectiva tradicional, que tan evidentemente retoma, nos puede servir de índice de su originalidad y perspectivas: nos presenta a Isabel I como una usurpadora sin derechos reales cuya legitimidad vendría del derecho de los pueblos de darse el monarca que mejor cumpliera sus aspiraciones y propósitos. Es la soberanía nacional la que los hace reyes, apoyada por quienes veían en su matrimonio con el rey de Aragón el cumplimiento de la unidad nacional.

Pero sus límites no pueden hacernos olvidar lo que supone Morayta como replanteamiento de la historia de España y del viejo modelo historiográfico hispano; basta leer la introducción al presente capítulo en la que referíamos las novedades de estas décadas finales del siglo para ver cómo las recoge y todo lo que supone de apertura de perspectivas que señalan nuevos caminos y que en gran parte son muestra, como lo es Costa y como lo será Altamira, de la riqueza de planteamientos de sectores cuyos esfuerzos se emplean también en ese momento en actualizar y redefinir la idea de España. La aceptación de las nuevas perspectivas científicas y de las informaciones que producen va unida a unas posiciones políticas abiertas y democráticas (aunque también imperialistas) y a la puesta en

duda de la mayor parte de los componentes de un modelo tradicional que queda, así, igualmente flexibilizado y abierto, con independencia de las nuevas dogmáticas evolucionistas (y masónicas) con las que se adorna.

Los dos, e incluso las novedades profesionalizadoras de las perspectivas historiográficas canovistas, nos muestran perspectivas distintas y, en sus respectivas dimensiones, enriquecedoras del enfoque del pasado del nacionalismo español; y todas ellas contrastan con nitidez con otro mundo, el que representan historias como la que sigue.

Las esencias patrias del catolicismo integrista: M. Merry y Colón

Se trata de una obra que es muy esclarecedora de la posición ideológica dominante de la Iglesia católica y que se manifiesta también en otras que, como ésta, son claves de la enseñanza del pasado en las instituciones educativas eclesiales y en los propios seminarios: *La historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*,[31] de M. Merry y Colón, catedrático de la Universidad de Sevilla.

Cuando, como sabemos, el propio Cánovas había manifestado explícitamente su satisfacción por despedir para siempre a los Tubales en nombre de un catolicismo que se pretende compatible, aunque fuera hasta cierto punto, con la modernidad representada por la Prehistoria, Merry repite el modelo de interpretación más tradicional, desde los orígenes bíblicos en adelante. Era obvio, como también sabemos, que esta mirada que apoyaba Cánovas representaba un proyecto más general, el de presentar una visión del catolicismo más flexible frente a la sociedad moderna, la ciencia y el progreso material.

Frente a esto, no es sólo que Merry niegue a Darwin, es que mantiene el modelo bíblico literal, unido ahora a la recuperación de las elaboraciones más arcaizantes del siglo XVI. Se plantea la existencia de dudas en la historiografía sobre la llegada de Tubal o Tarsis, pero el recurso al Génesis, que habría hablado de la llegada de los descendientes de Jafet, deja abierta la posibilidad de que fuera efectivamente Tarsis (vol. I, pp. 2 y ss.). Tras décadas de estudios lingüísticos se puede especular con la posibilidad de que el idioma primitivo fuera no sólo el vascuence (citando a Humboldt), sino el griego o el hebreo (vol. I, p. 24). Otra vuelta al siglo XVI, siempre cargada de su característico ardor guerrero y católico, es su imagen de cómo «la religión natural importada por Tubal, o por Tarsis o por sus descendientes, hubo de ser la primitiva de aquellas familias. Incólumes conservaron estos principios, en tanto que vivieron alejados de la comunicación con pueblos inficionados de la idolatría y el politeísmo» (vol. I, p. 49).

31. M. Merry y Colón, *Historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, Madrid, 1886-1898; para esta obra y el catolicismo de la época son esenciales M. V. López-Cordón Cerezo, «La mentalidad conservadora durante la Restauración», en J. L. García Delgado, ed., *La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura*, Madrid, 1985, pp. 71-109 y en especial pp. 86 y ss.; C. P. Boyd, 1997, pp. 99 y ss., 108-111; J. Álvarez Junco, 2000, pp. 433 y ss.

Añádase a la xenofobia el monoteísmo original pervertido por los extranjeros, la reivindicación del valor hispano y la execración de sus opresores, la definición de pueblos comerciantes o conquistadores con rasgos esencialmente negativos y una defensa radical de todas las glorias católicas de España (vol. I, pp. 90 y ss.), que incluyen la llegada de Santiago, los Varones Apostólicos, la aparición de la Virgen en el Pilar de Zaragoza y otros factores que, como sabemos, ya habían sido objeto de la crítica histórica, católica incluida, desde el siglo XVIII.

Cabe esperar la pura exaltación de lo visigodo y del papel de su iglesia o una imagen de su derrota en términos puramente moralistas, como una degradación de su prostituida sociedad que va unida al olvido del principio religioso (vol. I, pp. 201 y ss., 233). Por supuesto que se defiende al clero visigodo frente a los escritores extranjeros que atentan contra las glorias nacionales, así como frente a los españoles imbuidos de las máximas de los novadores y protestantes (vol. I, pp. 177 y ss.) y los concilios (vol. I, pp. 213-220). La asociación de unidad católica y constitución de la nacionalidad española y de la unidad nacional es naturalmente constante (vol. I, pp. 161 y ss., 184 y ss.). La imagen del mundo musulmán en España es igualmente nítida: como vicioso, voluptuoso, sensual, superficial, despótico, lleno de grosero materialismo y de repugnante libertinaje, e incapacitado para los estudios reflexivos (vol. I, pp. 306 y ss., 317 y ss.), mientras que sus realizaciones culturales se achacan a la influencia de lo previamente existente.

Y se sigue perfilando con absoluta nitidez y sin ambages la identificación de España con el catolicismo, la reivindicación de la política imperial de los Austrias y de la Inquisición, las guerras de religión, la execración de todo lo que no identifique a España con el catolicismo como extranjero y antiespañol, la exaltación de las glorias patrias a pesar de las conspiraciones de protestantes, racionalistas, ateos y similares; la Casa de Borbón, se presenta como restauradora del orden material, pero introductora, sobre todo con Carlos III, de la masonería, el jansenismo, el volterianismo, los filósofos, el virus del afrancesamiento y la corrupción francesa, en especial a partir de sus ministros, que son todo ello, además, heréticos, impíos, que hunden los intereses morales de España, secularizan la enseñanza y otras cosas igualmente terribles (vol. VI). Por no hablar ya del siglo XIX...

En no pocos aspectos su obra, tan representativa, es una vuelta atrás incluso respecto a Gebhardt, por más que continúe en su senda. La historia se convierte en una pura proyección de un modelo integrista y nacionalista de interpretación del mundo en el que la esencia colectiva tiene una definición plenamente confesional, una realidad a imponer, no a discutir o a buscar. Como nunca los mitos identitarios que articula Mariana en plena Contrarreforma, articulados de nuevo alrededor del avance del mal en la fase invasiva de los últimos siglos, se adecuan ahora a un modelo nacional-católico sin necesidad de grandes adaptaciones y obviamente con más facilidad de adaptación que la que requieren quienes las han de incluir en construcciones laicas.

Es una demostración tajante de cómo la situación de privilegio de la Iglesia católica en la Restauración no impide el profundo desacuerdo suyo y de los sectores que se agrupan a su alrededor con el aumento de las libertades públicas y su consideración como una traición al auténtico orden patrio tradicional, es decir, a

su monopolio; es plena la correspondencia de esto con esa mirada al pasado en la que la única identificación de España es su fe católica y su destino providencial. Desde aquí, otra vez, lo extranjero y lo no ortodoxo son lo mismo, con lo que cualquier puesta en duda de esos elementos sustantivamente católicos es, por principio, un acto antinacional, un agravio a reparar con el que se puede transigir para evitar males mayores pero con el que nunca se puede estar de acuerdo, una nueva invasión que exige poco menos que una nueva guerra de independencia.

Conviene incidir en esto por muchas razones; en primer lugar porque esta posición cargada de perspectivas integristas y antidemocráticas nos habla también de un concepto del pasado de un dogmatismo tal que impide cualquier llegada de datos o perspectivas científicas nuevas por poco que chirríen (y no era nada difícil que chirriaran) con la dogmática interpretativa, y ello tanto en la percepción global como en los detalles por épocas; en segundo lugar porque su continuidad esencial nos evita tener que referirnos a la historiografía —y libros de texto— que se editan en esta línea en los decenios que siguen y en medio de no importa cuántos cambios en el mundo o en las concepciones del pasado, sin dejar de ostentar nunca este tono, principios y calidad científica. En tercer lugar porque conviene no olvidar que en este espíritu se forma a quienes constituyen la mayor organización de formación y propaganda del país, en muchos ámbitos infinitamente superior a la del propio Estado, con un papel nuclear, además, en el sistema educativo y en especial en la educación de las elites.

Es poco decir que con este planteamiento se fomenta no solo una actitud agresiva ante todo cambio, sino, además, el resentimiento, la hostilidad y la agresión misma, apoyados en una retórica, un estilo encendido y casi pastoral que incide claramente en componentes emocionales y exaltantes. La conjunción casi calificable de dramática entre lo católico y lo español tiene como consecuencia la unión de los victimismos y frustraciones católicos e integristas con las heridas patrióticas y los propios temores de clase, que se proyectan en esa actitud encendida y vehemente.

Y, por último, porque su concepción nos sirve como señal y pivote de las restantes posiciones contemporáneas. Ya hemos visto su diferencia con las innovadoras de la época, incluyendo la que lo es en los terrenos más «profesionales» y metodológicos, el academicismo canovista, y las que lo son además en los terrenos del conocimiento, de las perspectivas políticas, de la idea de España y de la apertura a las novedades de la época, las de Costa y Morayta, y la de Altamira, a la que nos referiremos después. Pero también nos sirve como punto de referencia de algo más: de las fuertes continuidades ideológicas con planteamientos procedentes de las construcciones nacionalistas que se elaboran en este momento finisecular en España y que se oponen al nacionalismo español, y de referente esencial en las claves que dan lugar al nacionalcatolicismo que culmina con el éxito de la rebelión franquista, que no es otra cosa que la culminación de su imagen, su proyecto y sus sueños.

5. MÁS NACIONES, MÁS HISTORIAS

Construyendo la diferencia. La historia antigua de los otros nacionalismos

El fin de siglo destaca en España por la construcción por primera vez de identidades nacionalistas que se presentan como alternativas y oponentes tanto frente a la identidad y pertenencia españolas como a sus respectivas elaboraciones nacionalistas. Es bien sabido que las dos que se definen con precisión son las construcciones nacionalistas vasca y catalana.[1]

Es sorprendente que no sea fácil encontrar estudios monográficos sobre el tratamiento de la historia, por no hablar ya de la historia antigua, en los políticos e ideólogos que les dan cuerpo y forma, en particular comparándolos entre sí y con las restantes producciones historiográficas y nacionalistas que se elaboran en este momento en España y de las que hemos intentado antes dar una somera idea

1. Dada la ausencia aquí de tratamiento de las restantes, romperemos la regla de no abusar de la bibliografía. En general para Galicia v. J. G. Beramendi, ed., *Galicia e la historiografia*, Santiago, 1993, sobre todo X. R. Barreiro Fernández, «A historia da Historia. Aproximacion a unha historiografia galega: de Murguía a Risco», pp. 187-208, con la conclusión de p. 208: «Hai unha sospetoisa coincidencia en todas las historias de Galicia, redactadas entre 1865 e 1952, no que podemos considerar o seu eixo argumental: Un substrato céltico, que constitue una nacionalidad e unha cultura propia, que mantén incólume a traveso dos séculos» y así hasta el presente, con apariciones u ocultamientos esperando tiempos mejores... Véase también de J. G. Beramendi, *Vicente Risco no nacionalismo galego*, dos vols., Santiago de Compostela, 1981, para el nacionalismo racista de Risco —luego franquista y autor de obras como *Satanás, biografía del diablo*—. Para su tratamiento de la Antigüedad —en el que también destaca el racismo celtista de buena parte de los autores más significativos— véase también J. C. Bermejo Barrera, «Los antepasados imaginarios en la historiografía gallega», *Cuadernos de Estudios Gallegos* 38, 103, 1989, pp. 73-91. En conjunto con la vasca, catalana y andaluza véase J. Cortadella, «Pasado mítico y pasado histórico en diversas tradiciones historiográficas españolas», en *Actas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Vitoria-Gasteiz, 1994, pub. en pre-actas, pp. 314-323; J. Cortadella, A. Prieto, «La historiografía andaluza sobre la Antigüedad en la génesis del estado burgués: Blas Infante», *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba 1988, Córdoba, 1993, pp. 351-361. Se encontrarán referencias de mucho interés sobre esto en la perspectiva de sus continuidades posteriores y referidos a las actuales autonomías, en A. Rivière Gómez, «Envejecimiento del presente y dramatización del pasado. Una aproximación a las síntesis históricas de las Comunidades Autónomas españolas», en J. S. Pérez Garzón y otros, *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder*, Barcelona, 2000, pp. 161-219.

a partir de nuestro enfoque. La necesidad de estudios globales que han reclamado con razón autores como Borja de Riquer y Ucelay, Linz o Elorza[2] no ha impedido que se haya tendido más al análisis de los procesos históricos y colectivos que al de las elaboraciones ideológicas que en gran medida los sustentan.

La sorpresa es mayor si se considera que es exactamente ahora cuando dos personajes claves, Sabino Arana y Prat de la Riba, formulan su interpretación nacionalista y con ella la de las historias de sus comunidades, lo que debería haber hecho relativamente fácil, y común, ese estudio comparado. Y el hecho de que en Prat la síntesis de otros aportes de contemporáneos destaque sobre el componente individual de Arana, o el que Arana haya sido mucho mejor estudiado en estos campos que Prat, no quita la veracidad de esta afirmación; hay que decir que la situación del País Vasco en el posfranquismo, tanto en lo referido a la política oficial en él como a las actividades terroristas de ETA ha generado como respuesta una de las más interesantes y críticas reflexiones sobre identidades colectivas de Europa.[3]

Esta carencia tiene sin duda mucho que ver con el efecto del franquismo y, quizá más, con el antifranquismo y sus límites críticos frente a las «cuestiones nacionales» que cumplieron un papel importante como aglutinadores en diferentes lugares del país, unas limitaciones críticas que contrastaban, y aún contrastan, vivamente con la negación de un nacionalismo español asociado con el mismo franquismo. Con frecuencia esto supuso la aceptación acrítica también de los mitos fundacionales, por decirlo así, de estas concepciones, por ejemplo, la idea de la naturalidad y la existencia prácticamente ahistórica de esas auténticas entidades nacionales.

Tal falta de análisis destaca más si tenemos en cuenta el carácter del todo innovador que suponen estos planteamientos nacionalistas respecto a la propia tradición vasquista o catalanista anterior, carácter que es, por otra parte, bien consciente para ambos y para sus contemporáneos. Es fácil entender que si los dos construyen una identidad específica en las nuevas claves, con una aplicación sistemática de las teorías nacionalistas, y si los dos se consideran como puras conciencias y expresiones de la continuidad del espíritu o esencia nacionales (si se quiere: encarnaciones del momento en el que el espíritu nacional se reconoce a sí mismo), su papel sólo podía ser proyectado como el de autores de un descubrimiento, un desvelamiento, muy a pesar de las falsas apariencias anteriores y de las falsas conciencias de sus engañados (o vendidos) compatriotas. Aceptar esto es un punto de partida que no sitúa las cosas, consecuentemente, en una perspectiva que posibilite su comprensión, sino su oscurecimiento.

Incluirlos aquí es, en todo caso, esencial, por su interés en sí, pero también por su efecto a lo largo del tiempo en los diferentes enfoques del nacionalismo es-

2. Borja de Riquer, E. Ucelay da Cal, «An Analisys of Nationalisms in Spain: A Proposal for an Integrated Historical Model», en J. G. Beramendi , R. Máiz, X.M. Núñez, eds., *Nationalim in Europa. Past and Present*, Santiago de Compostela, 1994, vol. II, pp. 275-301; J. Linz, «Los nacionalismos en España: una perspectiva comparada», en *Historia y Fuente Oral,* 7, 1992, pp. 127-135; A. Elorza, «Los nacionalismos en el Estado español contemporáneo: las ideologías», en *Estudios de Historia Social*, 1984, pp. 28-9, 149-168, en particular pp. 162 y ss. para el componente historicista compartido.

3. Una perspectiva de la historiografía sobre el nacionalismo vasco y Sabino Arana en J. L. de la Granja, *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Madrid, 1995, pp. 83-87, 171 y ss.

pañol, por el que tienen sobre las diversas perspectivas de interpretación del pasado peninsular y porque, como veremos, se producirán siguiendo su estela elaboraciones especializadas de enorme trascendencia.

Tampoco es desdeñable otra posible cuestión a analizar: valorar la atracción que pueden suponer estas construcciones nacionalistas en tanto que alternativas a las diferentes visiones del nacionalismo español y más en un momento en el que el canovismo hace difícil una construcción nacionalista consecuente y donde la crisis del 1898 y el ambiente europeo de las primeras décadas del siglo XX favorecerán las interpretaciones de corte más dramático. En los dos casos se hace necesario plantear una reflexión global sobre tales invenciones identitarias y sobre el uso de la historia y de la historia antigua en ellas.

Sabino Arana y la invención de la identidad vasca

Para empezar con ellos puede ser útil hacerlo con quien es en mayor medida el correligionario en los esquemas interpretativos y valores en juego del último autor tratado, Merry y Colón, Sabino Arana, el fundador del nacionalismo vasco.[4] Vive entre 1865 y 1903 y desarrolla su actividad política y publicística sobre todo desde 1893, tras su vuelta a Vizcaya en 1888 después de unos años de estudios fracasados en Barcelona. Su obra se realiza en especial en los diez últimos años de su vida y consiste en su mayor parte en opúsculos y artículos publicados en revistas fundadas por él mismo y de corta difusión, algo muy acorde con la escasa repercusión real de su pensamiento en vida; en ellos defiende generalmente la posición nacionalista y secesionista, al menos hasta 1902, cuando propone la Liga de Vascos Españolistas.

Sus escritos constan en su mayor parte de textos sobre la lengua vasca, desde sus variadas propuestas de normalización a etimologías, de construcciones históricas, de textos directamente políticos, doctrinales en su mayor parte, de edificación moral y de alguna propuesta concreta en la Diputación de Vizcaya —por ejemplo, aquélla famosa en la que proponía la prohibición de organillos y organilleros por razones de la inmoralidad de los bailes «agarraos» unidos a ellos. Se encuentran editados en *Obras completas de Arana-Goiri'tar Sabin (Sabino de Arana-Goiri)*;[5] sin duda sorprenderá la grafía extraña del nombre, una de las invenciones que realiza que, al contrario que otras muchas, no tendrá éxito.

En esta misma edición se hallan dos prólogos en los que se habla de su vida desde la perspectiva entregada de militantes del Partido Nacionalista Vasco que sirven también de índice del éxito de sus ideas fundamentales en el partido que ha gobernado de manera ininterrumpida la Comunidad Autónoma vasca y en esta misma, incluyendo el aporte de fiestas, bandera, denominaciones y otros muchos elementos.

4. Por mencionar dos obras básicas sobre él, v. J. L.Corcuera Atencia, *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco 1876-1904*, Madrid, 1979, pp. 184 y ss.; y J. Juaristi, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, 1997, pp. 139 y ss.

5. Sabino Arana, *Obras completas*, 3 vols., San Sebastián, 1980, 2.ª ed.

La construcción identitaria que propone va unida al uso del pasado en la historia y en muchos otros componentes, lo que hace su estudio particularmente significativo. A pesar del carácter heterogéneo de sus publicaciones, no es difícil encontrar las claves de un pensamiento histórico en el que es decir poco que la historia y la Antigüedad cumplen un papel esencial, entre otras cosas por su simplicidad y omnipresencia. Para entender esto hay que considerar el legado de interpretación del pasado que recibe porque, adelantemos algo de lo que sigue, Sabino Arana es, desde muchos puntos de vista, un continuador del modelo historiográfico español.

Recordemos que en el papel nuclear que asumían las zonas septentrionales en su formulación en el siglo XVI, convertidas en las depositarias de las esencias patrias, se hacía un lugar especial a las zonas de habla vasca como zonas especialmente refractarias a los invasores algo que, a pesar de la falta de sustento en las fuentes literarias que llevó a malusarlas con la ayuda del vasco-cantabrismo, encontraba su apoyo en la cuestión de la lengua, mirada como el índice de la permanencia de una identidad colectiva prístina y no sólo hispana sino hiperhispana. Recordemos también que esta interpretación resultaba de máxima utilidad para los «hombres de pluma» vizcaínos, uno más de los grupos septentrionales y/o estamentales que se beneficiaban del modelo tradicional en términos honoríficos, a la busca de cargos públicos en la monarquía austríaca.

Ya sabemos que el modelo historiográfico hispano continuó, con las adaptaciones pertinentes, viendo la zona como un lugar clave en la resistencia española frente a los invasores. Sin duda la (falsa) idea de que los romanos buscaban romanizar lingüísticamente a sus súbditos y la continuidad del vasco interpretada, entonces, como el fruto de la impotencia romana, tienen mucho que ver con ello. Por otra parte, todo esto alimentaba la propia imagen de sus habitantes; y es que siguió siendo rentable en las Vascongadas esta consideración, tanto en términos prácticos como honoríficos, lo que llevó a mantener toda una batería de medidas de pureza racial con una continuidad única en España, unida a las consiguientes teorizaciones. Asimismo, el hecho de que en el Antiguo Régimen se mantuviesen, como en otros lugares de España y de Europa, ciertos niveles de autonomía, procedentes en gran medida de unos fueros concedidos por los reyes de Castilla insertos con frecuencia dentro de los típicos contextos de luchas entre aristócratas y entidades urbanas, podía conectarse con ese componente supuestamente incólume para construir una imagen identitaria que será heredada y en gran parte potenciada por los grupos que se oponen a las perspectivas unitarias del Estado burgués del siglo XIX y a este mismo.

No sorprende que Arana, un católico a machamartillo, de familia y orígenes ideológicos de un furibundo carlismo —de hecho, su acomodada familia se exilia, siendo él un niño, en relación con la guerra carlista— recoja todo esto y lo haga, además, sobre la base de dos frustraciones claves. La primera es la derrota del integrismo carlista, unida a su fragilidad y divisiones; la segunda se refiere a las de la Iglesia católica en Italia y fuera, complicada con la oposición o renuencia de sus sectores más duros desde los setenta a la apertura del canovismo y a la aceptación de la necesidad de intervenir aquí y en otros lugares —Francia, por ejemplo— en la política para evitar males mayores. No es extraño tampoco que la pérdida de la posibilidad de que a corto plazo el pueblo español pudiera volver a representar el papel en el mundo de martillo de herejes y luz de Trento —tal como la calificara a comienzos de la década de 1880 Menéndez Pelayo— acabara por incitar a sectores católicos, con clérigos al frente, a buscar definir con rigidez católica entidades más reducidas y manejables. En el caso de las Vascongadas (y en gran medida Cataluña) la participación de una parte de sus pobladores y de sus sacerdotes en el bando ultracatólico y absolutista —y sólo secundariamente foralista— del carlismo hacía el proceso más fácil.

Conviene recordar también aquí que franciscanos y jesuitas (Arana fue alumno de los jesuitas y siempre ex alumno modelo) habían buscado ya desde el siglo XVI en las colonias americanas aislar la pureza de los indios de la contaminación exterior de conquistadores y criollos. El siglo XVIII asiste, en contrapunto al aflorar de ilustrados, a proyecciones de este tipo en la propia Europa. Es entonces, como ha probado Azurmendi, cuando otro jesuita, M. Larramendi, recoge las reflexiones y prácticas sobre la identidad colectiva anteriores y las reestructura, desde la Guipúzcoa que trata centralmente, para sintetizar una imagen de los vascongados caracterizada por la sobrevaloración, la suspicacia frente al otro, el victimismo y los sentimientos de peligro permanente, el integrismo religioso y una intolerancia con las divergencias en el seno del grupo que excluye el consenso y que tiene que ver directamente con la imagen propia como fruto de una naturaleza a la que la historia no ha tocado.[6] La pureza tubaliana, la lengua prístina, el catolicismo sin tacha y la no contaminación se contrastan claramente con los de las restantes zonas de España y sus mezclas, bien sintetizado todo esto en la frase que aconseja no casar a las hijas de las gentes bien con castellanos: «abandonad ese léxico traído de Castilla: pues existe demasiado sabor de moro, olor de sucio judío, de negro y de villano en esas tierras».[7] Los peligros de los nuevos tiempos se oponen ya entonces a las viejas realidades prístinas y sin contaminar que representan a ambos lados del Pirineo las perspectivas ilustradas.

La continuidad posterior de estos elementos, contrastada sin duda allí como en otros lugares con posicionamientos políticos e ideológicos muy diferentes, y el papel del clero, ofrecía claves de identidad colectiva de gran pregnancia, reforzada pronto por la novelística y las invenciones de leyendas, claves de una capacidad movilizadora en gran medida acorde con su simplicidad.[8]

Recordemos, volviendo al tema de Arana, adicionalmente algo que repite un proceso muy común y muy europeo, el hecho de que se produzcan dos procesos que alimentan todo esto: por un lado, las Vascongadas experimentan un proceso

6. M. Azurmendi, 2001, por ejemplo, pp. 11 y ss., 173 y ss.
7. M. Azurmendi, 2001, p. 202.
8. Ver, aparte de los libros citados antes, y entre otros muchos, para la fase anterior y posterior los trabajos de J. Juaristi, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, 1987; *El chimbo expiatorio. La invención de la tradición bilbaína, 1876-1939*, Barcelona, 1999; *Sacra nemesis. Nuevas historias de nacionalistas vascos*, Barcelona, 2000; A. Elorza, *Ideologías del nacionalismo vasco, 1876-1937 (de los «euskaros» a Jagi Jagi)*, San Sebastián, 1978; J. P. Fusi, *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Madrid, 1984.

de industrialización y un enriquecimiento intensos —inseparables de su papel en la economía política y el proteccionismo español y de la llegada de trabajadores de otras zonas españolas— que produce cambios de todo tipo. Con emigrantes y capitales llegan más representantes de ideologías y comportamientos sociales «modernos» que, desde el catolicismo integrista, sólo podían ser entendidos en perspectivas de amenaza. Por otra parte, la evidente participación de personajes locales —y no locales— en el sistema canovista afectaba claramente a las familias tradicionalistas que no hubieran encontrado el hueco necesario para adaptarse a las nuevas circunstancias y hacía, sin duda, tentador intentar reconstruir fuera de este juego otras hegemonías que les permitiesen recuperar un espacio que a su juicio les correspondía.

Nada de esto es excepcional: hemos hablado en la introducción al capítulo 3 de los impactos de la industrialización como fenómeno general y de enorme trascendencia en el siglo XIX; Hobsbawm ha señalado cómo entre 1870 y 1918 se produce una transformación del nacionalismo, ahora multiplicado en sus posibles sujetos y en clave étnico-lingüística, e incluso racista, más ligado a la derecha, y generado sobre la base de la hostilidad generalizada entre los países y las intensas novedades socioeconómicas que afectan a grupos que se ven amenazados por los cambios de la modernidad, a otros que se generan ahora o a los que la emigración pone en contacto mutuo; todo ello posibilita políticas ligadas a la identidad en términos nacionalistas.[9]

Sabino Arana realiza una sistemática recogida de todos estos componentes, de frustraciones y de mensajes dirigidos a los eventuales frustrados, para proponerles un país, una nación, una historia y una lengua enfrentadas desde los orígenes de los tiempos a los viejos y nuevos enemigos, un lugar donde la propia exaltación permitiese poner distancia con una España concebida ahora poco menos que como fracaso y pecado. Y para ello nada mejor que un doble recurso al modelo hispano: se acepta la caracterización tradicional de las Vascongadas y se recalca su carácter de zona aislada, independiente y sin contaminar mientras que a ese esencialismo se le hace corresponder un invasionismo distinto: ahora los españoles, los mil veces invadidos y mezclados son los invasores multiseculares, el peligro permanente. Los «bizcaínos», luego incluidos en el concepto más general de «vaskos»,[10] no contaminados, nunca sometidos, puros —racialmente puros— y católicos por definición se oponen a los españoles no sólo contaminados, invadidos, impuros —racialmente impuros— sino ellos mismos invasores y concebidos en una dialéctica total de oposición racial, caracteriológica, moral, política y vital.

Pero conviene no dar un excesivo carácter arcaizante a todo esto; sería absurdo no ver, por ejemplo, cómo incluye elementos nuevos, así el más acendrado de los racismos, con una identificación del todo explícita entre raza, nación y lengua, considerado todo ello como un hecho «natural» (vol. I, pp. 606-608; vol. II, pp.

9. E. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, 1995, cap. 4.

10. Como señala el primer prologuista de sus obras completas, (vol. I, p. 27) su obra se dirige a los vizcaínos, aunque más tarde se extienda a los otros vascongados, guipuzcuanos y alaveses, así como a los habitantes del antiguo Reino de Navarra.

1.340-1.342; vol. III, pp. 2.264-2.265) y recordemos que la obra clave del racismo decimonónico, el *Essai sur l'inégalité des races humaines* de Gobineau, se publica en 1853-1855 y que une a su crítica a la idea de progreso un pesimismo basado en su creencia de que la degeneración, la decadencia de las civilizaciones, se debería a la mezcla de las razas, en un proceso multiplicado por el mundo moderno.

Antigüedad y esencialismo se unen de forma inseparable. Para Arana, como no podía ser menos, la raza vasca nunca habría sido invadida por nadie; serían la raza aborigen europea, refugiada allí ante las invasiones celtas y de otros pueblos; y no serían en absoluto identificables con los iberos ni, por tanto, los españoles prístinos, sino los europeos prístinos (vol. I, p. 268; vol. II, p. 1.342; vol. III, 2.293-2.294; lengua y raza: vol. I, pp. 607-608 y *passim*) al proceder de diferentes lugares, no sólo de la península Ibérica, con lo que se soltaban amarras respecto al modelo historiográfico español en el que habían tenido su lugar primero.

Y no sólo habrían mantenido aquella esencia radicalmente no hispana y cargada de virtudes sino también su componente original, sin haber sido invadidos por celtas, romanos, visigodos, bárbaros o árabes.[11] Y así habrían sido independientes hasta el siglo XIX, gobernados según las pautas tradicionales y sin feudalismos o señores propiamente dichos; cargados de perfecciones por naturaleza, habrían continuado aislados y gobernándose según sus viejos usos y normas, dentro del más estricto catolicismo (vol. I, pp. 364-365, 627-628). Y, consecuentemente, habrían conservado su pureza de sangre (nótese bien) frente a judíos y moros, que se habrían mezclado, en cambio, mucho con los españoles (vol. I, p. 545; vol. II, p. 1.136).

A lo largo de todas sus obras se ve el esfuerzo por mantener, tras la definición de una Antigüedad sin mayores incidentes, seis imágenes del periodo medieval en adelante tan esenciales como falsas: la de la independencia pactada; la de una participación de los habitantes de las zonas que él considera parte de la nación vasca de carácter libre y casi accidental en la vida Peninsular y en especial en Castilla y en la España desde los Reyes Católicos en adelante; la de su unidad esencial —que nunca existió en general y mucho menos en lo referente a Navarra y las zonas vascongadas—; la concepción de todas ellas poco menos que como un pacífico paraíso que transita por la historia sin cambios importantes, la de un intento permanente de España de acabar con la identidad vasca (anterior incluso a que existiera España...); y la de la corporeización de todo ello en esa otra imagen, también radicalmente idealizada, la de los auténticos representantes de la esencia prístina, los campesinos de las montañas vascas. Dada la inexistencia de una tradición cultural en euskera y la participación multisecular de gentes de las Vascongadas en la cultura castellana y luego en la española, lo que cabe defender es la perennidad del viejo paraíso, el mantenimiento de aquella Edad de Oro concebida en términos casi milenaristas que ha definido Aranzadi y que se conservaría incólume en el inventado campesino vasco y sus tradiciones.

Esa fantasiosa construcción de la independencia vascongada hasta el siglo XIX

11. Véase también vol. I, pp. 155, 182, 184, 270, 550-551, 606-608, 637 y ss.; vol. II, pp. 1.067 y ss., 1.297-1.298; vol. III, p. 2.264.

gira alrededor del pivote central de las invasiones inventadas. Arana (y sus prologuistas, véase 16) consideran que el recorte de los derechos forales de 1839 al final de la primera guerra carlista supone la primera invasión y la pérdida de esa independencia, que habría llevado a que la raza inferior domine a la superior y a que ésta se vea sometida por la hez de los pueblos europeos (vol. I, pp. 365-414, 430; vol. III, 2.264); un papel parecido pero menor hace jugar a las medidas que siguen a la de 1872-1876 (vol. I, p. 169; vol. II, p. 1.343).

Pero más clave aún es el segundo ataque, que es denominado explícitamente como una invasión (vol. I, pp. 197-199, 261-263), equiparada a la invasión musulmana («nuestros moros: los maketos», vol. I, p. 196): la llegada de maketos, de los trabajadores y otras gentes con la industrialización de los últimos años, gentes que pervierten las auténticas realidades vascas católicas y producen el horror de una mezcla que es necesariamente degeneración. Éste es un horror, por cierto, que también proyectan sus prologuistas, quienes afirman: «En la actualidad no ha cambiado sustancialmente este problema. Ahora bien: por un lado ha adquirido un incremento y una extensión pavorosa la inmigración. Por otro, existe, gracias al Nacionalismo Vasco...» Pero ya el camino había sido mostrado: «Parecía entonces el principio del fin de la Nación Vasca. Un fin que podía llegar con rapidez. Y Arana Goiri contempló la situación: la Patria esclavizada y atacada por una invasión mortífera, abandonada por sus hijos...» (vol. I, p. 5).

La invasión, entonces, contrastada con aquel pasado independiente y puro no es de ayer, aunque se vea, como corresponde, su origen en el siglo XVIII, sino que está en curso y la llamada a la defensa frente a ella es actual y urgente (vol. I, p. 155). Pero conviene que valoremos, antes de seguir, la gravedad del tema, lo que nos lleva a explorar su definición de estos miserables invasores, a los que se aplica el modelo tradicional pero a la contra: ellos son quienes habían sido muchas veces invadidos y, en consecuencia, serían seres mezclados y degradados racialmente, los representantes de toda una degeneración física, psíquica y moral, que, carentes de las virtudes bélicas y morales de los vizcaínos (vol. I, pp. 606-607), eran plenamente conquistables: «De suerte que la raza española es un producto de todas las invasiones que han ocurrido en la Península desde hace más de cuarenta siglos: celta, fenicia, griega, romana, germana, árabe, dominando el elemento latino».[12] Ellos, que habían perdido su lengua serían ahora latinos, incursos, por tanto, en el proceso de degeneración de las razas latinas, de la que hablábamos antes, frente a las del norte (vol. III, pp. 2.197-2.198; véase también vol. III, pp. 1.717, 1.778-1.779).

Si en el modelo historiográfico español cabían pecados, invasiones y redenciones, y había un espacio casi o del todo exento desde el que se hacían las grandes defensas o habría salido la regeneración, la monopolización en Arana de este espacio y de las glorias inherentes al modelo septentrional por unos vascos incontaminados y ajenos, deja a España convertida globalmente en una entidad, por decirlo así, andaluza-levantina sin remisión, sin fases de limpieza perdurables. La mezcla con esa raza que es la más vil y despreciable del continente, los derrotados de Europa, esos invasores que dominan a la raza superior, a los nunca invadidos, es un horror que lleva a la inmoralidad, a la irreligiosidad y a la pérdida de la raza misma (vol. I, pp. 245, 261, 365; vol. II, 1.326 y ss., 1.334).

12. Véase también vol. I, 182, 184-185, 268-270, 364-365, 637-638.

Además, es central la asociación entre los maketos (y maketania misma), su inferioridad racial y los rasgos democráticos, liberales, socialistas o cualquier aspecto de moral pública o privada que se apartara de las perspectivas del catolicismo integrista que se entiende les son propios precisamente por ello (vol. I, 275, 368; vol. II, 1.326 y ss., 1.334), aparte, claro, de su definición e identificación como delincuentes, prostibularios, vagos, ladrones, mendigos, navajeros, blasfemos, feminoides, supersticiosos, sin dignidad, y no viriles, características todas que, por supuesto, se extienden a la misma «maketania».[13] La lista de perfecciones propias frente a los degenerados españoles en fisonomía, andares, fuerza, aspecto físico, laboriosidad, señorío frente a servilismo, religiosidad, blasfemias o incluso en bailes, presididos los unos «por las autoridades eclesiástica y civil» y «la más loca alegría» y los otros por «el liviano, asqueroso y cínico abrazo de los dos sexos» es apabullante (vol. I, pp. 626-627).

Y es que lo peor de los «Efectos de la invasión» (vol. II, pp. 1.326 y ss.) no es la pérdida de la lengua, la historia, la imposición de instituciones extrañas y liberales, o la esclavitud política sino ese «roce de nuestro pueblo con el español, que causa inmediata y necesariamente en nuestra raza ignorancia y extravío de la inteligencia, debilidad y corrupción de corazón, apartamiento total, en una palabra, del fin de toda humana sociedad». Una vez más uno de sus prologuistas glosa esta idea con precisión (vol. I, pp. 22-23) al señalar dentro del conjunto de problemas (entre los cuales está la invasión española) la aparición de una fuerza marxista en el país, que nunca hubiera podido arraigar dadas las cualidades raciales, sentimiento religioso, milenaria práctica democrática y otros factores que, constituyen la médula social del vasco, no así en los inmigrantes, que «no poseían valores raciales, ni educacionales, capaces de resistir a la doctrina marxista».

Frente a todo esto y frente al «chino bermejo» (vol. III, pp. 1.780-1.781), la plaga de familias y tribus infectada de socialismo, que quitaba puestos de trabajo y bajaba los jornales en detrimento de los trabajadores del país, resultaba urgente un profeta y una lucha por la independencia. Es aquí donde se encuentra su papel y el papel de la historia: él había aprendido gracias a su hermano en su primera juventud la verdad oculta a todos, el hecho de que los vizcaínos no serían españoles, sino una nación ajena y diferente (vol. I, pp. 157-158), y, como los profetas del antiguo testamento que claman contra la degeneración de su pueblo —véase una vez más vol. I, pp. 364-365—, habría de extenderla. *El Maestro*, tal como le llaman sus seguidores, se dedicaría, en términos de sus prologuistas (vol. I, p. 10), a «su apostolado patriótico...», a extender esta «revelación política», con lo que en 1897, por ejemplo, conseguiría «la conversión del pueblo carlista al nacionalismo», (vol. I, p. XXXI).

La historia es su arma esencial para ello, una tarea para hacer ver lo ridículo de pensar que los vizcaínos pudieran ser españoles. Se trata de sacar a esta raza ex-

13. Vol. I, pp. 296, 364-365, 368, 438, 620-621, 627-628; vol. II, p. 1.390; vol. III, pp. 1.678-1.679, 1.681-1.682, 2.212-2.213.

traviada del error instruyéndola, de ayudarla a buscar su personalidad, a iluminar el espíritu y hacer hereditarias las antiguas virtudes (vol. II, pp. 1.108, 1.297-1.298; vol. III, p. 1.705); Dios, por su parte, no podría dejar en el olvido a ese pueblo elegido (véase Prólogo a segunda edición, vol. I, p. XXXII). Para mantenerse como tales hay que alejarse de los maketos, pero también purificar de contaminaciones étnicas e ideológicas a ese pueblo. Todo liberal, ateo, socialista, liberal o inmoral es o maketo o traidor, un colaboracionista, un enemigo (vol. I, pp. 364 y ss., 368, 560, 578, 593-595). Las precauciones a tomar debían ser especialmente importantes dentro de las propias filas de los suyos, bien controlados en su pureza de sangre y en su rigor religioso e ideológico (vol. I, p. 281), en el control radical frente a traidores (vol. III, pp. 2.166-2.168).[14] Y como sólo él y los suyos representarían la auténtica esencia patria, dentro de la lista de los enemigos internos, de esos cómplices españolistas y extranjeristas, habría que incluir a los restantes partidos, enemigos del Pueblo Vasco (vol. II, pp. 1.214-1.215; vol. III, pp. 1.731-1.733, 1.778-1.779) y negarles el derecho a inventar su bandera o a celebrar fiestas en lo lugares «sagrados» de la raza (vol. I, pp. 646 y ss.; vol. II, pp. 1.349 y ss.).

Cara al «exterior», al maketo, la vigilancia debería ser omnipresente. Habría que impedir que se roce con los puros, y, en especial, que aprenda un idioma que sólo le serviría para facilitar una mezcla racial que lleva a la irreligiosidad y a la destrucción (vol. I, pp. 257, 404-406; vol. II, p. 1.308). Se entiende el rechazo adicional a las fiestas que corrompen a la familia aldeana y que llevan al maketo a la búsqueda de mujer entre ellos (vol. II, pp. 1.257-1.259), que adquiere a veces tonos proféticos y encendidos como en su «La cultura de Bilbao» donde se repiten las imprecaciones —«¡Bilbao, oh Bilbao!»— contra una Maketania ligada a los «espectáculos nauseabundos» de su semana de fiestas.

La alusión que acabamos de ver a la mujer vasca no es casual y asume un papel central: ella es un eslabón débil y por tanto fácilmente afectable por esa modernidad e invasión extranjera, tal como se lee en el escrito *Conócete a ti mismo*, realizado en 1891 contra la intervención de Miguel de Unamuno en los I Juegos Florales de Bilbao: «Ciertamente: la genuina mujer bilbaina va siendo cada vez más rara: ya en muchas las pérdidas de aquellas virtudes se rebela en su vestir. Pero esto también es fruto de la influencia exótica. ¿Tienen ellas la culpa? No cabe dudarlo puesto que voluntariamente aceptan el contagio, pero ¿qué mucho que la débil mujer sea seducida, si el hombre que la dirige está ya extraviado?» (vol. III, pp. 1.995-1.996). Y es que «La mujer es vana, es superficial, es egoísta tiene en sumo grado todas las debilidades propias de la naturaleza humana: por eso fue ella la que primeramente cayó».[15] La carga de aspectos emocionales que moviliza en dirección a la amenaza del inferior que quiere poseer a la hembra indefensa del propio grupo explota en frases restallantes en las que esto se proyecta sobre el mismísimo núcleo familiar (vol. II, p. 1.307): «Olvida tu lengua, sí. Pero si el maketo, penetrando en tu casa, te arrebata a tus hijos y tus hijas, para quitar a aquéllos su lozana vida y prostituir a éstas... ya entonces, no llores».

14. Para las depuraciones, véase J. Corcuera, 1979, pp. 234-235.
15. Citado por J. Juaristi, 1997, p. 167.

Frente a la invasión maketa, pues, hay que llamar a un movimiento por la independencia presidido por la negativa a cualquier mezcla racial o a toda contaminación ideológica con el maketismo-liberalismo. Se hace necesario construir junto con la historia inmóvil otra repleta de imágenes heroicas, en la que se exalten las (supuestas) gestas históricas antiespañolas o anticastellanas (que están ahí antes de que exista la España o la Castilla políticas, como está la nación española y vasca, lo supieran o no) y la sangre derramada en ellas como gestas a imitar, conmemoradas en fiestas, además,[16] a fin de «actualizar» la esencia heroica a partir de la identificación emocional con esos antepasados ejemplares.

La reivindicación de la muerte por la patria y de los mártires por ella (vol. II, pp. 1.272 y ss.), la celebración de los actos, incluso violentos, que se consideran como modelos a seguir (vol. I, pp. 244, 645-646), el reiterado tono profético, la llamada a que los bizcaínos reproduzcan el alzamiento nacional contra los moros (vol. I, pp. 196, 615), a luchar contra la ignominia y la degeneración (vol. II, pp. 1.731-1.732; vol. III, pp. 1.679-1.680), todo ello culmina una construcción marcada por el odio que define a España como la gran enemiga, esa culpable de la calamidad de la patria, a la que vería con júbilo destruida por la guerra civil o internacional, pero no próspera (vol. I, pp. 208-209). Frente a su persecución multisecular, ¿cómo no podría estar justificada la violencia? (vol. III, p. 1.740).[17]

El modelo hispano se hace más preciso aún en observaciones como aquellas en las que se exalta la necesidad de esa unión para la lucha, la expulsión y la independencia (vol. II, pp. 1.356 y ss.; vol. III, pp. 1.673-1.674, 1.999). Conviene recordar que nunca había existido nada parecido a una unidad política en las zonas de las futuras provincias vascongadas, no digamos ya de Navarra con ellas, un factor que agudiza claramente esta problemática; él considera (vol. III, p. 2.397) la desunión como «un defecto ingénito de nuestra raza», «Censurado vicio de nuestra raza», un vicio que, nos dice, parece como si la Divina Providencia se lo hubiera hecho pagar en todo momento, una reflexión que cumple un papel nuclear a la hora de explicar y lamentar por este camino la presencia constante de guerras «internas».

La llamada a la unidad es el otro lado de la creación del enemigo invasor y su expulsión no es una metáfora, sino pura limpieza étnica e ideológica: una vez que se consiguiera la independencia habría que echar a los maketos como medida profiláctica (vol. I, pp. 545-546), implantar —como Felipe II— el «aislamiento más absoluto», y excluir a todas las personas y todo lo no vasco, todo lo que no se ajuste al principio de la raza común y de la religión católica (vol. II, pp. 1.331-1.333, 1.357-1.359; vol. III, p. 1.761). El objetivo de la recuperación del (supuesto) tradicional aislamiento queda nítido en un escrito nada casualmente denominado «Regeneración» (vol. III, pp. 1.673-1.674): «Que todo cuanto vean

16. Vol. I, pp. 109 y ss., 138 (resumen), 274-275, 409 y ss.; véase también vol. I, pp. 573-574, 638 y ss.; vol. II, pp. 1.069 y ss.
17. Véase A. Elorza, *La religión política. El nacionalismo sabiniano y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismo*, San Sebastián, 1995, pp. 15 y ss., 36, 39 y ss., para esto y para su continuidad en el «ideario xenófobo y violento del independentismo radical vasco actual».

nuestros ojos, oigan nuestros oídos, hable nuestra boca, escriban nuestras manos, piensen nuestras inteligencias y sientan nuestros corazones sea vascongado», la construcción de un mundo digno de aquellos antepasados imaginarios que tan fieramente defendieran desde los orígenes de los tiempos su independencia y su pureza, luego identificada con la catolicidad, frente al extranjero.

No creo que quepa duda de la íntima relación del modelo interpretativo de Arana con el modelo español multisecular, en particular tal como lo interpretara el integrismo representado por Merry y Colón. Tampoco del importante lugar que tiene esa Antigüedad inmóvil y carente de impurificaciones. Ya hemos apuntado la falsedad radical del conjunto de sus presupuestos y puede ser buena ocasión ésta para saltar a la historia desde la historiografía y señalar también la de todo esto ampliando algo más lo que expusimos en el primer capítulo sobre la Antigüedad. Ni la asociación de fondo entre lengua y pueblo, ni los presupuestos sobre los orígenes de las lenguas en un proceso puramente genético son válidos.[18] Y lo es menos aún todo lo demás: en la zona no sólo los romanos conquistaron, sino que se produjo una romanización más que notable. Y es claro el impacto germánico, franco, islámico y de otras culturas, incluida la presencia de judíos y otras gentes; no está de más recordar que el prototípico y admiradísimo «vasco» que es para Arana, Ignacio de Loyola era de familia conversa, como lo era A. de Poza, uno de los autores que con Garibay estructuran en el siglo XVI la identidad colectiva que interesa a las gentes de pluma de la zona y que, como premio a sus servicios, recibe el reconocimiento de su ascendencia vizcaína. Es claro también, más tarde, el impacto fortísimo de la inclusión de estos territorios, que nunca conocieron unificación, en los diversos reinos situados a occidente suyo, por no hablar de la participación plena en toda la historia de España desde su constitución política.

Es falso todo ya desde la propia concepción de la Antigüedad, empezando por la misma idea de la oposición bélica a los romanos; como ya hemos apuntado, no hay ni una sola fuente que hable de guerras con ellos, mientras sí las hay de la mayor parte de los pueblos iberos y celtíberos de alrededor. La aparente connivencia de los habitantes de una parte del futuro territorio navarro con Pompeyo en las guerras civiles romanas y todo esto apunta, si apunta a algo, a su carácter colaboracionista.

Y la cuestión llega todavía un poco más lejos: sólo se constata fehacientemente una cierta presencia de gentes hablantes de una lengua vasca en la Antigüedad en una zona de la futura Navarra, lengua que no deja inscripciones sino algunos nombres propios; contrasta esta carencia con la relativa abundancia tanto en Navarra como en las zonas próximas de inscripciones hechas en latín, por supuesto, pero también en las lenguas constatadas en los territorios próximos, ibero y celtíbero, que lleva a pensar, entre otras cosas, en el carácter minoritario de las lenguas vascas y, en todo caso, en la gran variedad lingüística de la zona.

18. Véanse por ejemplo, las observaciones de E. J. Hobsbawm, 1995, *passim*; J. Robb «A Social Prehistory of European Languages», en *Antiquity*, 67, 1993, pp. 747-760 y la de P. Sims-Williams, «Genetics, Linguistics, and Prehistory: Thinking big and Thinking Straight», en *Antiquity*, 72, 1998, pp. 505-527.

La misma complejidad nos la muestra la arqueología prerromana, donde es bien visible la huella indoeuropea, por ejemplo. Frente a la imagen de un Pirineo habitado originalmente por vascones, el avance de los estudios iberos, los hallazgos de inscripciones y hasta el sentido común aplicado a las fuentes literarias y arqueológicas permite sostener con mucha más solidez una fuerte presencia de hablantes de la lengua o lenguas iberas, junto con indoeuropeos en determinadas zonas. Es significativo, por ejemplo, el olvido de la incidencia de los desplazamientos de población bajo el dominio franco para explicar algunos de los pocos topónimos vascos que se han salvado de la criba.

Y la incidencia en Navarra no es casual; como ya hemos apuntado, nada de lo dicho sobre el ámbito de los hablantes de esa lengua emparentada con el vasco puede aplicarse a las futuras provincias vascongadas porque ni las fuentes antiguas ubican allí a los vascones, quizá con la excepción de una franja en el norte que seguiría la vía romana hacia el Cantábrico, ni hay índices fehacientes de que sus habitantes hablaran alguna lengua emparentada con el vasco en la Antigüedad, ni hay razones para pensar en una especial conexión con sus vecinos vascones. Incluso se ha postulado con gran verosimilitud que la creación de una entidad «vascona» es, como en el caso de los «galaicos» y otros muchos «pueblos» fruto en gran medida de la incidencia y de las organizaciones administrativas romanas posteriores. Autores de gran seriedad defienden una expansión significativa de las lenguas vascas en la misma zona de la futura Navarra y en las cercanas en época tardoantigua o medieval.

Pero no se trata, en todo caso, de historia sino del uso que se hacía, y se hace de ella. La continuidad y éxito de las creencias que representa Sabino Arana en estos campos y en general es un asunto que nos remite no a la veracidad de lo que dice, sino a cómo las construcciones nacionalistas vehiculizan sentimientos y valores de pertenencia de una hondura emocional profundamente irracional, fácil de utilizar en determinadas condiciones y bajo determinados presupuestos para la invención o consolidación de identidades colectivas. Su falsedad no es una cortapisa, si acaso al contrario.

Es claro el proyecto que lega Arana en el campo de la invención de la nacionalidad vasca, las pertenencias, intolerancias y exclusiones que vehiculiza y su encuadramiento dentro de las construcciones integristas y totalitarias. Es clara también qué significa en términos de reconstrucción de ese pasado que es presente el, por decirlo así, proyecto historiográfico que perfila para el futuro: una antropología física racista, una etnografía esencialista, una Prehistoria e historia que significa la negación de contactos e influencias en el tiempo y, por tanto, de la historia misma, un modelo que, en nombre de los antepasados imaginarios, somete el hecho evidente de esa participación colectiva tradicional de las gentes de las zonas vascongadas en los reinos en los que se incluyen, y en España, a la negación, el maquillaje o el reproche, interpretando cualquier forma de disenso o de reivindicación más o menos foral —incluso al estilo de las que el propio Mariana hubiera considerado apropiadas, en el contexto de los debates teológicos de la época— como un ejemplo del aflorar de la auténtica esencia nacional siempre impóluta.

Hablamos, entonces, de un esencialismo cargado de una imagen llena de per-

fecciones del colectivo que define, un invasionismo que constituye al otro en la amenaza permanente del inferior y de un préstamo de los rasgos más duros del modelo multisecular hispano en su lectura nacional-católica e integrista al estilo de su correligionario Merry y Colón, rasgos no suavizados, precisamente, por el racismo en el que vinieron a confluir las viejas, y tan útiles, construcciones identitarias del siglo XVI. Y no es necesario recalcar las consecuencias sobre el saber histórico, mero apéndice de la necesaria dogmática.

Identidades, pertenencias, catalanidades: de Pi a Prat

La construcción identitaria de la nacionalidad catalana jugó, dentro de las nuevas posibilidades de juego, con claves en parte equiparables y en parte bien distintas. Dentro de las diferencias de partida, destaca una de fondo: el que sí había habido una entidad política unificada en el pasado, en la época medieval y bajo los condes de Barcelona. Como es bien sabido, esta entidad se unió con el Reino de Aragón y con las zonas conquistadas de Valencia y Mallorca en la misma Corona o Reino de Aragón. La expansión por el Mediterráneo central y el desarrollo de una riquísima cultura en lengua catalana marcan un momento crucial que no podía dejar de estar presente en la memoria histórica posterior.

No extraña, entonces, que el enfoque primero de la recuperación decimonónica de la cultura catalana tomara el mundo medieval como clave; sin necesidad de negar el castellano como lengua también propia (y útil), la Renaixença, el movimiento de recuperación del uso del catalán como lengua escrita y cotidiana y de la cultura catalana, se había extendido, definiendo rasgos identitarios en el pasado siguiendo, según los modelos habituales que hemos visto también para el caso español. Era claro también que la elección de la lengua castellana y el predominio de los componentes procedentes de las zonas de lengua castellano parlante en los modelos liberales unitaristas que dominaban en el constitucionalismo español del siglo XIX, tuvieron un papel reforzante en este sentido, más o menos decisivo según los casos. Todo ello implicó un movimiento de gran riqueza y amplitud ideológica que podemos representar, por poner un ejemplo, en un personaje de la talla de Milá y Fontanals, maestro, entre otros, de Menéndez Pelayo.

A esta amplitud contribuyó un hecho adicional, el que durante el periodo del Sexenio Democrático y, en particular, durante la República, el federalismo hubiera sido clave a la hora del cambio definitivo de un aspecto que había preponderado en buena parte del periodo anterior: la unión de lo liberal con lo unitario y de lo reaccionario con la defensa de las especificidades zonales, preponderancia que en absoluto hay que confundir con exclusividad. Trías Bejarano y otros autores han insistido en la existencia de una línea descentralizadora y federalizante durante todo el período de 1833-1868.[19]

Merece la pena incluir aquí algunas referencias a quien puede representar mejor estos planteamientos e incluso en cierta medida su culminación: F. Pi i Margall, entre otras cosas para contrastar sus perspectivas con Arana, con los autores

19. J. J. Trías Vejarano, *Almirall y los orígenes del catalanismo*, Madrid, 1975, pp. 139 y ss.

que siguen y, en última instancia, con las exaltaciones nacionalistas de las décadas finales del siglo. La ruptura con los modelos unitaristas la ligaba Pi[20] no tanto a derechos históricos como a las posibilidades de desarrollos humanos más intensos a partir de un orden democrático creciente y basado en las ciudades y a su articulación en un sistema federal fruto de los acuerdos de las diferentes entidades políticas inferiores, un sistema que «Establece la unidad sin destruir la variedad, y puede llegar a reunir en un cuerpo la humanidad toda sin que se menoscabe la independencia ni se altere el carácter de naciones, provincias ni pueblos» (p. 89).

Pi, que era plenamente consciente de que vivía en una época en la que se constituían o reconstituían naciones, realiza una crítica sistemática de los principios que se argüían como esenciales para ello —la lengua, las fronteras naturales, el criterio histórico, las razas, la diferencia de religión o la idea del equilibrio europeo—, para concluir: «Busco el motivo de las nacionalidades, y no sé encontrar lo racional ni legítimo» (p. 16). Un modelo federal, en cambio, que permitiese una agrupación respetuosa y potencialmente ilimitada de unidades políticas representaría la alternativa a todo esto; tal alternativa universalista y racionalizadora no sería posible por el momento, con lo que habría de partirse de lo existente pero sin reforzar perspectivas que entendía atrasarían el proceso de avance hacia la paz y hacia una unidad que debería empezar por Europa. Para Pi se trataba, de manera inmediata, no de «agitar el mundo para reconstruir naciones...», sino de trabajar para que «se restituya la autonomía a los grupos que antes la tuvieron, dejándolos unidos a los actuales centros solo para la defensa y el amparo de sus comunes intereses» (pp. 61-64), manteniendo el principio de la unidad en la variedad y elementos comunes (código de comercio, penal...) por razones de racionalidad, eficacia y avance hacia el proyecto final (pp. 70-71, 223 y ss.).

Pi, sin embargo, no niega la historia. En el caso de España propone una interpretación en la que la vieja idea del modelo historiográfico español sobre la división como defecto se convertía en un hecho casi caracteriológico, en una especie de esencia federalista de los diferentes pueblos; las unidades habrían sido fruto de las fuerzas extranjeras (cartagineses, romanos, godos, árabes...) que desaparecían con ellos, o, después, de unos reyes y gobiernos que las forzaban siguiendo corrientes o tendencias contrarias a la suya. La guerra de Independencia habría mostrado el resurgir de las tendencias antiguas al debilitarse el poder real, con lo que habría resurgido la libertad de los antiguos reinos, aunque también una soberanía que atendiese a sus intereses comunes, la Junta Central (pp. 179 y ss.). Después otra vez el principio unitario habría estado en la base de las desgracias políticas y de todo tipo (hacendísticas, por ejemplo) del siglo (pp. 183 y ss.). Desde un modelo federal se podría recoger esto y plantear un avance hacia el futuro.

Como se ve, para Pi la historia era fundamental, pero puesta al servicio de una lógica más racional y libertaria que emocional, donde la humanidad era la clave, como lo era el pacifismo o la actitud positiva ante la comunicación entre los pueblos y el cambio cultural; no sorprende, así, que valore positivamente a una Roma que habría respetado la autonomía de los pueblos vencidos, menosca-

20. F. Pi y Margall, *Las nacionalidades*, Madrid, 1997 (original de 1876).

bándola sólo en lo referente a los intereses comunes, lo que, junto con la igualdad entre unos y otros, habría provocado a la larga su fusión (p. 56).

Hablamos de una línea europea de debate extraordinariamente interesante y representada, no sin diferencias, por Ernest Renan, que publicaría en 1889 con un prólogo una conferencia dada en la Sorbona en 1882;[21] tenía muy presente en ella la derrota francesa y argumentaba contra la absorción forzada de Alsacia y Lorena por Alemania, sobre la base de su «germanismo» y a pesar de la voluntad de sus habitantes, que «El hombre no pertenece ni a su lengua ni a su raza; no pertenece más que a sí mismo, pues es un ser libre, un ser moral» (Prólogo, pp. 3-4) y que «Se ha creado así una especie de derecho primordial análogo al de los reyes de derecho divino; el principio de la etnografía sustituye al de las naciones» (pp. 21-22).

Esto se acompañaba de una crítica profunda de los criterios de raza en la construcción de naciones, que empezaba por negar la idea de las razas puras afirmando que «no hay derecho a ir por el mundo tentando el cráneo de las personas y agarrándolas luego por el cuello diciéndoles: "Tú eres de nuestra sangre, tú nos perteneces". Aparte de los caracteres antropológicos, la razón, la justicia, lo verdadero, lo bello, igual es para todos» (pp. 25 y ss., 28). También argumentaba contra los lingüísticos, negando que pudieran ser interpretadas las lenguas como índice de raza y afirmando su condición de formaciones históricas (pp. 29 y ss.), y también contra los de religión, mera comunidad de intereses, geografía o necesidades militares. Y recalcaba el riesgo de que la adhesión a una cultura «nacional» entendida así llevara «a encerrarnos en conventículos de compatriotas», a olvidar que «antes de la cultura francesa, alemana o italiana está la cultura humana» (pp. 31-32).

Para él la clave de la nación sería la existencia de una memoria común, la posesión de un rico legado de recuerdos (y olvidos), glorias y sufrimientos cargados de resonancias emocionales y el deseo de seguir construyendo una comunidad a lo largo del tiempo, aunque no deja de advertir sus peligros (así, el del desmenuzamiento de las naciones a «consecuencia de un sistema que pone estos viejos organismos a la merced de voluntades con frecuencia poco ilustradas», p. 39) y de señalar que sería predecible e incluso resultara probable su substitución futura por una confederación europea (p. 40).

La interesantísima actualidad de Renan reafirma la validez de la preciosa frase con la que acaba su conferencia: «Ocurre, a veces, que el medio de tener razón en el futuro es saber resignarse a estar pasado de moda» (p. 41). La moda del momento no eran los esfuerzos por profundizar en la razón y la democracia que, mal que bien, habían presidido el siglo, sino la búsqueda de la hegemonía en Europa por la violencia y el reforzamiento de los irracionalismos nacionalistas que rechaza. Y basta pensar en Arana (o en Prat) para entender que hay una unidad clara entre el tipo de argumentos que se construyen desde los nacionalismos agresivos europeos que critica y otros que él mismo calificaba de secesionistas. Pero conviene también recordar que esta lucha por la hegemonía y la deriva naciona-

21. E. Renan, *¿Qué es una nación?*, estudio preliminar de R. Fernández Carvajal, Madrid, 1983, 2.ª ed.

lista no eran separables del imperialismo, de una dominación europea del mundo ante la que Renan adoptaba una postura mucho más entusiasta y no exenta de componentes racistas; de hecho él es esencial en la propia construcción académica de unos estudios «orientalistas» inseparables de todo ello.[22]

Lo adicionalmente interesante del caso catalán es que podemos seguir el trayecto desde posiciones como las de Pi (o Renan) hacia este tipo de caracterizaciones que ambos critican. Un personaje esencial en los caminos que llevaron las cosas en otra dirección fue V. Almirall, correligionario primero de Pi y Margall, pero después partidario de un federalismo que se desmarca explícitamente de sus posiciones, que él califica como racionalistas y proudhonistas.[23]

Fue fundador del primer diario en catalán y muy activo en diversos ámbitos; con todo, y a pesar de actividades como su redacción del famoso *Memorial de Greuges*, su papel de la década de 1880 en adelante se reducirá, en relación directa con el hecho de que el catalanismo se derechiza, se conecta cada vez más con los intereses de la Iglesia católica y se desarrolla ideológicamente en líneas que, aunque él en parte apunta, le superan. Recordemos que también aquí se concentra el impacto de una industrialización que contrasta con la situación de la mayor parte de España y un fuerte integrismo carlista absolutista y foralista, que, en especial una vez derrotada y perdida la credibilidad de la rama del pretendiente, podía encontrar otros caminos políticos. Por otra parte, se iban haciendo evidentes los límites del unitarismo conservador y caciquil de la Restauración, lo que fue impulsando el desarrollo de alternativas «regionalistas» en las que pueden ya converger diferentes concepciones.

Su verbo claro y ácido se dirigía también contra la imagen autosatisfecha de Cataluña, lo que contribuye a explicar su pérdida de papel en ese contexto; en su *España tal como es* de 1886, dirigida centralmente al tema de las alternativas anticentralistas, señalaba, por ejemplo, cómo la mayor parte de las grandes mansiones que se construían en Barcelona en su época no se debían a empresas «sanas» sino a especuladores de todo tipo, en especial los relacionados con el esclavismo y Cuba, a maniobras de bolsa y chanchullos en general (pp. 176 y ss.) o denunciaba cómo la industria de Cataluña no era competitiva internacionalmente y que incluso su sector más destacado sólo podía sobrevivir a base del proteccionismo que le concedía los mercados españoles con exclusividad (pp. 181 y ss.). Pero era particularmente acerbo con las nuevas directrices de un catalanismo al que se refiere en el prólogo de la edición castellana de *El catalanismo* afirmando que había hecho traducir el libro «a la lengua mas general de la nación de la que formamos parte» para no ser confundido con

> esta generación de catalanistas que a fuerza de exageraciones patrioteras ha llegado a descubrir que... ha de declarar bárbaros a los no catalanes, y aún a los que no piensan, hablan ni rezan como ellos, aunque hayan nacido en Cataluña, los que han que-

22. E. Said, *El orientalismo*, Madrid, 1990, pp. 164 y ss.
23. V. Almirall, *España tal como es*, prólogo de A. Jutglar, Barcelona, 1983 (1.ª ed., 1886), p. 101.

rido hacer del catalanismo un arma de reacción contra toda idea moderna y expansiva, así en el terreno político como moral y religioso...[24]

Sus planteamientos sobre España parten de la necesidad de que se produzca un cambio en el sentido regionalista que deje de lado el sistema unitario y el falso parlamentarismo de la Restauración. Se inscribe, entonces, en el conjunto de perspectivas en esta dirección que tanto abona la unión de unitarismo y corrupción que representaba óptimamente el canovismo. Pero en sus análisis del porqué de las cosas, el diagnóstico de los problemas lleva bien lejos, de una manera que nos comienza ya a hablar de realidades del todo ajenas al uso de la historia que podía representar Pi:[25] «Desde los más remotos tiempos de la historia, una gran variedad de razas diferentes echaron raíces en nuestra península, pero sin llegar nunca a fusionarse. En época posterior se constituyeron dos grupos: el castellano y el vasco-aragonés o pirenaico». La historia de España se convierte en la de estas dos etnias, de carácter y rasgos diametralmente opuestos, una: «El grupo centro-meridional, por la influencia de la sangre semita que debe a la invasión árabe» soñadora, generalizadora, aficionada al lujo, ampulosa, autoritaria, centralizadora, absorbente, y otra: «El grupo pirenaico, procedente de razas primitivas», positiva, analítica y recia, nada formalista, basado en la libertad y en la confederación libre bien visible en el «sistema aragonés» (1983, p. 196).

De las dos grandes porciones de España, nos cuenta, «la aragonesa, dirigida por los catalanes e influenciada por los habitantes de las regiones pirenaicas, tiende siempre a la descentralización, a la variedad, a la federación», mientras que la castellana desde la conquista de los moros «tiende a la concentración, a la unificación, a la preponderancia de su raza» y es que «El ideal político-social castellano es el autoritarismo del poder social» frente a ello «la idea política aragonesa-catalana es la libertad individual y regional» (p. 85).

Todo el transcurrir de España se interpreta desde esta perspectiva, como fruto de esa esencia divergente, no de la complejidad de los procesos en juego a lo largo de los siglos, desde que la historia habría dado la hegemonía al primero en adelante, una hegemonía que habría reforzado el descubrimiento de América (p. 196). Las propias guerras europeas habrían sido fruto, aunque fuera glorioso, de la misma irrealidad de este grupo o raza, que habría continuado su dominación por el absolutismo borbónico y en el unitarismo del siglo XIX; el resultado se concentraría en un presente en el que prima su decadencia y «Sólo piensa en sojuzgar a las provincias, y lo hace con la trivialidad y desgana que le caracterizan» (p. 197), y también la de la «raza pirenaica» sojuzgada, aunque sea «de otro estilo, ya que allí imperan la rudeza, los apetitos terrenales, el egoísmo celoso. Y es que los catalanes y los vascos son los trabajadores de España» (p. 198).

Lo que interesa aquí no es tanto la alternativa que plantea una reestructuración del poder en la que las provincias más ricas, las vascas y Cataluña, tengan

24. Citado por Jutglar en el prólogo citado, pp. 23, 26.

25. Para la aparición de sus ideas históricas también en otras obras véase J. J. Trías Vejarano, 1975, pp. 238 y ss.

una influencia que, en su perspectiva, se les niega (p. 63), unida a la necesidad de sintetizar las posiciones de los dos grupos, sino esa caracterización esencialista y excluyente de ambas «razas» donde a lo anterior se añaden estos componentes prácticos, fabriles y dados a la libertad colectiva e individual de los pirenaicos en contraste con el grupo semitizado (pp. 81 y ss., 201 *passim*).

La decadencia de España y de la raza centro-meridional, la miseria y desánimo generales, la propia Restauración, quedarían entonces explicadas por esta hegemonía de quienes gobiernan desde Madrid, en el centro de un territorio seco y pobre, esa capital feudal que esclaviza al país, que representaría todo esto, además de la corrupción, la superficialidad ampulosa y la falta de perspectivas económicas sanas (pp. 63, 153, 184-185, 199).

De forma parecida se puede dar un paso más allá y sugerir que la tendencia unitaria y liberal era una manifestación de ese afán de dominio de unos, mientras que el carlismo, aparte de implicar absolutismo, representaría a su vez una manifestación de la otra perspectiva y casi por rechazo; integrismo y liberalismo expresarían, por decirlo así, otra cosa y el centralismo usaría el parlamentarismo y después el liberalismo para despojar a quienes representan otros principios (pp. 72-75). Conviene llamar la atención sobre esto, entre otras razones porque estaba en la base de una deformación radical de lo que significó verdaderamente el carlismo y de su interpretación posterior como manifestación aún no consciente de los verdaderos espíritus nacionales; las ideas, la racionalidad aparente, manifestarían las esencias de fondo, no otra cosa.

Tampoco sorprende que el reencuentro con el norte (y con este norte) tenga como consecuencia otro encuentro con el sur, con una Andalucía que sintetizaría óptimamente esa mezcla del exceso de imaginación que sustituye a la meditación reposada, y que se traduciría en un lenguaje pintoresco, amabilidad, música... hasta la saciedad, pero que, en la realidad se concretaría en miseria, falta de instrucción, de industria, de trabajo productivo y de carencia de previsión y seriedad, visible también en el uso de la lengua. La relación entre ese Madrid execrado y lo andaluz aparece en muy diversos momentos: Madrid como caricatura del carácter andaluz, la referencia al castellano andaluzado, a las directrices pseudoandaluzas de la política y otras formas similares en las que no faltan las referencias al fatalismo musulmán, bien contrastado todo ello con esos catalanes tan distintos que no son ni don Quijote, ni don Juan, ni Fígaro, con su lengua y temperamento rudos, además de las restantes cualidades (pp. 83-84).

Permítasenos una pequeña referencia, antes de seguir, a esa autoimagen, muy de la época, de lo catalán asociado a una lengua y temperamentos «rudos», tan distinta de la actual interpretación del «carácter catalán» dentro y fuera de Cataluña, para apuntar también a lo variable e histórico de los «mitos de los caracteres nacionales». El modelo racista, en todo caso, permite unir a los dos focos septentrionales por excelencia, vascos y catalanes, a la vez que con un Aragón más necesario para reivindicar la historia medieval de Cataluña; la propia Corona de Aragón, que casi desaparece en el juego al presentarse poco menos que como su instrumento, como un mundo «catalano-aragonés», sirve para definir una esencia federalista y sana frente al unitarismo carente de practicidad del resto de la Pe-

nínsula que se pretendería representaba óptimamente el reino medieval de Castilla. Las viriles, democráticas y federalistas esencias del norte, de ese mundo pirenaico, se oponen a lo semítico, unitario y femenino del centro-sur, representado óptimamente por lo andaluz y deformado adicionalmente por lo madrileño.

El tránsito de Pi a Almirall se muestra, pues, con nitidez también en este uso de la historia y de la idea de raza en claves de diferenciación radical, de superioridad e inferioridad, de un etnicismo que presenta unas potencialidades evidentes. Almirall sitúa en gran medida los términos del debate que se produce a continuación y parte de los que se llevan a cabo más tarde, con su capacidad de contribuir a la confluencia de los cuatro elementos que articularán el pensamiento catalanista tal como los definiera Jesús Pabón: proteccionismo, federalismo político, tradicionalismo y renacimiento cultural.[26] Cabe plantearse si las bases que él sitúa tienen o no que ver con la deriva que él mismo critica: quizá parte de los rasgos más excluyentes están a un paso, no a un salto, de sus planteamientos, a pesar suyo.

Es índice de esto la presencia de su pensamiento en las reflexiones que se suscitan en el cambio de siglo cuando todo esto ha pasado, además, por un 98 que hace más aparentemente evidente esa conexión esencialista de las «decadencias», y que confluye en un número de la revista *La Lectura* de 1902 que ha rescatado Fox;[27] las reflexiones de Domènech i Montaner o de Joan Maragall sobre la mentalidad catalano-aragonesa y el espíritu castellano son de una similitud más que clara con sus pensamientos. No sorprende encontrar aquí a B. Robert, alcalde de Barcelona en 1899-1900, un personaje de mucho interés, representante de un regeneracionismo que incidía en la necesidad de potenciar los procesos de descentralización, y en particular las potencialidades de Cataluña, pero que también había buscado fundamentarlo en las diferencias de raza visibles en las formas craneales de las diversas zonas, es decir, en aquellos rasgos fisiológicos que tanto habían inquietado a Renan y de los que él daba fe desde la aparente neutralidad de su condición de médico prestigioso.

Hablamos, en todo caso, de un conjunto de invenciones y afirmaciones identitarias muy conectadas con otras y que en estos años van llegando a su cenit. Ha señalado Jordi Cortadella[28] que en la historiografía catalana del siglo XIX se concibe a los habitantes de la antigua Cataluña en dos perspectivas: una que llega hasta la década de 1870 de tipo indigenista y otra, calificable como racista, que abarca las dos últimas décadas. Es evidente la relación entre ésta y la evolución de la construcción política y de la imagen de Cataluña en el sentido que vamos viendo. En la segunda fase se muestra la tendencia a excluir la historia de Cataluña de la general de España a la vez que claves racistas tendrán un papel importante en la definición de una raza catalana diferente de las restantes peninsulares, en un contexto donde la Prehistoria se introduce en claves de «redescubrimiento» de la propia historia en los marcos de la Renaixença, y en el que las sociedades de corte patriótico como las sociedades excursionistas tendrán también un lugar importante.[29]

26. J. Pabón, *Cambó, 1876-1918*, Barcelona, 1952, pp. 98 y ss.

27. I. Fox, *La invención de España, nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, 1997, pp. 80-87.

28. J. Cortadella i Morral, *La història antiga en la historiografia catalana*, Barcelona, 1991, p. 201.

Trabajos anteriores en esta línea (de S. Sanpere, J. Maluquer y J. Pella) culminan en cierta forma en la primera *Història de Catalunya* en catalán, en mucho tiempo, la de A. Aulestia i Pijoan de 1887,[30] quien busca en el período previo al condado de Barcelona «el sentimiento de patria» y los momentos históricos exaltantes, marcando más que los anteriores su diferencia con la historia española; la definición de una raza catalana, también en lo esencial étnicamente parecida a la vasca, va unida a su caracterización resistente que le habría permitido oponerse a la asimilación de los invasores y mantener su propia continuidad. En época romana seguiría, por ejemplo, la misma estructura territorial de la viejas tribus de los catalanes, que se mostraría con el final de Roma y los visigodos; los movimientos de los bacaudas tardo-imperiales, por ejemplo, se interpretarían en estos contextos resistentes, como lo había hecho la línea antivisigoda de los historiadores de España que ya hemos visto. Otra lucha heroica más, la que los enfrenta con los musulmanes, sería la que daría finalmente al «pueblo catalán» una misma lengua, religión, arte e ideales políticos.[31]

La auténtica culminación de todo esto se encuentra en E. Prat de la Riba, el ideólogo y político más representativo del nacionalismo catalán, perteneciente a la generación que se educa ya en las nuevas coordenadas del movimiento catalanista, con todos sus componentes de nuevas reflexiones, efusiones sentimentales y afirmaciones identitarias. Merece la pena comentar en su obra, más que en Aulestia, por su mayor globalidad y trascendencia las construcciones historiográficas de este nacionalismo catalán emergente. Él funde el conjunto de los intereses políticos, culturales y económicos abarcables en una imagen etnicista de la identidad, la historia, la lengua y la cultura que exigiría para su defensa y potenciación una estructura política propia y, claro está, nuevas elites;[32] en muchos aspectos culmina la perspectiva de Almirall: la mirada y el punto de partida, incluso para el cambio general de España, es la consolidación de una identidad concebida como previamente existente, cargada ahora, eso sí, de sus implicaciones conservadoras de origen tradicionalista y ruralista.[33] El proceso de la toma de los nacionalismos por las fuerzas conservadoras es general en Europa y, como sabemos, paraleliza el caso español, si bien en el caso catalán el de construcción se hace a la vez que el de conquista.

Conviene destacar otra vez el hecho de que él y los suyos se sienten protagonistas del desvelamiento de la realidad de Cataluña, sólo apuntado o vislumbrado en lo que entienden como fases previas provincialistas o regionalistas, la culminación de un proceso milenario o, como dice Balcells en el prólogo a su *Obra*

29. J. Cortadella, 1991, pp. 232 y ss., 237 y ss.

30. A. Aulestia i Pijoan, *Història de Catalunya*, Barcelona, 1887.

31. J. Cortadella 1991, pp. 242-243.

32. Véase B. Anderson, 1997, para la regularidad de estos factores en los movimientos nacionalistas.

33. Véase J. Trías Vejarano, «Nación y movimiento político (nación catalana y catalanismo)», en *Estudios de Historia Social*, 28-29, 1984, pp. 93-94.

completa:[34] «Prat de la Riba fa història literalment contemporània, la història seva» y lo muestran como la única e indiscutible verdad. Ellos son la novedad que se viste de tradición e historia.

Podría conectarse todo esto y otros rasgos, como su educación católica reaccionaria y sus posiciones de partida críticas al parlamentarismo para asociarlo con S. Arana, pero hablamos aquí de un hombre culto —al contrario que Arana pudo terminar una carrera universitaria y es un jurista e historiador del derecho nada despreciable—, de un teórico capaz de seguir el «descubrimiento» del concepto de nación desde el siglo XVIII en adelante, de proponerse un análisis de las fases de ese desvelamiento de la esencia nacional de Cataluña que él culminaría, y de un político hábil que sabe llevar a la práctica sus ideas.

Por otra parte, el catolicismo conservador no aparece en la propia definición de Cataluña, al contrario de, por ejemplo, en J. Torras i Bages, famoso obispo de Vic, cuya obra *La tradició catalana* de 1892 no deja de considerar, sin embargo, la síntesis clave que habría mostrado la esencia común, esa realidad nacional que engendraría el derecho, la lengua y los restantes rasgos propios.[35] No por ello hablamos de una ideología abierta o liberal, muy al contrario, pero sí de una formación, actitud e ideología consistentes. Hablamos también de un pensamiento y una práctica política que presentan cambios a lo largo del tiempo, pero cuyos rasgos fundamentales no varían.

El núcleo básico es su definición de patria y nación como un hecho natural, indiscutible, que produce todos los elementos de cultura o civilización (arte, literatura, lengua...), la unidad social primaria, el auténtico sujeto de la historia, un ser colectivo con un mismo espíritu del que los individuos son como pólipos en el coral, independiente de su voluntad o conocimiento (1998, pp. 61-62, 70, 77). Una vez constituida la nación a partir de la influencia de la geografía, la raza, la unidad de la lengua que vacía «en un molde único el pensamiento nacional», este espíritu nacional que es uno y exclusivo —nadie puede pertenecer a dos patrias— sólo puede desaparecer por aniquilación y, por muy degradado que esté, espera y resiste hasta que renace con su personalidad característica (1998, p. 92; cap. 4; 1998-2000, vol. I, p. 218). Como la nacionalidad es un alma colectiva, un sentir, pensar, querer propios, ha de conducir por su cuenta su política, su Estado uno, propio y suyo, y sus aspiraciones (1998, cap. 8). Esto es tan así que el imperialismo es deseable como «un grado de la evolución nacionalista» (1998, p. 109), se entienda esto en términos de proyección externa en forma de producciones artísticas, literarias, ideas o economía, o de conquista del incivilizado (1998, p. 110). Es un deber «Dominar por la fuerza de la cultura, servida y sostenida por la fuerza material es el imperialismo moderno, el imperialismo integral, el de las grandes razas fuertes de ahora» (1998, pp. 112-113).

34. J. Balcells, Prólogo a J. Balcells, J. M. Ainaud, eds., E. Prat de la Riba, *Obra completa*, Barcelona, 1998-2000, vol. I, p. 67.

35. E. Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*, Madrid, 1998, pp. 60-61 (ed. bilingüe de Madrid, original de 1906); citaremos esta obra en esta edición por su mejor accesibilidad; el resto de sus obras por la excelente edición de las obras completas citada. Traduciremos los textos excepto cuando haya riesgos de pérdida de matices.

Estos presupuestos explicarían a Cataluña. Su descubrimiento y el de los suyos sería el hecho de que existe una nación catalana. España no sería una patria natural sino un estado artificial, constituido, como Francia o Gran Bretaña por el poder avasallador de una nación sobre otras, el reino de Castilla (1998, pp. 61, 78). Este descubrimiento exige el cumplirse del programa nacionalista: Cataluña se ha visto oprimida y ha de aspirar al final de su sometimiento (1998, cap. 7 y 8). Pero esto no implica la desaparición de España, sino que ésta se convierte en un medio más para el engrandecimiento de Cataluña y su vocación imperial. Ya habría empezado en su papel imperialista proyectando su arte, literatura y concepciones políticas y arancelarias en España para sacarla de su decadencia bajo su guía, en un proceso que habría de llevar a la federación de todos los pueblos ibéricos de Lisboa al Ródano, a una Iberia destinada a participar en el reparto imperial del mundo (1998, cap. 8, cap. 10; 1998-2000, vol. III, pp. 812-819). La hegemonía catalana, entonces, sería el momento en el que su superioridad adquiriría el reconocimiento práctico merecido, que acabaría manifestándose en un imperialismo a escala planetaria.

Todo ello está lógicamente cargado de implicaciones históricas. Maaluf[36] establece una distinción inmediata y cargada de implicaciones entre las identidades que admiten las múltiples pertenencias y la que «reduce la identidad a la pertenencia a una sola cosa, instala a los hombres en una actitud parcial, sectaria, intolerante, dominadora...»; es obvio que éste es el caso de Prat y es coherente con su perspectiva, su imagen rígida de las colectividades, como organismos y como personalidades bien definidas, unida también a la falta de sutileza en el tema crucial de los contactos, las influencias, los mestizajes; no interesa el contacto o al aprendizaje (no digamos ya los cambios o las etnogénesis) sino esa identidad inmutable que sólo puede dominar o ser dominada, proyectarse de manera imperialista o esperar tiempos mejores aguantando bajo tierra, lo que proyecta lógicamente una imagen de la historia que propenderá naturalmente a lo bélico y agresivo.

No sorprende que en el núcleo de todo esto se hallen raíces —y ramas— del pensamiento europeo más conservador; por ejemplo, que nos cite como su lectura antes del bachillerato a Gebhardt (1998-2000, vol. III, p. 51), o que alabe, considerándolo más que correligionario, compatriota (con lo que esto significa para él dado lo anterior), a uno de los pensadores reaccionarios más influyentes del siglo XIX, el francés J. de Maistre cuyos libros posee y al que cita con frecuencia (1998-2000, vol. I, pp. 57, 264-268, n. 11). El que se pueda advertir una evolución en su pensamiento desde un antiparlamentarismo lleno de lo que A. Rovira i Virgili llamaba «ideas acentuadamente reaccionarias y clericales», hasta la democracia, conforme sus opciones políticas ganan elecciones,[37] no quita tampoco su caracterización —también de Rovira— como un «medieval perfecto»; su desconfianza ante el parlamentarismo es consistente, en cierta forma como en Cánovas, con su imagen organicista de las naciones, anterior y superior a la voluntad

36. A. Maaluf, *Identidades asesinas*, Madrid, 1999, pp. 43-44 y *passim*.

37. Citado por Balcells, 1998-2000, vol. I, p. 49 y véase su reflexión más general en pp. 44-49.

de los hombres y ese núcleo de su pensamiento va más allá de las tácticas políticas.[38]

Su racismo es explícito en particular en un manifiesto emitido en París inmediatamente después de 1898, por un Comité Nacionalista Catalán de París que es, por otra parte, una ficción, puesto que quien le ayuda a su publicación es un alto dirigente ni más ni menos que de la famosa Liga Antisemita Francesa[39] y donde se recalca el componente semita de la raza castellana que gobernaría el Estado desde Madrid y su contradicción esencial con la catalana, en raza, temperamento, carácter, estado social y vida económica y en el que se invita a Francia a la anexión, ya acabadas las ventajas del imperio español, en las circunstancias oportunas y si triunfaran, señala, allí las corrientes descentralizadoras y federalistas en auge; pero no triunfaron estas corrientes y sus correligionarios franceses se hicieron unitaristas, sin abandonar e incluso profundizando en sus intrínsecos componentes de extrema derecha y racistas.[40]

No sorprende, entonces, que haya una relación nítida entre sus concepciones y la imagen que proyecta de la historia, que es lo que nos interesa más centralmente aquí. Su construcción de la historia de Cataluña no puede menos que asumir perspectivas esencialistas, cargadas de perfecciones propias y de defectos y conspiraciones ajenas. Toda ella pivota alrededor de su imagen de la Edad Media, la fase de plenitud nacional, y sobre la negación de los siglos posteriores hasta su «descubrimiento» de la nacionalidad catalana; y la Antigüedad, el lugar de los pueblos originales y las raíces primeras, con las concepciones raciales pertinentes, queda definida por todo ello. Recordemos que en su imagen los rasgos esenciales de una nación están *ab ovo*, desde su origen, y han de florecer o esperar el momento necesario; glorias y resistencias han de marcar la historia.

Tendríamos dos pueblos originales, el de los *sards*, sardos o *sardans* y, después, el de los iberos, que forman la esencia, la identidad, el espíritu, temperamento e inclinaciones propios que sucesivos invasores no habrían conseguido aniquilar: «*Sardans*, iberos o catalanes somos la misma gente con nombres diversos» (1998-2000, vol. I, p. 574).

Para la construcción del primero de los dos pueblos catalanes utiliza fuentes como las que vimos usaba Fernández y González. Los *sardans* habrían construido un imperio marítimo, urbano y comercial que evidentemente remedaba y aumentaba la imagen de la Cataluña medieval, la autoconcepción fabril y mercantil y las esperanzas imperialistas. Habría abarcado desde Cartagena y Sagunto hacia arriba, además de las islas Baleares y Cerdeña, un imperio capaz de conquistar y colonizar gracias a «Norax, valent cabdill de nostra terra», la misma Sicilia (1998-2000, vol. I, pp. 574-575); por supuesto que esa patria vetusta habría in-

38. Para una comparación con Maurras en esto véase P. C. González Cuevas, «Charles Maurras en Cataluña», en J. Varela, P. C. González Cuevas, E. Storn, *Intelectuales y nacionalismo*, Madrid, 1997, p. 67.

39. *La question catalane: L'Espagne et la Catalogne. Notice adressée a la presse européenne par le comité nationaliste catalan de Paris*, 1998-2000, vol. I, pp. 614-623; Balcells, vol I, p. 614, n. 6.

40. Balcells 1998-2000, vol. I, pp. 64-65.

cluido ya a catalanes, mallorquines, valencianos y rosellonenses (1998-2000, vol. I, p. 574).

Sin duda a reforzar esta imagen de continuidad emocional (y, en su concepción, científica) entre el presente y el pasado contribuyen mucho sus valientes apuntes etnográficos como cuando nos cuenta que adoraban a un dios y diosa, sol y luna, y los representaban con menhires «al voltant de les quals cantaven himnes sagrats mentres ballaven danses religioses com lo contrapàs, la sardana o lo ball del ciri» (1998-2000, vol. I, p. 574).

No sorprende tampoco que se asocie su decadencia no a problemas o a rebeliones internas sino a los ataques que harían con otros pueblos a Egipto —lo que hoy identificaríamos con los Pueblos del Mar— y a la posterior venganza ni más ni menos que de Ramsés III, quien, ayudado por los fenicios, «aixafà per complet lo poder maritim de la nostra terra». (1998-2000, vol. I, p. 575), lo que a su vez lleva a la instalación de éstos en las costas.

La llegada desde Tracia de los iberos, hermanos de los invasores de Grecia, llevaría a su dominio político y a la reconstrucción del espacio anterior desde Cartagena hasta el Ródano, espacio al que darían nombre y al que dominan políticamente siempre; a los tres siglos o cuatro se mezclarían con los sardos y, en un proceso que se continuaría en adelante, resurgiría el espíritu de los derrotados y se desarrollaría otra vez el poder marítimo «de la nostra terra» (1998-2000, vol. I, pp. 575-576). Este resurgir de los vetustos rasgos de los pueblos dominados entre las aparentes victorias de los dominadores será clave, y no sólo en Prat.

Los iberos son los buenos invasores en este modelo: aunque los sardos tiendan a desaparecer más adelante en sus construcciones, no ocurre lo mismo con ellos, esa nacionalidad o ethnos ibero que sería el primer anillo de la cadena de generaciones que forjara el alma catalana, que es la raza catalana, gentes, por supuesto, navegantes y prósperas (1998, p. 93; 1998-2000, vol. I, p. 576; vol. III, pp. 258-260). No debe extrañarnos tampoco la inclusión de Cartagena y Murcia: dado que según algunas interpretaciones los iberos abarcarían desde Murcia hasta el sur de la Francia mediterránea y dado que los iberos serían también los catalanes es lógico —dentro de su lógica— que se les incluya dentro de los territorios a considerar como tales y propios. Como se ve, se inicie Cataluña con los sardos o con los iberos, el comienzo es glorioso, de gran precisión territorial (e incluso extraterritorial) y cargado de comercio, poder, prosperidad y ciudades.

Claro que es entonces cuando corresponde llegar a los sucesivos invasores, como los tartesios (o andaluces, como aclara), colaboradores con otros grupos del funesto ataque a Egipto, pero ahora invasores que huyen de los cartagineses; en sus ataques habrían recibido la ayuda de los griegos «que desde tiempo antes contemplaban con envidia las costas catalanas esperando el momento de heredar su poder y su prosperidad», quienes, después, fundarían Ampurias que, sin embargo, acabará convirtiéndose, tras fusionarse con indígenas, en «capital moral de todos los pueblos que a un lado y otro del Pirineo son de nuestra raza» (1998-2000, vol. I, pp. 428-429, 576; 1998, pp. 95). Ni siquiera los griegos, tan esenciales en los movimientos de reivindicación de la cultura catalana de las fases anteriores y contemporáneas a él, están libres de sospecha, quizá también porque la

formulación de una vieja esencia catalana mercantil, urbana y navegante disminuye a la vez el papel de su aporte en esta dirección. Ni en este caso prima en la relación entre los pueblos el aprendizaje o el conocimiento.

Pero la llegada de estas gentes, como la de los cartagineses mismos y los galos después, no habría cambiado las cosas (1998, pp. 93-94). El espíritu nacional de la gente catalana se seguiría mostrando, así en la influencia de Ampurias que se ceñiría casi siempre a ese ámbito ibérico, o en el tratado entre Roma y Cartago que volvería a marcar un límite hacia tierras de Murcia, el límite sur de la lengua catalana. Y hasta ésta exige un lugar en su construcción. Las monedas prerromanas mostrarían, nos cuenta, un grupo aparte en el sur de Francia y Levante, caracterizado, entre otras cosas, por ciertas peculiaridades en el alfabeto, en cuyas leyendas algunos autores habrían visto ya ni más ni menos que una variedad fonética que en lo que se conoce coincidiría —«hecho admirable pero lógico»— con la de la lengua catalana (1998, p. 95; 1998-2000, vol. I, p. 578). Los invasores no habrían hecho retroceder ni un solo palmo de tierra «a nuestro pueblo»: las fronteras de la lengua catalana serían luego las mismas que habría señalado a la ethnos ibérica el más antiguo de los exploradores historiográficos (1998, p. 94). Habrían sido para «nuestra raza» como lluvias que la fertilizan, por eso al caer el mundo antiguo los pueblos seguirían en libertad sus instintos: todos los de la viejísima Sardanya, todos los de Iberia desarrollan «una misma lengua: la lengua que hablamos nosotros, la lengua catalana» (1998-2000, vol. I, pp. 578-579).

Tampoco Roma habría sido una excepción. Como en los viejos modelos hispanos, el epígrafe dedicado a esta fase en el *Compendi de la història de Catalunya*, (1998-2000, vol. I, pp. 572-610) —que vamos en gran medida siguiendo— se titula «La dominación romana». De nuevo nuestro autor carece de interés en contar nada sobre la realidad social, económica o política de una de las zonas más romanas de la Península. Aparte de la venida de san Pablo, el auge del cristianismo y poco más, esto es, de las viejas glorias religioso-patrióticas; de lo que se trata es de resaltar las heroicas resistencias de Indíbil y Mandonio en un primer momento pero, más allá, y en particular, cómo hay otra forma más velada: habrían seguido los territorios de las tribus ibéricas en los de las ciudades o municipios romanos, para luego ser continuados en los condados visigodos y feudales o las diócesis cristianas, se produce la adaptación del latín, (1998-2000, vol. I, pp. 576-580), y, por debajo de la aparente desaparición del ethnos ibérico, los pueblos trabajaban por amoldar lo que se les viene encima a sus necesidades, carácter, temperamento...

Los visigodos, asociados además al viejo modelo historiográfico español, tienen un papel aún menor. Apenas cabe un rasgo positivo y previsible como la observación de que el reino visigodo con capital en Tolosa y Barcelona apuntaba el germen incipiente de una acción política común (1998, pp. 95-96); la «dominación de los visigodos» se liquida en pocas frases (1998-2000, vol. I, p. 580-581; vol. II, pp. 312-314).

Es algo más que curioso todo esto, entre otras cosas porque, descendiendo otra vez por un momento de la historiografía a la historia, la Antigüedad en la futura Cataluña es un índice claro de todo lo contrario de lo que afirma Prat. Dejando a un lado aquello que aún podía discutirse en su época, la complejidad y no unidad de los grupos prerromanos en la futura Cataluña, era evidente, y él lo sabía, que no sólo los romanos llegaron antes allí que a ningún otro lugar peninsular y que fue uno de los lugares donde se mantuvo su poder durante más tiempo, sino que Tarraco fue la capital multisecular de la provincia más extensa, el núcleo de poder por excelencia desde el que se ejercía la dominación durante siglos en un ámbito que llegó a abarcar desde Galicia hasta Granada. Y ya hemos apuntado también la importancia de la presencia e impacto visigodos, que sigue al poder romano con una inmediatez y antigüedad de nuevo excepcional.

Por supuesto que tiende también a ignorar el efecto del dominio de los francos carolingios y merovingios en esta zona y en todo el Pirineo, igual que la presencia árabe hasta el sur de la Galia y, durante siglos, en la zona sur catalana. Es interesante todo esto porque la afirmación de su especificidad y autonomía se hace en las peores condiciones posibles, esto es, en la zona pirenaica más y durante más tiempo dependiente de entidades políticas de allende de las montañas.

Pese a todo, la continuidad incólume, como en la vieja frase sobre la libertad: no se defiende, se conquista. Tras todo este largo paréntesis, resurgiría lo original y prístino: «los viejos pueblos soterrados, cada uno hablando su lengua, y la vieja etnos ibérica, la primera, hizo resonar los acentos de la lengua catalana desde Murcia a la Provenza, desde el Mediterráneo hasta el mar de Aquitania...». La lengua, manifestación del espíritu nacional y del alma del pueblo catalán, florecería con ella por encima —y por debajo— de la latinidad (1998, pp. 94-95). La continuidad de los pueblos de la Antigüedad jamás se habría puesto en duda, a pesar de todo, y serían los mismos que seguirían en su época, más distanciados que nunca, a pesar de los cuatro siglos de dominación castellana y del apoyo a ésta del absolutismo de los reyes y del despotismo de los parlamentos (1998-2000, vol. I, pp. 385-386).

Es innecesario, quizá, recurrir a esta última cita para apuntar algo señalado antes, el que todo el conjunto de afirmaciones de esencias y de resistencias frente a enemigos potentes pero impotentes se dirige a la afirmación de una identidad catalana de toda precisión que pasará por un doble momento en adelante. El primero es el de su exaltación (que no su creación) en la Edad Media, cuando volvería a demostrar en libertad sus potencialidades; el segundo es el de la última y más peligrosa de las dominaciones, cuando los Reyes Católicos generaron una falsa unidad de España bajo la hegemonía de una Castilla que buscaría someter y perjudicar a la Cataluña de nuevo resistente que, finalmente, él y los suyos ayudarían a despertar. A la sucesión en la Antigüedad de un periodo de gloria seguida de otro de invasión, dominación y resistencia, sigue el de la nueva gloria catalana medieval, el siguiente de dominación y resistencia y, otra vez, una tercera fase de renacimiento y futuro glorioso. La Antigüedad se fabula como un espejo invertido del presente que legitima su papel personal y sus posiciones políticas.

La víctima de sus esquemas esencialistas e invasionistas es, por supuesto, la historia, tanto en esa Antigüedad en la que prácticamente la niega como en una fase de exaltación medieval definida bajo el prisma aparentemente embellecedor de las exaltaciones bélicas, de una conquista que, también aquí, es reconquista

(1998-2000, vol. I, p. 587) y de la expansión extrapeninsular. La constitución del condado de Barcelona es presentada como el resultado necesario de su realidad íntima, de la misma forma que su crecimiento no aparece como el producto de procesos históricos que muy bien podían haber resultado de otra manera; hasta la relación entre la adquisición de territorios y las prácticas matrimoniales de los condes en el otro lado de los Pirineos se plantea como una constante destinada a obtener la soberanía de aquella zona «que formaba parte de la antigua Iberia», llamada a cumplir con el ideal de la política catalana de un imperio pirenaico (1998-2000, vol. I, p. 583). Incluso la prefiguración imperial se observa en ejemplos como cuando la consecución por vía matrimonial de Sicilia da lugar a una referencia a la «isla de Sicilia poseída por los *sardans* en los orígenes más lejanos de nuestra historia» (1998-2000, vol. I, p. 588).

El obstáculo de los siglos de poder franco tenía que ser evitado. El contraste, por ejemplo, entre los inicios de la lucha contra los musulmanes en la zona y en otras como la asturiana, más acordes con su imagen indigenista, se desdibuja afirmando que en todos los valles montañosos habría reyezuelos que se opondrían a los árabes y que la verdadera conquista catalana la harían principalmente los catalanes del otro lado de los Pirineos, no los francos (1998-2000, vol. I, p. 582). Francos o franceses tenderán a aparecer luego sólo como enemigos que utilizan, por ejemplo, la cuestión albigense para alterar los objetivos de la política de «nuestra tierra» (1998-2000, vol. I, p. 583), gentes que cuando en pleno siglo XIII frenen el papel de la Casa de Barcelona en Francia pasan a ser tildados de «bárbaros del norte» (1998-2000, vol. I, p. 587). Y no faltan páginas llenas de exaltaciones bélicas que incluyen, por ejemplo, la feliz «carnatge i destrucció» final del ejército invasor francés (1998-2000, vol. I, p. 592).

La Corona de Aragón misma aparece como posesión de la Casa de Barcelona y Aragón tiende a presentarse más como una limitación a Cataluña que otra cosa, un reino que debilita en momentos esenciales, esto es, bélicos, la necesaria unidad de la raza contra los enemigos (1998-2000, vol. I, p. 592); significativamente Prat acepta el neologismo «Confederación catalano-aragonesa» (ni siquiera aragonesa-catalana) para definirla (1998-2000, vol. I, p. 594). La existencia de la relación con Aragón no sólo impide que exista un nombre común sino que impone el federalismo, que hace que pierdan ante Castilla dentro de la unión española (*Greater Catalonia* en 1998-2000, vol. III, pp. 258-260). Se puede reprochar al individualismo de los países de lengua catalana el que no se constituyan en unidad política nacional, siendo como eran una unidad racial perfecta, haciendo así que cayeran bajo el poder de otro pueblo (1998, p. 97; 1998-2000, vol. III, pp. 203-204). Es interesante este reproche de la falta de unidad —que nos es conocido ya *ad nauseam*— porque choca, como sabemos muy bien, con la afirmación permanente que ya conocemos de lo positivo de ese elemento «federativo» frente al unionismo castellano.

Y es que, para bien o para mal, la federación es la esencia que distingue este mundo de la realidad castellana; este planteamiento, por lo demás, evita explicaciones históricas que fueran más allá de las excelentes o pérfidas esencias, como el hecho de que la coexistencia de Aragón y Cataluña como ámbitos de poder diferenciados, hubiera producido la suficiente desconfianza mutua como para forzar un tipo de inclusión de los territorios conquistados, que dejaba de lado la posibilidad de su mera absorción por uno de ellos, o que un fenómeno parecido afectara a la hora de hacer más tolerables por potencias exteriores como Francia las inclusiones de territorios del Mediterráneo central en el conjunto.

A la admiración por las glorias bélicas se añaden las culturales, que no desciende cuando nuestro autor deja de sostener la opinión equivocada de que el catalán y el occitano-provenzal eran la misma lengua. Allí se vería con claridad las perfecciones de la raza en sus manifestaciones más preclaras: arte, ciencia, derecho, instituciones políticas, componente práctico y mercantil, literatura y lengua (1998-2000, vol. I, pp. 217-231; 1998, pp. 96-97), una lengua que muestra su concisión, sencillez y precisión frente a la ampulosidad de un castellano al que no deja de seguir reprochándosele, además, sus sonidos semíticos (1998-2000, vol. I, pp. 218-219).

En medio de tanto entusiasmo cabe afirmar la inexistencia de pobres (1998-2000, vol. I, p. 597), algo que choca con la evidencia de los payeses de remensa que él conoce muy bien y que representa uno de los extremos mayores y más continuados de la explotación de los siervos en el conjunto de la Península. Puede ser interesante comparar esto con Joaquín Costa y, de paso, con el contraste entre dos tipos de «continuidad»: para Costa, por encima de las diversas construcciones nacionales en el tiempo, se mantienen formas organizativas cuyo componente injusto y desigual no sólo no se niega sino que se constituye en su rasgo esencial a analizar y, eventualmente, a combatir. Prat, en cambio, constituye su unívoca continuidad nacional sobre la base de la perfección; valga de ejemplo que para él los payeses de remensa no podrían provenir del mundo ibérico prerromano (1998-2000, pp. 55 y ss., 67 y ss., 71 y ss.), sino de la desintegración de la villa romana y la conversión de los esclavos en siervos. Es evidente que todo esto supone una contradicción con su idea de la falta de trascendencia del mundo romano que no se permite en obras de difusión más mayoritaria que aquélla donde se incluye esto, pero sobre todo que la búsqueda de la villa romana como clave no deja de situar en el exterior las razones de esas divisiones internas excesivas. Y digo «excesivas» porque no hay que olvidar que él considera un rasgo esencial del derecho en los países de lengua catalana «el respeto a las jerarquías sociales; es decir, una invencible repugnancia por el igualitarismo» (1998, p. 97), lo que no puede menos que remitir al mundo ideológico de la reacción europea heredera del Antiguo Régimen con el que nuestro autor tiene tanto en común.

Es este mundo en auge, en el que no parecen caber problemas o limitaciones procedentes de la propia realidad, el que empezaría a ponerse en duda con la nueva dinastía de los Trastámara de origen castellano en el siglo XV y el que se vería sometido a Castilla, presentada como en plena decadencia, a partir de la unión que protagonizan los Reyes Católicos, tras una larga secuela de crímenes. Es la nueva fase de decadencia. Incluso cuando se abre el camino a explicaciones de cierta sutileza en el proceso, como el papel de las nuevas monarquías o el desplazamiento al Atlántico del comercio mundial, domina la imagen de la perfidia de los reyes y la afirmación de que el carácter castellano, absolutista, nada prác-

tico, ampuloso... se prestaba al absolutismo real, con lo que se habría aprovechado para conseguir la hegemonía y lanzarse sobre Cataluña como sobre un país conquistado... (1998, cap. 1; 1998-2000, vol. I, pp. 222-227, 599 y ss., 621 y ss.).

A partir de aquí se hacen innecesarios los matices: sólo cabe hablar de la «desnaturalización», la «descatalanización» consciente (los términos en 1998-2000, vol. I, p. 222; vol. III, pp. 203-204), sea por parte de los reyes o del Estado decimonónico que continuaría con ese dominio castellano destructor de Cataluña y carente de cualquier rasgo práctico o positivo. Incluso cuando se acepta que la atracción de la corte o la literatura ajena tuvo que ver también con los procesos de adopción de rasgos «ajenos» no puede menos que motejarse esto como una conquista que exige la reafirmación catalana y la reconquista (*Catalunya i avant*, 1998-2000, vol. II, pp. 269-272).

Nada de esto debería requerir mucho comentario: el reducir el conjunto de la historia de los siglos XVI al XIX, los que asisten a más cambios en la historia de Europa y del mundo casi desde el neolítico, a una narración de persecuciones y de afirmaciones identitarias, implica, además, la muy conveniente no visión y no comprensión de los problemas, por ejemplo, políticos y sociales, internos —del siglo XIX pero también de antes— o de explicaciones menos paranoicas de la eventual pérdida de importancia relativa de Cataluña en el conjunto peninsular. Por encima de todo implica la negación de toda una época de participación colectiva y de sus consecuencias, y en particular de las positivas; es significativo, por ejemplo cómo el hecho obvio de la relación entre la industria catalana y los mercados peninsulares (y el proteccionismo) puede minusvalorarse afirmando que de no haber existido la limitación de España habría sido todavía mayor (1998-2000, vol. I, p. 221). Y el conjunto de antepasados o de contemporáneos que, por decirlo así, no conocían su condición de catalanes y que habían participado o participaban de la idea de España —gentes como Masdeu, por ejemplo, o Prim, nada excepcionales entre sus contemporáneos— pasan a desaparecer del juego de los auténticos catalanes, y sus ideas a ser consideradas en el mejor de los casos como residuos o frutos del desconocimiento (1998-2000, vol. I, p. 309; vol. II, pp. 310-312). No es tampoco necesario señalar cuánto y a la vez qué poco de aleatorio hay en la definición de lo propio y de lo ajeno; valga un ejemplo: en una de sus preguntas y respuestas en el *Compendi de la doctrina catalanista*, a la pregunta por cuántos vicios han comenzado a desnaturalizar «nuestro carácter nacional» se apuntan cuatro: el espíritu de rutina, el utilitarismo más desenfrenado, el individualismo y... el flamenquismo (1998-2000, vol. I, p. 222), vicios todos cuyo origen se nos muestra en las dos siguientes preguntas y respuestas: la degeneración de «nuestro carácter» producida por encontrarse Cataluña en una atmósfera contraria a «su manera de ser», la producida por el enemigo que la desnaturaliza, el Estado Español. El terrible flamenquismo se une, pues, a las múltiples amenazas milenarias contra la identidad catalana desde los faraones egipcios en adelante.

Pero la semilla, como con los romanos y tantos otros, esperaba, ahora en las clases rurales para renacer y culminar en la búsqueda de un estatus político propio (1998, cap. 1; cap. 10; 1998-2000, vol. I, pp. 609-610); recordemos lo dicho sobre la invención de lo tradicional y su asociación a lo rural en la Europa finisecular. En menos espacio aún del que se dedica a la mera enumeración de agravios de la fase anterior, se presenta su florecimiento orgánico. La historia culmina, sin conflictos internos, sin luchas de clase, sin que los catalanes a uno y otro lado del Pirineo o incluso del mar, hubieran hecho otra cosa que aprovechar los tiempos para florecer o guardarse como semillas de las sequías.

Conviene señalar que hablamos de modelos e interpretaciones muy publicitadas; recordemos, por ejemplo, que el *Compendi de la història de Catalunya* que tanto hemos utilizado aquí (1998-2000, vol. I, pp. 572-610) fue premiado por el Ateneo barcelonés en los Juegos Florales de 1898 como el mejor libro para la enseñanza primaria y que hay una edición de 1918 con el título de *Història de la nació catalana* publicada en la colección Minerva del Consell de Pedagogia. Es un modelo sin duda muy asimilable desde la infancia y más, quizá, desde la adolescencia.

Los núcleos esenciales de definición de un grupo, la afirmación y la erección de un enemigo se cumplen a la perfección con ayuda de la historia y de otros saberes sociales reinterpretados (filología, historia del arte, del derecho...). Si la clave de la historia vasca tal como la propuso Sabino Arana era la actualización racista y católico-integrista de los aspectos más «septentrionales» y puristas del viejo modelo hispano, fabulando un aislamiento inexistente, Prat recoge también este componente «septentrional», pero dotando a sus antepasados imaginarios de rasgos más modernizadores (habilidades mercantiles y valores guerreros ligados al imperialismo, cultura escrita), como corresponde a una historia que no se liga exclusivamente a una resistencia montañesa ante los invasores con algunas salidas bien medidas al exterior, y genera sus esquemas de auge y resistencia a partir de él.

Es obvio que desde estas claves el pasado no es precisamente un lugar de encuentros, mezclas y generación de identidades y que sus definiciones de la nación catalana son perfectamente consistentes con la proyección que hace sobre su historia y su historia antigua; la rígida y exclusivista definición de la esencia colectiva se corresponde con un programa historiográfico igualmente dogmático y paralelo a lo rígido y excluyente de su invención identitaria.

Notas en el gozne

Como hemos apuntado en parte antes, esto resulta interesante para nosotros por varias razones adicionales; hablaremos luego de cómo la construcción más ambiciosa y más conocida de la pre y protohistoria peninsulares de, como mínimo, la primera mitad del XX, la de Bosch Gimpera, no sólo tiene que ver con esto sino que es parte de ese programa historiográfico a cumplir. No es necesario apuntar a cuánto le separa de Pi (o Renan) o el cambio en la tradición anterior.

Más allá de esto, la comparación con los modelos nacionalistas españoles resulta también altamente significativa, muy en particular si vemos lo que implica Costa como reflexión preocupada, nada autosatisfecha y llena de posibilidades de absorción de los aportes del otro, o lo que, en un ámbito más global, representa Morayta. Ninguno de ellos, además, defiende una única representación de una identidad colectiva, que aceptan como múltiple y variada aunque con rasgos comunes. A continuación veremos cómo Altamira es un índice todavía más significativo de esta

doble dimensión de apertura científica y de imagen abierta y, por decirlo así, tolerante de la historia de España. La definición del propio grupo, la actitud ante el saber histórico y la inclusión de nuevos saberes y conocimientos se hallan bien lejos de todo esto. Si miramos las construcciones históricas correspondientes, ni Prat ni Arana ofrecen una perspectiva más abierta ni en lo ideológico, ni en lo político, ni en lo científico, ni mayores capacidades de adaptación, que la que implican sus correlatos producidos desde estas perspectivas del nacionalismo español.

Las imágenes en estos campos que proyectan los nacionalismos vasco y catalán, representadas por Prat y por Arana son comparables a lo modelos radicales, integristas y de definición unívoca que supone Merry y Colón. Los dos miran al resto de España desde una posición de nítida superioridad, si bien sin matices en Arana —que paga sus años en Cataluña motejando despreciativamente a sus habitantes de españoles y latinos, aunque es cierto que no con tanto desprecio como a gallegos o andaluces— y, en Prat, con una cierta participación en la excelencia con otras zonas pirenaicas (incluyendo, entonces, a los vascos y hasta cierto punto a los aragoneses) y con las que en el Levante participan de la lengua y por tanto de la nación catalana y están destinadas a ser dirigidas de manera especial —como su nombre indica— por Cataluña, la detentadora por excelencia de la lengua y de la identidad.

La separación de uno se corresponde con la llamada a la aceptación de la propia superioridad del otro. Ninguna de las dos resulta una alternativa fácilmente asumible por otros espacios peninsulares con parecidas pretensiones en este sentido o con ninguna en absoluto, las dos demonizan a un enemigo multisecular al que definen con las peores de las características y al que se le endosan las desgracias y las pérdidas de las merecidas glorias.

El problema de los nacionalismos en competencia en la España finisecular puede quizá ser visto desde aquí con una perspectiva esclarecedora. La pregunta sobre el fallo del nacionalismo español a la hora de articular al conjunto del país, a la hora, si se quiere, de haber evitado este tipo de procesos es una pregunta frecuente. Vista desde una perspectiva que acepta como principio el de las esencias nacionales, llevaría a pensar que lo que habría sucedido sería la constatación final de que, tal como señalaría Prat, surgen las verdaderas naciones frente a la pura artificialidad de un Estado meramente formal.

Desde la negación de este apriorismo caben también otras respuestas, remitibles a las circunstancias históricas, incluyendo, por ejemplo, las debilidades de un sistema educativo público español que cuenta, como el conjunto del Estado, con pocos medios económicos y, en especial, con la enemistad irrenunciable de la Iglesia católica, el hecho de que ambas zonas son aquéllas donde se produce un desarrollo de la industria más notable, la posibilidad de uso del hecho indudable de las reivindicaciones lingüísticas y de descentralización en este contexto o, en otro orden de cosas, la carencia no sólo de grandes perspectivas en el marco imperialista sino ni siquiera de un enemigo que, al contrario de lo que ocurre en Francia, potenciase el sentimiento nacional desde las heridas patrióticas.[41]

41. El debate ha sido recogido con exhaustividad en J. Álvarez Junco, 2000.

Hay que distinguir sin duda la realidad de la teoría, estas concepciones de su destino en el contexto de realidades históricas muy complejas y cambiantes. Pero cabe también preguntarse si en medio de los cambios del siglo XIX con los que iniciábamos el capítulo 3 y de su multiplicación dramática en el último tercio, que hemos apuntado en el inicio del 4, en medio de lo que supone la dramatización de todo esto en el mundo caricaturesco de la España canovista y del noventayochismo, de la manera de vivir los cambios en las dos zonas punteras del desarrollo capitalista español, y en la perspectiva de lo que pronto será un siglo XX con su visión hipernacionalista, bélica, y en gran medida irracionalista, que culmina en dos guerras de verdad mundiales y en el auge de los fascismos y de los totalitarismos, en un mundo en el que los nacionalismos se alimentan de forma directa con la guerra, con la creación real o imaginaria de enemigos, no estaban más destinados a triunfar modelos como éstos que otros más matizados o los que, en muy diferente orden de cosas, implicaba Pi y Margall.

El año 1898 hizo mucho para que la definición autoexaltante de esencias cargadas de perfecciones y de España como enemigo secular conectase con las autocríticas y el pesimismo del nacionalismo español para encontrar aún más justificada la despedida de una decadencia tan alejada de las propias virtudes, pero tan merecida y tan culpable para los castellano-españoles. En el caso catalán esto es del todo nítido: es el programa aglutinador que multiplica las adhesiones de la burguesía catalana a ese proyecto nacionalista presidido por una imagen histórica elemental y hagiográfica —como la calificaba Solé Tura— pero que es mucho más que un regeneracionismo a la catalana.[42]

Se entienden mejor las exaltaciones de la propia realidad en esta clave no sólo de distanciamiento, sino de construcción de todo un pasado imaginario centrado en la poderosa y movilizadora imagen de ese enemigo del que en gran medida carece el nacionalismo español y en las fantasías compensadoras sobre lo que fue, lo que pudo haber sido y lo que podría aún ser, fantasías en las que no puede faltar, como ocurre en Prat, la puesta en cuestión del imperio español de los Austrias, no por imperio, sino porque de haberlo dirigido Cataluña las cosas hubieran sido de otra manera, ni los sueños de un nuevo imperio como mínimo mediterráneo.

El triunfo de la variante del nacionalismo español de Merry y Colón con el golpe militar franquista reveló finalmente y en la práctica que ni el mundo ni España estaban para sutilezas y mostró el despliegue de una alternativa igualmente falta de sofisticaciones. Los modelos nacionalistas funcionan, como hemos venido viendo, con claves muy elementales, sustancialmente emocionales y cargadas de referentes mutuos y competitivos, si no hostiles; en este sentido, la idea de una identidad propia y excelsa oprimida secularmente por un poder omnímodo y despreciativo —y más si se dibuja como nuclear y racialmente inferior— que impide el desarrollo de la propia realidad es un ejemplo de manual de la capacidad de estas ideas.

Y la pregunta es si produjo una renovación del discurso básico el hecho de

42. J. Solé Tura, *Catalanismo y revolución burguesa*, Madrid, 1974, 2.ª ed., pp. 153, 156, 274.

que la práctica política de los mismos padres fundadores se adaptase a juegos menos rígidos que sus teorías, o el que sus elaboraciones se vieran después matizadas en Cataluña con objetivos más interclasistas e incluso de izquierdas con el proceso que en gran medida se inicia con el efecto de la Semana Trágica sobre las clases dirigentes catalanas —que recuerda en cierta forma el más general del Sexenio— y el tránsito del protagonismo de la Lliga al de una Acció Catalana decidida a ganarse para su causa a quienes asociaban el catalanismo con los intereses de los industriales de Cambó y no con la república federal o fórmulas similares; la pregunta es si la renovación de Pi por Almirall no llevaba en su interior la carga de Prat y si la de éste no continuó después, llevando con ella la de la época que lo vio nacer.

Es una pregunta que nos sitúa en la complejidad del mundo que ve P. Vilar en su primera visita a Cataluña en 1927 —apenas una decena de años después de la muerte de Prat— y de la que recuerda, entre otras cosas, a una clase dirigente que se había convencido de 1885 a 1916 de que si su espíritu mercantil había tenido éxito no había sido gracias al mercado español —y, se podría añadir, de sus trabajadores— sino a pesar de la política económica española, cómo el fracaso de España en la política imperialista se compensaba con la nostalgia histórica del imperialismo catalán medieval y lo fervoroso de unos círculos nacionalistas entre los que cuenta las actividades del «Centre Excursionista, club alpí catalá, l'acció del qual sobre l'opinió i sobre la joventut recordava la de las institucions esportives d'Europa Central».[43] Algunos elementos para la respuesta los podemos encontrar también, como hemos apuntado, en las ideas de Bosch Gimpera, partícipe, como veremos, de las primeras instituciones catalanas bajo Prat y luego de las republicanas.

Más claro aún es el caso del País y Partido Nacionalista Vasco donde la eventual flexibilización política nunca ha supuesto un replanteamiento de las doctrinas de Arana, tal como hemos visto con nitidez en los comentarios de los prologuistas de sus *Obras completas* y puede seguirse en trabajos recientes, parte de los cuales hemos mencionado antes. Sin duda la información de que el premio a los Derechos Humanos instituido por el Gobierno del actual País Vasco, del Partido Nacionalista Vasco, reciba el nombre de Sabino Arana resultará suficientemente ilustrativa para al lector de lo que precede como para que sobre cualquier otra reflexión adicional respecto a su legado.

Y es claro también que esto generaba reacciones en aquéllos que recibían el impacto de tales concepciones sobre su propia identidad colectiva. Se ha señalado con frecuencia, y con razón, que una interpretación castellanista de la historia de España hizo mucho por plantear posiciones historiográficas enfrentadas; pero es evidente también que este tipo de planteamientos, en particular por los componentes despreciativos e insultantes que implicaban, estaban destinados a herir identidades y reforzar respuestas de su misma factura, castellanistas y no castellanistas.

No nos corresponde seguir aquí los procesos históricos de las primeras décadas del siglo XX que, por otra parte, distan mucho de poderse referir centralmente a este tipo de cuestiones. Pero merece la pena mencionar que es muy significativa otra reacción igualmente emocional y no menos atávica, esta vez ligada a la unidad del grupo, ese componente obsesivamente presente y manipulable que dispara sus potencialidades en las ocasiones en las que se genera un peligro real o imaginario que le afecta. La tensión o incluso la angustia casi etológica ante su desaparición y fragmentación es el factor más utilizable por los nacionalismos y, en particular, por los políticos nacionalistas. La resistencia a la descentralización administrativa o política, no digamos ya a la separación, que provoca a su vez nuevas reacciones contrapuestas, juega con esas claves sustancialmente irracionales.

43. P. Vilar, *Catalunya dins l'Espanya Moderna*, I, Barcelona, 1961, pp. 49, 66; la cita en p. 51.

No es extraño, entonces, que el paralelo de la explotación de la imagen del enemigo secular español o castellano sea, desde el otro lado, la de la imagen de un enemigo interno disolvente que, por otra parte, bien puede sustituir la carencia de enemigos externos a la hora de cumplir el papel que corresponde a los enemigos reales o imaginarios: dar la necesaria cohesión, la paranoica cohesión, si se quiere, al propio colectivo. Es aquí donde se puede entender mejor su papel movilizador en el nacionalismo español de las primeras décadas del siglo XX, en particular en las perspectivas ideológicas que tenían una relación más directa con las que suponen Prat y, en especial, Arana, que pueden utilizar todo esto, tal como hacen Primo de Rivera y Franco, y que podían conectarlo con el conjunto de claves paranoicas del modelo nacional-católico.

Pero conviene recordar que lo que define a este periodo es algo muy diferente: una etapa creciente de prosperidad económica que deja a un lado las viejas imágenes del 98 y los desarrollos culturales e ideológicos más abiertos y ricos de la historia de España protagonizados por una sociedad civil y una intelectualidad liberal que se mueve en claves muy distintas y, también, de un nacionalismo distinto, democrático, republicano y abierto.[44] Sin tenerlo en cuenta no se entienden procesos de tanto interés como, por ejemplo, el movimiento de solidaridad y defensa de la cultura catalana que se suscita fuera de ésta ante las medidas represoras de la dictadura de Primo de Rivera. Y todo ello con independencia de que los procesos de descentralización cultural y política pudieran o no haber adquirido las dimensiones deseables.

Sea como fuere, lo que nos interesa fundamentalmente aquí es el análisis, tantas veces olvidado, de los textos que articulan las imágenes de lo que se presenta como el pasado (y el presente) de las identidades colectivas y el papel de la Antigüedad en ellos. Veremos a continuación cómo se perfilan tras el cambio de siglo y en especial sobre esta herencia.

44. A. de Blas Guerrero, *Tradición republicana y nacionalismo español, 1876-1930*, Madrid, 1991; véase p. 102 para las resistencias a admitirlo.

6. EL SIGLO XX. LA TRADICIÓN LIBERAL DE LAS PRIMERAS CUATRO DÉCADAS

LOS INICIOS DEL SIGLO XX: DESESPERANZAS Y ESPERANZAS

A la hora de enmarcar la historiografía española del siglo XX, es claro que la contextualización histórica es mucho más que una cuestión académica. El golpe militar de 1936 marca un punto de ruptura fundamental. Recordemos que a la guerra y a la destrucción siguen la eliminación física, la depuración, la prisión o el exilio de gran parte de la intelectualidad española, una intelectualidad que había conseguido construir uno de los momentos más ricos de toda la historia de la cultura española, el más rico si consideramos también los aportes en los terrenos no humanísticos, y que buscaba romper con el desajuste respecto a los países europeos más importantes.

Estas primeras décadas están presididas por el desarrollo de una historiografía acorde con otros muchos cambios en el conjunto de la sociedad y la cultura españolas a partir de 1900. Nuevas especializaciones y planes de estudio en la universidad, nuevas asignaturas instrumentales,[1] la fundación del Centro de Estudios Históricos, la creación de revistas especializadas y la organización de las excavaciones desde Madrid y desde otras zonas, como las que propugnarán organismos que se desarrollarían en Cataluña y Valencia, generaran un marco de desarrollo historiográfico y arqueológico lleno del florecer de nuevas perspectivas, aunque tampoco exento de límites. Es el momento en el que, por fin, se produce una auténtica profesionalización de los historiadores, bien alejada de los límites del academicismo canovista. Se conectan estas perspectivas con el exterior a través, muy en especial, de la Junta de Ampliación de Estudios, que envía centenares de jóvenes a formarse a diferentes países europeos, pero también con la presencia de investigadores extranjeros y la participación en congresos y otras actividades internacionales. La conexión entre historia y patrimonio no podía menos que renovarse, en estos contextos, con nuevas normas y organismos dedicados a excavaciones y protección del patrimonio. Todo ello tendrá su continuidad en las instituciones correspondientes de la II República como la Fundación Nacional de Investigaciones Científicas.

1. M. Baldó Lacomba, «El plan de estudios de 1900 y la renovación de la enseñanza de la historia» en *Las Universidades hispánicas de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal*, Salamanca, 2001, pp. 59-75.

La derrota de 1898 fue, evidentemente, esencial para que triunfaran los nuevos planteamientos que unían la necesidad de cambios en este terreno, y otros en el sistema educativo y en la difusión de nuevas maneras de entender la historia patria. Más allá de la importancia económica de Cuba, lo que impacta es ese estrepitoso final de los restos del imperio en un contexto en el que las economías y las exaltaciones colectivas occidentales giraban alrededor de los imperialismos, marcado, además, por la incompetencia militar y política de la corrupta oligarquía canovista, incapaz, al contrario que las de otros países, de responder inteligentemente a los nuevos cambios en el equilibrio de poderes. Aunque sin romper con la estructura previa, las realidades políticas e institucionales hubieron de ser adaptadas; es aquí donde hay que entender la ley García Alix de 1900 que pone en marcha los procesos a los que acabamos de aludir, nada exentos de límites pero muy significativos.

La historia de las tres primeras décadas del siglo no es la del 98 y sus consecuencias, pero es su comienzo. El complejo parto del 98 produce, como es bien sabido, muchos hijos y muchos monstruos; junto con las exigencias de medidas sociales, económicas y educativas se genera, como es bien sabido, un debate que podríamos definir como caracteriológico o esencialista complicado con las interpretaciones de otros nacionalismos hispanos, cuya acritud ya hemos apuntado y que se refuerzan, como venía a decir Prat, ahora que se habían acabado las ventajas del imperio español. No deja de ser curioso que uno de los resultados del fracaso de un régimen producido por un pronunciamiento militar y cuya clave esencial había sido la puesta de todo tipo de medios para secuestrar la voluntad popular y corromper cualquier sombra de gobierno representativo, fuera centrar el debate sobre las causas en las eventuales condiciones negativas de ese mismo pueblo.

Uno de los ejemplos más interesantes para nosotros de todo esto lo representa, una vez más, Rafael Altamira y su libro *Psicología del pueblo español*.[2] La historización de las carencias, como la de tradición científica, vuelve a ser crucial como lo había sido en el siglo XVIII (pp. 141-143, por ejemplo), así como la defensa de un carácter español, con variantes, que sería perfectamente compatible con las realidades modernas; lo que él busca conseguir es: «Restaurar el crédito de nuestra historia, para devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada, y aprovechar todos los elementos útiles que ofrecen nuestra ciencia y nuestra conducta de otros tiempos» (p. 210), sin por ello dejar de utilizar la crítica frente a la satisfacción chauvinista (pp. 234-235).

Exenta o no de una derrota (o de una victoria) militar, la efervescencia de lo patriótico y de los intentos de definición de las esencias colectivas de las naciones es lo que prima en estos años. Recordemos una vez más el auge de las tendencias nacionalistas europeas que culmina con la primera guerra mundial y que debe ser enmarcado en la crisis social y política, además de en el «malestar de la cultura», del fin de siglo. La preocupación por la definición patriótica se multiplica en un marco internacional nada exento de hostilidad, y está cargada de consecuencias en los campos de la historia y de los planes escolares en Francia, Alemania, EE.UU. o Argentina.[3] El conservadurismo dominante se proyecta en forma de una auténtica contrarrevolución historiográfica que arrincona lo social y económico hasta después de la segunda guerra mundial, y que también se aplica a una Antigüedad en la que se destacan guerras, hegemonías, luchas por el poder, grupos dirigentes, grandes personajes y definiciones de las identidades colectivas.[4] Así, se continúan líneas ya presentes antes como las investigaciones sobre las «raíces» de los pueblos y sus esencias, realizadas ahora con la ayuda de instrumentales más sofisticados en el campo de la Prehistoria y la arqueología para el pasado remoto y que se construirán sobre estos principios.[5]

2. R. Altamira y Crevea, *Psicología del pueblo español*, Madrid, 1917 (1.ª ed. 1902).

Es aquí donde se entiende que sigan las tendencias a inventar una ciencia del carácter y la mentalidad de los grupos humanos, con la nación como clave. Hace ya tiempo que Caro Baroja dedicó líneas esclarecedoras a este tipo de mitos peligrosos y señaló uno de los caminos en los que desembocaron, el de los fascismos de los años veinte a los cuarenta y su monopolio de la nacionalidad a partir de la definición de la esencia única del buen patriota,[6] aunque otros pudieran dar lugar a construcciones de mayor o menor grado de apertura, potencialidades totalitarias o autosatisfacción.

En el caso español conviene no olvidar las bases ideológicas del krausismo, de un corte nacionalista muy germano; una entidad tan abierta de criterios, con unas dimensiones tan resaltables de cambio pedagógico y honestidad intelectual y política como la Institución Libre de Enseñanza había propugnado la búsqueda del conocimiento de la personalidad colectiva manifestada a través de la cultura popular, entendida como depósito y repositorio, y de la «cultura culta» tal como se podría ver en un canon literario o artístico, por ejemplo, aplicado al pasado; y esto tendía a concretarse también en entender lo castellano (y medievalizante) como el factor nuclear de la nación española, lo que venía alimentado también por las propias prácticas pedagógicas ligadas al excursionismo. La invención ahora de una Castilla, prácticamente eternizada, en Unamuno, A. Machado o Menéndez Pidal, la convierte en el núcleo de lo «castizo», de la reflexión sobre la modernidad y la tradición española, en gran medida a partir de lo anterior y también como reivindicación frente a las perspectivas críticas o directamente insultantes que en parte hemos visto.[7]

Es importante señalar esto por varias razones. La primera es que es evidente lo idealista de la construcción, que tiene todas las condiciones para alimentar miríadas de especulaciones sobre la auténtica esencia colectiva —incluyendo todo tipo de salidas bizarras como la negación del pasado o del progreso, aunque pri-

3. C. P. Boyd, 1997, pp. XIII-XIV, 72-73; M. R. Rojas, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, 1909.

4. M. Mazza, «Storia antica tra le due guerre. Linee di un bilancio provvisorio», en A. Storchi Martino, ed., *L'incidenza dell'Antico. Studi in memoria di Ettore Lepore*, Nápoles, 1995, pp. 145-71.

5. B. G. Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, 1992, pp. 144 y ss.

6. «El mito del "carácter nacional" y su formación con respecto a España», en *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Madrid, 1970, pp. 104-105, 111-112.

7. 1993, 7, pp. 200 y ss., 360, 363 y ss.; véase también Fox, 1997, pp. 45, 97 y ss., 201-210.

men los factores regeneracionistas más positivos que asociarían conocimiento del pasado y cambio del futuro— en detrimento de análisis más hondos sobre las realidades sociales, económicas y políticas de la España del momento y del pasado, por no hablar de la Castilla del momento y del pasado. Al propio Abellán se le nota la irritación cuando hace notar cómo[8] quienes habían pasado a la historia como paradigmas de iconoclastia y de rebeldía se habían inventado una Castilla inexistente y cómo su mixtificación había sido fácilmente reutilizada después por un franquismo que tanto había contribuido a su degradación económica y social.

En segundo lugar, porque tiende a dejar en lugar secundario a los restantes espacios peninsulares, provocando las consiguientes reacciones de rechazo; el hecho de que el reino de Castilla hubiera sido el más extenso y poderoso, y el que más había contado en el proceso unitario desde los Reyes Católicos, pasado por el tamiz de la esencia castellana y medieval, llevaba a dejar de lado no sólo a la Corona de Aragón o Navarra, y a preterir a los restantes espacios de este reino, de Asturias y Galicia a Andalucía y Extremadura.

En tercero, porque dirige la mirada a un periodo específico, sobre la base de que sería el que definiría la auténtica esencia castellana y/o nacional, para olvidar o dejar en segundo lugar los siglos más propiamente españoles y los cambios que se producen en ellos, que tendían a ser considerados como manifestaciones de los (más o menos supuestos) rasgos previos o como su deformación; de la misma forma, se desatienden los periodos anteriores, aunque se puedan incluir, como los posteriores, en el modelo global presidido por la centralidad del medievo.

En este sentido, tal posición había supuesto también otro riesgo ya apuntado: dado que el imperio se veía desde la perspectiva de la gloria pero también de la decadencia, se reprodujeron tendencias a ver en la evolución histórica de la Castilla medieval las claves de las desgracias posteriores, sea la falta de libertades o de una economía comercial, y, por tanto, a no valorar suficientemente sus procesos comerciales y fabriles o sus fueros y cortes, por ejemplo. El impacto con el otro medievalismo esencialista, el catalán, era obvio.

No extraña lo angustioso de un —falso— problema entre la modernidad y la esencia colectiva tradicional —lo castizo— representado de esta manera. El 98 no lo es todo, pero es el marco en el que se inicia el replanteamiento historiográfico. La constitución de las estructuras institucionales y de poder académico bajo este horizonte no deja de ser significativa.

Pero de ninguna forma debe olvidarse tampoco que las evoluciones del pensamiento y la cultura en los momentos posteriores diversifican en gran medida los enfoques. Ni el panorama político ni el social ni el ideológico se dejan reducir a esto; piénsese en una fase que abarca la Semana Trágica, el definitivo desprestigio de una Restauración sin Cánovas, la dictadura de Primo de Rivera, el auge de las perspectivas que dan lugar a la II República y esta misma, desarrollos organizativos específicos en diversas zonas del país, la industrialización, impulsada entre otras cosas por la guerra de 1914, las ventajas de la neutralidad española, y la terrible posguerra europea, el movimiento obrero y el difundirse de sin-

8. 1993, pp. 6, 615 y ss.

dicatos y partidos de izquierda, desarrollos culturales y cambios progresivos en las formas de vida, la formación e integración de las vanguardias artísticas y el discurrir (para quien prefiera este tipo de formulaciones) de las fecundas «generaciones» de 1914 y 1927; todo ello dejaba en un lugar secundario el debate sobre el atraso relativo y sus causas caracteriológicas para dar lugar a formulaciones más prácticas, inmediatas y optimistas en medio de ese florecer cultural sin precedentes.[9]

Aún así, es útil tener presente que ni la reflexión sobre este «problema de España» ni el castellanismo medievalista dejan de estar presentes —piénsese en Ortega, su papel e incluso sus curiosas opiniones sobre España como realidad histórica en perpetua decadencia...— y no olvidar que buena parte de los dirigentes intelectuales de la época se forman en o bajo estas premisas y problemáticas. No sorprende que en la Junta de Ampliación de Estudios ocupen un lugar fundamental los estudios medievales en detrimento de los dedicados a la época moderna, más lastrada con la vieja polémica del imperio, y de un mundo antiguo más difícilmente integrable en el discurso nacionalista castellanizante. Resulta clave la proyección aquí de la historia del derecho, medievalista desde mucho tiempo antes, representada por Eduardo de Hinojosa, R. Altamira o C. Sánchez Albornoz, y el papel en la filología de Menéndez Pidal o en el arte de Gómez Moreno. No extraña, por otra parte, que todo esto, de acuerdo con la evolución europea y ese marchamo institucionalista de tradición germánica, viniera en parte a resultar en lo que J. Vicens Vives definiría más tarde como «una fría y estéril historia de las instituciones»,[10] a pesar de su interés.

Nada parecido ocurre en el campo de una historia antigua en la que no hay prácticamente ni especialistas propiamente dichos ni filólogos dedicados a estos temas. Esto lo apuntaba ya hace tiempo un prehistoriador que conocemos, Luis Pericot[11] que, sin embargo, señalaba también que el balance de lo avanzado en arqueología y Prehistoria era mucho más importante; destaca, por ejemplo, cómo había habido multitud de trabajos de excavaciones en todas las regiones españolas y de todas las épocas y que la serie de las memorias publicadas, constituida por más de un centenar de monografías, formaban un conjunto que pocos países podían presentar. Las novedades institucionales se proyectarán en estos dos campos: algunas plazas en la Universidad, en el Centro de Estudios Históricos e instituciones equivalentes, becas de la Junta de Ampliación de Estudios, publicaciones e incluso en su llegada al gran público a través de la aparición de artículos en *La Revista de Occidente* o de manuales-guías como el que edita J. R. Mélida en 1929.[12]

La falta de interés por la historia antigua en beneficio (siempre relativo des-

9. Véase J. P. Fusi, *Un siglo de España. La cultura*, Madrid, Barcelona, 1999, pp. 11 y ss., 43 y ss., 63 y ss.

10. J. Vicens Vives, *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, 1962, 3.ª ed., p. 13.

11. Prólogo a la 2.ª ed. de la interesante *Historia de España. Gran historia general de los pueblos hispanos*, T. I, *Épocas Primitiva y Romana*, Barcelona, Ed. Gallach, 1958, 3.ª ed. (1.ª ed., 1934-1935), pp. 24 y ss.

12. J. R. Mélida, *Arqueología española*, Barcelona, Buenos Aires, 1929.

de la perspectiva del énfasis por el mundo medieval) de estos dos ámbitos tiene mucho que ver con la búsqueda de las «raíces», un interés evidentemente mayor que la actitud más crítica que se proyecta ahora, en estos marcos nacionalistas reverdecidos, sobre los pueblos colonizadores. Era evidente que tenían que verse articuladas ambas disciplinas, lo mismo que otros ámbitos cercanos como los museos, las excavaciones o los patrimoniales, lo que explica su profesionalización paralela, aunque también nada exenta de límites, a la de otros especialistas en el pasado.[13] Podemos recordar aquí como, por ejemplo, la Dama de Elche y otros restos iberos van a posibilitar conexiones con las búsquedas de las auténticas raíces de España, a veces a base de ver en el tocado de ésta el antecedente de la peineta, aunque no siempre así.[14] De hecho, la definición en el cambio de siglo de aspectos arqueológicos de esta cultura por Pierre Paris muestra las nuevas posibilidades en estos campos, por más que errara en su definición temporal unos mil años, tal como demostraría Bosch Gimpera.

La propia biografía inicial de Bosch resulta muy representativa de la época.[15] Era un estudiante de lenguas clásicas formado en Barcelona al que Giner de los Ríos y Menéndez Pelayo recomiendan en Madrid para ir a estudiar a Berlín con el gran filólogo Ulrich von Wilamowitz-Möllendorf; así consigue, como otros,[16] una beca de la Junta de Ampliación de Estudios y una vez allí recibe el consejo de Wilamowitz de olvidar los concurridos ámbitos de la filología y excavar en España, para lo que le dirige a especialistas alemanes; como, además, el nivel que había adquirido antes no le permite siquiera seguir los seminarios del profesor alemán, se dirige a la Prehistoria y arqueología, disciplinas más sugestivas, fáciles y en formación. Cuando estalla la primera guerra mundial tiene que abandonar su proyecto de seguir en Alemania como ayudante sin sueldo y acepta la

13. Véase G. Pasamar e I. Peiró, 1989-1990; 1991; para el proceso general, 1987, cap. 1. «Los inicios de la profesionalización historiográfica en España (regeneracionismo y positivismo)», en particular pp. 35 y ss. Véase también Pasamar y Peiró, 1996, pp. 195 y ss. para la integración de los especialistas de la Escuela Diplomática en las nuevas dinámicas tras su cierre; I. Peiró, 1995 *passim*.

14. Véase R. Olmos, T. Tortosa, eds., *La dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, Madrid, 1997, en particular R. Olmos, «Encuentros y desencuentros con una dama ibérica», pp. 17-47; R. Olmos, ed., *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 1996, en particular la antología comentada de R. Olmos, «Una aproximación historiográfica a las imágenes ibéricas. Algunos textos e ideas para una discusión», pp. 41-59.

15. Se encontrarán una buena información en los diversos homenajes que se le tributan tras su muerte, como J. Comas, ed., *In Memoriam Pedro Bosch-Gimpera 1891-1974*, México, 1976 y *Pere Bosch Gimpera i el Museu Arqueològic de Barcelona*, 1986; para estos primeros años es esencial J. Cortadella, «La formación académica de Bosch Gimpera: de la filología griega a la protohistoria peninsular», en J. Arce, R. Olmos, eds., 1991, pp. 161-166.

16. M. Díaz-Andreu, «Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios de la Junta de Ampliación de Estudios: Bosch Gimpera», *Madrider Mitteilungen* 36, 1995, pp. 79-89; «Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas», *Madrider Mitteilungen* 37, 1996, pp. 205-224; para todo este proceso en el contexto general «Nación e internacionalización. La Arqueología en España en las tres primeras décadas del siglo XX», G. Mora y M. Díaz-Andreu, eds., *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga, 1997, pp. 403-416.

oportunidad de hacerse cargo de los proyectos arqueológicos de las nacientes instituciones catalanas presididas por Prat.

Todo esto sitúa los límites de un replanteamiento del mundo antiguo peninsular pero no impide que los nuevos enfoques lleven a estudios específicos y, sobre todo, que se produzcan elaboraciones sobre la historia de España, puestas al servicio de modelos nacionalistas de uno u otro tipo, en las que tenga un lugar. En lo que sigue veremos esto: una historia general, la de Rafael Altamira, que marca con claridad el camino de un tipo de historia de España muy representativo de la profesionalización de los nuevos tiempos, aunque en un sentido bien diferente del de los autores que siguen. Nos referiremos después al alemán A. Schulten por su papel en la época y como índice de cómo las miradas externas coinciden con tantos intereses internos. Y acabaremos con tres enfoques característicos: significativamente, dos se producen desde el medievalismo y el nacionalismo español, los de Sánchez Albornoz y Menéndez Pidal, y uno desde la Prehistoria y el catalanismo federalista, el del propio Bosch. Los tres presentan muchos factores en común, entre otros, su pertenencia a este nuevo mundo del que venimos hablando: los dos primeros son típicos representantes de los intereses que se mueven alrededor del Centro de Estudios Históricos y Bosch de los ligados a las nuevas instituciones autonómicas.

Una historia profesional para un tiempo regeneracionista: Rafael Altamira

Para iniciar el siglo XX nada mejor que escoger al alicantino R. Altamira y Crevea, al que ya hemos presentado antes en varios momentos. Aparte de lo dicho, tuvo un papel importante en la introducción de la Extensión Universitaria en las universidades españolas y en el cambio del sistema educativo, fue crucial en los debates sobre el papel de la historia defendiendo la necesidad de una historia para la paz, y desarrolló en su condición de americanista y jurista, en España y en el exilio mexicano, tareas diversas, incluyendo su trabajo en el Tribunal Internacional de la Haya y otras instituciones. El Colegio de México en 1951 lo propone como Nobel de la Paz, pero muere poco antes de que se falle.[17]

Una constante de su pensamiento la expresa ya en el título de su discurso de entrada en la Academia de la Historia, *Valor social del conocimiento histórico*, de 1922[18] en el que incide en la relación entre «el saber histórico de la masa», su «conciencia colectiva», «la opinión pública» y su papel «en todas las actividades nacionales e internacionales» al fundamentar sus actuaciones concretas (p. 13); era esencial esta consideración para unirse a quienes tras la primera guerra mundial se proponían evitar otras y plantear una historia que ya no sirviese «para fomentar el desprecio mutuo y el odio entre los pueblos» sino para todo lo contrario (p. 18). Y a ello encaminará buena parte de sus esfuerzos y de sus proyectos

17. Para su biografía y bibliografía véase el documentado «Estudio Introductorio» de Rafael Asín a la reedición de 2001 de su *Historia de España y de la civilización española*, I, pp. XXXI-CVIII.

18. R. Altamira y Crevea, *Valor social del conocimiento histórico*, Madrid, 1922.

organizativos. Es coherente con esto su valoración negativa de la guerra y las batallas tanto como ejes de la historiografía como de las prácticas bárbaras, rapaces e inmorales de los Estados contemporáneos en su política internacional o frente a minorías étnicas[19] y su perspectiva sobre qué serían las naciones.

Ya en su *Psicología del pueblo español* citada excluía los componentes racistas como claves de su definición, defendía la complejidad de sus tipos y su condición de frutos del proceso histórico que produciría un espíritu, cultura o personalidad de cada una (pp. 46 y ss., 51 y ss., 61), pero, a la vez, negaba la pretensión de uniformidad, así como «La insensatez del aislamiento» y propugnaba individual y colectivamente «la necesidad de estar recibiendo continuamente influencias de los demás y, en primer término de los que son diferentes» (p. 71).

En el caso español, la experiencia histórica habría producido una nación, un pueblo, con elementos compartidos, una psicología colectiva y una conciencia y sentimiento de unidad, con independencia de la existencia de diferencias, que no esconde; los rasgos comunes de los pueblos peninsulares de que hablarían los autores clásicos, la relativa homogeneidad de la romanización, la existencia de un sentimiento de unidad hispánica que parecería señalarse en san Isidoro y otros elementos ya en la Edad Media ayudarían a pensar en un fondo común de los pueblos peninsulares, a lo que se añadiría la unidad geográfica, la peculiar mezcla racial y el centralismo político actuando sobre todo esto... (pp. 73 y ss.). El sentimiento de unidad y de solidaridad, como la unidad política, serían su fruto y no una invención (p. 76). La cuestión no sería negar la multiplicidad dentro de este elemento general sino resaltar el cultivo de las afinidades en vez de «las diferencias y repulsiones» (p. 185).

En su planteamiento busca una conjunción entre su visión pacifista y su preocupación por proyectar una historia racional en esta clave hacia la ciudadanía y la escuela, por un lado, y un modelo nacionalista abierto a la complejidad, sin una definición unívoca, y con un enfoque no dogmático en el que no sólo cabría sino que sería esencial incluir las nuevas investigaciones y hallazgos históricos. Conviene resaltar que no es una idea esencialista para la que fuera secundario el proyecto político que la llevara adelante, sino parte de un proyecto de ilustración democrática. Es aquí donde se sitúa su *Historia de España y de la civilización española,*[20] poco más que un manual, pero de un enorme interés, bien visible ya en la introducción del término «civilización», que recibe de las innovaciones historiográficas europeas que conoce y recensiona.

Su voluntad de hacer una historia de España educativa y regeneracionista, destinada a un amplio ámbito de lectores y que incluyera las investigaciones más recientes desde la Prehistoria en adelante exigía también un estilo sobrio y divulgativo que la distinguiera de las anteriores y, muy en especial de la de Morayta, a la que oscurece y, por otra parte, ignora. Como corresponde con esto y con el movimiento «profesionalizador» europeo desaparecen los conceptos de progreso al estilo de Lafuente en lo constitucional o al más finisecular de Morayta, de la misma manera que el concepto de Providencia.

19. Véase J. M. Jover, Prólogo a la reedición citada, 2001, p. XXII.

20. R. Altamira y Crevea, *Historia de España y de la civilización española,* Barcelona, vols. I-II: 1909, vol. III: 1906, vol. IV: 1911. 2.ª ed. corregida y aumentada de los tomos I y II. Reedición con prólogo de J. M. Jover y Estudio Introductorio de Rafael Asín, Madrid, 2001, 2 vols.

Se trataría de defender el rigor en el uso de las fuentes y búsquedas de enfoques que fueran más allá de lo político y militar para hablar también de economía, clases sociales, instituciones y derecho, arte, literatura... Una historia como ésta es coherente con su perspectiva sobre el pueblo como hacedor de la historia, con su papel a la hora de hacerle consciente de ello y con su objetivo de eliminar las imágenes negativas y paralizantes que le impidieran su avance. En el mismo prólogo señala su interés por limitarse a hacer un resumen fiel y metódico del estado de los conocimientos sobre la materia. En relación con esto vemos neutralizadas o suprimidas buena parte de las polémicas que le preceden. No necesita entrar en conflictos con nadie, por ejemplo, para dejar de lado las diatribas católicas antievolucionistas o a los Tubales y hablar de la Prehistoria peninsular o para negar la tradicional imagen paradisiaca de la geografía y fertilidad españolas.

Y esto se aplica también a los problemas de la unidad/diversidad peninsulares. Así, defiende que «la Península constituye un todo, de los más exactamente diferenciados y caracterizados» (vol. I, p. 19), pero eso no le impide aceptar que ese todo estuviera dividido «en secciones separadas por altas cordilleras que favorecen el aislamiento y la formación de núcleos distintos de pobladores» (vol. I, p. 23). Tampoco la idea de la existencia de una cierta unidad peninsular se cimenta en las razas sino en experiencias históricas comunes (vol. I, p. 31) y no le impide, por ejemplo, tratar a los diferentes reinos medievales hispanos en condiciones de igualdad, tal como hará notar Vicens Vives, negar que existiese propiamente «vida nacional» en la Edad Media (vol. I, p. 301) o marcar sus diferencias con las concepciones nacionalistas de corte tradicional cuando habla, por ejemplo, sobre la población indígena que se revela con Ben Hafsun en la zona de Ronda, «que llamamos española para caracterizarla de un modo unitario, aunque en rigor por entonces no había aún, en la extrema complejidad de los elementos, ninguno que verdaderamente representase la unidad nacional» (vol. I, p. 244). Incluso cuando menciona la unidad de los Reyes Católicos apunta cómo es la que corresponde a las condiciones de la época sin implicar unificación de los diferentes reinos y no deja de apuntar una explicación de la hegemonía posterior castellana en términos históricos nada esencialistas (vol. I, p. 583; vol. II, pp. 443 y ss.).

Yo diría que lo más característico, con todo, es la recogida del estado de la cuestión con una gran apariencia de asepsia. En su estudio de la Prehistoria, por ejemplo, en el Neolítico incluye (vol. I, p. 48 y ss.) elementos de cultura material, economía, creencias, relaciones comerciales o el debate sobre si se produce por la llegada de nuevas gentes o por evolución interna. Y se mueve con gran prudencia e incluyendo las últimas investigaciones de la época, no sin hacer notar el problema de las fuentes a la hora de hablar con certeza de antes del siglo VI a. C. (vol. I, p. 58), lo que contribuye a explicar el uso de términos como «es posible que...» o «los más recientes y atrevidos...» para introducir opiniones dudosas (vol. I, pp. 58, 61, 87), como la de la lucha entre egipcios y españoles o ibero-libios en el siglo XVII a. C., que ya conocemos en la versión de Prat y que incluye

en un apartado denominado significativamente «Conclusiones probables» y no muy lejos de la negación de Tubal.

Los propios iberos, en pleno proceso de definición en la época, son presentados con las diferentes hipótesis que hablan de sus orígenes (incluyendo la ibero-vasca-bereber), con una propuesta prudente de distribución respecto a los celtas y planteando las dificultades de diferenciarlos a partir de lo que trasmiten las fuentes clásicas, dado además que las costumbres de los grupos «en los grados primitivos de la civilización» tenderían a parecerse; de la misma forma incluye sus dudas sobre si eran una raza, nación o grupo unitario y de si eran indígenas o no, y apunta los cambios que imprime en ellos la dominación romana en los dos últimos siglos previos a nuestra era (vol. I, pp. 65-66).

El componente no uniforme y las diferencias de «civilización» se perfilan con nitidez, desde las organizaciones aisladas con base en gentilidades, tribus, clientelas, hasta las ciudades de los turdetanos (vol. I, pp. 66 y ss.), desde la monarquía tartésica del VIII o VII a. C. hasta la presencia en otros lugares de jefes hereditarios, electivos u otros sistemas; también tienen un lugar las perspectivas de Costa y otros autores sobre las condiciones sociales de las comunidades hispanas, incluyendo las hipótesis sobre la servidumbre comunitaria, lo que sitúa las cosas bien lejos de construir un paraíso igualitario (o no igualitario pero paraíso) para los antepasados. De la misma forma, la vieja diferencia entre los más «adelantados» de la costa y sur y los del interior y norte se queda en la afirmación de un carácter diferente, más dulce y comunicativo, frente a la rudeza de los últimos (vol. I, pp. 70 y ss.), con lo que se desvanecen las geografías positivas/negativas que tanto habían acompañado al modelo español. Esto cuadra bien con su consecuente posición sobre las razas, muy crítica con muchas de las afirmaciones contemporáneas, y que defendía la inexistencia de razas puras, así como la relación entre la mezcla existente en un pueblo y su fecundidad para la civilización (como habrían probado griegos, romanos o egipcios). Los españoles —vascos incluidos— serían el fruto de tales mezclas desde los orígenes prehistóricos en adelante, lo mismo que los diversos pueblos que habrían llegado a la Península a lo largo de la Antigüedad (vol. I, pp. 31-33).

Es en medio de todo esto donde se enmarca la moderada consideración de componentes comunes: «Como notas comunes al carácter de los españoles, señalan los autores antiguos la resistencia física, el valor heroico, el amor a la libertad, la indisciplina y la fidelidad llevada hasta la muerte» (vol. I, p. 75).

Sus planteamientos sobre los pueblos que llegan a la Península desde el Mediterráneo no muestran tampoco imágenes negativas de principio, y los estudia con detenimiento, si bien sigue las tendencias de la época a interpretar las realidades históricas en términos de dominación e imperialismo —así, por ejemplo, la propia presencia fenicia— y a constatar la oposición a ellas de los indígenas (vol. I, p. 78). Pero ni siquiera los cartagineses dejan de ser considerados y de reflejarse su impacto y su presencia, en especial en Andalucía (vol. I, p. 93). Muy en especial, y de acuerdo con el viejo modelo hispano y las fuentes clásicas, se recalcan las luchas antirromanas y los viejos componentes de desunión y diferencia, así como sus abusos y brutalidad (vol. I, pp. 92-93, 97 y ss.).

Pero en su sistemático tratamiento del mundo romano en la Península —que incluye la organización romana, estatus, procedimientos de dominación, la romanización y sus diferentes ritmos, derecho, ejército, leyes y régimen municipal, religión, industria y comercio, formas culturales y artísticas, la crisis bajo-imperial...— no se advierte una posición negativa ni una imagen crítica sobre unas u otras zonas en relación con sus formas y grados. Se puede afirmar el impacto —no buscado por Roma directamente— en las sociedades hispanas (por ejemplo, vol. I, pp. 110 y ss., 123, 128-132), pero a la vez también apuntar que hay grados distintos y continuidades de lo anterior; así, defiende algo que más tarde será más difícil de encontrar: que la gran mayoría de los monumentos indígenas hallados proceden de época romana (vol. I, p. 160-161).

Un tema como la cristianización del imperio se describe sin hacerle jugar un papel central en un sentido u otro. Y hasta los visigodos aparecen muy desprovistos de viejas connotaciones; no son en absoluto exaltados y, aunque destaca algunos elementos positivos y también la falta de unidad, incide en las condiciones sociales y otros factores, sin que nos aparezcan como prefiguradores de España, su sociedad como el triunfo final de los hispanos, ni los concilios y el poder eclesial como factores por encima de la realeza. Incluso el mundo musulmán aparece muy valorado en los aspectos culturales e insiste en sus conexiones con los reinos cristianos. No le genera ningún problema aceptar que por debajo de las apariencias de uniformidad visigoda (su gobierno único, poder central, cierta organización administrativa) surjan las diferencias tras la invasión, pero tampoco las continuidades visigodas o cómo para las especificidades en las zonas pirenaicas en la alta Edad Media habría que contar con el papel esencial de la dominación o la influencia extranjera —francesa—, manifestada, entre otros, en un feudalismo más duro y típico y la condición peor de las clases inferiores (vol. I, pp. 300 y ss., 337 y ss.). Y vuelve a negar que entonces cupiera aplicar un concepto de «vida nacional española» (p. 301).

Su historia es un trabajo de síntesis que, sin perder el concepto nacionalista de fondo, sitúa ante un público amplio de especialistas y no especialistas una perspectiva abierta en la que se desdibuja el viejo modelo, lo que es bien visible en esa flexibilidad de sus concepciones sobre las culturas exógenas y endógenas de la Antigüedad y la Prehistoria peninsulares en la que caben todas las perspectivas e innovaciones consistentes de la época.

Sí cabe reprocharle otras cosas, así una que él mismo reconocería años después: la falta de articulación suficiente de los distintos niveles de análisis de un momento histórico dado;[21] otra, su carencia de profundidad a la hora de plantear los conflictos sociales y sus bases. Esto es inseparable del hecho de que termine su historia a comienzos del siglo XIX, es decir, que renuncie a dar una visión del siglo más crucial para entender su propia época. Su búsqueda de una historia, por

21. J. Fontana, «El concepto de historia y de enseñanza de la historia de Rafael Altamira», en A. Alberola, ed., *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, 1987, pp. 419 y ss.; J. J. Carreras Ares, «Altamira y la historiografía europea», en A. Alberola, ed., *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, 1987, p. 413.

decirlo así, consensuable, aceptable para gentes de diferentes perspectivas políticas es lo que le lleva a suprimir el siglo más polémico, lo que se aplica al conjunto de su historia. De hecho, podemos aceptar como todo un índice de éxito en este sentido el que Menéndez Pidal, Menéndez Pelayo, Hinojosa y otros muchos en el exterior y en el interior la celebraran.[22]

Ahora bien, tal como han apuntado diversos autores,[23] esto significaba también una doble renuncia: la de explicarle a quienes leían su historia las causas de su propia realidad y la de cimentar una construcción histórica sobre bases diferentes de las consensuables, contribuyendo a generar, por decirlo así, un patriotismo más laico y liberal y de fundamentaciones teóricas y puntos de referencia más críticos. En cierta forma, como sabemos, era un precio más a pagar por la perspectiva que asumía en Europa la profesionalización de los historiadores, que se manifestaba en la tendencia general a no mirar a las sociedades pasadas y presentes como fruto, también, si es que no esencialmente, de los conflictos y las tensiones de intereses y voluntades entre los diferentes grupos. Y, por otro lado, era muy consistente con un proyecto regeneracionista que buscaba la solución de los problemas del país en unos desarrollos educativos y culturales que, aunque colectivos y no sólo para las elites, estaban muy alejados de otros más radicales y entroncados con los movimientos populares.

Es evidente, a la vez, la diferencia de un planteamiento así frente al nacionalismo de Merry, Arana o Prat. Esto no implica que no tenga componentes nacionalistas, asociados en particular a una idea del carácter nacional con rasgos esencialistas y organicistas —aunque se cuide mucho de advertir contra una perspectiva arcaizante y de defender su proyección hacia el futuro—[24] y al papel de la historia a la hora de definirlo y potenciarlo en un sentido positivo, pero las diferencias son más que claras.

Pero es obvio su contraste con ellos en la no rigidez, en la concepción de la identidad colectiva originaria y posterior, en la resistencia a construir una imagen paradisíaca de los antepasados o del contrapunto de unos enemigos inveterados que explicarían las «decadencias» y desgracias, en el proyecto historiográfico y la apertura al saber histórico en términos de conocimiento o en el proyecto político implícito y en la concepción unívoca y excluyente del miembro del colectivo, dejando aparte la identificación entre raza y cultura y otros componentes de fondo. Conviene insistir en que su imagen de España y el papel de la ilustración que propone ni lleva a un proyecto político totalitario e integrista ni es compatible con cualquier proyecto político, de este tipo u otro, que indistintamente permitiera desarrollar la pretendida identidad bajo la oportuna dirección de quienes verdaderamente conocerían esa genuina esencia.

Hablamos de la obra de referencia hasta la *Historia social y económica de*

22. R. Asín Vergara, «La obra histórica de Rafael Altamira», en A. Alberola, ed., *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, 1987, pp. 383 y ss.; Vicente Ramos Pérez, *Palabra y pensamiento de Rafael Altamira*, Alicante, 1987, pp. 182, 271, 272.

23. Por ejemplo, C. P. Boyd, 1997, pp. 144-145.

24. J. A. Maravall, «La concepción de la historia en Altamira», en *Cuadernos Hispanoamericanos* pp. 477-478, 1980, en particular pp. 43 y ss.

España y América de Vicens Vives, medio siglo posterior. Otras historias de España siguen un camino razonablemente similar en los años que siguen, aunque haya matices ideológicos, bien contrastadas, en particular, con los planteamientos ligados al nacional catolicismo que siguen floreciendo. Es, como ya hemos apuntado, en cierta forma sorprendente que en los procesos de desarrollo de la historiografía especializada posterior las cosas vayan en gran medida en otra dirección. Y es más significativo porque se corresponde con la consiguiente pérdida de importancia relativa de las historias de España a la hora de tomarle el pulso a las imágenes que se proyectan sobre la historia y sobre la historia antigua peninsulares.

La filología alemana en España: la epifanía schulteniana

Alejado Bosch, y otros como él, de la filología y de la historia antigua, la persona que estudió y recopiló las fuentes clásicas sobre la Península en estos años fue un alemán del que también hemos hablado, Adolf Schulten, quien, además, influyó también a partir de tareas arqueológicas muy ligadas a esas fuentes literarias y dedicadas a temas cruciales. Al convertirse también en el representante (si no el propietario) de la Edad Antigua hispana en Europa, en particular a partir de sus artículos en voluminosas obras de referencia alemanas e inglesas, también cumple un papel central hacia el exterior.

Hablamos de un historiador de segunda fila y cuyos enfoques y trabajos han sido demolidos por la crítica, en determinados casos ya en su época; ni siquiera su recopilación de fuentes ha sobrevivido incólume, basada como está en la pretensión implícita de poder interpretar los textos antiguos a base de recortar y descontextualizar citas, sin buscar entender los intereses y contextos de los autores y sus obras. No digamos ya su arqueología, capaz de ver colonias griegas en asentamientos fenicios, y de inventarlas con toda precisión, y orientada a la búsqueda de notoriedades del tipo de Cnossos o Micenas, aparte de lo primario de su metodología y de la tendencia, general a toda su obra, y muy en relación con su autoimagen de expedicionario al *salakoff,* a olvidar los trabajos hispanos previos o contemporáneos incluso cuando los copia.

Además del papel en su época, lo que lo hace resaltable es su carácter de representante, en su crudeza, de buena parte de las cuestiones que venimos planteando aquí y que acabamos de apuntar como característicos (aunque ya sabemos que el que lo fueran no significa que fueran los únicos): las interpretaciones racistas y esencialistas de los pueblos y de su trayectoria histórica, el refuerzo de los aspectos guerreros en detrimento de los estudios de otro tipo, el interés por las resistencias bélicas más que por las interacciones culturales, la propia preferencia en la Península por las zonas y pueblos que ya el viejo modelo había elegido como antepasados, todo ello con el uso de ese instrumental filológico y arqueológico que, por otra parte, se va definiendo en la teoría y en la práctica bajo este tipo de preocupaciones y de ocupaciones.

Sus trabajos sobre Hispania representan este tipo de introducción de los nuevos métodos de la filología y de la arqueología a la hora de hacer, por fin, estu-

dios monográficos de historia antigua de cierta entidad. Es más que curiosa su doble vertiente en ellos: una, más puntual e inicial, dedicada a su resurrección —o más bien invención— de Tartessos y otra, más dilatada, en la que se centra en trabajos sobre Numancia, los cántabros y astures, Viriato o Sertorio; por una parte, que representaban para él el otro lado del juego, el de los pueblos de la España antigua —no los colonizadores o comerciantes— que le interesaban primordialmente y que definió de forma esencialista, con todos los marcos racistas y caracteriológicos imaginables. En estas décadas críticas cargadas de irracionalismo y de ambigüedad respecto a lo «debilitador» de la cultura, cuadran bien las guerras, oposiciones y resistencias, pero también, como supo señalar con su habitual finura Ortega, la imagen de un Tartessos proyectado en el pasado como una Atlántida, uno más de los paraísos soñados en una época difícil, destinado, eso sí, a caer por su propio carácter en manos de pueblos menos débiles. Incluso su afirmación de haber hallado aquí la primera alta cultura de Occidente, aparte del honroso papel que le confería, situaba a éste en una situación más desahogada, no inferior a las vetustas altas culturas próximo-orientales y sus eventuales descendientes.

En todo caso, basta echar una somera mirada a sus construcciones para ver cuánto debe al viejo modelo, reconducido a partir de su pensamiento sobre culturas y razas: para él también existe una esencia de los pueblos identificable con unos rasgos fisiológicos, psicológicos y vitales de toda precisión, que construye con unos criterios de sorprendente rigidez que se aplican por igual a textos y restos arqueológicos.[25] Nos interesa aquí su definición de los dos ámbitos señalados y algunas claves de continuidad hasta el presente.

El seguirá con la hipótesis de la presencia mayoritaria de los iberos, un pueblo ya de origen africano como los bereberes, lo que se vería claro, sobre todo, en «su naturaleza física y espiritual»; los presenta como arriscados, salvajes, individualistas, dispersos, belicosos nada amigos de unirse, divididos en tribus y clanes, no conquistadores de grandes territorios, enemigos de la autoridad, con «un Estado absolutamente democrático, casi podría decirse anárquico» y amantes de la libertad, pero también como incapaces de producir cultura o dedicarse al comercio, indolentes y tétricos.[26] Es permanente el recurso a argumentos caracteriológicos sumarios, como en el caso de los astures o numantinos (y celtíberos): dado que eran gentes guerreras y dispuestas a combatir hasta la muerte, no cabría duda sobre su condición ibera.

Su estudio sobre cántabros y astures[27] se inicia con la afirmación de que «la

25. Schulten es el antiquista y arqueólogo más estudiado por los españoles o relacionados con España; de la abundante bibliografía sobre sus claves cabe destacar dos trabajos de G. Cruz Andreotti, «Schulten y el "carácter tartesio"», en J. Arce, R. Olmos, eds., *Historiografía de la Arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, pp. 145-148; «Un acercamiento historiográfico al Tartessos de Schulten», *Baetica*, 10, 1987, pp. 227-240; para el marco de la historiografía alemana en la que se inserta véase los tres artículos de M. Mazza citados en la bibliografía.

26. A. Schulten, *Tartessos. Contribución a la historia antigua de Occidente*, Madrid, 1945, 2.ª ed. (1.ª ed., 1924), la cita en pp. 210, 185, 210 y ss., 241-242.

27. A. Schulten, *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Madrid, 1962, 2.ª ed. (1.ª ed., 1943), p. 19.

región montañosa de la costa norte de España tiene la gloria de haber sido siempre la sede de gentes fuertes y heroicas» y a la guerra contra Augusto añade una referencia a la guerra de Independencia similar a la que ya conocemos en el prefacio de su *Numancia*; en ésta, además, se añaden observaciones generales sobre el amor a la libertad de los pueblos y su relación con las zonas montañosas, orgánicamente unido a la ya clásica división entre el interior y un Levante y Andalucía tan distintos (1945*a*, pp. 5-7).

El arrinconamiento de lo indoeuropeo o céltico es evidente y sorprende en una época donde se descubren más y más restos identificados con ellos en Cataluña y la Meseta; incluso su aceptación de la idea de las invasiones celtas le llevaría a postular una contrapartida, la de contramovimientos en los siglos IV y III a. C., que acabarían llevando a los iberos a Cantabria y Asturias (1962, p. 60; 1945*a*, pp. 20, 25; 1945*b*, p. 185). Los rasgos que no cuadraban con su intrínseca incapacidad de evolución cultural y política, como la recepción levantina del arte griego y la aparición del ibero, o la existencia de reyes, se adscriben a la herencia de la dominación o la influencia tartésica (1945*b*, pp. 89, 215 y ss., 222-223). Dada su inferioridad, su imposibilidad racial y africana para el cambio cultural, incluso en comparación con celtas y germanos, es consistente su idea de que España «no debe su cultura a los iberos; la debe a los griegos y romanos y a otras influencias indogermánicas posteriores».[28]

La referencia al otro ámbito cultural que acaba de apuntarse, Tartessos, no es diferente: también allí habría componentes étnicos externos; cuáles habrían sido varía en las dos ediciones de su Tartessos, en todo caso ya estarían en juego gentes del Mediterráneo oriental desde el tercer milenio y que explicarían el florecimiento en adelante de la rica Andalucía (1945*b*, pp. 17 y ss.). El gran cambio después de estos «pretartesios» lo habrían supuesto en la versión final los tirsenos de Anatolia, antecesores también de los etruscos (1945*b*, pp. 13, 24, 31 y ss., 187 y ss.), que en los siglos finales del segundo milenio fundarían una ciudad y acabarían dominando a los naturales del país, gentes poco belicosas y que les dejan instalarse sin dificultad, convirtiéndose en una elite que los somete —quizá se dejan dominar voluntariamente, sugiere— que habría formado un imperio desde Andalucía hasta Murcia (1945*b*, pp. 13, 53, 129, 203-204, 209, 235). El otro lado de la cultura espiritual más alta del occidente prerromano, de «la primera ciudad comercial y el más antiguo centro cultural de Occidente», de su más antigua ciudad-Estado (1945*b*, pp. 9, 211, 234), de su florecimiento económico y cultural, es esa sociedad con grandes divisiones sociales y una clase servil, sujeta a sucesivos dominadores, con una monarquía sacra y una compleja cultura oriental, esa sociedad necesariamente no ibérica, por tanto (1945*b*, pp. 210 y ss.).

Pero, además, sería su falta de belicosidad la que les haría, tras dejar instalarse a los fenicios, ser derrotados por ellos sin mayores esfuerzos cuando surgen problemas; clima y riqueza contribuyen a este reblandecimiento que afectaría también a los futuros turdetanos (1945*b*, pp. 77, 209 y ss., 235, 241-242), y lue-

28. A. Schulten, *Historia de Numancia*, p. 26 (resumen de sus publicaciones alemanas de 1914 y 1933) (en adelante 1945*a*).

go a que fueran dominados por los «siniestros sucesores de los tirios», «aún peores» que ellos, los cartagineses (1945*b*, pp. 78 y ss., 93, 123). Y todo ello continuaría después como constante histórica andaluza, bien opuesta a los montañeses del norte, visible en su fácil derrota ante los romanos, su desamparo ante los saqueos de los lusitanos o en el afeminamiento de los árabes siglos después; ese enervamiento sería la contrapartida de su riqueza y de aquel carácter activo, comerciante y hospitalario (1945*b*, pp. 139 y ss., 235-237). El viejo modelo hispánico se concentra aquí, junto con un interesado recorte geográfico e ideológico del de Costa, convertido ahora en caracteriológica y racialmente andaluz: invadible, dominable, tan inmerso en la servidumbre como en el servilismo y no amante de la libertad en ningún sentido; lo que en aquél aparecía como un intento de definir rasgos socioeconómicos a lo largo del tiempo, se convierte ahora en elementos caracteriológicos raciales, pasados por el invasionismo.

Dejando aparte otros rasgos que llegarían hasta los andaluces actuales, como el de falaces y astutos, su carácter ligero, exagerado y fantástico, o su amor por el baile como los cretenses (1945*b*, 237 y ss.), resalta cómo la tierra andaluza tuvo tres grandes momentos de gloria por su riqueza y poder, con Tartessos, Roma y el mundo árabe, y lo habría perdido cinco veces ante sucesivos invasores: fenicios, cartagineses, romanos, árabes y godos (1945*b*, 241). Frente a su imposibilidad de conquistar el centro de la Península, sería Castilla, como Macedonia en Grecia o Prusia en Alemania, la zona dura y pobre que estaba destinada a unificarla (1945*b*, 211-212). Otra vuelta de tuerca alrededor de los temas suscitados por el viejo modelo multisecular español, que marca también sus preferencias.

No es extraño que también Ortega,[29] que lo edita y comenta, incida ya en los años veinte en esta dirección de lo caracteriológico andaluz asociado a lo tartésico, recalcando y renovando, sin saberlo, las viejas implicaciones geográficas del modelo tradicional. Tal concepción va unida a una definición muy relacionada con todo esto de la misma Andalucía, esa sociedad campesina, de ideal vegetativo, holgazana, disfrutadora de una vida sin ambiciones, de fácil conquista, asimiladora de invasores como China y heredera de un mundo que llega también desde el Tartessos milenario, carente de ideales pero sabia en su vejez y cotidianeidad. Como ésta y al contrario de otras como la castellana, habría amputado lo bélico en pro de otras perspectivas y actitudes ante la vida, absorbiendo a los invasores en vez de invadiendo... Y también sus preferencias se dirigen hacia las zonas más septentrionales, como no podía ser menos en quien detecta la clave de la decadencia congénita de España en las carencias de los visigodos, tan distintos de unos francos capaces de vertebrar verdaderamente el territorio que dominan, y que afirma que sólo mentes castellanas, articuladas alrededor del empuje de los ideales y las ideas, pudieron concebir España y unificarla.

29. J. Ortega y Gasset, «Para un libro no escrito»; «Teoría de Andalucía y otros ensayos»; «Las Atlántidas», en *Obras completas* tomo III (1917-1928), Madrid, 1966, 6.ª ed., pp. 110 y ss., 281 y ss., 558 y ss., M. Álvarez Martí-Aguilar, *La imagen de Tartessos en la historiografía española (siglos XVI-XX)*, Tesis Doctoral, Málaga, en prensa, p. 268.

En todo caso, lo interesante, más allá de lo que supone Ortega como cata en el conjunto de reflexiones de gentes de la época que vamos siguiendo, es esa cruda mirada a la historia antigua peninsular y sus continuidades de quien, no lo olvidemos, representaría, por encima de las muchas polémicas que suscita, la modernización en este campo, y cuyo influjo posterior seguiremos, por ejemplo, en el autor que representa por excelencia la profesionalización arqueológica y prehistórica: Bosch Gimpera.

Veleidades pirenaicas y nuevos nacionalismos: P. Bosch Gimpera

No es un dato casual que Bosch recibiera, como planteábamos, el encargo de gestionar el ámbito arqueológico ligado a las nacientes instituciones catalanas. Como recuerda Pericot,[30] en 1914 Prat de la Riba «comprendió el valor que en muy diversos aspectos tenía esta nueva versión de las raíces de los pueblos, y fundará dentro de las actividades de la Mancomunitat, e inserto en el Institut d'Estudis Catalans, el Servei d'Excavacions Arqueològiques» y será el joven Bosch de 24 años, desde aquí, desde la cátedra universitaria que obtendría casi inmediatamente en la nueva sección de Historia en la Universidad de Barcelona y, en particular, desde su capacidad de mover recursos, museos, excavaciones e investigadores ahora y en adelante el que desarrollaría esa búsqueda de raíces en el contexto de un «catalanismo científico» muy noucentista.

No estamos hablando, evidentemente, de un posicionamiento neutro; ni siquiera la elección inicial de la filología clásica lo era, ya que cuadraba perfectamente con las claves del Noucentisme como movimiento cultural, movimiento del que participaba plenamente como de las perspectivas nacionalistas ligadas a él, y que tenía como una de sus claves esenciales la reivindicación del clasicismo en el contexto de la asociación de lo griego —Ampurias— con Cataluña. En 1907 J. Bofill había propugnado, por ejemplo, un «classicisme nacional», reflejo del espíritu de la raza y de la tierra, incluido en un concepto de imperialismo que aspiraría a «Dominar els altres sense contaminar-se i vèncer sense alterar-se, amb serenitat veritablement "olímpica"».[31] No está de más señalar que las perspectivas más rígidas de búsqueda de diferenciación e independencia cultural las representaba entonces —aunque luego acabaría uniéndose a Primo de Rivera y al Movimiento Nacional y siendo clave en su política cultural— otro noucentista, Eugenio D'Ors, muy identificado con Prat, que le nombra secretario general del Institut d'Estudis Catalans, del que dependía el Servei d'Excavacions Arqueològiques.

Conviene recordar que Prat —y por supuesto el personaje esencial en estos campos y quien da su primer nombramiento a Bosch, Puig i Cadafalch— tenían muy claros sus objetivos; como recuerda Rovira i Port, en estos años iniciales no

30. L. Pericot, «Algunos de mis recuerdos de Bosch Gimpera» en J. Comas, ed., 1976, p. 25.
31. *Op. cit.* J. Casassas i Ymbert, «Pere Bosch Gimpera: la virtut de l'oportunitat» en *Pere Bosch Gimpera i el Museu Arqueològic de Barcelona*, Barcelona, 1986, p. 26.

sólo se excavaba en el Principado mismo sino que ambos consiguieron fondos para hacerlo «en aquells termes fora de Catalunya que eren considerats com a pertanyents a l'Hinterland geogràfic i cultural català. Així se sucedeixen els treballs a les illes Balears, al territori valencià i, sobretot, a la zona del Baix Aragó, on en pocs anys, Bosch i el seu equip realitzen una tasca enorme, amb l'excavació de desenes de jaciments».[32] Y que Bosch definiría las líneas a seguir y no sólo en las excavaciones, en una hegemonía que culminó cuando, como también señala Rovira i Port, se vio cumplido en 1935 su sueño de disponer del control total en este campo: la dirección del Museo Arqueológico, del Servei d'Excavacions Arqueològiques y de la cátedra de la Universidad, cargos a los que cabe añadir por estos años el Decanato de la Facultad de Letras y el Rectorado de la Universidad.

Falta por señalar otro componente de su biografía, el que, como Altamira o Sánchez Albornoz, hubiera de exilarse a América, donde siguió trabajando durante muchos años, si bien en claves teóricas y sin excavaciones. Ya hemos apuntado también que hablamos del prehistoriador español más influyente en el exterior y en el interior de, como mínimo, la primera mitad del siglo y uno de los pioneros a la hora de hacer una síntesis del pasado peninsular en su *Etnològia de la Peninsula Iberica* de 1932, que se edita, por cierto, gracias al apoyo económico de Cambó.[33]

Es obvio, pues, el componente institucional de su participación en el problema de la época de buscar los orígenes de los pueblos. El conjunto de su proyecto prehistórico y «etnológico» está presidido por la proyección de las concepciones federalistas españolas y nacionalistas catalanas. Su pensamiento no puede entenderse sino en la línea que hemos venido dibujando y que va de Pi a Prat, pasando por Almirall, sin la definición «federalista» de los españoles primitivos de Pi, que convertía en positivo el viejo defecto de la desunión del modelo tradicional y lo hacía característico, y sin las concepciones de la raza pirenaica que aparecen en Almirall, que recogía en cierta medida su caracterización septentrional; pero es inseparable, en particular, de la construcción de la identidad catalana prerromana en Prat y de su continuidad en el tiempo a pesar de los invasores, que recogía a su vez sus aspectos esencialistas e invasionistas, y de su articulación, hacia delante y hacia atrás, de la historia de Cataluña a partir del eje de la Edad Media.

Aunque su tarea exija cierta sofisticación —no puede seguir defendiendo, por ejemplo, la existencia del protoimperio catalán de los sardos— hay recursos esenciales que toma de él. Como corresponde, defiende que los catalanes serían un pueblo existente desde los más remotos tiempos y su continuidad, junto con una parte sustancial de los restantes pueblos de España, hasta el presente, y está claro que frente a la posibilidad —falaz pero hasta cierto punto factible— del nacionalismo vasco de argumentar la continuidad sobre la base del aislamiento cara a los invasores para defender la idea de la pervivencia cultural en una zona tan abierta como la de la futura Cataluña, Prat y los suyos tenían que argumentar la continuidad íntima por encima de las apariencias. Recordemos cómo, por ejemplo, los rasgos de los *sardans*, los más prístinos, reaparecerían en los iberos y, después, la lengua de éstos desaparecería pero legaría sus rasgos a la catalana; la pervivencia milenaria frente a la «desnaturalización» debía ser defendida, siempre sobre la base de que era parte nuclear de la serie de catalanidades resistentes que habría culminado en el nuevo desvelamiento y renacimiento que él protagonizaba. Y ya sabemos que era consistente con ello negar el impacto de los procesos históricos, una vez conformada esa auténtica esencia catalana.

32. J. Rovira i Port, «Breus apunts sobre la història de l'arqueologia catalana» en *Pere Bosch Gimpera i el Museu Arqueològic de Barcelona*, 1986, Barcelona, pp. 19-20; nótese el «sobre todo», el concepto de *Hinterland* y la apropiación bajo éste también del Bajo Aragón.

33. P. Bosch Gimpera, *Etnològia de la Peninsula Iberica*, Barcelona, 1932. Se espera pronto una reedición.

El papel de Bosch, en consecuencia, sería el de defender las raíces prehistóricas y autóctonas de lo catalán y su continuidad después. Su esquema sobre la Prehistoria peninsular, que cuenta como precedente con los de Schulten y Gómez Moreno,[34] señala también la presencia de una cultura prístina y de la cultura ibera después, aunque en medio ha de introducir otra que se había definido ya en la época, haciendo un total de tres culturas propias antes de las venidas de los invasores. La cultura pirenaica, la más antigua y más prístina, representa el núcleo primero que, junto con los capsienses africanos, los segundos, habrían formado ya desde finales del Paleolítico, aunque a partir de una evolución anterior, la base etnológica esencial de todo lo posterior; la geografía hispana que ayudaría al aislamiento y el propio carácter hispano serían claves en su continuidad y diversificación (1932, pp. XIII-XIV, 3-4; 1974, pp. 48-50).

Más tarde llegaría el otro grupo, que dibuja con más ambigüedad, el que daría lugar en época histórica al mundo ibero, los camitas del eneolítico, africanos como los capsienses, que formarían la cultura almeriense, que se expandiría en diversas direcciones, aunque sin acabar en general con los grupos anteriores que permanecerían latentes. En aquella España primitiva se verían ya las raíces étnicas y la constitución natural de los pueblos hispanos (1996, pp. 25, 29; 1974, p. 24) que llegaría hasta la contemporaneidad y que ya sabemos que va unido a la interpretación de los cambios posteriores en claves invasionistas y a la postulación del éxito de su «resistencia».[35]

La primera de las tres es el ejemplo más evidente de sus intereses, a la manera de los *sardans* de Prat, entre otras cosas porque su definición y caracterización arqueológica la inventa él: la existencia de grupos dolménicos en el Pirineo de parentesco más que frágil y de continuidad con el pasado y con las sociedades posteriores mucho más que dudosa, le lleva a sustentar la idea de esa cultura y, por supuesto, raza. Bosch la hace derivar de otras previas desde el Paleolítico Francocantábrico en adelante, pasando por el Asturiense. Con ella une, como Almirall, a Cataluña y la zona vasca —concebida en sí misma como auténtica supervivencia— como sus dos extremos y define su continuidad después hasta los

34. M. Gómez Moreno, *Misceláneas. Historia, arte, arqueología, I La Antigüedad*, Madrid, 1949.

35. 1974, pp. 287 y ss., 297 y ss., 349 y ss.; 1996, p. 31; 1932, Conclusiones.

vascones (y sus vecinos), los antepasados más propios de Cataluña y el renacido presente.[36] Para ello no es insalvable la falta de rasgos característicos, al construir el argumento de que sería la adaptación específica que se habría hecho de los ajenos, en particular de los dólmenes, lo que permitiría aseverar esa identidad y su pervivencia multisecular (1932, p. 128).

El hecho de que todo esto sea una invención sin solidez parece aflorar en su propio discurso también en lo referente al núcleo puro por excelencia en momentos como aquéllos en los que admite que no hay datos para afirmar su relación con los vascos actuales y que tampoco había datos arqueológicos sobre éstos antes de Roma, por más que haya de recurrir a las mediciones de cráneos de T. de Aranzadi (1932, pp. 130-131, 606-615) y a argumentos similares. Esta relación con los cráneos no es despreciable: Bosch construye la cultura pirenaica, como ya recordaba su discípulo L. Pericot en su *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica* en 1925, aplicando los modelos culturales alemanes de la época (de los que hablaremos después) a su ampliación del concepto de raza vasca de Aranzadi; ya entonces apuntaba también Pericot a la asociación entre la raza pirenaica y la reconquista[37] y el propio Bosch defendía desde su expansión eneolítica en Cataluña y sur de Francia hasta su pervivencia multisecular por encima de las apariencias.[38] Nada es casual: razas y mediciones de cráneos no son aditamentos en el juego, son la esencia del juego.

Sobre estos grupos, más o menos mezclados según las zonas, caerían los invasores más propiamente dichos, definidos como gentes que buscan explícitamente romper con las identidades y evoluciones propias de los indígenas hispanos, conquistándolos y unificándolos. Celtas, cartagineses, romanos y visigodos intentarían conseguir una unidad no sólo artificial y antinatural sino, además, antihispana; porque para él, como para Pi, los pueblos peninsulares, en relación con la abrupta y dividida geografía, tenderían al aislamiento, no a la fusión, y serían guerreros pero no expansivos, a la vez que igualitarios y federalistas, en una caracterización en la que están presentes también Schulten, el inglés M. Hume e incluso las fuentes clásicas que utilizaba el viejo modelo hispano.[39]

En un planteamiento en el que es casi imposible pensar etnogénesis o interacciones creativas, los invasores son entendidos como «superestructuras» extranjeras que no lograron su «desnaturalización», mientras que los viejos rasgos

36. Véase también 1932, pp. 15 y ss., 63-64, 119, 124 y ss., 128-129, 134 y ss., 605 y ss.; 1974, pp. 108 y ss., 179.

37. L. Pericot, *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica*, Barcelona, 1925, pp. 6-7, 151, 162-163; véase pp. 151 y ss. para su síntesis.

38. P. Bosch Gimpera, «Los pueblos primitivos de España», *Revista de Occidente* 9, 1925, pp. 174, 176 y ss., 180, 186.

39. P. Bosch Gimpera, *El problema de las Españas*, Málaga, 1996, pp. 25-7; (1.ª ed., México, 1981); incluye «España» (Lección en la Universidad de Valencia de 1937-1938) y «La España de todos». P. Bosch Gimpera, «El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España», *Paleoetnología de la península Ibérica. Colección de trabajos sobre los celtas, iberos, vascos, griegos y fenicios*, Graz, 1974, pp. 28, 48-50, 188 (1.ª ed., México, 1944); M. Hume, *The Spanish People: their Origin, Growth and Influence*, Londres, 1901 (hay trad. cast.: *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*, Madrid, 1907).

característicos aflorarían tras los primeros momentos del impacto extranjero. El contraste entre la artificialidad de las pretensiones de los poderes unificadores y la «naturalidad» de lo propio que surgiría a pesar de ellos —y que es evidente que proyecta, entre otras cosas, también el modelo nacionalista catalán de su componente nacional «natural» frente a la artificialidad de España— se manifestaría ahora con nitidez en la lectura del registro arqueológico; desde los celtas y los cartagineses, pasando por los romanos y los visigodos —como luego los Austrias y Borbones— ninguna de estas superestructuras consigue aniquilar las esencias propias que son, tal como vemos, opuestas a unitarismos y a autoritarismos. Quienes eran, en cierta forma, vistos como caminos en la unificación y quienes podrían parecerlo se convierten en gentes ajenas a las esencias hispanas, en una crítica que se dirige explícitamente contra esos modelos castellanistas y en nombre de la auténtica tradición española.[40]

Y, como corresponde, al acabar el último de estos intentos unificadores de la Antigüedad, el de los visigodos, habría podido renacer el ámbito indígena anterior, y en particular el catalán con todas sus potencialidades (1932, p. 640; 1996, pp. 31-32; 1974, pp. 289-293, 1.291-1.292). El paso siguiente, tras esta culminación medieval, sería una nueva decadencia que supondría la unificación castellano-leonesa de España —muy determinada por sus componentes raciales extranjeros, como veremos—, que habría trastocado los destinos españoles, y el tiempo de espera incólume hasta el nuevo resurgir de los pueblos hispanos, y del catalán, a pesar de las superestructuras, en el siglo XIX (1974, pp. 311-312, 349 y ss.).

Para conseguir construir arqueológicamente este modelo, utiliza instrumentos teóricos de interpretación de las culturas claramente extraídos de un arsenal nacionalista esquemático y dogmático, que tiende a construir formas rígidas de concebir las identidades colectivas proyectadas en lo arqueológico, y a reducir el mundo, arqueológico y no arqueológico, a intentos de dominación, invasiones, destrucciones identitarias exitosas o no, y similares. La legítima búsqueda de continuidades, o de resistencias se convierte en él en el núcleo exclusivo de una mirada que impide comprender la complejidad de los procesos de intercambio cultural, préstamos, adaptaciones e incluso creación de nuevas realidades e identidades, también a partir de la elección-invención de los antepasados propios y de la execración de los otros como enemigos. En un sentido estricto desaparece el contacto no bélico entre los pueblos.

Cuando en un prólogo, Tarradell (un prehistoriador cuya posición queda bien clara cuando afirma en un prólogo a Bosch que éste nunca habría traspasado «los límites del campo estricto de la Prehistoria o de la arqueología» hasta la guerra civil[41]) nos recuerda su amistad y conexiones con el que será el ideólogo por excelencia de la arqueología nazi, G. Kosinna, se añade un dato nada casual. Es cierto que el nacional-socialismo en este campo como en tantos otros lleva a su extremo los principios con los que juegan una parte esencial de los nacionalismos

40. 1996, pp. 17 y ss., 34, 47 y ss., 52-54, 74-75, 81 y ss.; 1974, pp. 283 y ss., 297-9; P. Bosch Gimpera, Prólogo a Luis Carretero, *Las nacionalidades españolas*, México, 1952, pp. 18 y ss.

41. Prólogo a la reedición de *El problema de las Españas*, Málaga, 1996, p. 15.

de la época, y que Kosinna es metodológicamente crucial, pero es clara la conexión de ambos en todo esto, incluyendo las definiciones señaladas de las culturas a partir de la Prehistoria y la arqueología o su uso para definir las áreas de «expansión natural» de los proyectos imperialistas, tal como se ve en la búsqueda de la «Catalunya Gran» en las citadas excavaciones fuera de Cataluña.[42]

El rastreo de la continuidad va unido al recurso *a fortiori* a tres expedientes presididos por esa caracterización general de los pueblos hispanos como gentes con una natural tendencia a adaptar a su manera los elementos externos, aguantar y reverdecer, (1996, pp. 25-26; 1932, pp. XII-XIII): el que ya conocemos de la lectura del registro arqueológico en claves de afloramiento de lo aparentemente suprimido, por ejemplo a la hora de interpretar los rasgos no identificables como típicos de los grupos representantes de las «superestructuras», la lectura de componentes obviamente identificables con los grupos «invasores» como productos de meras elites —o de sus posiciones militares de dominación— sobre el común de la población, indígena y resistente, y el recurso a los sucesivos invasores para que, culminando con el final visigodo, barran a los anteriores para permitir ese afloramiento.

Los iberos, ese pueblo prístino pero menos, son un ejemplo característico. Ya sabemos que Bosch rebaja la fechación de la cultura ibera propiamente dicha a la 2.ª mitad del I milenio a. C., lo que es aceptable hoy, pero también que él, frente a la idea actual de su condición de cultura compleja que se genera en un proceso de etnogénesis sobre poblaciones indígenas del sur y Levante, que no tienen por qué ser inicialmente homogéneas, la concibe como fruto de una inmigración africana que estaría en la base de sucesivas invasiones de la cultura prehistórica almeriense hasta zonas capsienses e incluso pirenaicas, además de otras invasiones más propiamente ibéricas en época histórica. Su caracterización es muy schulteniana, incluso a la hora de adscribirles un pueblo en razón a su psicología colectiva representada por su comportamiento guerrero (véase, por ejemplo, 1932, pp. 600 y ss., 615) y en la línea de lo señalado antes de sus componentes independientes y democráticos; en la ambigüedad de su tratamiento —ni invasores ni indígenas auténticos— cuenta a su favor esta interpretación de su forma de ser en claves tan hispánicas y el papel frente a invasores posteriores. Así, cuando afirma que imprimen su carácter, aunque no unifican la Península (1932, pp. 638-639), no parece plantearse una crítica en claves «desnaturalizadoras».

Se dibujan positivamente también en su resistencia contra los invasores celtas, cuyo papel habrían disminuido drásticamente, también vía Schulten, con una contrainvasión que llevaría a su absorción casi general menos en el noroeste, sureste y la Meseta.[43] Su negación —ya veremos con qué excepción significativa— de lo que hoy llamaríamos grupos indoeuropeos, cuya presencia arqueológica era cada vez más evidente, es palmaria; cuando razones arqueológicas indudables le

42. Véanse las notas en este sentido en el sugerente artículo de J. Casassas, 1986, p. 28.

43. Su invasión en los siglos V-IV a. C. es VI-II en 1974, p. 159, pero no cambia la cuestión; para lo restante véase 1932, pp. 466 y ss., 595, 626-627; 1996, p. 30; 1974, pp. 162, 171-172. También los lusitanos, iberos de origen, participarían de ese contramovimiento.

obligan a admitir el carácter no ibero sino celta de Numancia y los celtíberos, supone, siguiendo una de sus claves preferidas, la presencia ibera por debajo de la aristocracia celta (1932, 591 y ss.), basándose en las formas guerreras o, más claramente, en tipos cerámicos que hoy entendemos mejor como frutos de la influencia de un mundo ibero mucho más urbanizado.

Pero su ambigüedad —en definitiva son antepasados de buen ver pero no óptimos— lleva a aplicarles el mismo criterio frente a los que sí lo son. Dejemos para después el papel de su aceptación de la existencia de dos tipos de iberos —aunque pueda haber una cierta evolución en sus concepciones—, aquéllos que se considera lo son propiamente, es decir, de los edetanos del futuro reino de Valencia hacia Cataluña, el Ebro y las zonas del interior, y los otros, más influidos por Tartessos, los del sureste, que habrían sido parte de este reino, concebido como una federación de tribus.[44] Lo que nos interesa es que defiende que en determinadas zonas iberas del norte, y en particular en Cataluña, habría una mayor presencia de los dos pueblos claves en los orígenes y un proceso más lento de conformación que haría que también aquí primara la complejidad y un mosaico de supervivencias locales, por debajo de la aparente unidad, pendientes de la llegada de su hora.[45]

Y la hora llega en, por lo menos, dos momentos: los iberos, que se nos presentan haciendo desaparecer en Cataluña a los celtas de una primera oleada, pero no a los pueblos originales, y frenando una segunda, se verían a su vez atacados por los volscos tectosagos en el siglo IV a. C. en el sureste francés y en dirección a la Península, lo que habría llevado en zonas del noreste de Cataluña y su costa a que se debilitara esa —cómo no— capa dominante y guerrera ibera y al aflorar de los auténticos grupos indígenas, en particular los pirenaicos (1932, pp. 381 y ss., 415 y ss., 418-419, 627, 638). Y hasta los romanos sirven para que la escritura torcida se vuelva derecha, aquí y en otros lugares; así, ellos contribuirían en la vertiente vasca de la familia pirenaica a eliminar a los celtas y a los iberos del Pirineo, lo que permitiría la —siempre supuesta— recuperación de las realidades previas culturales y territoriales;[46] aquí, por cierto, el argumento de la fortaleza militar ya había permitido desvalorizar elementos como los nombres indoeuropeos de las poblaciones y los restos arqueológicos impropios (1932, pp. 516-517, 521).

Pero antes de seguir con Cataluña conviene insistir en esto y con un ejemplo que, a la vez, muestra cómo comparte las rígidas concepciones racistas de Schulten —o de Kosinna— sobre las esencias colectivas; como él, considera a los iberos incapaces de arte, pero frente a su adscripción a la influencia-etnia tartesia él prefiere otra que le permite una vez más postular el afloramiento de lo antiguo: como no podía ser menos lo remite a los dos pueblos vetustos y prístinos, conectándolo con sus formas artísticas del Paleolítico en adelante. Bosch prefiere remontar milenios antes de admitir soluciones más ligadas al contacto cultural, y

44. 1932, pp. 185, 326 y ss., 333 y ss., 348 y ss., 351, 356, 360, 637.

45. Lo que se aplica también para sus antepasados almerienses: 1932, pp. XIV, 154 y ss., 325 y ss., 362 y ss., 637 y ss.; 1974, pp. 171 y ss.

46. 1932, pp. 133, 521, 606-607, 620; 1974, pp. 161; 178.

simples, incluso siendo perfectamente consciente en este caso del papel de fenicios y griegos en el Levante.[47] Y en esta deriva le cabe suponer también que habría una preeminencia del arte franco-cantábrico (1932, p. 56), incapaz, por otra parte, de inspirar a sus más directos herederos, los pirenaicos, a otra cosa que a copiar con cierta personalidad...

Al final, y al principio, de todo está Cataluña, pirenaica, y capsiense para las esencias, pero también lo suficientemente ibera para las expansiones más lejanas —recordemos, además, que lo hispano prístino no es expansivo—. Claro que los capsienses palidecen frente a los primeros, al presentársenos muy mezclados con las gentes franco-cantábricas previas y en algún momento hasta desplazados por los pirenaicos que las continuarían (1932, pp. 134, 138), un factor que en el futuro volvería a reproducirse, en paralelo con el viejo modelo hispánico, por los efectos de la invasión musulmana... Pero lo ibérico no puede desaparecer ya que son estas «afinidades iberas» las que permiten justificar, como en Prat, las expansiones medievales que llevarían a los catalanes a extenderse por Lérida, por el sur de Cataluña y hacia el Levante y que justificarían sus especiales conexiones con la zona murciana y almeriense (1974, pp. 334 y ss., 337, 346-347); la naturalidad de la argumentación, que presupone su destino «catalán», y no aragonés, por ejemplo, tampoco necesita comentario.

Sería en la Edad Media cuando, por encima de las apariencias, detrás de los iberos, de los romanos y de los «episodios» celta y germano (1932, pp. 640 y ss.), surgirían los prístinos elementos hispanos, visibles en particular en las estructuras políticas y sociales de los dos lugares de más presencia «pirenaica»: Cataluña y las zonas vascas, esos dos colectivos también aliados en su renacimiento después de la larga noche de la Edad Moderna. Por supuesto que Bosch hace una defensa sin paliativos de la construcción histórica araniana y nacionalista vasca, a la que tanto debe, de las mediciones de cráneos en adelante, pasando por la conexión entre su cultura pirenaica y los vascones, entre éstos y los grupos de autrigones, várdulos y caristios que habitaban las zonas del futuro País Vasco (1932, pp. 132, 605 y ss., 612 y ss.), entre todos ellos y la lengua vasca, y entre todos ellos y los vascos futuros, aparte de su incólume paso a través de los milenios hasta el siglo XIX incluido (con la excepción de la imagen sabiniana de los emigrantes-invasores y otros elementos demasiado nacional-católicos). Todo ello corresponde con su caracterización como grupo pirenaico menos desnaturalizado (1974, pp. 319 y ss.), más capaz de perdurar sin expansiones externas impropias, de absorber lo ajeno sin perder su «personalidad» (1974, p. 322, por ejemplo), frente a todos los invasores, incluida una Castilla con la que también contrasta nítidamente por su independencia, democracia y autonomía características.

Y, al otro extremo de la cultura pirenaica, como sabemos, el medievo catalán reproduciría los viejos núcleos indígenas, un mundo de monarquía pactada y patriarcal, con elementos democráticos que se proyectarían también en la conformación de la confederación catalano-aragonesa, de economía próspera e igualitaria donde la única sombra, los payeses de remensa, acaba desapareciendo mucho antes que en otros lugares y con una vetusta capacidad de absorción cultural y creatividad, tan distinta de la tendencia castellana a la mera imitación (1974, pp. 329 y ss., 338 y ss.; 1996, pp. 147 y ss.; 1952, pp. 26-27).

47. 1932, pp. XIV, 639; véase para «psicología étnica», pp. 24-25. Su caracterización del «arte capsiense» como Paleolítico no es, por lo demás, aceptable (ni siquiera lo capsiense mismo).

Tras casi mil años de dominación romana y goda se manifiesta, entonces y por fin, la perfección original, que volvería a florecer en época contemporánea, que es, no lo olvidemos, una perfección racial. Así, él afirmó en un acto, además, público, (1996, 34) que el renacimiento catalán en la época contemporánea se habría apoyado en «recios grupos indígenas», mientras que la poca plenitud y debilidad del valenciano se relacionaría con la menor cohesión de sus elementos étnicos primitivos desnaturalizados por los musulmanes y por un elemento celta afín al de las tierras castellanas... De nuevo aquí, la explicación racial se prefiere a otras más sencillas, en el caso de la lengua en relación con la repoblación aragonesa del interior valenciano. Y también Aragón habría ido perdiendo el carácter original pirenaico tras la conquista del núcleo musulmán de Zaragoza que incluiría elementos ibéricos y celtibéricos y giraría en la Edad Moderna cada vez más en la órbita castellana «a lo que contribuyen sus afinidades a través de la población primitiva celtibérica de la zona fronteriza y el parentesco de su lengua, diferente de la de Cataluña por el mayor predominio de los elementos iberos y celtíberos» (1974, pp. 328-329).

Pero todos, hasta los aragoneses, pueden conservar componentes propios que cabe resaltar en la perspectiva del modelo federalista general de «los pueblos de España», todos menos la entidad cuyas raíces raciales exógenas explican en gran medida el torcerse de la historia de España: Castilla. Aunque su posición tenderá a variar tras la Guerra Civil, por influencia del exilio y de la obra de L. Carretero, haciendo recaer las culpas más en el reino de León que en Castilla, las claves no varían.[48] Ya se ve esto cuando afirma que los celtas impondrían su carácter allí donde pervivieron —no, claro, en Cataluña, donde se encontraron abundantes restos de los Campos de Urnas identificados por entonces, y muy en particular por él, unívocamente con ellos—, a poner en relación con las excavaciones de Blas Taracena en la Meseta y Castilla (1932, pp. 569 y ss.; 1974, pp. 161-162). Pero no sólo los asentamientos celtas, sino también los visigodos allí, que se descubren por estos años, más la influencia romana, que se vería en la pretensión imperial de León, le sirven para explicar un ámbito pintado con todo ese conjunto de rasgos exógenos: una sociedad medieval antidemocrática —así, se nos cuenta que sus escasos elementos democráticos vendrían del viejo fondo hispano y llegarían apenas a la democracia municipal (1974, pp. 314-315)— , unitarista y no federalista, y de economía insana que no podía menos que generar con su hegemonía posterior una superestructura antiespañola unitaria y no confederal, que contribuiría en mucho a llevar a España a la ruina a partir del imperio (1974, pp. 305, 312; 1996, p. 30).

48. Luis Carretero, *La cuestión regional de Castilla la Vieja*, Segovia, 1918; véase 1974, pp. 307 y ss., 349, 391; 1952, p. 25; 1996, pp. 71, 78, 90, 99, también para sus debates y caracterizaciones como españoles de rasgos presentados por Ortega o Pidal como castellanos.

No sorprende que se proyecte aquí la fantasía de otra España posible, que en parte ya veíamos apuntada también en Prat: si Cataluña, no la Corona de Aragón, hubiera protagonizado la reconquista de toda la costa mediterránea y Andalucía, las economías más sanas y comunicadas y los demás componentes hubiesen dado lugar a una realidad confederal y bien distinta (1974, pp. 338, 316-318).

Apuntemos, por último, que el viejo marco de las geografías de la gloria y de la infamia se desplaza y que Andalucía (y en cierta forma el Levante) queda liberada de su papel tradicional de cumbre de la degradación. La idea de la continuidad desde los orígenes le lleva a postular desde Tartessos una personalidad que llegaría hasta los mundos musulmanes y más allá, un «complejo andaluz», o «crisol andaluz», capaz de transformar a los sucesivos conquistadores, en un —cómo no— aflorar de lo antiguo que acabaría llegando hasta J. R. Jiménez y Lorca (1996, p. 34). Como Bosch niega la llegada de pueblos del Mediterráneo oriental, hay un escollo a la hora de integrar la monarquía tartésica en su imagen idealizadora de la democracia igualitaria del mundo ibérico que le hace prácticamente negar la evidencia —que recordará Caro Baroja pocos años después— de reyes como Indíbil y Mandonio en la futura Cataluña; frente a esto apunta a la posibilidad de que Tartessos mande sobre una federación (1974, pp. 172 y ss., 186-187) y puede achacar esas incómodas diferencias sociales a la influencia fenicia y cartaginesa (1996, p. 27). Pero el modelo en juego se ve claro cuando en época romana habla de las grandes diferencias de clase en la Bética y asegura que son mayores que las del Levante y Cataluña, lo que carece de fundamento (1974, p. 284), o cuando considera representantes de las superestructuras desnaturalizadoras a los emperadores y poetas, gentes no españolas ni andaluzas (1974, p. 290), mientras que, al contrario, el poeta Marcial, resulta ser el representante del indígena español, casi como un baturro (1974, p. 291).

A pesar de su apariencia profesionalizadora y neutra, estas son las claves del juego. Las simpatías que suscita su carácter de republicano, exilado y partidario de una articulación no centralista de España han contribuido a carencias sustanciales en el análisis de sus claves ideológicas de fondo. Un nacionalismo recién nacido, y en esta época tan compleja, pone a su servicio los nuevos saberes para articular su propia imagen y una identidad colectiva. No es necesario incidir en las implicaciones más generales de lo ya señalado o contrastarlo con las reflexiones finales sobre modelos históricos con que acabábamos las referencias a Altamira, pero sí conviene resaltar cómo un estudioso inteligente y capaz como Bosch estructura un modelo y proyecto historiográfico incapacitado para la comprensión del milenio y medio de historia antigua peninsular y cerrado al saber histórico; y en él, casi un milenio de Roma y de visigodos no fueron ni un accidente ni una sequía.

Veremos a continuación cómo otras miradas desde otros saberes apuntan a historias y geografías nuevas pero no tan nuevas.

Filólogos y medievalistas a la búsqueda de España (y Castilla)

Menéndez Pidal

Bosch supone la perspectiva más prestigiada de la época sobre Prehistoria y protohistoria, lo que nos permite tomarlo como ejemplo, aunque deba mencionarse otra obra un poco posterior, la de su discípulo Pericot en 1934-1935, que apunta ya algunas diferencias con él que aumentarán en su reedición de 1958. Seguiremos con otros dos autores que, aunque también escriben antes y después de la época franquista, por su trayectoria previa y por su carácter de exilados —interior el uno, exterior el otro— representan otra línea de continuidad de la tradición liberal y de su tratamiento del pasado y de la Antigüedad peninsulares. Los dos son medievalistas y los dos utilizan también sus saberes respectivos (filología e historia) para apuntalar sus perspectivas nacionalistas españolas centradas en Castilla.

De la extensa obra de Menéndez Pidal nos interesa aquí resaltar un trabajo de síntesis, la Introducción al tomo II de la *Historia de España* que él dirige para Espasa-Calpe, de 1947, y el no menos famoso *Los españoles en la historia, cimas y depresiones en la curva de su vida política,* de 1951, en el que amplía otra previa en la misma obra.[49] Para situarlo hay que entender que el longevo Menéndez Pidal participa de dos momentos de crisis, uno el 98 y otro la propia Guerra Civil. No sorprende, entonces, que tanto los orígenes de su carrera como estos momentos susciten en él ansias regeneracionistas y reivindicaciones de las potencialidades hispanas. En el primero de los dos nuestro autor es un representante prototípico del intento de hacer una reflexión sobre el pasado hispano que permitiera, a través de este buen uso del pasado, un buen uso del futuro por parte de los españoles. Sus mismos principios filológicos, como también señala Diego Catalán,[50] le llevan primero a buscar la raíz de lo presente en lo medieval, si bien más tarde prima una mirada a lo tradicional y su transmisión y reelaboración, también típica, pero que le dota de una actitud abierta y más fecunda a la hora de mirar los diferentes campos de la lingüística, de la literatura o de la historia en claves de procesos evolutivos más que de puras manifestaciones de esencias prístinas y de una capacidad más fina de historización.

El segundo momento, una posguerra dramática para todos y para él mismo, refuerza los componentes regeneracionistas en un contexto donde, además, la derrota de los fascismos permite una cierta apertura a posiciones de «reencuentro de las dos Españas» como la que se atreve a sugerir en su texto de 1947 que da ori-

49. R. Menéndez Pidal, Introducción titulada «El Imperio romano y su provincia» al tomo II de su *Historia de España, España romana (218 a. C.-414 d. C.),* Madrid, 1947; lo citamos de su reedición de 1982 —sobre la 2.ª ed.— pp. IX-XL; *Los españoles en la historia, cimas y depresiones en la curva de su vida política*, Madrid, 1971, 2.ª ed. (1.ª ed., 1951), originalmente Introducción a *España primitiva*, vol. I, *La Prehistoria*, pp. IX y ss.

50. D. Catalán, prólogo cit. a la edición de 1981 de *Los españoles en la historia, cimas y depresiones en la curva de su vida política*, pp. 56 y ss.

gen al libro citado; no sorprende que se haya señalado en su trabajo, y en los rasgos muchas veces de doble cara de caracterización de los españoles, la presencia de Masdeu o de Altamira mismo, dos autores también implicados en reflexiones sobre el carácter nacional y sus potencialidades.

Presenta Pidal un elemento en común con Bosch —los dos continuadores en cierta forma del modelo hispánico—: la idea de que existe una esencia hispana que se transmite desde la Antigüedad, con independencia de variantes, y a definirla en gran medida en términos de «carácter nacional», carácter nacional que sigue a través de una historia del pasado hispano en la que, tomando en gran medida elementos generados antes y a partir del viejo modelo multisecular, los procesos históricos de unidad y de toma de conciencia de ella resultan esenciales. Y en este juego Castilla no podía ser la gran enemiga.

Ese carácter propio lo define con rasgos de unidad, pero ni lo presenta cargado de perfecciones ni defiende que quepa estudiarlo fuera de las fuentes y de la historia. Así, los autores clásicos vuelven a ser nucleares y recoge sus caracterizaciones referidas al valor, la desunión, la perspectiva antijerárquica, una sobriedad que puede derivar en apatía, sencillez, idealidad, sentimiento religioso... (1982, pp. XI y ss.; 1971, pp. 11 y ss. en particular), rasgos que las circunstancias históricas habrían contribuido a generar y mantener. Su perspectiva iberista y la evidente exaltación de los componentes de tipo bélico de los habitantes de la Península en época prerromana no le impiden constatar la evidencia de la romanización y afirmar la ruptura del curso de la civilización indígena con ella, ni valorarla positivamente por lo que supone en un triple aspecto.

El primero es la desaparición de lo semítico, oriental y africano, que habría influido en lo ibérico junto con lo griego, con la derrota de los cartagineses por los romanos; su airada negativa a las caracterizaciones africanas de los iberos de Hume y otros autores (1971, pp. 115-116, 167 y ss.) cuadra con esta «elección de antepasados». El segundo sería la afirmación de que la superioridad cultural de los romanos y de su lengua habrían hecho muy positivo el que los hispanos tuvieran el buen acuerdo de no resistirse a su cultura y, este es el tercer aspecto, que la asimilaran para su propio beneficio, algo mucho más valioso que el vago celtiberismo o iberismo previo. Roma, en este sentido, prefiguraría con su unidad y las posibilidades abiertas a las potencialidades hispanas, la España del futuro.[51]

Claro está que esto no va ligado a una fusión en o con ella, sino a seguir esas nuevas potencialidades que, siguiendo muy en especial a José Amador de los Ríos, le llevan a buscar lo hispano no en los restos de las viejas culturas sino en los escritores y emperadores romanos de este origen y sus características y virtudes. Y su papel se interpretaría en una doble dirección: la de la venganza contra Roma con la provincialización de un imperio que vería así a las conquistadas provincias marcarle las pautas culturales y políticas, por un lado, y, por otro, la de la continuación de la defensa contra Oriente y África, que ya habría llevado a la propia conquista de España por Roma para compensar su peso en el imperio, defensa que fracasará, a pesar de los emperadores hispanos, con la actuación de los que después lo habrían orientalizado y africanizado (1982, pp. XIV-XV, XXII).

51. Una buena síntesis de todo esto en las conclusiones de 1982, pp. IX y ss., XVI, XL y ss.

No extraña que en esa fase final recalque que un hispano, el sobrio y *vacceo* emperador Teodosio, se enfrente a los peligros exteriores e interiores —godos y la amenaza oriental otra vez— y que eche mano del viejo tópico de la asociación entre sus medidas religiosas y la intransigencia en este campo desde los visigodos a la Inquisición y al imperio austriaco pero ahora para apoyar la idea de que el carácter nacional se vería en su identificación de Iglesia y Estado y en su pretensión de salvar así al imperio; el paralelo de los Reyes Católicos y de Carlos V con todo esto, y del arrianismo con el protestantismo se hace explícito (1982, pp. XXVII y ss.). En la España franquista llena de bríos imperiales donde estos debates están a la orden del día era casi inevitable. Y el modelo idealista de la continuidad de carácter se une aquí a la idea, no menos idealista, de su repetición en circunstancias similares, con lo que se hacen explícitos los paralelos entre este imperio salvado y reconstituido por españoles y el imperio «español» de los siglos XVI y XVII.

Esto le sirve para reinterpretar la geografía hispana en los dos momentos de manifestación del carácter propio; destaca dos lugares, la Celtiberia «como siempre» el centro de España, esto es, Castilla como representante del lado belicoso del modelo pero también en cierta forma de Marcial (celtibérico aunque no de la meseta castellana) y de Teodosio (al revés), y la Bética, esa riquísima provincia que empieza ya desde los Balbos la lenta conquista que protagoniza y cuya personalidad destaca en sus célebres y cultos hijos (1982, pp. XII-XIII, XLI-XLII). La apabullante aparición de Castilla (ya en la Antigüedad) como el centro real del país y la no tan extraña de Andalucía excluye explícitamente a dos zonas: ni el noreste ni el noroeste darían nada igualmente apreciable, ni en la Antigüedad ni en la fase imperial española; su explicación plantea para el noreste la hipótesis de que su excesiva igualdad con otras regiones mediterráneas occidentales le restaría originalidad, encarrilándola por un camino en el que otras le sacarían ventaja, mientras que la Bética y Celtiberia, asomadas a los horizontes del Atlántico y de la Meseta, habrían dirigido su mente por campo libre y así pudieron abrir un camino propio para desarrollar actividades creadoras (1982, pp. XLI-II). Se entenderá lo innecesario de entrar a comentar su reacción aquí frente a las demonizaciones de Castilla que ya conocemos.

En las fases finales del imperio le interesa resaltar, de acuerdo con lo dicho, el aflorar o germinar del sentimiento hispano en la literatura cristiana en el contexto de una progresiva valoración de las provincias por parte de sus mismos habitantes frente a Roma e Italia (1982, pp. XXIII y ss., XXVII y ss.), así como su desarrollo en época visigoda, cuando su unificación espiritual y política se habría proyectado en la aparición del sentimiento nacional en Isidoro de Sevilla. La valoración muy positiva del periodo visigodo, muy en la línea de su revalorización en las últimas décadas, se entiende también aquí y en su continuidad en el proyecto gótico asturiano (1971, pp. 121 y ss.). El aporte germano también tiene una valoración especial en clave de «los destinos germano-romanos» (1982, p. XL) de una España cuyo carácter de entidad sustantiva y superior habría quedado clara ya en la Antigüedad (1971, pp. 117 y ss.), que habría desarrollado adicionalmen-

te su conciencia de identidad, por más que la división gótica llevara a la invasión musulmana y a la creación de unos reinos que no habrían roto su unidad sino que vendrían a remediar su ruina (1971, pp. 128 y ss.).

Es lógico que incidiera en la existencia de sentimientos de unidad en época medieval —a veces también incluyendo el reconocimiento de la hegemonía castellana en los otros reinos— a través de la idea de la reconquista compartida, las conexiones dinásticas y otros factores, hasta llegar a los Reyes Católicos y seguir después (1971, pp. 128 y ss., 178 y ss.), y que lo proyectara también en lo literario; así, en la literatura catalana medieval vería rasgos españoles, que la aproximarían más a la castellana que a otras europeas, tal como defenderá en su *Los españoles en la literatura*.[52]

Todo ello se inscribe en una abierta polémica con Ortega o con las proyecciones de los otros nacionalismos hispanos, así, frente al «eruditísimo» Bosch (1971, pp. 141 y ss., 154-158), señalando, por ejemplo, el absurdo de negar el impacto romano en una provincia tan significativa para entender la romanización de la Península como la futura Cataluña o recalcando el carácter multilingüe de los reinos medievales hispanos; pero no olvidemos que, a la vez, encontramos una crítica explícita a las prohibiciones de las lenguas peninsulares tan significativa en una época como la del primer franquismo, al enfrentamiento de las dos Españas, que concibe en términos de apertura/cerrazón frente al exterior (siguiendo a Altamira) o a concebir al oponente como «anti-España» con las consecuencias que esto implica (1971, pp. 161 y ss., 227 y ss.).

Menéndez Pidal elabora una imagen del pasado hispano bajo el prisma de una unidad existente que los Reyes Católicos corporeizarían finalmente, siguiendo el viejo modelo pero incidiendo ahora en el carácter nacional y sus procesos de toma de conciencia. En esta tarea construye un hilo de afirmaciones esencialistas que conecta hechos muy diversos, incluyendo conciencias y prácticas de Hispania en ese mundo romano y gótico (y medieval) que adquieren, como en todo planteamiento nacionalista, un valor que va más allá de una hipótesis de «prefiguración» para apuntar casi en la línea del destino unitario inevitable. El papel nuclear de Castilla, ahora el norte que se redescubre, lo reestructura y revive en el lugar donde, como señala Fox,[53] se uniría un fondo cántabro y celtibérico con una alta germanización y una reducida romanización, lo que habría permitido reunir a su alrededor a otros grupos no romanizados como celtas, iberos, cántabros y godos. Sus instintos democráticos y carácter innovador, bien representados por el Cid y la épica, más que por la lírica, serían claves en su hegemonía posterior y a ella vendría a parar también la herencia leonesa de la tradición gótica. Las raíces étnicas de Castilla y su primitivismo, por decirlo así, en cierta manera contradictorio con su valoración de Roma, son claves en la perspectiva de la futura guerra que culminaría en la unidad de España.

Aunque hay que señalar que su modelo es más abierto en términos científicos que el de Bosch —no pretende negar el casi milenio de presencia romana y gótica

52. H. Hina, 1986, p. 321.

53. I. Fox, 1997, pp. 104 y ss.; véase también, más en general, J. L. Abellán, pp. 6, 203 y ss.

en la Península — están claras sus limitaciones, a entender también en su capacidad de proyectarlas en sus importantes cargos institucionales como la dirección antes de la guerra del Centro de Estudios Históricos; algunas de ellas más, las que giran alrededor de este primitivismo y, en particular, del debate sobre lo democrático de unos y otros —que no es lo democrático de las evoluciones constitucionales como en el siglo XIX, sino mucho más el de los caracteres propios— se iluminan mejor con la obra de nuestro siguiente autor, Claudio Sánchez Albornoz.

Claudio Sánchez Albornoz

Como es bien sabido, los planteamientos de C. Sánchez Albornoz sobre la antigüedad hispana se desarrollan en especial en su famosa polémica sobre el ser de España con Américo Castro. Recordemos que Castro participa de la idea de la necesidad de buscar el ser de España en la historia, una idea clave en la época y especialmente sentida por los historiadores medievalistas como él, Sánchez Albornoz o Pidal, tanto por la querencia en este sentido en la reflexión sobre los países europeos desde el siglo XIX, como por el hecho de que esto, cuando se produce la profesionalización de la historia con la que se inicia el siglo XX, había determinado su potenciación institucional preferente. El exilio no deja de remarcar esta preocupación y más con el golpe militar y la guerra que lleva a nuevas y angustiadas exigencias reflexivas donde lo bélico parece inseparable de lo español.

Castro defendía una visión abiertamente polémica de España que tenía cuatro rasgos resaltables. El primero es que el componente específicamente español como tal habría nacido en la Edad Media, lo que hacía banal cualquier búsqueda de raíces o claves anteriores —y, adicionalmente, nos exime de tener que tratarlo aquí—; el segundo es que este nacimiento no era el fruto de un florecer de una esencia nacional previa y reprimida, sino de la mezcla de cristianos, judíos y musulmanes; el tercero es que se ponía el énfasis en los aspectos de interacción entre las tres culturas y en las fases de tolerancia más que en las de guerra, primando estos factores en detrimento de los guerreros; el cuarto, es que tendía a buscar las claves de muchos factores hispanos, en particular de las producciones literarias, en la presencia de esta mezcla y el papel creativo dominante de unos rasgos judíos o musulmanes que definía en forma rígida y que tendía a remitir a las herencias culturales y étnicas de sus autores, en claro detrimento de otro tipo de miradas. Es evidente que se trata de otra mirada esencialista y caracteriológica a lo español y lo criticable de todas y cada una de estas propuestas, como muy bien ha puesto de relieve Serafín Fanjul.[54]

Es aquí donde hay que entender su famosa polémica con Sánchez Albornoz[55] y la afirmación de éste de que la historia no es un producto de las razas y su objetivo de rebatir el reverso evidente de la ideología nazi que considera construye

54. Serafín Fanjul, *Al Andalus contra España*, Madrid, 2000, pp. 51, 58-60, 96, 106 y ss., 112, 142 y ss., 193 y ss.

55. C. Sánchez Albornoz, *España. Un enigma histórico*, Buenos Aires, 1973, 3.ª ed., vol. I, p. VIII; Prólogo a la 1.ª ed. (1956), pp. 12 y ss.

Castro (1973, vol. I, pp. I y ss.; prólogo a la 1.ª ed., pp. 12 y ss.). Uno de los caminos para hacerlo está en la antigüedad hispana: toma sus caracterizaciones de los españoles, y que remite a la mezcla de las tres sangres, e intenta probar que ya existían antes de que se produjera en la Edad Media. Como Bosch o Pidal él ve el ser de España ya en el mundo antiguo y define a los hispanos de entonces con rasgos caracteriológicos que se reproducirían después en las circunstancias oportunas.

En origen y en los sucesivos renacimientos o pervivencias del carácter hispano tienen mucho que ver las determinaciones geográficas de la Península. Su carácter extremo, alejado, habría hecho que vinieran a ella los colectivos más esforzados y aventureros, invasores que se enfrentan, unen o fusionan con los indígenas en el contexto de una geografía abrupta, dividida y pobre. Los mestizajes de tres continentes en tal espacio habrían provocado un tipo humano especial, gentes libres, orgullosas, guerreras, desunidas como en el viejo modelo, y dados a la actitud vehemente, la actividad práctica e inmediata, la preponderancia de la acción frente a la reflexión, al impulso vital primario frente al estudio de la naturaleza y las técnicas o la previsión del futuro y con una actitud religiosa apasionada, una herencia temperamental que se trasmitirá en adelante.[56] Defiende la mezcla general de gentes de distintas procedencias y que las diferencias entre los pueblos, en parte apuntando a Bosch, se derivarían casi exclusivamente de las etnias de las elites dirigentes en cada zona, no de su condición sustancialmente homogénea (1973, vol. II, pp. 350-351).

Ante la acusación de que sostiene un planteamiento esencialista sin bases históricas, además de recurrir a las fuentes clásicas, sostiene que esos rasgos temperamentales iniciales podían o no reaparecer de acuerdo con las circunstancias, pero que éstas los habrían apoyado tendencialmente. Así, para empezar, ocurriría con las guerras de dos siglos frente a los romanos, en especial en los habitantes del centro y norte, e incluso también con los de Levante y sur ya afectados por siglos de contactos con pueblos mediterráneos, aunque en ellos en forma bien distinta a la de astures, cántabros, vetones o celtíberos (1973, vol. I, p. 115). Como se ve, sigue apuntando a las caracterizaciones más tradicionales de lo bélico como rasgo clave y a sus geografías, en un mecanismo no tan lejano al que utiliza también Bosch, con sus renovaciones periódicas gracias paradójicamente a los invasores.

Esto no es incompatible para él con aceptar la intensa romanización, que uniría para el futuro a la Península con Europa a través de la participación en elementos culturales y cuya intensidad defiende frente a Rostovtzeff (1973, vol. I, p. 113) o Bosch; contra éste afirma, por ejemplo, que incluso considerándolo una cuestión de elites, lo que no acepta, su importancia no debería ser subestimada porque ellas son las que construyen los países (1973, vol. II, p. 355). La sustancial unidad de la España prehistórica, que habría dado lugar después a una división entre las zonas del sur y Levante y el interior y norte por los contactos con el exterior, volvería en cierta forma a reconstruirse ahora —aunque constata las diferencias entre las diversas zonas— un fenómeno acompañado de la toma de con-

56. Véanse los prólogos y prefacios a las dos ediciones que aparecen en la de 1973, en especial pp. 6, 9-10, 14 y ss. y también pp. 78 y ss., 103 y ss., 111 y ss., 118-119, 222 y ss., 241 y ss.).

ciencia de una realidad de Hispania diferente a la de otras zonas (1973, vol. I, 115-117; vol. II, pp. 349 y ss., 356 y ss.). Que el impacto de Roma no habría acabado con lo anterior se mostraría en sus especificidades en la literatura o la política y, obsérvese la innovación, porque la cultura romana era fundamentalmente aplicada y práctica, no reflexiva y abstracta, siendo sólo una minoría la que cambiaría en un sentido ajeno a lo propio (1973, vol. I, pp. 118 y ss.).

Pero lo bélico es tan esencial que ha de enfrentarse a un viejo escollo ya presente desde el siglo XVI: cómo fue que los visigodos y otros bárbaros pudieron conquistar la Península sin grandes oposiciones, si se habían mantenido tales rasgos propios; para salvarlo recurre a aceptar el hecho pero definiéndolo en términos de «sedante» y no en otros más mortuorios y diferenciando, otra vez, las zonas septentrionales donde de los movimientos de los bacaudas bajoimperiales en adelante se mostraría su renacer (vol. I, pp. 119-122).

En este contexto, también el papel de los visigodos se despliega ahora en claves positivas en gran manera novedosas, ya que habrían provocado a su vez «una retrogradación de la contextura vital hispánica» (vol. I, p. 130). Tenemos aquí otra vez, como en Bosch, un resurgir, pero más que el de unos pueblos antiguos, de sus límites y del avanzar de una historia parada desde el lugar donde se había frenado alrededor de medio milenio antes, de sus rasgos caracteriológicos ancestrales. En primer lugar actúan como despertadores del sopor en el que el sedante romano les había sumido, con el consiguiente renacimiento de lo ancestral y belicoso entre los astures, cántabros y vascones al enfrentarse con ellos (1973, vol. I, pp. 121-122; vol. II, p. 362 y ss.), un tema que apunta en especial a la Reconquista y a la zona que la había iniciado, aunque luego se le unieran las demás (1973, vol. I, pp. 139-140), y que la culmina.

Pero, además, a ese primitivismo se añade otro, el visigodo mismo. No es que se niegue la unidad que consiguen y su fusión con los hispanos, como demostraría la Hispania de Isidoro o el que una vez derrotados por los musulmanes no hubiera más resistencias excepto, claro está, en el norte; ni la constitución de una comunidad histórica, aunque no de una nación en el sentido moderno del término, que sería una referencia en el futuro en el reino asturleonés. Lo que se recalca es que los visigodos habrían mantenido o desarrollado rasgos que conectarían y potenciarían más factores ancestrales, en particular los lazos personales y, nótese bien, el aporte de las asambleas, las formas de vida y de su concepto de libertad (1973, vol. I, pp. 130 y ss.; vol. II, pp. 358 y ss., 362).

Ambos despertares culminarían en Castilla. Mientras que en el reino asturleonés la Iglesia y los nobles habrían marcado pronto diferencias sociales, en esta zona fronteriza se habrían juntado los despertados nietos de cántabros y astures, las gentes de las sencillas comunidades visigodas que habrían detectado la arqueología y que se desplazarían desde el Duero, y otros grupos indígenas, que aparecen a veces como los várdulos, de origen celta, desplazados por los vascones, descendientes de grupos de la zona o los vascones mismos.

El resultado sería el desarrollo de una nueva sociedad y cultura a partir de esas gentes, mayoritariamente propietarios libres, y de la renovación ante las circunstancias dramáticas en las que viven de sus rasgos ancestrales, gentes que lue-

go se proyectarían sobre el Duero y cuyos valores igualitarios se habrían mostrado en un concepto de municipio suyo y no heredado de Roma. La idea del despoblamiento del Duero le permite atrasar el influjo más intenso y directo de lo mozárabe, moro y judío hasta la conquista del Tajo a finales del siglo XI, tiempo suficiente como para conformar una nueva sociedad. Eso no quita que después apunte a los cambios y problemas que se presentaron en ese momento y, más en especial, cuando en apenas treinta años del siglo XIII se amplió la zona de conquista de la Mancha a Cartagena y Cádiz, pero lo ancestral y no lo musulmán y judío seguiría siendo lo culturalmente significativo.[57]

No cabe una valoración positiva de la invasión árabe a la que considera una vuelta atrás, dentro de un concepto consecuente con sus planteamientos sobre esa unidad que culmina felizmente con los Reyes Católicos, aunque luego apunte críticamente a una historia posterior en la que Castilla es utilizada; no deja de señalar en este contexto la ingenuidad de pensar que en medio del desarrollo de los grandes Estados europeos de la Edad Moderna, algún reino hispano hubiera podido mantener un predominio por su cuenta (1973, vol. II, pp. 362 y ss., 368, 475 y ss.). Es coherente con su perspectiva general que, en su polémica contra Castro, siga con la línea que consideraba los rasgos más resaltables del Islam peninsular como frutos del genio hispano previo, y, a la vez la una a la más explícita de las críticas a la idea de la España pacífica de las tres culturas (1973, vol. I, pp. 140 y ss., 189 y ss., 211-212).

Como se ve, la vieja exaltación de lo septentrional en clave de primitivismo bélico adquiere ahora caracteres nuevos centrándose en gran medida en una Castilla cuyos rasgos democráticos, guerreros y primarios exalta y que representa como pocos el viejo carácter hispano, y en la que halla no los componentes extranjerizantes que proyectaba sobre ella Bosch, sino la situación más crítica y de frontera, que le llevaría a potenciar y reverdecer las características ancestrales, a partir del encuentro de «tres fuerzas de la naturaleza todavía no saturadas por las esencias de la civilización romano-cristiana, triunfante en la Península» (1973, vol. I, p. 138).

Si se critica esa civilización y se minusvalora lo mozárabe, era lógico que en el otro lado del juego de este mundo septentrional, de nuevo la Bética, un mal despertador, un buen durmiente y un ejemplo que desborda la imagen inicial de dureza y pobreza del paisaje, asumiera un papel en contraste, aunque no esté sola en ello y le acompañen las zonas que ya le eran asimiladas en la Antigüedad. Con toda la valoración de lo romano que se quiera, de nuevo el sur y el Levante quedan preteridos en el juego porque, como bien nos recuerda Sánchez Albornoz, reconquista y repoblación

> fueron realizadas no por los hispanos del sur, afinados por milenios de recepción de la vida y la cultura mediterráneas, sino por gentes que habían vivido aislados de

57. 1973, vol. I, pp. 4-5, 138, 222 y ss., 419 y ss.; vol. II, pp. 387 y ss., 394 y ss., 405 y ss., 446 y ss.; véase también C. Sánchez Albornoz, «Ruina y extinción del municipio romano en España e instituciones que le reemplazan» en *Estudios visigodos*, (= *Studi Storici del Istituto Storico Italiano per il Medio Evo*, pp. 78-79) Roma, 1971, pp. 9-147 (orig. en Buenos Aires, 1943). 1973, vol. I, pp. 419 y ss.; vol. II, pp. 16 y ss.; 1973, pp. I, Prólogo a 2.ª ed. pp. 4-5, 176 y ss., 189 y ss., 211-212, 259 y ss., 604 y ss., 685 y ss.

> ellas y que habían recibido el aporte vital de los godos y con él habían retrogradado a un estilo de vida superado por los pueblos españoles del mediodía. (1973, vol. I, pp. 4-5)

También Cataluña entra dentro de este juego y de una imagen de su prehistoria y antigüedad presidida, frente a la de Bosch, por diferencias sociales, estructuras monárquicas, moldeamiento por los contactos externos y fuerte romanización, tan distinta de los senados y sociedades igualitarias del interior, orgullosos y belicosos que, en última instancia, irían a parar a Castilla y a las sociedades de un norte no desvirtuado por jerarquías y señores (1973, vol. I, pp. 605 y ss.; vol. II, pp. 350-351). Y recalca la importante presencia visigoda y su mezcla de poblaciones, igual que en Vasconia, tratada con más ambigüedad pero de la que se constata, por otra parte con razón, que había sido iberizada y celtizada, poco resistente a los romanos, y también romanizada (1973, vol. II, pp. 429 y ss., 446 y ss.). Los viejos valores que representaría Castilla contrastarían también con la futura Cataluña y su reconquista tardía y presidida por lo carolingio y lo feudal, o con el ámbito gallego aún más falto de componentes igualitarios sociales y políticos (1973, vol. I, pp. 94-97, 222 y ss., 419-420, 688). Todo esto apunta, claro está, a una redefinición de los reinos peninsulares y una crítica a la idea de Castilla como destinada ya desde su desigualdad original a una dominación y opresión que marcaría su hegemonía de la Edad Moderna en adelante (1973, vol. II, pp. 414 y ss.). Aunque esto no implica la desvalorización de esos otros reinos o la negación de sus especificidades.

La concentración en la Reconquista y estos orígenes vuelve a determinar la mirada al pasado y a recuperar al indígena menos afectado por las influencias extranjeras, e incluso el viejo componente excepcional de los visigodos entre la serie de los invasores, aunque en nuevas claves. Al final de todo descansa no sólo un esquema esencialista hispano cargado de los tintes de la permanencia, sino también el modelo multisecular español su geografía septentrional, aunque desplazada a Castilla, que acoge ahora la vieja idea de la mezcla de ambos, para protagonizar esa tarea común de la Reconquista y de fundar la España de la que acabaría —y aquí sí que se aleja del modelo multisecular— siendo víctima.

Con independencia de sus diferencias, e incluso de sus diferentes potencialidades a la hora de analizar procesos, épocas o cambios culturales, hay elementos sustanciales que comparten Bosch y Sánchez Albornoz: con toda la aceptación del papel de visigodos y romanos que éste posibilita, el despertar medieval se ve presidido por pueblos cuya evolución histórica se tiende en realidad a negar. El renacimiento de los viejos pueblos es un presupuesto tan marcadamente idealista como el de sus caracteres: tras siglos de inclusión en el Imperio romano, que incluyen dos de ciudadanía romana, y tres posteriores de cambios tan intensos que implican incluso la implantación más o menos obligada del cristianismo, se puede sostener quizá la simplicidad de las formas de vida de una zona, pero más difícilmente la continuidad de identidades y rasgos colectivos prerromanos. En todo caso, nunca sin una evidencia suficiente de lo anterior y de lo que resurgiría después, evidencia que ni existía en tiempos de estos autores ni existe ahora, fren-

te a la que apunta en sentido contrario, que ya era visible entonces y que se ha multiplicado después. Desgraciadamente, la guerra o la propensión a la guerra es mucho más un rasgo humano que meramente étnico.

UNA DESPEDIDA

A tales construcciones vienen a parar las nuevas ciencias y saberes. Con independencia de la evidente riqueza de aportes e investigaciones de la época, cabe sorprenderse de esta línea que desde Schulten en adelante continúa hablando de identidades colectivas con tan extrema simplicidad, teniendo tantos nuevos medios a su disposición. Las polémicas sobre el ser de España, los debates castellano-catalanistas, los esencialismos medievalistas de todo tipo no contribuyen precisamente a abrir perspectivas no dogmáticas en el saber histórico, y más si lo comparamos con, por ejemplo, las posiciones de un Altamira.

Quizá aquí como en ningún sitio conviene remitir todo esto a la época, a un momento en el que Occidente tiene una evolución tan terrible y tan mortal, y a ese componente esencialista que asume la historia en sus concepciones nacionalistas. Como hemos venido apuntando, al convertirse la historia en la articuladora, y en gran medida creadora, de identidades colectivas, parecía condenada a moverse en sus formulaciones más directas alrededor de una extrema simplicidad de definiciones que remitían muy directa y peligrosamente a aquellos aspectos primarios de la identidad de los grupos de la que también venimos hablando y que apuntábamos podría estar en la base de las razones de la pervivencia y continuidad del modelo multisecular español, como lo están de los correlatos nacionalistas que nacen a finales del siglo XIX en la Península. La «profesionalización» de los historiadores se hizo en España y en Europa en un momento histórico terrible, de la misma forma que el nacimiento de la historia se había ido produciendo décadas antes en medio de —y gracias a— uno de los mayores procesos de cambio y, por tanto, de plenitud de esperanzas y de miedos, de la historia de la humanidad. Los saberes especializados se aprestaron a incidir en las vivencias y concepciones de unas pertenencias colectivas ya limitadas por las perspectivas nacionalistas desde su propia concepción.

No es casual que, tras décadas de demolición, la crítica más contemporánea a estas concepciones organicistas se haya centrado, como veremos, en el propio concepto de etnogénesis, entendido como un proceso humano plural y sin principio ni fin, bien relacionado, más en general, con la crítica a la idea de la eternidad de las identidades colectivas humanas y la afirmación de la complejidad de los procesos que dan lugar en la práctica y la teoría a esa construcción e invención.

Pero para ello tuvo que cambiar Europa y el mundo después de la segunda guerra mundial, llegar la descolonización, la asunción plena de la idea del Estado de bienestar y de las instituciones de investigación ligadas a él, y tantos otros factores que posibilitaron los inicios de una mirada distinta con una nueva puesta en juego de las perspectivas sociológicas, económicas y antropológicas que habían sido estancadas, como sabemos, en las primeras décadas del siglo XX. Y hay que añadir también, entre otras muchas cosas, el papel del resurgir de los nacionalismos en las décadas finales que se unirá a la frecuencia de situaciones trágicas en las nuevas naciones formadas a partir de los procesos de descolonización posteriores a la citada guerra, procesos que tan lejos están de haber dado unos resultados comparables a aquellos que habían suscitado sus perspectivas casi mesiánicas.

Adelantamos acontecimientos, es verdad, pero conviene apuntar esto porque la Guerra Civil y el franquismo atrasan que España entronque tras la segunda guerra mundial con los inicios de la evolución historiográfica. Y el tiempo que sigue hace buena incluso aquella «fría historia de las instituciones» de que hablaba Vicens Vives, una de las pocas excepciones y uno de los grandes innovadores, en el mundo que se abre o que, más bien, se cierra. Cuando la historiografía europea volvía la mirada a aquellos aspectos potenciados en las décadas finales del siglo XIX y luego olvidados, también el franquismo volvía la suya a esas mismas décadas, pero para traerse consigo el nacional catolicismo de Merry y Colón.

7. EL SIGLO XX. EL FRANQUISMO FRENTE A LA TRADICIÓN LIBERAL

El sueño cumplido de la venganza

Es útil recordar que el franquismo fue mucho más que un régimen político; el golpe militar y sus apoyos pretendían acabar con los modelos políticos y las libertades individuales y colectivas, eliminar las formas de vida y de cultura que habían ido desarrollándose antes, en particular en los decenios anteriores y en la II República y, claro está, suprimir físicamente por la muerte, por la cárcel, el exilio, el miedo o la obligada invisibilidad a quienes de una manera u otra las hubieran representado o pretendieran seguir haciéndolo.

Esto implica en el campo de la historia, como en otros muchos, la ruptura con la tradición liberal de pensamiento y con los intentos modernizadores que se inician con el siglo: muertes, exilios, depuraciones, el final de las posibilidades de educar a nuevas generaciones de estudiosos en las perspectivas historiográficas previamente existentes o por venir y una importante ruptura institucional. Así, el Centro de Estudios Históricos desaparece para ir a parar al nuevo Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), un organismo concebido inicialmente como un puro instrumento de combate, evangelización y propaganda, aunque la continuidad de determinados personajes y la evolución posterior acaben por mejorarlo en algunos campos. Naturalmente, la Junta de Ampliación de Estudios también es suprimida, lo que unido a la situación internacional antes y, en especial, después, de la derrota de los regímenes hermanos nazi y fascista contribuirá al aislamiento y a la pobreza general de lo que se ha llamado «el primer franquismo».

Las perspectivas abiertas desde la legislación de 1900 en las universidades se esfuman, junto con el ámbito intelectual del que habían formado parte; de hecho, y como ha probado Pasamar, ni siquiera se plantea la investigación como un papel relevante en ellas, reservándose para esas instituciones centralizadas alrededor del CSIC. Finalmente éste se convierte en los campos historiográficos en poco más que parte de un sistema de mandarinazgo y clientelismo con eje en ciertos catedráticos de la Central (ahora Complutense) de Madrid y articulador de otras prebendas más especializadas como las Comisarías de Excavaciones, el control de las publicaciones editadas desde allí, o de los institu-

tos del Consejo en determinadas provincias. En gran medida lo que se produce es una vuelta al sistema canovista, cambiando algo la dirección del centro de los cacicazgos.[1]

Se ha señalado, con razón, que ni el franquismo era homogéneo ni dejó de evolucionar con el tiempo, recalcándose, así, la diferencia entre los primeros años, más impregnados de la ya de por sí vaporosa ideología falangista, y el componente predominantemente nacional-católico del periodo inmediatamente posterior, tras la derrota señalada de los Estados alemán e italiano, bien representado por Acción Católica y el Opus Dei, unido a unos componentes conservadores más estandarizados.

En un segundo momento, en los años cincuenta, los intentos de cierta homologación internacional auspiciados por el Vaticano y EE.UU. en el contexto de la guerra fría llevan a reforzar esta tendencia a hacer desaparecer una parte de los signos más evidentes de las viejas fidelidades totalitarias. Y en un tercero, el paso de la autarquía económica a un «desarrollismo» que buscaba participar de la coyuntura favorable en este sentido en los países europeos, tenemos otro punto de inflexión, más por lo que implica en los cambios que afectan a la sociedad española que porque hubiera auténticas novedades en la concepción y orientación ideológica del franquismo.

De fondo, se imponía la realidad de la diferencia, tan puesta de relieve en el contraste entre los europeos que visitaban España —turistas— y los españoles que se cruzaban en su camino en sentido contrario —emigrantes— y en el hecho de que los dirigentes de los países europeos y luego de la Comunidad Económica que concedían con mayor o menor magnanimidad acuerdos a un Estado que llama humildemente a sus puertas como postulante hubieran estado, de haber sido españoles, en la cárcel sencillamente por ser demócratas. Y, junto con los cambios internos, se impuso el progresivo avance de la oposición, si no a la hora de derrocar al régimen, sí a la de disputarle campos de primacía social, incluyendo un mundo intelectual infinitamente más vivo y conectado con ese exterior.

Pero para entender los verdaderos alcances de los cambios internos en la ideología del franquismo referentes a la idea de España y el papel correspondiente del Mundo Antiguo, es imprescindible empezar por su momento constitutivo. Hay que recordar que en España no triunfa un movimiento de masas como en Italia o Alemania, regímenes, en este sentido, típicamente fascistas, sino un golpe militar bien apoyado que reúne bajo sus banderas a los muy minoritarios falangistas, a carlistas, a la Iglesia católica y sus más fieles seguidores, a las derechas no democráticas incluidos los monárquicos de Alfonso XIII y a todo tipo de gentes y grupos reaccionarios, aparte, claro está, de a quienes no tienen otra opción.

El franquismo concreta finalmente las fantasías de los sectores enemigos de esa revolución democrática y de la libertad que codefine al siglo XIX, gentes que ven en el avance de las libertades individuales y colectivas un insulto a sus derechos e intereses, sectores cuyo elemento más común era el catolicismo y que participaban de aquella imagen de la historia de España desde el siglo XVIII como la de la pérdida de una esencia hispana católica que, por fin, cumpliéndose su sueño, cabe imponer. Gracias a la coyuntura internacional triunfan sobre un país que mayoritariamente apuntaba en dirección contraria. El franquismo es el sueño, por fin cumplido, de la venganza.

1. Véase el documentado trabajo de G. Pasamar Alzuria, *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, 1991.

Por todo ello, y al no ser el producto de un movimiento reaccionario de masas, tampoco se produce una elaboración teórica previa de entidad para irlo construyendo y consolidando; por decirlo así, no hay un bloque histórico que ganarse para la toma del poder y ante el que desplegar doctrinas convincentes o atractivas, sino una toma del poder que, sobre la base de los grupos que apoyan su victoria, llevará a la construcción de sus elementos doctrinarios a partir del material previamente existente y poco más. Lo único imprescindible es la retórica y la propaganda, aunque con el tiempo hayan de sustanciarse un poco más las elaboraciones. Nadie como el mismo Franco representa una carencia de exigencias de rigor intelectual que sencillamente no es necesaria ante la obviedad del poder sobre la vida y muerte de los gobernados y, en particular, de los derrotados.

Se entiende, entonces, que tampoco contara con una teoría histórica unificada o creativa, algo, además, más difícil por las muertes, prisiones o exilios de lo mejor de la intelectualidad española y por la falta de conexiones con el exterior. No sorprende, tampoco, que haga poco más que recoger las elaboraciones anteriores de aquellas líneas ideológicas que habían venido llamando a una recuperación, de la forma que fuese, de las pretendidas esencias patrias y católicas frente a las perfidias e invasiones extranjeras, con el ya tradicional papel del catolicismo a constituirse en el punto de contacto sobre la base de su autoconsideración de agraviado y víctima por excelencia de la modernidad.

Conviene no olvidar tampoco que conceptos claves como la llamada a lo heroico, el esfuerzo, el sacrificio y lo irracional, unidos en lo que se ha llamado «políticas de la desesperación cultural» frente al materialismo del mundo actual, o sea la modernidad, la razón, la democracia y los nuevos papeles de las clases populares, no son privativos del franquismo, sino parte de todo un conjunto de valores reaccionarios europeos del periodo de entreguerras que también estuvieron en la base de los fascismos.[2] La dinámica que impone la voluntad y el puro poder, del argumento de las pistolas y los cañones es la compañía primordial de todo el «asalto a la razón» de que hablaba Lukacs.

En buena medida la ideología franquista supone la congelación en el tiempo de esas ideologías conservadoras europeas del periodo de entreguerras, consolidadas por la vía, eso sí, de un catolicismo integrista. Y es esto lo que permite la fluidez de relaciones con las intelectualidades reaccionarias y católicas europeas en los años de las posguerras; de hecho, la desaparición de los factores más abiertamente fascista-falangistas lleva las cosas a unas formas conservadoras y ultracatólicas más tradicionales —por decirlo así— y reduce las diferencias con unos correlatos externos que también marcan ahora sus distancias con el nazis-

2. F. Stern, *The Politics of Cultural Despair. A Study of the Rise of Germanic Ideology*, Nueva York, 1965.

mo, el fascismo y equivalentes, con ayuda de la guerra fría y el antisovietismo.

El integrismo católico y el irracionalismo que propendía al Estado totalitario y corporativista se habían articulado también en Europa sin graves problemas, aunque rechinando con cierta intensidad en la más paganizante y estatalista Alemania y su encuentro en España, con la posición subordinada de los segundos además, era algo más que un acuerdo coyuntural o que una demostración de peculiaridades hispanas.

En estos contextos de uniones de los catolicismos autodenominados gráficamente «a machamartillo» de unos y de las construcciones más o menos evanescentes de los otros, bajo el paraguas y sobre la tierra preparada por quien verdaderamente había tomado el poder, el ejército y Franco a su frente, no hay posibilidad de encontrar gran coherencia o solidez porque, aparte de cualquier evaluación sobre sus potencialidades creativas, tampoco era necesaria; esto implica también que gran parte de lo que se produce intelectualmente no puede ser reducido a un sistema o sistemas con claves a estudiar con precisión, sino que son frutos endebles y contradictorios si acaso a describir. Los pocos factores novedosos (lo que no significa de interés, científico o del tipo que fuera), originados en el seno de la intelectualidad de corte falangista acabaron absorbidos, a la vez que una parte de sus creadores iban abandonando el régimen y el totalitarismo.

Era previsible, entonces, la vuelta al modelo nacional católico, unido a su concepción esencialista y paradisíaca de los antepasados, a una rígida concepción de la pertenencia al grupo, a la construcción de unos enemigos/invasores inveterados externos e internos que explicarían las «decadencias» y desgracias, integrado todo en un modelo cerrado al saber histórico en términos de conocimiento acorde con un proyecto político totalitario e integrista.

Y es aquí donde hay que entender la respuesta a la pregunta con la que iniciábamos el libro, que era suscitada, como se recordará, por la otra pregunta que respondía el niño de los años sesenta sobre el porqué de que «nos» conquistaran los romanos.

El modelo franquista de historia de España

La historia no era prescindible, como no lo era entre sus correlatos europeos que también se definían como nacionalistas, unos nacionalistas que, más allá de la soberanía popular, identificaban la auténtica esencia patria atemporal en las construcciones que amparaban sus intereses concretos, y que habían de leerla en el pasado.

Y la herencia del nacional catolicismo era obligada, además, tras una guerra en nombre de Dios y con la hegemonía ideológica de lo eclesial; hay que tener presente que en el sensible campo de la educación también se cumple, al menos al principio, con el sueño de la eliminación del «ataque» en este campo del Estado liberal; entendida la enseñanza como una pura «formación del espíritu nacional y católico» se rompe con lo anterior, incluyendo su carácter no confesional, público, obligatorio y dirigido a la democracia y la libertad, sustituido ahora por el control eclesial en todos los terrenos, la privatización para beneficio de la

Iglesia católica, la potenciación de sus instituciones educativas y una reducción de los niveles de escolarización unida incluso a la supresión de centros públicos.

A riesgo de ser reiterativo, conviene recordar cómo el modelo multisecular en la reinterpretación que representaba Merry y Colón, por ejemplo, contenía y alentaba la esperanza de la guerra civil, su auténtico proyecto de futuro; así que se convirtió naturalmente no sólo en la obligada mirada al pasado sino en la autointerpretación básica de la propia Guerra y del régimen que sale de ella. Frente a la conspiración de los enemigos desde los siglos XVII y XVIII, los fallidos intentos anteriores de detenerlos —la guerra de Independencia, las guerras carlistas...—, Dios las coronaba ahora con el éxito. Como los españoles frente a Cartago o Roma, o como en la Reconquista contra el musulmán que culminaba con los Reyes Católicos, o en la heroica continuación de la lucha contra el hereje y el turco en el imperio, España habría reaccionado contra sus invasores.

Es innecesario quizá ilustrar esto con sus claves propagandísticas que asocian guerra y régimen a una cruzada, a la Reconquista, a la reconstrucción de la unidad de los Reyes Católicos amenazada por invasores y traidores, a la necesaria re-evangelización, es decir, españolización de España y el mundo como en América, o a una nueva guerra de la Independencia frente al no católico español (es decir, no español), el liberalismo y el ataque del Oriente ahora bolchevique; el nuevo imperio español por venir buscaría remedar el de los Austrias y continuar su lucha contra aquel protestantismo que perduraría en el comunismo, la masonería o el librepensamiento.

Es un procedimiento que ya conocemos y también presente en los modelos catalán y vasco, el que se aplica ahora *a fortiori*: aquella esencia patriótica perdida, derrotada o desvaída durante siglos tras manifestarse pletórica en su momento de auge, reaparece otra vez para florecer en la contemporaneidad. El sueño imperialista de Prat, tan cargado de la imagen de la propia perfección frente a la insidia ajena, y el delirio de Arana, que añade inmaculadas purezas, catolicidades prístinas y aislamientos poco menos que inquisitoriales, son hijos de la misma matriz ideológica. La fase de oscurecimiento, tan claramente fijada en la imagen de Prat, se define aquí también por la resistencia interior, por las auténticas fuerzas de la verdad patria que trabajan para el mañana. Y los tiempos son óptimos para resucitar también los componentes racistas que son nucleares en el pensamiento de ambos.

Desde tales retóricas y concepciones, España seguía siendo la reserva espiritual de un Occidente equivocado desde el siglo XVII y, en relación con ello, su guerra civil era la primera de las batallas de una nueva era marcada por la guerra contra el último de la serie y familia de los monstruos y enemigos: el comunismo. La España destruida y atrasada se convertía en la adelantada de Occidente, en el hidalgo, empobrecido materialmente pero con honor, preparado para las batallas que esperaban. La penitencia de la guerra habría purificado del error a un pueblo reconducido al redil de una realidad íntima que, como el Israel que había olvidado a su auténtico Dios, reaparecía por la gracia de profetas y guerreros que tampoco habían olvidado su condición de pueblo elegido. No de otra forma, España se habría entregado al viejo imperio y al objetivo de la universalidad católica,

para decaer por culpa de enemigos externos e internos y por la pérdida de los valores de su pueblo y de una monarquía que se entrega a las insidias de sus validos. Mariana, en síntesis, tenía razón, y podía ser reinterpretado de nuevo con ayuda del viejo esquema judeo-cristiano y de él mismo.

En este contexto, se entiende que la historia antigua no tenga el papel nuclear, y ni siquiera una Edad Media demasiado identificada con los historiadores liberales de las décadas pasadas y marcada más por un proyecto que culmina en la Edad Moderna, sino precisamente esta misma, concebida como el mayor momento de exaltación de su identidad, vencida entonces, pero no derrotada, y que volvería a triunfar ahora tras siglos de tribulaciones. Era imposible competir con un periodo adornado además con expulsiones de infieles, inquisiciones, las figuras del guerrero y el monje —ahora obispos y generales más bien—, la evangelización de América y un imperio similar al que se imagina poder alcanzar con ayuda del Eje, antes, claro, de su derrota. Incluso el énfasis en la «Leyenda Negra»[3] permite integrar las críticas externas al régimen como parte de la misma dinámica de la España eterna y sus enemigos.

Por otra parte, cuando la retórica de las fanfarrias imperiales queda más en su sitio tras esa derrota, el «imperio espiritual» de la hispanidad en América permite también jugar a la política exterior en un mundo en el que el franquismo es condenado internacionalmente; aquí el concepto de lengua asociada forzosamente a identidad y pertenencia no es una clave distinta a la que se proyecta en Prat o Arana a tierras más vecinas.

Puede merecer la pena incidir, para acabar, en la recogida y utilización en todo ello del recurso etológico a la unidad de los grupos, tan esencial para su constitución identitaria o manejo, muy en particular en las situaciones de crisis. Ya sabemos de su papel en el propio modelo multisecular; no sorprende que el régimen que utiliza este argumento frente a las consecuencias políticas de los otros nacionalismos finiseculares y que es fruto de la mayor guerra que sufre el suelo de España desde su constitución como Estado en el siglo XVI la use permanentemente, desde nuestros hispanos desunidos y por ello conquistados hasta ese momento de su necesaria recuperación. O como dirá J. M. Pemán en 1939:[4]

> La vida de España ha sido como un drama dividido en tres actos: En el primero, España se hizo a sí misma y consiguió formar una Patria, venciendo para esto sus divisiones interiores y las invasiones de fuera. Este acto dura hasta los Reyes Católicos. En el segundo, esta unidad, ya fuerte y segura de sí misma, se extiende por el mundo y se convierte en grandeza... En el tercero, España tiene que defender esa unidad y grandeza que ha conseguido, contra todos los enemigos que la atacan. Es la época de los siglos XVIII, XIX y XX. España tiene que acabar de luchar contra la revolución religiosa, con la que ya luchó en la época anterior; luego contra la revolución roja que es primero política y al fin social. (vol. I, p. 5)

3. R. Valls, *La interpretación de la historia de España y sus orígenes ideológicos en el bachillerato franquista*, Valencia, 1984, p. 55.
4. J. M. Pemán, *La historia de España contada con sencillez*, 2 vols., Cádiz, Madrid, 1939.

Pero si bien la Edad Moderna se convierte en el eje interpretativo, los periodos anteriores, el primer acto del drama, no pueden ser abandonados y tienen un papel imprescindible en la propaganda y, en particular, en esa enseñanza que se concibe como propaganda.

Por qué nos conquistaron los romanos. El mundo antiguo franquista

A la historia antigua[5] le sigue correspondiendo el papel nuclear de albergar los orígenes del pueblo español y de sus virtudes prístinas, y no puede menos que cumplir algunos más para seguir apuntalando esa mirada desde la idea de la unidad esencial de España y de los españoles, tan bien representada por el título de un libro de A. García y Bellido: *España y los españoles hace dos mil años según Estrabón*.[6]

Es consistente que se use cualquier cuestión que pudiera ser entendida como modelo de lo imperial y expansivo, con Tartessos como uno de sus referentes, pero lo nuclear era reforzar los rasgos de resistencia frente al invasor, rasgos con los que se caracterizaba a todos los españoles y en particular a los de un interior y norte donde se recalcaba el papel de los celtíberos, concebidos como una fusión de celtas e iberos, situada casi providencialmente en una Castilla destinada —recordemos también a Menéndez Pidal— a ser el núcleo que de verdad —recordemos ahora también a Schulten— llegaría a unificar España. Frente a estos aspectos bélicos palidecen los culturales, incluidos los representados por los fenicios y los griegos, entre los que, por supuesto, se elige a los segundos como más propios, lo ario y europeo frente a lo semita y oriental.

No sorprende que dentro de todo esto cumplan un papel clave, más que las luchas contra los cartagineses —además de todo, africanos—, las luchas antirromanas y sus héroes, esa acumulación de guerras de independencia, de providenciales caudillos guerreros y de ciudades mártires que se habrían sucedido durante doscientos gloriosos años de resistencia ininterrumpida de los indómitos españoles de ese centro y norte peninsulares. Y tampoco que la lamentación por la falta de unidad vuelva a apuntar a través de los siglos a otras guerras de independencia con más éxito, aunque no con más gloria, y a la acción culminatoria de los Reyes Católicos.

La falta de unidad en la práctica a pesar de la unidad de fondo, que era la buena respuesta que el niño había acertado, llevaba desde el siglo XVI siéndolo, remendando también en cierta forma la interpretación que había sido dada más de dos mil años atrás.

Pero era lógico que se repitiera también el otro lado del espejo. Aunque con-

5. Sobre todo esto véase F. Wulff Alonso, M. Álvarez Martí-Aguilar, eds., *Antigüedad y franquismo (1936-1977)*, en prensa.
6. A. García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años según Estrabón*, Madrid, 1945. Dedicado, además, al rey de Tartessos Argantonio «el primer español de nombre conocido que supo admirar a Grecia».

viene no perder de vista la ambigüedad respecto a una Roma que no deja de ser invasora (y pagana, y perseguidora...), era claro que era imposible, además de no deseable, limitarse a un mero rechazo, por razones que ya conocemos y por algunas más. No podía menos que valorarse, por ejemplo, un imperio al que se llega tras la victoria de un jefe militar que habría acabado, también, con una república corrupta y cargada de conflictos, una vieja valoración que ahora adquiere nuevas dimensiones en la perspectiva del caudillismo franquista y que, además, remite a exaltaciones aún más directas desde el fascismo y el nazismo.

Y conviene tener presente que en los primeros años del franquismo el clasicismo era también un lugar común de los tres regímenes, una moda y algo más que una moda, al proyectarse en ideología, reconstrucciones arqueológicas, monumentos o en el arte, afortunadamente efímero, de las paradas, desfiles y actos de propaganda. La idea de las continuidades raciales e imperiales era parte del juego más o menos compartido. Aunque no hay que olvidar que junto a la ambigüedad inicial ante lo romano se vuelve a entrever el problema de la asociación obviamente más directa de la romanidad con Italia y su fascismo; ya en época de Primo de Rivera, y en medio de los excelentes contactos entre ambos gobiernos, se había visto un despliegue de exaltaciones de la *civiltà latina* sobre la base de que España la habría proyectado en América pero que Italia, como su heredera y auténtica propietaria, debía retomarla para su beneficio cultural, político y comercial.[7]

Por otra parte, factores como la carencia de una tradición sólida de estudios clásicos y de articulación de modelos culturales —reaccionarios en particular— alrededor de éstos, no hacían del clasicismo un espacio ni académico ni propagandístico de la intensidad que se podría encontrar en Italia o Alemania; ya hemos señalado que el franquismo no fue el fruto de la articulación de un movimiento reaccionario para tomar el poder, sino de una toma del poder por un golpe militar, lo que implica que no hubo una fase previa de intensa búsqueda del consenso, por decirlo así, de los grupos intelectuales y de las masas, y al no ser el campo clasicista un componente esencial de la formación y valores ni de unos ni de otros, tampoco era un ámbito de especial sensibilidad.[8]

Pero, ambigua o no, Roma había de ser parte del juego. Para incluirla en él se podían recoger las ideas de Menéndez Pidal (y de J. Amador de los Ríos) sobre los literatos y emperadores españoles, con sus venganzas frente a los conquistadores, defensa de Occidente frente a un Oriente que acabaría triunfando allí pero que los españoles volverían a derrotar en la Reconquista, o, en términos más actualizados, de los etnones (brillante término que usa el catedrático de la Universidad de Madrid, Martínez Santa-Olalla equivalente a rasgos genéticos de la raza)

7. V. Peña Sánchez, *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del* ventennio *fascista y su repercusión en España*, Granada, 1993, pp. 196-204.

8. Puede compararse esto con L. Canfora, *Ideología de los estudios clásicos*, 1991, Madrid; *Antichisti e Impero Fascista*, Bari, 1979; para la arqueología una síntesis muy útil en M. Torelli, «Archeologia e fascismo», en J. Arce, R. Olmos, eds., *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, pp. 243-249. V. Losemann, *Nationalsozialismus und Antike. Studien zur Entwicklung des Faches Alte Geschichte, 1933-1945*, Hamburgo, 1977.

imperiales activados ante las brillantes circunstancias del imperio, como lo volverían a ser siglos después de manera plena en el siglo XVI y, finalmente, por el Movimiento Nacional. Lengua, cultura, unidad, participación española en el imperio eran esenciales en su valoración positiva y Roma habría sido, por tanto, una parte de los caminos que llevan a España.

Y destaca siempre la relación de la unidad romana con la expansión de una cristiandad que da pie a todo tipo de ensalzamientos bien conocidos, y bien inexactos, como su especial pujanza manifestada en un desusado número de mártires, aparte de otros como recalcar el papel de eclesiásticos y emperadores «españoles» como Teodosio, Osio o san Dámaso, puestos como ejemplo, como ya sabemos, de la indisolubilidad de lo religioso y de lo temporal en la mente hispana y, con ello, de la expansión forzada del cristianismo y de la decidida lucha contra la herejía que, de nuevo, se habría de mostrar en toda su potencia en el Imperio hispánico y, cómo no, en la propia guerra civil.

El papel del Imperio romano era, entonces, crucial, si bien también en su final resultaban evidentes errores como la separación del imperio de Occidente y el de Oriente y el inevitable recurso a su corrupción moral; aquí la mayor pasión de los falangistas por el imperio[9] había de dejar lugar a las perspectivas más tradicionalmente críticas del catolicismo con su corrupción final, si bien pronto la satisfacción con la llegada de las razas germanas podían compensar la cuestión por la parte de los etnones que confluyen con los celtas en el refuerzo de lo indoeuropeo frente a otros componentes menos deseables.

Tenía que continuar el papel clave de los visigodos que, aparte de reforzar etnones indoeuropeos, habrían librado a España de esa corrupción romana y la habrían unificado en el catolicismo, el territorio, el poder político, lo religioso y en la unión de estos dos últimos aspectos, de nuevo considerada como ejemplar a partir de la exaltación de los concilios. Pero también, por encima de todo, había de reivindicarse con el ahora casi santificado Menéndez Pelayo su imagen de cascarón dentro del que se desarrolla esa fecunda Hispania que acabaría derrotándoles y civilizándoles por la vía de la religión, la cultura y la unificación legislativa.

La imagen de los problemas que llevan a su final, en parte heredada también de las posiciones de Menéndez Pelayo, aparecía presidida por su arrianismo y separación de los españoles durante mucho tiempo, las bien conocidas características de corrupción final, la pérdida de valores guerreros, y por una división interna crónica unida a la elegibilidad de los reyes; Jose María Pemán asociaría con finura este último aspecto a los partidos en el libro señalado: «pues los "partidos" en una nación son como rajas en un cristal» (vol. I, p. 57) e incluso, dentro de otros enemigos más de la unidad de España entonces, los incluye junto con las elecciones porque: «Las elecciones por votos son, por sí, cosa apasionada y calamitosa: y los hombres, en ellas, llegan a perder la cabeza, hasta el punto de aliarse con los

9. A. Duplá, «El franquismo y el Mundo Antiguo. Una revisión historiográfica», en C. Forcadell, I. Peiró, eds., *Historiografía española contemporánea*, Zaragoza, en prensa, p. 13; más globalmente véase «Notas sobre fascismo y Mundo Antiguo en España», en *Rivista di storia della storiografia moderna* 13.3, 1992, pp. 199-218.

enemigos contra su patria» (vol. I, p. 72). Todo ello y la corrupción llevan a una victoria mora que también glosa: «Las grandes catástrofes de la Historia son siempre castigos que Dios envía a los pueblos por sus grandes pecados» (vol. I, p. 79).

No hay ni que decir que a esto se une la no menos tradicional exaltación de los orígenes de la Reconquista y muy en particular del papel bélico de Castilla y de su trascendencia en la formación de España como heredera de ese reino visigodo que no habría aprendido la lección de la unidad; es la que se impone frente a cualquier otro reino peninsular, y la que se exalta frente a ellos como nunca antes. Añádase a esto la previsible demonización de la invasión musulmana, que produciría una sociedad execrada y cuyos aspectos positivos de orden cultural se siguen haciendo depender exclusivamente de las esencias hispánicas. A. Sopeña[10] recuerda cómo esa doble dimensión tenía incluso repercusiones terminológicas: «Lo único que había entendido es que había que llamarles moros cuando hacían el bestia, y árabes cuando se portaban como buenas personas».

Todo ello implica, no es necesario recalcarlo, la reactivación de las geografías septentrionales del modelo, asociadas a la guerra, el primitivismo y la pureza original de lo hispánico desde los orígenes de los tiempos, frente a la contaminación exterior, el lujo y la inmoralidad que tan bien representan estos, postreros pero no últimos, invasores.

Como se ve, el viejo modelo se estructura en claves triunfales alrededor de las concepciones de la esencia católica, unitaria e imperial, los elementos caracteriológicos guerreros y sobrios de los españoles, las épocas de avance y retroceso, añadiéndosele ahora dosis de «resonancias» y «prefiguraciones» en las que a las viejas reflexiones sobre el senequismo o las bailarinas-bailaoras gaditanas se unen la idea de la *devotio* iberica —una discutida institución guerrera— como precedente del cristianismo o la de la españolidad y religiosidad de una Dama de Elche tocada poco menos que de peineta y velo.[11]

Iniciábamos el libro con la pregunta de un niño y podríamos dar por terminado nuestro camino aquí, una vez visto el origen y vicisitudes de la respuesta. Cabe, sin embargo, continuar un poco más allá y plantearnos algunas reflexiones adicionales, a partir de perspectivas más especializadas, sobre la perduración del modelo tradicional después, para echar una mirada desde abajo —desde la Antigüedad— a las décadas finales del franquismo.

Alrededor de la historia antigua: de ideólogos a especialistas

Salvo excepciones, no hay aportes significativos en la historia antigua hasta prácticamente los años setenta. Aparte del descalabro general de la cultura, la investigación y la universidad españolas, la práctica inexistencia de cátedras dedicadas a ella hasta mediados de los años sesenta y el control de los tribunales de

10. A. Sopeña, *El florido pensil. Memoria de la escuela nacionalcatólica*, Barcelona, 1994, pp. 151 y ss., 170-171.
11. A. Prieto Arciniega, «El franquisme i la Història Antiga», en *L'Avenç*, 18, 1979, pp. 75-77.

oposición en las de denominación mixta (Prehistoria e Historia Antigua, por ejemplo) muy en especial por prehistoriadores y arqueólogos lo explica. Es cierto también que si hubieran existido, tampoco hubieran afectado seriamente al papel que corresponde a la historia antigua en el modelo general.

De todo esto, lo que sí llega a la historia antigua son determinados componentes arqueológicos, referidos en especial al interés por los pueblos protohistóricos y prerromanos, que seguirán siendo interpretados en claves de definición de los rasgos esenciales del pueblo español, e incluso los provenientes de una filología clásica que sí adquirirá rasgos de interés.

Por poner algunos ejemplos iniciales podemos señalar una Prehistoria en la que renace «el miedo al mono» y donde A. Tovar, falangista y futuro gran lingüista[12] ve los grandes imperios del futuro: «Los grandes dólmenes del sur —Antequera— llegan a tener esas grandes dimensiones de los panteones o los escoriales del imperio..., el imperio atlántico de Tartessos, el imperio mediterráneo de la cultura de Almería... no son todavía pero preparan lo que vendrá y dieron a España esa solera vieja que es imprescindible para los imperios», por más que «estos soñados imperios de los extremos meridionales de España no supieron hacernos salir de las tribus» (p. 19).

Es significativo que en medio de todos estos delirios el propio Tovar sea una de las puntas de lanza en un proceso cargado de ambigüedad: el de la constatación frente al furibundo iberismo anterior de la importancia objetiva de los grupos indoeuropeos en la Península; él tiene que ver con esto a partir, entre otros, de sus estudios sobre el celtibérico. Pero una cosa es el saber y otra la motivación racista de estos estudios —por otra parte presente en esta época y después en destacados estudiosos del mundo indoeuropeo— y los extremos hasta donde se lleven. Por ejemplo, el que conduciría a algunos autores de la época a afirmar tanto los componentes indoeuropeos y a negar tanto los componentes africanos en los que se tendía a situar los orígenes de los iberos, que llegan incluso a casi hacerlos desaparecer como cultura propia.

Dos prehistoriadores falangistas formados en la época anterior, Martín Almagro Basch y Julio Martínez Santa-Olalla, jóvenes y recientes catedráticos fuertemente ligados al CSIC y a otras instituciones y prebendas, marcan esa mirada inicial, muy impregnada de componentes unitaristas, de crítica a las conexiones africanas que tan gran papel habían jugado en las fases anteriores y de exaltación de los componentes indoeuropeos. Julio Martínez Santa-Olalla en su *Esquema paleoetnológico de la península Ibérica* (dedicado, por cierto, «A la Sagrada Memoria de mi hermano Antonio Martínez Santa-Olalla asesinado en Torrejón de Ardoz [Madrid] el 8 de Noviembre de 1936»)[13] negaba la existencia de los iberos como raza y como cultura, y los consideraba parte de la misma etnia hispánica, si acaso con «una mayor proporción de elementos prearios, con las débiles aportaciones mediterráneas lógicas, sobre la cual operan todos los elementos étnicos y cultu-

12. A. Tovar, *El imperio de España*, Madrid, 1941, 4.ª ed., p. 18.
13. Julio Martínez Santa-Olalla, *Esquema paleoetnológico de la península Ibérica*, Madrid, 1946, 2.ª ed., pp. 97-98.

rales que son común denominador peninsular hasta la segunda edad del hierro».

Lo indoeuropeo, en cambio, tenía un papel clave: «las únicas [regiones] que son totalmente arrancadas al mundo céltico son esas tierras del Sur y algunas de Levante que en la actualidad nos ofrecen un folclore sin color, matización ni fuerza en sentido estricto», lo que lleva a que en España en adelante haya siempre «una vibración de los etnones célticos del país siempre perceptible a lo largo de nuestra historia», dentro de la complejidad general (p. 110). Es evidente la conexión de esto con el viejo modelo y su mirada a lo meridional-levantino, aunque ya sabemos que incluso Bosch le ve insuficientes etnones a las zonas levantinas... Se ven claras sus claves, aunque de nuevo haya que recordar que su negativa a la pretensión generalizada —y ya sabemos que defendida por Bosch— de un pueblo ibero invasor y procedente de África es cierta y que apuntaba a un proceso formativo de lo ibero que también lo es (aunque, claro, éste operara «sobre una base céltica principalmente»).

La referencia a Bosch no es casual: su modelo había sido el único desarrollado con suficiente ambición y era obligada su puesta en duda, una puesta en duda que se haría en adelante desde esas perspectivas políticas tan distintas pero, de nuevo, a partir de sus debilidades teóricas, sin que tampoco sea siempre fácil distinguirlas; es característico en este sentido L. Pericot cuando revisa el primer volumen, del que era autor, de la importante *Historia de España* que conocemos, y señala sus diferencias con aquellos esquemas del maestro que había seguido en ediciones anteriores «en una etapa optimista de la investigación prehistórica».[14]

Pero todo esto no significa negar la barbarie ni el racismo, como se entenderá. Almagro en su *Origen y formación del pueblo hispano* de 1958[15] se enfrentará a Bosch pero buscando también encontrar las claves étnicas del pueblo hispano, lo que llama «calar el genio de la raza» (pp. 7, 11). Está claro que para él no había habido «pueblos de España» sino un «pueblo hispano», una unidad étnica esencial, formada sobre la base de gentes europeas del Cro-Magnon y, sobre todo, dolicocéfalos mediterráneos, desde el Paleolítico y Mesolítico (pp. 41-42); se entiende que siga las llegadas de pueblos del Mediterráneo oriental y de indoeuropeos —celtas, visigodos...— y que desdibuje los africanos, medievales, por ejemplo.

Con todo, la afirmación de la unidad y la mezcla —con el papel de Roma en ella y la conciencia de esa unidad— no impide que trasluzcan las diferencias y sus preferencias, por ejemplo a la hora de volver a oponer (pp. 97-98) una España levantina-meridional, blanda, permeable, agrícola y fácilmente colonizable, frente a la noroccidental ruda, ganadera, violenta y de difícil conquista; la relación entre los caracteres no conquistables y la raza indoeuropea se hace también palmaria —y este es otro buen ejemplo de la ambigüedad en el juego y en los estudios indoeuropeos mismos— años después en el mismo Tovar, y ello tras sufrir importantes evoluciones políticas y profesionales, tantas que se puede permitir en

14. L. Pericot, 1958, pp. 147-148 (1.ª ed., 1934-1935).

15. M. Almagro Basch, *Origen y formación del pueblo hispano*, Barcelona, 1958; estudiado por J. Cortadella Morrall, «M. Almagro Basch y la idea de la unidad de España», en *Studia Historica* 6, 1988, pp. 17-25.

el mismo trabajo aceptar algo esencial y que, como veremos, nos sitúa auténticamente en otra época: la discontinuidad que implica la Edad Media respecto al periodo anterior y con ello lo insostenible de las afirmaciones tradicionales de la españolidad de emperadores y filósofos romanos y otras continuidades heroicas de la vieja tradición hispana.[16]

Por último, para definir a Almagro en este campo, e independientemente de sus valores científicos, nada como su referencia (pp. 163 y ss.) a cómo la homogeneidad racial hispana fruto de tal mezcla se habría visto protegida por el hecho de que la desusada generosidad de los españoles a la hora de esparcir semillas[17] por su imperio afortunadamente no se había visto seguida de la llegada de gentes procedentes de éste, al contrario de la peligrosa situación generada en el presente en Portugal con los negroides y en Francia con negroides y norteafricanos; y la no menos sensible de cómo afortunadamente «con energía, prudencia y generosidad no frecuente en aquellos tiempos» la Inquisición había expulsado a moros y judíos (p. 164). La mezcla en el interior, positiva en principio, no lo es cara al exterior, como se ve; aunque no deja de ser significativo y paradójico que este prehistoriador defendiera al menos esa mezcla y la siguiera en el tiempo frente al republicano Bosch que optaba por defender el aislamiento incólume de las razas originales a través de los milenios.[18]

En todo caso, y para evitar que lo risible de todo esto impida ver el horror de fondo, nada como una última referencia a A. Vallejo Nájera, el primer catedrático de Psiquiatría de la Universidad de Madrid, autor de trabajos de campo, pero de campo de concentración, sobre prisioneros de las Brigadas Internacionales en los que defendía la existencia de unas[19] «Características raciales del comunismo», esto es, que «ciertos pueblos o grupos raciales muestran mayor afinidad por el ideario comunista, y que la raza aria es inmune, dentro de cierto grado» (vol. I, p. 1.155). El principio según el cual «Dadas sus características biológicas, el comunismo únicamente puede difundirse entre las razas degenerativas e incultas» (vol. I, p. 1.159), se aplica también a reflexiones paralelas sobre la conexión entre el tronco judeo-morisco español y los marxistas españoles (vol. I, pp. 281-283) así como de otras sobre la propensión de las mujeres en esta misma dirección, dada su debilidad intrínseca; es innecesario recalcar los paralelos de todo esto con las opiniones de Sabino Arana y de sus comentaristas.

Estamos hablando de una fase inicial, tal como hemos apuntado antes, y conviene apuntar que la historiografía del franquismo no se acaba aquí y no se define exclusivamente por esto. En este primer momento de condensación el modelo

16. A. Tovar, «Consideraciones sobre la España Antigua» en A. Tovar, J. Caro Baroja, *Estudios sobre la España Antigua*, Madrid, 1971, pp. 14 y ss., 21 y ss., 31-34.

17. Véase sobre el éxito de esta idea L. Martínez-Risco Daviña, *O ensino da historia no bacharelato franquista (periodo 1936-1951)*, Sada-Coruña, 1994, pp. 218-219.

18. Véase el contraste en su reflexión «Nuevas cuestiones científicas sobre la unidad de España», *Arbor*, 1950, pp. 39-45 sobre Bosch, *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, de 1944, que hemos visto antes en su edición de 1974.

19. Recogido en J. Rodríguez Puértolas, *Literatura fascista española*, vol. I, *Historia*, 1986; vol. II, *Antología*, Madrid, 1987.

general estaba omnipresente y la tendencia en los trabajos especializados era a seguirlo o a mencionarlo reverencialmente para hacer trabajos de corte tradicional, a veces tan sólidos como el que supone el único autor de una historia de la historiografía española, el ya mencionado Sánchez Alonso.

Los cambios socioeconómicos, la recuperación del papel de la enseñanza pública y de las universidades y otros componentes van unidos a una pérdida de ardores guerreros y a una línea que podríamos llamar de desgaje profesionalizador. Conforme aumenta el número de historiadores, lo hace también la producción historiográfica y los niveles y ámbitos de especialización, reforzados por cambios institucionales en los años sesenta, desplazándose los focos de interés hacia la época contemporánea, y al siglo XIX en particular, y, a veces, hacia ámbitos distintos como los económicos y sociales que van primando en el exterior, incluyendo más tarde y con otras connotaciones, el marxismo.[20] Todo ello podía suponer la resurrección y continuidad de componentes meramente conservadores, pero también en algunos casos el sumarse otra vez a la idea de que una historia distinta y nuevas formas de hacerla iba unido a las exigencias de cambio global.

A fin, en todo caso, de evitar mitificaciones, conviene precaverse de caer en un error que ha producido la propia experiencia histórica del franquismo, el de producir execraciones y mitificaciones exaltadoras; Josep Termes[21] recordaba, por ejemplo, cómo frente al Vicens Vives idealizado y casi premarxista que habría fundado el contemporaneísmo catalán junto con la nueva escuela de estudios económicos y sociales inspirada en *Annales*, hay un personaje fundamental y cargado de interés pero mucho más ligado a lo económico que a lo social, interesado por revitalizar la burguesía industrial catalana en el contexto de una mirada en la que los protagonistas eran precisamente los industriales, alguien que a mediados de los años cincuenta estuvo poco menos que a punto de, y en todo caso dispuesto a, ser ministro con los desarrollistas del Opus Dei.

Todos estos cambios no implican una reelaboración en profundidad del esquema histórico franquista más originario que pudo continuar funcionando a efectos de propaganda y, en cierta forma, de enseñanza, en una demostración más de que el régimen tampoco necesitaba, ni era capaz de, puestas al día teóricas de envergadura. El tránsito de los componentes más claramente fascistas a los más nacional-católicos, y a los conservadores sin más no lo conlleva. El viejo modelo multisecular puede seguir funcionando con mayor o menor superposición de los añadidos franquistas y cabe, si acaso, repetir —y reeditar— concepciones

20. Para una perspectiva global, y confesadamente contemporaneísta, de la aceptación de éstos véase I. Olabarri Cortázar, «La recepción en España de la revolución historiográfica del siglo XX», en *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona 1985, pp. 87-109; una visión en pleno foco de los cambios en J. M. Jover, «Panorama of Current Spanish Historiography», en *Cahiers d'Histoire Mondiale* 6,3, 1961, pp. 1.023-1.128; la diferencia palpable entre este artículo y lo que se expone en «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, 1976, pp. 217-247, en particular p. 227 y ss. son extraordinariamente significativas.

21. J. Termes, «La historiografia de la postguerra i la represa de Jaume Vicens Vives», en *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Gerona, 1990, pp. 37-51, en especial pp. 40 y ss.

conservadoras y profesionalizadoras del pasado. En estas sendas es donde puede reintegrarse también, entre otras, parte de la historiografía liberal exilada, o al menos de sus producciones, como ocurre con la polémica entre Sánchez Albornoz y Castro.

Un fenómeno paralelizable se da también en la historia enseñada en el mismo sistema educativo en los últimos quince años del franquismo, a partir del momento en el que los cambios sociales y económicos se manifestaron en la exigencia de un sistema público más amplio y eficaz, que tenía que cubrir nuevas necesidades que ya no podían tomar como eje el puro adoctrinamiento político y la estructura eclesializada. Carolyn Boyd ha mostrado cómo aunque la interpretación nacional-católica del pasado español no perdió su estatus «oficial», se vio despojada gradualmente de su retórica hiperbólica y desplazada; por un lado, la historia, incluida dentro de las Ciencias Sociales, reducía el número de horas y se incidía en nuevos contenidos y nuevas formas de enseñarla, mientras que las clases de Formación del Espíritu Nacional podían asumir el papel más directamente político.[22]

Todo esto estaba en relación directa con el hecho de que la historia ya no era tan central en la legitimación de un régimen que se postulaba como el defensor del orden, la paz, la unidad, y el desarrollo frente al caos, tras décadas de instilación de miedo e indiferencia —ese apoliticismo del que también decía participar Franco—. También aquí era palpable la contradicción entre esas nuevas didácticas y enfoques —que en realidad se conectaban con los que Franco había ahogado en sangre— que pretendían dar instrumentos a los alumnos para entender el mundo y participar críticamente de él y un régimen que también podía enseñar que[23] «Nosotros, los subordinados, no tenemos más misión que obedecer. Debemos obedecer sin discutir» y que negaba participaciones por definición; todo lo cual, e incluso el caos que podían producir en el alumnado diferentes tipos de profesores aplicando esto desde diferentes posturas, sirve también como factor definitorio del mismo franquismo, aunque pertenezca a una categoría menos clasificable que las producciones de su fase inicial.

Una vez dicho todo esto, lo que se impone, entonces, es evaluar cómo se produce la llegada y despliegue de los aspectos «profesionalizadores», el abandono explícito de las implicaciones del modelo para el mundo antiguo hispano, aunque veremos que no de algunos implícitos. Esta continuidad/discontinuidad nos interesa más que la otra, la que se produce entre la Antigüedad y la Prehistoria en la fase previa al franquismo y este mismo.

Sobre esto sí conviene señalar, sin embargo, a la manera de índice, que más allá de continuidades visibles, por ejemplo, en el racismo de Bosch y el de Almagro, no es fácil ver grandes cambios en la teoría entre ellos, en el aspecto nuclear de cómo definir las culturas y su funcionamiento, por no hablar de técnicas de excavación y similares. Al fondo siguen rigiendo modelos equiparables, fruto

22. C. P. Boyd, 1997, pp. 283 y ss.

23. Sopeña, 1994, p. 212: cita de H. S. R., *Así quiero ser. El niño del nuevo Estado*, Burgos, 1944, pp. 20-21.

de planteamientos nacionalistas comunes, aunque situados en perspectivas antagónicas.

Se entiende en esta dirección que diferentes prehistoriadores, formados algunos de ellos en Cataluña bajo la égida del todopoderoso Almagro, pudieran afirmar más adelante su pertenencia a la escuela de un Bosch que en buena parte de los casos no los había conocido siquiera, sin que fuera necesario un cambio de método apreciable para la nueva adscripción y ni siquiera indagar en cuál había sido el método del «maestro». Y el caso de su auténtico discípulo, el también catalán L. Pericot, que pertenece a las elites más favorecidas de catedráticos del nuevo régimen, es más claro aún; incluso Santa-Olalla tenía excelentes razones para considerarse su discípulo. Por otra parte, Pericot, a pesar de sus obvias conexiones ideológicas con sus colegas, podía disentir con ellos y defender la mayor especificidad de la cultura ibera junto con el valenciano Fletcher.

Lo que destaca[24] son los cambios no tanto en la teoría, o en la definición de las culturas y procesos, sino en cuáles se eligen, cuáles se enfatizan, el papel que asumían las nuevas instituciones (y las que desaparecen), además del hecho de que se limiten las posibilidades de evolución y de generación de perspectivas diferentes y también la selección de reclutas en la profesión por los personajes ahora dominantes. Pero de esto ya hemos hablado bastante y lo que nos interesa es valorar el proceso posterior.

Su índice más claro es la pérdida de conexión entre la investigación especializada y el modelo multisecular, la progresiva desaparición de la idea de que había «españoles» ya en el Mundo Antiguo, españoles con rasgos en alguna medida equivalentes a los actuales que cabría describir. Es un buen ejemplo de esto el que el debate en los años sesenta entre los exilados Sánchez Albornoz y Américo Castro sobre la esencia auténtica de España no tuviera una resonancia resaltable, en parte porque se entendía que este tipo de problemáticas no tenían que ver con las nuevas orientaciones historiográficas que soplaban desde Europa e, incluso, porque muchos pensaban también, con razón, que se trataba de una problemática prácticamente metafísica en ambos autores. La medievalización del nacimiento de España que hace Castro —con independencia de lo peregrino de su construcción— es muy característica del signo de los tiempos y puede servirnos como punto de inflexión y de distanciamiento, por más que vuelva a hacer recaer el peso del parto, de sus eventuales polémicas y del debate con otros supuestos partos coetáneos, en la Edad Media.

En el campo de la Prehistoria y la arqueología este proceso «profesionalizador» se manifiesta más que nada en una acumulación de excavaciones y hallazgos de restos con sus consiguientes publicaciones que, por un lado, tienden a poner coto a los resultados de lo que Pericot calificaba como una fase más optimista de la investigación y, por otro, cumplía, y cumple, un papel equivalente al de las meras publicaciones de documentos o de temas muy puntuales en otros campos de la historia: evitaba aparentemente la reflexión teórica y sus molestias y peli-

24. M. Díaz Andreu, 1997, pp. 547-552 para el debate y su bibliografía.

gros, no ya sólo políticos sino académicos, aparte de aportar curriculum. Así que estaba destinada al éxito.

Hay un momento casi anecdótico que marca un hito en este camino: el aprendizaje por parte de arqueólogos y prehistoriadores españoles de técnicas de excavación y de interpretación de cerámicas con el profesor Nino Lamboglia, director del Istituto di Studi Liguri de Génova desde el año 1947 en adelante. Aparte de lo que significa esto como reconocimiento de la situación realmente existente, es bueno recordar que el propio Lamboglia era poco menos que marginal entonces en la propia Italia, dado que su orientación por los estudios cerámicos chocaba aún con la tendencia general de los arqueólogos italianos a considerar dignas de su atención las obras de arte y objetos notorios en tanto que tales, y a entender sus trabajos como la consecuencia de su dedicación a un espacio marginal y poco dotado en este sentido. Su uso, unido al de la cuadrangulación de los cortes y otras técnicas, como elemento de datación, era claro que apuntaba a una reorientación de la disciplina en las nuevas claves de la historiografía y de la arqueología de intereses económico-sociales que en otro sentido profundizarían gentes como Bianchi Bandinelli o A. Carandini.[25]

Pero el propio Lamboglia apuntará años después que se sentía en parte culpable de que su llamada de atención sobre las cerámicas y similares hubiera dado lugar a la multiplicación de los aspectos más clasificatorios y «técnicos» por encima de los interpretativos. Esto, que hoy llamaríamos, no sin maldad, «cacharrología», cuadraba a la perfección, además, con las tendencias historiográficas europeas de la época a la cuantificación y tecnificación como garantía de cientificidad. Su queja, en todo caso, nos viene bien a nosotros para apuntar cómo el paso desde las publicaciones de objetos artísticos a estas nuevas dimensiones puede seguir reproduciendo un esquema de fondo similar, el del objeto, ahora con todas las nuevas complejidades técnicas pertinentes, como la clave del trabajo del arqueólogo y de sus publicaciones, en vez del de una necesaria integración en perspectivas más globales que exige necesariamente la reflexión teórica. Al menos aparentemente todo esto potencia una tendencia desideologizadora y profesionalizadora, por más que las técnicas, y lo que hay detrás y delante de ellas, sigan careciendo de inocencia.

Que las cosas no son tan claras lo ha puesto de relieve en un trabajo reciente M. Álvarez Martí-Aguilar[26] para el caso de Tartessos, un tema en el que A. García y Bellido, catedrático de la Central de Madrid y personaje clave en el CSIC, nos puede servir de guía, entre otras cosas por la falta en él de las connotaciones que presentan Almagro, Santa-Olalla o Tovar. Hablamos de un personaje de gran nivel científico, formado en el periodo anterior y dedicado muy escrupulosamente a la colonización griega, pero también preocupado por las fuentes antiguas

25. M. Tarradell, prólogo a A. Carandini, *Arqueología y cultura material*, Barcelona, 1984, pp. 8-9; y éste mismo p. 41; véase también J. Cortadella , «El profesor Nino Lamboglia (1912-1977) y la arqueología clásica en España» en G. Mora y M. Díaz Andreu., eds., *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, 1997, pp. 553-563, con la entrevista a Tarradell en pp. 559 y ss.

26. M. Álvarez Martí-Aguilar, *La imagen de Tartesos*, pp. 324 y ss.

—realiza dos traducciones de autores grecorromanos,[27] una ya citada—, y por aspectos propiamente históricos con trasfondo socioeconómico como se ve en su discurso de entrada a la Real Academia de la Historia.[28]

Era claro que su aceptación de Tartessos tenía que ir unida a un replanteamiento de los componentes que hacían de los iberos unos bárbaros africanos y de Tartessos un fenómeno sustancialmente exógeno. Ya Almagro había despachado a Schulten en el libro citado asegurando que «ha removido las elucubraciones de los antiguos sobre Tartessos y exagerado con fortuna, el profesor Adolfo Schulten que es un gran poeta y escritor más que arqueólogo o historiador» (1958, p. 106) y el mismo Bellido calificaba como fantasiosas sus ideas.

Pero para él también Tartessos era un ámbito clave, que definirá en dos momentos muy significativos. En el primero construye, siguiendo en parte a Gómez Moreno, un mundo capaz de enseñar a los fenicios, a finales del II milenio a. C., los ámbitos de navegación occidentales, un ámbito cargado de especificidades en el que después habrían tenido un papel determinante los griegos más que los fenicios y que se mantendría incluso bajo los dominadores púnicos, que tendrían a los tartésicos como base étnica sometida por sus elites. Su participación en el volumen correspondiente de la *Historia de España*, de Menéndez Pidal, ahora clara sucesora de la de la editorial Gallach, asienta esta perspectiva.

Pero él es consciente, como sus coetáneos, del problema más evidente de Tartessos: la falta de excavaciones y restos «tartésicos» y la presencia de restos fenicios, aunque mucho menos del uso y abuso de las fuentes literarias de Schulten, en general y en este tema. La aparición del tesoro del Carambolo en 1958 va a contribuir, en todo caso, a solucionar el problema de la falta de restos arqueológicos «propios»: frente a la interpretación previa mayoritaria de los restos existentes como frutos de las peculiaridades fenicias en la zona, ahora se abrirá camino otra para dotar a la cultura tartésica del aval arqueológico pertinente.

Esto lo condensaría el mismo García y Bellido en 1960 alrededor del nuevo concepto del «orientalizante»: los restos de este tipo se interpretarían como ejemplos de la imitación indígena de objetos traídos por los fenicios, o de la adaptación a sus gustos la hiciera quien la hiciera, interpretación que permitía conectar el proceso con el conjunto de cambios en el Mediterráneo introducidos por la renovación de las navegaciones procedentes de su zona oriental en el llamado «período orientalizante» de los siglos VIII-VI a. C.

El vacío se llena, entonces, con un expediente muy discutible, abusivo en gran medida, que vendría a refrendar la existencia de aquel reino e imperio multisecular construido a partir de una interpretación forzada de las fuentes, que se vería legitimado por la interpretación de esos objetos, sin, además, restos inmuebles de cierta entidad. En un paso posterior, representado por un famoso Congreso monográfico celebrado en Jerez en 1968, un Tartessos reducido a la época que sigue al año 1000, pero del que no se duda sustancialmente, aparece glosado con

27. 1945*b* y *La España del s. I d. C.* (según P. Mela y C. Plinio), Madrid, 1947.

28. «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma», en *Hispania*, 5, 1945, pp. 547-604, con Costa y Caro Baroja de fondo.

todos los aportes de objetos «orientalizantes» pertinentes, interpretados en las claves de las nuevas técnicas de las que hablábamos.

El caso de Tartessos es un ejemplo muy significativo, entonces, de esos fenómenos de «profesionalización» que abandonan el modelo global, o se despreocupan de él, pero no de todas sus consecuencias ni, en particular, de unos esquemas de fondo que, en este caso, siguen resucitando tesis indigenistas y construyendo estructuras estatales e imperiales en la Hispania antigua a partir de mimbres de gran fragilidad.

Pero interesa aquí poner algunos ejemplos de más alcance posterior en todos los sentidos, entre otras cosas porque ha costado mucho más su revisión. Y para ello cabe recurrir, en particular, a un personaje al que hemos citado mucho anteriormente: J. Caro Baroja.

¿La despedida? De Caro Baroja y otros

Hablamos de un autor, y un personaje, en muchos sentidos atípico que nos servirá ahora para volver a encontrar un norte (y un sur) que nos es bien conocido. Es un estudioso con vinculaciones iniciales con el CSIC que nunca hace, sin embargo, una carrera oficial allí o en una universidad que no le es propicia.

Particularmente en los años cuarenta, en los inicios de su vida intelectual, escribe una serie de trabajos que hacen de él casi el único historiador antiguo de la época, interesado, además, en los factores antropológicos, los mitos y los elementos socioeconómicos de las sociedades antiguas peninsulares. Un factor que duplica su importancia, adicionalmente, es que en los años setenta, cuando se articula y potencia la historia antigua como disciplina específica en las universidades españolas, será Caro el autor más influyente y respetado a la hora de elaborar las ideas de «los pueblos de España» en la Antigüedad.

Hablamos de un historiador-etnógrafo atípico y con una producción muy diversificada con posterioridad. Parte de su componente atípico, por lo demás, es la riqueza de críticas (y a veces de autocríticas) a todo tipo de dogmatismos, así como de sugerencias y observaciones que pueden muy bien contradecir otras perspectivas tanto propias como ajenas.[29]

Todo esto hace que resulte difícil aquilatar su obra, cosa que en nuestro caso se agrava con el hecho de que el núcleo central de sus enfoques en este campo lo produce en los años cuarenta, cuando es, como él mismo se califica en el prólogo a la reedición de los años setenta de *Los pueblos del norte de la península Ibérica* de 1943,[30] un aprendiz de historiador, doblado de aprendiz de etnógrafo en la España aislada de la segunda guerra mundial. Cuando más tarde abandona estos

29. Tres trabajos muy distintos ayudan a ubicarlo: los capítulos que le dedican J. M. Cuenca Toribio, intelectuales y políticos contemporáneos, Sevilla, 1992, pp. 107-119; y J. E. Ruiz-Domènec, *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI*, Barcelona, 2000, pp. 137-149; y D. J. Greenwood, «Julio Caro Baroja: sus obras e ideas», en *Ethnica*, 2, 1971, pp. 79-97 (que a él le gustaba).

30. J. Caro Baroja, *Los pueblos del norte de la península Ibérica* (análisis histórico-cultural), San Sebastián, 1973, 2.ª ed. (1.ª ed., 1943), prólogo, pp. 301-303.

temas por otros, aunque haya algún aspecto reestructurado de forma más exhaustiva,[31] lo que prima son reediciones sin más o con retoques, aunque, como en el caso de este prólogo, considere dudoso buena parte de lo que plantea, incluyendo sus bases más esenciales. Para entonces sabe muchas cosas más, por ejemplo que el «el mito del carácter nacional» no se refiere sólo a España sino también al vasquismo y sus pretensiones indigenistas.

Hay que distinguir en su obra, entonces, por un lado, lo que significa la apertura de perspectivas en los ámbitos sociales y políticos de los pueblos peninsulares de la Antigüedad. En esta apertura era inevitable la presencia, al fondo, de un Costa bien desideologizado y despolitizado,[32] con la consiguiente mirada a las organizaciones que aparecen en la epigrafía indígena de época romana como *gens, gentilitas, civitas*, y similares, y de las preocupaciones antropológicas que a su manera continúa.

Pero la otra parte se refiere a un hecho en cierta forma sorprendente: y es el que la primera vez que se recuperan este tipo de problemáticas desde aquel momento, se haga bajo la sombra y la perspectiva de la imagen de la incontaminación de los pueblos del norte representada óptimamente por la permanencia de los vascos. Ya sabemos de su construcción en el modelo español y de su lectura desde la reivindicación de españolidad por los «hombres de pluma» vascongados hasta el nacionalismo vasco. El que pueda aparecer ahora en plena posguerra en sus elaboraciones es índice claro de su aceptabilidad por un franquismo que relee ese modelo original desde el nacional-catolicismo.

Todo esto tiene mucho que ver con su punto de partida que le sitúa en un lugar que, desde perspectivas muy distintas, había apuntado el mismo Costa: la idea de una continuidad hasta la actualidad de las estructuras sociales y económicas, una continuidad que ya sabemos leía Schulten respecto a algunas zonas del país, en particular Andalucía, y, sobre todo, Bosch Gimpera al que, por otra parte, critica, explícita o implícitamente, en otros aspectos, como sus modelos generales o sus elaboraciones sobre el mundo ibérico.[33] La supuesta continuidad de las zonas septentrionales que se demostraría en el vasco la extiende al conjunto de la Península.

En gran medida podemos interpretar sus posiciones como las de un epígono, un epígono no consciente en este caso, de quienes en las primeras décadas del siglo XX buscan sustentar «científicamente» las construcciones nacionalistas previas y que podrían representar Bosch respecto al nacionalismo catalán (e indirectamente vasco) o Sánchez Albornoz para el castellanismo español, pero, en particular, gentes que son esenciales en su formación como la obra de Telésforo de Aranzadi y en especial el sacerdote J. M. de Barandiarán que hacen lo propio para el vasco, sobre todo desde las previsibles construcciones prehistóricas y antropológicas que fomentan la imagen de su aborigenismo y aislamiento impóluto.

31. Por ejemplo buena parte de su artículo «Organización social de los pueblos del norte de la península Ibérica en la Antigüedad», en *Legio VII Gemina,* León, 1970, pp. 12-62.

32. Véase en este sentido M. V. García Quintela, «Les peuples indigenes et la conquête romaine. Essai de critique historiographique», en *Dialogues d'Historire Ancienne* 16, 2, 1990, p. 199.

33. J. Caro Baroja, *Los pueblos de España*, Madrid, 1975, (1.ª ed., 1946), vol. I, pp. 57-58, 109 y ss., 133 y ss.; «Regímenes sociales y económicos de la España prerromana», en *Ciclos y temas de la historia de España. España Antigua (Conocimiento y fantasías)*, Madrid, 1986, pp. 95-96 (original de 1943); «La "Realeza" y los reyes en la España Antigua» en A. Tovar, J. Caro Baroja, *Estudios sobre la España antigua,* Madrid, 1971, pp. 143 y ss., 157.

El recurso a estos dos ámbitos —vistos entonces como uno— no sorprende, como sabemos, dada la falta de una tradición cultural y literaria en lengua vasca y dado que la necesaria mediación de las muchas lenguas vascas reducía el papel de quienes pudieran contrastar tales construcciones con otras más homologables en términos científicos, un aspecto que, por cierto, ya había resaltado con desconfianza Humboldt un siglo antes. Conviene recordar, además, la longevidad y lo prolífico de la obra de Barandiarán para entender mejor la pervivencia de sus falsas construcciones de la Edad de Oro prehistórica o del uso de conceptos como el de «supervivencia» para reconstruir con datos etnológicos aquel pasado ideal y la pervivencia de sus rasgos esenciales a través de los milenios.[34]

Años después, por cierto, el mismo Caro, que es consciente del papel de éstos en su formación juvenil, no dejará de hacer alusión con ironía a sus actividades de medidores de cráneos y expondrá sus distancias. Él, con todo, reconocerá su deuda con la escuela (católica) etnográfica de Viena y el difusionismo de Graebner, que son las formulaciones esenciales de Barandiarán, con su atracción por las perspectivas antievolucionistas y cuyos esquemas rígidos sobre las definiciones de las culturas y sus cambios conectan también —y tan bien— con las formulaciones nacionalistas y organicistas alemanas que sustentan las ideas de Bosch y a las que ya nos hemos referido antes. Pero, repetimos, y como también lamenta Aranzadi, estas críticas no le llevan a una revisión sólida de sus trabajos.

Todo esto nos ilumina para entender su punto de partida: a él le interesa, como dice explícitamente, encontrar «la clave de la regionalidad» y la encuentra no en lo medieval, sino «sobre todo en condiciones sociales, económicas y lingüísticas, previamente existentes», sin desdeñar, afirma, el influjo de los grandes acontecimientos históricos posteriores (1975, vol. II, p. 15). Así pues, Caro se mueve en paralelo al modelo multisecular español y encontrará una clave para ello en una fuente de la Antigüedad a la que hemos hecho alusión repetidas veces.

Estrabón hace una alusión a lo que se entiende como un matriarcado entre los cántabros; dado que él cree, con la escuela de Viena, en la existencia del matriarcado como sistema social complejo. Entiende, de acuerdo con Barandiarán, que existe allí con todas las características definidas por sus partidarios. Y puesto que hay también una descripción que ya conocemos de Estrabón (pp. 3, 7) sobre los pueblos septentrionales de España desde el Atlántico hasta los vascones como modelo de barbarie, afirma que a todos ellos se le puede aplicar y que todos serían matriarcales. Y en el siguiente paso, en un quiebro que recuerda el viejo vascocantabrismo, los concibe en su mayoría, incluyendo necesariamente a los cántabros, como vascoparlantes y parte de la misma comunidad que llegaría hasta casi el Mediterráneo por la vía del Pirineo. Y luego, como Bosch, minimiza la

34. Para todo esto es básico J. Aranzadi, 2000, en particular el apartado «La Prehistoria vasca reconstruida y su milagrosa perduración», pp. 279 y ss.

historia posterior y ve su continuidad a lo largo de los milenios, una continuidad que sería más palpable en las zonas donde se conservaría la lengua original.

El conjunto es una construcción falsa, como él mismo sugiere en su prólogo de los años setenta. En realidad la definición esencial de las sociedades del norte en la Antigüedad como una unidad es engañosa ya desde Estrabón mismo, quien homogeneíza la imagen de las zonas del norte para contrastarlas negativamente con las zonas romanizadas y civilizadas del sur y este; también lo es su interpretación en claves matriarcales: las fuentes se limitan a adscribirle algo parecido sólo a los cántabros, aparte de que no se ha constatado nunca que hubiera existido allí o en otra parte un matriarcado, aunque sí elementos matrilineales.

Aparte de esto, Estrabón menciona a los vascones en esa lista de pueblos montañeses y salvajes de la zona únicamente para marcar su límite oriental en un sentido excluyente y no incluyente, tal como ha demostrado J. J. Sayas. Añádanse las dificultades adicionales de su proyecto producidas por las muchas dudas actuales, que conocemos, respecto al carácter vascoparlante de los grupos de várdulos, caristios y autrigones que habitaban el futuro País Vasco, e incluso del carácter vascoparlante, como mínimo exclusivamente, de los vascones mismos, por no hablar de los pueblos hasta el Pirineo catalán, una vez que se ha constatado el carácter ibero de la mayor parte de los indicios lingüísticos en que se argumentaba, y de los habitantes de la Cornisa Cantábrica.[35]

Las sociedades del norte son, por una parte, la clave inicial de su trabajo e intereses y, por otra, un extremo del juego, caracterizadas, en términos muy tradicionales, por ser las últimas zonas conquistadas y las más simples, igualitarias y menos romanizadas, con lo que estarían destinadas a probar esa continuidad como ninguna. Es lógico esperar, entonces, que después se sumara a la desvalorización del impacto de las diferentes culturas posteriores y la idea del impóluto «renacimiento» indígena posvisigótico.[36]

En todo caso, a pesar de la fragilidad de todo esto y aunque haya contradicciones en sus perspectivas ya ahora —así cuando deja ver el papel de la romanización (1975, vol. I, pp. 209 y ss., 213 y ss.)— y abjure más tarde de buena parte de sus componentes, desde el aborigenismo vasco a la existencia de tal ciclo y la llegada de todo esto hasta los pueblos actuales, tal es el legado interpretativo que se tomará después.

Pero la cosa sigue un poco más allá en dirección al modelo tradicional. Siguiendo el criterio de la dificultad de la conquista romana —que ya hemos visto que no es fiable, entre otras cosas porque la no conquista no habla del nivel de resistencia sino del nivel del interés romano en relación con la rentabilidad y la dificultad— analizaría después a las restantes sociedades peninsulares, los distintos «pueblos de España», empezando por las sociedades del centro y oeste peninsular, a las que consideraría intermedias entre las septentrionales que incluye en su espejismo matriarcal y, al otro lado, las sociedades del Levante y sur dotadas de

35. Véase 1973, pp. 95 y ss., 104 y ss.; 1986*a*, p. 54; 1975, vol. I, pp. 191 y ss.
36. 1973, pp. 110 y ss., 126 y ss., 134 y ss., 138 y ss., 263 y ss.; 1975, vol. I, pp. 211 y ss., 226-227.

unas características más complejas (1973, pp. 280 y ss.; 1975, vol. I, pp. 97 y ss.; 1986, pp. 41 y ss.).

Dentro de este otro lado levantino y meridional de la clasificación, el mundo andaluz vuelve a representar el extremo del extremo (1971, p. 157; 1975, vol. I, pp. 135-136) y en su mirada el presente y el pasado se unen de manera inextricable hasta, de hecho, convertirse en una auténtica prueba de sus hipótesis, con la apoyatura de las miradas socioeconómicas de resonancias costianas y algunos componentes más *di colore oscuro* de tonos schultenianos y orteguianos.

En Andalucía, asegura el joven investigador, se darían tres fenómenos: «hay vehementes sospechas» de que ya a finales del Neolítico o, en todo caso, en el Bronce habría existido una sociedad despótica compleja (1975, pp. 1, 46). Sobre esa sociedad mezclada de europeos, africanos y asiáticos se impondría una elaborada monarquía, quizá en un momento dado fruto de una aristocracia guerrera y extranjera como podría verse en el nombre céltico de Argantonio. A esta complejidad y desigualdad política extremas se unirían, como corresponde, grandes divisiones sociales, tal como se podría ver en el mito de Gárgoris y Habis en Justino, donde se percibirían «castas en el sentido más estricto de la palabra; es decir, una sociedad dividida en familias guerreras, sacerdotales, labradoras, artesanas, metecas, serviles, con estatuto hereditario...» (1986, pp. 127-128), un mundo dominado por situaciones como la que mostrarían los siervos de la *Turris Lascutana*.

Y, cómo no, muy en la línea de las reflexiones sobre Andalucía de Ortega y Schulten, sus habitantes tendrían un carácter invadible. Ya desde el Bronce se caracterizarían por recibir a los invasores sin grandes resistencias: los tartésicos, béticos y andaluces serían gentes de una pasividad amable en un mundo donde el latifundista de hoy es el colono del mañana, dóciles y acostumbrados a la servidumbre, nada guerreros, necesitados permanentemente de mercenarios para defenderse y estando, en consecuencia, expuestos a todos los enemigos y a estos mismos.[37]

Es una concepción que conecta, en términos de esencialidad y permanencia, el pasado de sus «círculos culturales» con el presente, y que asociaba ese mundo prerromano con la imagen latifundista de la Bética romana y sus supuestos equivalentes en el mundo árabe, siguiendo la continuidad y desarrollo de la triple dimensión señalada hasta el presente (1975, vol. I, pp. 223-225; vol. II, pp. 136 y ss.). Incluso la herencia se mostraría ya desde época prerromana en «un tipo humano de aspecto especial, con caracteres espirituales muy definidos y permanentes... Es probable también que algunos de los rasgos antropológicos más aparentes entre los propios de andaluces actuales se hallaran con los turdetanos o tartesios antiguos»; así, nos cuenta, cuando Plinio dice que los turdetanos tienen más dientes que los otros hombres, se fundaría en las abundantes bocas con dientes grandes, muy visibles y de forma especial, que acaso influyan en el peculiar acento del país, que puede descender del que los romanos les apreciaban en su latín, aunque, continúa, las permanencias más seguras se puedan ver en aspectos geográficos y socioeconómicos (1975, vol. I, pp. 112 y ss.). Las referencias a

37. 1973, pp. 287 y ss.; 1971, pp. 81 y ss., 92 y ss., 99 y ss., 121 y ss.; 1986, pp. 94, 127-128.

Egipto, África y el Oriente Próximo semítico son permanentes, también en los aspectos raciales, unos componentes arcaicos mediterráneos que se definen cono no europeos (1975, vol. II, p. 142) y que permitirían, por ejemplo, la especial conexión de los andaluces con los gitanos. Los etnones siguen funcionando.

También para el joven Caro tal sociedad es el otro extremo del modelo septentrional; lo hace del todo explícito en una reflexión de crítica al concepto de «cultura superior» en la que contrasta la tartésico-andaluza, tan rica pero, en definitiva, una cultura de esclavos y de gentes dispuestas a serlo, caracterizados por su condición moral inferior y de pasividad ética, con la frugal economía pero recio carácter de las gentes estrabonianas que culminarían en el casero vasco (1973, vol. 295 y ss.). Sin dejar de señalar cómo éste degeneró en racismo en algún momento, e incluso considerando sus cautas y típicas observaciones contra el apasionamiento pueblerino en estos estudios (1973, vol. 257 y ss.), es obvia su doble medida de lo económico y de lo ético donde lo ético prima y donde se destaca la debilidad en este último sentido del blando andaluz-tartésico-turdetano.

No sorprende a estas alturas que también en él el contraste con Cataluña resulte chocante; inmediatamente después de hablar de la romanización, riqueza, latifundio y absentismo en Andalucía romana se habla de Cataluña para destacar su alta romanización pero, en cambio, también la existencia, como en la actualidad, de una vigorosa vida rural y de núcleos urbanos fuertes (1975, vol. I, pp. 225-227; 1975, vol. II, pp. 179 y ss.). La dogmática de la permanencia de los rasgos característicos lo exige, como se lo exigía a Bosch.

No es necesario incidir en la larga historia de los conceptos que van a parar a las elaboraciones específicas sobre sus «círculos culturales» y sus continuidades, cargadas de proyecciones entre las que no es difícil encontrar la cientificización de meros prejuicios. Así cuando entre las «constantes de la vida espiritual» hace constar el prestigio popular del arte andaluz que critica y cómo los andaluces no son valorados por el trabajo o por su laboriosidad pero sí por esto o contrasta en la literatura popular el componente amoroso distinto en el norte y en el sur y afirma que el otro prestigio general de la gente del sur, el tocante a cuestiones eróticas, parte de un punto de vista masculino: en el sur el hombre crearía la poesía, música o arte para una mujer que no deja de tener algo de objeto, de concubina de gineceo o de esclava (1975, vol. II, pp. 144 y ss., 147 y ss.). Un mundo, pues, de hombres esclavos parece preferir mujeres esclavas, en contraste con las aguerridas gentes del norte presididas quizá por su vetusto y ancestral matriarcado.

Su conexión entre pasado y presente le lleva a una construcción sin base en las fuentes antiguas, por no hablar de la absoluta carencia de solidez de la pretensión del componente permanente a lo largo de toda la historia de ese supuesto carácter andaluz o del latifundio. Es evidente que, por más que en el año 1970 critique con finura «El mito del "carácter nacional" y su formación con respecto a España», en realidad sus construcciones suponían mucho más que hablar de meras herencias o prefiguraciones. Frente a Castro él miraba más allá de la Edad Media, pero para, sin negar la existencia de factores de unidad, buscar los hechos históricos que «hacen que a veces lo que es fundamental para la vida del español del Mediodía sea casi irrelevante para el norte, dentro de ese acerbo de bienes y de males heredados», en una perspectiva que intenta en teoría «buscar ciertas canalizaciones de hechos económicos y sociales *dentro de las distintas áreas de la Península*» (la cursiva es mía), pero que es mucho más que eso (1970, pp. 73-75 con n. 3).

Y al hacerlo, esa búsqueda de la conexión del presente con el pasado le lleva a proyectar, sin explicitarlo y quizá sin saberlo, imágenes de sus interpretaciones de ese presente y de elaboraciones nacionalistas. Todo esto es en gran medida paradigmático: cuando podemos rastrear desde los estudios sobre la Antigüedad e incluso desde la perspectiva más global el hundimiento del viejo modelo multisecular, se mantienen emergidos los rasgos más rígidos de aquella septentrionalización del modelo que dejaba a Andalucía (y al Levante) en un lugar desfavorecido. El joven Caro, sin duda un buen ejemplo de personaje profesionalizador y de unos intereses socioeconómicos inusitados en la época, es clave, tal como vemos, a la hora de reforzar la idea de la existencia de distintos pueblos de España con rasgos específicos y permanentes desde la Antigüedad, lo que apuntala, con independencia de lo que quisiera o no, el modelo nacionalista vasco y su imagen aborigenista e indigenista, y cualquier otro que partiera de bases similares o lo utilizara como apoyo y paradigma.

En gran medida, en lo que se refiere a la Antigüedad, la profesionalización a partir de los años sesenta va a seguir un camino parecido: se tiende a aceptar el final del modelo global pero emergen componentes significativos del viejo modelo. Además, incidirá aquí el progresivo distanciamiento de buena parte de la intelectualidad respecto a un nacionalismo español asociado mortalmente al franquismo y del que se olvidan las perspectivas que representa, por ejemplo, Altamira, y la aceptación acrítica y durante mucho tiempo de las construcciones, incluidas las históricas, de los otros nacionalismos, beneficiados ahora en gran medida, contra sus propios orígenes y gran parte o la totalidad de su tradición, del marchamo de un progresismo cargado incluso de matices «anticolonialistas».

Puede merecer la pena, para ilustrar esto, acabar eligiendo una interpretación muy significativa de las que se dan en la fase en la que por primera vez aparecen especialistas en historia antigua que ocupan cátedras específicamente dedicadas a la disciplina.

La elección es fácil de justificar: hay inicialmente cuatro catedráticos de historia antigua que van a tener en sus manos los tribunales de oposición y, por tanto, su consolidación institucional y de ellos el que se muestra más innovador en sus, desgraciadamente escasas, publicaciones sobre la península Ibérica fue M. Vigil, un discípulo de García y Bellido, que es interesante también, entre otras muchas cosas, porque es el introductor del marxismo en este campo. Junto con el medievalista A. Barbero se aplica a la destrucción de mitos claves en el modelo hispano, así, critican las ideas de fondo en la polémica de Américo Castro y Sánchez Albornoz, el castellanismo como punto de vista dominante en la historiografía tradicional, citando a Vicens Vives y su aproximación sobre «bases más racionales», o niegan que España sea «una unidad de destino en lo Universal».[38]

38. A. Barbero, M. Vigil, *La formación del feudalismo en la península Ibérica*, Barcelona, 1978, pp. 18-20.

Y dentro de sus replanteamientos destaca, ya desde un artículo publicado en el Boletín de la Academia de la Historia de 1965 y recogido con otros posteriores en un libro diez años después, la hipótesis más central de todas, la crítica a un concepto nuclear del viejo modelo, quizá el más nuclear: la idea de una «Reconquista», de unas luchas contra los musulmanes emprendidas desde el comienzo como un proyecto de recuperación de la España perdida por los resistentes godos y cristianos. Ni se habría perdido España, ni habría habido una tarea nacional que realizar, ni hubo reconquista propiamente dicha, sino procesos históricos a remitir a la situación previa de las diferentes zonas, a sus «orígenes sociales».[39]

El planteamiento inicial es transparente y consecuente con lo anterior: no hay una esencia hispana que se mantendría en el tiempo y, por tanto, una unidad política «nacional» a reconstruir por los cristianos; esto es irreprochable, aunque es cierto que otra cosa es fijar el momento en el que del recuerdo del pasado cristiano de los territorios ocupados por los musulmanes, o incluso de la memoria visigoda, empezó a servir como incitación a, y de justificación de, la guerra contra el infiel.

Pero sus reflexiones van un paso más allá, al aplicar el esquema de Engels sobre las sociedades «gentilicias» a gran parte de la Península, excepto el sur y el Levante, pero especialmente a cántabros y vascones, a los que considerarían como grupos poco o nada cristianizados y que desde el Bajo Imperio en adelante se habrían mantenido hostiles a todos, primero a una Roma que los habría cercado con guarniciones y luego a francos y visigodos.[40] Es evidente que de tales comunidades primitivas matrilineales y gentilicias pirenaicas y cántabras, poco menos que paganas y antivisigodas no podían partir los orígenes de una «Reconquista» en claves visigodas y cristianas.

No nos interesa aquí entrar en una crítica al planteamiento, que es sustancialmente falso,[41] de la persistencia de sociedades gentilicias en el norte peninsular, no digamos ya de la pretensión que, a su manera, sigue el camino de Costa, de que incidan en la constitución del feudalismo de la zona, de que hayan existido sociedades gentilicias y matriarcales como tales allí o en cualquier otro lugar como parte de los necesarios procesos de evolución de la humanidad. Por no hablar de la negación, bien conocida nuestra, del impacto de cuatro a seis siglos de Roma (y dos y pico más de visigodos y cristianización) y la suposición de que estos siglos no habrían podido alterar identidades y pertenencias generando nuevas realidades, romanas o no, o de la posibilidad de la persistencia de un recuerdo operativo del mundo romano, visigodo y del cristianismo, en medio de elites y estructuras eclesiales en las que lo visigodo es un punto de referencia cultural esencial, como lo era en las sociedades cristianas de allende los Pirineos, el Mediterráneo y el Cantábrico.

39. A. Barbero, M. Vigil, *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona, 1974, p. 5.

40. Pp. 29 y ss., 50, 145 y ss., 156 y ss., véase también 1978, pp. 354 y ss.

41. Como se puede véase incluso en buena parte de los trabajos del encuentro dedicado a ambos por amigos y discípulos recogido en Ma. J. Hidalgo, D. Pérez y M. J. R. Gervás, eds., *«Romanización» y «Reconquista» en la península Ibérica: nuevas perspectivas*, Salamanca, 1998.

Por poner un ejemplo significativo, podemos referirnos al caso de Galicia donde Pereira Menaut ha probado que no existe antes de Roma ni homogeneidad étnica ni una denominación común. Los romanos utilizaron el nombre de uno de los grupos existentes allí —por otra parte, de aparición fugaz y de ubicación desconocida—, el de los *callaici*, para definirlos, de donde vendrá la *Callaecia* que viene a parar en «Galicia». Dicho de otra manera, es el Imperio romano el que homogeneneíza relativamente la zona y le da, en todo caso, un nombre común acorde con las realidades administrativas que sería asumido colectivamente. Las implicaciones de esto se ubican en una perspectiva más general donde se afirma la historicidad de la construcción de los pueblos (no su condición «original»), la continuidad de sus cambios, el papel no meramente destructivo de la romanización, o se critica su concepción como una semilla que desarrolla sus potencialidades a lo largo del tiempo —una más de las imágenes organicistas, si no agropecuarias en juego—.[42]

En el caso de los vascones,[43] todo apunta a un proceso similar que en parte hemos señalado también en páginas anteriores: el nombre —quizá en sí mismo indoeuropeo— de un grupo situado en una zona de gran complejidad étnica y lingüística, se extiende por razones administrativas romanas a otras cercanas cuando se van fusionando grupos distintos entre ellos y con foráneos bajo el paraguas de las nuevas condiciones del imperio que lo favorecen y que, sin duda, homogeneízan y romanizan fuertemente gentes y territorio. Tal desplazamiento de nombre no implica un desplazamiento de gentes, de indígenas impólutos, por decirlo así, ni de una lengua vascona que ya sabemos es dudoso que fuera mayoritaria en la misma Navarra central de los vascones.

De hecho, sus procesos de expansión pueden muy bien ser posteriores, como puede ser posterior su denominación como «vascona» o «vasca»; conviene recordar, por cierto, algo que recuerdan, a otros efectos, Barbero y Vigil: que es común en los siglos que siguen a la caída del Imperio romano la alteración de los nombres de los lugares y de los grupos (1974, pp. 141 y ss.), así de zonas astures a cántabras y cántabras a astures, o de territorios enteros como Calabria, Borgoña o Capadocia. Y todo ello va unido también a procesos de etnogénesis complejos, no sólo de expansión, más que de permanencia incólume de grupos y lenguas.

El que estas reflexiones, muchísimo más ajustadas a la evidencia, no fueran posibles es obviamente fruto de la continuidad de modelos esencialistas e indigenistas procedentes del viejo modelo y de sus reaplicaciones desde los nuevos na-

42. G. Pereira Menaut, «La formación histórica de los pueblos del norte de Hispania. El caso de Callaecia como paradigma», *Veleia* 1, 1983, pp. 271-287; «Sobre la función del pasado histórico en los movimientos nacionalistas», en *Homenaje al Prof. Presedo*, Sevilla, 1994, pp. 851-862.

43. Véase para lo que sigue F. Wulff Alonso, «Sociedades, economías, culturas», en J. M. Roldán Hervás, F. Wulff Alonso, *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid, 2001, pp. 349 y ss., 363 y ss., 401 y ss., 407 y ss. para la problemática general de etnogénesis y romanización; sobre el tema son claves los trabajos de J. J. Sayas Abengoechea como *Los vascos en la Antigüedad*, Madrid, 1994; M. C. González Rodríguez, «Indígenas y romanos en el territorio del país Vasco», en *Actas del II Congreso Mundial Vasco. T.I: De los orígenes a la cristianización*, Bilbao, 1998, pp. 143-162.

cionalismos. Claro que ahora hay elementos que inciden en su permanencia y *aggiornamento*: son tiempos anticolonialistas y de proyección en la historiografía europea, en particular la marxista, de modelos antropológicos que rescatan al indígena y sus resistencias frente a los poderes imperiales; como muy bien ha señalado un discípulo de Vigil, Alberto Prieto,[44] cabe relacionar esto con un momento en el que el VI Congreso Internacional de Estudios clásicos de 1974 en Madrid, se dedicó al tema de «Asimilación y resistencia a la cultura grecorromana en el Mundo Antiguo» y en el que los temas de «resistencia a la romanización» serán obligados.

El apoyo a todos los indígenas y colonizados del mundo —y a las imágenes indigenistas, ahistóricas y paradisíacas de sus sociedades originales— se proyectaba en estos otros modelos. Y es evidente también el apoyo a la lectura desde aquí a las reivindicaciones nacionalistas no españolas antifranquistas y a sus argumentos históricos de fondo,[45] por más que ambos autores adviertan de que tal como no debería creerse en la España eterna, tampoco había que inventar otras eternidades.

No sorprende demasiado que en las aplicaciones de los modelos marxistas en el torturado y a menudo simplón paisaje de su implantación en la España de los años setenta, la conexión con los explotados de todo el mundo se hiciese, más por continuadores de Vigil que por él mismo, por la vía de las dogmáticas estalinistas[46] que ayudaban a situar el otro extremo del modelo: una imagen del mundo tartésico e ibérico, muy en particular del primero, presidida por la «servidumbre ibérica» —que algún entusiasmado se apresta incluso a considerar que inventa de la nada—, a la que sucedería una Roma dramáticamente identificada con la villa y el esclavismo.

A las igualitarias sociedades resistentes del norte peninsular antiimperialista, se opondrían otra vez las sociedades esclavizadas del otro extremo peninsular, en particular, cómo no, una Andalucía paradigmática de la pobreza y de una desigualdad que en las versiones más esencialistas de este planteamiento se continuaría en la conquista castellana bajo la cual se podría ver la auténtica cultura musulmana (o, con más entusiasmo aún, tartésica) y andaluza aplastada, pero ahora llamada a su liberación social y nacional. En los dos espacios peninsulares se juntaban una serie no desdeñable de puntos cruciales de identificación emocional antifranquista: luchas irredentas culminantes en el antiimperialismo y la reivindicación de las nacionalidades, por un lado, esclavizaciones y sometimientos culminantes en los niños yunteros, por el otro .

Es significativo ver cómo desde las mismas gentes que negaban el esencialismo español y el modelo multisecular —con independencia de la no veracidad

44. A. Prieto Arciniega, 1996, pp. 39-52.

45. Como ya señaló Aranzadi pocos años después de estas publicaciones y repite en la reedición de su libro: Aranzadi, 2000, pp. 412-413.

46. Ante la posibilidad de que esto no se interprete como una definición precisa, citaremos a F. Wulff, «Apuntes para el estudio de la historiografía staliniana: a propósito de la transición del esclavismo al feudalismo (1)», *Basilisco*, 16, pp. 48-56; «Sobre la transición del esclavismo al feudalismo en la historiografía estalinista», en *Homenaje a J. Cabrera*, Granada, 1993, pp. 587-598.

de sus hipótesis básicas sobre el tema, más innovan en conceptos y metodología—, se apoyan construcciones sobre el pasado hispano en las que siguen flotando, tras su *aggiornamento*, los islotes del viejo modelo para, en el mismo movimiento, apuntalar modelos nacionalistas alternativos. Un flaco favor, sin duda, para la difícil revisión historiográfica y conceptual de unos modelos que, en el caso vasco, viene costando literalmente sangre, que se enfrenta a una hostilidad como mínimo institucional y que se abre paso con mucha más dificultad que la dirigida en el conjunto de España a unas elaboraciones nacionalistas ligadas durante mucho tiempo al franquismo que las monopolizó. En el otro lado de esta refundación de la vieja geografía de la infamia del modelo español, la práctica eternización de las condiciones latifundistas de Andalucía no sólo ofrecía una imagen falsa —incluso para la edad contemporánea— sino que, a pesar de las apariencias, apuntalaba mucho más la resignación que la creencia en las posibilidades de cambio.[47]

47. Véase M. González de Molina Navarro, «El movimiento campesino andaluz: problemas en la interpretación tradicional», en *Historia y Fuente Oral*, 8, *Andalucía. Invención y realidad*, 1992, pp. 25-54 y los trabajos de este autor para esta cuestión.

Y UN CIERTO EPÍLOGO

Todo esto nos interesa ya más como índice de la despedida del viejo modelo que como objeto de investigación. Los estudios sobre la península Ibérica en la Antigüedad siguen su camino muy alejados de las problemáticas generadas por él, y conceptos como el señalado de etnogénesis —aplicados, además, a iberos, celtíberos, cántabros, astures...— plantean en sí mismos el problema de fondo de la mutabilidad de las identidades colectivas que construimos y destruimos los seres humanos.

Es evidente que este concepto hay que entenderlo dentro de la búsqueda de unas perspectivas más cercanas a las realidades que se quieren conocer, pero también dentro del movimiento general por racionalizar nuestras pertenencias, por desprendernos de los sentimientos de violencia y agresividad implícitos en las identidades colectivas desde que, antes de ser personas humanas, éramos personas animales, un movimiento que, a su vez, es inseparable de la evolución misma del mundo y, en particular, de las sociedades occidentales. Ya hemos hablado de algunos de los factores que han permitido su aflorar.

Es evidente que una historización que haga de las identidades y pertenencias frutos cambiantes de las circunstancias históricas contribuye a explorarlas con más precisión; hacer esto y reflexionar sobre sus orígenes ideológicos debe contribuir a mostrar las falacias de los modelos nacionalistas, con su obsesión central por definiciones excluyentes que dibujan a las colectividades como seres vivos perpetuamente amenazados, no como realidades que pueden ir cambiando a lo largo del tiempo, perspectivas que no sólo son falsas sino que tienen una capacidad paradigmática de vehiculizar agresiones y violencias.

Uno de los objetivos de este libro ha sido intentar definir, con ayuda del tratamiento de la historia antigua, el núcleo esencial de la perspectiva histórica que ha articulado la identidad colectiva española desde su constitución como una unidad política —múltiple pero unidad— del siglo XVI en adelante. Hemos visto también su desarrollo durante casi cinco siglos, en particular a través del fecundo momento de la Ilustración y de la reelaboración compleja que pone en juego el nacionalismo del siglo XIX; después hemos analizado la aparición en las décadas finales del siglo XX de diferentes modelos interpretativos del pasado dentro de las perspectivas del nacionalismo español y cómo se construyen, además, en España por primera vez y, en gran medida a imagen y a semejanza de sus variantes me-

nos abiertas, los dos modelos alternativos más consumados, el catalán y el vasco.

Hemos seguido luego diversas elaboraciones profesionalizadas en las primeras décadas del siglo XX en clara dependencia de las anteriores, así como el triunfo de la variante nacional-católica con el golpe militar franquista, para acabar apuntando al proceso de su arrinconamiento y a ciertas continuidades más allá de las apariencias.

Historizando este componente clave en la teorización y vivencia de España, delimitando su nacimiento y sus cambios, hemos pretendido contribuir a situar en mejores condiciones para el análisis este aspecto esencial de la identidad española a lo largo del tiempo y a esta misma, dentro del proyecto racionalizador que apuntábamos y que define E. Said:[1] «Por eso la labor del intelectual de la cultura no consiste en aceptar la política de la identidad tal como se le propone, sino en mostrar que todas las representaciones son construcciones, describir cuáles son sus propósitos y sus componentes y quiénes los fabrican».

Este trabajo se sitúa nítidamente en una posición crítica frente a la idea de la existencia de una pertenencia e identidad española única, natural, obligada, lo que significaría leer el pasado hispano como destinado a la unidad política, buscando esos factores de unidad como demostraciones de su destino inevitable, y, después, defenderlo como destinado a una no menos única, natural y obligada continuidad para siempre.

Hemos apuntado a los procesos históricos por los que el modelo esencialista e invasionista se crea, triunfa y se mantiene sin que, en ningún caso, hayamos defendido que respondiera a una realidad «natural» o «étnica»; hemos incidido también en su capacidad de vehiculizar los factores casi etológicos de la definición de los grupos humanos y su coherencia con un esquema judeo-cristiano de culpas y castigos.

Por otra parte, es evidente también que esta pervivencia y recreación durante casi medio milenio de reflexiones historiográficas sobre el pasado de España centradas, además, en un modelo sustancialmente similar, y la continua existencia de gentes, procedentes de toda su geografía, que lo elaboran y reelaboran es un hecho indudable y una realidad histórica de primera magnitud que es esencial tener presente. Es obvio que esto es una de las pruebas más palmarias de algo que debería dar pudor tener que afirmar: la existencia de una identidad española en estos siglos, plenamente asumida, elaborada y capaz de ser justificada y teorizada con los instrumentos que aportan las perspectivas historiográficas de los diferentes momentos de la cultura europea.

Tampoco es razonable minimizar este hecho afirmando que lo que se probaría sería su existencia dentro del carácter minoritario y elitista de las producciones escritas de la época. En primer lugar, no es lo mismo hablar del componente minoritario de la escritura antes y después de la imprenta, ni es conveniente olvidar las muchas formas en las que se pueden proyectar imágenes e identidades colectivas al conjunto de la población, desde el teatro a, por ejemplo, los emblemas y las fiestas, ni la complejidad de las personas e instituciones que pueden hacerlo, desde funcionarios y escribientes o las parroquias a la participación en el ejército. Y la historiografía de los últimos decenios, y la antropología, han mostrado los graves peligros de suponer la existencia de culturas populares aisladas de los sectores, digamos, letrados, de la sociedad, de lo que podríamos llamar —muy mal— la «cultura culta».

1. E. Said, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, 1996, p. 482.

No hay dos mundos separados e incomunicables tampoco ahí, con unas «mentalidades» populares ajenas al cambio y la historia. Se entenderá que ni siquiera consideremos la posibilidad de entender una supuesta «naturalidad» de esas otras potenciales pertenencias populares (*pro natura* frente a lo *contra natura*) que darían por hecho que, con o sin expresiones externas, la auténtica esencia nacional que brota de los arcanos de los pueblos (los etnones en términos de Santa Olalla) permanecería incólume en estos sectores, argumento que, al situar las cosas en lo inargumentable sólo pueden permitir una racionalidad supletoria dedicada a apuntalar creencias, no a entender la realidad.

Pero incluso aceptando su falta de penetración más allá de estos sectores, parece también claro que de no probarse la existencia de otras elaboraciones y sentimientos alternativos de una globalidad similar, y bien por encima de las relaciones-conexiones de pertenencia más inmediatas como la parroquia, el pueblo, el barrio, la ciudad o, si acaso, la comarca, el condicionamiento de ese carácter minoritario sería general a todo ese tipo de construcciones identitarias, esto es, el debate sería el de la caracterización de esas elites o minorías.

Ya hemos apuntado suficientes elementos para defender la multiplicidad durante estos cinco siglos de las procedencias y ubicación cronológica de los autores que hemos recogido aquí, y que son sin duda los fundamentales, desde Ocampo, Morales, Garibay y Mariana en adelante, autores todos que centran su perspectiva en la pertenencia e identidad españolas. Esto no significa que no puedan existir otras identidades colectivas concebidas como excluyentes y que aparezcan en otras obras historiográficas, algo que resulta clave sin duda, como acabamos de señalar, a finales del siglo XIX; distinto es probar su existencia (y persistencia) más allá de interpretaciones apriorísticas nacidas a partir de este momento.

Pero, en todo caso, y tal como apuntábamos en la introducción, el objetivo de este libro no es ni hacer la historia de la historiografía española, sino la de las ideas de España que se proyectan en y a través de la historiografía y muy en particular de la historia antigua, ni tampoco la de los modelos, prácticas y sentimientos de pertenencia a la identidad colectiva «España» (o a otras), sino, si acaso, la de la manera en que esto se articula en y a través de la historiografía y muy en particular de la historia antigua.

Se ha puesto de relieve en los últimos años cómo el monopolio del nacionalismo español por el franquismo tuvo toda una serie compleja de efectos. Así, su desprestigio se llevó consigo en gran medida el interés por la propia cultura española y produjo la renuncia a profundizar en su estudio por parte de las gentes, como el mismo autor de este libro, pertenecientes a lo que podríamos llamar la «cultura antifranquista» de los años de la transición, además de una fuerte debilidad a la hora de defender teóricamente un nacionalismo español de corte distinto

y más en la línea de aquél cuya memoria se obliteró con ese monopolio o incluso una pertenencia española que excluyera los rasgos fundamentales que han definido históricamente al nacionalismo.

Lo primero es más que lamentable y por muchas razones que no es necesario explicar aquí por lo evidente, muy en especial en términos de conocimiento en general, de reflexión colectiva en particular e incluso de aporte para la reflexión sobre Europa, desde una de las variedades más interesantes de su cultura, hecha doblemente interesante, además, por su proyección en el continente americano.

Rechazar el conocimiento de la cultura española (se reconociera o no como propia) no era un forma inteligente de conocer la tradición de la que se provenía y contribuía a unificar las imágenes del pasado español de manera muy sumaria, aislacionista y, muy probablemente pesimista; es significativo, por poner un ejemplo que hemos visto, y erróneo, que se identificara el nacionalismo español con el nacional-catolicismo, cuando en la época de la constitución de éste, a finales del siglo XIX, se puede ver a gentes como Morayta o, mejor, Costa o Altamira y sus equivalentes en otros campos que representan perspectivas muchísimo más ricas y, en gran medida, muchísimo más representativas de una intelectualidad que pocos años después florecerá en una época sorprendente.

Paradójicamente, la ruptura que supuso el franquismo con su exterminio de la España liberal fue apuntalada con este olvido por sus más acérrimos enemigos que dotaban, además, de un marchamo de progresismo a personajes de ese mismo momento como Prat e incluso Arana.

Respecto a lo segundo, la puesta en cuestión de cualquier nacionalismo español, no creo que sea necesariamente negativo el efecto de todo esto si sirve para reflexionar sobre el tema de España y de los españoles desde un análisis de las identidades y pertenencias colectivas que renuncie a los dogmatismos de la exclusividad, de la inevitabilidad, de su componente «natural» frente a las artificialidades de otros o de la necesaria representación de una colectividad por un grupo «nacional» autodesignado como el representante de una «nación» cuya auténtica esencia afirmaría también inevitablemente representar y en virtud del cual cabría inventar partidos o guerras. El franquismo ha hecho socialmente más imposible pensar esto —quizá no tanto sentir esto— lo que supone una menor capacidad de manipulación de los peligrosos sentimientos de pertenencia colectivos.

Si se trata de construir y pensar identidades no excluyentes, no unívocas, no vistas como «naturales» y como destinadas a realizarse y a perpetuarse después a toda costa, no concebidas como necesariamente abocadas a formar y perpetuar unidades estatales a partir de un criterio de lo que se «es», con gentes autoencargadas de inventar, definir y administrar ese criterio e incluso de defenderlas, esto es, de defender este criterio frente a ese «otro» al que ellas mismos dibujan; si se trata de no contraponer las esencias propias e inmaculadas frente a las de esos «otros», pérfidas y contaminantes por definición, de no construir una historia dividida en periodos de contaminación externa a negar y otros en los que, al fin libres, se proyecta el propio y merecido florecimiento, de no discriminar entre los antepasados reales para elegir entre ellos los más convenientes, tras el oportuno proceso de adaptación para las construcciones imaginarias; si no se trata, además, de seguir valorando la pujanza militar e imperial como la clave de las épocas positivas, dentro, además, de la vocación hemofílica de las patrias —siempre deseando que se derrame la sangre por ellas—, si se trata de no caer en ninguno de estos errores, es evidente que todo este proceso de difuminación de la idea de España como «nacionalidad», la crítica a las viejas concepciones y la dificultad para defender criterios parecidos o inspirados en esos componentes puede ser positiva. Aunque es cierto también que el nacionalismo liberal español mantenía muchas distancias con una parte sustancial de estas caracterizaciones, puede ser bueno dar un paso más allá para adquirir mayor distancia y mayor perspectiva.

La ruptura con el viejo modelo y sus componentes esencialistas e invasionistas, con los potenciales xenófobos de esta perspectiva que hemos denominado «etológica», sitúa las perspectivas más cerca de un mundo donde no sólo se acepta cada vez más la multiplicidad de las identidades y de sus cambios, sino también la conveniencia de no sentirlas sin pensarlas; la experiencia del III Reich, por poner la más característica, es un ejemplo de hasta donde pueden llegar las cosas en este terreno. Hitler —y Mussolini, y Franco— no nacen de la nada sino de una evolución dramática de las tensiones de un mundo presidido por la guerra y la violencia colectivas bajo las premisas del nacionalismo.

Las perspectivas de la Unión Europea, una construcción pacífica y que rompe con muchos aspectos «soberanos» de los Estados cuya puesta en duda hubiera llevado apenas unos decenios antes a la guerra, es muestra práctica de todo esto y exige la oportuna flexibilización o replanteamiento de las concepciones identitarias.

No hay nada como haber visto y sufrido las barbaridades que se pueden hacer en nombre de una nación para poner ciertas distancias con todas ellas. La experiencia alemana —y la israelí— podría quizá mostrar cómo a veces los dioses castigan los sueños nacionalistas concediendo su cumplimiento en un Estado. La unilateralidad y los límites del nacionalismo y el imperialismo de Estados Unidos es un buen punto de referencia, negativo pero punto de referencia, de evoluciones en un sentido contrario de enorme peligrosidad.

Se pueden sentir pertenencias colectivas —son humanas las «relaciones de pertenencia» de que venimos hablando— y en múltiples ámbitos, culturales, lingüísticos o del tipo que sea, sin que tengan que ser leídas en esas claves excluyentes que venimos señalando y, ni mucho menos, entender como su culminación natural en una «unidad» política cuyas viejas dimensiones jurídicas e incluso militares de carácter exclusivo están siendo puestos en duda día a día. De la misma manera, es impropio suponer que no puede haber cambios en otros sentidos: desde la absorción de elementos de soberanía por otras identidades más globales, al cambio en el sentido contrario, esto es, a la separación de las colectividades que se creen y que no desean ya formar parte de otra previa.

Caro Baroja[2] advertía sobre los peligros potenciales del uso de conceptos como raza, nación y clase, conceptos

2. Julio Caro Baroja, 1972, pp. 223-224.

que, en sí, son básicos para el conocimiento de la Historia, pero que también pueden ser peligrosos si los manejan los políticos actuales que, en general, sean de derechas o de izquierdas, militares o civiles, son hombres de cabeza muy elemental, puede producir situaciones amedrentadoras... Si se da categoría política suprema e indiscutible a un concepto de éstos y se considera que, en nombre de él, está permitido todo, la consecuencia es fatal. El político nacionalista, el racista o el clasista, cree tener todas las atribuciones y derechos imaginables para ejercer la violencia,

para afirmar más tarde con toda razón: «Hemos sido víctimas de las idolatrías políticas, después de haberlo sido de las religiosas y místicas».

Si, como decíamos en la introducción, la necesidad de plantear nuevas formas de agrupación colectiva basadas en otros principios exige analizar las reflexiones y prácticas que han cimentado las hasta ahora existentes y alejarse de las construcciones identitarias que Malouf bautizó por su pretensión exclusivista y, en última instancia, totalitarias, como «identidades asesinas», hacerlo colectivamente es positivo.

Es más inquietante otro factor también originado en los últimos años del franquismo: este proceso de desmitologización, excesivo o no, y de distanciamiento de la identidad y del nacionalismo españoles fue unido durante mucho tiempo a un apoyo sin matices a los nacionalismos periféricos que contribuían a articular al movimiento antifranquista; ya hemos hablado de cómo, además, la asociación de estos movimientos con los del tercer mundo añadía valencias adicionales a esta actitud emocional y acrítica. Puede servir como ejemplo en este sentido el que se tendiera a evitar pronunciar para el presente y para los últimos cinco siglos las palabras «España» y «españoles», refrendadas plenamente por la historia, y, en cambio, se aceptara proyectar en el pasado un concepto de invención tan reciente como el de País Vasco (o, en otro orden de cosas, el de Países Catalanes), considerándose impropio referirse a esas zonas con los nombres que sus propios habitantes les daban en cada momento como, por ejemplo, Vascongadas.

Cabe preguntarse también si la llamada nacionalista a la unidad frente al exterior, unida a las nuevas potencialidades y rentabilidades para las elites políticas en Cataluña y el País Vasco, ha producido un proceso parecido de crítica. Como hemos venido señalando, B. Anderson y otros muchos han probado la clara relación entre las construcciones identitarias y las elites que las dirigen, en particular, con sus burocracias. Su análisis no nos compete aquí directamente; una cosa es valorar —como hemos hecho en el capítulo 5— en qué claves ideológicas se movían sus padres fundadores y apuntar a algunas de las perspectivas que se cimentan desde tales concepciones de la pertenencia y de la nación, claros ejemplos de las identidades nacionalistas y exclusivistas que venimos criticando, y otra evaluar en qué medida se han definido en las políticas teóricas y prácticas de ambas zonas y en los pensamientos, sentimientos y conductas de pertenencia colectivas que se han ido potenciando.

Es claro, sin embargo, que cuando se defienden obvias falsedades como la caracterización de la Guerra Civil como una más de las invasiones multiseculares españolas (en paralelo a su caracterización franquista como nueva guerra de la independencia), muy a pesar de los requetés, Cambó o Pla, se afirma la perenne artificialidad de la identidad y la cultura españolas frente a la indiscutible realidad natural de la propia —negando así la posibilidad de que existan varias pertenencias en el pasado y en el presente, simultáneas o sucesivas, no digamos ya que se pueda cambiar de pertenencia, y negando a los propios antepasados de los siglos precedentes— o se mantienen núcleos esenciales de las construcciones de aquellos padres fundadores —recordemos otra vez que el premio a los Derechos Humanos en el País Vasco recibe el nombre de Sabino Arana—, es evidente que no se sitúan las perspectivas en un nivel suficientemente evolucionado de reflexión que lleve estas cuestiones de las vísceras a la razón y no se contribuye a generar realidades más pensables que manipulables.

La idea de que la nación escribe derecho con renglones torcidos que lleva a hacer de cualquier disenso en el pasado (o de lo que se entienda como disenso) una manifestación de lo protonacional —abarcando desde bandidos al integrismo carlista o al uso sin mayores implicaciones de la lengua— y a negar la participación en la identidad española de los «antepasados imaginarios», reflejando el pasado en claves de un enfrentamiento multisecular o de un aislamiento purificador, se proyecta también en la carencia de reflexiones sobre los rasgos más rígidos e intolerantes de los dos padres fundadores citados, una reflexión imprescindible, aunque sólo fuera para evaluar si esos componentes son esenciales o adventicios no en aquéllos, sino, en particular, en las concepciones propias.

Cabría postular, entonces, la existencia de un desnivel entre la desmitificación de las elaboraciones historiográficas nacionalistas sobre el pasado que articulaban la pertenencia española, unida al desvaimiento de sus construcciones identitarias, y el que se ha dado en estas otras construcciones nacionalistas. Llama poderosamente la atención el hecho de que en donde sí se han producido, el País Vasco, a las amenazas de muerte y los exilios forzados contra quienes representan esta línea, se haya añadido la hostilidad desde el Gobierno Vasco, lo que cabe suponer halla contribuido a mermar su capacidad de penetración colectiva. Todo esto implica unas repercusiones difíciles de evaluar, tanto en las visiones del mundo de las gentes y comunidades que se identifiquen con tales concepciones, como por su efecto en las demás, entre otras cosas porque si hay algo que ha probado la historia es que el poder del contagio no va siempre, para nuestra desgracia, de la racionalidad a la irracionalidad, sino al revés. El sueño posmoderno desde la historia acabada proyecta su pesimismo sobre un futuro de cambio y progreso, al menos en el sentido de un progreso que los humanos podamos timonear consciente y colectivamente, pero también su optimismo sobre un futuro que parece negar que pueda ir a peor.

Pero siendo más optimistas, no es imposible que tenga razón P. Vilar[3] cuando aseguraba en los años ochenta que España, a pesar de la frecuente consideración de atrasada con base en la situación económica del siglo XIX, puede aparecer en otros aspectos por delante del movimiento histórico. Fue la primera gran potencia imperial y culminó la pérdida de esta condición cuando sus vecinos se en-

3. P. Vilar, «Estado, nación, patria en España y en Francia», en *Estudios de Historia Social*, 28-29, 1984, pp. 7-41.

contraban pletóricos en este sentido; y, cuando éstos le han acompañado, apenas medio siglo después, y las viejas naciones-estado se han visto obligadas a replantear sus estructuras, España ya estaría a la búsqueda de un nuevo equilibrio entre sus autonomías que podría prefigurar lo que espera a Canadá, Bélgica y quizá a Francia o a Gran Bretaña.

Es evidente, sea como fuere, que lo que aquí planteamos se sitúa en el otro ámbito: el de quienes pensamos con Said que la crítica de las identidades colectivas es esencial para el cambio del mundo y para la construcción de una realidad tolerante que, también para Kant y para Pi y Margall y para tantos otros, tenía que ser necesariamente a escala de nuevo orden mundial. Y estamos seguros de que, paralelamente, un punto de partida así posibilita entender mucho mejor la historia y los cambios y evoluciones de las pertenencias de las colectividades humanas.

Decía Montaigne que nadie está exento de decir estupideces, que lo malo es decirlas con pretensión; de la misma manera, nadie está exento de haberse sentido parte a lo largo de su vida de «identidades asesinas», ni las colectividades de haberlo sido o de llegar a serlo, lo malo es no ser conscientes ni capaces de cambiarlas. En otra reflexión memorable, Renan (1983, p. 40) decía: «Suelo decirme yo que sería el más insoportable de los hombres un individuo que tuviera aquellos defectos considerados en las naciones como cualidades: un individuo que se alimentara de vanaglorias, que fuera envidioso, egoísta, pendenciero, que nada supiera soportar sin sacar la espada»; esta extraña paradoja apunta, más allá de la intención de su autor, a cuánto deben las pasiones nacionales a la proyección en ellas de la persona inatacable, formidable e inmortal que no somos y, quizá, de la esperanza de encontrar en el grupo de pertenencia la identidad formidable que, por alguna razón, echamos de menos en nosotros mismos.

Seguramente parte esencial de la tarea futura es proyectar en las colectividades y las identidades, incluyendo por supuesto y muy especialmente aquélla o aquellas que se piensan y se viven como propias, si no un desagrado similar ante pretensiones que serían tan lamentables (y de mal gusto) individualmente, por lo menos una actitud que no ensalzara tales objetivos, para lo cual sería bueno empezar por mirar al pasado con una mirada distinta que la que identifica los auges con las dominaciones, y las faltas de hegemonía o poder en el presente y en el pasado como fracasos colectivos o decadencia.

La guerra y la violencia, como se viene apuntando desde, como mínimo, R. Altamira, no pueden ser el eje de nuestras interpretaciones, por más que hayamos de estudiarlas y de estudiar cómo sí lo han sido desde las perspectivas historiográficas de las que las españolas que hemos visto aquí han formado parte. Y una nueva historia no debe ser sólo una historia en la que las guerras no sean las centrales y en las que se reflexione sobre los factores que realmente definen a las sociedades humanas —desde las relaciones de poder a los intercambios y contactos o la dominación de género—, sino también analizar las identidades colectivas, Estados, naciones, desde la perspectiva contraria a la de su destino manifiesto y necesario, esto es, desde las puras y cambiantes contingencias históricas que les dieron lugar, incluyendo, por poner un ejemplo, característico más que caricatu-

resco, las eventualidades de las técnicas y habilidades matrimoniales y reproductivas de las familias reales —tan claves, por ejemplo, para la dispersión territorial de la Corona de Aragón o para la absorción de la España de los Reyes Católicos por los intereses de los Austrias.[4]

Es evidente también que otro factor a contemplar debería ser, por último, la manera en la que a lo largo de los siglos y de los milenios desde los diferentes poderes se han moldeado los sentimientos y relaciones de pertenencia, y en particular sus componentes ligados a la agresividad, el odio y la violencia, para la construcción y mantenimiento de identidades colectivas; esto, natural y lógicamente, debería incluir también la reflexión sobre la historia y las historias nacionales que se han escrito y que se han enseñado.

Una nueva historia así no generará automáticamente otras formas de vivir o de pensar las pertenencias, pero es quizá una precondición para hacerlo, parte de una necesidad sentida por cada vez más personas. Parafraseando una frase de la Introducción, la historia y otros saberes humanísticos han tenido y tienen un papel esencial a la hora de criticar falsas creencias como lo «natural» de las divisiones de género o de las naciones, de la misma manera que un día tuvieron implícita o explícitamente la de afirmarlas, ofrecer racionalidad y control en lugar de opacidad y manipulación.[5]

Me consta que puede ser malentendido pero cambiando el término amor por un conjunto más amplio de conceptos que incluirían solidaridad, humanidad o compasión, tiene razón Caro Baroja cuando afirmaba, en medio de un drama colectivo de violencia e irracionalidad que vivía con angustia como propio: «Y la única posibilidad de creer en unidades, identidades y cosas por el estilo es cultivar el amor».[6]

En cualquier caso, lo que hemos pretendido más centralmente aquí es, como decía antes, abrir caminos para el conocimiento de las claves historiográficas de interpretación del pasado y de la Antigüedad en la cultura española desde el siglo XVI en adelante y asistir al nacimiento y final del modelo esencial con el que se articularon. Espero haber convencido al lector de que la mirada desde la perspectiva de un Mundo Antiguo que es esencial en el modelo de interpretación de la historia de España que se solidifica en el siglo XVI no ha sido una limitación grave para sus objetivos.

De otra limitación sí que no cabe duda: hemos tratado de poner de relieve, quizá incluso *ad nauseam*, sus profundas conexiones con lo que ocurre en otras zonas de Europa, pero no nos hemos propuesto paralelizar las construcciones historiográficas de la identidad española y sus visiones de la historia (y de la historia antigua) con las de los restantes países europeos a lo largo de este tiempo. Tanto queda por hacer.

4. Véase en particular las páginas finales de J. Fontana, *La historia de los hombres*, Barcelona, 2001.

5. Véase, en este sentido, la obra de Norbert Elias, bien reflejada por S. Mennell, *Norbert Elias, an Introduction*, Oxford, 1992.

6. Julio Caro Baroja, *El laberinto vasco*, Madrid, 1986, p. 107.

FUENTES CITADAS

Alberti, R., *Numancia,* Madrid, 1975.
Almagro Basch, M., «Nuevas cuestiones científicas sobre la unidad de España», en *Arbor*, 1950, pp. 39-45.
Almagro Basch, M., *Origen y formación del pueblo hispano*, Barcelona, 1958.
Almirall, V., *España tal como es*, prólogo de A. Jutglar, Barcelona, 1983 (1.ª ed., 1886).
Altamira y Crevea, R., *La enseñanza de la historia*, Madrid, 1891 (2.ª ed., 1895 y reed. de R. Asín Vergara, Madrid, 1997).
—, *Cuestiones modernas de historia*, Madrid, 1904.
—, *Historia de España y de la civilización española*, Barcelona, 1906-1911 (vols. I-II: 2.ª ed. corregida y aumentada de1909; vol. III; 1906; vol. IV; 1911). Hay una reedición con prólogo de J. M. Jover y estudio introductorio de Rafael Asín, 2 vols., Madrid, 2001.
—, *Psicología del Pueblo Español*, Madrid, 1917 (1.ª ed., 1902).
—, *Valor social del conocimiento histórico*, Madrid, 1922.
Antonio, Nicolás, *Censura de historias fabulosas*, Gregorio Mayans i Siscar, Valencia, 1742.
Arana, S., *Obras completas*, 3 vols., San Sebastián, 1980, 2.ª ed.
Aulestia i Pijoan, A., *Història de Catalunya*, Barcelona, 1887.
Balaguer, V., *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, Barcelona, 1860.
Barbero, A., M. Vigil,, *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona, 1974.
—, *La formación del feudalismo en la península Ibérica*, Barcelona, 1978.
Bofarull, P., *Historia crítica (civil y eclesiástica) de Cataluña*, Barcelona, 1876-1878.
Bosch Gimpera, P., «Ensayo de una reconstitución de la etnología prehistórica de la península Ibérica», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander, 1922.
—, «Los pueblos primitivos de España», en *Revista de Occidente,* 9, 1925, pp. 153-190.
—, *Etnològia de la peninsula Iberica*, Barcelona, 1932.
—, Prólogo a Luis Carretero, *Las nacionalidades españolas*, México, 1952.
—, «El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España», en *Paleoetnología de la península Ibérica. Colección de trabajos sobre los celtas, iberos, vascos, griegos y fenicios*, Graz, 1974, pp. 3-468 (1.ª ed., México, 1944).
—, *El problema de las Españas*, Málaga, 1996 (1.ª ed., México, 1981); incluye «España» (Lección en la Universidad de Valencia de 1937-1938) y «La España de todos».
Cánovas del Castillo, A., *Geología y protohistoria ibéricas*, Discurso de contestación al ingreso de D. Juan Vilanova y Piera en la RAH, 29 de junio de 1889, Madrid, 1889.
—, *Discurso sobre la Nación*, con Introducción de A. de Blas. Ateneo de Madrid, 6 de noviembre de 1882, Madrid, 1997.

Caro Baroja, J., «Organización social de los pueblos del norte de la península Ibérica en la Antigüedad», en *Legio VII Gemina*, León, 1970, pp. 12-62.

—, «La "realeza" y los reyes en la España Antigua» en A. Tovar y J. Caro Baroja, *Estudios sobre la España Antigua*, Madrid, 1971.

—, *Los pueblos del norte de la península Ibérica (análisis histórico-cultural)*, San Sebastián, 1973, 2.ª ed. (1.ª ed., 1943).

—, *Los pueblos de España*, dos vols. Madrid, 1975 (1.ª ed., 1946).

—, «Regímenes sociales y económicos de la España prerromana», en *Ciclos y temas de la historia de España. España antigua (Conocimiento y fantasías)*, Madrid, 1986*a*, pp. 35-113 (primero en *Revista Internacional de Sociología,* 1, 1943, pp. 149-190; vol. II, pp. 285-317).

—, «Sobre el estudio económico de la España antigua», en *Ciclos y temas de la historia de España. España antigua (Conocimiento y fantasías)*, Madrid, 1986*b*, pp. 115-133 (originalmente en Tarradell, *Estudios de economía antigua de la península Ibérica*, Barcelona, 1968, pp. 11-17).

Carretero, L., *La cuestión regional de Castilla la Vieja*, Segovia, 1918.

— *Las nacionalidades españolas*, México, 1952.

Cervantes, Miguel de, *Numancia*, R. Marrast, Madrid, 1984.

—, *El Ingenioso hidalgo D Quijote de la Mancha,* Vicente Gaos, Madrid, 1987.

Cossío, J. B., *Aproximación a la pintura española*, Madrid, 1985 (ed. original, 1884).

Costa, J., *Organización política, civil y religiosa de los celtíberos*, Madrid, 1879.

—, *Estudios Ibéricos (La servidumbre entre los iberos. Litoral ibérico del Mediterráneo en el siglo VI-V antes de Jesucristo)*, Madrid, 1891-1895.

—, *Oposiciones a la cátedra de historia de España de la Universidad de Madrid. Programa y método de enseñanza*, prólogo de I. Peiró, Zaragoza, 1996.

Fernández Guerra, A., E. de Hinojosa, J. de D. de la Rada y Delgado, *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*, Madrid, 1890.

Fernández y González, F., *Pobladores históricos de la península Ibérica* (incompleta), Madrid.

Ferreras, Juan de, *Synopsis histórica-chronológica de España*, 16 vols., Francisco de Vila Diego, Madrid, 1700-1727.

Flórez, E., *España sagrada. Teatro geográfico histórico de la Iglesia de España. Origen, divisiones y límites de todas sus provincias...*, 29 vols., Madrid, 1747-1775.

Forner, J. P., *Discursos sobre el modo de escribir y de mejorar la historia de España*, ed., F. López, Barcelona, 1973 (original Madrid, 1816, 1843).

Fouillée, A., *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*, Madrid, 1903.

García y Bellido, A., «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma», en *Hispania*, 5, 1945*a,* pp. 547-604.

—, *España y los españoles hace dos mil años según Estrabón*, Madrid, 1945*b*.

—, *La España del s. I de n. e. (según P. Mela y C. Plinio)*, Madrid, 1947.

Garibay y Zamalloa, E., *Los cuarenta libros del compendio historial de las Crónicas y universal historia de todos los reinos de España*, Amberes, 1571. Reedición en Barcelona, 1628, S. de Comellas, ed.

—, *Ilustraciones genealógicas de los Católicos Reyes de las Españas y de los Christianissimos de Francia, y de los Emperadores de Constantinopla hasta el Catholico Rey nuestro Señor Don Philipe el II*, Madrid, 1596.

—, «Memorias de Garibay», en *Memorial Histórico Español,* 17, 1854, pp. I-626.

—, *Grandezas de España: noticias de los títulos y casas ilustres de ella y otras particularidades.*

Gebhardt y Coll, V., *Historia general de España y de sus Indias*, 7 vols., Madrid, Barcelona, La Habana, 1863-1864.

Giménez Soler, A., *La España primitiva según la filología*, Zaragoza, 1913.

Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, París, 1853-1855.

Godoy Alcántara, J., *Historia crítica de los falsos Cronicones*, Madrid, 1868 (reedición en Madrid, 1981).

Gómez Moreno, M., *Misceláneas. Historia, arte, arqueología. I La Antigüedad*, Madrid, 1949.

Gonzalo Morón, F., *Curso de historia de la civilización de España, lecciones pronunciadas en el Liceo de Valencia y en el Ateneo de Madrid en los cursos de 1840-1841 por el profesor de historia en ambos establecimientos literarios*, 6 vols., Madrid, 1841-1846.

Guizot, F.,, *Historia de la civilización en Europa (desde la caída del Imperio romano hasta la Revolución francesa)*, Madrid, 1972 (1.ª ed., París, 1828; 1.ª trad. 1839).

Hamel, Victor Du, *Historia constitucional de la monarquía española desde la invasión de los bárbaros hasta la muerte de Fernando VII*, Madrid, 1845-1846, pp. 411-1835.

Huerta y Vega, Vicente, *Historia de la España primitiva. Historia de sus reyes y monarcas desde su población hasta Cristo*, Madrid, 1738.

Humboldt, W. von, *Los primitivos habitantes de España. Investigaciones con ayuda de la lengua vasca*, Madrid, 1990 (Berlín, 1821; 1.ª trad., 1879).

Hume, M., *The Spanish People: their Origin, Growth and Influence*, Londres, 1901 (hay trad. cast.: *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*, Madrid).

Kant, E., *Filosofía de la historia*, México, Madrid, Buenos Aires, 1984 (1784-1794).

Lafuente y Zamalloa, M., *Historia general de España desde los tiempos primitivos a nuestros días*, Madrid, 1869 (1.ª ed., 1850-1867).

—, *Viajes de fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda, y orillas del Rin*, Madrid, 1869.

Luna, M. de, *Verdadera historia del rey D. Rodrigo*, Granada, 1592.

Mariana, Juan de, *Historia general de España*, Toledo, 1601 (aquí ed. facsímil de *Obras del P. Juan de Mariana*, Madrid, 1854, con un discurso preliminar de F. Pi y Margall en la Biblioteca de Autores Españoles, vols. XXX y XXXI, Madrid, 1950).

—, *Del rey y de la institución real*, en *Obras del P. Juan de Mariana*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. XXXI, Madrid, 1950*a*, pp. 463-576.

—, *Discurso de las cosas de la Compañía*, en *Obras del padre Juan de Mariana*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. XXXI, Madrid, 1950*b,* pp. 595-617.

—, *Tratado contra los juegos públicos*, en *Obras del P. Juan de Mariana*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. XXXI, Madrid, 1950*c*, pp. 413-462.

—, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellon que al presente se labra en Castilla, y de algunos desórdenes y abusos*, también en *Obras del P. Juan de Mariana*, Biblioteca de Autores Españoles, XXXI, Madrid, 1950*d*, pp. 577-593.

Martínez Marina, F., *Teoría de las Cortes o Grandes Juntas Nacionales de los Reinos de León y Castilla. Monumento de su constitución política y de la soberanía del pueblo*, Madrid, 1813 (1979, Pérez Prendes, ed.).

—, *Discurso sobre el origen de la Monarquía y sobre la naturaleza del gobierno español.* Madrid, 1813 (1957, Maravall, ed.).

Martínez Santa-Olalla, J., *Esquema paleoetnológico de la península Ibérica*, Madrid, 1946, 2.ª ed.

Masdeu, J. F., *Historia crítica de la cultura española*, 20 vols., Madrid, 1783-1805.

Menéndez Pelayo, M., *Antología general*, vol. II, ed. J. M. Sánchez de Muniain, dos vols. Madrid, 1956.

Menéndez Pidal, R., *Los españoles en la historia, cimas y depresiones en la curva de su vida política*, Madrid, 1971, 2.ª ed. (original de 1951).
—, «Introducción a la Historia de España», vol. II, *España romana (218 a. C.-414 d. de C.)*, vol. II, Madrid, 1982, pp. IX-XL (1.ª ed., 1947).
Merry y Colon, M., *Historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, 6 vols., Sevilla, 1886-1888.
Morales, Ambrosio de, *La Coronica General de España que continuava..., natural de Cordova, Coronista del Rey Catholico nuestro señor don Philipe segundo deste nombre, y cathedratico de Rethorica en la Universidad de Alcalá de Henares. Prossiguiendo adelante de los cinco libros, que el Maestro Florián de Ocampo Coronista del Emperador don Carlos V. dexó escritos*. Alcalá de Henares, 1574. Se cita por *Las Glorias nacionales. Grande historia universal de todos los Reinos, provincias, islas y colonias de la monarquía española, desde los tiempos primitivos hasta el año de 1852*, Barcelona, 1852, doctor Manuel Ortiz de la Vega, ed. (= Patxot i Ferrer).
—, *Antigüedades de las ciudades de España Que van nombradas en la Coronica, con la averiguacion de sus sitios, y nombres antiguos. Que escreuia... natural de Cordoua, Coronista del Rey Catholico nuestro señor don Philipe segundo deste nombre, y cathedratico de Thetorica en la Vniuersidad de Alcala de Henares. Con un discurso general, donde se enseña todo lo que a estas aueriguaciones pertenece, para bien hazerlas y entender las antiguedades...*, Alcalá de Henares, 1575, Reproducción facsímil en Librerías París-Valencia, Valencia, 1996 (aunque adscrita por error a F. de Ocampo).
Morayta y Sagrario, M., *Historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, 9 vols., Madrid, 1886-1898.
—, *La libertad de cátedra. Sucesos universitarios de Santa Isabel*, Madrid, 1911.
Newton, Isaac, *The Chronologies of Ancient Kingdoms Amended*, 1728, en S. Horsley, ed., *Isaaci Newtoni Opera quae Extant Omnia*, Londres, 1779-1787.
Nonii, Ludovico, «Descripción de España» en A. Schott, *Hispania Illustrata*, vol. IV, Francfurt, 1603-1605.
Ocampo, Florián de, *Los cinco libros primeros de la Coronica general de España que recopilaua el maestro Florian de Ocampo, coronista del Rey nuestro señor, por mandado de su Magestad, en Zamora*, Medina del Campo, 1553. Se cita por *Las glorias nacionales. Grande historia universal de todos los reinos, provincias, islas y colonias de la monarquía española, desde los tiempos primitivos hasta el año de 1852*, Barcelona, 1852, doctor Manuel Ortiz de la Vega, ed. (= Patxot i Ferrer).
Oliveira Martins, J. P., *Historia de la civilización ibera*, prólogo de J. A. Maravall, Madrid, 1972 (original de 1879).
Ortega y Gasset, J., «Para un libro no escrito»; «Teoría de Andalucía y otros ensayos»; «Las Atlántidas», en *Obras completas*, vol. III (1917-1928), Madrid, 1966, 6.ª ed., pp. 558 y ss., 110 y ss., 281 y ss.
Patxot, F. (= Ortiz de la Vega), *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, Madrid-Barcelona, 1857.
Pemán, J. M., *La historia de España contada con sencillez*, Cádiz, Madrid, 1939.
Pericot García, L., *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica*, Barcelona, 1925.
—, *Historia de España. Gran historia general de los pueblos hispanos*, vol. I, *Épocas primitiva y romana*, Barcelona, 1958, 3.ª ed. (1.ª ed., 1934-1935).
Pi y Margall, F., *Las nacionalidades*, Madrid, 1997 (original de 1876).
Prat de la Riba, E., *La nacionalidad catalana*, 1998 (ed. bilingüe de Madrid, original 1906).

—, *Obra completa*, J. Balcells, J. M. Ainaud, eds., 3 vols., Barcelona, 1998-2000.
Renan, E., *¿Qué es una nación?*, estudio preliminar de R. Fernández Carvajal, Madrid, 1983, (2.ª ed., original de 1882).
Ríos, Amador de los, *El arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guarrazar. Ensayo histórico-crítico*, Madrid, 1861.
—, *Historia crítica de la literatura española*, Madrid, 1861-1865, 7 vols. (hay una reed. facsímil, Madrid, 1969).
Rodríguez de Berlanga, M., *Los bronces de Lascuta, Bonanza y Aljustrel*, Málaga, 1881.
Rodríguez Mohedano, R y P., *Historia literaria de España*, Madrid, 1766-1791.
Rojas, M. R., *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, 1909.
Romey, C., *Historia de España desde el tiempo primitivo hasta el presente*, 4 vols., Barcelona, 1839-1845 (París, 1839-1850).
—, *Chateubriand Profeta*, Barcelona, 1849.
Sales y Ferré, M., *El hombre primitivo y las tradiciones orientales*, Sevilla, 1881.
—, *Compendio de historia universal. Edad prehistórica y periodo oriental*, Sevilla, dos vols., Madrid, 1883-1885.
Sánchez Albornoz, C., «Ruina y extinción del municipio romano en España e instituciones que le reemplazan», en *Estudios visigodos* (= *Studi Storici del Istituto Storico Italiano per il Medio Evo*, 78-79), Roma, 1971, pp. 9-147 (orig. Buenos Aires, 1943).
—, *España. Un enigma histórico*, dos vols., Buenos Aires, 1973, 3.ª ed. (1.ª ed. 1956).
Schulten, A., *Historia de Numancia*, Barcelona, 1945*a* (a partir del original de Munich, 1933).
—, *Tartessos. Contribución a la historia antigua de Occidente* Madrid, 1945*b*, 2.ª ed.
—, *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Madrid, 1962 (1.ª ed., 1943).
Torras i Bagés, J., *La tradició catalana*, Barcelona, 1892 (hay trad. cast.: Barcelona, 1988).
Tovar, A., *El imperio de España*, Madrid, 1941, 4.ª ed., p. 18.
— «Consideraciones sobre la España Antigua» en A. Tovar y J. Caro Baroja, *Estudios sobre la España Antigua*, Madrid, 1971, pp. 9-76.
Valdeflores, marqués de, ver Velázquez de Velasco, Luis José.
Velázquez de Velasco, Luis José, *Anales de la nacion española desde el tiempo más remoto hasta la entrada de los Romanos: sacados únicamente de los escritores originales, y monumentos contemporaneos...*, Málaga, 1759.
Vicens Vives, J., *Historia social y económica de España y América*, 5 vols., Barcelona, 1957-1959.
—, *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, 1962, 3.ª ed.
Vilanova y Piera, J., *Historia de nuestro planeta: protohistoria*, Discurso leído en la RAH el 29 de junio de 1889, Madrid, 1889.
Vilanova y Piera, J., J. de D. de la Rada y Delgado, *Geología y protohistoria ibéricas*, Madrid, 1890.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Abellán, J. L., *Historia crítica del pensamiento español*, 8 vols., Barcelona, 1993, 2.ª ed.

Alberola, A., ed., *Estudios sobre R. Altamira*, Alicante, 1987.

Álvarez Junco, J., «La invención de la Guerra de la Independencia», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 12, 1994, pp. 75-99.

—, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, 2001.

Álvarez Martí-Aguilar, M., *La Antigüedad en la historiografía española del siglo XVIII: el marqués de Valdeflores*, Málaga, 1996.

—, «Modelos historiográficos e imágenes de la Antigüedad: el cerco de Numancia de Miguel de Cervantes y la historiografía sobre la España antigua en el siglo XVI», en *Hispania Antiqua* 21, 1997, pp. 545-570.

—, *La imagen de Tartesos en la historiografía española (siglos XVI-XX)*, tesis doctoral en prensa, Málaga, 2000.

Anderson, B., *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, 1997, 2.ª ed.

Antichisti e Impero Fascista, Bari, 1979.

Aranzadi, J., *Milenarismo vasco. Edad de Oro, etnia y nativismo*, Madrid, 2000, 2.ª ed.

Arce, J., Olmos, R., eds., *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991.

Aróstegui, J., «Estudio preliminar», en A. Pirala y Criado, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, vol. I: *Desde la regencia de Urgel hasta la dimisión de Zumalacárregui*, Madrid, 1984, pp. VII-LXVIII.

Asín Vergara, R., «La obra histórica de Rafael Altamira», en A. Alberola, ed., *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, 1987, pp. 369-394.

—, Estudio introductorio a la reedición de R. Altamira y Crevea, *Historia de España y de la civilización española*, Madrid, 2001, vol. I, pp. XXXI-CVIII.

Ayarzagüena Sanz, M., «Historiografía española referida a la Edad de Piedra desde 1868 hasta 1880», en J. Arce, R. Olmos, eds., *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Congreso Internacional, 13-16 de diciembre de 1988, Madrid, 1991, pp. 69-72.

—, *La arqueología prehistórica y protohistórica española en el s. XIX* (tesis en microficha), Madrid, 1992.

—, «La Sociedad Antropológica Española (SAE) y el nacimiento de la ciencia prehistórica en España», en G. Mora y M. Díaz-Andreu, eds., *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, 1997, pp. 295-301.

Azurmendi, M., *Y se limpie aquella tierra. Limpieza étnica y de sangre en el País Vasco (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, 2000.
Balcells, J., prólogo a E. Prat de la Riba, *Obra completa*, Barcelona, 1998, vol. I.
Baldó Lacomba, M., «El plan de estudios de 1900 y la renovación de la enseñanza de la historia» en *Las universidades hispánicas de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal*, Salamanca, 2001, pp. 59-75.
Barreiro Fernández, X. R., «A historia da Historia. Aproximacion a unha historiografia galega: de Murguía a Risco», en J. G. Beramendi, ed., *Galicia e la historiografia*, Santiago de Compostela, 1993, pp. 187-208,
Batllori, M., *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, 1966.
Beltrán, J., Belén, M., eds., *La Antigüedad como argumento*, III, Sevilla, en prensa.
Beltrán, J., F. Gascó, eds., *La Antigüedad como argumento. Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*, Sevilla, 1993.
Beramendi, J. G., R. Máiz, X. M. Núñez, eds., *Nationalim in Europa. Past and Present*, dos vols., Santiago de Compostela,1994.
Beramendi, J. G., *Vicente Risco no nacionalismo galego*, vol. I: *Dos Orixes a afirmación plena*; II: *Escision, unidade, excision*, Santiago de Compostela, 1981.
—, ed., *Galicia e la historiografia*, Santiago de Compostela, 1993.
Bermejo Barrera, J. C., «Los antepasados imaginarios en la historiografía gallega», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 38, 103, 1989, pp. 73-91.
Bernal, M., *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, vol. I, *La invención de la Antigua Grecia, 1785-1985*, Barcelona, 1993.
Blas Guerrero, A., *Tradición republicana y nacionalismo español, 1876-1930*, Madrid, 1991.
Boyd, C. P., *Historia Patria. Politics, History, and National Identity in Spain, 1875-1975*, Princeton, 1997 (hay trad. cast.: *Historia patria: política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Barcelona, 2000).
Canfora, L., *Ideología de los estudios clásicos*, Madrid, 1991.
Carandini, A., *Arqueología y cultura material*, Barcelona, 1984.
Caro Baroja, J., «El mito del "carácter nacional" y su formación con respecto a España», en *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Madrid, 1970, pp. 69-135.
—, *Los vascos y la historia a través de Garibay. Ensayo de biografía antropológica*, San Sebastián, 1972, 2.ª ed.
—, *El laberinto vasco*, Madrid, 1986.
—, *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*, Barcelona, 1991.
Carreras Ares, J. J., «Altamira y la historiografía europea», en A. Alberola, ed., *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, 1987, pp. 395-413.
—, Presentación a I. Peiró, 1995, pp. 7-10.
—, «El colonialismo de fin de siglo», en *Razón de historia. Estudios de historiografía*, Madrid, 2000, pp. 259-192.
Casassas i Ymbert, J., «Pere Bosch Gimpera: la virtut de l'oportunitat» en *Pere Bosch Gimpera i el Museu Arqueològic de Barcelona*, 1986, pp. 23-29.
Castoriadis, C., *El ascenso de la insignificancia*, Madrid, 1998.
—, *Figuras de lo pensable*, Madrid, 1999.
Catalán, D., «La invención de España en su historiografía: de objeto a sujeto de la historia», Ensayo introductorio a R. Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, Madrid, 1982, pp. 9-67.
Cepeda, J. «La historiografía», en *Menéndez Pidal, Historia de España*, vol. XXVI, 1, pp. 523-643.

Cirot, G., *Les histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556). Études sur l'historiographie espagnole par...*, Burdeos, 1905*a*.
—, *Mariana Historien*, Burdeos, 1905*b*.
Cirujano Martín, P., T. Elorriaga Planes, J. S. Pérez Garzón, *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, CSIC, Madrid, 1985.
Comas, J., ed., *In Memoriam Pedro Bosch-Gimpera 1891-1974*, México, 1976.
Corcuera Atencia, J. L., *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco 1876-1904*, Madrid, 1979.
Cortadella i Morral, J., «M. Almagro Basch y la idea de la unidad de España», *Studia Historica*, 6, 1988, pp. 17-25.
—, *La història antiga en la historiografia catalana*, T. D. Barcelona, 1991*a* (pub. sólo en microficha).
—, «La formación académica de Bosch Gimpera: de la filología griega a la protohistoria peninsular», en J. Arce, y R. Olmos, coords., *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Congreso Internacional, pp. 13-16, de diciembre de 1988, Madrid, 1991*b*, pp. 161-166.
—, «El profesor Nino Lamboglia (1912-1977) y la arqueología clásica en España» en G. Mora y M. Díaz-Andreu, eds., *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, 1997, pp. 553-563.
—, «Pasado mítico y pasado histórico en diversas tradiciones historiográficas españolas», en *Actas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Vitoria-Gasteiz, 1994 (pub. en pre-actas), en prensa, pp. 314-323.
Cruz Andreotti, G., «Un acercamiento historiográfico al Tartessos de Schulten», en *Baetica*, 10, 1987, pp. 227-240.
—, «Schulten y el carácter tartesio, en J. Arce, R. Olmos, eds., *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, pp. 145-148.
Cruz Andreotti, G., F. Wulff Alonso, «Fenicios y griegos en la historiografía ilustrada española, Masdeu», en *Rivista di Studi Fenici*, 20, 2, 1992, pp. 162-174.
—, «Tartessos, de la historiografía del XVIII a la del XX, creación, muerte y resurrección de un pasado utópico», en J. Beltrán Fortes y F. Gascó Lacalle, eds., *La Antigüedad como argumento, historiografía de la arqueología e historia antigua en Andalucía*. Sevilla, 1995, pp. 135-152.
Cuenca Toribio, J. M., *Estudios sobre la Iglesia española del XIX*, Madrid, 1973.
—, *Iglesia y burguesía en la España liberal*, Madrid, 1979.
—, *Intelectuales y políticos contemporáneos*, Sevilla, 1992.
Cuesta Fernández, R., *Sociogénesis de una disciplina escolar: la historia*, Barcelona, 1997.
Díaz-Andreu, M., «Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios de la Junta de Ampliación de Estudios: Bosch Gimpera», *Madrider Mitteilungen* 36, 1995, pp. 79-89.
— «Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas», en *Madrider Mitteilungen*, 37, 1996, pp. 205-224.
—, «Nación e internacionalización. La Arqueología en España en las tres primeras décadas del siglo XX», en G. Mora y M. Díaz-Andreu, eds., *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga, 1997, pp. 403-416.
—, «Prehistoria y franquismo», en G. Mora y M. Díaz-Andreu, eds., *La cristalización del*

pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España, Málaga, 1997, pp. 547-551.
Díez del Corral, L., *El liberalismo doctrinario*, Madrid, 1984, 4.ª ed. (1.ª ed., 1945).
Dubois, C.-G., *Celtes et Gaulois au XVIe siècle. Le développement littéraire d'un mythe nationaliste*, París, 1972.
—, «"Nos ancêtres les Gaulois". Le développpement d'un mythe, des origines nationales au 16e siècle», en P. Vialleneix y J. Ehrard, eds., *Nos ancêtres les Gaulois*, Actes du Colloque International de Clermont-Ferrand, Clermont-Ferrand, 1982, pp. 19-27.
Duplá Ansuategui, A., «Notas sobre fascismo y Mundo Antiguo en España», *Rivista di storia della storiografia moderna* 13.3, 1992, pp. 199-218.
—, «El franquismo y el Mundo Antiguo. Una revisión historiográfica», en C. Forcadell y I. Peiró, eds., *Historiografía española contemporánea*, Zaragoza, en prensa.
Duplá, A., Emborujo, A., «El vasco-cantabrismo: mito e ideología en la historiografía sobre el País Vasco en la Antigüedad», en *I Congreso Internacional sobre Historiografía de la Arqueología e Historia Antigua en España*, Madrid, 1988, pp. 107-111.
Elorza, A., *Ideologías del nacionalismo vasco, 1876-1937 (de los «euskaros» a Jagi Jagi)*, San Sebastián, 1978.
—, «Los nacionalismos en el Estado español contemporáneo: las ideologías», *Estudios de Historia Social*, 28-29, 1984, pp. 149-168.
—, *La religión política. El nacionalismo sabiniano y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismo*, San Sebastián, 1995.
Fanjul, S., *Al Andalus contra España*, Madrid, 2000.
Fernández Sebastián, J.,, «España, monarquía y nación. Cuatro concepciones de la comunidad política española entre el Antiguo Régimen y la revolución liberal», en *Studia Historica, Historia Contemporánea*, monográfico *Estudios sobre nacionalismo español*, 12, 1994, pp. 45-74.
Ferrer Albelda, E., *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la historia de España*, Sevilla, 1996.
Fontaine, J., CH. Pellistrandi, eds., *L'Europe héritière de l'Espagne Wisigothique*, Madrid, 1992.
Fontana, J., *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982.
—, «El concepto de historia y de enseñanza de la historia de Rafael Altamira», en A. Alberola, ed., *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, 1987, pp. 415-423.
—, *La historia de los hombres*, Barcelona, 2001.
Fox, I., *La invención de España, nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, 1997.
Fueter, E., *Historia de la historiografía moderna*, Buenos Aires, 1953.
Fusi, J. P., *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Madrid, 1984.
—, *Un siglo de España. La cultura*, Madrid, Barcelona, 1999.
Galán, A., *Una visión de la «decadencia española». La historiografía anglosajona sobre mudéjares y moriscos (siglos XVIII-XX)*, Málaga, 1991.
García Cárcel, R., *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, 1992.
García de Cortázar, J. A., ed., *La memoria histórica de Cantabria*, Santander, 1996.
García Quintela, M. V., «Les peuples indigenes et la conquete romaine de la Espagne. Essai de critique historiographique», en *Dialogues d'Histoire Ancienne* 16, 2, 1990, pp. 181-210.
Gascó, F., Beltrán, J., eds., *La Antigüedad como argumento. II, Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*, Sevilla, 1995.
Gil Fernández, L., *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, 1981.

González Cuevas, P. C., «Charles Maurras en Cataluña», en J. Varela, P. C. González Cuevas y E. Storn, *Intelectuales y nacionalismo*, Madrid, 1997, pp. 45-106.
González de Molina Navarro, «El movimiento campesino andaluz: problemas en la interpretación tradicional», en *Historia y Fuente Oral*, 8, *Andalucía. Invención y realidad*, 1992, pp. 25-54.
González Rodríguez, J., *La idea de Roma en la historiografía indiana (1492-1550)*, Madrid, 1981.
González Rodríguez, M. C., «Indígenas y romanos en el territorio del País Vasco», en *Actas del II Congreso Mundial Vasco, t. I: De los orígenes a la cristianización*, Bilbao, 1998, pp. 143-162.
Gooch, G. P., *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, 1942 (1.ª ed., 1913).
Gran-Aymerich, E., *El nacimiento de la arqueología moderna, 1798-1945*, Zaragoza, 2001.
Granja, J. L., *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Madrid, 1995.
Greenwood, D. J., «Julio Caro Baroja: sus obras e ideas», *Ethnica*, 2, 1971, pp. 79-97.
Hazard, P., *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, 1991.
Herrero, J., *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, 1988.
Hidalgo, M. A., J., D. Pérez, M. J. R. Gervás, eds., *«Romanización» y «Reconquista» en la península Ibérica: nuevas perspectivas*, Salamanca, 1998.
Hina, H., *Castilla y Cataluña en el debate cultural (1714-1939)*, Barcelona, 1986.
Hobsbawm, E. J., *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, 1995.
Hobsbawn, E. J., T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983 (hay trad. cat.: *L'invent de la tradició*, Vic, 1988; y trad. cast.: *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 2002).
Jover Zamora, J. M., «Sobre los conceptos de monarquía y nación en el pensamiento político español del siglo XVII», en *Cuadernos de Historia de España*, 13, 1950, pp. 101-150.
—, «Panorama of Current Spanish Historiography», en *Cahiers d'Histoire Mondiale* 6, 3, 1961, pp. 1.023-1.028.
—, «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, 1976, pp. 217-247.
—, «Prólogo», en *Menéndez Pidal, Historia de España*, vol. XXXIV: *La era isabelina y el sexenio democrático*, Madrid, 1981.
—, «Carácteres del nacionalismo español, 1854-1874», en JUH. Retschke, ed., *Posibilidades y límites de una historiografía nacional. Actas del Simposio*, 8-12 de marzo de 1983, Madrid, 1984, pp. 355-374.
—, Prólogo a la reedición de R. Altamira y Crevea, *Historia de España y de la civilización española*, Madrid, 2001, I, pp. VII-XXIX.
Jover Zamora, J. M., G. Gómez-Ferrer, «Razón y sensibilidad», J. M. Jover Zamora, G. Gómez-Ferrer y J. P. Fusi Aizpurúa, *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX y XX)*, Madrid, 2001, pp. 73-99.
Juaristi, J., *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, 1987.
—, *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*, Madrid, 1992.
—, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, 1997.
—, *El chimbo expiatorio. La invención de la tradición bilbaína, 1876-1939*, Barcelona, 1999.
—, *El bosque originario*, Madrid, 2000*a*.
— *Sacra Nemesis. Nuevas historias de nacionalistas vascos*, Barcelona, 2000*b*.
Jutglar, A., prólogo a V. Almirall, *España tal como es*, Barcelona, 1983 (1.ª ed., 1886).

Linz, J., «Los nacionalismos en España: una perspectiva comparada», *Historia y Fuente Oral*, 7, 1992, pp. 127-135.
López, F., *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII siècle*, Burdeos, 1976.
López-Cordón Cortezo, M. V., «La mentalidad conservadora durante la Restauración», en J. L. García Delgado, *La España de la Restauración, política, economía, legislación y cultura*, I Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España dirigido por M. Tuñón de Lara, Madrid, 1985, pp. 71-109.
Losemann, V., *Nationalsozialismus und Antike. Studien zur Entwicklung des Faches Alte Geschichte, 1933-1945*, Hamburgo, 1977.
Lowenthal, D., *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, 1985 (hay trad. cast.: *El pasado en un país extraño*, Madrid, 1998).
Lleó, V., *Nueva Roma. Mitología y humanismo en el Renacimiento sevillano*, Sevilla, 1979.
Maaluf, A., *Identidades asesinas*, Madrid, 1999.
Mantelli, R., *The Political, Religious and Historiographical Ideas of J. F. Masdeu S. J. 1744-1817*, Nueva York, Londres, 1987.
Maravall Casesnoves, J. A., *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, 1964, 2.ª ed.
—, *Estudios de Historia del Pensamiento Español*, vol. II, Madrid, 1972*a*.
—, «Mentalidad burguesa e idea de la historia», en *Revista de Occidente* 107, 1972*b*, pp. 250-286.
—, Prólogo a J. P. Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibera*, Madrid, 1972*c*.
—, «La concepción de la historia en Altamira», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 477-478, 1990, pp.13-48.
Marichal, J., *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Madrid, 1995.
Martínez-Risco Daviña, L., *O ensino da historia no bacharelato franquista (periodo 1936-1951)*, Sada La Coruña, 1994.
Mazza, M., «Crisi tedesca e cultura classica: intellettuali tra reazione e rivoluzione», *Studi Storici*, 21, 1980, pp. 255-272.
—, «Storia antica tra le due guerre. Linee di un bilancio provvisorio», en A. Storchi Martino, ed., *L'incidenza dell'Antico. Studi in memoria di Ettore Lepore*, Nápoles, 1995, pp. 145-171.
Mélida, J. R., *Arqueología española*, Barcelona, Buenos Aires, 1929.
Mennell, S., *Norbert Elias, an Introduction*, Oxford, 1992.
Mestre Sanchís, A., «La imagen de España en el siglo XVIII: apologistas, críticos y detractores», en H. Juretscke, ed., *Posibilidades y límites de una historiografía nacional*, Madrid, 1984, pp. 225-245.
—, *Mayans y la España de la Ilustración*, Madrid, 1990.
Momigliano, A., «XVIIIth Century Prelude to Mr. Gibbon», en *Sesto Contributo alla Storia degli Studi Classici*, Roma, 1980, vol. I, pp. 249-263.
Mora, G., *Historias de mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII*, Madrid, 1998.
Mora, G., Díaz-Andreu, M., eds., *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, 1997.
Moreno Alonso, M., *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, 1979.
Olabarri Cortázar, I., «La recepción en España de la revolución historiográfica del siglo XX», en *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona, 1985, pp. 87-109.

Olmos, R., «Una aproximación historiográfica a las imágenes ibéricas. Algunos textos e ideas para una discusión», en R. Olmos, ed., *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 1996, pp. 41-59.
—, «Encuentros y desencuentros con una dama ibérica», en R. Olmos y T. Tortosa, eds., *La dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, Madrid, 1997, pp. 17-47.
—, ed., *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 1996.
Olmos, R., Tortosa, T., eds., *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, Madrid, 1997.
Pabón, J., *Cambó, 1876-1918*, Barcelona, 1952.
Pasamar Alzuria, G., *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1991.
Pasamar, G., I. Peiró, *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, 1987.
—, «El nacimiento en España de la arqueología y la Prehistoria (academicismo y profesionalización, 1856-1936)», en *Kalathos. Revista del Seminario de Arqueología y Etnología Turolenses*, 9-10, 1989-1990, pp. 9-30.
—, «Los orígenes de la profesionalización historiográfica española sobre Prehistoria y Antigüedad (tradiciones decimonónicas e influencias europeas)», en J. Arce y R. Olmos, eds., *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (Siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, pp. 73-77.
Peiró Martín, I., *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, 1995.
—, «Introducción», en J. Costa, *Oposiciones a la cátedra de historia de España de la Universidad de Madrid. Programa y método de enseñanza*, Zaragoza, 1996.
Peiró, I., G. Pasamar, *La Escuela Superior de Diplomática. Los archiveros en la historiografía española contemporánea*, Madrid, 1996.
Peña Sánchez, V., *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del «ventennio» fascista y su repercusión en España*, Granada, 1993.
Pere Bosch Gimpera i el Museu Arqueològic de Barcelona, 50 aniversari, Barcelona, 1986.
Pereira Menaut, G., «La formación histórica de los pueblos del norte de Hispania. El caso de Callaecia como paradigma», en *Veleia*, 1, 1983, pp. 271-287.
—, «Sobre la función del pasado histórico en los movimientos nacionalistas», en *Homenaje al Prof. Presedo*, Sevilla, 1994, pp. 851-862.
Pérez Garzón, J. S., «La creación de la historia de España», en J. S. Pérez Garzón y otros, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, 2000, pp. 63-110.
Pericot, L., «Algunos de mis recuerdos de Bosch-Gimpera» en J. Comas, *In Memoriam Pedro Bosch-Gimpera 1891-1974*, México, 1976, pp. 23-37.
Prieto Arciniega, A., «El franquisme i la Història Antiga», en *L'Avenç*, 18, 1979, pp. 75-77.
—, «Historiografía de la Hispania romana y visigoda», en S. Reboreda Morillo y P. López Barja, eds., *A cidade e o mundo: romanización e cambio social*, Xinzo de Limia, 1996, pp. 39-52.
Ramos Pérez, V., *Palabra y pensamiento de Rafael Altamira*, Alicante, 1987.
Rey Castelao, O., *La historiografía del voto de Santiago*, Santiago de Compostela, 1985.
Ripoll i Perelló, E., *Pere Bosch Gimpera fundador del museu d'archeologia de Barcelona*, Barcelona, 1977.
Riquer, B. de, Ucelay-Da Cal, E., «An Analisys of Nationalisms in Spain: A Proposal for an Integrated Historical Model», en J. G. Beramendi, R. Máiz y X. M. Núñez, eds.,

Nationalism in Europa. Past and Present, Santiago de Compostela, 1994, vol. II, pp. 275-301.
Rivière Gómez, A., «Arqueólogos y arqueología en el proceso de construcción del Estado-nacional español (1834-1868)», en G. Mora y M. Díaz-Andreu, eds., *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, 1997, pp. 133-139.
—, «Envejecimiento del presente y dramatización del pasado. Una aproximación a las síntesis históricas de las comunidades autónomas españolas», en J. S. Pérez Garzón y otros, *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder*, Barcelona, 2000, pp. 161-219.
Robb, J., «A Social Prehistory of European Languages», *Antiquity*, 67, 1993, pp. 747-760.
Rovira i Port, J., «Breus apunts sobre la història de l'arqueologia catalana» en *Pere Bosch Gimpera i el Museu Arqueològic de Barcelona*, Barcelona, 1986, pp. 19-20.
Ruiz-Domènec, J. E., *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI*, Barcelona, 2000, pp. 137-149.
Said, E., *El orientalismo*, Madrid, 1990.
—, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, 1996.
Sánchez Agesta, L., *El pensamiento político del Despotismo Ilustrado*, Sevilla, 1979.
Sánchez Alonso, B. *Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto*, vol. I, 1947, 2.ª ed.; vol. II, 1944; vol. III, 1950.
Sayas Abengoechea, J. J., *Los vascos en la Antigüedad*, Madrid, 1994.
Schnapp, A., *The Discovery of the Past. The Origins of Archeology*, Londres, 1996.
Seco Serrano, C., «Las ideologías políticas», en J.M. Jover Zamora, ed., *Historia de España. Menéndez Pidal*, 39, 1, Madrid, 1993, pp. 319 y ss.
Serrano, C., *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mito, nación*, Madrid, 1999.
Sims-Williams, P., «Genetics, Linguistics, and Prehistory: Thinking Big and Thinking Straight», *Antiquity*, 72, 1998, pp. 505-527.
Solé Tura, J., *Catalanismo y revolución burguesa*, Madrid, 1974.
Stiffoni, G., *Verità della storia e ragioni del potere nella Spagna del primo Settecento*, Milán, 1989.
Studia Historica, Historia Contemporánea, monográfico *Estudios sobre nacionalismo español*, 12, 1994.
Suárez Cortina, M., «La elaboración del discurso histórico en Cantabria», en J. A. García de Cortázar, ed., *La memoria histórica de Cantabria*, Santander, 1996.
Tarradell, M., prólogo a A., Carandini, *Arqueología y cultura material*, Barcelona, 1984, pp. 7-10.
—, prólogo a P. Bosch Gimpera, *El problema de las Españas*, Málaga, 1996.
Termes, J., «La historiografia de la postguerra i la represa de Jaume Vicens Vives», en *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Gerona, 1990, pp. 37-51.
Torelli, M., «Archeologia e fascismo», en J. Arce y R. Olmos, eds., *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, pp. 243-249.
Trias Vejarano, J., *Almirall y los orígenes del catalanismo*, Madrid, 1975.
—, «Nación y movimiento político (nación catalana y catalanismo)», en *Estudios de Historia Social*, 28-29, 1984, pp. 85-147.
Trigger, B. G., *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, 1992.
Varela, J., «Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español», en *Studia Historica, Historia Contemporánea*, monográfico *Estudios sobre nacionalismo español*, 12, 1994, pp. 31-43.

Vilar, P., *Catalunya dins l'Espanya Moderna*, I, Barcelona, 1961.
—, «Estado, nación, patria en España y en Francia», *Estudios de Historia Social*, 28-29, 1984, pp. 7-41.
Villacorta Baños, F., *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Madrid, 1980.
Wulff Alonso, F., «Apuntes para el estudio de la historiografía staliniana: a propósito de la transición del esclavismo al feudalismo (1)», *Basilisco*, 16, 1983-1984, pp. 48-56.
—, «Andalucía antigua en la historiografía española (XVI-XIX)», *Ariadna*, 10, 1992*a*, pp. 9-32.
—, «El mito en la historiografía española (XVI-XVIII). Algunas notas», *Historia y Crítica*, 2, 1992*b*, pp. 137-149.
—, «Sobre la transición del esclavismo al feudalismo en la historiografía estalinista», *Homenaje a J. Cabrera*, Granada, 1993, pp. 587-598.
—, «La historia antigua en el ocaso del mundo ilustrado. Notas sobre el *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España* de J. P. Forner», 1994*a*, *Actas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Vitoria, en prensa (ed. en Pre-Actas).
—, «Notas sobre la historia antigua en el ocaso del mundo ilustrado. El discurso sobre el origen de la monarquía y sobre la naturaleza del gobierno español de F. Martínez Marina», *Baetica*, 16, 1994*b*, pp. 279-289.
—, «La historia de España de D. Modesto Lafuente (1850-1867) y la historia antigua» en *Homenaje al Prof. Presedo*, Sevilla, 1995*a*, pp. 863-871.
—, «Historiografía ilustrada en España e historia antigua», en F. Gascó Lacalle y J. Beltrán Fortes, eds., *La Antigüedad como argumento*. vol. II, *Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*. Sevilla, 1995*b*, 135-152.
—, «La creación de la historia antigua en España en los años sesenta. Un proyecto de trabajo», *Homenaje al Prof. Montenegro»*, Valladolid, 1999, II, pp. 185-189.
—, «En los orígenes de la historia social en España, Las clases trabajadoras en la Antigüedad de M. Morayta (1886)», *Baetica*, 22, 2000, pp. 333-357.
—, «Nacionalismo, historia, historia antigua. Sabino Arana, la fundación del nacionalismo vasco y el uso del modelo historiográfico español», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 26, 2, 2000*b*, pp. 183-211.
—, «Sociedades, economías, culturas», en J. M. Roldán Hervás y F. Wulff Alonso, *Citerior y Ulterior. Las provincias romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid, 2001, pp. 349-614 (vol. III de A. Alvar Ezquerra, dir., *Historia de España*).
—, «La tradición historiográfica española, ambiguas ciudades y esplendores béticos, esencias heroicas y limpiezas de sangre», en C. González Román y A. Padilla Arroba, eds., *Estudios sobre las ciudades de la Bética* Granada, 2002, pp. 497-513.
—, «La historia antigua en España en el siglo XIX», en J. Beltrán y M. Belén, eds., *La Antigüedad como argumento* III, Sevilla, en prensa.
—, «Andalucía Antigua en la historiografía española entre dos medios siglos: de Modesto Lafuente a J. Caro Baroja», en *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 2001, en prensa.
—, «La historia de Roma en las historias de los países europeos: el caso español», en *Hommage C. Deroux*, Bruselas, en prensa.
—, «Las estructuras sociales ibéricas: notas historiográficas desde otro cambio de siglo», en *Mainake*, en prensa.
—, «Antecedentes (y algún consecuente) de la imagen franquista de la Antigüedad», en F. Wulff Alonso y M. Álvarez Martí Aguilar, eds., *Antigüedad y franquismo*, en prensa.

Wulff Alonso, F., M. Álvarez Martí-Aguilar, eds., *Antigüedad y franquismo (1936-1977)*, curso-seminario, mayo, 2002, en prensa.
Wulff Alonso, F., G. Cruz Andreotti, «On Ancient History and Enlightment, Two Spanish Histories of the XVIII Century», *Storia della Storiografia,* 23, 1993, pp. 75-94.
Yllán Calderon, E., *Cánovas del Castillo, entre la historia y la política*, Madrid, 1985.
—, «Historia y nación en Cánovas», en *Estudios Históricos. Hom. a los prof. J. M. Jover Zamora y Vicente Palacio Atard,* vol. I, Madrid, 1990, pp. 137-50.
Zimmermann, M., «Le souvenir de Rome en Catalogne de IX au XII siècle», en M. Sot, ed., *La mémoire de l'Antiquité dans l'Antiquité tardive et le haut Moyen Âge*, París-Nanterre, 2000, pp. 149-159.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE

Jordi Nadal
ESPAÑA EN SU CENIT (1516-1598)

Eric Hobsbawm
BANDIDOS

Bartolomé Bennassar
LA ESPAÑA DE LOS AUSTRIAS (1516-1700)

Jean-Pierre Amalric y Lucienne Domergue
LA ESPAÑA DE LA ILUSTRACIÓN (1700-1833)

Eric J. Hobsbawm
REBELDES PRIMITIVOS
Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX

Lucien Febvre
EUROPA, GÉNESIS DE UNA CIVILIZACIÓN

John H. Elliott
LA EUROPA DIVIDIDA (1559-1598)

Fernand Braudel
LAS AMBICIONES DE LA HISTORIA

Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger (eds.)
LA INVENCIÓN DE LA TRADICIÓN

Teófilo F. Ruiz
HISTORIA SOCIAL DE ESPAÑA, 1400-1600

Raffaella Sarti
VIDA EN FAMILIA
Casa, comida y vestido en la Europa moderna

Marc Bloch
LA EXTRAÑA DERROTA

Carlo M. Cipolla
HISTORIA ECONÓMICA DE LA EUROPA PREINDUSTRIAL

Lo que en estas páginas se nos ofrece es, en palabras del autor, «una reflexión sobre cómo se ha ido definiendo en la historiografía española la idea de España» desde la constitución de un modelo preciso de interpretación del pasado en el siglo XVI hasta sus usos en el franquismo. Fernando Wulff parte para su estudio de las visiones de la historia antigua –de los primeros pobladores al inicio de la Reconquista, de Tubal a Pelayo– y muestra sus diferentes reutilizaciones en los diversos momentos. También en uno de sus capítulos analiza las perspectivas históricas de Sabino Arana y Prat de la Riba comparándolas con las coetáneas inspiradas por el nacionalismo español. El libro resulta, así, una valiosa aportación a la historia de la historiografía española, pero es mucho más que eso, porque lo que con él se quiere conseguir es una contribución a la necesaria tarea de «pensar las pertenencias y las identidades colectivas y someterlas a una reflexión crítica que permita poner en cuestión lo que se nos da por evidente».

Fernando Wulff es profesor de Historia Antigua y director del Grupo de Estudios Historiográficos de la Universidad de Málaga. Lleva trabajando en temas historiográficos desde finales de los años setenta y ha publicado sobre ello una veintena de artículos en diversas revistas y congresos nacionales e internacionales. Sus otros campos de investigación son los estudios sobre género y mitología (*La fortaleza asediada. Diosas, héroes y mujeres poderosas en el mito griego*, Salamanca, 1997), sobre el sistema de dominación romano en Italia (*Romanos e Itálicos en la Baja República. Estudios sobre sus relaciones entre la II Guerra Púnica y la Guerra Social, 202-91 a.C.*, Bruselas, 1991, y *Roma e Italia. De la Guerra Social a la retirada de Sila, 90-79 a.C.*, Bruselas, 2002) y sobre la península Ibérica en la Antigüedad.

965454-9

9 788484 324188

Crítica *Libros de Historia*

